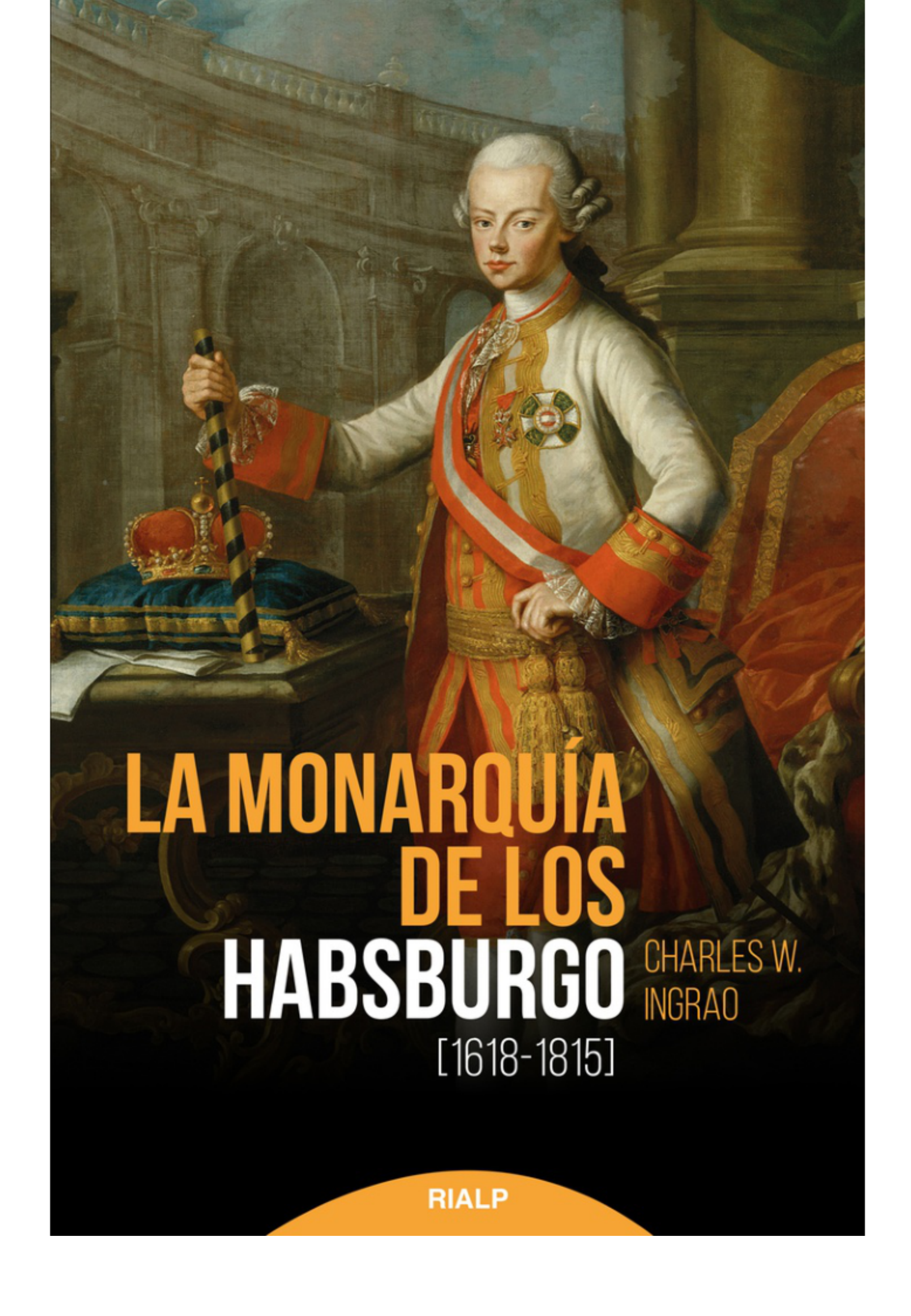

LA MONARQUÍA
DE LOS
HABSBURGO
CHARLES W.
INGRAO
[1618-1815]
RIALP

CHARLES W. INGRAO

La monarquía de los Habsburgo

EDICIONES RIALP
MADRID

Título original: *The Habsburg Monarchy, 1618-1815*

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-5299-3
ISBN (versión digital): 978-84-321-52300-6

Foto de cubierta: © Scala Archives. Retrato de Leopoldo II (anónimo), Galería de Arte Moderno, Florencia.

A Jonathan, Caroline y Michael

ÍNDICE

PREFACIO

EN EL CUARTO DE SIGLO TRANSCURRIDO desde la primera edición de este libro han aparecido un buen número de trabajos académicos. De ahí la emoción que me produjo que Cambridge University Press me invitase el año pasado a preparar una tercera edición. Dejando a un lado la multitud de contribuciones recientes por parte de los historiadores anglófonos y de Europa occidental, el lector encontrará en este volumen los trabajos de una nueva generación de académicos checos, húngaros y yugoslavos que ha tomado el relevo. En consecuencia, cada capítulo ha sido significativamente actualizado con los frutos de estas nuevas investigaciones. Buena parte del contenido tiene que ver con los territorios checos y la multitud de grupos étnicos que poblaron el externo sur de la monarquía. La obra también hace hincapié en la alta cultura de las élites de la monarquía, particularmente en su compromiso con las ideas ilustradas y la música del Alto Barroco, del periodo clásico y de los inicios del Romanticismo. Finalmente, el epílogo que apareció por primera vez en la segunda edición (capítulo 8) ha sido ampliado con creces para reflejar dos décadas de compromiso (y, en ocasiones, disenso) con la políticas norteamericanas en la Europa central poscomunista, incluidas algunas observaciones y análisis sobre el proceso de desmembramiento —que llevó un siglo— que condujo a la disolución de la monarquía.

A raíz del renovado interés de los lectores norteamericanos en los conflictos étnicos en los años noventa, conviene recordar las palabras de Neville Chamberlain en el momento álgido de la Crisis de Múnich, cuando lamentó la perspectiva de entrar en guerra por un «país distante» habitado por «personas de las que no sabemos nada». Naturalmente, el primer ministro hablaba de Checoslovaquia. Pero podría haber empleado perfectamente las mismas palabras para referirse a su conocimiento —o preocupación— sobre otros territorios y pueblos de la antigua monarquía de los Habsburgo. Ocho décadas más tarde, hasta el público formado de sociedades occidentales como Gran Bretaña y los Estados Unidos

seguía sabiendo muy poco sobre la región, y todavía menos sobre su historia. No es algo que deba sorprendernos. Ni un imperio obsoleto ni los pequeños «Estados sucesores» que lo remplazaron pueden inspirar el mismo interés que las grandes entidades modernas como Francia, Alemania o Rusia. Con todo, incluso antes de su disolución en 1918, la diversidad de la monarquía hizo mucho más difícil comprenderla en su conjunto, desalentando así a cualquiera que se le ocurriese realizar las oportunas investigaciones. Una de las razones es que la monarquía estaba realmente compuesta por tres países diferentes a comienzos del siglo XVII , y cada uno de ellos albergaba una serie de sociedades menores y distintas. En muchos aspectos, siguieron siendo dispares a lo largo de su historia. Por supuesto, lo mismo cabe decir de otras sociedades europeas. No obstante, aunque es posible escribir historia soviética o rusa desde la perspectiva de la Gran Rusia, e historia británica desde un punto de vista inglés, los Estados componentes de la monarquía de los Habsburgo fueron demasiado numerosos, populosos y ricos como para ser ignorados, por los Habsburgo o por quienes estudian esta dinastía. Finalmente, la propia diversidad de la monarquía generó un buen número de problemas, muchos de los cuales demandaron soluciones diferentes de las aplicadas en los grandes Estados nación como Francia o Alemania. Por más fascinantes que resultasen, las peculiares condiciones de la monarquía y su excéntrico desarrollo hacen de ella una mala elección para quien quiera que busque un ejemplo «típico», conceptualmente nítido de la evolución de un Estado nación.

Y lo que es todavía más sorprendente y lastimoso: los pueblos que viven en el corazón de la contemporánea Europa —incluidos los germanohablantes de Alemania y Austria— están cada vez menos al tanto de su herencia común. La aparente timidez de muchos austriacos modernos puede explicarse por el prolongado estatus del país como una nación neutral entre potencias rivales. Pero también es cierto que los gobiernos de los diversos Estados sucesores —incluida Austria— se han esforzado durante un siglo por instalar en sus pueblos una nueva cultura política concebida según el modelo de la nación Estado de los vencedores de la Primera Guerra Mundial. Desafortunadamente, el proceso de imbuir a sus ciudadanos de orgullo nacional ha llegado invariablemente al coste de renunciar a comprender y aprender sustancialmente los complejos desafíos y logros de la enorme empresa danubiana que

les precedió.

Este es el destino de los «perdedores» de las grandes guerras: la historia suelen escribirla sus adversarios. No obstante, ni la extinción final de la monarquía ni los complejos problemas que la aquejaron, y ni siquiera las agendas políticas corrientes de varios Estados sucesores debería impedir que la estudiásemos. A la altura de la segunda mitad del siglo XVIII no solo tenía el gobierno más innovador y el ejército más grande del continente, sino que también lideraba la educación pública y el mundo de la música. Si las décadas revolucionarias que siguieron dejaron al descubierto la podredumbre del Antiguo Régimen de Francia, también demostraron los considerables recursos militares, políticos, económicos y culturales de la monarquía de los Habsburgo, así como su notable durabilidad. En la pugna entre ambos sistemas, a la supuestamente «obsoleta» monarquía de los Habsburgo le tocó batallar en la mayor parte de las campañas terrestres, arrostrando las mayoría de las derrotas y, a pesar de todo, alzándose con la victoria final. La monarquía desempeñó un papel predominante para desactivar la Revolución francesa y erigir un sistema internacional que se mantuvo en pie hasta 1914. Cuando se vino finalmente abajo cuatro años más tarde, ya había superado al resto de grandes monarquías europeas tanto en longevidad como en continuidad dinástica, a pesar de tener más enemigos naturales y menos recursos con los que enfrentarlos. Y, como ahora sabemos, los problemas que hubo de afrontar no murieron con ella, sino que todavía persisten en nuestros días. De hecho, nuestra ignorancia sobre el modelo de los Habsburgo y su legado ha afectado negativamente a nuestra comprensión de las trágicas catástrofes humanas y demográficas de la *Mitteleuropa* de mediados del siglo XX .

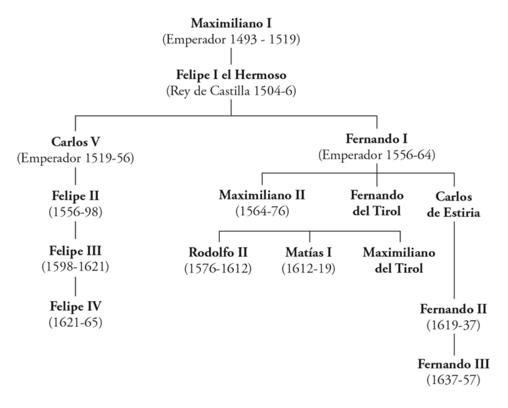
Este libro nace del esfuerzo por superar algunos de estos obstáculos, presentando desde el principio varias generalizaciones que pueden contribuir a unificar y dar propósito a los hechos que conocemos, así como a la historia de la monarquía más allá de la fecha con la que se cierra este volumen, 1815. De acuerdo con el formato original de la colección de Cambridge a la que pertenece la obra, el resto del volumen complementará las narraciones al uso con generalizaciones y análisis adicionales que, esa es mi pretensión, ofrecerán a los lectores temas para el debate y dará material para la reflexión a estudiantes y académicos. Desde la

primera edición me he esforzado por brindar a los temas sociales, económicos y culturales tanta atención como me fue posible, a pesar de la relativa escasez de material publicado sobre esta temática. Por el contrario, la cobertura de las campañas militares ha sido mínima, a pesar de su importancia inmediata para definir el curso de la historia de la monarquía. Por el contrario, me ha resultado imposible escribir un libro sobre la monarquía de los Habsburgo y los pueblos que gobernó sin dedicar mucha atención a las acciones políticas y diplomáticas de sus líderes. De hecho, dada la naturaleza altamente artificial de su Estado y su sociedad, el aparato estatal de los Habsburgo desempeñó un papel absolutamente decisivo y unificador en la determinación de prácticamente todos los aspectos de su historia, incluida su evolución social y cultural.

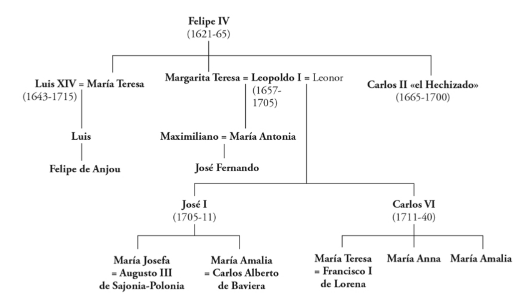
Si la monarquía de los Habsburgo es compleja, también lo es su nomenclatura. Para evitar confusiones, el texto se refiere a ella como «la monarquía» o «los dominios de los Habsburgo», reservando el término «imperio» y «Alemania» para las tierras y los pueblos del Sacro Imperio Romano. Solo hay dos excepciones: en el capítulo 4 aludo al «segundo imperio de los Habsburgo», que asimilo al gran conglomerado dinástico de Carlos V; en el capítulo 7, tras la creación del Imperio austriaco (1804) y la disolución del Sacro Imperio Romano (1806), la monarquía recibe finalmente esa denominación. Aunque la palabra «austriaco» es ocasionalmente empleada como adjetivo para referirse al ejército o la política exterior de los Habsburgo, «Austria» se emplea en cambio solamente para representar a aquellas provincias que comprenden los llamados territorios austriacos. Solo tras la creación del Imperio austriaco llega el término a comprender el conjunto de la monarquía de los Habsburgo. Tenemos otra exasperante ambigüedad en cuanto a la terminología de la monarquía en la doble connotación de las palabras «Hungría» y «Bohemia». Al referirme a la totalidad de las tierras de las coronas húngara y bohemia, a menudo empleo las expresiones «Gran Hungría» y «Gran Bohemia»; en cambio, «Bohemia propiamente dicha» y «Hungría propiamente dicha» («Hungría central») son expresiones que aluden solamente a los reinos individuales que responden a esos nombres. Por desgracia, no hay una solución sencilla al problema de los nombres de lugar. Dada la composición étnica mixta de Europa central, muchas de sus ciudades tienen dos o más nombres.

Escribir la primera edición de este libro fue, sin duda, el proyecto literario más difícil que he emprendido. La mayoría de los problemas surgieron de la presunción de que podía dirigirme a estudiantes universitarios, lectores corrientes y a mis colegas de la Academia en el mismo libro. El mayor problema era el espacio. Mientras que los editores de libros de texto y sus lectores exigen brevedad, los académicos ansían una integridad y una sensibilidad a los matices que solo pueden abordarse en un trabajo más extenso. Tratar de conseguir ambas cosas probablemente duplicó la cantidad de tiempo que me tomó completar la tarea. Con todo, le estoy muy agradecido a mi primer editor, Richard Fisher, por su disposición a ampliar la primera edición un cuarto más allá de lo que fijamos en el contrato, a Elizabeth Howard por permitirme agregar un epílogo a la segunda edición y, ahora, a Michael Watson por invitarme a preparar esta tercera edición que es incluso más completa. Si la primera edición fue un desafío difícil, investigar y escribir este volumen fue un placer absoluto.

El camino recorrido hasta llegar a esta tercera edición ha exigido sacrificar las notas al pie. Los límites editoriales en cuanto al número de notas hacen que sea imposible otorgar el crédito adecuado a todos los autores publicados cuyo trabajo consulté. Pronto descubrí en este proyecto que citar a algunos de estos académicos implicaría actuar con arbitrariedad y ser injusto con los que quedasen excluidos. Teniendo esto en mente, he duplicado el tamaño del apartado bibliográfico final para reconocer a aquellos académicos que han agregado tanto durante el último cuarto de siglo a nuestra comprensión de los primeros estadios de la monarquía moderna.



1. Los Habsburgo españoles y austríacos.



2. Las sucesiones española y austríaca.

1.
La peculiaridad de la historia austriaca

EL 9 DE JUNIO DE 1815, los representantes de las grandes potencias europeas se reunieron en el palacio imperial de Hofburg, perteneciente a los Habsburgo, para firmar el acuerdo de paz que ponía fin a las guerras napoleónicas. El acto final del Congreso de Viena no estuvo acompañado de fanfarria o celebración alguna. No obstante, cuando el último de los príncipes europeos y los otros cien mil visitantes que se habían congregado en la ciudad partieron de vuelta a sus países, no quedó duda alguna de la importancia de un tratado que contribuiría a definir el sistema europeo de Estados y a preservarlo de otra gran guerra durante los siguientes cien años.

Aunque los representantes de Gran Bretaña, Prusia y Rusia —e incluso la derrotada Francia— habían desempeñado un papel esencial en las negociaciones de paz, nadie había contribuido más a dar forma al curso de las negociaciones que los anfitriones austriacos. Y por buenos motivos. Aunque siempre ha estado de moda atribuirle a Wellington el mérito de haber derrotado a Napoleón en Waterloo, su destino había quedado sellado dos años antes, cuando Austria entró en la guerra. Fue el imperio austriaco el que aportó el mayor contingente al ejército aliado y su comandante en jefe a la primera conquista de Francia desde tiempos de los francos. Y fueron los objetivos de guerra del ministro de Asuntos Exteriores del emperador, Clemens von Metternich, los que establecieron las bases para el acuerdo final de paz. De hecho, el llamado Sistema Metternich que este dirigió desde Viena estaba destinado a dominar las políticas interiores y exteriores del continente hasta 1848.

Es a partir de este Congreso de Viena y la posterior Era de Metternich cuando comienzan los conocimientos sobre la historia de Austria de muchos estudiantes e historiadores. En general, asocian el éxito de Austria a su gran primer ministro, al tiempo que ven al imperio como un poder en decadencia destinado a la disolución en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, los

historiadores que otorgan crédito (o critican) a Metternich por el sistema que ayudó a crear olvidan que él mismo se consideró un simple timonel que se limitaba a seguir los dictados de su soberano de la casa de Habsburgo. En realidad, Metternich se adhirió a muchos de los mismos principios que habían inspirado la política austriaca durante los últimos tres siglos. Además, nuestra toma de conciencia sobre el declive del imperio austriaco en el siglo XIX suele llegar al precio de nuestra ignorancia sobre su emergencia en el siglo XVII como una fuerza poderosa y por momentos innovadora que a menudo tuvo un papel preponderante en los asuntos internacionales y en la diplomacia de la coalición.

Pero la monarquía de los Habsburgo también era diferente de los otros grandes Estados y sociedades de Europa. Y lo era a causa del modo peculiar que tenía de conducir sus asuntos domésticos y exteriores, un modo que ha inducido a los historiadores occidentales a visualizarla como una especie de remanso europeo, una anomalía política cuya inmadurez estructural la condenó a un constante estado de crisis y decadencia desde los mismos comienzos de su historia. Solo si comprendemos la peculiaridad de la monarquía podremos entender cómo se ocupó con éxito de los problemas que estuvieron presentes desde sus albores y cómo no solo sobrevivió, sino que creció constantemente en tamaño, riqueza y fuerza hasta el punto de contar con el poder militar y la estabilidad doméstica necesarios para resistir y en último término vencer a la Francia revolucionaria.

Podemos identificar al menos cinco factores interdependientes que influyeron en la determinación del curso distintivo de la historia austriaca después de 1815, pero que ya eran evidentes al menos dos siglos antes: el impacto de la diplomacia geopolítica y de equilibrio entre las potencias; la diversidad e individualidad de los dominios de los Habsburgo; la estrecha identificación de la dinastía con Alemania; la medida en que dependía de lograr un consenso entre las élites nacionales y los aliados extranjeros; el papel clave de los propios monarcas para proporcionar continuidad y seguridad a su Estado.

La diplomacia y la formación de la monarquía

Al considerar la historia temprana de la monarquía y su surgimiento como una gran potencia, es apropiado recordar la famosa observación del publicista del siglo XIX , František Palacký, quien

dijo que, si la monarquía de los Habsburgo no hubiese existido, habría habido que crearla. De hecho, la monarquía se creó a principios de la era moderna y continuó creciendo en gran medida porque su desarrollo era consistente con las necesidades de la comunidad internacional. Es difícil subestimar el papel central que desempeñó la diplomacia dinástica en la peculiar evolución de la monarquía. La mayoría de los países como Inglaterra, Francia o España pueden vincular su aparición como Estados nación a una continuidad geográfica que promovió un grado sustancial de homogeneidad económica, política, cultural y lingüística. En gran medida, sus gobernantes y élites al mando se limitaban a cumplir funciones que habían sido predeterminadas en gran medida por esta realidad estructural subyacente. En cambio, los Habsburgo emplearon la política dinástica para aglutinar un conglomerado de dominios dispares, sobre los que luego superpondrían políticas interiores destinadas a proporcionar la continuidad de la que carecían esos territorios. No obstante, los Habsburgo también fueron impulsados por fuerzas geopolíticas que facilitaron en gran medida su éxito en el escenario internacional. Desde el principio hasta el final, el destino de su monarquía se vio afectado por la práctica europea de la diplomacia del equilibrio de poder, especialmente por la asistencia de los gobernantes y los Estados vecinos, que percibieron que era lo suficientemente fuerte como para ayudarles a resistir a los enemigos más poderosos, al tiempo que lo suficientemente débil como para no representar una seria amenaza a su propia seguridad.

Fue esta doble ecuación la que condujo a la elección del primer Habsburgo para la corona imperial alemana. Los príncipes alemanes que eligieron a Rodolfo I (1273-1291) lo hicieron en parte porque, siendo el señor relativamente oscuro de varios territorios de tamaño modesto del suroeste, se lo consideraba insuficientemente preponderante como para desafiar la posición del resto en el imperio. También valoraron su disposición para ayudarlos a repeler la amenaza que representaban los vecinos del sudeste de Alemania, Bohemia y Hungría. Cuando los ejércitos de Rodolfo mataron al rey bohemio en la batalla de Marchfeld (1278), aquel adquirió las tierras del sudeste alemán de su enemigo, incluido el ducado de Austria. A mediados del siglo siguiente, sus descendientes ya se habían elevado al rango de «archiduque» (ayudándose de un documento falsificado) y habían establecido su identidad como la

Casa de Austria.

Pero la dinastía adquirió algo más que su identidad austriaca en la batalla de Marchfeld. Asumió entonces la posesión del flanco sudoriental del imperio, que estaba expuesto no solo a Hungría y Bohemia, sino a la creciente amenaza de los turcos otomanos. La posición estratégica de los territorios austriacos realzó la importancia de los Habsburgo como defensores de las fronteras de Alemania y ayudó a asegurar la elección de una serie de emperadores de los Habsburgo, comenzando con la sucesión del emperador Alberto II (1438–1440). Aunque el poder competidor de los otros príncipes alemanes debilitó en gran medida la administración imperial, la dinastía lo utilizó de manera efectiva para mejorar su prestigio y su perfil europeo. En un memorable acto de grandeza, el emperador Federico III (1440-1493) adoptó incluso el acrónimo de todas las vocales AEIOU para representar su presuntuoso, aunque profético lema: *Austria Est Imperare Orbi Universo* (Austria está destinada a gobernar sobre el mundo entero). Junto con la adquisición de las tierras austriacas, el control de los Habsburgo sobre la corona imperial también puso en juego un segundo factor geopolítico que ayudaría a determinar el curso de la historia de Austria hasta el final de la monarquía: una ubicación estratégica en Europa central que la expuso a enemigos potenciales y atrajo a un número aún mayor de solícitos aliados.

Ambos factores —la posición estratégica de los Habsburgo y su utilidad para lograr un balance de poder entre los vecinos— desempeñaron un papel decisivo en la repentina emergencia de la dinastía en la escena europea a finales del siglo XV . Hay que otorgar la mayoría del crédito individual al sobresaliente hijo de Federico III, el emperador Maximiliano (1493-1519), responsable de tres alianzas matrimoniales enormemente convenientes durante el medio siglo que fue de 1477 a 1526. Fue la primera de estas uniones en 1477, entre el por entonces joven príncipe Habsburgo y María, hija y heredera del duque de Borgoña, la que inspiró el famoso refrán:

Deja que los fuertes peleen las guerras.
Tú, Austria dichosa, cásate en cambio.
¡Lo que a otros Marte otorga,
a ti Venus te lo entrega!

Su autor, Matías Corvino, rey de Hungría y Croacia (1458-1490),

estaba en situación de apreciar la buena fortuna de su rival Habsburgo. Había conquistado la mayoría de los territorios austriacos de los Habsburgo arrebatándoselos al padre de Maximiliano, y había llegado a hacer de Viena su capital en 1485. La brecha entre las pretensiones dinásticas de los Habsburgo y su impotencia marcial llevó a los vieneses a burlarse de Federico III con su propia versión de AEIOU: *Aller Erst Ist Österreich Verloren* (Austria ya lo ha perdido todo). Sin embargo, cinco años después, el imperio de Matías se vino abajo cuando murió sin hijos. Por el contrario, la progenie de Maximiliano y María heredó finalmente los territorios de los Habsburgo en el sur de Alemania y las propiedades de Borgoña en los Países Bajos, un área comercialmente rica. Esta doble herencia hizo que los Habsburgo pasasen de ser príncipes territoriales alemanes a convertirse en una dinastía europea de primer rango.

El segundo partido decisivo los transformó en una potencia mundial. Cuando Fernando de Aragón e Isabel de Castilla acordaron en 1946 casar a su hija Juana con el hijo de Maximiliano, Felipe «el Hermoso», no contaban con que los Habsburgo heredarían pronto el nuevo imperio español a cuya creación tanto habían contribuido ellos. Dos hermanos mayores y, finalmente, tres sobrinos iban por delante de Juana en la sucesión. Pero la muerte prematura de los cinco herederos hizo que le correspondiese a ella. Por lo tanto, sucedió que cuatro monarquías se concentraron en las manos de Carlos de Gante, el hijo mayor de Juana y su esposo Habsburgo, Felipe: Castilla y Aragón a través de la madre de Carlos; Borgoña (incluyendo los Países Bajos) y los territorios alemanes de la dinastía a través de su padre. Su elección en 1519 para suceder a su abuelo Maximiliano como el emperador alemán Carlos V (1519-1556) completó una fenomenal toma de poder dinástica que fue más allá de las amargas expectativas de Matías Corvino.

Los matrimonios borgoñón y español establecieron un conglomerado principalmente en Europa occidental que incluía no solo a España y los Países Bajos, sino también las extensas posesiones italianas de Aragón y el emergente imperio del Nuevo Mundo de Castilla. No pasó mucho tiempo antes de que Carlos V reconociese la orientación atlántica de su monarquía y situase a Castilla como su centro neurálgico. Dada la relativa lejanía de sus territorios austriacos, Carlos se los cedió a su hermano menor, Fernando, en 1521. Fue en este punto cuando las consecuencias de

un tercer acuerdo matrimonial verdaderamente extraño en el que estaba implicado Fernando llevaron directamente a la creación de un segundo gran Estado de los Habsburgo arraigado en el centro-este de Europa. En 1506, el abuelo de los dos muchachos, Maximiliano, y el rey Vladislao Jagellón de Hungría y Bohemia llegaron a un acuerdo altamente especulativo que auguraba un matrimonio doble de Fernando con la hija de Vladislao, Ana, y de la hermana pequeña de Fernando, María, con el aún no nacido (pero, deseablemente, varón) hijo de la esposa embarazada de Vladislao. El posterior nacimiento del hijo y sucesor de Vladislao, Luis, permitió que se celebrasen ambas bodas, tras la conclusión de un pacto matrimonial más definitivo en 1515. Cuando el rey sin hijos Luis II murió luchando contra los turcos en Mohács en 1526, su viuda de Habsburgo María y su cuñado Fernando pudieron asegurarse de que este último sería elegido rey de Hungría y Bohemia.

Es fácil atribuir estas tres uniones increíblemente fortuitas al frenesí casamentero de Maximiliano I, quien en realidad planeó y concluyó muchas otras alianzas matrimoniales menos fructíferas durante su vida. Sin embargo, surgieron porque los socios dinásticos de Maximiliano compartían una preocupación mutua por la creciente amenaza que representaban las potencias rivales para el equilibrio de poder en la región. Al seleccionar a Maximiliano para su hija, el duque de Borgoña buscaba ayuda contra su enemigo acérrimo, el rey de Francia, que murió a manos de sus aliados suizos tres meses antes de la boda. La unión con España surgió del deseo de Fernando de Aragón de proteger las propias posesiones de su dinastía en Italia ante la sensacional conquista de la península por los franceses en 1494. Aunque no produjesen herederos varones, dos alianzas matrimoniales anglo-españolas posteriores también fueron motivadas por la histórica rivalidad de Inglaterra con Francia. Si Borgoña, España e Inglaterra contemplaban a los franceses como una amenaza para el equilibrio de poder en Europa occidental, los reyes Jagellón de Hungría y Bohemia —y las Dietas nobles que posteriormente eligieron a Fernando para sucederle como rey— actuaron por la necesidad de contar con la asistencia de los Habsburgo contra la implacable marcha de los turcos otomanos a través de los Balcanes. Una urgencia que quedó plasmada en la muerte del desafortunado Luis II; literalmente, Fernando tuvo que sacar la corona húngara del pantano en el que su rey la había

sumergido mientras huía de los turcos en Mohács.

Surge la cuestión de por qué todos estos países pensaron que los Habsburgo eran unos socios tan deseables con quienes enfrentar estas variadas amenazas extranjeras. Una vez más, fue la ubicación central de los territorios austriacos y el Sacro Imperio Romano la que hizo que Maximiliano y sus sucesores fueran sensibles a la aparición de Estados agresivos a lo largo de los márgenes de Alemania, ya fuese al oeste, en Francia, al sur, en Italia o al este, en los Balcanes. Además, a medida que todos esos matrimonios daban sus frutos y se agregaban al patrimonio de los Habsburgo, se expandía constantemente el alcance de sus intereses geopolíticos y las necesidades de dotar a la dinastía de cierta seguridad, impulsando a esta en más direcciones hasta abarcar la mayor parte del continente. Por otra parte, aunque ahora eran la dinastía alemana predominante y aunque fuesen invariablemente elegidos para poseer la corona imperial, los Habsburgo austriacos nunca fueron considerados por los contemporáneos de Maximiliano como una gran amenaza para el equilibrio regional de poder como lo fueron los franceses o los turcos. Por lo tanto, eran aliados ideales, de acuerdo con el famoso *dictum* de Maquiavelo de que hay que aliarse siempre con las potencias más débiles contra las más fuertes. Los Habsburgo austriacos ya no volverían a obtener ganancias territoriales importantes de los matrimonios dinásticos. Pero las razones que habían convertido a Maximiliano en un socio tan dispuesto y deseable (la ubicación estratégica y central de las tierras austriacas y la utilidad de los Habsburgo austriacos como contrapeso benigno en la política de equilibrio de poder) permanecieron más o menos constantes en la política europea hasta el final de la monarquía en 1918.

El problema de la diversidad

Obtener un imperio por herencia no era, en todo caso, algo que careciese de inconvenientes. Uno de los desafortunados legados de las alianzas dinásticas de Maximiliano fue la diversidad y la individualidad de los dominios que logró reunir. Como puede suceder en cualquier matrimonio de conveniencia, los sujetos de estas uniones a veces eran incompatibles, o al menos no estaban dispuestos a entregar sus derechos individuales y su independencia a la pareja dominante. De hecho, antes de que pudieran recibir el homenaje de sus nuevos súbditos, los Habsburgo siempre tenían que

jurar respetar sus privilegios y autonomía, una delicadeza constitucional que habría sido innecesaria si los hubieran adquirido por conquista. Por lo tanto, los Habsburgo españoles y austriacos reunieron un patrón de dominios en mosaico en el que las propiedades de sus territorios componentes conservaban una identidad separada, así como un control sustancial sobre la elaboración y la aplicación local de la ley. Condiciones como estas contribuyeron a perpetuar el sentido de independencia de cada país de la corona a expensas de una identidad común y de la lealtad a la monarquía en su conjunto. Al final, estos resultarían ser defectos fatales que condenaron a los Habsburgo españoles a la destrucción en el siglo XVII , y también contribuyeron a la disolución de Austria-Hungría en el siglo XX .

Mientras que el imperio español estaba disperso por toda Europa y gran parte del mundo, los dominios de los Habsburgo austriacos tenían al menos la ventaja de ser geográficamente contiguos. Sin embargo, al entrar en el siglo XVII también fueron, en palabras de R. J. W. Evans, «no "un" Estado, sino una aglutinación levemente centrípeta de elementos desconcertantemente heterogéneos». La unión que hizo Fernando de Hungría y Bohemia con sus tierras austriacas había creado una configuración territorial esencialmente tripartita que aprovechaba vínculos económicos limitados al tiempo que era diversa lingüística, cultural y constitucionalmente. Gran parte de esta discontinuidad surgió de una engañosa territorialidad: con la singular excepción del Danubio, que proporcionaba un vínculo sólido entre partes de Hungría y Austria, la desafortunada configuración natural de los sistemas montañosos y fluviales periféricos de la monarquía había predeterminado en gran medida el desarrollo separado de sus tres componentes. Con todo, hay que decir que un siglo de gobierno de los Habsburgo había hecho poco para romper estas barreras.

Esta falta de homogeneidad era evidente incluso en los dominios austriacos, bohemios y húngaros de la monarquía (véase Mapa 1). Los territorios austriacos y otros alemanes que la dinastía había poseído desde la Edad Media eran de por sí poco más que un conjunto deslavazado de más de una docena de principados en gran parte autónomos que se extendían por gran parte del sur de Alemania. Pese al tiempo transcurrido, los Habsburgo habían hecho poco para fomentar una identidad común dentro de estos denominados territorios hereditarios, o *Erblande* . A su muerte en

1564, Fernando renovó una práctica común de sus predecesores Habsburgo al subdividir los territorios austriacos entre sus tres hijos. Esta partición permaneció hasta principios del siglo XVII . Además de Bohemia y Hungría, la línea principal de los Habsburgo contenía solo los dos archiducados danubianos de la Alta y Baja Austria o, para ser más precisos, Austria por encima de Enns y Austria por debajo de Enns (una ciudad que recibe su nombre del pequeño afluente del Danubio que separaba las dos Austrias). Directamente hacia el sur, una segunda corte de los Habsburgo en Graz gobernaba media docena de principados ubicados a lo largo de las franjas orientales de los Alpes: los tres ducados de Estiria, Carintia y Carniola, conocidos colectivamente como Austria Interior, junto con los mucho más pequeños principados adriáticos de Gorizia, Istria y Trieste. Finalmente, al oeste, un tercer archiduque de los Habsburgo en Innsbruck gobernaba los territorios austriacos más dispersos y aislados: situado en los Alpes y casi totalmente separado de las otros *Erblande* , estaba el Tirol; más allá se encontraban los *Vorlande* , o Austria Exterior, el condado contiguo e igualmente montañoso de Vorarlberg y aproximadamente un centenar de enclaves muy dispersos en el suroeste de Alemania que incluían las tierras ancestrales más antiguas de los Habsburgo. Por más geográficamente desarticulados que estuviesen estos territorios, tanto el Tirol como Austria Interior se vieron aún más fragmentados por la presencia de numerosos enclaves pertenecientes a media docena de príncipes-obispos imperiales.



Mapa 1: La guerra de los Treinta Años.

Aunque la mayoría de los dos millones de habitantes de los

territorios hereditarios (1618) se dedicaban a la agricultura, sus economías comerciales eran muy distintas y en gran medidas independientes unas de otras. Los dos archiducados estaban estrechamente vinculados al comercio en el río Danubio, que los conectaba con Hungría y Alemania. Linz, capital de la Alta Austria, era uno de los principales centros comerciales y manufactureros de la monarquía, especializada en la producción y exportación de textiles, así como el transporte fluvial de vino y minerales de Hungría. Viena, capital de la Baja Austria, también estuvo en cierta medida involucrada en el comercio del Danubio, aunque poco a poco fue asumiendo su papel como centro administrativo de la monarquía. Por el contrario, la economía principalmente agrícola de Austria Interior también dependía en gran medida de la extracción de minerales clave. Estiria era uno de los centros más importantes del continente para la extracción y elaboración de hierro, mientras que Carintia y Carniola eran importantes centros de producción de plomo y mercurio, respectivamente. Aunque también utilizaba el Danubio como un conducto para sus exportaciones de minerales, gran parte del comercio de Austria Interior transcurría hacia el sur, hasta los principados del Adriático, cuyas economías estaban esencialmente influidas por su proximidad al mar y al norte de Italia. El Tirol y Austria Exterior prácticamente no tenían vínculos comerciales con el resto de los *Erblande* . En cambio, el Tirol servía como una ruta importante entre Italia y el sur de Alemania, a la que exportaba vidrio, seda y lo que extraía de sus propias minas de metales y sal a cambio de alimentos. Mientras tanto, la lejanía de las tierras de Austria Exterior hizo de ellas una parte integral de las economías de las tierras alemanas de Suabia y Alsacia que las rodeaban.

En última instancia, los *Erblande* serían definitivamente reunificados en 1665, tras la extinción de todas salvo una de las ramas familiares. No obstante, estas divisiones políticas, físicas y económicas animaron a todos y cada uno de los territorios hereditarios a desarrollar un sentido separado de lealtad regional y a concentrarse más en sus propios intereses egoístas que en los de otros territorios austriacos, o en los de la monarquía en su conjunto. Además, su individualidad se vio reforzada por el hecho de que retuviesen sus propias instituciones gubernamentales incluso después de la reunificación. Cada territorio estaba encabezado por un gobernador (*Landeshauptmann* o *Landesmarschall*) que era

nominado por las Dietas y designado por la corona. Pero el poder real residía en las propias Dietas. Cada Dieta, o *Landtag* , disfrutaba de un derecho genuino para negociar con el gobernador sobre las solicitudes de la corona. Lo más usual era que simplemente estableciesen su propia agenda legislativa. Solo ellos eran responsables de aspectos como la construcción y el mantenimiento de las calzadas, la atención médica y el saneamiento, todos los niveles de la educación pública e incluso de las defensas regionales y la milicia. Excepto en el caso de los archiducados, estas Dietas también cobraban sus propios peajes y aranceles, acentuando así las duraderas divisiones entre los territorios hereditarios. Incluso cuando recaudaban dinero para la corona, estos territorios lo hacían redactando sus propias leyes fiscales y luego procediendo a recaudar a través de su propio ejército de funcionarios. Con la singular excepción de la Baja Austria, la burocracia de los Estados igualó o superó a la de la corona hasta bien entrado el siglo XVIII . En la práctica, el centro del poder de cada territorio no residía tanto en las Dietas como en los funcionarios a quienes estas designaban y pagaban, que funcionaban en todo momento, incluso cuando la Dieta no estaba en sesión. Al ser nombrado por las Dietas, incluso el gobernador tendía a ser al menos tan respetuoso con estas como lo era con la corona.

Finalmente, un paso más allá de los funcionarios de las Dietas estaban las provincias, la nobleza, cuya tarea —o privilegio— era hacer cumplir las leyes gubernamentales en su jurisdicción, o *Herrschaft* . En este nivel, los intereses provincianos siempre se imponían a las prioridades del gobierno en Viena. También era este el caso respecto a los numerosos obispos imperiales, cuyos enclaves del Tirol y Austria Interior gozaban de una considerable autonomía administrativa. Tampoco es que esos intereses se expresasen necesariamente en alemán. Puede que ciertos territorios hereditarios más al sur perteneciesen al imperio alemán, pero por lo general hablaban un idioma diferente. Gran parte del campo en Carniola, Estiria, Carintia y Gorizia era esloveno. La mayor parte de Istria hablaba croata, mientras que el italiano era la lengua dominante tanto en Trieste como en el Tirol del sur. También se podían encontrar lenguas romances más excéntricas a lo largo de las franjas occidentales del Tirol (romanche) y Vorarlberg (ladino). Sería engañoso sugerir que esta diversidad lingüística exacerbó de algún modo las divisiones políticas, económicas o culturales dentro

de los territorios hereditarios. Las élites gobernantes y las ciudades en las que estaban las más importantes instituciones hablaban en todo caso alemán, excepto en aquellas áreas donde dominaba el italiano. Y hasta en tales casos el lenguaje era de importancia incidental, a menos que reforzase de alguna manera una mayor identidad histórica o política dentro de la clase dominante del país. No fue el caso en los territorios hereditarios. Sí se dio, en cambio, en Bohemia y Hungría.

Tanto Bohemia como Hungría eran reinos establecidos desde hacía más de quinientos años cuando los Habsburgo los adquirieron entre 1526 y 1527. Cada uno fue la creación de una tribu conquistadora: los checos eslavos, que tal vez llegasen a Bohemia ya en el siglo VI , y los magiares, un pueblo ugrofinés que subyugó a los pueblos eslavos y otros pueblos de la llanura húngara al final del siglo X . Aunque las dinastías nativas de ambas naciones se extinguieron a principios del siglo XIV , continuaron prosperando bajo una serie de gobernantes extranjeros electos, un proceso que culminó con la unión personal de los dos reinos bajo los reyes Vladislao Jagellón (1491-1516) y el malogrado Luis II (1516–1526). De hecho, siendo uno de los Estados más prominentes de Alemania y su único reino soberano, Bohemia había desempeñado un papel importante en los asuntos imperiales. Hungría también se había situado a la vanguardia de la defensa cristiana contra la amenaza otomana hasta la catástrofe de Mohács. De modo que ambos reinos ya gozaban de una identidad histórica bien definida cuando sus noblezas constituyentes eligieron a Fernando de Habsburgo como rey. Con todo, como ocurrió con los *Erblande* , su configuración natural fue de algún modo más compleja de lo que sus historias nacionales pudieran sugerir.

Justo al norte de los *Erblande* , los territorios de la corona bohemia consistían en cinco principados, pero se los visualiza mejor como dos regiones discretas. Una serie de montañas muy boscosas cubrían el terreno montañoso del reino de Bohemia y su vecino oriental, el Margraviato de Moravia. Solo avanzando hacia el norte a través de los pasos de las montañas de los Sudetes era posible llegar a la llanura del norte de Europa, en gran parte plana, y a los otros tres territorios de la corona de Bohemia: el ducado de Silesia y los demarcaciones más pequeñas de la parte superior e inferior de Lusacia. Aunque la insularidad montañosa de Bohemia y Moravia los hizo algo menos distintos, los cinco fueron entidades

políticamente discretas, totalmente independientes entre sí. Silesia era más diversa si cabe, compuesta por no menos de dieciséis principados feudales, de los cuales solo seis estaban gobernados directamente desde Viena. Por otro lado, media docena de familias principescas gozaron de importantes privilegios judiciales y en la elaboración de leyes, privilegios que les otorgaron diversos grados de independencia del dominio de los Habsburgo. Casi la mitad del norte, la Baja Silesia estaba gobernada por dos dinastías nativas en buena medida autónomas, los Piast de Liegnitz, Brzeg y Wohlau, y los Podiebrad de Münsterberg y Öls; en el sur, una rama menor de la dinastía Hohenzollern gobernaba el ducado de Jägerndorf en la Alta Silesia con el estatus completo de príncipes imperiales.

Los cinco territorios de la corona bohemia estaban étnicamente mezclados. Había una mayoría de habla checa que incluía a casi toda la nobleza y que dominaba el centro de Bohemia y Moravia, mientras que una gran minoría alemana dominaba la periferia montañosa. Por el contrario, la nobleza de Silesia y las Lusacias hablaba alemán, al igual que la mayoría de la población de Silesia. Sin embargo, el sur de la Alta Silesia tenía una gran minoría polaca y una pequeña población checa a lo largo de la frontera bohemia. En cualquier caso, las Lusacias eran aún más peculiares, por ser el hogar de los sorbos, la nación eslava más pequeña de Europa. La distinción cultural y lingüística de los principados del norte no carecía de implicaciones políticas. Hasta 1616 Silesia y las Lusacias tuvieron una «cancillería alemana» en Breslavia que gozaba de cierta autonomía del gobierno bohemio en Praga. Incluso después de que fuesen suprimidos, los idiomas oficiales de los principados del norte siguieron siendo alemanes, a diferencia del checo que se hablaba en Bohemia y Moravia.

Lo que todos los territorios de la corona de Bohemia tenían en común era su riqueza humana y económica. En 1618, sus cuatro millones de habitantes los convertían en el componente más poblado de la monarquía, así como en uno de los más densamente poblados de Europa. Además, la escasez de suelo fértil había espoleado el desarrollo fabril en los cinco territorios de la corona. A principios del siglo XVII , Bohemia era uno de los principales productores textiles de Europa central. Las montañas de Bohemia y Moravia también eran importantes productoras de minerales, entre ellos el hierro, la plata y hasta dos tercios del estaño del continente. La propia Praga había aprovechado su ubicación estratégica para

convertirse en un importante punto de tránsito para la exportación a Alemania de productos textiles y minerales producidos localmente, así como de ganado y cultivos de Austria, Hungría y Polonia, y de hierro de lugares tan alejados como Estiria. Silesia y las Lusacias eran igualmente territorios ricos, pero su lejanía jugaba en contra de una integración más plena en la economía de la monarquía. Aunque Silesia era el principal proveedor de textiles finos de Hungría, la mayor proximidad de la llanura del norte de Europa y los ríos Óder y Neisse que corrían a lo largo de su territorio inducía a los tres principados a comerciar más con Sajonia, Brandeburgo y Polonia que con el resto de la monarquía.

Durante el siglo XVI , Fernando y sus sucesores habían llegado a confiar en la riqueza superior de sus tierras bohemias para obtener la mayor parte de sus ingresos. A cambio, consideraron prudente no perturbar su autonomía política. Dejaron intactos los tesoros autónomos que recaudaban los ingresos de cada corona. También honraron el derecho de la nobleza indígena de ocupar puestos en el gobierno con funcionarios nativos. Su oficina ejecutiva central, la cancillería de la corte de Bohemia, estaba compuesta por nobles de habla checa que representaban a las provincias y residían en el Castillo Hradcany de Praga, incluso si la residencia de su rey Habsburgo estaba a trescientos kilómetros de distancia en Viena. Entre tanto, disfrutaban de poderes legislativos y administrativos más extensos que los reconocidos a los *Erblande* . El más notable entre ellos era el derecho tradicional de Bohemia a elegir un rey para todas las tierras de la corona tras la muerte de cada monarca, generalmente después de haber confirmado sus derechos y privilegios. No era un instrumento menor. Durante la revuelta religiosa husita de principios del siglo XV , Bohemia se negó a elegir al heredero del difunto rey y le impidió asumir el trono durante diecisiete años, hasta que tanto él como el papa reconocieron sus demandas para recibir concesiones constitucionales y confesionales especiales. Lo más destacado es que se eliminó la jurisdicción clerical de la Dieta; el control sobre los distritos administrativos locales, o *Kreise* , pasó de los jueces reales a los nobles capitanes de distrito (*Kreishauptmänner*); los fieles de Bohemia obtuvieron incluso el derecho a recibir la comunión de ambos tipos, un privilegio que no se extendió a otros católicos romanos hasta el siglo XX . Más aún, el legado husita del país y la supervivencia de la lengua checa en el seno de la élite gobernante bohemia y morava

reforzaron el sentido de singularidad e independencia de los dominios austriaco y húngaro, así como de los propios Habsburgo alemanes.

En ningún lugar fue más fuerte el espíritu de independencia y la tradición de oposición a la corona en los dominios de los Habsburgo que en Hungría. Ubicada a lo largo de las fronteras orientales de las tierras austriacas y bohemias y fuera del Sacro Imperio Romano, Hungría constaba de tres entidades políticas diferenciadas, cada una con sus propios Estados, leyes y con una variedad de grupos lingüísticos. En el centro estaba Hungría propiamente dicha. La mayor parte del reino central comprendía una rica llanura formada por el Danubio y varios afluentes importantes. La única excepción notable estaba en el norte, la Alta Hungría (que coincide aproximadamente con la actual Eslovaquia), que quedaba atravesada por los Cárpatos occidentales. A principios del siglo XVII , el reino central tenía unos 1,7 millones de habitantes. En la medida en que es posible hacer generalizaciones, el campo hablaba principalmente magiar en la cuenca del Danubio, eslovaco y ruteno en los Cárpatos, y el idioma más frecuente en las ciudades era el alemán. Al suroeste, entre el río Drava y el mar Adriático, se encontraban los reinos croatas de Croacia y Eslavonia, estrechamente unidos, una región que aglutinaba a un cuarto de millón de personas que habían estado vinculadas con Hungría desde finales del siglo XII . Al este de la llanura del Danubio, en la estribación oriental de los Cárpatos, se encontraba el principado montañoso pero fértil de Transilvania. Transilvania era seguramente la tierra de la corona de mayor complejidad étnica. Sus aproximadamente setecientos cincuenta mil habitantes comprendían una mayoría campesina rumana, junto con las tres «naciones» políticamente protegidas representadas en su Dieta: los magiares; un pueblo estrechamente relacionado, los sículos, de habla magiar; y los «sajones», descendientes de colonos alemanes renanos que, como los sículos, habían ayudado a los reyes magiares a defender la frontera de Transilvania durante el Medievo.

Como fue el caso en Bohemia, el gobierno de los Habsburgo en Hungría estuvo caracterizado por las amplias libertades constitucionales de las que disfrutó, que fueron defendidas por una nobleza indígena orgullosa e independiente. El foco institucional de sus libertades estaba en la Dieta bicameral del reino y en su cancillería independiente, que reclamaban jurisdicción para todo el

reino. Aunque la nobleza en su conjunto disfrutaba de un monopolio casi completo sobre todas las posiciones del gobierno, fueron los grandes terratenientes aristocráticos, o magnates, quienes se hicieron con la mayoría de los puestos ejecutivos clave en los tres territorios de la corona. El principal de ellos era el palatino, a quien la Dieta elegía para presidir tanto la cancillería como su propia cámara superior de magnates y altos funcionarios de la Iglesia. En Hungría propiamente dicha y Transilvania, la nobleza estaba dominada por los descendientes de la nación conquistadora original. Aunque el rumano todavía era hablado por unos pocos miembros de la nobleza más baja sin tierra de Transilvania, toda la nobleza eslovaca de la Alta Hungría se había magiarizado hacía mucho tiempo. Tras cinco siglos de unión con Hungría, también era posible encontrar aristócratas croatas magiarizados que habían adoptado el idioma y la cultura de su pareja dominante. Sin embargo, bajo el liderazgo de su virrey o debido a la prohibición, una Dieta unida croata-eslava guardaba celosamente la identidad y la autonomía separadas de su reino tanto en Hungría como en la monarquía en general.

Más allá de la clase de los magnates de la Gran Hungría estaba la pequeña nobleza del país, la aristocracia. Aunque gran parte de la aristocracia era relativamente pobre y a menudo carecía de tierras, también ejercía un poder considerable, tanto como la fuerza dominante en la cámara baja de la Dieta húngara como a nivel local, a través del control de los gobiernos de los condados de los tres territorios de la corona. Además, la nobleza en su conjunto disfrutaba de amplios privilegios individuales, incluida la exención de todos los impuestos y el *ius resistendi* , el derecho a usar la fuerza para resistir cualquier violación de sus libertades constitucionales por parte de la corona. Finalmente, las Dietas dominadas por los nobles de Hungría y Croacia disfrutaban del derecho de elegir a su rey, una vez más, generalmente después de una reparación de agravios. Y, como en el caso de Bohemia, esta no era una prerrogativa vacía.

Los Habsburgo lo aprendieron de primera mano poco después de Mohács, cuando la nobleza magiar quedó dividida acerca de la elección del sucesor del caído Luis II. Mientras que una Dieta húngara convocada por su viuda Habsburgo María recurrió a su hermano Fernando para conseguir protección contra los turcos, un cónclave rival de mayor tamaño rechazó la elección de un

extranjero, eligiendo en su lugar al gobernador magiar nativo de Transilvania, Juan I de Zápolya. Pudo verse una división similar al oeste de Drava, donde la nobleza croata eligió a Fernando, mientras que una Dieta eslava se puso del lado de Zápolya. Aunque Fernando pronto expulsó a Zápolya del reino, su rival tomó la fatídica decisión de llamar a los turcos en su ayuda; los turcos regresaron a Hungría en 1529, esta vez para quedarse. A mediados de siglo, el sultán se valió del apoyo de la candidatura de Zápolya como pretexto para ocupar más de la mitad del país, incluyendo su histórica capital, Buda. La situación cambiaría poco en cincuenta años, a pesar de los esfuerzos de los Habsburgo por reconquistar Hungría en la llamada guerra de los Quince Años (1593–1606).

Así pues, Hungría no solo era a principios del siglo XVII un territorio diverso, sino también dividido. La rica llanura del Danubio situada en su centro estaba casi totalmente en manos turcas. Los Habsburgo retuvieron solo la Alta Hungría, junto con un estrecho corredor a lo largo de la frontera austriaca donde establecieron su nueva capital en Pressburg (Bratislava; Pozsony). Al otro lado del Drava, solo el tercio occidental del reino croata-eslavo, incluida su capital en Agram (Zagreb), quedó bajo el control de los Habsburgo. Hacia el este, Transilvania era técnicamente un protectorado turco, aunque logró preservar una tenue independencia, gracias a su relativo distanciamiento y a la habilidad de sus príncipes para contrarrestar las ambiciones de los Habsburgo y los turcos. Pronto adquirió las hechuras de un principado soberano al formar su propia Dieta legislativa y elegir a los príncipes, que evolucionaron rápidamente de su antiguo cargo de administradores reales a importantes actores en la política de Europa del este.

La invasión y posterior ocupación turca tuvo un efecto devastador en el país. Incluso en los mejores tiempos, los territorios húngaros de la corona habían constituido una unidad económica modesta que dependía en gran medida de la producción y exportación hacia el oeste de cereales, vino y ganado a través del puerto de Fiume (Rijeka) a los *Erblande* , Bohemia o Istria. La única excepción significativa al perfil agrario del país estaba una vez más en la montañosa alta Hungría, donde las ciudades mineras de habla alemana de los Montes Cárpatos producían la mayor parte del cobre de Europa, así como plata, oro y sal. Pero la partición del reino y la intermitente guerra que siguió interrumpieron el comercio y el

desarrollo de las ciudades que dependían de él. Como resultado de ello, en 1600 las dieciséis ciudades reales que quedaban bajo el control de los Habsburgo albergaban tan solo a cuarenta mil personas. La guerra incesante también expulsó a decenas de miles de campesinos de la agricultura. Muchos se convirtieron en hombres de la frontera armados; adoptar un estilo de vida nómada de cría de animales o emplearse como soldados eran las únicas alternativas viables a la huida constante o al hambre. Esta es una muestra de las dificultades que enfrentó Hungría, que vio como gran parte de la población, incluidos muchos nobles, emigraba de las áreas bajo control turco, y también de las áreas más expuestas a ambos lados de la frontera entre los Habsburgo y los otomanos. La Alta Hungría fue la principal beneficiaria de este cambio demográfico, convirtiéndose en la región más densamente poblada del reino.

Incluso contando con la migración desde el sur ocupado por los turcos, los Habsburgo conservaban poco más de un millón de sus súbditos húngaros a principios del siglo XVII . La modesta contribución que un reino unido pudo haber hecho a la monarquía fue más que contrarrestada por la conquista turca. La Hungría real, tras quedar truncada, apenas estaba entonces en condiciones de ocuparse de su propia defensa y necesitaba contar con la asistencia de los otros territorios de los Habsburgo. A mediados de siglo, los territorios de la corona de Bohemia habían asumido esencialmente la responsabilidad financiera de defender la cercana Alta Hungría. Mientras tanto, lo que quedaba de Croacia-Eslavonia era tan débil que su Dieta autorizó a regañadientes a Fernando a forjar una Frontera Militar (*Militärgrenze*) a lo largo de la frontera turca para reasentar a los refugiados serbios —cristianos ortodoxos— de los Balcanes y emplearlos como soldados en la defensa frente a las incursiones turcas. Liberados de las atribuciones o las restricciones impuestas por los gobiernos locales, esta institución única y los *Grenzer* que la atendieron estaban destinados a proporcionar a los Habsburgo buena parte de la contribución militar húngara durante los dos siglos siguientes.

Es muy significativo que la Frontera Militar fuese creada, abastecida y gobernada en primera instancia no por el emperador, sino por el régimen de Austria Interior en Graz, que era el más expuesto a los embates turcos a través de Croacia. Este acto de delegación de la defensa regional de Hungría ilustra la naturaleza

descentralizada de la autoridad de los Habsburgo a principios del siglo XVII . Durante su reinado, Fernando había establecido las raquíticas líneas maestras de un gobierno central en Viena. Se había confiado la formulación de políticas a un grupo de los asesores más cercanos del emperador, conocido como el Consejo Privado o *Geheimrat* . La administración de los ingresos «camerales» ordinarios de los dominios de la corona, los peajes y los derechos mineros, había pasado a ser responsabilidad del Tesoro de la Corte, o *Hofkammer* . Mientras tanto, el Consejo de Guerra de la Corte, o *Hofkriegsrat* , había sido establecido para manejar asuntos militares, y también la recaudación de impuestos extraordinarios, como la Contribución que las provincias votaron para apoyar al ejército. Pero, con su subsecuente subdivisión de los territorios hereditarios y la extensa autonomía de los regímenes bohemio y húngaro, tanto el *Hofkammer* como el *Hofkriegsrat* se vieron obligados a compartir funciones con sus homólogos en Graz, Innsbruck, Praga y Pressburg. El único órgano central que podía reclamar competencias para toda la monarquía era el Consejo Privado, que en todo caso no era más que un cuerpo consultivo sin medios burocráticos para hacer cumplir sus decisiones. Además, los tres organismos asumieron una organización conciliar que era popular en el sistema de gobierno español de los Habsburgo, pero que sufría con la consiguiente diseminación de la responsabilidad y del poder entre sus miembros.

Por supuesto, esta falta de unidad de la monarquía se manifestó de múltiples maneras. Una de ellas fue la ausencia total de una sola asamblea general de los pueblos de la monarquía. A mediados del siglo XVI , la inmediatez de la amenaza turca había permitido a Fernando llegar a un acuerdo con los Estados bohemios y húngaros mediante el cual acordaron elegir a los reyes de los Habsburgo siempre que la dinastía pudiera proporcionar un heredero legítimo. Sin embargo, sus pretensiones de independencia eran lo suficientemente fuertes como para resistirse a los intentos de que se reunieran fuera de sus propios reinos. Así, solo en tres ocasiones se reunieron representantes de hasta dos territorios de la corona de los Habsburgo: en 1530, cuando los Estados austriacos y húngaros se reunieron en Linz; en 1541, cuando los delegados de Bohemia y la mayoría de los territorios austriacos se reunieron en Praga; y en 1614, cuando los Estados austriacos y algunos húngaros se reunieron nuevamente en Linz. Por imperfectos que fuesen estos encuentros, representan el único intento de una reunión general de

los pueblos de la monarquía hasta mediados del siglo XIX .

Esta falta de un esfuerzo unitario por parte de la monarquía también se reflejó en la posición ambigua de Viena. Los dominios de los Habsburgo no tenían un centro administrativo, económico o poblacional dominante. Praga, Pressburg, Graz e Innsbruck compartieron importantes funciones gubernamentales con Viena. Con 65 000 habitantes, Praga era aproximadamente del mismo tamaño que Viena. Incluso dentro de los archiducados, Linz era un serio competidor de Viena en virtud de la posición comercial superior de la que disfrutaba. El emperador Rodolfo II (1576-1612) trasladó la residencia imperial a Praga durante los últimos treinta años de su reinado. Aunque sus sucesores restablecieron la capital en Viena de modo permanente, lo hicieron sobre todo porque su ubicación central entre Praga, Graz, Innsbruck y especialmente Pressburg (que estaba a solo sesenta kilómetros río abajo) permitía un acceso más fácil a las otras capitales de la dinastía.

La monarquía de los Habsburgo y Alemania

En última instancia, la monarquía no solo carecía de una Dieta común y de un centro administrativo, tampoco compartía una sola corona o título real. Los Habsburgo de los siglos XVII y XVIII llevaban una corona real en Bohemia, otra en Hungría y una serie de diademas menores en sus diversos dominios austriacos. Pero la dignidad que escogían era la corona imperial alemana y el título de emperador del Sacro Imperio Romano. Lo cual nos lleva a la pieza final y más compleja de este intrincado rompecabezas. Los territorios austriacos y bohemios pertenecían no solo a la monarquía, sino al Sacro Imperio Romano, y los Habsburgo eran sus líderes indiscutibles. A comienzos del siglo XVII , la dinastía había mantenido el título imperial sin interrupción durante casi dos siglos desde la elección de Alberto II en 1438. Tampoco vacilaban los Habsburgo en cuanto a su identidad alemana, una autopercepción que explica su gran dependencia de los alemanes del *Reich* tanto dentro como fuera de los *Erblande* para cubrir los altos cargos ministeriales y militares. Pero la nueva monarquía austro-bohemia-húngara que Fernando había reunido era muy diferente de la de su antepasado del siglo XV . Mediante su control de los territorios austriacos y bohemios, la dinastía gobernaba ahora directamente un tercio del imperio. No obstante, la adquisición de Hungría y la posterior invasión turca la habían lastrado con otros compromisos

separados no alemanes que la forzaban cada vez más a desviar su atención y recursos de los asuntos imperiales. De hecho, la monarquía ya no era un Estado exclusivamente alemán, sino una combinación internacional que miraba tanto al este como al oeste. En todo caso, los Habsburgo estaban al mismo tiempo decididos a aferrarse a la corona imperial. A principios del siglo XVIII , el gobierno imperial todavía gozaba de prerrogativas, ingresos y prestigio limitados. Más importante aún, los Habsburgo valoraban especialmente su posición indiscutible como la principal dinastía alemana y continuaron tomándose este papel dominante muy en serio. Por lo tanto, siguieron buscando y defendiendo el gobierno imperial con la misma tenacidad con la que defendían sus derechos en los territorios austriacos, bohemios y húngaros de la corona.

Este intento bidireccional de la dinastía de administrar tanto sus propias tierras como los asuntos alemanes era comprensible, por más que al final quedase más allá de sus recursos. El hecho de que sus propios dominios fuesen tan diversos y desordenados hacía muy difícil gobernarlos, especialmente frente a amenazas extranjeras. Gobernar el Sacro Imperio Romano pasó a ser misión imposible. En parte, el problema estaba en el marco constitucional e institucional de Alemania, sin ser dicho marco mucho peor del que los Habsburgo tenían en sus propios dominios. El poder de cada emperador estaba limitado por su necesidad de ganarse el favor de aquellos príncipes alemanes que realmente elegían a cada nuevo emperador. Había siete de esos electores a principios del siglo XVII : los príncipes-arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, los príncipes laicos de Sajonia, Brandeburgo y el Palatinado, y el propio emperador como rey de Bohemia. En la práctica, los electores disfrutaban de una considerable influencia sobre cada emperador, tanto en el momento en que este presentaba su candidatura como cerca del final de su reinado, cuando crecía su ansiedad por asegurar la elección del heredero que había designado concediéndole el título de rey de los romanos.

Una vez elegido, las prerrogativas constitucionales del emperador eran virtualmente indistinguibles de las de muchos otros monarcas. En el centro del gobierno estaba la Cancillería de la Corte Imperial (*Reichshofkanzlei*), que despachaba la política alemana de la misma manera que las cancillerías de la corte bohemia y húngara administraban los negocios de esos dos reinos. Había un *Reichstag* tricameral que hacía las veces de cuerpo legislativo del imperio, con

los poderes usuales para aprobar leyes, aumentar los impuestos y declarar la guerra. De hecho, al emperador le bastaba obtener mayorías en el Colegio de Electores y en el Colegio de Príncipes, de más de doscientos miembros, pero no necesitaba conseguirlo en el Colegio de Ciudades Imperiales, esencialmente impotente. El poder judicial imperial estaba dividido entre dos tribunales que entraban a menudo en competencia. El Tribunal de la Cámara Imperial (*Reichskammergericht*) estaba tan escaso de fondos y paralizado por las rivalidades principescas que en algunos casos le llevó más de un siglo tomar decisiones. Por el contrario, la relativa eficiencia del propio Consejo Áulico del emperador o *Reichshofrat* le proporcionaba un importante poder a través de su capacidad para juzgar una amplia gama de asuntos legales. Finalmente, las funciones policiales y militares del imperio se confiaron en general a un sistema regional de diez círculos imperiales (*Reichskreise*), cada uno con su propio director, y a un círculo de príncipes (*Kreistag*).

Era un sistema de gobierno complejo, aunque no de suyo inviable. El elemento clave para gobernar el imperio no fue ganar mayorías en la Dieta o sentencias en los tribunales, sino hacer cumplir las decisiones imperiales a nivel regional y local. Es cierto que era más probable que los principados imperiales más pequeños cumpliesen las directivas imperiales, tanto porque eran demasiado débiles para resistirse como porque confiaban en el emperador y en la santidad de la ley imperial para protegerlos contra sus vecinos más poderosos. Pero los grandes príncipes del imperio sí pudieron desafiar abiertamente y actuar casi independientemente de la autoridad central. Muchos mantuvieron sus propios ejércitos y relaciones diplomáticas no oficiales con potencias extranjeras, incluidos los enemigos del emperador. Así pues, mientras estuvieron de acuerdo con las directivas del emperador o fueron indiferentes a ellas, el gobierno imperial funcionó razonablemente bien. Sin embargo, cuando se opusieron a ellas, el emperador fue incapaz de obligarles a su cumplimiento sin hacer uso de la fuerza.

El poder de los príncipes para desafiar al emperador y oponerse a él eliminó cualquier posibilidad de que el imperio mismo evolucionase hasta convertirse en un Estado gobernable comparable a otras monarquías europeas. En 1618, tras dos turbulentos siglos al timón del imperio, los Habsburgo habían perdido la esperanza de conseguirlo. Por lo tanto, nunca contemplaron realmente realizar

un intento de «unificación alemana» bajo un soberano determinado hereditariamente. En cambio, a medida que pasó el tiempo y los príncipes alemanes se hicieron más fuertes, los Habsburgo austriacos se vieron cada vez más obligados a tratar con ellos más como aliados y menos como vasallos feudales. En el proceso, se dieron cuenta de que, si querían tener futuro como una gran dinastía europea, conseguirlo no dependería en sí del imperio, sino de los territorios de la corona, por muy diversos que fuesen. Y fue allí donde centraron su atención. Aunque los Habsburgo continuaron identificándose estrechamente con Alemania y buscando un liderazgo continuo a través de la corona imperial, la utilizaron cada vez más como una herramienta para servir a los intereses del Estado dinástico que habían formado a lo largo de la frontera sudeste del imperio. De hecho, la dinastía —junto a muchos de sus súbditos de habla alemana— conservó esta identidad dual, aunque desigual, mucho más allá de los primeros tiempos modernos, hasta que Bismarck los expulsó de Alemania en 1866.

¿CONFLICTO O CONSENSO ?

Por supuesto, los problemas irresolubles que condenaron al imperio y a la unidad alemana hicieron que fuera aún más imperativo que la dinastía completase el proceso de construcción del Estado en sus propios dominios. Si los Habsburgo iban a moldear sus dispares posesiones para conformar un Estado viable, debían reducir las barreras políticas, administrativas y culturales existentes socavando la autonomía de sus dominios austriacos, bohemios y húngaros. También tenían que adquirir el derecho de poner en marcha impuestos y otras leyes, para luego aplicarlos a nivel local, independientemente de la nobleza feudal. Ese fue el enfoque que adoptaron la mayoría de los monarcas europeos cuando se enfrentaron a circunstancias similares. Y ese mismo fue el camino que siguieron los Habsburgo desde el comienzo del siglo XVII y de manera intermitente a partir de entonces. Además, la misma ubicación en Europa central que los exponía a la agresión desde varias direcciones también facilitaba su recepción de nuevas estrategias de construcción del Estado, especialmente de Alemania e Italia. Como veremos, tuvieron bastante éxito en el empeño. Pero los mismos factores geopolíticos que ayudaron en última instancia a Maximiliano y Fernando a adquirir sus dominios, impidieron que sus sucesores los convirtieran en una monarquía altamente

centralizada y «absoluta». En otros lugares del continente, países como Francia, Suecia, Brandeburgo-Prusia o Rusia pudieron aprovechar los oportunos períodos de paz o lejanía de sus adversarios extranjeros para fortalecer la autoridad real y suprimir aquellos Estados y provincias que se les opusieron. Por el contrario, la ubicación centroeuropea de los territorios de los Habsburgo casi siempre los expuso a cuanto menos alguna potencia extranjera con la que sus súbditos rebeldes podían hacer causa común durante un conflicto interno. La intervención extranjera, o su amenaza, limitó el alcance de los intentos de los Habsburgo de proceder a la centralización y el absolutismo, y los dejó incompletos.

Este fracaso llevó finalmente a los Habsburgo a aplicar sus políticas nacionales y extranjeras de una manera que los distinguiera de las otras grandes potencias del continente. Por ejemplo, hasta el final de la monarquía, los sucesivos regímenes jugaron con la administración central con la vana esperanza de que, reorganizándola o reconfigurándola de una u otra forma, podrían lograr mediante la sutileza lo que no habían logrado a través de una reforma genuina. Una segunda consecuencia, aún más crucial, fue la creciente voluntad de los Habsburgo de gobernar por consenso. Si el emperador no podía eliminar por completo el carácter distintivo de sus dominios o superar el poder de la nobleza feudal, entonces la siguiente mejor solución disponible era ganarse su apoyo, siendo sensible a sus derechos políticos, privilegios sociales y necesidades económicas. Hubo otros monarcas que también se acomodaron a los intereses de sus élites, pero pudieron hacerlo prestándoles menos atención sin que ello supusiera un gran riesgo para su supervivencia. La opción tomada por los Habsburgo hipotecó la capacidad del gobierno central para integrar sus dominios de un modo más pleno. También los incitó a llegar a acuerdos con los grupos sociales o nacionales más poderosos a expensas de aquellos que consideraban menos propensos a amenazar la estabilidad interna. Pero el sacrificio valía la pena si la simbiosis resultante con los principales elementos territoriales y feudales de la monarquía eliminaba los disturbios internos y aseguraba su cooperación para lograr los objetivos más importantes de la dinastía.

Pero la necesidad de lograr el consenso de las élites gobernantes no solo redujo la capacidad del gobierno para lograr reformas internas o mejorar la justicia social. También limitó su libertad para combatir guerras, porque estas élites aún controlaban los medios

financieros necesarios para construir un gran ejército. En la práctica esto se traducía en que era poco probable que los Habsburgo promoviesen guerras de agresión, porque eran conscientes tanto de la debilidad militar de la monarquía como de lo difícil que les resultaría convencer a sus diversos dominios para que hiciesen los sacrificios necesarios. Como resultado de ello, tendían a ser algo menos impulsivos o agresivos que los gobernantes absolutos de Francia, Brandeburgo-Prusia o Rusia, que no dependían tanto del apoyo popular doméstico para emprender sus acciones. En cualquier caso, la ubicación centroeuropea de la monarquía, tan expuesta, le proporcionaba un flujo constante de posibles agresores, y esto rara vez les permitía emprender sus propias aventuras militares.

Lo que el emperador *podía* hacer era luchar en guerras defensivas susceptibles de ser justificadas ante los Estados. Además de movilizar los recursos de la monarquía, por lo general también pudo continuar la práctica de los Habsburgo de entablar alianzas con otras potencias que los temían menos que a sus enemigos más poderosos o pendencieros, especialmente cuando sus atacantes representaban una amenaza para el *statu quo* y el equilibrio internacional de poder. Por supuesto, al participar en tales coaliciones defensivas, el emperador estaba obligado a perseguir solo aquellos objetivos que fuesen aceptables para sus aliados. Pero ese era un precio que generalmente estaba dispuesto a pagar a cambio de la ayuda interna y extranjera que recibía. Por lo tanto, puesto que el Estado de los Habsburgo ya dependía de un consenso de las fuerzas domésticas se apoyó con naturalidad en consensos con otras potencias europeas para alcanzar sus objetivos extranjeros. De hecho, los patrones de la política estatal de los Habsburgo que posteriormente se asociaron con Clemens von Metternich, como la coalición y la diplomacia del equilibrio de poder y el mantenimiento de fronteras legítimas, ya eran evidentes en el siglo XVII .

También era evidente por entonces una tendencia al conservadurismo o, más precisamente, a formas conservadoras de pensamiento. Cualquier gobierno que base sus decisiones en el consenso será inherentemente conservador, porque debe representar los temores y las necesidades de aquellos intereses creados que tienen más que perder con el cambio. En la monarquía de los Habsburgo, esto condujo a una mentalidad complaciente que

aceptaba el *statu quo* . Mientras que la élite intelectual y cultural de la monarquía adoptó fácilmente ideas establecidas y comprobadas de Alemania, Italia y otros lugares, rara vez aportó algo nuevo por sí misma fuera del estrecho ámbito del arte y la música. Su disposición a aceptar el *statu quo* reforzó su política exterior, necesariamente cautelosa, hasta el punto de que sus estadistas normalmente se opusieron a la expansión, incluso en esos raros casos en que la agresión tenía visos de tener éxito. Por el contrario, prefirieron casi siempre mantener la integridad territorial de los vecinos más débiles como Polonia, el imperio otomano en decadencia y los principados alemanes o italianos en lugar de expandirse a su costa. Esta mentalidad también se vio reflejada en el campo de batalla, donde con el tiempo la cultura de mando del ejército asumió como objetivo evitar una derrota aplastante, en lugar de lograr una victoria decisiva. Parte de este conservadurismo táctico se remontaba al compromiso de la dinastía con el gobierno consensuado, un principio que llevó a favorecer el rango aristocrático sobre la habilidad profesional en la elección de los comandantes en el campo de batalla. Pero también reflejaba las perspectivas de una sociedad que aceptaba el mundo europeo y la posición que la monarquía ocupaba en él. Esta falta de un «instinto asesino» fue menos evidente durante los siglos XVII y principios del XVIII , cuando los emperadores reclutaron a muchos de sus más grandes mariscales de campo en el extranjero o en otras partes del Sacro Imperio Romano. Se hizo mucho más obvio durante los últimos dos siglos de la monarquía, cuando prácticamente todos sus altos comandantes eran productos locales de los dominios de los Habsburgo y por lo tanto se inscribían en esa mentalidad conservadora que todo lo impregnaba.

EL PAPEL DE LA DINASTÍA

No hace falta decir que gobernar un Estado tan diverso y obtener el apoyo de las élites nacionales y los aliados extranjeros era más difícil que gobernar una de las monarquías absolutas más centralizadas de Europa. A pesar de eso, los Habsburgo han sido sometidos a veces a comparaciones odiosas con otras dinastías. Los historiadores los han caracterizado como un grupo de individuos de gran rectitud, concienzudos, piadosos y excepcionalmente morales que, sin embargo, a menudo carecían de la previsión y la decisión necesarias para situar su patrimonio al nivel de las otras grandes

monarquías del continente. Como resultado, se les ha culpado de permitir que la monarquía siguiese en la senda de lo que muchos historiadores consideran un declive gradual pero constante que se extiende desde el reinado de Carlos V hasta su colapso final en la Primera Guerra Mundial. Incluso los historiadores nacionales austriacos han excusado ocasionalmente el recurso de los Habsburgo a la moderación y las medidas a medias como indicativo de una cierta «clemencia austriaca» que impregnaba su carácter.

Realmente, no es que el temperamento de los Habsburgo fuese menos tenaz o agresivo que el de otros gobernantes. Como veremos, fueron capaces de actuar con la misma mezcla de determinación, arrogancia, intolerancia y brutalidad que contribuyó a crear la Leyenda Negra de sus primos españoles. Pero, mientras que el poder y la insularidad de España podían alentar a sus gobernantes a actuar con impunidad, los Habsburgo austriacos solo podían permitirse hacer tal cosa en las ocasiones, relativamente raras, en las que se sentían seguros frente a sus potenciales adversarios en el interior y el extranjero. En esos casos, además, la inmoderación resultó por lo general contraproducente y finalmente les obligó a batirse en retirada. En resumen, la «clemencia austriaca» no se originó en una mentalidad humana o dócil exclusiva de la dinastía, sino que se debió al pragmatismo con el que trataban de tender puentes hacia las élites nacionales y los aliados extranjeros que ofrecían a la monarquía mayor seguridad. Incluso las pocas cualidades personales verdaderamente comunes que caracterizaron a los Habsburgo en su conjunto, como su conciencia y su piedad, fueron rasgos adquiridos a la fuerza básicamente para afrontar la tarea en cuestión.

Tampoco es que los Habsburgo fuesen necesariamente esas mediocridades colectivas que la opinión popular transmite. Ya desde la creación de la monarquía en el siglo XVI hubieron de enfrentarse a la hercúlea tarea de gobernar un nuevo Estado dinástico que era tanto diverso como difícil de defender. En lugar de limitarse a intentar conservar lo que tenían, trabajaron sin cesar para fortalecer su Estado y corregir la estructura defectuosa que Fernando había adquirido en el siglo XVI . Si tuvieron éxito en ese empeño fue gracias a la persistencia y al trabajo duro, a que impusieron en sus dominios políticas integradas y a una apariencia de cohesión que sin su acción no habría existido. La continuidad que aportaron sus políticas hizo más por determinar el desarrollo de

sus dominios que las acciones de otros soberanos, cuyas responsabilidades requerían menos imaginación y menos medidas de emergencia. De hecho, por más que algunos de los monarcas estudiados en este libro fuesen más talentosos y exitosos que otros, todos hicieron una contribución tangible al desarrollo de la monarquía, a pesar de que invariablemente dejasen mucho por hacer.

Tenemos una muestra de la importancia que tuvieron en el papel crucial que desempeñaron en la resolución de las grandes crisis que surgieron periódicamente en la historia de la monarquía. Cabe identificar no menos de ocho ocasiones durante los últimos tres siglos en que la monarquía pareció enfrentar la posibilidad de su desmembramiento, ya fuese por rebelión doméstica, invasión extranjera, o ambas cosas: 1618–1620, 1683, 1703–1704, 1740–1741, 1790, 1809–1810, 1848–1849 y 1916–1918. No es casualidad que todas menos dos de estas crisis ocurriesen al final del reinado de un monarca y al comienzo del reinado de otro. Esto se debe a que los errores o problemas no resueltos de un gobernante tendían a crecer en importancia hasta que su sucesor se veía obligado a tratarlos. El hecho de que los gobernantes de la monarquía cumpliesen rápida y exitosamente con todos los desafíos, a excepción de este último, da fe de su competencia y, en última instancia, de los altos riesgos implicados en el empeño. Tampoco es mera coincidencia que cada capítulo de este libro se construya en torno a las primeras seis de estas crisis que ocurrieron antes de 1815. Es así porque cada capítulo trata de una etapa importante en el desarrollo de la monarquía, y cada etapa dependió a su vez de la resolución de una crisis, de un punto de inflexión en la evolución de la monarquía que condicionaba su supervivencia. Al final, la monarquía emergió más fuerte y segura tras la resolución exitosa de cada uno de estos desafíos. De hecho, las crisis más grandes de la monarquía solían preceder y presagiar sus mayores logros.

2.
La guerra de los Treinta Años (1618-1648)

La monarquía y la «crisis general »

Las dificultades que planteaba la diversidad de la monarquía y su expuesta ubicación en el centro de Europa fueron una fuente de preocupación para sus gobernantes a lo largo de la historia. No obstante, estos problemas se vieron agravados por otros desafíos a los que hubieron de enfrentarse, como el resto de la sociedad europea, a principios del siglo XVII . Durante la última generación, la mayoría de los historiadores habían aceptado la idea de que Europa se adentraba en una «crisis general» al tratar de adaptarse a los dramáticos desarrollos que habían tenido lugar durante el siglo anterior. La economía cambió para siempre por la dramática expansión del comercio y por la inflación o «revolución de los precios» que causó la entrada de plata del Nuevo Mundo. Hasta ese momento, Europa tenía una economía agraria predominantemente orientada al trueque y la subsistencia controlada por nobles terratenientes y trabajada por su fuerza de trabajo campesina. Entonces comenzó a convertirse lentamente en una economía orientada al mercado y al dinero controlada por la burguesía y otros elementos capitalistas que buscaban mayores ganancias del comercio y la industria, así como de la agricultura. Las relaciones internacionales se vieron revolucionadas por la repentina aparición del nuevo imperio global de los Habsburgo y las guerras casi perpetuas entre dicho imperio y sus dos enemigos naturales, Francia y el imperio otomano. La necesidad de alimentar la carrera armamentista resultante transformó la política interior en una lucha entre los gobernantes y su gente por controlar los impuestos. Finalmente, la preocupación de los monarcas por la seguridad de sus reinos se extendió a su creciente insistencia en la uniformidad religiosa entre sus súbditos, para que el crecimiento de la herejía no inspirase rebeliones o guerras civiles. La monarquía austriaca de los Habsburgo se enfrentó a estos problemas en las primeras décadas

del siglo XVII .

La crisis económica

Al entrar en el siglo XVII , los Habsburgo necesitaron ganar un mayor control sobre los impuestos, aunque antes tuvieron que decidir qué hombros soportarían esa carga. Cualquiera que fuese el curso adoptado por la monarquía, lo cierto es que esta carecía de los medios económicos para desempeñar un papel activo en el escenario internacional. Es cierto que los dominios de los Habsburgo nunca disfrutaron de la infraestructura comercial o manufacturera de sociedades marítimas como Inglaterra o los Países Bajos, ni de la economía bien equilibrada de Francia, pero no estaban económicamente atrasados según los estándares del resto del continente. Los territorios bohemios proporcionaban a la monarquía un centro de fabricación populoso y productivo que se complementaba con las industrias textil y del hierro de la Alta Austria y Estiria. La monarquía también disfrutaba de una base agrícola estable, especialmente en Silesia, los dos archiducados y una parte de la llanura húngara. Mientras tanto, las montañas del Tirol, el interior de Austria, Bohemia y la Alta Hungría convertían a la monarquía en uno de los principales productores de Europa en más de media docena de diferentes minerales clave. Es cierto que sus economías regionales tendían a funcionar independientemente unas de otras y aún no estaban integradas en una política económica única, pero esto no era un obstáculo tan grande como las divisiones políticas, administrativas y culturales de la monarquía.

Puede que el evento más perjudicial de la época fuese la revolución de los precios en Europa. A corto plazo, la inflación trajo suculentos aumentos en las ganancias de la exportación de productos agrícolas y de otro tipo a Europa central y occidental. En muchas localidades de la monarquía, los nobles terratenientes trataron de aprovechar este mercado aumentando la producción de diversos productos para la exportación. En ninguna parte fue mayor este espíritu emprendedor que en Hungría. Al igual que sus homólogos en los otros territorios escasamente poblados de la Europa cristiana del este, los terratenientes húngaros aprovecharon la oportunidad al aumentar la producción de cereales, vino y ganado. A mediados del siglo XVI , los hombres de la frontera del reino conducían un promedio de cincuenta mil y a veces hasta cien mil cabezas de ganado hacia el oeste cada año. Pero el énfasis en la

producción de productos básicos fue en detrimento de la inversión en manufactura. Como resultado, el reino se volvió totalmente dependiente de la importación de bienes terminados, incluidos los textiles (a excepción de los más bastos), e incluso de productos de cobre que se extraían en la Alta Hungría, pero eran refinados y terminados en otros lugares. Al final, pagaron un alto precio por su excesiva dependencia de la producción de alimentos cuando en las décadas iniciales del siglo XVII una recesión económica en Europa central provocó una disminución del cincuenta por ciento en los precios de los cereales y el ganado.

Pero las consecuencias más graves de la conversión a una economía de mercado no las soportaron los nobles empresarios húngaros, sino los campesinos y la gente del pueblo de toda la monarquía. Con el fin de mejorar las ganancias, los propietarios de las tierras de los Habsburgo se esforzaron por maximizar la productividad. Es cierto que la catástrofe también trajo sus beneficios; entre otras cosas, inspiró una mayor eficiencia en la organización y administración de propiedades cada vez más grandes. También condujo al desarrollo experimental de nuevos cultivos, como la seda en Baja Austria y Moravia. En partes de Bohemia, empresarios nobles llegaron a construir enormes lagos artificiales con el propósito de criar comercialmente carpas y lucios. Los propietarios de haciendas en Lusacia, Silesia y Bohemia también alentaron a los campesinos a complementar sus ingresos hilando y tejiendo telas que posteriormente serían exportadas a Alemania. Con la ayuda de intermediarios alemanes, ingleses y holandeses, una pequeña, aunque productiva industria textil artesanal había evolucionado a comienzos de siglo en muchas provincias. Pero los empresarios nobles también aumentaron la producción incrementando arbitrariamente las cargas de sus campesinos.

La peor parte se la llevaron los campesinos más contestatarios, a los que normalmente se les prohibía adquirir o vender sus parcelas o abandonar la hacienda sin el permiso del noble, su señor supremo. Para aumentar sus ganancias, los nobles empresarios de toda la monarquía trabajaron para reducir la cantidad de tierra que sus siervos cultivaban para sí mismos, al tiempo que aumentaban el tamaño de sus dominios. Luego aumentaron el servicio laboral obligatorio, o *robot* [1] , que los campesinos tenían que realizar en esas tierras del terrateniente. Es difícil hacer generalizaciones precisas debido a las variaciones locales en cuanto a la posesión de

las tierras y las obligaciones laborales. Sin embargo, puede decirse con seguridad que las condiciones eran más onerosas en Hungría, donde este servicio *robot* aumentó de un promedio de alrededor de un día a la semana en 1500 a tres o hasta seis días un siglo más tarde. Los campesinos en las tierras de Bohemia y Carniola parecen haber sufrido casi tanto por este «nuevo feudalismo», entonces basado en gran medida en las fuerzas del mercado y el afán de lucro capitalista. Por el contrario, algunas áreas escaparon a este desarrollo de los acontecimientos, especialmente los campesinos del Tirol y Vorarlberg, en su mayoría libres, así como los privilegiados soldados-colonos de la Frontera Militar croata.

Los efectos de la explotación del capitalismo noble tampoco se limitaron a cuestiones de tenencia de la tierra y obligaciones laborales. Muchos señores nobles también tendían a valorar a sus campesinos como una fuente cautiva de proveedores y consumidores. Podían exigirles que procesasen sus cosechas en el molino señorial, la fábrica de cerveza u otras instalaciones, y que les vendiese los productos a ellos, a menudo con un descuento, para luego poder revenderlos directamente a los agentes de exportación al precio de mercado vigente. También podían insistir en que sus campesinos hiciesen todas sus compras en pueblos y aldeas que pertenecían a su jurisdicción señorial. Este tipo de imperativos comerciales constituyeron una nueva imposición a la libertad de los campesinos de la monarquía. Representaba una amenaza aún mayor para el sustento de las llamadas ciudades libres que no eran propiedad ni estaban sujetas a la autoridad de la nobleza local, pero que ahora perdían negocios debido a la competencia de las ciudades señoriales vecinas o los agentes de exportación extranjeros de la nobleza.

Al igual que los propios campesinos, las ciudades no estaban adecuadamente pertrechadas para luchar sin la ayuda de la corona. De hecho, a medida que perdían terreno debido al impacto de la guerra, la competencia señorial, las rutas comerciales cambiantes o la falta de desarrollo industrial, las ciudades sucumbían frente a la nobleza terrateniente en la competición por el favor real. Su mejor posición relativa era evidente en algunas de las Dietas regionales, como la Baja Austria y la propia Hungría, donde todas las ciudades libres compartían un solo voto. Por el contrario, el ascenso político de los grandes terratenientes de la monarquía se vio reflejado más vívidamente en 1608, cuando la corona otorgó a cada uno de los

aproximadamente cien magnates de Hungría representación individual en la mesa superior de la Dieta de ese reino, al tiempo que se iniciaba en la práctica de otorgar títulos principescos imperiales a destacados nobles austriacos y bohemios. Dadas las tendencias económicas y políticas puestas en marcha por el nuevo feudalismo, era prácticamente inevitable que la corona se dirigiese a una confrontación con esta aristocracia pujante; no obstante, le resultaba más fácil hipotecar aún más el desarrollo económico de la monarquía dejando una mayor parte de la carga tributaria sobre las espaldas de sus pueblos libres y sus campesinos esclavizados.

Alemania, España y la amenaza de la hegemonía de los Habsburgo

El segundo desafío que enfrentaron los Habsburgo austriacos fue la necesidad de establecer una posición segura dentro del sistema de alianzas europeo. En el pasado se habían beneficiado de relaciones cercanas tanto con los príncipes alemanes como con los Habsburgo españoles. Pero no es que fueran dos asociaciones necesariamente compatibles entre sí. Tampoco salieron fortalecidos del proceso de crecimiento dramático de la dinastía durante el siglo anterior. Ambas ramas de la dinastía habían alcanzado originalmente su prominencia en respuesta a la necesidad de un equilibrio regional de poder dirigido principalmente contra Francia en el oeste y contra el imperio otomano en el este. Sin embargo, tuvieron tanto éxito que, a mediados del siglo XVI , España había remplazado a sus dos enemigos como la principal amenaza para la seguridad europea. Como el segundo Estado más poderoso de la Europa cristiana, Francia pudo entonces contar con la asistencia de países que anteriormente habían militado en el campo de los Habsburgo. De hecho, durante la Reforma Protestante, varios príncipes luteranos alemanes fueron apoyados por Francia contra los intentos de Carlos V de mantener la uniformidad religiosa dentro del imperio. Incluso Fernando, hermano menor del emperador, se dedicó a limitar la autoridad de Carlos para que el *Reich* no terminase bajo dominio español. El deseo de librar a Alemania de la influencia española era tan fuerte que, cuando Carlos, tras ser derrotado, abdicó en 1556, los electores católicos y luteranos se negaron por igual a apoyarle en su intento de asegurar la corona imperial para su hijo, Felipe II de España (1555–1598), insistiendo en cambio en que el sucesor debía ser el rey romano Fernando. El emperador Fernando I (1556-1564) y sus sucesores lograron quedarse al margen de las

guerras de Felipe II, y en el proceso evitaron cruzarse con los enemigos franceses, holandeses e ingleses del monarca español. Con todo, como aliados dinásticos de España, los Habsburgo austriacos todavía estaban implicados en la amenaza española al equilibrio de poder.

La misma perspectiva de la hegemonía de los Habsburgo perturbó la relación de la dinastía con el resto de Alemania. A pesar de la ventaja que habían sacado en la Edad Media, los príncipes alemanes seguían siendo recelosos del poder del emperador. La repentina aparición de la dinastía al mando de no uno, sino dos grandes Estados, no había contribuido precisamente a calmar sus temores. De hecho, muchos príncipes habían usado la aparición y difusión del protestantismo como un arma para socavar la autoridad de Carlos V. El turbulento reinado de Carlos había demostrado la necesidad de llegar a un entendimiento con los príncipes protestantes más importantes, tanto para garantizar la paz dentro del imperio como para conseguir su ayuda contra los turcos. Tras la abdicación de su hermano, Fernando I había firmado inmediatamente la Paz de Augsburgo (1555), reconociendo el igual derecho de los príncipes luteranos y católicos a imponer sus religiones sobre sus súbditos. Al tolerar el luteranismo, Fernando y sus sucesores inmediatos dieron paso a medio siglo de paz religiosa en Alemania.

En 1600, sin embargo, las dos confesiones estaban a las puertas de un conflicto abierto. Ambas partes estaban en desacuerdo sobre la situación de varios principados-obispados imperiales que habían sido declarados católicos por la Paz de Augsburgo, pero que desde entonces se habían convertido en luteranos tras la conversión imprevista de cabildos catedralicios que eligieron obispos luteranos. Tampoco habían logrado resolver los conflictos religiosos en varias ciudades imperiales, ni habían previsto la posterior adopción del calvinismo por parte de varios príncipes alemanes, un hecho, este, que como mínimo añadió la tensión militante del protestantismo a la propia de la política principesca. La prudente inacción de Fernando I y sus sucesores no había hecho más que posponer el inevitable conflicto sobre el estatus de los obispados en disputa y el del calvinismo dentro del imperio. Sin embargo, la actuación del emperador no solo llevó a reactivar el conflicto católico-protestante, despertó al mismo tiempo el temor de que el poder de los Habsburgo se usase para destruir el protestantismo, si es que no

acababa con las libertades de los príncipes alemanes en su conjunto.

Se produjo un repentino aumento de la paranoia protestante en 1607, cuando el emperador intervino en nombre de la minoría católica de la ciudad imperial de Donauwörth. Los protestantes reaccionaron de inmediato formando la Unión Evangélica, una asociación armada de nueve príncipes y diecisiete ciudades imperiales lideradas por el elector calvinista del Palatinado, Federico V. No les faltaban tampoco a los católicos motivos de preocupación. Con la conversión de los electores laicos del Palatinado, Sajonia y Brandeburgo, a los protestantes solo les faltaba un voto para controlar las próximas elecciones imperiales. Entonces, en respuesta a la Unión Evangélica, el primo de Federico en Wittelsbach, el poderoso duque Maximiliano de Baviera, creó una Liga Católica de veinte príncipes para hacerle la competencia. Ambas alianzas principescas estaban igualmente en estrecho contacto con potencias extranjeras. Solo necesitaban una causa justa para verse arrastrados a una guerra civil religiosa.

Conflicto religioso en los dominios de los Habsburgo

Al final, ese empujón necesario se originó en los propios dominios del emperador. La oposición de los Habsburgo del siglo XVI a la propagación del protestantismo dentro de la monarquía había resultado ineficaz. Su resistencia había sido moderada en cierto modo por las ideas humanistas que promovían la investigación libre y la tolerancia erasmiana. De hecho, el hijo de Fernando, Maximiliano II (1564-1576) había dado muestras de inclinaciones protestantes en su propia vida personal y en el culto y se había opuesto a los intentos de su primo Felipe II de imponer la uniformidad religiosa católica en los Países Bajos españoles. Su sucesor, el cosmopolita Rodolfo II (1576–1612), había convertido su corte en Praga en un centro de ideas y expresiones poco ortodoxas que iban desde el arte no convencional hasta la alquimia, junto a un interés genuino en la investigación científica. Patrocinó a los astrónomos protestantes emigrantes Tycho Brahe y Johannes Kepler, en lo que fue la contribución más importante de la monarquía a la revolución científica. Pero la razón principal de su timidez se debió a que percibieron que era más necesario ganar la lealtad de sus súbditos y movilizar el apoyo popular contra los turcos. Por lo tanto, aunque el gobierno central y los archiduques de los Habsburgo que gobernaban Austria Interior hostigaban

periódicamente a sus súbditos protestantes, la amenaza de que la oposición se organizase les impidió implementar un programa serio de persecución.

En la segunda mitad del siglo XVI los pueblos de la monarquía presentaban un mosaico confesional que reflejaba tanto la discreción de los Habsburgo como su propia diversidad étnica: la mayoría de los pueblos de habla alemana de los territorios austriacos, húngaros y bohemios habían adoptado el luteranismo, como lo había hecho la mayoría de los eslovenos de Austria Interior y los eslovacos de la Alta Hungría; Viena misma era principalmente luterana. Los magiares de Hungría se habían vuelto abrumadoramente calvinistas. Aunque muchos checos siguieron siendo nominalmente católicos, se adhirieron a las enseñanzas de Jan Hus, que permitía a los fieles recibir vino durante la comunión; otros tantos checos se habían convertido al calvinismo o a la Iglesia aún más radical de los Hermanos Bohemios. Como resultado, apenas el diez por ciento de los plebeyos del reino y una cuarta parte de sus nobles se adherían completamente al credo romano. Aunque Croacia propiamente dicha era en gran parte católica, su Frontera Militar servía de refugio a los serbios ortodoxos. De hecho, de todos los dominios de los Habsburgo, solo el Tirol permaneció esencialmente intacto por el protestantismo. Los Habsburgo, católicos, eran en ese momento una minoría religiosa entre su propia gente y habían sido forzados por los Estados dominados por los protestantes a otorgar diversos grados de tolerancia religiosa en las distintas provincias de la corona, excepto el Tirol y Croacia. En la mayoría de los casos, solo la nobleza y los residentes de las ciudades libres gozaban de libertad de culto. Con todo, puesto que la abrumadora mayoría de los nobles ya eran protestantes, sus campesinos también tendían a serlo.

La tolerancia tenía sus ventajas. Al aceptar el protestantismo, los Habsburgo eliminaron la religión como fuente de conflicto y promovieron cierto nivel de convivencia entre los diferentes pueblos de la monarquía, como ocurría en Silesia, donde los luteranos y los católicos se turnaban para ocupar las iglesias los domingos. Al desactivar el tema religioso, también se aseguraron la lealtad y el apoyo de sus territorios protestantes en la lucha continua contra los enemigos extranjeros de la monarquía. Pero todo eso cambió con la llegada de la Contrarreforma. La reforma y renovación de la Iglesia católica en la segunda mitad del siglo XVI

trajo un intenso compromiso para reconvertir a los millones de cristianos que se habían convertido al menos nominalmente en protestantes. Al principio, esta misión fue llevada a cabo independientemente por las diversas órdenes religiosas, especialmente de la Compañía de Jesús, que envió misioneros a predicar y trabajar entre las comunidades protestantes de la monarquía. Con el tiempo, a medida que los laicos católicos de la monarquía se comprometían más con el espíritu de la Contrarreforma y se convencían de su propia justicia, creció su impaciencia con la mayoría protestante. Finalmente, durante los últimos años del reinado de Rodolfo II, un gobierno central previamente reacio se comprometió a intervenir.

Fueron varios los factores que finalmente incitaron a los Habsburgo a enfrentarse a sus súbditos protestantes. Sus propios principios religiosos desempeñaron un papel indudable. También el verse liberados tras la Paz de Zsitvatorok, que terminó con la guerra de los Quince Años en 1606. Lo cierto es que ambos bandos se sintieron menos cohibidos para enfrentarse una vez que la amenaza turca común perdió fuerza. En última instancia, es probable que Rodolfo II y su sucesor, Matías I (1612–1619) se viesen espoleados por acontecimientos ajenos a la monarquía. Ambos habían sido educados en la corte de Felipe II de España, un lugar donde no era posible pasar por alto el terrible precio que el conflicto religioso había hecho pagar a sociedades tan confesionalmente divididas como Francia y los Países Bajos españoles. De hecho, fue a partir de su reinado cuando los Habsburgo austriacos se convencieron al parecer de que solo se puede confiar en que una sociedad católica uniforme sea con seguridad leal a la corona. Al mismo tiempo, sin duda les estimularía el ejemplo de su primo, el archiduque Fernando de Austria Interior, que había logrado recientemente cierto éxito inicial en la reintroducción del catolicismo en sus territorios.

Fueran cuales fuesen las causas, la persecución religiosa fue más seria a partir del ascenso al trono de Matías. Aunque encontrase oposición en todas partes, Matías despertó la mayor resistencia en Bohemia, tras atacar las concesiones religiosas otorgadas por la Carta de Majestad de Rodolfo II (1609). Censuró las publicaciones religiosas y rescindió el derecho que los protestantes habían tenido para construir lugares de culto en tierras propiedad de la Iglesia o la corona. Excluyó conscientemente a los no católicos de los puestos

de responsabilidad civiles y del acceso a la institución de la *Herrenstand* para los nobles, privilegios que quedaron reservados a aquellos que compartían su compromiso con la Contrarreforma. Aunque discriminó a los protestantes en todos sus dominios, fue la nobleza bohemia la que con mayor vigor respondió a su exclusión progresiva de los órganos de gobierno creando un cuerpo paralelo de *Defensores* protestantes para salvaguardar sus intereses. Finalmente, después de que Matías les retirase el derecho de reunión y a presentar reclamaciones, los protestantes de Bohemia decidieron actuar. El 23 de mayo de 1618, después de que el gobierno destruyese dos iglesias protestantes, un grupo de nobles marcharon al Castillo Hradcany de Praga y se encararon con los dos representantes de Matías, Vilém Slavata y Jaroslav Martinic, en sus cámaras. La discusión se fue de las manos y ambos representantes fueron arrojados, junto a su secretario, por una ventana. Tras una caída de veinte metros que acabó con sus cuerpos en el foso seco del castillo, uno de los conspiradores se burló de ellos exclamando: «¡Mira a ver si tu Virgen [María] puede ayudarte ahora!». Los tres hombres sobrevivieron (dos de ellos con apenas lesiones superficiales), lo cual dio pie a la publicación de panfletos en los que varios testigos afirmaban haber visto a ángeles descender del cielo para amortiguar su caída a la tierra. Ya fuese por intervención divina o por pura suerte, el caso es que los tres sobrevivieron a la célebre Defenestración de Praga al caer sobre una pila de estiércol que estaba justamente debajo de la ventana.

Por descontado, esta no fue la primera ni la última defenestración en la historia de la ciudad. Los husitas habían iniciado su revuelta recurriendo al mismo método dos siglos antes. Tres siglos más tarde, los comunistas completarían su toma de control del país empujando a la muerte al primer ministro de Checoslovaquia (aunque ellos afirmaron que fue él quien saltó). Del mismo modo, los rebeldes bohemios de 1618 pretendían simbolizar con sus acciones una ruptura nítida con la autoridad establecida. Una Dieta convocada apresuradamente eligió rápidamente un nuevo gobierno y reunió un ejército para defender el país. Pronto se unieron Silesia y las Lusacias, que enviaron tropas, y al final también Moravia. No menos inquietantes para los Habsburgo fueron las reacciones de sus territorios no bohemios. La nobleza de ambos archiduques reaccionó a la persecución religiosa y la retención del patrocinio del gobierno en sus propias tierras al alinearse en una confederación

suelta con los bohemios para la defensa mutua contra la dinastía.

En medio de esta crisis, todos los dominios de los Habsburgo cayeron repentinamente en manos de un solo hombre. El Archiduque Maximiliano de Tirol, aún soltero, murió en el transcurso de 1618, seguido por el propio emperador Matías, el 20 de marzo de 1619 [2] . En otras circunstancias, la desaparición de Matías podría haber apaciguado a sus súbditos rebeldes. Pero no fue el caso en 1619. Antes de su muerte, el emperador, que no tenía hijos, había designado como sucesor a su primo, el archiduque Fernando, quien, tras dos décadas de denodada persecución, había prácticamente erradicado el protestantismo entre la población general de sus territorios de Austria Interior. Aunque una Dieta bohemia ya había elegido a Fernando como el heredero de Matías en 1617, la nobleza se negó entonces a aceptar a un soberano que seguramente hostigaría todavía más a su propia población protestante. En agosto de 1619, después, incluso, de que los príncipes alemanes eligiesen a Fernando para suceder a Matías como el emperador del Sacro Imperio Romano Fernando II (1619–1637), las provincias rebeldes declararon nula y sin valor su elección previa como rey de Bohemia. Primero ofrecieron la corona bohemia al elector luterano Juan Jorge de la vecina Sajonia, quien, sin embargo, tuvo el buen juicio de rechazar una confrontación con su nuevo emperador. Encontraron un candidato más dispuesto en el joven y aventurero elector calvinista Federico V del Palatinado, cuyos territorios más orientales (el llamado Alto Palatinado) también limitaban con Bohemia. A pesar de los consejos de casi todos, incluidos los príncipes de la Unión Evangélica, Federico aceptó su elección y viajó a Bohemia, donde fue coronado el 4 de noviembre de 1619.

La posteridad ha criticado justamente a Federico por su comportamiento irresponsable, o más bien traidor, que contribuyó a transformar la revuelta bohemia, en su momento un conflicto confesional local, en una guerra civil alemana. En ese momento, sin embargo, parecía tener una posición mucho más fuerte que la de su adversario de los Habsburgo. En junio de 1619, las fuerzas rebeldes de Bohemia rodearon la nueva capital de Fernando y solo la llegada oportuna de un destacamento de caballería de Estiria lo salvó de ser apresado. Además de con los veinticinco mil soldados reunidos por la corona de Bohemia y por sus propios medios, Federico podía contar con la asistencia activa de sus confederados protestantes en

otros lugares de la monarquía. En el momento de su elección como príncipe de Transilvania, Gabriel Bethlen (1613-1629) había invadido Hungría en nombre de la causa protestante. En octubre de 1619, Bethlen había unido fuerzas con ejércitos comandados por nobles protestantes de Bohemia y la Baja Austria para asediar Viena por segunda vez. Posteriormente, en enero de 1620, un grupo de nobles húngaros se reunió en Neusohl (Banská Bystrica) y emuló a los bohemios destronando a Fernando y eligiendo a Bethlen como su rey. Tres meses más tarde, accedieron formalmente a la confederación de estados austriaco-bohemios. No muy diferente de la Unión de Utrecht que destruyó a sus homólogos españoles en los Países Bajos en 1579, las provincias rebeldes de los emperadores habían dejado de lado momentáneamente siglos de particularismo con el único propósito de unirse contra su soberano de los Habsburgo. Mientras Matías buscaba ayuda, solo la Croacia católica (junto con los soldados colonos ortodoxos de su Frontera Militar) y los dos archiduques de los Habsburgo que gobernaban Austria Interior y el Tirol permanecieron leales al rey.

A pesar de su compromiso anterior con Fernando I, la Dieta bohemia y la asamblea grupal en Neusohl habían recurrido a un privilegio electivo de sus reinos para destronar a los Habsburgo y elegir a otra dinastía en su lugar. Además, los rebeldes bohemios habían encontrado en Federico V y Gabriel Bethlen el apoyo extranjero que necesitaban para resistir a los Habsburgo. Los líderes bohemios solicitaron ayuda militar incluso al sultán, tal como lo habían hecho los partidarios húngaros de Juan de Zápolya en 1529. Y, como su tocayo hace un siglo, Fernando II apenas tenía recursos para resistir. Aunque los territorios tiroleses recientemente reunidos le eran leales y habían enviado algunas tropas, estaban demasiado lejos para que su ayuda fuese significativa. Del mismo modo, Austria Interior siguió apoyando a Fernando, pero los nobles protestantes que aún controlaban sus propiedades eran reacios a movilizarse contra sus correligionarios. A principios de 1620, incluso tropas católicas croatas, hasta entonces leales, empezaban a vacilar, llegando a amenazar con tomar el control de la Frontera Militar de Austria Interior y subyugar a los *Grenzer* serbios ortodoxos. Dada la existente constelación de fuerzas dentro de la monarquía, Fernando II parecía incapaz de evitar su disolución, o al menos todo apuntaba a una capitulación completa ante sus súbditos protestantes.

Lo que salvó a Fernando y a la monarquía en 1620, y en numerosas ocasiones a partir de entonces, fue la oportuna intervención de aliados extranjeros cuyos intereses sirvieron de alguna manera para asegurar su supervivencia (véase Mapa 1 en el capítulo 1). La primera ayuda armada ya había llegado a fines de 1619 del cuñado de Fernando, el rey Segismundo de Polonia, quien envió un ejército de cosacos ucranianos a la Alta Hungría y Transilvania, lo cual obligó a Bethlen a retirarse de Viena. Al mismo tiempo, Maximiliano de Baviera prometió movilizar la Liga Católica, tanto porque quería conservar la integridad de los territorios de los Habsburgo a modo de baluarte contra los turcos, como porque compartía la preocupación de los príncipes católicos sobre lo que supondría que Federico se hiciese con Bohemia logrando con ello una mayoría de cuatro contra tres en el Colegio Electoral. Cuando llegó el mes de marzo, Fernando solicitó también la ayuda del elector luterano Juan Jorge, que había encontrado tan ofensivo el calvinismo militante de Federico como su violación gratuita de la ley imperial. Mientras Maximiliano se ofrecía a conquistar Bohemia, el elector Juan Jorge se comprometía a pacificar Silesia y las Lusacias. Puso un alto precio a su apoyo, pero valió la pena: se le prometió a Maximiliano la transferencia permanente de la dignidad electoral del Palatinado, así como el derecho a adquirir las tierras alemanas de Federico por conquista; al mismo tiempo, Fernando acordó pagar ambas invasiones entregando la Alta Austria a Baviera y las Lusacias a Sajonia. La ayuda de España llegó con menos condiciones y por buenos motivos. El rey Felipe III (1598-1621) veía a los Habsburgo austriacos como un aliado crucial en su perenne contienda contra los holandeses y Federico V, un enemigo natural cuyos territorios renanos amenazaban las líneas de suministro entre las tierras de Felipe III en Italia y los Países Bajos. Así pues, en 1620, Felipe envió a Fernando un ejército de cada área, más un tercero para conquistar el Palatinado. Con una ayuda de este calibre, el emperador apenas necesitaba tropas propias. Con todo, los generosos fondos aportados por Felipe III (1,2 millones de florines) y por un papa Pablo V igualmente inquieto (380 000 florines) permitieron a Fernando desarrollar incluso un ejército propio.

Mientras Fernando acumulaba estos importantes recursos, su adversario estaba cada vez más aislado. Federico no recibió ayuda de los reyes de Inglaterra y Francia, ya que estos consideraron que

las revueltas nobles exitosas contra soberanos legítimos eran más peligrosas que la supervivencia de un emperador de los Habsburgo lejano y a todas luces débil. En julio, sus agentes habían convencido incluso a su propia Unión Evangélica de que no acudiera en su ayuda. Aunque el resto de los territorios rebeldes de la monarquía continuaron oponiéndose a Fernando, no lograron coordinar sus acciones ni enviar asistencia militar significativa a Bohemia. Mientras tanto, Federico desperdiciaba su popularidad dentro de Bohemia negándose a consultar a los territorios o a los *Defensores* protestantes sobre el gobierno del país y por no frenar los saqueos de sus soldados y no saber controlar su propio desprecio hacia sus súbditos luteranos y husitas. Con la llegada de la época de las campañas, se precipitó el final del «Rey de un invierno». Primero, Maximiliano ocupó la Alta Austria y el Alto Palatinado. Luego, los españoles invadieron el Palatinado renano, apoderándose de Heidelberg con la ayuda de las tropas reunidas por los soldados croatas. Finalmente, mientras los sajones marchaban hacia las Lusacias y Silesia, un ejército combinado de la Liga española y católica bajo el mando del conde de Tilly se dirigió directamente a Praga. Si Tilly tenía prisa, era porque a una delegación bohemia le faltaban apenas unos días para concluir una alianza con el sultán. Sus propias fuerzas ciertamente representaban la variedad de aliados que Fernando había conseguido reunir, incluyendo no solo tropas de la Liga y regulares españoles provenientes de todos los rincones de su imperio europeo, sino también cosacos ucranianos y una variedad de voluntarios entre los que tal vez estuviese el futuro filósofo René Descartes. El 8 de noviembre de 1620, los veteranos de Tilly tardaron solo una hora en derrotar a las mal entrenadas fuerzas rebeldes en la batalla de la Montaña Blanca. Luego saquearon Praga, respetando solo a los judíos de la ciudad, que se habían mantenido sin ayuda externa apoyando a Fernando. Con Bohemia perdida y sus tierras alemanas ya bajo la ocupación española y bávara, Federico se vio obligado a huir al exilio, para no volver a regresar.

La monarquía de los Habsburgo durante la guerra de los Treinta Años

La masiva asistencia extranjera que culminó en la batalla de la Montaña Blanca hizo que Fernando II pasase de ser un prisionero virtual de Hofburg a uno de los gobernantes más poderosos e

influyentes de la historia de Austria. El nuevo emperador era, en muchos sentidos, un típico Habsburgo. Era un hombre de moralidad y piedad intachables, cuya rutina diaria incluía dos misas y al menos dos horas de meditación y oración. No menos típica era su dedicación a la dinastía y a los dominios que había adquirido. Lo que siempre ha distinguido a Fernando ha sido su reputación como un intolerante, casi fanático, partidario de la Contrarreforma, que insistió obstinadamente en restaurar el catolicismo, sin importar los riesgos. Protegió obstinadamente a sus súbditos de los males del protestantismo porque estaba convencido de que solo tenía que cumplir el cometido que Dios le encargaba para asegurarse Su ayuda, independientemente de las fuerzas temporales que se le opusieran. Esta fe había sido refrendada durante sus primeros años en Austria Interior, cuando se convirtió en el primer Habsburgo en restaurar el catolicismo a pesar de la guerra con los turcos y la oposición de sus territorios protestantes. Y había recibido una nueva constatación en su milagrosa supervivencia tras la revuelta bohemia.

Hay mucha verdad tras esta caracterización de Fernando II. Sin embargo, era mucho menos excéntrico de lo que su reputación sugiere. Varios de los Habsburgo del siglo XVII compartieron su fe en la intervención divina y en la misión providencial de la dinastía. Y, como veremos, era bastante capaz de ser flexible y de comprometerse incluso en asuntos confesionales cuando las condiciones lo requerían. Siempre buscaba consejo antes de tomar decisiones, e insistía en escuchar puntos de vista opuestos, muchos de los cuales ponían de relieve la tensión entre el análisis racional y la guía divina. Con ese fin, incluso su influyente confesor jesuita pudo decirle libremente que la búsqueda de los intereses del Estado y el bien común debía remplazar los esfuerzos para reprimir la herejía. Lo que hizo único a Fernando II fueron las circunstancias inusualmente favorables durante los primeros años de su reinado, que parecían justificar su sublime fe en la Providencia y las audaces políticas que emanaban de ella. En el este, la monarquía había iniciado un largo período de medio siglo de relativa paz con los turcos (1606–1663). No fue accidental. El estallido de la guerra con Persia incitó al sultán a pedir la paz. Dado que la defensa de Hungría se limitaba a los *Grenzer* y a los siervos de los nobles leales, Fernando se comprometió a evitar cualquier provocación que pudiera llevar a una reanudación de las hostilidades en los

Balcanes. Aunque ambas partes continuaron emprendiendo incursiones devastadoras contra las tierras húngaras de su oponente, las incursiones se limitaron por acuerdo previo a los distritos fronterizos con menos de cuatro mil hombres, sin artillería y efectuándose una retirada inmediata del territorio ocupado. Aunque estas condiciones ofrecían poco consuelo a los súbditos húngaros de Fernando, no representaban una amenaza para la seguridad general de la monarquía. Además, en aquellas ocasiones en que los comandantes turcos locales excedieron estas restricciones autoimpuestas, el gobierno de Viena tuvo el buen sentido de mirar hacia otro lado, en vez de arriesgarse a llevar al sultán a una guerra de dos frentes que ambos monarcas querían evitar. Tras haber asegurado su flanco oriental, Fernando se pudo conceder el lujo de concentrar su atención en el oeste, donde los triunfos de la Liga Católica, España, y su propio ejército permitieron a la dinastía mantener su hegemonía en Alemania durante una década completa. Excepto por algunos reveses militares sufridos a principios de la década de 1630, la monarquía tuvo las manos libres para ocuparse de sus tierras austriacas y bohemias hasta el final de su reinado. Fue la libertad que le otorgó la paz con los turcos y sus aliados en Alemania, más que el excepcional fanatismo al que lo empujó su fe, lo que permitió a Fernando II darle su sello a la monarquía.

El triunfo de la Contrarreforma en Austria y Bohemia

Durante la guerra de los Treinta Años (1618–48), Fernando II trabajó para restaurar el catolicismo y mejorar su propia autoridad tanto en la monarquía como en el Sacro Imperio Romano. Sabemos mucho más sobre las ambiciosas, pero en última instancia infructuosas políticas imperiales de Fernando II debido a su duradera huella en Alemania y a su relación inmediata con la lucha franco-española por la hegemonía europea. Sin embargo, fue en los territorios de los Habsburgo donde comenzó el conflicto religioso, donde estaba el principal interés de la dinastía y donde el emperador finalmente tuvo el impacto más duradero.

Fernando se ocupó más a fondo de los territorios de la corona en Bohemia y Moravia. Castigó a los líderes rebeldes muy severamente por su colusión con Bethlen y el sultán. Supo escenificarlo el 21 de junio de 1621, en la ejecución de veintisiete hombres en la plaza de la ciudad de Praga. La elaborada ceremonia fue cuidadosamente dispuesta para demostrar que Fernando castigaba la traición, no la

herejía. Con ese fin, empleó para el evento un destacamento de la caballería sajona, en lugar del contingente de la Liga Católica que le ofreció Maximiliano. El espectáculo en sí precisó de cuatro de las espadas del verdugo y de otras tantas horas, tras las cuales una docena de las cabezas cortadas fueron expuestas clavadas en picas con vistas al Puente de Carlos, un lugar en el que permanecerían los siguientes diez años. El gobernador de Bohemia, el príncipe Karl von Liechtenstein, juzgó con posterioridad a más de mil quinientos nobles, seiscientos de los cuales perdieron sus tierras por confiscación directa o por ventas forzadas pagadas en moneda que se había envilecido de antemano para facilitar estas compras de la corona.

Más allá de castigar a determinadas personas, Fernando también destruyó las estructuras subyacentes que habían alimentado los males estrechamente relacionados de la oposición política y el protestantismo. Así, en 1624 eliminó la cancillería de la corte bohemia en Viena, ciudad cuyos funcionarios empezó a controlar. En 1627 impuso la llamada Constitución Renovada (*Verneuerte Landesordnung*) en Bohemia, seguida de un documento similar para Moravia un año después. La ley perjudicó seriamente la capacidad de los territorios bohemios para oponerse a la autoridad real. Remplazó su derecho a elegir futuros reyes por una sucesión automática y hereditaria de los Habsburgo. También otorgó al rey varios poderes que anteriormente tenían o compartían los territorios; aunque conservaron el derecho de aprobar la mayoría de los impuestos, solo el rey podía mantener fuerzas militares, introducir una legislación importante, nombrar y remplazar a funcionarios públicos clave y otorgar títulos de nobleza, incluso a los extranjeros. Al mismo tiempo, los capitanes de distrito nombrados por el rey reaparecieron en el campo por primera vez desde la revuelta husita, aunque en conjunto con las mismas atribuciones que los nobles locales. La Iglesia también se benefició de su readmisión como un cuerpo plenamente constituido en las Dietas bohemia y morava. Sin embargo, la restructuración emprendida por Fernando de la constitución religiosa del país no se detuvo en el *Landtag* . Aunque la persecución sistemática de los protestantes ya había comenzado un año después de Montaña Blanca, fue la *Verneuerte Landesordnung* la que terminó oficialmente con la diversidad religiosa cristiana en Bohemia. De ahí en adelante, solo los católicos y la leal comunidad judía del reino serían

tolerados. Para enfatizar su compromiso con la erradicación del protestantismo, Fernando rompió literalmente la Carta de Majestad con dos tajos de su propia daga, señalando claramente cuál era el precio de la traición.

Por el contrario, los territorios de la corona al norte, en la Gran Bohemia, vivieron menos sobresaltos, principalmente debido a la intervención del aliado sajón de Fernando. El elector Juan Jorge negoció el Acuerdo de Dresde con Fernando en 1621, garantizando la libertad religiosa luterana en toda Silesia a cambio de su declaración de lealtad y de un subsidio de 300 000 florines. La causa protestante también contó con la defensa de los príncipes calvinistas de las dinastía Piast y Podiebrad de la Baja Silesia. Las obligaciones contraídas con Polonia supusieron cierto freno al proceso de reconversión, primero al permitir que el hijo de doce años de Segismundo se convirtiera en obispo ausente de Breslavia sin ser ordenado, consagrado o residente allí, y después por tener que hipotecar los ducados de Oppeln y Ratibor al sucesor del rey. Fernando tuvo mejor suerte en otros lugares; pudo destituir y apoderarse de las tierras del marqués protestante de Jägendorf (un Hohenzollern) por su complicidad en la insurrección bohemia. Aunque la nobleza continuó dominando la política a nivel local, Fernando también fue capaz de aumentar su control administrativo en el resto de Silesia. En particular, se unió a Bohemia y Moravia para situar su en tiempos independiente tesoro bajo el control directo de la *Hofkammer* en Viena. Al final, tanto la Alta como la Baja Lusacia pudieron zafarse de la autoridad de los Habsburgo. Originalmente empeñado en Sajonia, Fernando aceptó en el último momento su cesión permanente para mantener a Juan Jorge ligado a la causa de los Habsburgo.

Fernando fue también más indulgente con los dos archiducados, cuya resistencia nunca había llevado a una ruptura total con la dinastía. Tal vez fue su larga asociación y estrecha identificación con los Habsburgo, o las prohibiciones luteranas contra la rebelión abierta, o tal vez fuese la mayor proximidad de las fuerzas de Fernando lo que indujo a los territorios de la Baja Austria a hacer las paces con él en los meses anteriores a la batalla de la Montaña Blanca. Fuera cual fuese el motivo, recibieron de él una amnistía general y la conservación de sus privilegios, incluida la limitada libertad religiosa protestante. Inspirados por el liderazgo decidido y la teoría de la oposición calvinista de Georg Erasmus Tschernembl,

los territorios de la Alta Austria habían demostrado ser menos dóciles, y solo sucumbieron bajo el peso de la ocupación bávara. No obstante, Fernando no intentó cancelar sus otras libertades tras el final de la ocupación bávara en 1628. Su única innovación significativa fue la creación de una cancillería austriaca en 1620 para supervisar la administración de los diversos territorios hereditarios que habían sido reunidos por las recientes muertes del archiduque Maximiliano y el emperador Matías. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los protestantes de los archiducados compartiesen el destino de los territorios de la corona de Bohemia y Moravia.

En su intento por restaurar la uniformidad religiosa católica, Fernando empleó el mismo proceso gradual de persecución que tan efectivo había demostrado ser durante sus primeros años como gobernante en Austria Interior. En el interior de sus territorios austriacos y bohemios, solo Silesia se libró de esas tácticas intimidatorias. La persecución comenzaba invariablemente con la expulsión inmediata de todos los clérigos y maestros de escuela protestantes, incluso en la Baja Austria, a pesar de que Fernando hubiese prometido recientemente la libertad religiosa. Las iglesias protestantes y otras propiedades comunitarias eran incautadas o destruidas. Las obras heréticas y el resto de las muestras de literatura repugnante eran arrojadas al fuego. Un hombre de la Iglesia de Bohemia se jactó de haber quemado hasta sesenta mil volúmenes. Lo siguiente era la puesta en marcha de un proceso de conversión forzosa, primero en las ciudades, luego en el campo. Tanto los burgueses como los nobles tenían la opción de convertirse o ser expulsados, mientras que a los campesinos esencialmente no les quedaba más opción que la primera. Solo en la Baja Austria se permitió que los nobles siguiesen siendo protestantes a título individual, aunque estaban sujetos a formas menos abiertas de presión. El cumplimiento de estas medidas se confiaba a las «Comisiones de Reforma» que incluían representantes del monarca, del obispo local y, a menudo, del señor local, junto con una pequeña tropa de soldados. Los individuos eran multados por no observar rituales católicos como misas, días festivos o ayunos, así como por infracciones menos específicas de la confesión católica, como el adulterio o la blasfemia. Finalmente, tras un período de gracia, los protestantes recalcitrantes habían de soportar más castigos, como el acuartelamiento de las tropas, la negación del

entierro cristiano y (en el caso de los burgueses y los nobles) el exilio.

Naturalmente, la observancia obligatoria no entrañaba la conversión interna del alma. El proceso de reeducación y reorientación del pueblo se confió a un verdadero ejército de sacerdotes que se desplegó en las ciudades y el campo, reapareciendo en muchas áreas que habían sido protestantes durante décadas, entre ellas Silesia. Orquestar una empresa de este tipo representaba un desafío considerable para el gobierno. Fernando no solo recurrió a sus propios sacerdotes, sino también a un verdadero ejército internacional de clérigos que incluía a exiliados italianos, españoles, irlandeses e ingleses y, sobre todo, alemanes. Fueron varias las órdenes religiosas que contribuyeron al esfuerzo, aunque ninguna más que la Compañía de Jesús. Y lo que es más importante, los jesuitas establecieron una infraestructura de instrucción que proporcionó a la monarquía un flujo continuo de maestros en los años venideros. En 1640 funcionaban ya dos docenas de colegios jesuitas, incluidos dieciséis en tierras bohemias, donde también se estaban desarrollando otras nueve instituciones. A mediados de siglo, la Sociedad también dirigía o dominaba todas las principales universidades de la monarquía, incluidas las de Graz, Viena y Praga, junto con la única universidad húngara en Tyrnau (Trnava). Fieles a la misión internacional de la Iglesia, atrajeron a estudiantes de toda Europa. La Universidad Jesuita de Graz llegó a dar sermones en dieciocho idiomas diferentes.

Las órdenes religiosas apoyaron su cruzada educativa construyendo iglesias y otras casas religiosas a modo de publicidad del triunfo de la Contrarreforma. La ola de nuevas construcciones fue más evidente en Viena, donde a menudo se construyó sobre terrenos que habían sido incautados a burgueses protestantes exiliados. Pero el instrumento de conversión más generalizado fue el régimen constante que constituían la enseñanza clerical, la predicación y la práctica devocional fomentada entre los laicos. La promoción, por parte del clero, de los rituales religiosos, adoptó formas diversas, especialmente las peregrinaciones a los santuarios, muchos de los cuales habían sido establecidos recientemente, y el patrocinio de los cultos locales.

En Bohemia, la Iglesia patrocinó peregrinaciones al campo de batalla de la Montaña Blanca, promovió el culto a su rey medieval y santo patrón, Wenceslao, al tiempo que convertía al antes oscuro

santo checo Jan Nepomuk en una superestrella virtual. Como en otras partes de la monarquía, utilizó la devoción popular para promover la creencia de que Dios había confiado a los Habsburgo la misión divina de proteger a la Iglesia Verdadera contra sus enemigos. Para apoyar este mensaje, abrazó la interpretación providencialista de Fernando de la milagrosa supervivencia de los defenestrados Slavata y Martinic, su propio rescate de los dos asedios rebeldes de Viena y la posterior victoria en Montaña Blanca. No obstante, por encima de todo el clero y sus patrocinadores, los Habsburgo, volvieron la vista al pasado distante vinculando la dinastía con los santos y los símbolos sagrados de la Iglesia.

Popularizaron las leyendas existentes que asociaban a los Habsburgo con la Eucaristía, como aquella ocasión en que Rodolfo I regaló su caballo a un sacerdote que se dirigía a realizar el último sacramento, o aquella otra en que Maximiliano I escapó de la muerte mientras escalaba los Alpes porque sostenía una custodia sacramental. Por su parte, Fernando ayudó a perpetuar la asociación participando en procesiones sacramentales como la del Corpus Christi. El símbolo de la cruz no fue menos prominente en la predicación devocional y en la literatura, hasta el punto de que se asoció la aparición de una nube iluminada en forma de crucifijo con el uso de una cruz por parte de Rodolfo I y el rescate de Fernando de las garras de los rebeldes bohemios con su acto de arrodillarse y rezar ante uno de ellos. Aunque la veneración a la Virgen María era un ritual común en toda la Europa de la Contrarreforma, Fernando y sus apologistas ayudaron a forjar un vínculo dinástico especialmente fuerte e histórico con la madre de Cristo. De ahí que se reavivase la leyenda que decía que Rodolfo I nunca emprendía nada difícil sin antes encomendarse a María, y también las historias verdaderas sobre la intensa veneración de la Virgen por parte de Carlos V. Ningún Habsburgo hizo más por fortalecer el culto mariano que el hijo y sucesor del emperador, Fernando III (1637–1657). Su encargo de un pilar mariano en Am Hof en Viena al final de la guerra alentó la construcción de innumerables plazas de *Mariensäulein* a lo largo y ancho de los dominios de los Habsburgo. También comenzó la lujosa renovación de la iglesia de peregrinación en Mariazell que pronto se convertiría en uno de los santuarios más preciados de la monarquía. Incluso insertó alusiones a la Virgen en los juramentos de los funcionarios estatales. En Praga, hasta hace no mucho un hervidero de herejía y rebelión, los

profesores universitarios juraban anualmente su creencia en la Inmaculada Concepción.

Dada la superioridad militar de la que disfrutaron Fernando II y sus aliados después de la Montaña Blanca, no es del todo sorprendente que Bohemia, Moravia y todos los territorios austriacos se sometiesen dócilmente al inevitable triunfo de la Contrarreforma. Howard Louthan ha demostrado que ese fue especialmente el caso entre los husitas de Bohemia, cuyo retorno casi perfecto a la ortodoxia católica se vio facilitado por el énfasis que pusieron las autoridades de la Iglesia en su participación pública en actividades y ritos, en vez de indagar en los recovecos de sus convicciones internas. Por su parte, que la nobleza del reino se plegase a la nueva situación reflejaba no solo su afán de una mayor riqueza y estatus, sino también, a menudo, su aceptación del nuevo espíritu y las costumbres tradicionales de la antigua Iglesia; durante los siguientes ciento treinta años erigirían el ochenta por ciento de los ciento cincuenta santuarios que terminaría teniendo el reino. La única oposición abierta se produjo en 1626, cuando el campesinado de la Alta Austria se rebeló contra la aparición de las Comisiones de Reforma de Fernando y contra los fuertes impuestos recaudados por la administración militar bávara. Sin embargo, el levantamiento fue rápida y brutalmente reprimido por Maximiliano, quien llegado el momento levantó el asedio del castillo de Frankenberg. Tras atestiguar un solo ahorcamiento entre los católicos, y con apenas seiscientos cincuenta soldados de la Liga, Maximiliano y sus tropas tomaron como rehenes a treinta y seis ciudadanos, los obligaron a lanzar los dados para ver quiénes morían, y ahorcaron a los diecisiete que obtuvieron las puntuaciones más bajas.

Con esto no quiere decirse que todos se convirtiesen. En Bohemia y Moravia, el triunfo de Fernando y la restructuración masiva que siguió dieron pie a una de las primeras migraciones masivas de los tiempos modernos. En tono a ciento cincuenta mil personas, probablemente, incluida al menos una cuarta parte de la nobleza, se fueron durante la década de 1620 para escapar del castigo inmediato por rebelión o de una constante persecución religiosa. Aunque a los exiliados nobles protestantes que no habían sido implicados en la rebelión se les permitiese conservar sus propiedades, muchos decidieron finalmente venderlas, a menudo a precios de saldo. Entre las confiscaciones gubernamentales y las ventas privadas, en torno a la mitad de las propiedades señoriales

de los dos territorios de la corona cambiaron de manos al final del reinado de Fernando. Los nuevos propietarios eran principalmente bohemios nativos, especialmente la prominente familia Lobkovic y el clan anteriormente oscuro del gran general de los Habsburgo, Albrecht von Wallenstein, pero también los Slavata y los Martinic, cuya caída desde el castillo de Hradcany les deparó un correspondiente aumento en sus fortunas. Fernando también recompensó a un gran número de familias austriacas y húngaras leales, así como a soldados y cortesanos nacidos en el extranjero. Fue este último elemento el que introdujo en la nueva nobleza bohemia nombres no checos de toda Europa, como Conway (Irlanda), Gordon (Escocia), Bucquoy de Longueval (Países Bajos), Marradas (España), Metternich (Alemania), de Souches (Francia) y Piccolomini (Siena). Para encontrar acomodo a estas familias, así como a la gran minoría de habla alemana del país, Fernando llegó a elevar el alemán hasta situarlo a la par del checo como idioma oficial de Bohemia y Moravia. Aunque muchas de las familias extranjeras revendieron sus tierras o murieron, la mayoría se quedó y se casó con la aristocracia checa residual; a mediados de siglo, constituían una gran minoría en el seno de la nobleza bohemia y morava de mediados de siglo y abarcaban quizá más del cuarenta por ciento del campesinado de las provincias.

La rotación en los territorios austriacos fue mucho menos profunda, aunque no careció de relevancia. Varios miles de nobles protestantes y personas del pueblo llano se fueron durante el primer decenio del reinado. Solo en Austria Interior, 754 familias nobles emigraron al extranjero durante los tres años posteriores a la supresión tardía de la libertad religiosa en 1628. Muchos nobles protestantes de la Baja Austria escogieron el exilio, a pesar de que conservaron el derecho al culto privado; sin embargo, a mediados de siglo un tercio de la nobleza y no menos de 235 propietarios de la Baja Austria aún se identificaban como protestantes. Por más que el gobierno negase a los campesinos la opción de conversión o emigración, estaban no obstante bien representados entre los que se marcharon. Al final de la guerra llegó una oleada final de unas cuarenta mil personas de todas las clases sociales, incluyendo veinte mil habitantes de la Alta Austria, una vez quedó claro que la paz no traería una restauración de la libertad religiosa. Algunos se reasentaron en la Hungría real, pero la mayoría emigró a Franconia, Suabia y Sajonia, donde surgieron pueblos enteros en los que se

instalaron los exiliados protestantes de la monarquía.

De aquellos que eligieron quedarse, muchos siguieron siendo protestantes en secreto. De hecho, que la «catolicización» fuese exitosa dependía en gran medida de la cooperación de la nobleza señorial, cuya participación en las Comisiones de Reforma y en la contratación del clero local les permitía controlar que se llevase a término. Además de los nobles de la Baja Austria que siguieron siendo protestantes, había nobles católicos en otras partes que estaban menos comprometidos con la implementación de las políticas de Fernando. Por otra parte, muchas áreas remotas quedaban fuera del alcance efectivo de los funcionarios gubernamentales, los nobles y los clérigos. Distintas comunidades protestantes clandestinas sobrevivieron durante generaciones en retirados valles montañosos, así como en áreas cercanas a las fronteras sajona, silesia y húngara, que fueron atravesadas por un flujo constante de predicadores protestantes itinerantes armados con sus libros de oración. Sin embargo, no cabe oscurecer la extensión de la victoria de Fernando con estas excepciones. A mediados de siglo, la abrumadora mayoría de sus súbditos austriacos y bohemios habían aceptado su triunfo y la restauración del catolicismo, en lo que constituyó un récord de conversión sin parangón en la historia de la Contrarreforma.

Hungría y el problema de Transilvania

Mientras que la Contrarreforma avanzó dramáticamente en Austria y Bohemia, su progreso en Hungría fue mucho más desigual. Esto no se debió a que los Habsburgo no hiciesen intento alguno de convertir a los protestantes del reino. La clave de la supervivencia del protestantismo húngaro radicó más bien en su capacidad continua de recabar la asistencia externa. En la primera mitad del siglo XVII , Transilvania desempeñó ese papel. Como gobernantes de una sociedad multiconfesional que toleraba a los sajones luteranos, a los magiares calvinistas, a los griegos ortodoxos rumanos e incluso a una gran comunidad de seguidores del unitarismo, los príncipes calvinistas de Transilvania simpatizaban con la difícil situación de sus compatriotas protestantes que vivían bajo el dominio de los Habsburgo. Cuando Rodolfo II inició una persecución sistemática al acercarse el final de la guerra de los Quince Años, el príncipe Esteban Bocskai (1604–1606) invadió la Hungría real y obligó al rey a reafirmar la libertad religiosa en la Paz de Viena (1606). A su

muerte, acaecida ese mismo año, Bocskai instó explícitamente en su testamento a su sucesor a utilizar la posición central de Transilvania entre los turcos y los Habsburgo para intervenir en nombre de las libertades religiosas y de otro tipo del reino. A partir de Gabriel Bethlen, una serie de príncipes ambiciosos y agresivos hicieron exactamente eso, a menudo en connivencia con los enemigos extranjeros de los Habsburgo. Bethlen invadió la monarquía tres veces en la primera década del reinado de Fernando II, tanto para garantizar las libertades religiosas y de otro tipo de la Hungría real como para mejorar su propia posición y aumentar sus dominios. Por lo tanto, aunque Transilvania estaba demasiado lejos y su poder era demasiado modesto para revertir las victorias de Fernando en Austria y Bohemia, obligó al mandatario a actuar en Hungría con una moderación a la que no estaba acostumbrado.

A pesar de su reputación de fanático religioso, el emperador cumplió la promesa de tolerancia religiosa a la que se había comprometido en su juramento electoral de 1617. Refrendó estas garantías y cedió incluso siete condados húngaros a Transilvania al firmar la Paz de Nikolsberg (1622), a cambio de la renuncia de Bethlen a la corona húngara que le habían ofrecido en Neusohl dos años antes. No le costó renovar estos términos a pesar de las posteriores invasiones de Transilvania en 1624 y 1626 en colusión con las fuerzas otomanas. Tampoco fue este el único ejemplo de cómo «la razón de Estado» podía promover la libertad religiosa en la Gran Hungría. En el apogeo de la revuelta bohemia, Fernando había prometido a los territorios croatas que restablecería el control civil de la Frontera Militar. A cambio, Croacia no solo permaneció leal a la dinastía, sino que envió un número considerable de tropas tanto a Hungría como a Alemania. Sin embargo, cuando decayó la amenaza de rebelión doméstica Fernando renegó de su promesa, emitiendo la patente *Statuta Valachorum* (1630), que estableció que los *Militärgrenze* quedarían permanentemente bajo la autoridad de la corona. Si bien la motivación principal de Fernando era poder preservar una reserva de soldados disponible, su acción evitó efectivamente que la nobleza croata subyugara o convirtiese al catolicismo al campesinado serbio ortodoxo libre del reino.

Dadas las ventajas prácticas que tenía permitir la tolerancia religiosa en Hungría, durante las etapas iniciales de la Contrarreforma húngara se emplearon tácticas destinadas a la conversión voluntaria de los protestantes, en lugar de acudirse a la

vía forzosa. Como lo hizo en Silesia, el gobierno se basó casi exclusivamente en el uso de misioneros para proporcionar un régimen constante de predicación, educación y práctica devocional. El culto a la Virgen evolucionó rápidamente con la fundación de las sociedades marianas en muchas de las ciudades, al igual que la de varios santos medievales húngaros, especialmente el fundador y patrón de San Esteban. Aunque otras órdenes religiosas, como los indígenas paulinos, desempeñaron un importante papel de mediación, fue la Compañía de Jesús la que una vez más tuvo la voz cantante. Ningún hombre de iglesia en ninguna parte de la monarquía fue tan influyente como el arzobispo jesuita de Esztergomand (después de 1629), el cardenal primado de Hungría, Pedro Pázmány (1570–1637). Exiliado de su asiento diocesano por la ocupación turca, este cardenal de orígenes calvinistas y magiares trabajó sin descanso desde la ciudad de Tyrnau (Alta Hungría) para proporcionar una infraestructura educativa para la reconversión del reino. Ayudó a crear siete casas jesuitas en Hungría (incluidas dos en Croacia), recaudó grandes sumas de dinero para construir iglesias y escuelas, y en 1635 fundó la universidad más antigua de entre las que sobreviven en Hungría en Tyrnau. Escribiendo en un elocuente magiar, Pázmány encabezó personalmente una extensa campaña literaria que llegó a sus compatriotas como ningún clérigo nacido en el extranjero pudo. Incluso después de su muerte, la prensa universitaria que fundó siguió trabajando a pleno rendimiento.

Puede que la mayor contribución de Pázmány fuese lograr la conversión personal de la práctica totalidad de las cien familias de magnates de la Hungría de los Habsburgo. Una vez convertidos, los magnates del reino ejercieron por lo general su prerrogativa para imponer la conversión al catolicismo de sus campesinos, ya fuese promoviendo el trabajo de los misioneros o eliminando todas las iglesias y predicadores protestantes de sus propiedades. Dada la opción entre asistir a misa dominical o no asistir a ninguna de los servicios de la iglesia, muchos de ellos volvieron a la fe católica, al menos en apariencia. Los magnates no solo ayudaron a propagar la fe, sino que también contribuyeron a la defensa de la Hungría real frente a los enemigos extranjeros de la dinastía. Con gran parte del ejército de los Habsburgo comprometido a combatir en la guerra de los Treinta Años, los magnates demostraron ser indispensables, pues armaron y mantuvieron sus propios ejércitos privados contra las

incursiones fronterizas turcas y la constante amenaza de la intervención de Transilvania. No fue poca cosa. Por ejemplo, la guarnición de ochocientos hombres que la familia Batthyányi empleó en su castillo principal consumía doscientas mil barras de pan y cien mil litros de vino cada año. Cuando se sumaban al costo de las fuerzas mantenidas por otras familias de magnates, resultaba ser un volumen de gastos que ahorraba al rey de los Habsburgo considerables sumas que de otro modo habrían sido necesarias para la defensa de la Hungría real.

Hacia una simbiosis de la corona y la nobleza

Tras el triunfo de Fernando II y los cambios que trajo en los territorios austriacos y bohemios de la corona, Hungría pasó a ser, en la mayoría de los aspectos, el componente menos típico de los dominios de los Habsburgo. Sin embargo, el papel que desempeñaron sus magnates en la introducción de la Contrarreforma y en la defensa del país fue un reflejo de la dependencia del gobierno de la nobleza terrateniente en toda la monarquía. En mayor o menor medida, el gobierno central aún dependía de los señores locales para hacer cumplir la uniformidad religiosa, recaudar la contribución y administrar justicia en los tres dominios. Gracias a la facilidad con que Hungría recurría al apoyo externo para contrarrestar la resistencia interna, la nobleza magiar pudo controlar mejor la política local y, por lo tanto, la vida de la gente común. Con todo, podía afirmarse lo mismo en gran medida no solo respecto a los territorios de Austria y Silesia, sino incluso en cuanto a Bohemia y Moravia. Después de Montaña Blanca, el duque Maximiliano había instado a Fernando a seguir el ejemplo de Baviera, Francia y España instalando una burocracia controlada centralmente en Bohemia cuyo alcance llegaría hasta el nivel local. La *Verneuerte Landesordnung* destruyó la capacidad de la nobleza bohemia de oponerse al rey, al desactivar su control sobre las elecciones reales, la legislación, el ejército y los funcionarios clave del gobierno. No obstante, a diferencia de los monarcas en otros lugares, Fernando no llegó a terminar con su dominio sobre la política local, la justicia o la economía señorial. Se contentó con purgar a quienes consideraba levantiscos entre los nobles protestantes austriacos y bohemios, y con confiar el futuro de la monarquía a los fieles católicos. Al dejar los asuntos locales en sus manos, Fernando evitó el riesgo de perturbar a los nobles leales, a

quienes les habría molestado que se les incluyese en el mismo grupo de quienes realmente se habían opuesto a la corona. Se dio cuenta de lo difícil que sería gobernar sin su apoyo y cooperación, especialmente porque necesitaba su ayuda para enfrentar los desafíos a su autoridad en el interior de Alemania y Hungría, y también las amenazas extranjeras que se extendían más allá de sus fronteras.

Por lo demás, la dinastía estaba dispuesta a ofrecer mucho a cambio de lo que interpretaba como los atributos inseparables del catolicismo y la lealtad. Como hemos visto, los nobles católicos leales de toda la monarquía habían compartido la redistribución de las propiedades confiscadas en Bohemia y Moravia después de la batalla de la Montaña Blanca. Además, los nombramientos para puestos clave del gobierno recayeron casi exclusivamente en los nobles católicos. Este uso de los favores fue especialmente efectivo en áreas confesionalmente mixtas como Baja Austria, Silesia y Hungría, donde la competencia por puestos lucrativos y poderosos atrajo a nobles protestantes reacios a la conversión. Esto tal vez ayude a explicar la facilidad con que el cardenal Pázmány pudo completar su trabajo entre los magnates húngaros, que fortalecieron entonces su dominio sobre los puestos de más responsabilidad en la administración de ese reino. No menos persuasivo fue el otorgamiento por parte del monarca de títulos principescos, a lo que a menudo siguieron años de servicio leal por parte de los aristócratas católicos más ricos y poderosos.

La corona también contribuyó a fortalecer la posición económica de la nobleza en su conjunto. Fernando II y sus sucesores aprobaron con frecuencia el uso de la primogenitura para preservar la riqueza, el poder y el prestigio de las familias nobles, evitando así que se dividieran las herencias. También hicieron poco para impedir la expansión en curso de las ventaja comerciales de la nobleza sobre el campesinado y las ciudades libres. Durante la guerra, los terratenientes de toda la monarquía continuaron ampliando sus tierras, a menudo a expensas de las tierras campesinas o comunes. Para compensar las pérdidas de población en tiempos de guerra, a los señores también se les permitió aumentar los servicios *robot* e incluso someter a otros campesinos que antes eran libres; las víctimas de esta llamada «segunda servidumbre» también tuvieron entonces que realizar *robot* . La corona otorgó igualmente a los terratenientes varios privilegios comerciales, como el derecho a

recaudar peajes en los puentes y tarifas de mercado que a menudo aumentaban sus ingresos a expensas de los empresarios burgueses locales. A la altura de 1625, la nobleza que dominaba las asambleas de los condados de Hungría se había ganado incluso el derecho a fijar precios y salarios. Los nobles señores continuaron explotando a sus campesinos como consumidores y proveedores cautivos, obligándolos a comprar y vender lo que ellos tenían, en lugar de acudir a las ciudades vecinas. Estas ventajas comerciales, más los frutos habituales de la empresa capitalista, ayudaron a impulsar el crecimiento de la aristocracia en toda la monarquía. A mediados de siglo, solo trece magnates húngaros controlaban el treinta y siete por ciento de las aldeas del reino, mientras que los ochenta y dos aristócratas que se sentaban en las Dietas bohemia y morava (*Landtage*) controlaban el sesenta y dos por ciento de los campesinos de sus tierras.

Este favoritismo hacia la nobleza terrateniente en general y la aristocracia en particular tenía su origen en valores tradicionales que fomentaban la dependencia de las élites establecidas y en la percepción de la dinastía de que era ella quien podía hacerles un mayor bien (o un mayor daño), antes que las órdenes no privilegiadas. Sin embargo, este espíritu de acomodación tuvo un costo para los pueblos y el campesinado de la monarquía. Las ciudades perdieron progresivamente terreno ante los grandes terratenientes en la competencia por los consumidores locales y los mercados extranjeros, especialmente en Hungría, cuyos magnates obtuvieron un monopolio virtual sobre las exportaciones de ganado, vino y cereales del país. La voz de las ciudades en las Dietas de la monarquía se oyó considerablemente menos durante la guerra. La *Verneuerte Landesordnung* redujo drásticamente el número de ciudades representadas en la Dieta bohemia, de cuarenta a seis, en parte como castigo por su papel activo en la reciente revuelta. En las Dietas de Bohemia, Moravia y Estiria, las ciudades se limitaron en adelante a un solo voto colectivo, mientras que en Carniola y Gorizia se les excluyó de la participación en los poderosos comités que determinaban el gobierno de cada provincia. Con frecuencia, ni siquiera se les permitía tomar asiento, quedando obligados a permanecer de pie en la parte trasera de la cámara con el fin de recibir instrucciones de los representantes de los latifundios más prominentes. De hecho, a medida que la Contribución necesaria para financiar la guerra fue creciendo, la corona permitió a la

mayoría noble y clerical acumular una parte desproporcionada de la carga impuesta a las ciudades que representaban.

En cualquier caso, fue el campesinado el que se llevó la peor parte. A mediados de siglo, tal vez el noventa por ciento de los campesinos de Hungría y prácticamente todos los de Bohemia habían sido víctimas de la segunda servidumbre. En Bohemia y Moravia, los siervos solían realizar servicios *robot* tres días a la semana, y una cuarta parte trabajaba en las tierras de los nobles todos los días, excepto los domingos y festivos. Los contemporáneos estimaron que la carga combinada del servicio laboral, la renta, el diezmo y los impuestos consumía tres quintos del trabajo promedio de los siervos bohemios. Mientras tanto, puede que el campesinado de la accidentada Alta Hungría fuese el que tuviese que cargar con los servicios de trabajo más pesados, dada la relativa escasez de tierra cultivable y la gran cantidad de nobles magiares desplazados y de fortificaciones fronterizas que había que mantener. Aunque las ciudades apenas estaban en condiciones de hacer algo más que elevar sus protestas, el campesinado resistió al *robot* realizando sus tareas obligatorias de una forma indolente, casi mecánica (de ahí el significado moderno de la palabra). También vendieron en muchos casos sus animales de tiro, huyeron de las casas señoriales o simplemente se negaron a trabajar. De hecho, numerosos levantamientos campesinos que estallaron en toda la monarquía durante los años posteriores a la batalla de la Montaña Blanca, junto a su salvaje represión, tuvieron mucho menos que ver con las consecuencias religiosas de la batalla que con sus efectos socioeconómicos.

La derrota de los Habsburgo en Alemania

El triunfo de Fernando II en los territorios de Bohemia y Austria y el nuevo espíritu de acomodación de los nobles por parte de la corona que lo acompañó fueron desarrollos críticos en la revolución de la monarquía de los Habsburgo como una gran potencia europea. Al final, compensaron con creces la estruendosa derrota de la dinastía en la guerra de los Treinta Años. Aunque el emperador siempre estuvo listo para servir a la causa de Dios, entró en la guerra en Alemania sin un plan u objetivos preconcebidos. Se vio en cambio empujado a la política imperial inmediatamente después de su elección, a raíz de los éxitos militares de sus aliados. Aunque terminaría ideando sus propias políticas, fue su asociación con los

agendas de los aliados —el deseo de Maximiliano por el territorio y el privilegio electoral de Federico V, la campaña de la Liga Católica contra el poder principesco protestante y la búsqueda de aliados contra los holandeses en España— lo que ayudó a prolongar la guerra más allá de sus orígenes bohemios. Al vincularse con España y los príncipes católicos, Fernando II dividió su atención y recursos entre el imperio y la propia monarquía. Y lo que es más importante, al renovar la alianza dinástica de los Habsburgo alineó a la monarquía contra la creciente coalición de países que estaban ansiosos por reducir la amenaza española al equilibrio de poder.

Sin embargo, la inminente catástrofe apenas fue evidente durante el decenio que siguió a la derrota y expulsión de Federico V de Bohemia. La consecuencia fue que Fernando II actuó en Alemania con la misma determinación que caracterizó su trato a los rebeldes bohemios derrotados. En enero de 1623 cumplió la promesa que le hiciera a Maximiliano de Baviera de prohibir a Federico V transferir tanto su dignidad electoral como la posesión del Alto Palatinado a su primo Wittelsbach. Para legitimar los traspasos, Fernando dio el paso constitucionalmente dudoso de desheredar a los herederos de Federico, inocentes de cualquier crimen, tal como había hecho con los Hohenzollern del marquesado de Jägerndorf dos años antes. Además, lo hizo bajo su propia autoridad, sin sondear a los otros electores. Después de haber recibido diez millones florines en subsidios de España, permitió que sus fuerzas mantuviesen el control del estratégico Palatinado renano tras la reanudación de su lucha con la República Holandesa. Aunque la Unión Evangélica pronto se vio obligada a disolver sus propias fuerzas, el avance de los aliados de Fernando llevó a varios príncipes alemanes menores y luego, en 1625, al rey Cristian IV de Dinamarca, a unirse a la causa protestante. Sin embargo, no eran rivales para las fuerzas dispuestas contra ellos. Aunque el ejército español estaba entonces comprometido con la guerra en los Países Bajos, Fernando aún podía contar con el ejército de la Liga Católica de Tilly. Además, el emperador había reunido un ejército propio formidable gracias a los cuantiosos subsidios papales y al ingenio de su propio general al mando, Albrecht von Wallenstein, que supo aprovechar la riqueza de los recientemente recuperados territorios de la corona bohemia.

En 1628, los ejércitos de Tilly y Wallenstein ya habían dispersado a los príncipes protestantes renegados y habían obligado a Dinamarca a firmar la paz. Con Alemania a sus pies, Fernando II

aprovechó la oportunidad para resolver el antiguo problema de aquellos principados-obispados que se habían convertido al protestantismo desde la Paz de Augsburgo. Al reincorporarlos al redil católico, sin duda sintió que estaba ejecutando la voluntad de Dios. Pero también estaba cumpliendo con su responsabilidad como emperador, que era hacer cumplir el compromiso firmado por Fernando I setenta y cinco años antes. No solo escuchó lo que tenían que decirle los otros seis electores. Siguiendo las recomendaciones del Consejo Privado, Fernando II rechazó solicitudes más radicales de Maguncia y Baviera para que extendiera la patente a las ciudades imperiales confesionalmente mixtas y para que prohibiese explícitamente el calvinismo.

El Edicto de Restitución que decretó el 6 de marzo de 1629 no fue un siniestro plan maestro para destruir el protestantismo o la constitución imperial, sino simplemente la restauración de lo que él, los electores católicos y el papado consideraban como la aplicación de la largamente pospuesta Paz de Augsburgo. Sin embargo, era un golpe demasiado audaz, un golpe que amenazaba con descolocar a muchos Estados protestantes leales, especialmente Sajonia y Brandeburgo, que habían incorporado algunos de los obispados en su territorio. La audacia no era un atributo habitual en los Habsburgo o sus estadistas, pero eran tiempos poco comunes en los que parecían tener un control firme tanto en sus dominios como en el extranjero. Una muestra de la sensación de seguridad de Fernando fue que despidió sin ceremonias a Wallenstein y a la mayoría de su ejército de 134 000 hombres en 1630 para calmar las críticas generalizadas sobre la arrogancia del general, su ambición desmesurada y su renuencia a frenar la brutalidad de sus tropas. Al nombrar al general Tilly de Maximiliano para remplazarlo, el emperador señalaba una vez más hasta qué punto dependía continuamente de sus aliados.

Ni el emperador ni nadie podría haber anticipado con qué rapidez cambiaría la situación tras la intervención de Gustavo Adolfo de Suecia. A las seis semanas de la destitución de Wallenstein, el gran rey-soldado sueco pudo asegurar la defección de Sajonia y aplastar a Tilly en la batalla de Breitenfeld (17 de septiembre de 1631). La primavera siguiente, Gustavo controlaba gran parte del centro y el sur de Alemania y había atraído u obligado a la defección a varios de los príncipes protestantes. Mientras tanto, tras la muerte de Tilly durante la retirada, Fernando se encontró repentinamente sin un

ejército o un general para comandarlo. Tragándose su orgullo, hizo lo que tenía que hacer: volvió a recurrir a Wallenstein, cuyas habilidades empresariales rápidamente le procuraron un imponente ejército de cien mil hombres que luchó contra Gustavo en la ciudad sajona de Lützen (16 de noviembre de 1632), una batalla que se saldó con un empate. Para Fernando, la mejor noticia fue que el rey sueco encontrase la muerte en el campo de batalla. Lo peor fue que Wallenstein nunca le había perdonado por su anterior caída en desgracia. A modo de venganza, este complejo e intrigante personaje desperdició a propósito la oportunidad militar que le brindó la muerte de Gustavo. En lugar de sacar a una ya vacilante Sajonia de la guerra, Wallenstein retiró sus ejércitos a Bohemia, donde sus fuerzas asolaron las tierras de su soberano.

Lo peor de todo es que traicionó al emperador entablando negociaciones secretas con sus enemigos, al tiempo que exigía que todos sus soldados le jurasen lealtad sobre cualquier otra persona. Al ser confrontado con la prueba de la traición de Wallenstein, Fernando se apresuró a destituirlo antes de que aquel consiguiese arrebatarle el ejército imperial. Vale la pena señalar que Fernando se ciñó a las restricciones de la ley imperial al proceder contra un «manifiesto criminal» como Wallenstein, más que a la doctrina más fácil de la «razón de Estado», a la que recurrió con demasiada frecuencia su contemporáneo, el cardenal francés Richelieu. No obstante, una facción de la corte encabezada por su hijo y heredero, Fernando, persuadió finalmente al emperador para que ordenase la ejecución de Wallenstein, una sentencia que fue inmediatamente aplicada por oficiales leales en la noche del 25 de febrero de 1634.

La monarquía ya había perdido los servicios de su mejor general meses antes de la ejecución de Albrecht von Wallenstein. Pero, con su muerte, el emperador pudo hacerse con dos ejércitos: el ejército imperial, cuya lealtad se aseguró al nombrar a su hijo Fernando para que lo comandase, y una fuerza española bajo el cardenal-infante Fernando de Austria, que Felipe IV había prometido enviar una vez Wallenstein hubiese sido eliminado. Los dos comandantes de los Habsburgo simbolizaron la química esencial en los primeros éxitos de la monarquía, tanto en su representación combinada del Estado y la Iglesia, como en su expresión renovada de la lealtad dinástica de los Habsburgo. De hecho, el hijo del emperador se había casado con la hermana del rey español y el cardenal-infante, María Ana, en 1631. Quince años después de la intervención

fundamental de España en la revuelta de Bohemia, el joven Fernando conseguía que sus cuñados españoles renovasen su compromiso con la causa de la monarquía.

Ninguna de las partes podría haber imaginado que la marcha del cardenal-infante sería la última contribución significativa de los Habsburgo españoles a la monarquía austriaca. Con todo, la aplastante victoria de los Habsburgo en Nördlingen (6 de septiembre de 1634) dio al emperador todo lo que podía haber esperado. Sajonia y prácticamente todos los príncipes protestantes alemanes firmaron con él la Paz de Praga (30 de mayo de 1635). Fernando II demostró nuevamente su capacidad para cumplir sus compromisos, particularmente consintiendo la devolución a los príncipes protestantes de todas las tierras de la Iglesia que habían sido confiscadas después de 1627. También accedió a las demandas de los sajones para que tolerase el luteranismo en la Baja Silesia, aunque consiguió limitar el permiso a los principados de Piast y Podiebrad, en gran parte independientes, más la ciudad de Breslavia. Al aceptar estas y otras concesiones, se adhirió a los consejos de su hijo, sus concejales, el embajador español y los príncipes católicos alemanes, mientras rechazaba las quejas de su influyente profesor confesor, Guillermo Lamormaini.

Tanto la monarquía como el imperio necesitaban la paz. Por su parte, España quería el apoyo sin fisuras del emperador contra Francia, que acababa de declarar la guerra once días antes. Después de haber brindado durante mucho tiempo apoyo financiero y diplomático a los enemigos de la dinastía, Luis XIII (1610-1643) y su primer ministro, el cardenal Richelieu, eligieron este momento para entrar en la guerra, a fin de evitar que los suecos siguiesen a los príncipes protestantes a la mesa donde se negociaba la paz. Francia siempre había tratado de debilitar al emperador apoyando a enemigos extranjeros como Dinamarca y Suecia, o alentando la oposición interna de sus vasallos alemanes. Sin embargo, la intervención francesa no se dirigió principalmente contra Austria, sino contra España, cuya destrucción había sido el principal objetivo de la política exterior francesa desde el ascenso al poder de Richelieu hacía un decenio.

Que esta fase final de la guerra de los Treinta Años durase trece años dice mucho tanto de la enorme fuerza de España como de la inquebrantable determinación de la coalición anti-Habsburgo para seguir luchando hasta que fuese finalmente aplastada. Una vez más,

Fernando II tuvo la fortuna de su lado, pues consiguió escapar de las consecuencias de sus políticas. A su muerte, su hijo Fernando III (1637–1657) heredó la difícil tarea de hacer frente a la inminente derrota de la monarquía. El nuevo emperador merecía un mejor destino. Era tan austero, piadoso y entregado como su padre, e igual de talentoso. Hablaba siete idiomas y le encantaba leer filosofía, experimentar en el laboratorio y escribir música. Le fue bastante bien en un tiempo en que la dinastía tenía ante sí pocas opciones. Si el peso combinado de los ejércitos francés y holandés redujo inexorablemente el flujo de la ayuda militar o financiera española, su desaparición virtual después de 1642 liberó al emperador para abordar las demandas de paz de los príncipes alemanes. A diferencia de su padre, utilizó el *Reichstag* y otras instituciones imperiales como órganos consultivos y con ánimo negociador. Su consiguiente decisión de sacar a la monarquía de la guerra resultó apropiada, y a la vez dolorosamente irónica. Habiendo hecho tanto para revivir la alianza española durante el decenio anterior, tuvo que reconocer entonces que la supervivencia de la monarquía dependía de cortar sus lazos que la unían con la otra rama de los Habsburgo. Su decisión de entablar conversaciones con los franceses y los suecos durante su primer año como emperador no es que fuese muy valiente, pero la necesidad a menudo obligó a los Habsburgo austriacos a escoger el pragmatismo frente al heroísmo.

A fines de 1645, Fernando había capitulado ante las demandas de Rákóczi en Linz, extendiendo la libertad religiosa al campesinado protestante de Hungría y confirmando la cesión anterior de siete condados a Transilvania. Cuando la Dieta húngara se convocó un año después, Fernando realmente apoyó los intentos de los Estados protestantes de recuperar las iglesias confiscadas por los recalcitrantes magnates católicos para poder concentrar su atención en asegurar las mejores condiciones de paz en el oste. De hecho, el envío de negociadores austriacos a las conversaciones de paz en las ciudades de Münster y Osnabrück de Westfalia señaló la voluntad de Fernando III de entregar gran parte del poder que restaba en la corona imperial y abandonar a los Habsburgo españoles. Aunque casi todos los príncipes alemanes se habían aliado al emperador desde la Paz de Praga, acogieron con beneplácito este giro. Tampoco eran reacios a abandonar España a su destino. Ninguno de los príncipes se había sentido cómodo con el aliado español del emperador, al que todavía temían y culpaban del conflicto con

Francia, que duraba ya más de un siglo. En cualquier caso, en 1645, los Estados de Baviera, Brandeburgo y Sajonia estaban bajo la ocupación enemiga y más que ansiosos por poner fin a la guerra. Por su parte, los franceses, suecos y holandeses no tenían motivos para considerar al emperador como una amenaza una vez que había renunciado a una parte significativa de su poder en el imperio. Así, cuando los enviados de Fernando firmaron los artículos finales de la paz el 24 de octubre de 1648, los suecos volvieron a llamar a las puertas de Praga.

La Paz de Westfalia redujo en gran medida la autoridad del emperador, por distintas vías. Ante todo, fortaleció la posición de los protestantes de Alemania. El Edicto de Restitución quedó aún más tocado, al restituirse a la Iglesia Católica solo aquellas tierras que habían sido conquistadas en 1624. El acuerdo también garantizó un equilibrio confesional entre los príncipes protestantes y católicos, al otorgar a la minoría principesca protestante de Alemania una representación equitativa en los dos tribunales imperiales, así como el derecho de vetar cualquier legislación votando por separado en la Dieta imperial sobre todos los asuntos religiosos. Finalmente, el tratado reconocía los derechos de los príncipes calvinistas, quienes alcanzaron el mismo estatus que los príncipes católicos y luteranos. Aunque su antiguo líder había muerto en 1632, los herederos de Federico V fueron restaurados en el Palatinado renano y se les otorgó un nuevo y octavo voto electoral para compensar el que había sido transferido a Maximiliano en 1623. Tampoco resultarían agradables para el emperador las ganancias territoriales de los tres electores laicos de Baviera (Alto Palatinado), Sajonia (las Lusacias) y Brandeburgo (Pomerania oriental y los obispados de Kammin, Halberstadt, Minden y, en su momento, Magdeburgo). Por más que se hubiesen mantenido leales al emperador durante la mayor parte de la guerra, estas adquisiciones aumentaron su capacidad para oponerse a él en el futuro.

El tratado debilitaba la autoridad imperial al reconocer oficialmente el derecho de cada príncipe a mantener un ejército y negociar alianzas con países extranjeros. Finalmente, Francia y Suecia también crearon nuevos vehículos para maniatar a los Habsburgo en el futuro. Como signatarios de la paz, se convirtieron en garantes de la constitución imperial revisada, conservando la opción de defender los derechos de los príncipes contra el

emperador. Además, Suecia adquirió Pomerania occidental y los obispados de Bremen y Verden en la costa norte, mientras que Francia obtuvo la última de las antiguas posesiones de la dinastía en Alsacia, territorios estratégicos en la periferia del imperio que podrían servir como cabezas de puente para posteriores invasiones.

El impacto de la guerra de los Treinta Años

La historia ha reservado a la Paz de Westfalia el lugar que merece en la historia alemana. Básicamente, el acuerdo definió la constitución de una Alemania dividida y su relación con los Habsburgo austriacos durante los próximos dos siglos. Aunque ni Fernando II ni Fernando III habían esperado convertir al catolicismo o controlar toda Alemania, el modo en que la guerra reafirmó el protestantismo y el poder principesco escenificó el exiguo potencial que Alemania tenía para la dinastía. De ahí que 1648 marque un punto a partir del cual los Habsburgo centraron necesariamente su atención y energía en la gestión de sus propios dominios. Aunque continuaron desempeñando un papel de liderazgo en los asuntos alemanes hasta su derrota por Bismarck en 1866, en adelante se dieron cuenta de que su futuro estaba en la fortuna de la propia monarquía.

Al aceptar la derrota en Alemania, Fernando III emuló la disposición de su padre a hacer concesiones para lograr objetivos primordiales. A diferencia del Sacro Imperio Romano, la monarquía había sufrido solo pérdidas territoriales menores a pesar de la ocupación sueca de gran parte de Silesia y Bohemia. Sin embargo, los súbditos del emperador habían pagado un terrible precio por ello, especialmente durante los últimos diez años. Se estima que trescientos cincuenta mil protestantes abandonaron la monarquía durante la primera mitad del siglo. Además, la emigración y tres ocupaciones suecas en 1631–1634, 1639–1641 y 1645–1648 habían devastado los territorios de la corona en Bohemia al mismo nivel que muchos lugares de Alemania. Su población de más de cuatro millones de personas antes de la guerra había caído entre un cuarto y un tercio. Bohemia propiamente dicha fue la más afectada, y sus áreas más fértiles fueron las más afectadas. Mientras tanto, Moravia y Silesia perdieron casi un tercio de sus poblaciones de antes de la guerra (ochocientas mil y un millón y medio de personas respectivamente antes de la contienda). Aunque fueron muchos los que sucumbieron a las atrocidades de un ejército indisciplinado, la

gran mayoría de las muertes de civiles se debieron a las epidemias que solían acompañar a los ejércitos mientras marchaban por el campo.

El fuerte descenso de la población fue una mala noticia para las granjas y las aldeas del reino, muchas de las cuales quedaron desiertas al final de la guerra, pero fue aún más devastador para las ciudades y la economía industrial del país. No es sorprendente que la combinación de atrocidades, epidemias y exacciones en tiempos de guerra trajese más dificultades a los habitantes urbanos, especialmente a los hombres, cuya resistencia más débil a las enfermedades y el poder ser llamados a filas los redujo a aproximadamente dos tercios de la población femenina. A determinada altura de la guerra, la ciudad silesiana de Glogau había perdido todos menos ciento veintidós de sus dos mil quinientos habitantes. La principal ciudad silesia de Breslavia perdió la mitad de sus treinta y dos mil habitantes debido a una sola epidemia en 1636, reduciéndose aún más por el impacto del bloqueo sueco y la cancelación del emperador de sus privilegios ciudadanos. En 1648, Praga había perdido casi dos tercios de los sesenta mil habitantes registrados en 1612. Seis años más tarde, el cincuenta y cinco por ciento de los edificios de la ciudad todavía estaba en ruinas. En Silesia, solo ciento dieciocho de las mil trescientas casas de Schweidnitz seguían en pie; el cercano centro textil de Löwenberg contaba solo con cuarenta residentes y catorce trabajadores textiles activos de un total de mil setecientos y setecientos respectivamente antes de la guerra.

Los estragos de la guerra fueron mucho menores en los territorios austriacos, en los que solo aquellas partes de los archiducados que se encontraban al norte del Danubio habían estado expuestos a una breve ocupación extranjera. No obstante, unos cincuenta mil protestantes abandonaron los *Erblande,* entre ellos un gran número de artesanos y mineros cuya partida supuso un duro golpe para la economía austriaca. Aunque la mayor parte de Hungría había evitado la guerra y la persecución religiosa, no salió ilesa de la contienda. A pesar del medio siglo de paz relativa que siguió a la Paz de Zitvatorok, las tropas turcas continuaron extendiendo la devastación en Hungría a lo largo de la frontera expuesta a sus ataques, esclavizando hasta a diez mil de los hombres de la frontera del país al año hasta aglutinar en sus filas a cien mil de ellos. Ni siquiera los simples pastores de la llanura húngara fueron inmunes

a los efectos nocivos de la guerra de los Treinta Años. Como descubrieron los trabajadores textiles y los mineros de las tierras austriacas y bohemias, la guerra provocó una recesión general en la economía de Europa central que debilitó el comercio de exportación de la monarquía. La demanda alemana de ganado se había vuelto tan plana que los pastores húngaros a veces se veían obligados a regresar a casa con sus animales tras asistir a la feria vienesa. Finalmente, vale la pena repetir que el *modus vivendi* que la dinastía facilitó a sus nobles alteró para peor las estructuras económicas subyacentes de los pueblos libres y el campesinado de la monarquía.

A los costos, muy reales, en que incurrieron sus súbditos y a su propia derrota final en Alemania, los Habsburgo austriacos pudieron oponer el considerable progreso que habían logrado en el fortalecimiento de su posición dentro de sus propios dominios. A mediados de siglo habían resuelto en gran medida la crisis religiosa que había provocado la guerra de los Treinta Años. Ya sea por coerción, convicción o simple conveniencia, la mayoría de la nobleza había llegado a aceptar el catolicismo. Dejando a un lado algunos nobles de Silesia y la Baja Austria, solo la nobleza húngara seguía siendo protestante. Además, la dinastía había ayudado a restablecer prácticamente la uniformidad religiosa católica entre sus súbditos bohemios, moravos y austriacos. La Paz de Westfalia, de hecho, había confirmado el triunfo de la Contrarreforma reafirmando el derecho del emperador a imponer el catolicismo en sus propios dominios, de acuerdo con el principio *cuius regio, eius religio* [3] enunciado por primera vez en la Paz de Augsburgo. Pero Fernando II fue el primer Habsburgo en implementarlo, inicialmente en la Alta Austria en la década de 1590 y luego en las tierras de Austria y Bohemia.

En cualquier caso, gran parte de la tarea de la conversión había quedado completada en 1648, como lo demuestra la enérgica defensa del Puente de Carlos contra los suecos por parte del pueblo de Praga en los últimos días de la guerra. Para entonces, solo Silesia y Hungría albergaban poblaciones protestantes significativas. Ante la insistencia de Suecia y Sajonia, Westfalia confirmó el compromiso anterior de Fernando II de tolerar a sus correligionarios en Breslavia y los principados semiindependientes, y también obtuvo derechos limitados para otros luteranos de Baja Silesia que vivían bajo el dominio directo de los Habsburgo.

Mientras tanto, en Hungría, el Tratado de Linz y la constante amenaza de la intervención de Transilvania protegían a una incómoda mayoría protestante.

De la mano de los avances de la dinastía en la recapitulación de sus súbditos fue el establecimiento de una relación simbiótica con los nobles terratenientes, que aseguraron su lealtad al Estado y la Iglesia a cambio de la retención de sus privilegios políticos, económicos, sociales y locales. Además, esta lealtad se vio reforzada por el robustecimiento de la autoridad real en los territorios bohemios, que siguieron siendo, a pesar de los estragos de la guerra, el componente más rico y poblado de la monarquía. Así como España había puesto en orden la riqueza de Castilla y la Francia de Richelieu había aumentado los impuestos en los *pays d'election* , la monarquía de los Habsburgo había establecido en Bohemia una base sólida para la proyección de su poder en el escenario internacional. Sin dejar de centrar su atención en Bohemia, Fernando II también progresaba en la superación de la diversidad constitucional y administrativa de sus dominios. Simplemente reuniendo a todos los *Erblande* en 1619, había inaugurado el proceso de recrear un solo Estado compuesto, o *Gesamtstaat* , a partir de los diversos dominios de la dinastía. Incluso elaboró un testamento en 1621 (y otro en 1635) en el que declaraba la indivisibilidad de sus condominios. La presión familiar lo obligó a violar este principio solo cuatro años más tarde, al ceder los territorios del Tirol y Austria Exterior a su hermano menor. Sin embargo, esta nueva línea Habsburgo tirolesa estaba destinada a ser de corta duración. Fernando dio otro paso hacia la unificación de su reino creando una cancillería austriaca en 1620 y transfiriendo la cancillería bohemia a Viena cuatro años después. Junto con la cancillería húngara, las más altas instancias administrativas de los tres componentes de la monarquía se concentraron entonces en el mismo lugar. El propio Fernando señalaba así que cada vez era más consciente de que el futuro de la dinastía residía en sus propios dominios, en lugar de en Alemania, y por eso pasó de despachar sobre política exterior desde su cancillería de la corte imperial a hacerlo desde la cancillería austriaca, una tendencia que proseguiría con su sucesores inmediatos.

Por todos estos logros, Fernando II emerge claramente como la figura más decisiva en los siglos desde la creación de la monarquía por Fernando I. No obstante, vale la pena reiterar que sus éxitos

provinieron no tanto de su celo religioso como de su capacidad para manejar realidades geopolíticas y diplomáticas sobre las que tenía poco control. Su disposición a tolerar las provocaciones turcas en su flanco oriental, a proteger a los «cismáticos» serbios de la Frontera Militar y a hacer concesiones a sus adversarios protestantes en Hungría, Transilvania y Alemania ilustran hasta qué punto era sensible a estas fuerzas.

Por supuesto, Fernando III también estuvo sujeto a estos mismos factores y, aunque ha recibido menos atención, contribuyó igualmente de manera crucial al destino de la monarquía. Mientras que su padre sobrevivió a la gran crisis de 1619 apelando a sus aliados, Fernando III aseguró la recuperación de la monarquía de los eventos de 1645 abandonándolos. Al concluir una paz separada en Westfalia, el emperador obligó a su cuñado, Felipe IV, a luchar solo en una contienda que ya era desesperada contra Francia. Tomó la decisión correcta. España estaba condenada a la derrota hiciera lo que hiciese la monarquía. Al menos Fernando III, a diferencia de los Habsburgo de la Primera Guerra Mundial, tuvo el buen sentido de apartarse de la amenaza que su leal, pero demasiado poderoso aliado representaba para la seguridad europea, en vez de dejar que arrastrase a la monarquía. De hecho, dada la expuesta posición geográfica de la monarquía, nunca podría haber surgido como una gran potencia mientras tuviese un aliado con tantos enemigos como España. Si hay algo que alabar en la capitulación de la monarquía en Westfalia, es que la dramática reducción del poder imperial en Alemania y el aislamiento e inminente colapso de España posibilitaron que la monarquía desmontase los miedos de sus antiguos adversarios. Solo después de que se hubiesen disipado estas sospechas pudo la monarquía emerger como una gran potencia mediante el recurso tradicional de los Habsburgo a la diplomacia de coalición.

[1] *Robota* es la palabra checa cuyo significado es «servidumbre»; de ahí proviene precisamente el moderno término «robot» (N. del t.). [2] La línea de sucesión tirolesa establecida por Fernando I se había extinguido en realidad en 1595, pero Rodolfo II había cedido el Tirol y Austria Exterior a su hermano pequeño Maximiliano en 1602. [3] «Según sea la del rey, así será la religión de los súbditos» (N. del t.).

3.
Mirando al este: Hungría y los turcos (1648-1699)

Las consecuencias de la Paz de Westfalia

A pesar de las victorias y logros de los tres decenios anteriores, los dominios de los Habsburgo se enfrentaban a un buen número de desafíos tras la Paz de Westfalia. Ante todo, la monarquía necesitaba desesperadamente un período de paz y estabilidad para recuperarse de la devastación en tiempos de guerra provocada por una combinación de ejércitos invasores y recaudadores de impuestos reales. Aunque la dinastía había forjado una relación de trabajo con su aristocracia terrateniente basada en la lealtad, el patrocinio y una fe común, el gobierno central todavía tenía que convertir sus dominios, esencialmente dispares, en un Estado integrado. Hungría en particular permanecía administrativa, constitucional y confesionalmente como un ente distinto del resto de la monarquía. Fuera de la monarquía, el surgimiento renovado de Francia, y en los últimos tiempos de Suecia, como adversarios poderosos y agresivos, agravaba la amenaza tradicional que representaba el imperio otomano en el este. Además, la amenaza turca se vio empeorada por una Transilvania cada vez más beligerante, cuya defensa de los protestantes de Hungría se había expresado no solo mediante la intervención militar, sino también a través de su participación activa en las conversaciones de paz en Westfalia, recientemente concluidas. Dado el inminente colapso de España y las profundas divisiones que la guerra de los Treinta Años había engendrado entre sus vasallos alemanes, el emperador necesitaba enfrentarse a estos nuevos desafíos a la seguridad de la monarquía restableciendo o reviviendo una alternativa efectiva al sistema de alianzas del siglo pasado. Todos estos problemas se resolverían a finales del siglo XVII , aunque no resultó fácil.

Asuntos exteriores: aislamiento e inseguridad

La posición internacional de la monarquía parecía especialmente

sombría a mediados de siglo. Por sí misma, la Paz de Westfalia había hecho poco por controlar el continuo crecimiento del poder francés y sueco, o el propio aislamiento diplomático del emperador. Una vez aplastada la sublevación de la Fronda en el verano de 1653, el joven Luis XIV (1643-1715) y su primer ministro, el cardenal Mazarino, pudieron dedicar toda su atención a la etapa final de su guerra contra España. La cesión de las tierras alsacianas de los Habsburgo a Francia ya había cortado el camino español entre los Países Bajos e Italia; la sorpresiva entrada de la Inglaterra de Cromwell en la guerra en 1654 apretó aún más el lazo alrededor de los Países Bajos españoles. La lealtad dinástica de Fernando era tal que llegó a violar el tratado de paz para reforzar furtivamente las fuerzas españolas que luchaban en Italia. Pero su preocupación más apremiante eran los suecos. No habían evacuado los territorios de la corona Bohemia hasta 1650, después de que el emperador (o, para ser exactos, sus súbditos) les hubiesen pagado cinco millones de florines por los costos de su ocupación. Pasaron casi cuatro años más antes de que sus fuerzas se retirasen del resto del *Reich* , tras la completa satisfacción de los términos territoriales, religiosos y financieros de la paz.

Tan pronto abandonaron los suecos el imperio, su nuevo rey, Carlos X Gustavo (1654-1660) aprovechó un conflicto fronterizo entre Polonia y Rusia para invadir Polonia en el verano de 1655. A finales de año había ocupado buena parte del país. Aunque el elector Federico Guillermo de Brandeburgo estaba preocupado por este último capítulo de la expansión sueca, unió fuerzas con Carlos en enero de 1656 con la expectativa de llegar a equilibrar las conquistas polacas del propio Carlos. En diciembre, el nuevo príncipe de Transilvania, Jorge II Rákóczi (1648-1660), había lanzado su propia invasión desde el sur, después de que le ofreciesen el sureste de Polonia y la perspectiva de hacerse con la corona polaca. El 11 de abril de 1657, los ejércitos combinados de Carlos X y Rákóczi se encontraron en una entrada aparentemente triunfal en la ciudad polaca de Sandomierz. Aunque Polonia no estaba formalmente aliada con el emperador, la partición inminente de su vecino del norte representaba un duro golpe para la seguridad de la monarquía, especialmente porque iría acompañada de la correspondiente extensión de la influencia de los adversarios suecos y transilvanos de los Habsburgo. No obstante, dado el aislamiento de la monarquía por entonces y la desesperada necesidad de paz,

Fernando III hizo poco más que ofrecerle al rey polaco Juan II Casimiro cuatro mil auxiliares y un refugio seguro en el enclave silesio de Opole.

Aunque el triunfo de Francia en el oeste y de Suecia y Transilvania en el este comprometían seriamente la posición y la seguridad internacional de la monarquía, la mayor de todas las amenazas surgió en Europa central, donde los Habsburgo se enfrentaron de repente a la posibilidad de perder la corona imperial. El 2 de abril de 1657, Fernando III murió. La muerte del emperador, que tenía por entonces cincuenta años, no fue del todo inesperada. La tensión de sus campañas militares anteriores y las posteriores responsabilidades imperiales se habían cobrado su precio hacía ya un tiempo. Varios años antes había intentado asegurar que la dinastía retendría la corona imperial haciendo que el mayor de sus tres hijos, Fernando María, fuese elegido rey de los romanos antes de su muerte. Sin embargo, el heredero de veintiún años murió de viruela solo tres semanas después de que se asegurase su elección (31 de mayo de 1653) y su coronación como rey Fernando IV (18 de junio de 1654). Fernando III rápidamente movió ficha para que su próximo hijo mayor, Leopoldo Ignacio, de catorce años, gozase de la aceptación de los territorios de los Habsburgo, consiguiendo su elección y coronación como rey de Hungría (1655) y coronándolo rey de Bohemia (1656). Pero la ley imperial prohibía que alguien se convirtiese en emperador alemán antes de los dieciocho años.

La espera de cuatro años para que Leopoldo fuese elegible para las elecciones dio a los enemigos de la dinastía una oportunidad de oro para desafiar su control de la corona imperial. Mazarino se mantuvo especialmente activo en la búsqueda de candidatos alternativos para el trono imperial, sondeando entre otros al elector de Baviera y a su propio amo, Luis XIV. Como en el reciente resurgimiento militar de Francia y Suecia, la perspectiva de Mazarino de destronar a los Habsburgo fue otro de los efectos colaterales indeseados de la derrota de la dinastía en la guerra de los Treinta Años. No le costó demasiado alimentar el miedo a la autoridad de los Habsburgo dentro del *Reich* . Los tres electores protestantes tampoco habían olvidado el Edicto de Restitución y la disposición de los Habsburgo a promover la causa católica dentro del imperio. Finalmente, jugó con el continuo temor alemán a que Leopoldo renovase la alianza de su dinastía con España, ya sea interviniendo en la guerra franco-

española o heredando la propia España tras la muerte del niño Felipe IV sin hijos. De hecho, el envío definitivo de tropas de Fernando III a Italia traicionó el afán de Viena por ayudar a España y mantener su patrimonio en la familia.

Con todo, aunque ninguno de los electores alemanes deseaba un Estado Habsburgo que supusiese una amenaza a sus intereses, sí que apreciaban el papel que desempeñaba en el mantenimiento de la paz interna del imperio, o *Reichsfriede* , y la protección que ofrecía frente a potenciales enemigos extranjeros como Francia, Suecia o los turcos. De hecho, durante los primeros años después de la guerra, muchos príncipes alemanes habían creado una serie de asociaciones armadas para protegerse no solo contra España y el emperador, sino también contra la anarquía en la que habían caído partes del imperio tras su derrota. Nadie apreciaba mejor este dilema de los príncipes que el influyente arzobispo-elector de Mainz, Johann Philipp von Schönborn. Como gobernante de Maguncia, Johann Philip disfrutaba de considerables prerrogativas constitucionales a través de su posición como archicanciller imperial. Presidía la mayoría de los órganos centrales del imperio, incluido el *Reichstag* , la corte de la cámara imperial, e incluso la cancillería imperial en Viena a través de un puesto, el vicecanciller imperial, cubierto por alguien que él había designado personalmente. También era un sincero defensor de los Estados más pequeños, que dependían en gran medida del poder policial del emperador para mantener su seguridad contra las ambiciones de los príncipes alemanes más poderosos. Por lo tanto, por más que temiese el fantasma del absolutismo de los Habsburgo, Johann Philip deseaba realmente preservar la efectividad de las instituciones imperiales, incluida su autoridad ejecutiva.

En el análisis final, los electores alemanes, al igual que el resto de las potencias europeas, necesitaron hacer algunos ajustes en el equilibrio de poder dentro de la Europa posterior a Westfalia, definiendo el papel de la corona imperial, la comunidad polaca y, en última instancia, de la propia monarquía de los Habsburgo austriacos. En la primavera de 1657, los éxitos de los enemigos de la dinastía los obligaron a reajustar ese equilibrio, inclinándolo hasta cierto punto hacia la monarquía. Un mes después de la unión de Carlos X con Rákóczi, Dinamarca obligó a Carlos X a retirar la mayoría de sus fuerzas al invadir la propia Suecia. Al mismo tiempo, el sultán dio muestras de cuánto le alarmaban las

ambiciones de su afluente de Transilvania enviando auxiliares tártaros para barrer el ejército de Rákóczi de Polonia. En julio, Rákóczi había concluido una paz separada con Juan Casimiro y se había apresurado a regresar a Transilvania para enfrentarse a la ira del sultán. Un mes después, Rusia atacó las provincias bálticas de Suecia, a pesar de que técnicamente todavía estaba en guerra con Polonia, mientras los holandeses enviaban una flota para levantar el asedio sueco de Danzig. Más tarde, en septiembre, Federico Guillermo cambió de bando a cambio de que Polonia renunciase a reclamar la soberanía sobre el ducado Hohenzollern de Prusia, y cayó inmediatamente la Pomerania sueca. Leopoldo todavía dudaba sobre si declarar o no formalmente la guerra a Suecia; pero estos dramáticos acontecimientos, reforzados por la insistencia española en que sus fuerzas podrían hacer más bien en Polonia que en Italia, lo animaron a tomar un papel más activo en la guerra al proporcionar a Juan Casimiro muchas más tropas auxiliares. Aunque la guerra con Suecia se prolongó durante dos años más, a finales de 1657 estaba claro que la integridad de Polonia y el flanco noreste de la monarquía habían sido asegurados.

Mientras los vecinos de Polonia se movían para preservar su independencia, los electores alemanes acordaban tardíamente perpetuar el control de los Habsburgo sobre la corona imperial. La victoria no tuvo un bajo coste. Leopoldo se vio obligado a pagar a varios electores con sobornos financiados con una combinación de impuestos, préstamos y subsidios españoles. El voto más costoso fue el de Federico Guillermo, a quien Leopoldo pagó ciento cincuenta mil táleros, aparentemente para compensar a Brandeburgo por la toma del emperador Fernando II del ducado silesiano de Jägerndorf arrebatándoselo los Hohenzollern en 1621. Además, se vio obligado a reconocer la independencia prusiana de Polonia y comprometer una mayor participación de la monarquía en la guerra contra Suecia. Mucho más fácil e incluso más crucial fue el voto del nuevo elector de Baviera, que no mostró ninguna de las ambiciones de su difunto padre. Brindando fácilmente su apoyo a Leopoldo, Baviera dejó a Francia y a los tres arzobispos electores sin un candidato católico alternativo viable para la corona imperial, a pesar de los desesperados intentos de Mazarino de promover a Luis XIV.

No obstante, Leopoldo no podía estar seguro de ser elegido hasta haberse ganado el apoyo absoluto de los electores eclesiásticos y de su líder, Juan Felipe de Mainz. En todo caso, tras la muerte de

Fernando IV el archicanciller estaba más interesado que nunca en conservar todos los dominios de los Habsburgo, ya que veía en sus territorios austriacos y bohemios la única masa crítica capaz de proporcionar al imperio una *militia perpetua* con que defenderlo del creciente poder de franceses y suecos. Cuatro años después, la única preocupación de Juan Felipe era la posibilidad de que Leopoldo perpetuase la alianza austro-española, especialmente en el caso de heredar el imperio español a la muerte de Felipe IV. Para evitar esa posibilidad, había llegado a preguntar a los parientes varones austriacos de Leopoldo, incluidos su tío y sus primos tiroleses, acerca de su interés en la corona imperial. El oportuno nacimiento de un hijo del rey de España a finales de 1657 alivió un tanto las preocupaciones del archicanciller.

En cualquier caso, durante los siguientes seis meses Juan Felipe se preocupó de ganarse una serie de votos, con la intención de evitar que Leopoldo restableciese la antigua alianza austro-española. Para reducir aún más las posibilidades de que heredase la corona española, Juan Felipe le obligó a renunciar a su matrimonio anticipado con la hija mayor de Felipe IV, María Teresa. También se vio obligado a firmar un tratado de neutralidad con Luis XIV. El archicanciller fortaleció este acuerdo con una capitulación electoral (*Wahlkapitulation*) firmada por Leopoldo y todos los electores, que no solo impuso nuevas restricciones al poder imperial, sino que exigió de forma explícita que el imperio permaneciese estrictamente neutral en las etapas finales de la guerra franco-española. Tras haber hecho todas estas concesiones, Leopoldo fue debidamente elegido para suceder a su difunto padre como emperador el 18 de julio de 1658, solo un mes después de su decimoctavo cumpleaños. Pero no terminaron ahí las maquinaciones de Juan Felipe. Quince días después de la coronación ceremonial de Leopoldo en Frankfurt, el archicanciller formó el llamado *Rheinbund* , una asociación de príncipes alemanes que finalmente incluyó no solo a los tres arzobispos electores y varios príncipes protestantes (incluido Brandeburgo), sino también a Carlos X de Suecia (como duque de Bremen y Verden) y Luis XIV. Sus miembros acordaron evitar que el emperador infringiese los privilegios principescos garantizados por la Paz de Westfalia o su neutralidad enviando tropas a través del territorio imperial para ayudar a España en los Países Bajos. El *Rheinbund* le recordó al nuevo emperador que todavía estaba en gran medida aislado y que sus vasallos lo valoraban solo como un

contrapeso contra la aparición de mayores amenazas a su seguridad.

Leopoldo constató lo solo que estaba en los años inmediatamente posteriores a su sucesión. El 7 de noviembre de 1659, Francia y España pusieron fin a un cuarto de siglo de hostilidades al firmar la Paz de los Pirineos. Seis meses después, la guerra en Polonia llegó a su fin tras la firma de otro tratado de paz en el monasterio de Oliva, cerca de Danzig (3 de mayo de 1660). Aunque tanto Francia como Suecia hicieron valiosas adquisiciones a lo largo de sus respectivas fronteras, ninguno de sus logros supuso una franca amenaza para la propia monarquía. Sin embargo, a cambio de la moderación francesa, Mazarino obligó a Felipe IV a casar a María Teresa con Luis XIV. Había una cierta simetría en la política de Mazarino: diez años atrás había obligado a Fernando III a abandonar a su cuñado español en Westfalia; ahora Felipe IV se la devolvía a regañadientes a Viena sacrificando su antigua alianza matrimonial austriaca para asegurarse mejores condiciones de paz con Francia. La jugada les dio a los Borbones la oportunidad de heredar la propia España en caso de que su rey no dejase herederos varones. Es cierto que Felipe había obligado tanto a los franceses como a su hija a renunciar a cualquier reclamación que pudieran alegar respecto a la herencia española. Sin embargo, esa renuncia se hizo supeditada al pago de medio millón de coronas a modo de compensación, una indemnización que España, en bancarrota, nunca pudo pagar. En cualquier caso, había dudas razonables, en una era en la que los reyes aún lo eran por designación divina, sobre si la realeza podía renunciar a las herencias que Dios le había concedido.

Felipe IV se apresuró a hacer las paces prometiendo a su segunda hija, Margarita Teresa, con Leopoldo, aunque era un ofrecimiento menor que el de María Teresa, pues esta, a los nueve años, era todavía demasiado joven para casarse y dar un heredero a Leopoldo. Mientras tanto, el hijo de Felipe, Felipe Próspero, murió el 1 de noviembre de 1661. Cinco días después, su esposa austriaca de los Habsburgo dio a luz a otro niño. Fue el enfermizo Carlos, llamado «el Hechizado», aquejado de numerosas dolencias fruto de generaciones de endogamia entre los Habsburgo españoles y austriacos, y tal vez de las legendarias escapadas sexuales de Felipe IV, que habían traído enfermedades venéreas a la familia real, junto a una treintena de bastardos. Por lo tanto, a pesar de haber presumido de haber engendrado hasta cuatro varones adultos sanos a la altura de 1632 (a los que se agregarían los dos hijos del propio

Felipe), los Habsburgo españoles se encontraban entonces al borde de la extinción. Sorprendentemente, su desaparición presagiaba un adelgazamiento aún más repentino e inesperado de la rama austriaca de la dinastía. Hasta 1654 hubo no menos de siete Habsburgo austriacos varones. Pero las muertes de Fernando IV (1654) y Fernando III (1657) fueron rápidamente seguidas de las del tío Leopoldo (1662), el hermano menor (1664) y los dos últimos Habsburgo tiroleses (1662 y 1665). Cuando Felipe IV murió en septiembre de 1665, el soltero Leopoldo de veinticinco años y el frágil Carlos de cuatro años eran los únicos miembros masculinos restantes de una dinastía que en su día fue muy fértil. Por lo tanto, a mediados de esa década, Leopoldo necesitaba producir un heredero, no solo para reclamar la herencia española, sino también para perpetuar su propia línea sucesoria.

Los asuntos domésticos: consolidación y centralización

El continuo aislamiento de la monarquía y la inminente crisis dinástica pusieron una gran carga sobre los hombros del nuevo emperador. Dada la triste situación de la economía nacional y la línea sucesoria de España, el antiguo recurso a la solidaridad dinástica hubiera sido claramente insuficiente, incluso en el caso de que no produjese una reacción de signo contrario por parte de los príncipes alemanes. Por el momento, Leopoldo tendría que depender de los propios recursos de la monarquía para cubrir sus necesidades de seguridad. Sin embargo, seguía siendo una tarea frustrante, especialmente para un gobernante joven e inexperto que no había recibido instrucción alguna en el arte de gobernar con anterioridad a la inesperada muerte de su hermano.

Leopoldo tenía ciertamente sus virtudes. No le faltaba inteligencia. Hablaba cinco idiomas con una fluidez impresionante. Era instintivamente curioso, un ávido lector de historia, ciencia y literatura y, como su padre, un amante de la música y un compositor talentoso. Era el típico Habsburgo: un hombre de gran integridad personal y moral cuyo sentido del deber lo convirtió en un estadista diligente y bien informado. Pero no daba el tipo del héroe. Al igual que su primo Carlos, Leopoldo pagó un precio físico por tener dos padres de la familia Habsburgo: ser el miembro más feo de su rama familiar. Su protuberante mandíbula y su prominente labio inferior resultaban tan exagerados que no podía evitar que el agua le entrase en la boca cuando llovía. Aunque era

un jinete consumado que compartía la pasión de su padre por la caza, no le interesaba la vida soldadesca ni realmente la guerra. Más en concreto, su temperamento naturalmente suave devino flemático y tan carente de resolución que a menudo incomodaba a sus asesores y aliados.

La educación religiosa de Leopoldo acentuó indudablemente sus propensiones naturales. Originalmente formado por los jesuitas para una carrera en la iglesia, sacó de su preparación religiosa no solo una intensa piedad, sino también una fe en la incontestable guía divina y en la intervención de Dios en todos los asuntos, por encima de la acción humana. Además, las sucesivas generaciones de devoción mariana de los Habsburgo dejaron un enorme poso en Leopoldo. En cierta ocasión exclamó: «Quiero tener a la Santísima Virgen María como mi comandante en jefe en tiempos de guerra y como mi embajador durante las negociaciones de paz». Reconoció los favores que le prestó dando su nombre a siete de sus nueve hijas y haciendo numerosas peregrinaciones al santuario de Mariazell. Sin embargo, fue esta misma búsqueda de orientación lo que a menudo alentó a Leopoldo a retrasar decisiones difíciles o abstenerse por completo de tomarlas. Con el tiempo, incluso los diplomáticos papales se quejarían de su «excesiva piedad y fatalismo».

La piedad del emperador también se vio reflejada en la composición de su corte. Leopoldo perpetuó la posición privilegiada de los jesuitas, de cuyas filas tomó a varios de sus confesores. Al mismo tiempo, dependía en gran medida del consejo de una serie de amigos íntimos de otras órdenes monásticas, como el fraile franciscano Hipólito de Pergine y los capuchinos Marco d'Aviano y Emmerich Sinelli, quien más tarde se convertiría en el obispo de Viena. Sin embargo, por muy influyentes que fuesen estos hombres, casi todas las posiciones gubernamentales de mayor rango seguían siendo propiedad exclusiva de los aristócratas laicos. Ninguno fue más importante que el gran chambelán del emperador (*Obersthofmeister*), un cargo a menudo desempeñado por un amigo personal cercano que hacía las veces de primer ministro oficioso. Al igual que sus predecesores, Leopoldo también se mostró muy dispuesto a nombrar (y a menudo a ennoblecer) a plebeyos avispados y trabajadores para el personal de la cada vez más importante cancillería austriaca, así como para ocupar numerosos puestos subordinados dentro de los más altos consejos de Estado.

Estos capacitados profesionales eran por lo general juristas y siempre católicos, ya fuese por nacimiento o por conversión.

Desde el ascenso al trono de Leopoldo hasta su muerte, acaecida casi medio siglo después, la necesidad más apremiante del gobierno fue aumentar el nivel de ingresos estatales. El conflicto polaco y la costosa elección imperial de 1658 ya habían arruinado cualquier esperanza de lograr un alivio fiscal apreciable de las pesadas cargas de la guerra de los Treinta Años. Además, las guerras y amenazas extranjeras que surgieron durante el reinado de Leopoldo lo obligaron a ampliar constantemente el ejército permanente. Tras la Paz de Westfalia, su padre había conservado veinticinco mil soldados; la cifra se elevó a los sesenta y cinco mil en 1664 y hasta los cien mil a finales de siglo.

Inicialmente, el gobierno contempló dos formas de recaudar fondos para apoyar a estas fuerzas armadas: mayor eficiencia administrativa y mayores impuestos. Hay que otorgar a Fernando III el mérito de crear un ejército permanente reorganizando el *Hofkriegsrat* (1650) y creando un Comisariado de Guerra (*Generalkriegskommissariat*) para facilitar su interacción con la *Hofkammer* . Tras la muerte de su padre, Leopoldo confió la reforma militar al enérgico Montecuccoli, y finalmente lo nombró presidente del *Hofkriegsrat* en 1668. No obstante, la guerra polaca había expuesto la insuficiencia del sistema fiscal y militar de la monarquía, que estaba plagado de funcionarios incompetentes y deshonestos que a menudo contrataban a personal administrativo redundante que se pisaba entre sí. Desafortunadamente, el temperamento moderado de Leopoldo no era adecuado para la restructuración administrativa o el despido de funcionarios prescindibles, pero por lo demás leales. Su manejo del Consejo Privado ilustra que Leopoldo era más propenso a nombrar funcionarios que a despedirlos. Desde su creación por Fernando I, el Consejo Privado se había erigido en el máximo órgano deliberativo de la monarquía, un grupo selecto de no más de una docena de altos funcionarios estatales. En una decenio, el patrocinio de Leopoldo había engordado el Consejo hasta unos sesenta miembros, lo que dificultaba enormemente que pudiese cumplir su función original. En 1665 ya había formado un nuevo órgano de formulación de políticas más reducido, la Conferencia Privada, o *Geheime Konferenz* , que remplazaba al por entonces inútil Consejo Privado. Stefan Sienell sugiere que el emperador participó

activamente en sus deliberaciones. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que nombrase a tantos de sus favoritos a la Conferencia Privada que también este dejó de ser útil, lo que le obligó a fraccionar las reuniones en grupos más pequeños. El órgano que más necesitaba ser reformado, la *Hofkammer* , seguía siendo un cuerpo colegiado débil que ejercía poco control efectivo sobre las tesorerías provinciales supuestamente subordinadas de los territorios bohemios, austriacos y tiroleses. Entretanto, su afamado presidente, Georg Ludwig, conde de Sinzendorf (1656-1679), se valía de su posición para malversar dos millones de florines en fondos estatales, aproximadamente el equivalente al cuarenta por ciento de los ingresos anuales de la monarquía, a pesar de años de rumores y acusaciones de corrupción.

Dado que Leopoldo era incapaz de superar la ineficiencia administrativa y la corrupción, se vio obligado a depender de la exacción de cada vez más impuestos de los territorios. El nivel de la Contribución en los territorios de Austria y Bohemia ya se había disparado durante la guerra de los Treinta Años. Sin embargo, al igual que su padre antes que él, Leopoldo consiguió inducirlos a que le apoyasen aún más. Hasta cierto punto, su cooperación reflejaba una preferencia de posguerra por parte de las élites de toda Europa por la paz y la estabilidad a través de la deferencia, en vez de alargar el conflicto y el caos a través del desafío. En cualquier caso, todo esto fue posible también gracias a que la corona vio en todo momento la importancia de la nobleza, junto con la Iglesia, como socios indispensables en el proceso de construcción del Estado. De ahí que, en marcado contraste con los borbones franceses y los Estuardo ingleses, prefiriese trabajar estrechamente con las provincias incluso hasta el punto de aceptar ingresos algo más bajos de los que deseaban, siempre que pudieran estar seguros de su lealtad a la corona. El éxito de este enfoque fue más evidente en los territorios más ricos y sumisos de la corona bohemia, en los que los representantes de las provincias se reunieron no menos de cincuenta y nueve veces en el medio siglo entre 1648 y 1698. Ya en 1650 Bohemia había acordado mantener un número fijo de tropas en el recién creado ejército permanente de Fernando III en tiempos de paz. Para pagarlas, se encargaron nuevos registros de tierras e impuestos en Bohemia (1654) y Moravia (1664). Las autoridades locales que los recogieron llevaban a menudo dos sombreros, el de la administración real y la local, mientras los señores nobles

ayudaban por su parte a reclutar campesinos para el ejército. En 1667, la nobleza bohemia comenzó incluso a pagar una pequeña parte de la Contribución, una concesión que finalmente fue igualada por la nobleza de Moravia (1697). Durante el siglo siguiente, Bohemia contribuiría a entre la mitad y las dos terceras partes de todos los ingresos de la monarquía.

Fernando III y Leopoldo también lograron un notable éxito en Silesia. Allí completaron la consolidación de los principados semiindependientes que habían iniciado con la toma de Jägerndorf por Fernando II en 1621. La dinastía Podiebrad vendió Münsterberg a Fernando III en 1647 antes de morir solo un par de años más tarde. A cambio de ayudar a Juan Casimiro en su guerra contra Suecia, Leopoldo volvió a adquirir los dos ducados de Opole y Racibórz en la Alta Silesia que su padre había entregado a Polonia durante la guerra de los Treinta Años. Finalmente, Leopoldo se anexionó Teschen (1653), luego Liegnitz, Brzeg y Wohlau (1675) cuando murieron los últimos duques de Piast. El gobierno central no retuvo todas las nuevas tierras de dominio que adquirió en Silesia, sino que eligió recompensar a las familias aristocráticas leales como los Liechtenstein austriacos (con Jägerndorf y Troppau) y los Auersperg (con Münsterberg), y a los Lobkovic bohemios (con Sagan). Sin embargo, redujo en todos los casos las extensas prerrogativas legislativas, judiciales y de otro tipo que hasta entonces habían hecho que estos principados fuesen en gran medida independientes del dominio de los Habsburgo. Incluso el único príncipe extranjero restante de Silesia, el nuevo duque de Öls de Württemberg, se vio obligado a renunciar a su asiento en el *Reichstag* como condición previa para su inversión en el antiguo negocio de los Podiebrad en 1648.

Leopoldo fue menos exigente con los territorios austriacos menos pudientes y algo menos sumisos. Fue especialmente paciente con el Tirol, que se había reunido con el resto de los *Erblande* después de la extinción de su rama de la dinastía en 1665. Un siglo de independencia de Viena había fortalecido el sentido de individualidad aparejado al aislamiento físico y comercial del Tirol frente al resto de los territorios hereditarios. A pesar de que la Reforma y los estragos de la guerra de los Treinta Años la habían dejado prácticamente intacta, su Dieta ofreció poco apoyo a las solicitudes de fondos de Leopoldo para reconstruir la economía de la monarquía y contribuir a su defensa. Sin embargo, el emperador

no hizo ningún intento por suprimir el especial estatus del Tirol. Convocó escrupulosamente a sus provincias, confirmó sus privilegios e incluso conservó las numerosas oficinas administrativas que los territorios del Tirol y Austria Interior habían establecido tras su separación del resto de la monarquía en 1564. También nombró a príncipes alemanes de Lorena y el Palatinado para representarlo como gobernador; fue otra concesión a sus pretensiones. Al final de su reinado se pensó incluso restablecer su independencia cediendo el territorio a su segundo hijo. Si Leopoldo respetó el carácter distintivo del Tirol fue porque sus hacendados finalmente se avinieron a entregarle una parte (aunque nunca más de dos tercios) de los fondos que solicitó y porque tanto su pedigrí confesional como su lealtad a la dinastía estaban fuera de toda duda.

De hecho, un aspecto del proceso de construcción del Estado que Leopoldo siguió con vigor fue la aplicación de la uniformidad religiosa por parte de sus predecesores, que él también consideró una prueba decisiva de lealtad a la monarquía. Como su padre antes que él, Leopoldo continuó la política de Fernando II de enviar Comisiones de Reforma a aquellas partes de Austria, Bohemia y Moravia en las que las comunidades protestantes podían ser identificadas. Fernando III ya había acelerado el proceso de confesionalización en 1650 al decretar la expulsión de todos los protestantes de Austria Interior y los archiducados; las únicas excepciones fueron aquellos nobles protestantes de la Baja Austria que habían permanecido firmemente leales a su padre y a los hijos menores de los expulsados, que fueron separados por la fuerza de sus padres y confiados a familias católicas. Quizá la contribución distintiva de Leopoldo fue el trato de favoritismo que dispensó a los jesuitas, quienes intensificaron su control sobre las instituciones de educación superior de la monarquía, fundando universidades adicionales en Innsbruck (1669) y Breslavia (1702). Se les unió un gran número de misioneros dominicanos y franciscanos en la misión pastoral entre los no convertidos. Aunque la aplicación de la ley a veces significaba castigos corporales e incluso la pena capital, las autoridades se daban por lo general por satisfechas si las personas demostraban su conversión adoptando rituales católicos y asistiendo regularmente a misas y otras celebraciones católicas [1] . Esta dependencia de la apariencia externa fue particularmente efectiva entre los bohemios, a quienes se les alentó a conservar las

costumbres tradicionales, incluyendo himnarios que incorporaron viejas letras husitas e incluso protestantes, siempre que abandonasen la práctica husita de celebrar la comunión con el vino. Con su conformidad pública, la mayoría de los bohemios se volvieron al menos nominalmente católicos.

En los territorios de Austria y Bohemia, Leopoldo y su padre dedicaron la mayor atención a la conversión de la mayoría protestante «protegida» de Silesia. En la paz de Westfalia, Suecia no solo obligó a Fernando III a otorgar plena libertad religiosa a Breslavia y a los principados semiindependientes, sino que también ordenó la construcción de tres iglesias en otras partes de la Baja Silesia, justo más allá de los muros de las ciudades protestantes de Schweidnitz, Jauer y Glogau. Además, el tratado también prohibió la expulsión de los protestantes o que se les impidiese viajar a cualquiera de estos lugares (o atravesar las fronteras sajona o polaca) para adorar su fe. Con todo, estas restricciones no impidieron la reintroducción del catolicismo en áreas no explícitamente protegidas por el tratado. Tan pronto como los suecos retiraron sus fuerzas del ducado, las Comisiones de Reforma hicieron su aparición. En 1654, ya había más de seiscientas cincuenta iglesias clausuradas o convertidas al culto católico, quinientos predicadores habían sido expulsados y a sus feligreses se les había negado todo, desde el bautismo hasta los servicios funerarios. El proceso de conversión avanzó mucho más rápidamente en la Alta Silesia, cuyos protestantes estaban aislados de los lugares de culto alternativos. En 1675, la extinción de los Piast calvinistas envalentonó a Leopoldo, que extendió la catolicización a Liegnitz, Brzeg y Wohlau y expulsó sin más a los predicadores o, más a menudo, impidió que las congregaciones protestantes remplazaran a sus predicadores cuando morían o se retiraban. Durante las siguientes tres décadas, la atrición entre el clero protestante le permitió cerrar más de cien iglesias en los antiguos principados de Piast. En 1700 había en todo el ducado apenas doscientos veinte lugares de culto protestantes, frente a los mil quinientos que habían existido un siglo antes. Mientras tanto, los protestantes tenían frente a ellos a no menos de treinta órdenes religiosas católicas y al gobernador de Silesia (puesto que invariablemente ocupaba el obispo de Breslavia).

Tanto Fernando III como Leopoldo I encontraron cierta resistencia popular limitada a sus políticas fiscales y religiosas en los territorios

austriacos y bohemios. En Silesia, los llamados «predicadores de los arbustos» (*Buschprediger*), que operaban desde escondites en zonas montañosas y boscosas, continuaron ejerciendo su ministerio para los fieles protestantes, especialmente para la mayoría de los habitantes de la Baja Silesia que se resistieron a la conversión. También hubo comunidades protestantes clandestinas que sobrevivieron en otros lugares, especialmente en los valles alpinos de Carintia y Baja Austria. Se produjeron igualmente ocasionales levantamientos campesinos contra la Contribución, que no paró de crecer, particularmente durante la segunda mitad del reinado de Leopoldo. Con todo, hay que decir que ningún gobernante se encontró con una oposición excesiva a sus exigencias confesionales o fiscales entre las élites nobles o urbanas.

Este grado de aceptación fue especialmente evidente entre la nobleza católica bohemia y morava recientemente purgada, aunque ahora firmemente leal. Su rehabilitación ya había comenzado bajo los reinados de Fernando II y Fernando III, quienes supieron recompensar su lealtad restaurando algunas prerrogativas por lo demás menores a los territorios bohemios y moravos, incluido el derecho a gestionar sus problemas domésticos sin la supervisión de la corona. A mediados de siglo, la asimilación de la nobleza había progresado más allá de la política y la religión. La recién instalada nobleza extranjera, como la mayoría de los nobles checos nativos, adoptó el alemán como idioma principal. La celeridad con que asimilaban los gustos cosmopolitas también los incitó a aprender otros idiomas, como el italiano y el francés, y a patrocinar a artistas, arquitectos y músicos de Europa occidental. Aunque ni la nobleza ni el gobierno habían visto nunca el uso del idioma checo como un símbolo de deslealtad, este proceso de aculturación simbolizó aún más la aceptación de la nobleza de su integración con los *Erblande* .

La destrucción de su tierra natal indujo a muchos aristócratas bohemios y moravos a mantener sus hogares en Viena, donde cada vez fueron más bienvenidos como principales actores en el gobierno central. Desde su nueva residencia vienesa, el canciller bohemio se unió a su homólogo austriaco como asesor sobre política exterior e interior. En ocasiones, los aristócratas nativos de Bohemia llegaron a superar en número a sus colegas austriacos en los consejos de Estado, una mejora que vino a suplir la menor presencia e influencia de los alemanes de fuera de los dominios de los

Habsburgo. Puede que el indicador más elocuente de la asimilación de Bohemia en la monarquía fuese cómo cambió el significado de la palabra *Erblande* . A finales de siglo, Leopoldo y sus consejeros la usaron para describir no solo a los territorios austriacos, sino también a los bohemios (lo mismo haremos nosotros). Por supuesto, era técnicamente exacto referirse a la Gran Bohemia como un dominio hereditario después de la eliminación de la corona electiva que introdujo la *Verneuerte Landesordnung* en 1627. Este cambio en la nomenclatura fue algo más que una alteración semántica; representó la continua evolución experimentada por la dinastía, que había pasado a valorar a sus súbditos bohemios y a confiar en ellos, especialmente en el caso de su aristocracia dirigente.

La Gran Guerra Turca y la reconquista de Hungría

En Hungría ocurrió algo distinto, naturalmente. Mientras que los territorios de Austria y Bohemia habían sufrido fuertes aumentos de impuestos sin que esta despertase más que algunas quejas mínimas, los territorios húngaros habían resistido con firmeza intentos similares. Su oposición estaba en parte justificada por la población más pequeña del reino y su relativa pobreza; en cualquier caso, en Viena se interpretaba su resistencia como una muestra de holgazanería. Además, la orgullosa conservación de la nobleza magiar de su lengua materna, sus costumbres y su vestimenta justificaban a primera vista la tendencia de Leopoldo a tratarlos como parias en la corte, en la que por lo general se les negaba el acceso a los puestos clave más allá de la cancillería húngara. Aunque la Dieta del reino aceptaba periódicamente el estacionamiento de tropas de los territorios austriacos y bohemios para la defensa contra los turcos, los delegados solían protestar contra la presencia de estas tropas «extranjeras» en suelo húngaro. Sin embargo, fue el hecho de que la nobleza y las masas conservasen su protestantismo lo que más minó la confianza de Leopoldo en su lealtad. El gobierno central hizo al principio poco por desafiar la libertad religiosa protestante en el decenio que siguió a la Paz de Westfalia. De acuerdo con el Tratado de Linz, Fernando III había restaurado de inmediato noventa de las iglesias protestantes que habían sido incautadas por magnates católicos. De igual modo, Leopoldo confirmó reiteradamente las libertades religiosas del reino ante su Dieta, incluso frente a los delegados protestantes que denunciaban que los magnates católicos seguían

expulsando a los pastores de sus propiedades y obligando a los campesinos a asistir a misa.

La conquista otomana de Transilvania

Dada la obstinada resistencia magiar al emergente *Gesamtstaat* de los Habsburgo, Leopoldo comenzó su reinado con la intención de seguir haciendo énfasis, como sus predecesores, en los dominios occidentales de la monarquía y las amenazas extranjeras relacionadas con ese flanco. En esto se benefició de la decisión de Fernando III en 1649 de renovar la tregua austro-turca que se había establecido en Zsitvatorok veinte años más. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que movimientos que estaban más allá del control de Leopoldo lo obligasen a reevaluar y, finalmente, a revertir estas prioridades. El acontecimiento crucial fue la decisión del sultán Mehmed IV (1648–87) en septiembre de 1656 de nombrar a Mehmed Kiuprili para el puesto de gran visir. Aunque el nuevo primer ministro sirvió apenas cinco años antes de su muerte en 1661, utilizó ese tiempo para llevar a cabo una reforma exhaustiva del ejército y las finanzas del imperio otomano. Fue, en todo caso, solo el primero de una sucesión de enérgicos grandes visires de la familia Kiuprili que siguieron una política expansionista en Europa. Ya en agosto de 1657 había inducido al sultán a reforzar su control sobre Transilvania deponiendo al descarado y ambicioso Jorge II Rákóczi. Después de tres años de enfrentamiento, el príncipe perdió la vida en una batalla en mayo de 1660.

A esas alturas el gobierno de Viena ya había sido arrastrado al enfrentamiento. Por más problemática que Transilvania hubiese resultado ser en el pasado, el establecimiento de un control turco efectivo en la zona representaba una amenaza aún mayor para la seguridad de la monarquía. Así pues, Leopoldo respondió positivamente a la solicitud de los Rákóczi de una intervención militar austriaca, a pesar de la tregua acordada con el sultán. No obstante, le intimidaba al mismo tiempo tanto la perspectiva de una guerra con los turcos que inicialmente hizo poco más que ocupar dos condados de Transilvania que los Rákóczi le habían cedido a cambio de su ayuda. Leopoldo pudo ser de mayor utilidad una vez la Paz de Oliva liberó a las fuerzas austriacas que habían estado luchando contra Suecia. Con todo, incluso entonces los quince mil soldados que envió bajo el mando del mariscal de campo

Montecuccoli en 1661 se limitaron a hacer «maniobras» frente a los turcos con la esperanza de aliviar la presión de los transilvanos. Al final, ni el ejército de Montecuccoli ni varias incursiones en la Hungría turca por parte de magnates croatas y magiares demostraron ser efectivas para frenar la ocupación turca de Transilvania. Aunque la Dieta transilvana se había mostrado desafiante eligiendo a un nuevo príncipe, Janos Kemény, para continuar la lucha tras la muerte de Rákóczi, también este murió a manos de los turcos a comienzos de 1662, y el país fue ocupado.

Al final, la timidez de Leopoldo no pudo evitar las represalias turcas. En abril de 1663, el sultán declaró formalmente la guerra. Poco después, el nuevo gran visir, Fazil Ahmed Kiuprili (1661-1678), dirigió un ejército de sesenta mil soldados contra la Hungría real. En noviembre se había apoderado de la formidable fortaleza de Neuhäusel, el único obstáculo que se interponía entre él y las capitales de los Habsburgo en Pressburg y Viena. Por sí mismo, el ejército de Montecuccoli era demasiado pequeño para impedir que los turcos marchasen hacia el Danubio. Además, Leopoldo no podía contar con la ayuda de la Dieta húngara, que se había disuelto el año anterior, tras las repetidas quejas por la persecución religiosa de los magnates católicos y la reciente afluencia de soldados alemanes enviados para enfrentar la amenaza turca. No obstante, una incursión a la desesperada en la Hungría turca por parte del caudillo croata Miklós Zrinyi consiguió retrasar la masacre hasta el verano de 1664. Para entonces ya llegaba alguna ayuda desde fuera de la monarquía. Aparte de las cuantiosas aportaciones dinerarias del papado y España, la ayuda clave provino de la Dieta imperial, que se convocó en 1663 en respuesta a los llamamientos de Leopoldo. Aunque Mainz y sus aliados franceses bloquearon inicialmente su intento de votar nuevos impuestos, comprometieron al *Rheinbund* a proporcionar una fuerza independiente que finalmente totalizó seis mil efectivos alemanes y franceses. A medida que crecía la amenaza turca, otros Estados alemanes, especialmente Baviera, Brandeburgo-Prusia y Sajonia, comprometieron fuerzas adicionales. Fue con esta variopinta fuerza de tan solo veinticinco mil hombres que Montecuccoli aplastó al ejército turco el doble de grande que intentaba cruzar a Estiria cerca del monasterio en ruinas de San Gotardo el 1 de agosto de 1664 (véase el Mapa 2).

Como mínimo, la victoria en San Gotardo salvó a los *Erblande* de

la invasión. Para muchos húngaros supuso incluso una rara oportunidad de pasar a la ofensiva y liberar a Hungría del dominio turco. Pero Leopoldo y sus asesores veían el asunto con otros ojos. A pesar de su victoria, Montecuccoli seguía siendo ampliamente superado en número de efectivos por su enemigo. Tampoco podía estar seguro de conservar todas las fuerzas bajo su mando. Pronto se hizo evidente que a los príncipes franceses y a muchos de los alemanes que se habían apresurado a defender la frontera sudeste del imperio no les interesaba marchar hacia los Balcanes. También eran muy conscientes de que, a excepción del *Grenzer* aportado por el ejército de la Frontera Militar y algunos magnates, incluso la Hungría real había contribuido poco a la guerra hasta el momento. Y tenían otra razón para tomárselo con calma. Con los Habsburgo españoles asomándose aparentemente al abismo de la extinción, Leopoldo era reacio a involucrarse en una guerra con los turcos, temiendo que Francia aprovechase para hacerse con los dominios españoles tras la desaparición de la dinastía. Fue esta combinación de debilidad militar e interés en la herencia española lo que lo llevó a firmar una ignominiosa capitulación solo diez días después de la mayor victoria que la monarquía había logrado contra los turcos. Reconoció al recientemente instalado títere turco Miguel Apafi I (1663-1690) como príncipe de Transilvania y se comprometió incluso a enviar un «regalo» anual de doscientos mil florines al sultán. A cambio, Leopoldo recibió poco más que una dudosa promesa de una tregua de veinte años con el imperio otomano.

La conspiración de los magnates

Por lo menos, la última guerra turca demostró la fortaleza de la «razón de Estado» de la monarquía. Incluso su antiguo enemigo francés y los príncipes del *Rheinbund* , de mentalidad independiente, acudieron en su ayuda cuando fue amenazado, para luego abandonarlo rápidamente una vez lograron sus objetivos comunes puramente defensivos. A un tiempo, la humillante Paz de Vasvár tuvo importantes consecuencias en el seno de la monarquía. La nobleza húngara y croata llevaban mucho tiempo resentidas por la forma en que los predecesores de Leopoldo habían ignorado su necesidad de una mayor seguridad frente a los turcos. Esto había sido especialmente cierto en el apogeo de la guerra de los Treinta Años, cuando Viena no se interesó sino por sus intereses en Alemania. Se oponían a un tratado de paz que se había concluido

sin su consejo o participación, un tratado que situaba las perspectivas de una herencia española por delante de la liberación del reino del yugo otomano. Los magnates se sentían especialmente engañados, porque una ofensiva en la Hungría turca les habría brindado la oportunidad de enriquecerse, ya fuese a través del saqueo o de la recuperación de propiedades previamente perdidas a manos de los turcos. Unos cuantos magnates húngaros y croatas magiarizados manifestaron su ira conspirando para derrocar el dominio de los Habsburgo.

El pedigrí de los conspiradores ofrecía pocas dudas. Entre los cabecillas estaban el palatino húngaro Ferenc Wesselényi, el presidente del tribunal Ferenc Nádasdy, el gallardo caudillo croata Miklós Zrinyi y su hermano menor Peter, que expresó su descontento con el reciente acuerdo de paz emprendiendo una serie de lucrativas incursiones en la Hungría turca. Otros conspiradores fueron Ferenc Rákóczi, hijo del difunto príncipe de Transilvania, y al arzobispo-primado de Hungría György Lippay, cuyas propiedades cerca de Neuhäusel le habían sido expropiadas por el acuerdo de Vasvár. Sin embargo, la posición y la influencia de los conspiradores no pudieron compensar su mala suerte, agravada por su propia incompetencia e indecisión. La muerte pronto se llevó a Wesselényi, Lippay y Miklós Zrinyi, este último de manera dramática después de una pelea a muerte con un jabalí herido. Aunque Peter sucedió a su hermano como caudillo croata y su cuñado Ferenc Frangepáni pronto se unió a sus filas, ninguno de los conspiradores demostró ser particularmente apto para las intrigas. Como católicos romanos, no pudieron explotar completamente el descontento protestante subyacente que existía dentro de Hungría. Mientras tanto, los conspiradores croatas contaban ingenuamente con ganarse a las tropas de la Frontera Militar, a pesar de los intentos persistentes de Croacia de privar a los *Grenzer* de su autonomía política y su libertad personal. También estaban fuera de lugar sus esperanzas de recibir ayuda de potencias extranjeras. Aunque el embajador francés Gremonville aportase algo de dinero y aliento, Luis XIV apenas estaba preparado para lidiar con una Fronda húngara. Los conspiradores recibieron aún menos apoyo de Venecia, Polonia, Suecia y el propio sultán, que rechazó su oferta de vasallaje turco, aunque solo fuese porque estaba demasiado ocupado con sus recientes invasiones en territorios venecianos y polacos como para considerar romper su tregua con Leopoldo. De

hecho, en poco tiempo tanto Gremonville como el intérprete principal del sultán filtraron las intenciones de los magnates a los agentes del emperador.

Los propios conspiradores eran apenas más resueltos o dignos de confianza que sus contactos extranjeros. Algunos de ellos estaban decididos a deponer a Leopoldo e incluso hicieron planes para secuestrarlo en noviembre de 1667 cuando viajó desde Viena para encontrarse con su novia española. Pero décadas de generoso patrocinio hicieron que otros dudasen sobre la conveniencia del fin del gobierno de los Habsburgo. Fueron estas dudas, teñidas tal vez por la contrición, las que llevaron a Wesselényi, Nádasdy y Peter Zrinyi a filtrar detalles de la conspiración a Leopoldo en un momento u otro, cosa que también hicieron la viuda de Wesselényi y varios magnates leales que estaban al tanto de la trama. Si Leopoldo decidió no tomar medidas inmediatas fue porque la aparente falta de determinación y competencia de los conspiradores, y el hecho de que él mismo ignorase sus planes más radicales, lo convencieron de que había poco que temer. Los conspiradores dieron finalmente un paso más a principios de 1670 apelando tardíamente a la mayoría protestante de la Alta Hungría y haciendo circular panfletos en los que solicitaban un gobierno turco. Los ataques mal coordinados que siguieron fueron fácilmente repelidos por las fuertes guarniciones que Leopoldo había trasladado recientemente al reino. Además, si bien los conspiradores húngaros atrajeron un pequeño número de seguidores entre los protestantes de la Alta Hungría, los croatas magiarizados Zrinyi y Frangepáni no recibieron apoyo en Croacia, donde seguía habiendo fuertes sentimientos contra el dominio húngaro, la herejía y las perspectivas de un dominio otomano. Tampoco tuvieron éxito en la Frontera Militar, donde los soldados colonos ortodoxos se unieron al emperador y depusieron a su propio obispo cuando intentó incitarlos para que se uniesen a la revuelta.

Después de una vana petición de ayuda al bajá turco de Buda, Zrinyi y Frangepáni se rindieron, y en breve les siguió Rákóczi. Leopoldo y sus asesores tenían inicialmente la intención de conceder la petición de clemencia de los conspiradores, aunque solo fuese para conservar la lealtad del reino. Pero los documentos capturados expusieron finalmente la seriedad de la trama (incluido un plan para asesinar a Leopoldo) y también destaparon el doble juego de los conspiradores al hablar de su participación en la trama

con terceros. En última instancia, un tribunal especial compuesto exclusivamente por no húngaros condenó a muerte a Zrinyi, Frangepáni y Nádasdy, mientras que Ferenc Rákóczi asumió una multa de cuatrocientos mil florines. La pena de muerte para los tres hombres fue confirmada por el Consejo Privado; fueron ejecutados el 30 de abril de 1671.

Absolutismo confesional en Hungría, 1671-1681

Las ejecuciones marcaron el final para Nádasdy, Zrinyi y Frangepáni, pero fue solo el comienzo de una represión en Hungría de mucho más alcance. Dirigidos por el canciller húngaro Tamás Pálffy y el nuevo arzobispo primado György Szelepcsényi, los magnates leales estaban ansiosos por demostrar su compromiso con la dinastía castigando a los elementos traidores —y especialmente a los protestantes— del reino. Pálffy encabezó una amplia investigación realizada por un tribunal húngaro que finalmente condujo al arresto e interrogatorio de dos mil nobles y a la confiscación de trescientas haciendas por valor de tres millones de florines. El resto de los asesores de Leopoldo quería ir mucho más lejos. Muchos compartían la opinión de Montecuccoli de que los húngaros eran poco más que una «nación de rebeldes, ladrones y hombres revoltosos». Nadie los despreciaba más que el canciller austriaco Johann Paul Hocher y el poderoso gran príncipe chambelán Wenzel Lobkovic, que hablaba por el resto de la aristocracia bohemia recién integrada cuando proclamó su deseo de «poner a los húngaros unos pantalones checos». No es que la influyente facción alemana de la corte, todavía silente, se desentendiese del asunto. Dirigida por el marqués Hermann de Baden y el vicecanciller imperial Leopold Wilhelm von Königsegg, instó a que Hungría se pusiese bajo ocupación militar y a que se germanizase, al igual que Bohemia lo había hecho medio siglo antes. El propio Leopoldo dudó en tomar medidas que violasen su juramento electoral o se apartasen del espíritu de cooperación que había caracterizado a sus predecesores respecto a los órdenes privilegiados de la monarquía. Sin embargo, cuando se combinó con la defensa generalizada del protestantismo en el país, la conspiración de los magnates sacudió tanto su fe en la lealtad de sus súbditos húngaros que intentó entonces dar una vuelta de tuerca al absolutismo en la región.

Los historiadores húngaros se refieren a la década que siguió a la

supresión de la conspiración de los magnates como los «Diez Años Oscuros». A partir de 1671, el emperador esencialmente ignoró las libertades constitucionales del reino. Dejó vacante el puesto de gobierno palatino y tampoco designó a un nuevo caudillo croata tras la ejecución de Zrinyi. Evitó convocar a la Dieta, que no se había reunido desde que los delegados se marcharon en 1662. También barajaría Leopoldo, aunque sin llegar a implantarla, la solicitud de sus ministros de que aplicase medidas más drásticas, incluida la eliminación formal de la corona electiva del reino, junto con su Dieta, su tesorería independiente, la judicatura y las asambleas de condado. Sin embargo, pasó a someter a la Hungría real a una ocupación militar a gran escala y quintuplicó la Contribución para sufragarla. Aunque su cobro permaneció en manos de las asambleas del condado dominadas por los nobles, la presencia de tropas garantizó el pleno cumplimiento, como antes no había sucedido. Además, en un notable alejamiento del pasado, a los nobles históricamente libres de impuestos del reino se les ordenó compartir la mitad de la carga fiscal con sus campesinos.

Tampoco dejó pasar Leopoldo la ocasión de actuar contra los protestantes del reino. A pesar de que habían desempeñado un papel mínimo en lo que era esencialmente una conspiración de los magnates católicos, Leopoldo decidió creer las falsas afirmaciones de que habían incitado activamente a la conspiración hasta el punto de buscar la intervención otomana. Había muchos ministros y maestros protestantes entre los cientos de sospechosos que fueron torturados, ejecutados o enviados a una lenta muerte en las galeras napolitanas de España. Mientras tanto, el arzobispo Szelepcsényi aprovechó la tesitura para lanzar una campaña de persecución religiosa que incluyó el cierre de escuelas e iglesias protestantes y la expulsión de sus ministros.

No pasó mucho tiempo antes de que las acciones de Leopoldo obtuvieran una respuesta violenta. Los disturbios estallaron en varias ciudades luteranas, como ocurrió en Pressburg, donde las iglesias habían sido cerradas y los magistrados alemanes remplazados por magiares católicos. Más siniestra fue la reaparición de miles de nobles y protestantes húngaros que habían buscado refugio en el tribunal de Pálffy en la vecina Transilvania y la Hungría turca. A su regreso, se les unieron miles de soldados húngaros desempleados a quienes Leopoldo había remplazado por tropas alemanas y otras tropas «extranjeras». En septiembre de

1672, estos «cruzados», o *kuruc* , habían comenzado a realizar incursiones guerrilleras contra las aisladas guarniciones del ejército que Leopoldo había estacionado en la Hungría real.

El gobierno hizo una concesión inmediata al descontento popular al reducir el nivel de impuestos de los campesinos en un treinta por ciento. Por lo demás, su principal respuesta fue cerrar aún más el cerco sobre el reino. En febrero de 1673, Leopoldo nombró Gran Maestre de la Orden Teutónica a alguien de etnia alemana nacido en Hungría llamado Johann Kaspar von Ampringen, para que gobernase el reino como jefe de un nuevo *Gubernium* que recibiría órdenes directamente de Viena. Ampringen demostró ser un gobernador concienzudo, y se dedicó con ahínco a minimizar las dificultades causadas por las políticas de Leopoldo. En cualquier caso, su administración fue en gran medida ignorada por las asambleas del condado y las guarniciones militares, que continuaron comunicándose directamente con la cancillería y el tesoro húngaros. Por otro lado, el *Gubernium* representaba una violación más de la constitución y la autonomía del reino, al igual que la decisión de Leopoldo de colocar el tesoro húngaro bajo el control directo de la *Hofkammer* . Leopoldo también aceleró el ritmo de la persecución religiosa. Respaldado por las tropas, el clero católico cerró unas ochocientas iglesias protestantes y forzó hasta sesenta mil conversiones. Al clero protestante que se negó a convertirse se le dio la opción de exiliarse o morir. Mientras que más de doscientos aceptaron irse y cientos más se convirtieron, otros noventa y tres fueron condenados a muerte. Aunque Leopoldo conmutó rápidamente sus sentencias, envió a cuarenta de ellos a remar como esclavos de galera en la flota napolitana de España.

Incluso los leales magnates *labanc* húngaros quedaron horrorizados al ver cómo Leopoldo había violado la constitución. A ellos también les molestaba la presencia de tropas «extranjeras», recaudadores de impuestos y funcionarios, especialmente cuando a ellos mismos se les negaba ejercer su patrocinio más allá de los confines de la administración estatal húngara, cada vez más impotente. Junto con Ampringen, protestaron porque la persecución religiosa y los excesos cometidos por los militares estaban perturbando cada vez más al país. Instaron a Leopoldo a restaurar la constitución, nombrar un nuevo palatino y remplazar a los oficiales y soldados alemanes por húngaros nativos. Su preocupación se vio refrendada por la creciente intensidad de las

incursiones *kuruc* , que continuaron produciéndose cada verano después de 1672. Con hasta quince mil combatientes, los asaltantes *kuruc* cometieron horribles atrocidades que dieron lugar a contramedidas austriacas igualmente inhumanas. Sin embargo, a pesar de las tensiones y de la ferocidad mostrada por las fuerzas *kuruc* , no podían esperar acabar con el gobierno de los Habsburgo sin ayuda extranjera. Y Transilvania había sido neutralizada al menos temporalmente por la conquista otomana. Mientras Leopoldo permaneciese en paz con el señor turco del principado y tuviese a los franceses y suecos ocupados en el flanco oeste, podía permitirse el lujo de ignorar las voces de moderación y seguir adelante con sus planes de integrar a Hungría en la monarquía por la fuerza.

Este frente a oeste: la reemergencia de las amenazas francesa y turca

No obstante, a pesar de que Leopoldo incrementase su control sobre el reino, su ventana de oportunidad se estaba cerrando a toda velocidad. Al oeste, la monarquía se enfrentaba a la perspectiva emergente de la hegemonía francesa. La amenaza francesa se veía exacerbada por el reciente fracaso de los Habsburgo para resolver su propia crisis de sucesión. El colapso militar y la inminente extinción de los Habsburgo españoles convirtieron repentinamente a Leopoldo y la monarquía austriaca en el socio dominante de la dinastía. Las dos ramas habían renovado su alianza dinástica centenaria en 1666, con el matrimonio por poderes de Leopoldo y la hermana de Carlos II, Margarita Teresa. Sin embargo, los objetivos de Leopoldo diferían de los de los antiguos Habsburgo austriacos. En lugar de buscar la seguridad que anteriormente le proporcionaron los recursos financieros y militares de España, ahora trataba simplemente de fortalecer sus opciones a la sucesión española cuando Carlos muriese. Al mismo tiempo, Leopoldo necesitaba desesperadamente engendrar un heredero propio. Aunque Margarita Teresa rápidamente dio a luz a dos niños y dos niñas, solo una mujer, María Antonia, sobrevivió a la muerte de la emperatriz en 1673. Dos hijas de la segunda esposa de Leopoldo, la archiduquesa tirolesa Claudia Felicitas, también murieron, seguidas poco después por su madre en 1676.

Mientras tanto, Luis XIV estaba en disposición de presentar una reclamación al trono más potente, respaldada por el nacimiento de un hijo sano, Luis, en 1661; mejor aún, el Rey Sol tenía la capacidad de ejercer la presión necesaria para que se atendiese a

sus pretensiones. En 1668 había presentado buena parte de sus credenciales tomando varias ciudades belgas en la llamada guerra de Devolución (1667–1668). Dada su propia posición de debilidad, Leopoldo decidió cooperar con Francia y en secreto acordó una partición de la herencia española en el mismo año [2] . El emperador también miró hacia otro lado cuando Luis ocupó Lorena en 1670, lo cual aislaba aún más los Países Bajos españoles, porque no planteaba ninguna amenaza directa contra la propia Alemania o la monarquía. La política de apaciguamiento de Viena continuó en noviembre de 1671, cuando el príncipe Lobkovic negoció un tratado de neutralidad con Luis justo antes de su invasión planificada de la República Holandesa. Cuando Luis lanzó su ataque cinco meses después, Lobkovic no solo mantuvo inicialmente la neutralidad austriaca y alemana, sino que en realidad asistió a Francia en el terreno diplomático.

La postura de Lobkovic al comienzo de la guerra holandesa (1672-1679) desmentía su sesgo «oriental» en favor de reducir Hungría a costa de ignorar la agresión francesa en el frente occidental. Sí tuvo que afrontar, no obstante, una oposición significativa por parte de una creciente facción de «occidentales» liderada por el experimentado diplomático austriaco Franz Lisola y apoyada por España y varios enviados alemanes e italianos. En junio de 1672, el dramático avance de los ejércitos franceses indujo a Lobkovic a concluir una alianza defensiva con Brandeburgo-Prusia para proteger la frontera de Alemania y a enviar a Montecuccoli al Rin con una pequeña fuerza de observación. Aunque los subsidios holandeses y españoles ayudaron a aumentar el tamaño de la fuerza de Montecuccoli, la mayoría de las tropas provenían de varios Estados alemanes, en lugar de la propia monarquía. Cuando Leopoldo finalmente declaró la guerra a Luis XIV en mayo de 1674, ordenó a Montecuccoli que usase sus fuerzas solo para distraer, sin atacar, a los franceses. Incluso esta estratagema resultó fracasada, porque Lobkovic aseguró en secreto a los franceses que la presencia de Montecuccoli en el Rin no era más que un farol.

Leopoldo expulsó inmediatamente a Lobkovic de la corte tras descubrir su doble juego en octubre de 1674. Sin embargo, todavía no estaba preparado para asumir una estrategia «occidental», no solo porque tendría que sacrificar sus políticas húngaras, sino también porque la amenaza que Luis XIV planteaba a la seguridad de Europa todavía no era lo suficientemente evidente como para

inspirar la creación de una amplia coalición europea. De hecho, los subsidios franceses habían convertido a Inglaterra y Suecia en aliados, y habían asegurado la neutralidad benevolente de varios Estados alemanes, incluidos Baviera, Sajonia y el Palatinado. El propio fracaso de Leopoldo a la hora de proporcionar un heredero varón debilitaba su capacidad de construir una coalición, ya que la extinción de los Habsburgo austriacos y españoles eliminaría el único obstáculo para las ambiciones dinásticas de Luis.

Dada la improbabilidad de derrotar a Luis, la raquítica coalición antifrancesa pronto se vino abajo. Las Provincias Unidas iniciaron negociaciones separadas en la ciudad holandesa de Nimega en enero de 1676. En el verano de 1678, franceses y españoles cerraban un tratado que cedía el Franco Condado y territorio belga adicional a Francia. En el siguiente mes de febrero, Leopoldo también llegó a un acuerdo que incluía la pérdida de la estratégica ciudad de Friburgo, en Austria Exterior, así como su aquiescencia en la continua ocupación francesa de Lorena. La capitulación de Leopoldo enfureció al elector Federico Guillermo de Brandeburgo, quien se vio entonces obligado a devolver la mayor parte de sus conquistas en la Pomerania sueca. Como venganza, se convirtió en cliente de los franceses y se unió a Baviera en su acuerdo de votar por Luis XIV en las próximas elecciones imperiales. De hecho, aunque Leopoldo acababa de tener un hijo con su nueva esposa, Leonor, los príncipes alemanes tenían motivos para subirse al carro del liderazgo francés si Leopoldo moría sin dejar un heredero varón adulto elegible.

Las ganancias de Luis en Nimega no saciaron su apetito de conquista. En un año había creado los notorios Tribunales de Reunión. Estos tribunales revivieron antiguas reclamaciones territoriales —o las inventaron— como pretexto para apoderarse de varios principados imperiales a lo largo de la frontera francoalemana. Con todo, Leopoldo no tuvo más remedio que capitular en Nimega y aceptar las posteriores anexiones del territorio alemán. La deserción de sus aliados no solo lo había persuadido de que no había perspectivas de detener a Francia en el oeste, sino que los acontecimientos en el este estaban empujando a la monarquía hacia una segunda crisis que suponía una amenaza mucho más grave para su seguridad. En 1678, la revuelta *kuruc* había crecido bajo el liderazgo de Emérico Thököly, el hijo de veintiún años de un noble calvinista cuyas propiedades habían sido

confiscadas después de la conspiración de los magnates. Desde su exilio en Transilvania, Thököly comandaba entonces entre veinte y treinta mil combatientes, incluidos muchos católicos disgustados por la suspensión del gobierno constitucional. Tampoco es que luchase solo. El nuevo gran visir Kara Mustafá (1676-1683) había reanudado las incursiones turcas en la Hungría real tras la victoriosa conclusión de las guerras con Polonia y Venecia. Con su bendición, Miguel I Apafi había concluido con Francia un acuerdo de pagos que permitía a Transilvania ayudar en las operaciones húngaras de su compañero calvinista Thököly. Leopoldo intentó aislar a Thököly enviando cuatro embajadas sucesivas a Constantinopla durante 1678 y 1679 para extender la tregua de veinte años concluida en Vasvár. Pero los cuatro embajadores murieron antes de poder completar su misión, una coincidencia que muchos de los asesores del sultán interpretaron como un presagio divino contra la renovación del tratado. Aunque el imperio otomano había comenzado recientemente una nueva guerra con Rusia, Leopoldo temía con razón que la monarquía fuese la próxima en entrar en combate.

En el punto de mira, Viena se enfrentaba a la posibilidad de tener que elegir entre luchar contra Francia en el oeste o contra los turcos y sus clientes de Transilvania en el este. Cualquiera que fuese la elección, ambas facciones en la corte estaban de acuerdo en que la paz en Hungría era crucial. Su consejo recibió el decidido apoyo de los aliados de la monarquía, especialmente los holandeses, cuya oposición a cualquier tipo de persecución protestante se convirtió en un nuevo factor disuasivo respecto a los intentos de Leopoldo de instaurar un absolutismo confesional. Incluso el papado comenzó pronto a instar a la moderación, temiendo que la rebelión húngara abriese el camino para una invasión turca. Ya en febrero de 1676, Leopoldo respondió al comienzo de las conversaciones franco-holandesas en Nimega liberando a todos los clérigos protestantes encarcelados. Al mismo tiempo, se presionó a España para que liberase a los cuarenta predicadores restantes de sus galeras napolitanas, aunque hizo falta un empujón final por parte de las fuerzas navales holandesas. Durante los tres años siguientes, Leopoldo hizo dos intentos fallidos de llegar a un acuerdo convocando a la mesa superior de la Dieta húngara y luego abriendo negociaciones directas con Thököly, cuyas fuerzas ya habían tomado numerosas ciudades en la Alta Hungría.

Fue la amenaza combinada planteada por Thököly, los franceses y los turcos lo que finalmente persuadió a Leopoldo para restaurar las libertades constitucionales del reino. En 1680, designó a un nuevo caudillo croata con poderes judiciales y ejecutivos ampliados. Al año siguiente convocó a la Dieta húngara al completo por primera vez en casi veinte años en Sopron. Al reunirse con los delegados en persona, Leopoldo abolió el *Gubernium* y permitió que la Dieta eligiera el primer palatino del reino desde la muerte de Wesselényi catorce años antes. Hizo varias concesiones fiscales, incluida la eliminación de los miembros no húngaros del tesoro real y la restauración de su independencia de la *Hofkammer* . También confirmó los derechos religiosos protestantes establecidos setenta y cinco años antes mediante el tratado de Viena. El clero protestante y los maestros debían ser restituidos, junto con todas las iglesias que aún no habían sido reconsagradas para uso católico. Para remplazar las que ya lo habían sido, permitió que los protestantes construyeran hasta dos nuevas iglesias en cualquier condado en el que ya no tuviesen un lugar de culto.

A cambio de estas concesiones, la Dieta húngara se unió a su homóloga croata para restaurar la leva feudal del reino, o *insurrectio* , para organizar la defensa contra los turcos. Sin embargo, las concesiones de Leopoldo a la Dieta en Sopron resultaron insuficientes para apaciguar a Thököly y sus partidarios. No se fiaban de la sinceridad de Leopoldo y dudaban de su disposición a cumplir sus promesas una vez que las amenazas extranjeras hubiesen desaparecido. Tampoco es que las concesiones religiosas del gobierno fuesen demasiado lejos, principalmente debido a la oposición de la mayoría católica entre los magnates del reino. Aunque el acuerdo confirmó la libertad religiosa de los nobles y los burgueses, los magnates se negaron a extenderla a sus campesinos, a pesar de lo dispuesto en 1645 en el Tratado de Linz. De hecho, utilizaron al final su control de gran parte del campo para bloquear la restauración de todas menos 50 de las 888 iglesias protestantes confiscadas en el último decenio. También apoyaron la negativa de Leopoldo a devolver las propiedades que el tribunal de Pálffy había confiscado a los nobles protestantes, especialmente porque habían adquirido muchas de ellas a la propia corona. Se trataba de un punto de desencuentro importante para el propio Thököly, que trató de recuperar las tierras de su familia, y crear un principado soberano para él en el noreste de Hungría.

La intransigencia de Thököly se vio reforzada por Kara Mustafá, quien había concluido la paz con Rusia en febrero y estaba entonces colaborando abiertamente con las fuerzas *kuruc* y transilvanas. Con todo, Leopoldo todavía esperaba poder apaciguar de alguna manera a Thököly y a los turcos. Desde la caída de Lobkovic ocho años antes, había preferido centrarse en la creciente amenaza francesa en Alemania. Compartía la opinión de los «occidentalistas» como Hermann de Baden, quienes argumentaban que los territorios perdidos a manos de los turcos siempre podrían recuperarse en una guerra futura, mientras que los territorios que Francia adquiriese se perderían para siempre. Además, la toma por parte de Francia de la gran ciudad imperial de Estrasburgo en octubre de 1681 había despertado finalmente a buena parte del imperio y Europa occidental frente a la amenaza francesa. En cuestión de meses, varios príncipes alemanes, las Provincias Unidas, España e incluso Suecia habían formado la llamada Liga de Augsburgo para impedir que los franceses realizasen más *Réunions* . Aunque no le resultó fácil abrazar una alianza en gran parte protestante —especialmente por la presencia de los holandeses, que lo habían abandonado en Nimega—, la coalición antifrancesa prometió la victoria en occidente. Fue esta perspectiva la que llevó a Leopoldo a concluir una tregua con Thököly. El emperador le permitió incluso casarse con Elena Zrinyi, la hija de Peter Zrinyi y la reciente viuda de Francisco I Rákóczi, cuyas ingentes propiedades compensarían ampliamente a Thököly por las tierras que su propia familia había perdido. No obstante, la luna de miel fue más bien corta. Thököly esperó exactamente nueve días después de la boda en junio antes de renunciar a la tregua y unir fuerzas con Apafi y el bajá turco de Buda. Para octubre, sus ejércitos combinados habían tomado el control de la mayor parte de la Alta Hungría y comenzaban a atacar a las vecinas Moravia y Silesia. Hubo que esperar a agosto para que Leopoldo ordenase a su enviado en Constantinopla intensificar sus esfuerzos para extender la tregua de la monarquía con los turcos. A esas alturas, sin embargo, el sultán ya había ungido a Thököly como gobernante del recién creado Principado de la Alta Hungría. Además, el gran visir Kara Mustafá ya había abandonado Constantinopla para unirse al principal ejército otomano. Su objetivo era hacerse con la mismísima Viena. Quisiese o no, la monarquía tendría que luchar en el este.

El sitio de Viena y la Liga Santa

Kara Mustafá y su ejército de cien mil hombres iniciaron su larga marcha a Viena a principios de 1683. En el camino recibió los refuerzos del bajá de Buda y el kan tártaro, aunque no los de Thököly, cuyas fuerzas continuaban combatiendo por la conquista de la Alta Hungría. Con la muerte de Montecuccoli dos años antes, la tarea de defender la monarquía recayó en su exteniente, el igualmente talentoso duque Carlos de Lorena, quien había ingresado al servicio del emperador después de la ocupación francesa de su ducado. Con un ejército de solo treinta y seis mil hombres, junto con doce mil hombres en guarniciones dispersas a lo largo de Hungría y Croacia, el duque de Lorena no tenía ninguna posibilidad de detener la marcha turca por el Danubio. Cuando la noticia de su acercamiento llegó a Viena el 7 de julio, Leopoldo y su familia huyeron a toda prisa a Passau, unos doscientos ochenta kilómetros río arriba. En su huida vieron como les cortaba el paso un gentío de frenéticos vieneses que les rogaban que se quedasen, y más tarde Leopoldo hubo de quitarse de encima maldiciendo a multitud de campesinos, algunos de los cuales culparon a sus políticas húngaras del inminente desastre. Aproximadamente treinta mil vieneses siguieron a Leopoldo hacia el oeste, aunque su lugar fue ocupado por un número aún mayor de personas del campo que buscaban refugio. Mientras tanto, el duque de Lorena posicionó a sus fuerzas superadas en número varias millas al norte, al otro lado del Danubio.

Dejando a un lado las apariencias, la presencia de Leopoldo en Passau le permitió a él y a sus ministros trabajar por la ciudad movilizando una fuerza de ayuda. La amenaza otomana facilitó cuanto menos la búsqueda de aliados, especialmente entre los países vecinos que tenían más que perder en caso de una conquista turca de la monarquía. El rey de Polonia, Juan III Sobieski, ya había concluido una alianza con Leopoldo a finales de marzo, revirtiendo su política exterior profrancesa y su asistencia ocasional a Thököly. Se le unieron entonces los electores Maximiliano II Emanuel de Baviera y Juan Jorge III de Sajonia, cuyos territorios estaban junto al camino seguido por los turcos. Leopoldo también pudo contar con el compromiso de los pequeños principados imperiales de los círculos de Suabia y Franconia, cuya propia independencia dependía en gran medida de la protección del emperador del Sacro Imperio Romano. No menos valiosa fue la asistencia que Leopoldo

recibió del papa Inocencio XI, que había soñado durante mucho tiempo con una cruzada cristiana en los Balcanes. Inocencio había desempeñado un papel decisivo para asegurar el apoyo de Sobieski al entregarle sumas de dinero y garantizar personalmente el acuerdo de alianza. Lo que hizo entonces fue complementar ese compromiso otorgando a Leopoldo y a Maximiliano Emanuel de Baviera la autoridad necesaria para recaudar fondos gravando las propiedades de la iglesia dentro de sus dominios.

Mientras el gobierno de la monarquía en el exilio trabajaba febrilmente para reunir una fuerza de defensa, Viena trataba de resistir desesperadamente. La lucha fue cruenta y apenas hubo un solo respiro. Kara Mustafá intercaló las operaciones de bombardeo y zapa en curso con no menos de dieciocho importantes asaltos a las murallas de la ciudad, esto es, aproximadamente uno cada tres días del asedio, que duró dos meses. En respuesta, la guarnición vienesa hizo salidas para interrumpir las operaciones de asedio. En agosto, el hedor a cuerpos sin enterrar impregnaba el aire a ambos lados de las murallas.

Fueron muchas las atrocidades. La caballería del gran visir y los auxiliares tártaros devastaron amplias regiones en el campo. Para desmoralizar a los defensores de la ciudad, tenían una gran cantidad de campesinos capturados, a los que iban ejecutando frente a los muros de Viena. Desde las murallas de la ciudad, la guarnición respondió con la misma moneda, volando a los soldados turcos capturados y todavía vivos y clavando las cabezas de sus camaradas caídos en picas. Pero el tiempo se acababa. Los turcos casi tomaron la ciudad en un asalto furioso el 4 de septiembre, después de volar la sección del muro más cercano al *Hofburg* . Esa tarde, la guarnición envió señales con fuego para alertar al duque de Lorena de que la caída de la ciudad era inminente. De alguna manera, los defensores consiguieron rechazar los asaltos de los siguientes tres días, a pesar de que solo un tercio de la guarnición original era todavía apta para el combate. Finalmente, el 7 de septiembre, las hogueras encendidas en la colina Kahlenberg al oeste de la ciudad les dijeron a los defensores que su liberación estaba cerca.

El ejército cristiano que atacó a los turcos desde Kahlenberg en la mañana del 12 de septiembre de 1683 era una muestra representativa de muchas de las coaliciones que jugaron un papel clave en la defensa y expansión de la monarquía de los Habsburgo.

Aunque los veinte mil austriacos del duque de Lorena constituían el mayor contingente, eran menos de un tercio de la fuerza total que acudió al rescate. Juan Sobieski trajo dieciocho mil polacos y, en virtud de su rango real, ganó el mando general y la mayor parte del crédito por la victoria aliada. No menos importantes fueron los once mil bávaros y nueve mil sajones, liderados por sus dos electores, junto a una tropa de ocho mil soldados de los círculos de Suabia y Franconia. Esta fuerza, siendo considerable, seguía siendo inferior en número al enemigo. Pero los turcos exhibieron sus debilidades habituales en el combate contra tropas disciplinadas, unas deficiencias que se vieron agravadas tanto por la incapacidad de Kara Mustafá para fortalecer su posición como por una oportuna salida que hizo la guarnición asediada. Al anochecer, los restos de su ejército destrozado se batían en retirada, dejando atrás todos sus suministros y su artillería. En los meses siguientes, los aliados persiguieron al enemigo en la Hungría real, gran parte de la cual ya había sido recuperada a finales de año. El cierre de la campaña de 1683 también marcó el final de Kara Mustafá. Por órdenes de Mehmed IV, fue estrangulado y su cabeza cortada fue enviada a Constantinopla.



Mapa 2: La reconquista de Hungría.

El sultán habría preferido infinitamente Viena como trofeo de guerra antes que la cabeza del gran visir. No obstante, aunque Kara Mustafá hubiese tomado la ciudad, probablemente no habría podido conservarla, dadas las enormes dificultades para mantener un ejército tan lejos de su base de origen y teniendo en cuenta el esfuerzo militar cristiano aún mayor que la caída de la ciudad con toda probabilidad habría provocado. Pero los turcos habrían

aprovechado desde luego al máximo su oportunidad para devastar Viena, y habrían hecho lo propio con buena parte del resto de la monarquía, y podrían haberse quedado con la Hungría de los Habsburgo en un tratado de paz posterior. Además, el colapso de la monarquía habría obligado a la Europa cristiana a acudir al liderazgo de Luis XIV, que esperaba ansiosamente en los flancos de la contienda para ser llamado a la batalla. Con varios de los electores imperiales ya en nómina, habría gozado incluso de una excelente oportunidad para ser elegido el heredero de Leopoldo al trono de Carlomagno.

La victoria de Kahlenberg no fue menos decisiva en cuanto a la orientación de Leopoldo y sus ministros hacia el este. El día después de la batalla, el elector Juan Jorge regresó a casa con el contingente sajón, aunque no sin antes dar un discurso a Leopoldo sobre los males de sus políticas religiosas. En cualquier caso, los otros príncipes alemanes que habían contribuido al alivio de la ciudad le expresaron su disposición a continuar la lucha. Aunque regresó finalmente con su ejército a Polonia, Juan Sobieski estaba ansioso por abrir un segundo frente para revertir la reciente conquista otomana de la provincia polaca de Podolia. Del mismo modo, Venecia estaba preparada para vengar su pérdida de Creta atacando a los turcos en el Mediterráneo oriental. En marzo de 1684, Inocencio XI ayudó a unir a los polacos y los venecianos al emperador en una Liga Santa que él consolidó con firmeza otorgándole un considerable apoyo financiero. Durante el siguiente decenio, gravó la riqueza de la Iglesia en toda Europa para financiar la que podría llamarse justamente la última gran cruzada. Solo en la monarquía, el clero contribuyó aportando un tercio de sus ingresos. Inocencio también ordenó entregar un tercio de todas las propiedades que había adquirido en los últimos sesenta años y, posteriormente, autorizó la transferencia de las grandes propiedades del arzobispo Szelepcsényi y el obispo Sinelli tras su muerte en 1685. Por generosas que fuesen estas iniciativas, Inocencio se limitaba a devolver a la dinastía el patrocinio y el apoyo crucial que esta le había brindado a la Iglesia desde principios de siglo.

A cambio, el papa presionó fuertemente para que se firmase la paz con Francia en el frente occidental. Ciertamente, Luis XIV había suspendido la anexión de territorios alemanes durante el asedio, aunque solo fuera porque no deseaba arruinar sus posibilidades de asumir el liderazgo de la Europa cristiana una vez que Viena y la

monarquía hubiesen sido invadidas. Desvanecidas sus esperanzas, reanudó las *Réunions* , tomando gran parte de Luxemburgo a fines de 1683 y el arzobispado-electorado de Trier al año siguiente. Para detener la agresión francesa, Leopoldo aceptó a regañadientes verse con Luis en Ratisbona en agosto de 1684. Aunque se negó a reconocer la cesión permanente de otros territorios imperiales, reconoció la adquisición francesa de Luxemburgo y el derecho de Luis a administrar todos los territorios incautados antes de agosto de 1681, incluido Estrasburgo, a cambio de que devolviese sus adquisiciones más recientes y de una tregua de veinte años.

La decisión de Leopoldo demostró ser tan inteligente como dolorosa y necesaria. Liberados de la necesidad de defenderse de Francia al oeste, la monarquía y sus aliados podrían dedicarse por completo a la guerra en los Balcanes. Los dominios de los Habsburgo estaban inusualmente bien dispuestos. Ya en 1684, los húngaros se encontraron con ocho mil hombres bajo su nuevo palatino, Pál Esterházy. Solo en 1686, Leopoldo consiguió tres millones y medio de los *Erblande* austriacos y bohemios, junto con otros dos millones de los territorios húngaros. Tampoco es que quisiese tener aliados. En 1685 había cerca de cuarenta mil soldados alemanes luchando en Hungría, incluidos ocho mil bávaros y cuatro mil quinientos suabos, así como nuevos contingentes provenientes de Brunswick-Lüneburg (once mil), el Círculo Renano (ocho mil), e incluso el arzobispado-electorado profrancés de Colonia (seis mil). Al año siguiente, la Dieta imperial votó aportar 2,75 millones de florines adicionales (dos tercios de los cuales llegaron realmente a recaudarse). No menos significativo fue el regreso de cinco mil sajones y el envío por parte de Federico Guillermo de ocho mil hombres de Brandeburgo-Prusia. El apoyo del Gran Elector no fue fácil. Todavía le escocía la capitulación de Leopoldo ante los franceses en Nimega y su historial de azote de los protestantes. Tampoco se había olvidado de la toma de los Habsburgo de Jägerndorf en 1621 ni del abandono más reciente de los tres principados de los Piast (Liegnitz, Brzeg y Wohlau), a los que los Hohenzollern también tenían derecho. No obstante, al final las quejas pasadas se vieron ensombrecidas por el comportamiento actual de su aliado francés, especialmente por la intensificación de la persecución de los hugonotes que culminó con la derogación de Luis del Edicto de Nantes (octubre de 1685 [3]). En 1687 no solo habían abrazado la cruzada cristiana los en su día distantes vasallos

protestantes del emperador, sino también la Rusia ortodoxa, que comenzó sus propias operaciones a orillas del mar Negro.

Con la paz en occidente y los aliados de oriente, las fuerzas de Leopoldo lograron una serie de conquistas sin parangón en los anales de las guerras turcas. Varios príncipes alemanes compitieron por el honor de humillar al infiel, especialmente los electores sajones y bávaros, el príncipe Luis Guillermo de Baden (sobrino del nuevo presidente de Hofkriegsrat, Hermann de Baden) y el príncipe Jorge Luis de Brunswick-Lüneburg (el futuro Jorge I de Inglaterra). Sin embargo, la mayoría de los laureles recayeron en Carlos de Lorena. En 1685 había recuperado toda la Alta Hungría, incluida la formidable fortaleza de Neuhäusel, destruyendo una fuerza turca de refresco y matando a su guarnición de tres mil hombres en el proceso. En octubre, prácticamente todas las fuerzas *kuruc* habían abandonado y jurado lealtad a Leopoldo después de que el bajá de Buda capturase a Thököly en un torpe intento de intercambiarlo por la paz. Al año siguiente, la histórica capital de Buda cayó después de un sangriento asedio de dos meses, al igual que la mayoría del sur y el suroeste de Hungría. Durante 1687, otra victoria aplastante cerca del viejo campo de batalla de Mohács permitió a Leopoldo recuperar buena parte de Eslavonia. Al final de la campaña, el duque de Lorena también había entrado en Transilvania y la había obligado a suministrar tropas y financiación. Aunque Apafi y la Dieta transilvana esperaban retirarse a la neutralidad, ya habían acordado en secreto en junio de 1686 aceptar la soberanía de los Habsburgo y unirse a la Liga Santa, a cambio de la promesa de respetar la libertad religiosa y de que Apafi siguiese siendo el príncipe. Una vez que el duque de Lorena fortaleció su control sobre el principado, los obligó a confirmar públicamente su sumisión el 6 de marzo de 1688. Seis meses más tarde, el elector Maximiliano Emanuel capturó Belgrado tras un asedio de solo tres semanas.

La guerra en dos frentes

En solo cinco años, la Liga Santa había ayudado a Leopoldo a borrar un siglo y medio del dominio turco en Hungría. Sin embargo, la serie de conquistas de los Balcanes suponía un dolor de cabeza para Luis XIV. Los aliados esperaban que la Liga de Augsburgo y la tregua de los veinte años que Francia había concluido en Ratisbona disuadirían a los franceses de emprender nuevas agresiones. Pero Luis XIV no estaba dispuesto a permitir la destrucción permanente

del imperio otomano, pues lo consideraba un aliado útil en futuras guerras contra la monarquía. En el verano de 1688 emprendió movimientos para aliviar la presión sobre los turcos, enviando sus fuerzas a Alemania. En agosto, dieciséis mil soldados franceses ocuparon Colonia después de que el papa y el emperador contribuyesen a frustrar la elección aparentemente segura como arzobispo-elector de su coadjutor profrancés, Egon von Fürstenberg. Leopoldo respondió uniéndose a la Liga de Augsburgo a cambio de un compromiso que incluía el reconocimiento holandés de las reclamaciones austriacas a la sucesión española. La noticia de la adhesión de Leopoldo a la Liga llegó a Versalles a mediados de septiembre, junto a la noticia de la caída de Belgrado. Diez días después, las fuerzas francesas entraron en Renania, donde rápidamente se apoderaron de los electorados de Trier, Mainz y el Palatinado, así como de la fortaleza estratégica de Philippsburg. El Rey Sol, que nunca se lo puso fácil a sus enemigos, dio órdenes a sus generales para que destruyeran todo a su paso: «Que no quede piedra sobre piedra».

La monarquía se enfrentaba una vez más a la amenaza de una guerra en dos frentes y con la agonía de tener que elegir entre el este y el oeste. Leopoldo no quería oír a nadie. Los íntimos consejeros del clero, como Marco d 'Aviano, secundaron al nuncio papal y al resto de enviados de la Liga Santa, que querían instar a Leopoldo a que continuase la cruzada en los Balcanes. Incluso Carlos de Lorena se opuso a abrir un segundo frente occidental, a pesar de que el movimiento ofrecía la posibilidad de librar su ducado tras dos decenios de ocupación francesa. Sin embargo, la mayoría de los príncipes alemanes no estaban dispuestos a compartir el destino del duque de Lorena, especialmente ahora que la amenaza turca al imperio había sido virtualmente eliminada. Pronto se unieron al embajador español y a muchos de los ministros de Leopoldo para expresar la necesidad de detener la agresión francesa antes de que fuese demasiado tarde. La decisión del emperador estuvo determinada en gran medida por las oportunidades ofrecidas por esta segunda «Gran Alianza», en buena medida complementaria, que empezaba a fraguarse en occidente.

Con la excepción de Suecia, que permaneció neutral, la Liga de Augsburgo se unió contra Luis XIV. Especialmente crítico fue el liderazgo de Guillermo de Orange, cuyo triunfo en la Revolución Gloriosa lo había situado al mando de Inglaterra y los Países Bajos.

Guillermo no solo reiteró su promesa anterior de apoyar la pretensión de Leopoldo a la sucesión española, sino que se unió a los príncipes alemanes para respaldar la elección del hijo romano del emperador, José, como rey romano. Espoleado por estos incentivos, Leopoldo declaró la guerra a Francia el 3 de abril de 1689.

Durante el curso de la guerra de los Nueve Años (1689-1697) contra Francia, la monarquía libró dos guerras en dos frentes, con dos grupos de aliados prácticamente distintos. Solo Leopoldo y los príncipes alemanes estaban comprometidos en ambos conflictos, aunque entonces trasladaron a occidente a la mayoría de sus mejores tropas y generales. Luis XIV había desatado las hostilidades en Renania, que fue devastada sistemáticamente por sus tropas antes de recuperar el control gracias al ejército imperial comandado por Carlos de Lorena. Con todo, la guerra se extendió por los Países Bajos, Cataluña y el noroeste de Italia tras la entrada de España y Saboya como beligerantes en 1690. Esto da la medida de la enorme capacidad bélica de Francia, que libró casi toda la guerra en el territorio de sus muchos enemigos, que podían hacer poco más que tratar de forzar la llegada a un punto muerto.

Entretanto, Luis XIV también pudo lograr su objetivo de salvar al imperio otomano de otra catástrofe, e incitó incluso al sultán a que rechazase las propuestas de paz de Leopoldo. El desvío masivo de fuerzas hacia el oeste había dejado al emperador con solo veinticuatro mil hombres en los Balcanes a principios de 1689. A pesar de estas pérdidas, el nuevo comandante, Luis Guillermo de Baden, pudo asumir la iniciativa al principio, saqueando Bucarest, tomando Niš y marchando a las fronteras de Albania y Bulgaria.

Había que remontarse a 1442 para ver a un ejército cristiano marchando tan cerca de Constantinopla. Los pueblos de los Balcanes dieron al principio la bienvenida al ejército imperial, especialmente después de que Leopoldo les prometiese libertad religiosa, exenciones de impuestos y autonomía nacional. Sin embargo, el proselitismo de los misioneros jesuitas que lo acompañaban pronto enfrió su entusiasmo y descartó cualquier posibilidad de un levantamiento general contra el dominio otomano. Cuando los turcos contratacaron, Luis Guillermo se vio obligado a regresar a Belgrado, junto con unos treinta mil refugiados serbios que ya se habían comprometido con la causa de los Habsburgo. La muerte de Miguel I Apafi en abril de 1690

también indujo al sultán a nombrar al exiliado Emérico Thököly príncipe de Transilvania, enviándolo a la cabeza de una fuerza heterogénea de seis mil turcos, tártaros, valacos y exiliados húngaros que rápidamente ocuparon gran parte del principado. Luis Guillermo se apresuró a acudir al este y recuperó Transilvania tras derrotar a Thököly por última vez. Pero su ausencia permitió que otra fuerza turca cayese por sorpresa sobre Belgrado y masacrase su guarnición.

El frente de los Balcanes se estabilizó solo un año después, cuando Luis Guillermo acabó con el principal ejército turco en Slankamen, matando al gran visir Mustafá Kiuprili y a la mayoría de sus comandantes en el proceso. Aunque los príncipes alemanes pronto presionaron a Leopoldo para que transfiriese a los legendarios *Türkenlouis* al frente occidental, el emperador logró que la situación se estabilizase en los Balcanes convenciendo a algunos príncipes para que aportasen fuerzas. En 1692 recibió tropas y setecientos cincuenta mil florines del duque Ernesto Augusto de Brunswick-Lüneburg, prometiendo elevarlo al rango de elector. Dos años más tarde, le confió al nuevo elector sajón Federico Augusto el mando del ejército imperial a cambio de su compromiso de ocho mil hombres.

Aunque ambos conflictos se prolongaron durante varios años más, había llegado el momento de la paz. A pesar de los éxitos de Francia en el campo de batalla, las tensiones que la guerra generaba en su reino llevaron finalmente a Luis XIV a negociar un acuerdo, incluso a costa de desacreditar algunas de sus conquistas. Con todo, fue capaz de minimizar sus pérdidas dividiendo a sus enemigos, tal como lo había hecho durante la guerra holandesa. Saboya fue la primera en desertar en 1695, a cambio de un territorio francés. Un año después, Guillermo de Orange inició conversaciones de paz en Rijswijk. Aunque invitó a Leopoldo a participar en las negociaciones, el emperador demostró ser poco aficionado a la paz. Es cierto que no había perspectivas de recuperar más territorio alemán de lo que Luis XIV ya estaba dispuesto a devolver. Pero Leopoldo era consciente de la delicada salud de su primo español. Aunque Carlos II se las había arreglado para llegar a la treintena, no se podía esperar que viviera mucho más tiempo, y nadie esperaba que proporcionarse un heredero. Después de haberse beneficiado de la fuerza combinada de una gran coalición europea, Leopoldo contaba entonces con que la alianza sobreviviese a Carlos y

garantizase el apoyo angloholandés para su reclamación del trono español. Al final, sus esperanzas se vieron frustradas por el propio Carlos II, quien concluyó una paz separada con Luis XIV en agosto de 1697, luego de la caída de Barcelona ante los franceses. Guillermo de Orange hizo lo mismo un mes más tarde, dando de plazo a Leopoldo hasta el 1 de noviembre para que se adhiriese al tratado. Al adherirse al Tratado de Rijswijk, el emperador reconocía formalmente la pérdida de prácticamente toda Alsacia, incluida la gran ciudad imperial de Estrasburgo. Por otro lado, los franceses restauraron el resto de las anexiones realizadas desde el Tratado de Nimega, evacuaron por fin Lorena y devolvieron la ciudad de Friburgo (Austria Interior), junto con la fortaleza clave de Renania de Breisach, que había sido cedida en la Paz de Westfalia.

La paz en occidente hizo que la monarquía pudiese volver a darse el lujo de concentrar todas sus fuerzas contra los turcos. Federico Augusto continuó aportando un contingente sajón considerable a cambio de la ayuda de Leopoldo para asegurar la corona polaca tras la muerte de Juan Sobieski en 1696. Su conversión al catolicismo romano en Baden bei Wien el 1 de junio de 1697, garantizó su elección como rey Augusto II por la Dieta polaca cuatro semanas después. La partida del rey elector a Varsovia también permitió a Leopoldo remplazar a un comandante en jefe bastante mediocre por el brillante y joven príncipe Eugenio de Saboya. Eugenio había servido antes al emperador en la batalla de Kahlenberg, solo semanas después de que Luis XIV le hubiese negado una comisión en el ejército francés. Sin embargo, como les ocurrió a muchos de los mejores oficiales de Leopoldo, fue finalmente trasladado al oeste, al mando de las fuerzas aliadas contra los franceses en el norte de Italia. Después regresó al este para luchar contra un enemigo menos formidable. El 11 de septiembre, Eugenio alcanzó al sultán Mustafá y a su gran visir en Zenta, justo cuando su ejército cruzaba el río Tisza hacia Transilvania. Aunque el sultán escapó, el gran visir pereció junto con la mayoría de sus oficiales y treinta mil hombres, un tercio de los cuales se ahogaron tratando de nadar hasta un lugar seguro.

En otro momento, Zenta podría haber abierto el camino para una nueva ronda de conquistas en los Balcanes. Sin embargo, una vez que Rijswijk había privado a la monarquía de sus aliados occidentales, Leopoldo se dio cuenta de que necesitaba la paz con el imperio otomano para prepararse para otro conflicto con Francia

por la sucesión española. Sus intenciones fueron apoyadas con entusiasmo por las potencias marítimas, cuyo deseo de presentar un frente común frente a Francia hizo que ofreciesen sus servicios de mediación frente al sultán. No es sorprendente que las perspectivas de nuevas victorias incitasen a sus aliados en la Liga Santa a continuar combatiendo. Sin embargo, en el este era el emperador quien controlaba el ritmo de la guerra y la diplomacia. Los propios turcos poco más pudieron hacer que elegir el momento preciso del Tratado de Karlowitz, que se firmó exactamente a las 11:45 a. m. del 26 de enero de 1699, de acuerdo con las instrucciones del astrólogo jefe del negociador turco. La paz confirmó la recuperación por parte de la monarquía de todos los territorios de la corona en Hungría, excepto el Banat de Temesvár en el centro de Hungría y parte de Sirmia a lo largo del borde oriental del reino eslavonio.

El legado de Leopoldo I

La ruptura de la Liga de Augsburgo en el oeste y la decisión de Leopoldo de firmar una paz temprana en el este acabaron con las perspectivas de nuevas adquisiciones para el imperio y la monarquía. Sin embargo, su posición en 1699 era infinitamente mejor que la situación que había enfrentado en 1683. La monarquía estaba entonces, de hecho, más a cubierto de amenazas externas que en cualquier otro momento de su historia. Tanto Alemania en el oeste como Hungría en el este se habían unido bajo el mando de la dinastía por primera vez en siglo y medio. Al sur, la península italiana estaba aún protegida por los Habsburgo españoles. Finalmente, al norte, una Polonia débil pero enorme gobernada por el vasallo sajón de Leopoldo proporcionaba a la monarquía un glacis muy extenso.

Por supuesto, la monarquía logró aplastar a los turcos y detener a Luis XIV simplemente porque las amenazas que representaban eran tan grandes que fueron percibidas más allá del *Hofburg* . La Liga Santa fue poco más que una coalición de víctimas recientes del resurgimiento otomano bajo los Kiuprili. La desarticulación de la agresión francesa no podría haberse logrado sin una catarsis en la actitud de los príncipes protestantes alemanes y de las dos potencias marítimas, que se unieron a Leopoldo enterrando sus sospechas mutuas en nombre de las necesidades comunes de seguridad. De hecho, lejos de depender de España y de la pequeña liga de príncipes católicos que lo habían salvado en 1620, la monarquía

pasó a formar parte de una amplia coalición internacional que incluía a grandes potencias protestantes como Inglaterra y las Provincias Unidas, así como a los príncipes imperiales más poderosos. Una señal de la salida de la dinastía del aislamiento diplomático y de su renovada aceptación por parte de los príncipes alemanes fue la elección casi sin esfuerzo en enero de 1690 del hijo de Leopoldo, José, como rey de los romanos. Aunque José tenía solo once años en ese momento, los electores no solo le otorgaron una exención especial para que no se tuviese en cuenta su minoría de edad, sino que negociaron una capitulación electoral con Leopoldo que vino a fortalecer ciertas prerrogativas imperiales. Ambas concesiones contrastaron fuertemente con la tortuosa espera de cuatro años y la humillante capitulación que el propio Leopoldo había tenido que soportar tres decenios antes. También eran un fiel reflejo del miedo de los electores a Luis XIV y los turcos. La estrecha colaboración en la triunfante cruzada de los Balcanes había forjado una fuerte identidad alemana entre todos los príncipes alemanes, en especial entre aquellos que realmente habían combatido en el lugar.

Mientras que este espíritu de patriotismo era compartido por igual por los príncipes protestantes y católicos, la posición constitucional de la dinastía dentro del imperio también ganó en raigambre gracias a un cambio fortuito en el equilibrio confesional del colegio electoral [4] . Con la extinción de su dinastía calvinista en 1685, el Palatinado había pasado por herencia al duque católico Wittelsbach de Neuburg, cuya hija Leonor se había convertido en la tercera esposa de Leopoldo, y cuyo hijo Juan Guillermo era muy amigo del rey romano José. La reciente conversión del sajón Federico Augusto dejó a Brandeburgo y Brunswick-Luneburgo como los únicos protestantes entre los nueve electores imperiales. La combinación de la elección de José y la abrumadora mayoría católica en el colegio electoral auguraba que los Habsburgo conservarían la corona imperial en un futuro. Además, el nacimiento de un hermano menor, Carlos, en 1685 eliminó cualquier amenaza inmediata de que la dinastía se extinguiera. Aunque Leopoldo debía su buena fortuna principalmente al apoyo externo, estos acontecimientos dinásticos fortalecieron su posición como un actor de relieve en los asuntos europeos. Al mismo tiempo, varios sucesos domésticos ayudaron a sentar las bases de una gran potencia.

La integración de Hungría

Dos siglos después, la monarquía había vencido finalmente a los turcos. Ahora le quedaba a Leopoldo someter a sus propios súbditos húngaros. En la primavera de 1687, el progreso de la reconquista había dado alas al emperador y a sus consejeros austriacos y bohemios para instaurar cambios constitucionales que alinearían más el reino con el resto de la monarquía. Sin embargo, Leopoldo no tenía intención de decretar una versión húngara de la *Verneuerte Landesordnung* . En vez de eso, presentó sus propuestas a una Dieta combinada húngara-croata. Cuando se convocó en octubre en Pressburg, reiteró su intención de honrar su juramento de defender la constitución y las libertades del reino, incluido el derecho a votar de la Dieta, el control de la nobleza sobre el gobierno local y la libertad religiosa del pueblo. A cambio, procuró dos cambios constitucionales. La Dieta se mostró dispuesta a abolir formalmente su derecho a elegir a sus reyes y aceptar una sucesión hereditaria, una innovación que confirmó al reconocer a su hijo, José, como heredero, para proceder después a su coronación como rey. La Dieta también acordó derogar el *ius resistendi* , aunque con cierta reticencia y solo después de recibir reiteradas promesas de libertad religiosa.

Leopoldo logró también forjar un nuevo acuerdo con los Estados de Transilvania, que se reunieron bajo el mando de Emérico Thököly en 1690. El *Diplomum Leopoldinum* confirmó los privilegios de las tres naciones representadas en la Dieta, que acordó a cambio que pagaría una contribución anual fija de poco más de cien mil florines (cuatrocientos mil florines en tiempo de guerra). También reconoció su derecho a elegir un gobernador nativo, sujeto a la confirmación de la corona. Fue un ejemplo de la moderación de Leopoldo, que reconoció incluso al difunto hijo de Miguel I Apafi como príncipe hasta 1696, cuando el joven fue finalmente llevado a Viena e invitado a renunciar a su título a cambio de una pensión y de recibir el título de príncipe imperial. El emperador también reconoció el estatus especial del principado dentro de Hungría al establecer una cancillería transilvana independiente con representación en Viena. Por último, confirmó la libertad religiosa para los católicos, luteranos, calvinistas y unitarios del principado, aunque no para el campesinado ortodoxo rumano o para una gran población de refugiados armenios que había huido de la Valaquia turca en 1672. Mientras tanto, los misioneros jesuitas lograron convencer a cientos de miembros del clero rumano y armenio para

que se adhiriesen a la Iglesia Unida (católica griega), una postura que les otorgaba un estatus noble (y la exención de impuestos) a cambio de reconocer la autoridad del papado. El régimen de los Habsburgo también se ganó inmediatamente el apoyo entre los unitarios del principado, que habían sido discriminados por la élite gobernante calvinista; pudieron entonces reabrir su imprenta y competir por los puestos del gobierno.

Los asentamientos que Leopoldo ofreció a los propietarios en Pressburg y Fogaras demostraron que había aprendido al menos por el momento las lecciones de las insurrecciones húngaras de otros tiempos, y también que ambas partes reconocían que la futura oposición tendría menos probabilidades de tener éxito en ausencia de una Transilvania independiente o de una poderosa amenaza otomana. Sin embargo, estos esfuerzos por forjar una nueva relación no podrían borrar por completo la sospecha mutua que continuó envenenando las relaciones entre la corona y el país. Ya se había producido una muestra de esto en los meses previos a la Dieta de Pressburg, cuando el nuevo gobernador militar de Hungría, el conde Antonio Caraffa, interpretó el comentario despreocupado de algunos seguidores del campamento en la ciudad de Eperjes como la evidencia de que había otro complot en marcha contra los Habsburgo. Aunque Leopoldo ordenó a Caraffa que respetase las leyes del reino y una amnistía que acababa de ser promulgada, lo autorizó a establecer un tribunal para investigar y castigar cualquier actividad insidiosa. Durante un período de seis meses, diecisiete burgueses y nobles prominentes fueron torturados para que confesasen los cargos infundados. En poco tiempo, a las desafortunadas víctimas les cortaron los brazos derechos, fueron decapitados y descuartizados, y sus restos fueron colgados de la puerta de la ciudad. En agosto, el palatino Esterházy y otros magnates consiguieron convencer a Leopoldo para que terminase con el llamado matadero de Eperjes y se aseguraron de que Caraffa era transferido a otro puesto.

Además, a pesar de la contigüidad de Hungría con los *Erblande* , Leopoldo todavía la consideraba más como una colonia en el extranjero que podía ser explotada y colonizada por sus leales súbditos imperiales, antes que como una parte integral de la monarquía. A raíz de la Dieta de Pressburg, Leopoldo continuó confiando casi exclusivamente en sus consejeros austriacos y bohemios para formular las políticas del reino. Los húngaros nativos

prácticamente no tenían voz en la reorganización del país, o *Einrichtungswerk* , que pasó a manos de una comisión encabezada por el gran chambelán de Leopoldo, Fernando, príncipe de Dietrichstein. Fueron totalmente excluidos de la llamada Comisión para las tierras recién adquiridas, o *Commissio Neo Acquistica* , un panel formado por la Comisión Dietrichstein para determinar los derechos de propiedad de las tierras húngaras recuperadas. La Comisión también dispuso de buena parte del sur de Hungría y Eslavonia, áreas escasamente habitadas, sin consultar a las autoridades del reino. Incluso la posterior determinación de las fronteras del país en la Paz de Karlowitz se concluyó sin la participación de un solo negociador húngaro.

Este sesgo antimagiar se hizo más patente en las políticas que el gobierno adoptó para reubicar el país. Antes de devolver las propiedades a sus antiguos propietarios, la *Commissio Neo Acquistica* exigió prueba de propiedad. Desgraciadamente, muchas de las escrituras se habían perdido durante la ocupación otomana. Incluso cuando los reclamantes podían probar ser propietarios, tenían que pagar una tarifa administrativa rígida fijada en el diez por ciento del valor de la tierra recuperada. En los muchos casos en que los nobles no pudieron demostrar que habían previamente poseído las tierras, dichas propiedades revirtieron a la corona. Como había sucedido en Bohemia después de la batalla de la Montaña Blanca, el emperador a menudo daba tierras recién adquiridas a cortesanos y generales no nativos y estos luego las revendían, en lugar de echar raíces allí. Esto era desde luego de poco consuelo para los nobles nativos que no podían permitirse el lujo de recuperar sus antiguas propiedades. La Comisión Dietrichstein también decidió repoblar gran parte de la llanura húngara con colonos no magiares, porque a su juicio estos colonos serían más leales a la monarquía. El área entre los ríos Danubio y Tisza ya estaba de hecho habitada principalmente por serbios que habían huido del avance turco en los últimos tres siglos. En 1690, la Comisión Dietrichstein reubicó al último contingente de refugiados serbios y de otras partes de los Balcanes (unos setenta mil), otorgándoles libertad religiosa y una gran medida de autonomía local. También aceptó a los campesinos eslovacos que habían huido de sus tierras en la Alta Hungría. Sin embargo, la Comisión prefería a los alemanes; en 1699 los había atraído de los territorios de la corona en Bohemia en tan ingentes cantidades que sus antiguos terratenientes tuvieron que hablar con

Leopoldo para que prohibiese la emigración.

La Frontera Militar

Otra fuente de fricción fue la decisión del gobierno de expandir la Frontera Militar más allá de Croacia, a pesar de que la amenaza turca se hubiese reducido. En Pressburg, Leopoldo había prometido restaurar gran parte de la Frontera Militar junto a nuevas áreas conquistadas por las fuerzas de los *Grenzer* al gobierno civil, una promesa que repitió a los territorios croatas-eslavos en 1693. Pero la presión combinada del *Hofkriegsrat* y Austria Interior, junto con violentas protestas por parte de los propios *Grenzer* , obligaron a Leopoldo a recular. Al final ratificó el acuerdo existente y estableció dos nuevos distritos en Eslavonia y a lo largo de los valles del río Tisza-Mureş en el sur de Hungría, que fueron administrados independientemente de Croacia y Hungría por la administración de Austria Interior del *Hofkriegsrat* y la *Hofkammer* .

Puede que el reasentamiento de los refugiados serbios y la expansión del sistema de la Frontera Militar soliviantase a los propietarios húngaros y croatas, pero fueron decisiones trascendentales que contribuyeron tanto al surgimiento de la monarquía como una gran potencia en el siglo XVIII como a la desaparición del reino de la Gran Hungría en el XX . Es imposible saber con exactitud el número total de serbios que emigraron de territorios otomanos a los de los Habsburgo. Sabemos que hubo un flujo constante que duró siglos, un flujo que había comenzado con el avance turco a finales del siglo XX , interrumpido por explosiones bélicas. Por ejemplo, se estima que unos diez mil refugiados ortodoxos y católicos habían huido de Bosnia hacia la recientemente creada Frontera Militar a la conclusión de la guerra de los Quince Años. El problema es que las cuentas rara vez tenían en cuenta las etiquetas «nacionales» de los tiempos modernos. Aunque los serbios a veces se identificaban como «rascianos» (de la región serbia de Raška), eran más común agruparlos con los rumanos ortodoxos y búlgaros y llamarlos «griegos». Del mismo modo, el término «valacos» se refería a veces a los serbios, pero también podía significar pastores de habla latina o eslava. Los europeos del norte se referían a menudo a los *Grenzer* como «croatas», aunque la mayoría eran serbios, simplemente porque habían sido reagrupados en el reino de Croacia.

Lo que está fuera de toda duda es el miedo que infundían en el

enemigo, tanto por su destreza como por su afición por el saqueo y por las atrocidades que perpetraban contra soldados y civiles cautivos. Durante la guerra de los Treinta Años, los miles de soldados pertenecientes a las tropas ligeras croatas y serbias que lucharon en el bando de España, la Liga Católica y el emperador se distinguieron en la captura de Heidelberg y en la batalla de Lützen, y también en el saqueo de Magdeburgo, inspirando la oración inscrita en su catedral: «¡Dios nos salve de la peste, el hambre y los croatas!». El *Statuta Valachorum* había capitalizado el potencial de los colonos serbios al organizarlos en torno a sus comunidades locales, que poseían y organizaban tierras al tiempo que reunían y equipaban a entre seis y siete mil hombres para el servicio militar. A cambio de los servicios prestados, los ortodoxos *Grenzer* estaban exentos de la autoridad de la Dieta croata, la Iglesia católica y los señores croatas que codiciaban sus tierras y su mano de obra. El tiempo de paz no era necesariamente bueno para los *Grenzer* , ya que en tales periodos la corona se preocupaba mucho menos de protegerlos de sus enemigos o de la indigencia. Los *Grenzer* cumplieron ciertamente su parte del trato durante la reconquista, inicialmente apoderándose de las regiones de Lika y Krbava, en poder de los otomanos, tierras que en parte conservaron y en parte entregaron a Croacia, y posteriormente uniéndose a las tropas croatas alistadas por el caudillo Miklós Erdödy para plantear un nuevo distrito «acaudillado» de la Frontera Militar. El clero ortodoxo les brindó su apoyo incondicional, y el sacerdote Marko Mesić fue recompensado con la elección de Vojvod y el ennoblecimiento del emperador.

El flujo y reflujo de las líneas del frente generó una corriente constante de cristianos otomanos a Croacia desde Bosnia y Dalmacia, entre ellos unos veintidós mil católicos bosnios tras la firma de la paz. Sin embargo, la mayor oleada llegó desde más al este, de la recién establecida frontera de la monarquía entre los ríos Sava y Danubio. El desdén de Leopoldo por los pueblos musulmanes y ortodoxos de los Balcanes no le había impedido prometer que respetaría sus privilegios religiosos y de otro tipo a cambio de su lealtad. Se las había arreglado incluso para convencer al exadministrador de Transilvania, Djordje Branković, para que encabezase un Estado serbio autónomo, nombrándolo conde imperial (*Reichsgraf*) y presentándolo como un descendiente directo de la dinastía Branković; aunque tuvo que arrestarlo en 1689 tras

descubrir que era un fraude y que solo perseguía su agenda personal. Leopoldo recurrió entonces al patriarca ortodoxo Arsenije III (1691-1706) — que había huido de la recuperación otomana de Serbia con el famoso *Privilegium* (6 de abril de 1690)— prometiéndole a él y a los sucesivos patriarcas la plena autonomía para regular los asuntos religiosos y civiles de aquellos que les siguieran al exilio.

Aunque se ha debatido mucho sobre la magnitud de esta Gran Migración, el propio informe del patriarca a Leopoldo, junto con otros documentos en los archivos de Viena, indica que participaron «más de treinta mil almas», la mayoría de ellas estableciéndose alrededor de la nueva frontera sur de Buda y Hungría. No obstante, el número de serbios que ya se habían establecido en Eslavonia y en otros lugares a lo largo de la antigua frontera otomana o que habían cruzado la nueva frontera durante la reconquista habría superado con creces este número. Junto con el considerable número de rumanos, búlgaros y otros inmigrantes ortodoxos, las migraciones de los Balcanes fueron reduciendo gradualmente a los magiares de Hungría de una mayoría sustancial a una minoría dentro de su propio reino. No era algo que incomodase a Leopoldo ni a sus sucesores. Después de la transferencia de contingentes alemanes al frente francés, los serbios y eslavos del sur pasaron a ser entre un tercio y la mitad de su ejército balcánico. Ya en 1691, el propio Arsenije había reclutado a dos de los diez mil refugiados serbios que el vicevoivoda Jovan Monasterlija condujo a la batalla en Slankamen. Los hombres de Monasterlija también tuvieron un papel preponderante en la victoria en Zenta, al igual que otros «rascianos» dos años después en la destrucción de Sarajevo que llevó a cabo el príncipe Eugenio.

Por supuesto, la revolución demográfica en la llanura húngara aún estaba lejos de completarse. Aunque la nobleza del reino estaba resentida por su continua exclusión de la formulación de políticas y de gran parte de los territorios recién recuperados de Hungría, el régimen de los Habsburgo respetó inicialmente el espíritu del asentamiento de Pressburg. En 1689, Leopoldo rechazó incluso algunas de las propuestas más controvertidas de la Comisión Dietrichstein ante la fuerte oposición húngara. Pocos años después, la estabilización del frente húngaro lo animó a dar nuevos pasos para integrar el reino con el resto de la monarquía. Irónicamente, el principal defensor de la consolidación de la autoridad real fue el

único ministro húngaro que en su momento se alzó como un miembro influyente del círculo íntimo de Leopoldo. Nacido de una familia protestante croata magiarizada, el cardenal Leopold Karl von Kollonitsch (1631-1707) había sido convertido y educado por los jesuitas. Había luchado contra los turcos durante gran parte de su carrera, primero en dos expediciones a Creta como caballero de la Orden de Malta, luego como director de los servicios médicos durante el asedio de Viena. Sin embargo, fue en tanto funcionario clerical y civil completamente germanizado como Kollonitsch se ganó la confianza de Leopoldo. Fue nombrado presidente del tesoro húngaro en 1672 y ocupó una sucesión de altos cargos en la Iglesia antes de convertirse en arzobispo-primado de Esztergom en 1695.

Incluso antes de la muerte de Dietrichstein en 1698, Kollonitsch ya se había convertido en el miembro más influyente de la Comisión. Para entonces también se había atraído las iras de muchos de sus compañeros húngaros a través de su abierta defensa del absolutismo confesional. Es célebre por haber afirmado en cierto momento dado que lo que él haría sería «primero, que Hungría obedezca, luego la desposeería de todo y finalmente haría que fuese católica». Aunque el emperador nunca actuó siguiendo el llamado de Kollonitsch para una catolicización total, en la *Explanatio Leopoldina* que emitió en 1691 advertía que el hecho de haber extendido la libertad religiosa a las tierras reconquistadas había sido un acto puramente voluntario y solamente temporal. Dos años más tarde, Leopoldo comenzó a imponer impuestos indirectos a la nobleza a cambio de descontinuar la anticuada *insurrectio* feudal. Durante los siguientes cuatro años, el reino pagó dos millones de florines, que aumentaron a cuatro millones en 1698. La oposición de los nobles obligó a Leopoldo a reducir su contribución a doscientos cincuenta mil florines (Kollonitsch había propuesto un millón y cuarto). Como solía ocurrir en otras partes de la monarquía, una proporción mucho mayor de la carga tributaria recayó entonces sobre el campesinado (tres millones y medio) y las empobrecidas ciudades (doscientos cincuenta mil). Las obligaciones del campesinado no se quedaron en eso. En 1702, Leopoldo hizo caso Kollonitsch en cuanto a la necesidad de crear un ejército húngaro en gran parte nativo, sometiendo a muchos campesinos a un reclutamiento forzoso. Todo parecía indicar que la integración del reino en el *Gesamtstaat* Habsburgo iba a buen ritmo.

La recuperación económica

Al examinar el medio siglo transcurrido tras 1648, es fácil enfocarse en los triunfos de la corona en Hungría, ya sea contra los turcos o contra sus propios súbditos, algunos de ellos ferozmente independientes. Sin embargo, no menos importante para la evolución de la monarquía como gran potencia fue la recuperación de los territorios hereditarios de Austria y Bohemia de la devastación de la guerra de los Treinta Años. Su reactivación económica fue, sin duda, menos dramática, más gradual y en ocasiones incompleta. De las tierras de labranza abandonadas durante la guerra, una cuarta parte de las de Moravia aún no se cultivaban en la década de 1650, una quinta parte de las de Bohemia en la década de 1680. Y los que seguían empujando el arado apenas tenían animales de tiro que uncir bajo el yugo. Las industrias de la pesca y la viticultura no recuperaron los niveles de producción anteriores a la guerra. En la posguerra, una caída en los precios de exportación también impidió una recuperación completa de la producción de cereales durante varias décadas. Además, la agitación constante en la vecina Hungría y la desagradable sucesión de conflictos con Suecia, el imperio otomano y Francia privó a los pueblos de los *Erblande* de cualquier oportunidad de consolidar la paz. Sin embargo, esto no impidió que la nobleza terrateniente encabezase una recuperación en la posguerra que fortaleció su posición como pujante clase empresarial de la monarquía. Las graves pérdidas materiales y humanas ayudaron a impulsar la transformación de una economía tradicional de subsistencia en una impulsada por motivos de lucro. La creación de un ejército permanente bajo Fernando III y Leopoldo I, dirigido en gran parte por los alemanes y los italianos del *Reich* , también facilitó la evolución de la nobleza de una casta militar a una capitalista dedicada al desarrollo de sus patrimonios. También estaba dicha clase en mejores condiciones para superar las pruebas de la guerra. Su control sobre el gobierno local le permitió compensar el aumento de la mortalidad en tiempos de guerra y la emigración con un aumento de las cargas de sus siervos. Además, mientras la Contribución y otras imposiciones crecían sin cesar, las tierras de dominio permanecieron libres de impuestos. La disminución de la población rural les permitió en realidad acelerar la continua adquisición de parcelas campesinas, pues pudieron acaparar las tierras agrícolas abandonadas. A finales de siglo, los nobles por

herencia representaban entre un quinto y un cuarto de la tierra señorial cultivable de Bohemia.

Los terratenientes siguieron perfeccionando sus habilidades empresariales. La segunda mitad del siglo fue testigo de la introducción de varios cultivos nuevos en las tierras austriacas. Los dos archiducados comenzaron a plantar tabaco después de que los invasores suecos de 1643 les hablasen sobre su valor. Dos decenios más tarde, la nobleza de la Alta Austria estaba cultivando patatas. A finales de siglo, varias fincas habían importado moreras y gusanos de seda de Italia para remplazar las que habían sido destruidas durante la guerra. La influencia italiana también pudo verse en la introducción del maíz, que apareció por primera vez en Estiria, pero luego se extendió a otras tierras austriacas y húngaras antes de finales de siglo. Austria Interior también hizo grandes avances en la ganadería, cuyo destino principal era la exportación a Italia. Mientras tanto, uno de los productos más lucrativos era la cerveza, que se elaboraba en cantidades industriales; según estudios recientes, representaba entre el treinta y el cuarenta por ciento de los ingresos de los territorios bohemios.

Las crecientes ganancias de la nobleza tampoco provenían exclusivamente de la agricultura. Los nobles también utilizaron sus pueblos señoriales para llenar el vacío comercial dejado por los pueblos «libres» reales de los *Erblande* , que ya estaban en desventaja por las restricciones del gremio y los impuestos más altos. Además, las pérdidas en población y en capital de estas localidades reales de Bohemia en tiempos de guerra habían reducido drásticamente su capacidad para sostener su comercio de exportación con Alemania. La nobleza terrateniente del reino respondió desarrollando su propia red de contactos, no solo con Silesia y con la vecina Sajonia, sino también con Hamburgo y las localidades de ultramar. Aunque también vendieron productos, como mineral de hierro, lana, vidrio y alimentos diversos, obtuvieron considerables ingresos expandiendo de manera importante la pequeña industria textil artesanal que había surgido antes de la guerra de los Treinta Años. El sistema de taller doméstico no solo complementaba los ingresos que los campesinos obtenían de la agricultura, sino que proporcionaba además a los señores honorarios a través de las tarifas que cargaban tanto a los campesinos como a los intermediarios que compraban y comercializaban sus telas.

Los hacendados consiguieron una gran ventaja competitiva sobre las ciudades reales al exigir a sus campesinos que comprasen lo que producía su propio latifundio. También les benefició la bienvenida que dispensaron a los judíos y los artesanos no gremiales. Su éxito pudo medirse tanto por las crecientes ganancias como por la inmigración sostenida a los pueblos señoriales de los principados alemanes cercanos, así como por una afluencia de judíos polacos, que llegaron a ser hasta el cuarenta y tres por ciento de su población (y hasta un cuarto de los cuarenta mil habitantes de Praga) a finales de siglo. No es de extrañar que los terratenientes más grandes y ricos se beneficiasen más de esta combinación de innovación agrícola y comercial. Desde un primer momento, no solo pudieron resistir mejor la conmoción inicial de la guerra, sino que también estaban en condiciones de comprar sus patrimonios a los propietarios más pequeños que no tenían los recursos necesarios para sobrevivir. Mientras el tamaño de un patrimonio bohemio medio aumentaba a treinta aldeas después de la guerra, los beneficios y la riqueza de los grandes aristócratas austriacos y bohemios alcanzaban unas proporciones enormes. El patrimonio neto de un solo miembro de la familia austriaca de Schwarzenberg se triplicó, pasando de uno a tres millones de florines en los veinte años posteriores al asedio de Viena. A punto de expirar el siglo, las familias Liechtenstein y Dietrichstein poseían entre ambas una cuarta parte de toda la tierra en Moravia.

No es que el capitalismo de los terratenientes saliese gratis. Los campesinos de los *Erblande* pagaron el precio más alto de todos, ya que fue allí donde los terratenientes completaron el proceso de aumento de obligaciones que había comenzado durante la guerra de los Treinta Años. El nivel alcanzado varió entre los distintos latifundios. A veces se permitía a los siervos cierta libertad en cuanto a cómo y dónde trabajar, o con quién podían casarse. En algunos casos, pudieron negociar términos para las jornadas *robot* que realizaban en la tierra del noble en cuestión. Por otra parte, los arrendatarios a veces pagaban su renta trabajando voluntariamente el dominio junto a los siervos del señor. Muchos campesinos pobres en tierras también ganaban salarios participando en la cadena de los negocios señoriales, y con ello también consumían más y enriquecían aún más a esos señores. En cualquier caso, la realidad común era que las condiciones de trabajo se estaban acercando a las de Hungría, y que los campesinos que antes cumplían de forma

regular unos pocos días de servicio obligatorio de *robot* al año, estaban ahora obligados a trabajar hasta dos o tres días por semana hasta la tierra del arrendador. Además, una combinación de mayores obligaciones laborales y constante persecución religiosa obligaba a los campesinos a emigrar, ya fuese a las ciudades, a otras haciendas, a diversos Estados alemanes o a las recién recuperadas tierras húngaras.

Las ciudades reales también continuaron perdiendo terreno tanto frente a la aristocracia como frente a centros administrativos más grandes como Breslavia, Praga y Linz. Estaban especialmente mal dispuestas, no solo por la continua espiral de impuestos, sino también por la inmisericorde competencia de los terratenientes. La consecuencia fue que se recuperaron más lentamente que las zonas rurales. Dos décadas después de la Paz de Westfalia, el número de burgueses en las principales ciudades textiles de la Baja Silesia todavía era solo una fracción de sus niveles anteriores a la guerra: Schweidnitz contaba solo 350 de 1 800; Löwenberg apenas 200 de 1 700; Jauer, que los suecos habían quemado hasta los cimientos en 1648, todavía tenía solo 150 de los 1 400 burgueses. En Bohemia propiamente dicha, Praga solo tenía 355 artesanos en 1674, en comparación con los 1 200 que tenía en 1620. Lejos de compensar la pérdida de burgueses y artesanos, la afluencia de campesinos no cualificados del campo suponía una carga financiera extra no deseada, pues comportaba atender a crecientes hordas de mendigos. De hecho, a diferencia de la mayoría de los propietarios, las ciudades textiles y mineras reales de Bohemia y Moravia experimentaron dificultades para pagar sus deudas en tiempos de guerra, una carga que impidió que modernizasen sus instalaciones.

Los beneficios del capitalismo de los hacendados tampoco se distribuyeron equitativamente entre la nobleza. En Bohemia y Moravia, la incapacidad de la media y la baja aristocracia para competir con los grandes latifundios de los nobles más ricos condujo a su virtual desaparición como clase, dejando aproximadamente el noventa por ciento de la población y dos tercios de la tierra bajo el control de unos doscientos grandes aristócratas; la disminución drástica de las familias nobles representadas en la Dieta bohemia de 1 128 en 1620 a solo 238 a finales de siglo fue un fiel reflejo no solo de las purgas de la Contrarreforma, sino de la sacudida económica que vino tras ella. Como grupo, la nobleza protestante que quedó en Silesia y la Baja

Austria estaba en mayor desventaja, ya que había quedado totalmente excluida de la clase de patrocinio de la corona que había llevado a tantos nobles católicos a la aristocracia. Al igual que en otros países católicos como Francia, muchos se contentaron con administrar sus reducidas propiedades, mientras que los familiares más afortunados cosechaban fama y fortuna convirtiéndose al catolicismo.

La persecución religiosa también obstaculizó la recuperación de muchos pueblos en los territorios hereditarios. Comerciantes, artesanos y mineros reaccionaron por igual ante el asentamiento de Westfalia y la incesante persecución de Fernando III y Leopoldo I, emigrando a territorios protestantes como la Lusacia sajona y las ciudades fronterizas del suroeste de Polonia, relativamente tolerantes. Mientras tanto, los burgueses y nobles de la Baja Austria se unieron para perseguir a la pequeña —pero comercialmente importante— población judía del archiducado. En 1669, los vieneses culparon a los dos mil judíos de la ciudad de un incendio en el *Hofburg* , mientras que la propia esposa española de Leopoldo, Margarita, atribuía un reciente aborto involuntario a su presencia en la capital. En un año, los cien mil florines que el gobierno de la ciudad envió al emperador a modo de incentivo le llevaron a decretar su expulsión de toda la Baja Austria. Aunque el *Hofkriegsrat* advirtió sobre la pérdida de ingresos del «impuesto judío» (*Judensteuer*) y otras imposiciones, Leopoldo solo atendió los intereses de Estado eximiendo a un par de miembros de la corte y extendiendo después los privilegios excepcionales al talentoso financiero Samuel Oppenheimer.

Mientras que la población de Bohemia se había recuperado por completo en 1700, el tamaño y los niveles de producción de la mayoría de las ciudades libres no lo habían hecho. Algunas, como Jauer, nunca recuperaron sus posiciones anteriores. A los centros urbanos más grandes les iba mucho mejor. En la década de 1670, Breslavia volvía a ser una ciudad de más de treinta mil habitantes y había tomado la iniciativa de revivir la producción de lana y lino de los pueblos de Silesia. A finales de siglo, Bohemia exportaba anualmente un millón y medio de florines en telas y lino y había establecido mercados tan lejanos como las colonias de ultramar de Londres y Gran Bretaña. La recuperación de los rebaños de ovejas de los *Erblande* también marcó un repunte en la industria de la lana. Linz ya había recuperado su monopolio virtual sobre la producción

de la Alta Austria en la década de 1670 y estaba empleando a cuatro mil trabajadores a tiempo completo en 1700. En su conjunto, las ciudades mineras tuvieron menos suerte, debido a la debilidad de los precios y a la mayor competencia extranjera. Ya en 1690, la producción de hierro de la monarquía no había igualado el nivel alcanzado un siglo antes. Sin embargo, al menos las exportaciones de metales de Austria Interior habían revivido a finales de siglo, principalmente al encontrar nuevos mercados en Italia.

Si bien la economía de los *Erblande* se había recuperado en gran medida durante el medio siglo transcurrido desde Westfalia, Hungría midió su recuperación solo en términos de territorio recuperado de los turcos. A diferencia de los territorios hereditarios, el conflicto militar y la ocupación no le habían dado respiro. La excepción más notable fue Transilvania, que fue capaz de escapar de las batallas más cruentas. Su relativa prosperidad atrajo no solo a los colonos enviados por la Comisión Dietrichstein, sino también a un flujo constante de campesinos rumanos de Moldavia y Valaquia, bajo la égida otomana. Gran parte de Croacia también se salvó, aunque su economía pasó a basarse en poco más que en el suministro de guarniciones para la Frontera Militar y los rescates exigidos por los turcos capturados en incursiones transfronterizas. Por el contrario, la Alta Hungría había quedado devastada por décadas de conflicto. Al menos la mitad de las tierras de cultivo en sus distritos orientales de habla rutena habían sido abandonadas; según uno de los recuentos realizados, más del setenta por ciento de las 1 180 granjas en la enorme finca Rákóczi cerca de Munkács permanecieron sin cultivar hasta bien entrado el siglo siguiente. La delgada franja de la Hungría real que limitaba directamente con las tierras austriacas también había sido devastada, especialmente en 1683, cuando unos diez mil residentes de las ingentes propiedades de los Esterházy fueron asesinados por los turcos. Las comunidades que sobrevivieron a las guerras turcas se apoyaron principalmente en la cría de ganado —que ahora sobrepasaba ampliamente la población nativa, en una proporción de dos a uno— y produciendo modestas cantidades de vino y grano. Dada la falta de agua potable y cereales (un tercio de los cuales se cultivaban en dominios), muchos húngaros se adaptaron a una dieta de carne y vino.

No es de extrañar que fuesen los distritos recientemente liberados de la llanura húngara los que peor lo tuvieran. Al igual que otros dominios otomanos, a lo largo del siglo habían sufrido brotes de

peste y viruela. Durante la reconquista, ambas partes habían oprimido a sus habitantes, no solo gravando y requisando suministros, sino recurriendo al pillaje y la violencia a capricho, una práctica común en las guerras entre los Habsburgo y Turquía. Muchas ciudades y pueblos habían desaparecido durante el siglo pasado; sus residentes se habían refugiado en ciudades fortificadas que habían crecido tras la subsiguiente sacudida. Allí se mezclaron con los campesinos refugiados que cultivaban parcelas compactas justo al lado de las murallas. Los que permanecieron en el campo a menudo eran hombres de la frontera que, habiendo perdido gran parte de su ganado en la guerra, consiguieron sobrevivir como bandidos o mercenarios del rey, de algunos magnates o de Miguel Apafi. En 1685, la llanura centro-sur entre los ríos Danubio y Tisza había perdido la mayor parte de su población establecida; al suroeste, Eslavonia estaba prácticamente deshabitada. Incluso Karlowitz era solo una colección deshabitada de ruinas cuando los diplomáticos llegaron allí en 1698; se vieron obligados a negociar en tiendas de campaña y a construir estructuras de madera a toda prisa para poder alojarse. El tratado redujo aún más la población, ya que miles y miles de musulmanes abandonaron los dominios de los Habsburgo, al igual que la comunidad anabaptista de Transilvania. Aunque el reasentamiento de los refugiados cristianos otomanos ofreció cierto alivio demográfico, los territorios reconquistados se redujeron aún más debido a tres brotes de peste durante la reconquista, el peor de los cuales se cobró treinta mil vidas entre 1690 y 1692. Cuando la última epidemia tocaba a su fin (1698–1700), Hungría ya había sufrido una docena de brotes, que se extendieron durante treinta y siete de los cien años anteriores. Según una estimación, su población (excluyendo Transilvania) se había reducido a finales de siglo a tan solo el diez por ciento de lo que había sido en vísperas de la conquista otomana.

La devastación de la guerra y el crecimiento del capitalismo de los hacendados fueron dos fenómenos comunes tanto a la primera como a la segunda mitad del siglo XVII . Lo que distinguió ambos períodos fueron los esfuerzos tardíos del gobierno central para promover el desarrollo económico después de la guerra de los Treinta Años. El impulso para promover una política económica algo coherente vino inicialmente de la necesidad de recaudar dinero para la elección imperial de Leopoldo y para las guerras con Suecia y los turcos. Más tarde, fue sostenido por el deseo de igualar el

crecimiento económico de la Francia de Colbert y, en última instancia, por la necesidad de reconstruir Hungría. En su mayor parte, la monarquía se inspiró en la escuela contemporánea alemana de economía política conocida como cameralismo. El emperador compartía con sus vasallos alemanes la necesidad imperiosa de evitar la bancarrota mediante una combinación de reconstrucción económica y la gestión más eficiente de las finanzas estatales. De hecho, la mayor parte del mérito por la evolución del cameralismo austriaco ha recaído en tres autores alemanes de economía política emigrados: Wilhelm von Schröder (1640-1688), cuyos estudios sobre el sistema económico británico lo habían familiarizado con los modelos occidentales de mercantilismo; Johann Joachim Becher (1635-1682), el teórico más original e influyente; y su cuñado, Philipp Wilhelm von Hörnigk (1640–1714), un propagandista que intentó con su famoso tratado *Österreich Über Alles, wann es nur will* (*Austria se impondrá al resto de las naciones, si así lo quiere*) reconstruir la monarquía para que pasase a ser, tras el asedio de Viena, una gran potencia autosuficiente desde el punto de vista económico.

Aunque tanto Becher como Schröder ya estaban trabajando en Viena apenas diez años después de la sucesión de Leopoldo, las suyas no fueron las únicas ni las primeras voces que surgieron después de la conclusión de la guerra de los Treinta Años. También hubo funcionarios del gobierno, como el bohemio *Kammerrat* Johann Christoph Borek y el secretario de *Hofkammer* Christian Julius Schierl von Schierendorff (1661–1726), nobles y clérigos ilustrados como el fraile franciscano español Cristóbal de Rojas y Spínola (1626–95), y numerosos comerciantes y magistrados de la ciudad, todos los cuales estaban realmente preocupados por la difícil situación económica de los pueblos de la monarquía. Al igual que los cameralistas, la mayoría logró un equilibrio entre la necesidad de reconstruir los niveles de población y producción de la posguerra tanto en el campo como en las ciudades. Sin embargo, al apoyarse más en el comercio, contribuyeron a centrar la atención en los problemas de las economías urbanas de la monarquía, que Becher no se cansó de comparar con los florecientes centros comerciales holandeses. Antes de su muerte, Fernando III ya había tomado algunas medidas correctivas al intentar aliviar las deudas de los pueblos bohemios y limitar algunos de los privilegios comerciales de la nobleza terrateniente. Aunque los Habsburgo

anteriores habían culpado a los gremios por su carácter restrictivo, su ineficacia y la mala calidad de los bienes que producían, Fernando III intensificó la presión para ampliar los privilegios de los artesanos independientes, que en general se ganaron la protección de consumidores locales poderosos como los señores cercanos, las fundaciones de las iglesias, las universidades y los mandos militares. Leopoldo manifestó su propia preferencia por los productores independientes al eximir a quinientos proveedores de la corte de los monopolios de los gremios. En 1689 había emitido un edicto en el que se argumentaba el derecho a controlar el número de maestros y socavar los efectos monopolísticos del modo de operar de los gremios. Incluso antes de eso, Becher, que se oponía a todas las formas de monopolio, estimó que un tercio de los ciento cincuenta mil artesanos de los territorios austriacos eran *Schwarzarbeiter* (literalmente, «trabajadores en negro») que no pertenecían a gremio alguno.

Inmediatamente después de la guerra, los pueblos bohemios habían pedido a Fernando que el imperio elaborase sus productos terminados para la exportación a partir de sus propias materias primas. Becher se convirtió en la fuerza principal en este intento de reconversión. En 1666 había inspirado la creación de una Comisión de Comercio (*Kommerzkollegium*) en Viena, así como el restablecimiento de la primera plantación de seda de la posguerra en las propiedades en la Baja Austria del presidente de la *Hofkammer* , el conde de Sinzendorf. Posteriormente ayudó a crear un *Kunst- und Werkhaus* en el que maestros extranjeros formaron a artesanos no gremiales en la producción de productos terminados. En 1672 ya había promovido la construcción de una fábrica de lana en Linz. Cuatro años más tarde, estableció un centro de acogida para vagabundos que realizaba trabajos textiles en la ciudad bohemia de Tabor, un centro que llegó a emplear a 186 personas bajo su propia dirección (y después de la de Schröder). Aunque no llegasen a concretarse las ideas de Rojas y Spínola sobre una concesión comercial con el imperio español, el Tratado de Vasvár puso en marcha los planes de Becher para crear una Compañía Comercial Oriental (1667–1683) que utilizaría el Danubio como conducto para exportar bienes terminados a Constantinopla tanto de la monarquía como de países occidentales como Inglaterra y los Países Bajos. Al mismo tiempo, se estableció una Compañía Occidental complementaria que se haría cargo de la exportación

occidental de las materias primas de la monarquía a intermediarios extranjeros.

Algunos de los proyectos de Becher tuvieron un éxito limitado. La nueva fábrica de lana de Linz se convirtió en una de las más grandes e importantes de Europa; pero la mayoría de las iniciativas gubernamentales terminaron fracasando. La Comisión de Comercio se vio lastrada por la corrupción y la indiferencia de Sinzendorf. La casa de trabajo de Tabor casi se derrumbó tras apenas cinco años debido a la falta de fondos gubernamentales y luego resultó destruida dos años después durante la invasión turca. La Compañía Oriental fue fatídicamente perjudicada por una combinación de mala gestión, prohibiciones de exportación del gobierno contra el imperio otomano, la oposición de los comerciantes en su mayoría ortodoxos del sultán y, en última instancia, por el estallido de la guerra. El *Kunst-und Werkhaus* también se derrumbó durante la década de 1680, en parte debido a la falta de voluntad del régimen para importar un número significativo de maestros protestantes extranjeros y trabajadores cualificados.

La mala gestión del gobierno, la guerra y la persecución religiosa contribuyeron a estos fracasos. Con todo, puede decirse que un cambio económico tan dramático era imposible en ausencia de la infraestructura comercial necesaria. La monarquía sufrió la escasez de bancos y otras instituciones de crédito, así como por carecer de un sistema de transporte adecuado; proliferaban los obstáculos debidos al mal estado de las calzadas, las tarifas internas, los ríos imposibles de navegar y en especial las malas conexiones terrestres entre los territorios de Austria Interior y la costa del Adriático. Cualesquiera que fuesen las causas subyacentes, este historial mixto de éxitos y fracasos de los cameralistas dio alas a sus críticos y enfrió el apoyo del gobierno, necesario para que el reinado de Leopoldo alcanzase cierto equilibrio. Aunque sin duda ayudaron en la recuperación de los *Erblande* de la devastación de la guerra de los Treinta Años, la monarquía en general siguió siendo exportadora de material de primera necesidad y materia prima que más tarde se volvía a importar en forma de bienes terminados.

Aunque los programas agrarios de los cameralistas también tuvieron resultados ambivalentes, puede decirse que promovieron el desarrollo económico. El mayor crecimiento demográfico y la tolerancia religiosa dieron sus frutos en la llanura húngara, donde la Comisión Dietrichstein ayudó al ritmo febril de la colonización con

subvenciones especiales para la libertad religiosa. Schröder también jugó un papel clave en la legitimación de los llamamientos de un número creciente de funcionarios públicos, nobles y clérigos, que denunciaron el sufrimiento del campesinado de la monarquía. En uno de sus sermones, el prominente predicador de la corte Abraham a Sancta Clara acusó a los despiadados terratenientes nobles de «chupar la sangre de sus campesinos como sanguijuelas». Desde su situación oscura y a veces velada en las provincias, nobles protestantes como Wolf Helmhard von Hohberg también alzaron su voz contra los aristócratas ausentes que vivían cómodamente en Viena, mientras que los administradores de sus fincas aplicaban despiadadamente las estrategias del capitalismo terrateniente. Por descontado, a Schröder y sus partidarios no solo les motivaba el aspecto humanitario; también actuaban movidos por un interés propio ilustrado más sofisticado: muchos de los principados alemanes habían apreciado durante mucho tiempo la necesidad de proteger al campesinado como la principal fuente de producción e ingresos vía impuestos. Esta práctica de la *Bauernschutz* (protección del campesinado) fue una parte integral del pensamiento de los cameralistas como Schröder, quienes argumentaron que un campesinado sano y contento sería más productivo y, por lo tanto, enriquecería tanto al monarca como a los nobles terratenientes.

La tendencia del gobierno a demorar la protección de sus campesinos fue más evidente en los *Erblande* . Ya en 1657, Leopoldo emitió una patente sobre los servicios *robot* en tierras bohemias que limitaba lo que los propietarios podían imponer a sus siervos. Durante los siguientes dos decenios ordenó regulaciones adicionales que, entre otras cosas, facultaban a los gobernadores reales y a los funcionarios locales para juzgar las reclamaciones de los campesinos contra sus propietarios. En 1679 también emitió una patente para la Baja Austria que no solo regulaba y limitaba el servicio *robot* , sino que permitía incluso a los campesinos conmutarlo por un pago en efectivo. Por desgracia, resultó imposible hacer cumplir la mayoría de estas iniciativas a nivel local contra la resistencia pasiva de los obtusos terratenientes. Leopoldo se dio cuenta de su difícil situación en 1679, cuando un brote de peste lo llevó a trasladar su corte a Praga. El campesinado bohemio aprovechó la oportunidad para apelar directamente a él. Aunque al principio recibiese sus peticiones, no tardó en ceder a las protestas de la nobleza terrateniente, remitiendo dichas reclamaciones a los

tribunales de distrito dominados por los nobles y permitiendo que las autoridades locales encarcelasen a los propios peticionarios. Hizo incluso una concesión adicional a los propietarios: canceló ciertos derechos del campesinado anteriores a la «detestable rebelión» de 1618.

Leopoldo se dio cuenta de su error al año siguiente, cuando se desencadenó en Bohemia y parte de Moravia un gran levantamiento campesino. El ejército logró finalmente aplastar la revuelta, matando a un centenar de campesinos en una sola y decisiva batalla. Puede que otros cien campesinos fuesen ejecutados, y más de mil fueron condenados a prisión o a trabajos forzados. Con todo, Leopoldo también supo dar respuesta a las causas subyacentes de la rebelión ampliando la patente sobre los servicios *robot* el 28 de junio de 1680. Además de reafirmar el acceso de cada campesino a la justicia real, la patente pasaba a limitar el *robot* a un máximo de tres días por semana y prohibía todo servicio en domingos y festivos, a menos que el párroco lo permitiese explícitamente. Se prohibió a los propietarios aumentar arbitrariamente las rentas u otras tarifas, e incluso obligar a sus campesinos a comprar productos de empresas señoriales. Leopoldo advirtió también a los nobles terratenientes que debían tratar a sus siervos «suave y cristianamente».

Sin embargo, es difícil determinar si esta última patente *robot* fue mucho más efectiva que las medidas anteriores. Incluso allá donde se observó el límite de tres días, la patente pudo haber conducido a un aumento general en el servicio *robot* , al establecer tres días como un estándar mínimo para los campesinos que previamente habían soportado una carga más ligera. Los propietarios también supieron hallar una gatera que les permitiese exigir servicios extraordinarios en caso de emergencia. Y ni un solo campesino demandó a su arrendador en ningún momento durante el siguiente medio siglo. De hecho, tanto la considerable emigración de colonos a Hungría después de la reconquista como el estallido de una segunda revuelta —menor— en 1692 apuntan a que la patente *robot* fuese una panacea para el campesinado bohemio y moravo. Por otro lado, en las dos últimas décadas del siglo se vivió una dramática recuperación de las poblaciones campesinas, que finalmente alcanzaron los niveles anteriores a la guerra en 1700, a pesar del flujo migratorio hacia Hungría.

Los intentos del gobierno de mejorar la suerte del campesinado

también se extendieron a Hungría, aunque la oposición de la nobleza magiar supuso un obstáculo todavía mayor para su éxito. Ya en 1672, Leopoldo y sus ministros habían considerado brevemente reducir las exacciones señoriales del campesinado húngaro como un medio de socavar el atractivo de la revuelta *kuruc* . En cambio, optaron por el enfoque más convencional del absolutismo confesional y el *Gubernium* de Ampringen, tal vez porque un ataque directo a los privilegios de la nobleza habría espantado a los magnates católicos leales. Tras la Dieta de Pressburg de 1687, la Comisión Dietrichstein presionó para que se instaurase el mismo máximo de tres días en el servicio *robot* que ya estaba vigente en Bohemia, junto a un impuesto sobre las tierras de dominio de los nobles, mientras que Kollonitsch llegó a proponer conmutar el servicio *robot* por pagos en efectivo. No obstante, dada la ola de protestas que desataron estos planes cuando la Dieta volvió a convocarse en 1689, Leopoldo limitó el alivio de la situación de los campesinos al establecimiento de tribunales reales regionales que les permitiesen eludir a los jueces señoriales para presentar sus reclamaciones contra los propietarios. Una breve revuelta campesina en los condados orientales de la Alta Hungría en 1697 atestiguó la necesidad de implantar nuevas medidas contra la nobleza, así como el descontento de los campesinos con el aumento de los impuestos reales y los reclutamiento forzosos.

Los inicios de la asimilación cultural

Otro ingrediente más en el surgimiento de la monarquía como una gran potencia fue la identidad compartida y la unidad cultural que comenzaba a fraguarse entre sus tres instituciones más poderosas: la corte, la nobleza y la Iglesia católica. La corona no solo había logrado un consenso con sus aliados extranjeros y sus vasallos alemanes; también había establecido un sentido del interés común y la interdependencia con las élites gobernantes de los territorios que la componían (sobre todo en los *Erblande*). Mientras tanto, aunque la integración de Hungría en el *Gesamtstaat* de los Habsburgo había sido más gradual y menos completa, tanto la corona como el país se habían vuelto más sensibles a los intereses vitales del otro. La nobleza había renunciado al derecho a la revuelta y, como en Bohemia, su Dieta había reconocido formalmente el derecho de sucesión hereditaria de la dinastía. Por su parte, Leopoldo se había abstenido deliberadamente de aplicar una solución bohemia a

Hungría. La nobleza seguía estando muy a salvo, por vía constitucional, de la autoridad real, bastante limitada, especialmente al nivel de los condados. El grueso de la mayoría no católica del reino conservaba al menos un tenue derecho a la libertad religiosa. Pero estas limitaciones de ninguna manera hipotecaron el potencial para un mayor sentido de unidad y lealtad a la corona. Si la nobleza magiar no estaba todavía totalmente comprometida con la monarquía en su conjunto, era porque aún se le negaba el acceso al patrocinio y al poder que se había extendido a la leal nobleza bohemia después de la batalla de la Montaña Blanca. De todas maneras, conseguiría esas condiciones con el tiempo.

Varios instrumentos y símbolos del consenso entre la corona, la nobleza y la iglesia ya eran evidentes a finales de siglo. Ninguno fue más obvio o importante que los aumentos en la Contribución y el ejército permanente que esta financiaba. Durante la guerra de los Treinta Años, Fernando II se vio obligado a confiar en España, la Liga Católica y empresarios militares como Wallenstein para la defensa de la monarquía. Medio siglo después, el crecimiento constante de los ingresos estatales había promovido el establecimiento de un ejército permanente de cien mil hombres. El emperador todavía necesitaba mirar más allá de las fronteras de la monarquía para encontrar a sus mejores mariscales de campo, como Montecuccoli y numerosos príncipes imperiales como Carlos de Lorena y Eugenio de Saboya. Sin embargo, mientras que los oficiales extranjeros y los subsidios seguían siendo elementos indispensables en el aparato militar del emperador, cada vez se nutría más de personal de la nobleza nativa y de ingresos provenientes de todos los dominios de Leopoldo, incluidas las grandes contribuciones voluntarias de los fundaciones eclesiásticas de la monarquía. Las provincias bohemias y austriacas habían cooperado más estrechamente con las coronas, en lugar de aumentar sus niveles de tropas e impuestos. Incluso el Tirol, que anteriormente había aceptado la reunificación con la monarquía con una notable falta de entusiasmo, se vio impelido a votar la concesión de sumas extraordinarias durante los diez últimos años de la guerra. Al mismo tiempo, las provincias de la Baja Austria comenzaron a asumir la deuda estatal a cambio de nuevas imposiciones con las que pudieron a su vez sacar tajada. Incluso la nación magiar accedió a la imposición de mayores niveles de

acuartelamiento e impuestos militares.

Otra fuerza integradora crucial para el desarrollo de la monarquía fue la evolución de una cultura común entre sus élites gobernantes. En 1700, el triunfo de la Contrarreforma era evidente en varios medios. La corona no se cansó de hacer propaganda sobre el vínculo entre el destino de la dinastía y la Verdadera Fe. Después de la victoria en la colina de Kahlenberg, Leopoldo obtuvo una declaración papal por la que el 12 de septiembre se convertía en el día sagrado en toda la Europa católica en nombre de María. Aunque el culto a la Virgen continuó disfrutando de un lugar especial en la hagiografía de los Habsburgo, el emperador también promovió la veneración de otros santos, como José (ese nombre le dio a su primer hijo) y Leopoldo, su tocayo de la casa de Babenberg del siglo XII y fundador del gran monasterio de Klosterneuburg. Quizás su monumento devocional más famoso fue la Columna de la Trinidad que erigió en el Graben, en la que atribuyó la liberación de Viena de la epidemia de peste de 1679 a su llamamiento a la Santísima Trinidad. Como lo había hecho en el pasado, la Compañía de Jesús dirigió las órdenes monásticas para llevar el mismo mensaje más allá de la corte. Los graduados de sus universidades controlaban no solo las escuelas y universidades de la monarquía, sino también la censura. También fue magistral en la utilización de dramas públicos como herramienta didáctica. Algunas de estas obras empleaban a cientos de actores e impresionantes escenarios en los que todo se representaba, desde el cielo y el infierno hasta los terremotos y los rayos. Un escritor jesuita, Nikolaus Avancini, escribió no menos de cincuenta y tres de estos dramas, muchos de ellos con temas históricos que combinaban narraciones con alabanzas a la dinastía y la fe católica. Las órdenes religiosas también promovieron procesiones en áreas protestantes, como ocurrió en las ciudades luteranas de la Baja Silesia, donde distribuyeron octavillas que predecían que los espectadores «mirarán hoy, estarán atentos mañana, [y] participarán al día siguiente».

Su éxito quedó plasmado en el extraordinario aumento tanto en el número de personas que ingresaron en el clero como las que lo hicieron en las órdenes religiosas y otras fundaciones patrocinadas por la Iglesia. Solo en Viena, la segunda mitad del siglo fue testigo de la fundación de ciento nueve cofradías religiosas, junto con más de dos docenas de claustros. Los jesuitas acomodaron a los aspirantes a conversos mejor preparados, y también realizaron

ceremonias de conversión en masa en su *Professhaus* . El patrocinio del gobierno seguía siendo un argumento poderoso para la conversión, no solo para los nobles sino también para el creciente número de profesionales con educación universitaria que buscaban emplearse en la administración. Entre ellos un número significativo de alemanes del *Reich* que, como el excanciller austriaco Hocher y el elector sajón Federico Augusto, vieron la conversión como un requisito previo necesario para obtener el favor del emperador. De hecho, en las últimas décadas del reinado se produjeron algunas conversiones de otros funcionarios clave nacidos en Alemania, como el cameralista Becher y el futuro gran chambelán y el canciller austriaco del hijo de Leopoldo, José. Más notable fue el regreso y la conversión de varios polemistas luteranos exiliados, que volvieron entonces sus plumas contra su antigua fe. Entre ellos estaban el silesio Johannes Schefler, que en adelante escribió bajo el seudónimo políticamente correcto de Angelus Silesius; Ferenc Otrokoczy, empleado de la prensa jesuita en Tyrnau; y su compañero húngaro, Estobeo, que llegó a componer un escrito, provocador y polémico, titulado *¡Sal, Martín Lutero, de tu rincón! ¡El gato luchará y se comerá el ratón!*

La Iglesia también encabezó la marcha para patrocinar proyectos de construcción y mecenazgo de las artes en toda la monarquía, ya fuese en el campo, en las principales ciudades o en la propia Viena. El programa de construcción tenía la intención de propagar su triunfo sobre la herejía y el islam, pero también la de acomodar al mayor número de fieles y clérigos que estaban engrosando la Iglesia. Además de las de nueva construcción, muchas iglesias existentes fueron renovadas en el nuevo y barroco estilo jesuita (*Jesuitenstil*) indisolublemente asociado con la Contrarreforma. La nobleza terrateniente, cada vez más próspera, hizo lo propio con sus propios programas de construcción. La aristocracia bohemia y morava se distinguió por su apoyo al teatro, las bellas artes y especialmente la música, manteniendo coros, orquestas y compositores a sueldo con sus patrimonios. Algunos de ellos construyeron también palacios en Viena, junto con edificaciones de verano más allá de sus muros. Mientras que muchos se sintieron atraídos por la ciudad por las perspectivas que esta ofrecía de patrocinio por parte del gobierno, a otros les atraía el estilo de vida glamuroso y estimulante de la corte, o incluso la oportunidad de componer y actuar en las funciones dramáticas y musicales de la

corte. A pesar de su crisis fiscal, la corte gastó libremente desde que arrancó la posguerra. El sostenido mecenazgo de Fernando III y Leopoldo I de una cultura musical inició la hoy célebre asociación de la ciudad con este arte. Incluso cuando el dinero era escaso, Leopoldo era conocido por pagar primero a sus músicos que al resto de funcionarios de la corte. Celebró sus nupcias con Margarita Teresa en diciembre de 1666 con seis semanas de celebraciones que incluyeron varias actuaciones musicales y un intrincado ballet ecuestre en el *Hofburg* . También dedicó más de cien mil florines a la construcción de un *Komödienhaus* (teatro de la comedia) con mil quinientos asientos, que quedó completado en 1667.

A finales de siglo, la propia Viena se había convertido en otro símbolo e instrumento para la integración de los territorios que componían la monarquía. Su triunfo sobre Praga, que había comenzado con el regreso de la corte imperial tras la muerte de Rodolfo II en 1612 y la transferencia de la cancillería bohemia doce años más tarde, fue sellado por las pérdidas que posteriormente infligieron a la capital bohemia las sucesivas ocupaciones suecas. El cierre de las escuelas de cadetes de los Habsburgo en Graz e Innsbruck, junto con la transferencia progresiva de varias oficinas húngaras y transilvanas, afianzaron aún más la posición preeminente de Viena en el seno de la monarquía. Con una población de ochenta mil habitantes ya se había convertido en el indiscutible centro administrativo, cultural y de población de la monarquía a principios del reinado de Leopoldo. La cifra masiva de muertes y destrucción causada por el asedio turco de 1683 retrasó temporalmente la evolución demográfica y cultural de Viena. De hecho, la ciudad y el propio *Hofburg* quedaron tan devastados que Leopoldo se vio obligado a trasladar el tribunal a Linz durante varios meses a partir de entonces. Sin embargo, Viena se recuperó rápidamente. El prolongado período de confianza y prosperidad de la posguerra dio paso a una de las épocas arquitectónicas más esplendorosas de la historia de la ciudad; los edificios gubernamentales, las iglesias, los claustros y las mansiones aristocráticas cubrieron rápidamente el poco espacio disponible al interior de sus muros medievales, ocupando con frecuencia el lugar de casas burguesas que habían sido dañadas o destruidas en el asedio. En 1700 la ciudad ya había crecido mucho más allá de sus fortificaciones, albergando una población de al menos cien mil personas.

Aunque eran los italianos los que dominaban las artes creativas, el patrocinio eclesiástico y aristocrático cada vez se volcó más en los artistas nativos. Quizás el ejemplo más destacado en el campo de la música fue el compositor checo Josef Vejvanovský, a quien el obispo Karl von Liechtenstein de Olmütz retuvo en su palacio en Kremsier (Kroměříž). Sin embargo, también atrajeron a artistas de todo el continente, especialmente de Alemania e Italia. La corona hizo lo mismo. Fernando III y Leopoldo revivieron la afición de Rodolfo II a atraer artistas de toda Europa, especialmente italianos. Las formas sinfónicas y operísticas italianas establecieron en la corte una hegemonía de un siglo de duración. En 1667 Leopoldo gastó cien mil florines para representar una sola ópera italiana como parte de las celebraciones nupciales del diciembre anterior. Tampoco dudó en usar formas italianas en sus propias composiciones, o el idioma mismo en su discurso y en su correspondencia.

Sin embargo, el aroma internacional de la cultura de los Habsburgo no puede ocultar el surgimiento del alemán como otra fuerza cultural duradera y unificadora en la evolución de la monarquía. Al principio, su creciente presencia entre las élites de la monarquía no fue promovida conscientemente por el gobierno. Por el contrario, los agentes de la Contrarreforma habían favorecido a menudo otras lenguas, especialmente porque intentaban contrarrestar la influencia de las ciudades luteranas de la monarquía. El italiano se había impuesto al alemán entre las clases dominantes de Gorizia y otras partes del litoral adriático tras la emigración de los nobles y los burgueses de habla alemana y su remplazo por los católicos italianos. Del mismo modo, el régimen de Leopoldo promovió el ascenso del eslovaco, e incluso el magiar, entre los funcionarios de las ciudades de la Alta Hungría, reduciendo los privilegios especiales de los miembros de las oligarquías luteranas alemanas. Con el fin de mejorar el atractivo del catolicismo en la campiña, la prensa jesuita en Tyrnau dio de lado el alemán en favor del latín y de otras lenguas indígenas del reino. Y reaccionó a la traducción calvinista existente de la Biblia publicando una edición en magiar, a pesar de que el papado prohibía normalmente las ediciones vernáculas. También hizo algunas incursiones entre los eslovacos luteranos del reino, y los rutenos y rumanos ortodoxos, traduciendo y distribuyendo catecismos y otra literatura religiosa entre ellos. No es que el

panorama fuese del todo diferente en los territorios de la corona en Bohemia. En la Alta Silesia, varios monasterios y otras fundaciones religiosas fueron polonizados. Aunque Fernando II había otorgado al alemán el mismo estatus que al checo en la gestión de los asuntos oficiales, este último siguió siendo el idioma de instrucción religiosa entre las mayorías de habla checa en Bohemia y Moravia, así como en las franjas meridionales de la Alta Silesia. Además, en la segunda mitad del siglo, los checos nativos habían remplazado por lo general al ejército extranjero de clérigos —compuesto principalmente por alemanes e italianos— enviado por primera vez durante la guerra de los Treinta Años.

El triunfo final del alemán no se debió a la coerción de la iglesia o el gobierno, sino que fue un reflejo la aclimatación voluntaria de nobles, burgueses y profesionales a la cultura alemana cada vez más dominante en la monarquía. El proceso de aculturación nacional tuvo una larga trayectoria en los territorios de los Habsburgo. Poco después de la ocupación turca de la mayor parte de Hungría, sesenta mil refugiados croatas huyeron a la Baja Austria y las áreas de habla alemana del oeste de Hungría y el sur de Moravia, donde finalmente adoptaron el idioma local; el flujo paralelo de nobles magiares en la Alta Hungría hizo que la región de habla eslovaca de la zona adoptase el magiar. Como ya hemos visto, muchos nobles que residían en la Croacia de los Habsburgo, como las mencionadas familias Zrinyi, Frangepáni y Kollonitsch, también se magiarizaron a mediados del siglo XVII . En cuanto a los territorios de la corona en Bohemia, la nobleza eslava de la Alta Silesia y Lusacia se habían germanizado mucho antes de la batalla de la Montaña Blanca. Sin embargo, lo más importante de todo fue la reciente germanización de la nobleza checa nacida en el extranjero y nativa de Bohemia y Moravia, aunque solo fuese porque su rápida asimilación y su firme compromiso con la dinastía contrastaban fuertemente con lo acaecido en Hungría. Tras el fracaso de la conspiración de los magnates y la revuelta de Thököly, Leopoldo y sus nuevos consejeros austriacos y bohemios concluyeron que la población de habla magiar era la menos de fiar de entre las diversas poblaciones de la monarquía. Al mismo tiempo, comenzaron a vincular el idioma y la cultura alemana con el catolicismo como otro instrumento para infundir una mayor lealtad a la dinastía. De ahí el trato de favor que la Comisión Dietrichstein, su *Commissio Neo Acquistica* y el cardenal Kollonitchs comenzaron a dispensar a los

colonos alemanes (y otros no magiares) tras la recuperación de la llanura húngara.

Por voluntario que fuese el proceso de germanización, fue efectivo en gran medida gracias a que ofreció a los nobles y otros grupos sociales un mayor acceso a la riqueza o al poder como miembros de la élite gobernante. En este sentido, el uso selectivo, por parte del régimen, de privilegios políticos, patrocinios y concesiones de tierras tenía por fin ganar en control social. Sin embargo, los nobles a los que protegieron también estaban motivados por una inclinación universal hacia la autoafirmación y el estatus. No era muy distinta de la nobleza francesa en Versalles; sus posiciones y su presencia en la corte les permitían compartir protagonismo con el emperador, su corte y la Iglesia, especialmente uniéndose a ellos para financiar edificios y a un gran número de artistas de prestigio. El fabulosamente rico Karl Eusebius von Liechtenstein hablaba en nombre de los aristócratas cuando escribía en un libro sobre arquitectura en el que identificó «la única razón para los edificios señoriales: el nombre eterno, la fama y los honores que uno obtiene por los grandes edificios que deja atrás». Dado que consideraba los grandiosos palacios como la mejor manera de denotar estatus, aconsejó a sus compañeros aristócratas que hiciesen que sus palacios fueran lo más amplios posible, con un número máximo de ventanas y columnas.

Esta búsqueda del autoensalzamiento impregnaba a toda la élite gobernante. La Iglesia usó su mecenazgo de las artes no solo como un medio para la educación religiosa, sino como una celebración de la recuperación del catolicismo frente a los reveses del siglo anterior. Leopoldo no se vio menos impulsado por la necesidad de celebrar sus triunfos. Es cierto que los recientes éxitos de la monarquía se debieron más a la agresión de Luis XIV y los Kiuprilis otomanos, que habían unido a sus enemigos, antes que a Leopoldo o a su impotente primo español. Incluso al entrar en la quinta década de su reinado, las referencias de sus propagandistas a «Leopoldo el Grande» cayeron en oídos sordos, y ciertamente nadie habló de una «Era de Leopoldo I». Sin embargo, el emperador usó su promoción de las artes para impulsar la imagen de la dinastía no solo en casa y en el extranjero, sino a sus propios ojos. Su decisión de emular a su adversario francés, proyectando un Versalles austriaco para su hijo en Schönbrunn, fue un reflejo de esta búsqueda personal: fue precisamente la escasez de fondos la que retrasó su construcción,

exponiendo las deficiencias residuales que aún separaban a su monarquía de la francesa.

Fue mucho lo realmente logrado por Fernando III y Leopoldo I en el último medio siglo. Al continuar sirviendo a los intereses de la aristocracia y la Iglesia, cimentaron la alianza simbiótica que sus predecesores habían forjado durante el anterior siglo. Como resultado, la monarquía se mantuvo unida por una base imponible mucho más alta, un ejército permanente razonablemente efectivo y una pujante cultura común que reforzó la hegemonía de las élites gobernantes católicas y alemanas de la monarquía. Vale la pena señalar que cada uno de estos elementos constituyó una poderosa fuerza integradora que ayudó a sostener la monarquía durante el resto de su historia.

No obstante, a pesar de la prosperidad y la confianza recién descubiertas que galvanizaron todos los elementos de la élite gobernante, una serie de problemas impedían todavía el surgimiento de la monarquía como una gran potencia. Una de estas limitaciones estaba en los recursos materiales de la monarquía. Durante el último medio siglo, su población había crecido en al menos dos millones de personas, desde un mínimo de quizás siete millones en 1648. La mayor parte de estos logros se debió a la recuperación demográfica de los territorios de la corona en Bohemia y a la reconquista y colonización de Hungría. Sin embargo, su población todavía era diminuta en comparación con los veinte millones de franceses de Luis XIV, y era mucho más pobre y menos productiva que las de Francia, Inglaterra o las Provincias Unidas. En un mundo donde la riqueza estaba cada vez más determinada por la industria y el comercio, solo el dos por ciento de la población de la monarquía vivía en las ciudades. Mientras tanto, el eslabón más débil de todos seguía siendo Hungría, que todavía necesitaba tiempo para recuperarse de un siglo y medio de guerra y ocupación. Incluso con la recuperación económica constante de los *Erblande* y el incremento de impuestos que aquella entrañaba, los ingresos anuales en tiempos de guerra fueron de solo nueve millones de florines, esto es, aproximadamente una octava parte de los de Francia.

Otro factor limitante era la alianza de la corona con la Iglesia y la nobleza terrateniente. Por más que desempeñase un papel crucial en la unión de la monarquía y en la mejora del prestigio de la dinastía, no salió gratis. Como ya hemos visto, las medidas que Fernando III

y Leopoldo habían puesto en marcha para establecer un programa económico integral se vieron minados por el persistente legado de la persecución religiosa y por los privilegios comerciales otorgados a la nobleza, que obstaculizaban la productividad entre los pueblos y los campesinos libres de la monarquía. Más importante aún, su apoyo a la Contrarreforma y al *Ständestaat* feudal contribuyó a afianzar valores que se alejaban cada vez más de las ideas seculares y racionalistas que estaban anegando Europa occidental y central. A finales de siglo, la Ilustración había evolucionado en Francia e Inglaterra, como consecuencia de la Revolución Científica y como reacción a las políticas impopulares de Luis XIV y Jacobo II. En la Alemania protestante, el crecimiento del pietismo alentó a muchos Estados a adoptar las políticas económicas, fiscales y sociales predicadas por las ciencias camerales.

Hay al menos tres explicaciones para el aislamiento de la monarquía de estas tendencias. Hasta cierto punto fue víctima del propio éxito de la élite gobernante. Mientras las obvias deficiencias de los regímenes de los borbones y los Estuardo inspiraban a los filósofos franceses e ingleses a buscar valores distintos, como los representados por la Ilustración, la coalición de la monarquía con la Iglesia, la aristocracia y la corona se ocupó de legitimar un sistema que había restablecido el catolicismo, expulsado a los turcos de Hungría y restructurado y reavivado la economía de los *Erblande* . En lugar de recurrir al escepticismo y la introspección, las élites gobernantes difundieron sus propios valores patrocinando el arte barroco. Un segundo factor fue la persecución y expulsión de los protestantes por parte de la élite gobernante católica. La intolerancia religiosa nunca fue tan extrema como en España, donde la rama principal de la dinastía se valió de un celo cruzado muy arraigado, fruto de una lucha de siglos en la península contra el islam, para perseguir a los herejes, sin preocuparse por la guerra civil o la intervención extranjera. Aun así, muchos de los mejores escritores, filósofos y científicos de la monarquía ya habían emigrado a mediados de siglo. Quizás la figura más notable fue el último obispo de los Hermanos Bohemios, Jan Amos Komenský (más conocido como Comenius), cuyo vagar tras la batalla de la Montaña Blanca le llevó hasta prácticamente todos los países protestantes de Europa, incluida Transilvania, donde se unió a varios exiliados magiares para el estudio de la filosofía y las ciencias naturales. Algunos se quedaron un poco más, como el

rector del Liceo Protestante de Eperjes, Johannes Bayer, quien enseñó el método inductivo de Bacon durante un decenio antes de morir camino de su propio exilio en 1674.

Menos abierta, aunque tal vez más efectiva para cerrar la ventana cultural de la monarquía hacia occidente, fue la utilización selectiva del mecenazgo de la élite gobernante. Aunque no se opusieron abiertamente a la ciencia y al humanismo, estas disciplinas recibieron mucha menos atención de la que habían disfrutado antes de la Contrarreforma. Así, pese a que ciertamente varios pensadores jesuitas e incluso Fernando III realizaron experimentos y estudiaron las ciencias naturales, tanto la Iglesia como el Estado centraron su apoyo en la propagación de la lealtad pública al catolicismo y la dinastía. Era fácil encontrar libros devocionales, como dos colecciones de leyendas marianas en lengua magiar editadas por Pál Esterházy en 1691 y 1696, o el *Triunfo de los inocentes* (escrito en latín) en el que Stefan Székely glorificó a los santos del pasado de Hungría como los predecesores de los Habsburgo. Tampoco hubo escasez de descripciones, historias y polémicas dedicadas a la dinastía y sus dominios. Al mismo tiempo, sin embargo, resultó imposible para Francisco José, conde de Hoditz, encontrar un publicador para su trabajo sobre las moralidad y las leyes. El hermano mayor del cameralista Schierl von Schierendorff perdió incluso su puesto judicial en Moravia después de enjuiciar a la Compañía de Jesús por violar las leyes de herencia locales.

Quedaban algunos lazos tenues con el progreso intelectual. Que la dinastía conservase la corona imperial siguió siendo un imán para los académicos alemanes y otros profesionales, de ahí la valiosa contribución de hombres como Becher, Hörnigk y Schröder, todos ellos provenientes de Estados protestantes. La supervivencia de cierta tolerancia religiosa, por muy limitada que fuese, en Hungría y Silesia, permitió que ambos dominios sirviesen como intermediarios para la infiltración de nuevas ideas del imperio y Europa occidental. De hecho, mientras los húngaros católicos y los silesios estudiaban en Tyrnau, Olmütz, Praga o la nueva universidad jesuita de Breslavia, sus compatriotas protestantes estaban expuestos a ideas bastante diferentes que se enseñaban en el extranjero en universidades como Utrecht, Leiden, Basilea, Jena, Leipzig y Frankfurt del Óder. Un siglo después, las conexiones alemanas y silesias desempeñarían un papel más significativo en el desarrollo político y cultural de la monarquía. No obstante, por el momento se

hacía sentir la hegemonía cultural de la élite de la monarquía que se manifestaba a través de la autopromoción, la persecución limitada y el patrocinio selectivo. La monarquía siguió acogiendo a algunos escritores protestantes, como los poetas luteranos de Silesia Andreas Gryphius y Christian Hofmann von Hofmannswaldau. Pero no produjo un solo filósofo o científico importante después de la muerte de Tycho Brahe y Johannes Kepler a principios de siglo. Aunque Christian Wolff, nacido en Silesia, llevó la Ilustración a toda una generación de alemanes, lo hizo desde puestos universitarios en Sajonia, Prusia y Hesse, mientras que los territorios de los Habsburgo no se vieron afectados de inicio por sus enseñanzas.

Tampoco es de extrañar que el gobierno central no consiguiese aprovechar al máximo los intentos de los cameralistas de reorganizar su administración fiscal a partir de líneas más racionales. Es justo admitir que Leopoldo hizo algunos progresos, si bien limitados, en respuesta a las constantes peticiones de reforma. En 1680, cuando la guerra estaba cerca de abrirse en dos frentes, cedió a las demandas de sus acreedores, que le pidieron una investigación que finalmente llevó al despido del corrupto presidente de la *Hofkammer* , Sinzendorf. No solo recuperó parte de los dos millones de florines que Sinzendorf había malversado, sino que emitió un *Hofkammerordnung* en enero de 1681 que condujo a una mejora en la contabilidad del reino, a la redacción de presupuestos anuales más o menos precisos y a la subordinación de los tesoros bohemios, silesios y húngaros previamente autónomos a la *Hofkammer* . Cuatro años más tarde, el fraile capuchino Marco d ‘Aviano y el nuncio papal lo instaron a reformar el sistema de abastecimiento militar después de que la campaña de 1684 pusiese de manifiesto la existencia de serias deficiencias. Aunque Leopoldo hizo poco por abordar los defectos estructurales del sistema, sí remplazó al incompetente jefe del Comisariado de Guerra, Sigfried Breuner, promoviéndolo a una posición más alta.

La decisión de Leopoldo de promocionar a Breuner en lugar de despedirlo por completo viene a corroborar la opinión convencional de que simplemente era demasiado blando, inconstante e indeciso para ejercer un liderazgo efectivo. A lo largo de su reinado permaneció fiel a numerosos ministros leales, pero incompetentes y con frecuencia añosos, que no solían dejar sus cargos sino a su muerte. Un cuerpo crucial de formulación de políticas como el Consejo Privado creció bajo su dirección de un puñado de asesores

íntimos a ciento cincuenta miembros. Aunque Leopoldo accedió a algunas de las demandas de cambio de sus asesores, se quedó muy lejos de la exhaustiva limpieza que el aparato administrativo de la monarquía necesitaba. Fue especialmente remiso a emprender reformas a nivel local, donde las hordas de agencias dirigidas por el gobierno central o las provincias fracasaron a la hora de recaudar, por no hablar del desvío de un tercio o más de los ingresos del gobierno, que nunca llegaban a la *Hofkammer* . Los gobiernos extranjeros desconfiaban tanto de la *Hofkammer* que, por lo general, eran reacios a proporcionar fondos a Leopoldo sin supervisar lo que iba a hacer con el dinero recibido. Con el paso del tiempo, la corona se vio obligada a reclutar a ciertas provincias de los *Erblande* que estaban dispuestas a asumir la deuda estatal a cambio de la capacidad de fijar nuevos impuestos y tasas. En esto, la Baja Austria asumió el liderazgo, tal vez porque su proximidad inmediata le había permitido desarrollar redes clientelares y facilidades para la supervisión, y porque posiblemente se identificase por cercanía con la difícil situación de la corona.

Conservar este sistema supremamente irracional limitó el tamaño y la efectividad del ejército de los Habsburgo. Montecuccoli puso el dedo en la llaga cuando declaró que la guerra requería tres cosas: «Dinero, dinero y más dinero». Sin embargo, gracias a la escasez crónica de fondos y los suministros que podían comprarse con ellos, los administradores de su generación y los de la de Carlos de Lorena a menudo tuvieron que depender de sus propios recursos para equipar, abastecer y pagar a sus hombres, tal como lo había hecho Wallenstein a principios de siglo. Como resultado, el ejército de los Habsburgo se sintió a menudo obligado a hacer que «la guerra financiase a la guerra» viviendo de las tierras conquistadas. Aunque este sistema funcionase en tiempos de guerra, fue contraproducente en tiempos de paz, cuando gran parte del ejército se vio obligado a pedir demasiado a los propios súbditos de la monarquía, especialmente en Hungría. Por otro lado, incluso con los ingresos que aportaban los subsidios extranjeros y la ocupación militar de Hungría, el ejército no estaba tan bien equipado. Su tamaño era solo una cuarta parte del poderoso ejército francés, que contaba con cuatrocientos mil efectivos. De modo que, por más que la monarquía hubiese recuperado su forma completa por primera vez desde 1529, siguió dependiendo del apoyo de aliados extranjeros. Afortunadamente, la agresión de Luis XIV había inspirado una

coalición antifrancesa no muy diferente de la combinación dinástica angloholandesa-española-alemana que ayudó a forjar la primera gran potencia Habsburgo a comienzos del siglo XVI . Doscientos años después, los acontecimientos en Madrid pondrían a prueba esa coalición.

[1] Ni que decir tiene que la obediencia no quería decir siempre conversión. En una parroquia austriaca, una mujer de la nobleza, aparentemente católica, dio muestras de su oposición a los servicios de comunión obligatorios trayendo consigo una jauría de perros de caza. [2] Por el cual Francia recibiría los Países Bajos españoles, Borgoña, Nápoles, Sicilia, Navarra, Filipinas y los puestos de avanzada del norte de África en España, dejando el resto de España y sus posesiones americanas y del norte de Italia a Leopoldo. [3] Federico Guillermo le confió sus fuerzas a cambio de recibir el pequeño enclave silesiano de Schwiebus como compensación por todas las reclamaciones pendientes de los Hohenzollern en el ducado. Al final, Leopoldo ni siquiera pagó este pequeño precio por la ayuda de Brandeburgo. Aunque entregó Schwiebus en junio de 1686, el gran elector Federico prometió secretamente devolverlo a la monarquía a la muerte de su padre, una promesa que Federico cumplió a regañadientes en 1695, siete años después de su sucesión en 1688. [4] Legalmente, del siglo XIV al XVII , el Sacro Imperio tuvo siete electores, los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, el rey de Bohemia, el conde Palatino del Rin, el duque de Sajonia y el margrave de Brandeburgo (estos tres últimos también llamados el elector Palatino, el elector de Sajonia y el elector de Brandeburgo, respectivamente). Durante el siglo XVII se añadieron otros dos electores hasta totalizar los nueve: el duque o elector de Baviera y el duque de Brunswick-Luneburgo o elector de Hannover (N. del t.).

4.
Mirando al oeste: el Segundo Imperio de los Habsburgo (1700-1740)

LAS POTENCIAS EUROPEAS SE HABÍAN estado preparando para la muerte de Carlos II durante todo su reinado, que duró treinta y cinco años. Finalmente, cuando el siglo agonizaba, signos inequívocos de su inminente desaparición alentaron una frenética actividad diplomática. Aunque los Habsburgo austriacos y los Borbones franceses eran los principales antagonistas, todos los países de primera línea, y varios más pequeños, tenían sus intereses en este enfrentamiento por la sucesión. De hecho, inicialmente hubo tres reclamaciones sobre la herencia de Carlos, todas basadas en los derechos de sus dos hermanas. Como esposo de la anciana María Teresa, Luis XIV pudo presentar una reclamación en nombre del Gran Delfín y sus tres hijos, especialmente porque el gobierno español nunca había pagado a Francia el medio millón de coronas fijado como compensación para que renunciasen a sus derechos hereditarios. Aunque el emperador Leopoldo se había casado con la joven Margarita Teresa, el único descendiente que le sobrevivió fue una niña, María Antonia. Antes de su muerte en 1692, la archiduquesa se había casado con Maximiliano Emanuel y había tenido un hijo, José Fernando, cuyos derechos quiso hacer valer entonces el elector bávaro. Leopoldo expuso sus propios derechos como viudo de Margarita Teresa, pero era su posición como el mayor de los varones Habsburgo lo que más fuerza daba a su reclamación, especialmente en aquellas partes del imperio español donde las leyes de sucesión no tomaban en cuenta los derechos de las herederas. Además, como padre de dos hijos sanos, Leopoldo podía permitirse el lujo de promover la candidatura del joven archiduque Carlos, dejando al príncipe heredero José a cargo de la monarquía austriaca de los Habsburgo después de su muerte.

La reclamación de Baviera se ganó inmediatamente el apoyo de las potencias marítimas, que vieron la sucesión de la casa de Wittelsbach como un contrapeso ideal en el equilibrio de poder. La

candidatura de José Fernando también fue popular en España, pues la reclamación austriaca tenía en su contra el declive del país durante dos siglos de gobierno de los Habsburgo y que Leopoldo no hubiese sido capaz de enviar tropas para evitar la reciente caída de Barcelona. Movido por el deseo de evitar otra guerra, Luis XIV estaba dispuesto a reconocer la reclamación de José Fernando, siempre que su dinastía recibiese al menos una compensación territorial nominal. En octubre de 1698 firmó el llamado Primer Tratado de Partición con Guillermo III por el que refrendaba la sucesión bávara, un acuerdo que compensaba a Austria con Milán y a Francia con el resto de los territorios italianos de España y parte de sus provincias vascas. Leopoldo estaba dispuesto a aceptar el acuerdo, que tenía la virtud de reconocer sus derechos en la persona de su nieto, colocando a España en manos de su aliado alemán más cercano y protegiendo el flanco sur de la monarquía con el ducado estratégico de Milán.

José Fernando murió repentinamente solo cuatro meses después; hubo rumores de que Leopoldo lo había envenenado. Aunque fuesen historias sin fundamento, lo cierto es que Leopoldo fue el beneficiario inmediato de la muerte de su nieto, aunque solo fuera porque una sucesión austriaca parecía mucho menos amenazante para el equilibrio de poder que la perspectiva de una España dominada por Luis XIV. De hecho, Guillermo III y Luis XIV concluyeron de inmediato un Segundo Tratado de Partición en junio de 1699 por el que se otorgaba la mayor parte del imperio español al archiduque Carlos, al tiempo que se compensaba a Francia con la Italia española [1] . A pesar de estos términos favorables, Leopoldo y sus ministros estaban menos satisfechos con la segunda partición de lo que lo habían estado con la primera. Aunque se sentía con derecho a reclamar toda la herencia, Leopoldo estaba dispuesto a conformarse con una partición, pero solo si servía a las necesidades estratégicas de la monarquía. En este sentido, España y su imperio colonial eran mucho menos importantes que Italia, que consideraba absolutamente esencial para defender el flanco suroeste de la monarquía. Del mismo modo, valoraron la adquisición de los Países Bajos españoles, pero sobre todo porque esperaban poder usarlos como moneda de cambio para comprar la vecina Baviera a Maximiliano Emanuel.

Todas estas maniobras ignoraban los deseos de Carlos II, quien compartía el rechazo de su país a la partición de su imperio. De

hecho, había respondido al Primer Tratado de Partición consignando todo su imperio a José Fernando. Con la muerte del príncipe bávaro, el rey decidió dejar todo el imperio español en manos de los Habsburgo, en lugar de las de su enemigo francés. El 29 de septiembre de 1700 firmó el testamento que le presentaron su esposa —a favor de los Habsburgo— y el embajador austriaco, el conde Harrach, por el que se designaba al archiduque Carlos como su único heredero. Pero muchos de sus ministros y sus grandes eran de una idea distinta. Dirigidos por el arzobispo-primado de Toledo, el cardenal Portocarrero, esperaban poner fin a un siglo de decadencia bajo los Habsburgo volviéndose hacia Francia, el único país con los recursos militares para proteger a España de la partición. Aunque Carlos nunca destacó por su inteligencia, al final supo ver que le convenía tener a Luis XIV como aliado, y no como enemigo. Aunque ya apenas consciente, consintió en la sucesión borbónica el 30 de octubre, garabateando las palabras «Yo el Rey» en un nuevo testamento presentado ante él por Portocarrero.

Dos días después, el último Habsburgo español había muerto. Harrach, estupefacto, se enteró de la «conversión» de Carlos en su lecho de muerte al día siguiente, cuando le abrazó con entusiasmo un grande español que le decía lo feliz que le hacía «despedirse de la Casa de Austria». No sería la última de las humillaciones. Leopoldo nunca recibió noticias de Harrach sobre la muerte y el testamento de Carlos, porque el mensajero del embajador fue descabalgado por su caballo y resultó muerto mientras cruzaba los Alpes. Cuando finalmente recibió la noticia, vino de Versalles, donde Luis XIV ya había proclamado a su nieto, el duque de Anjou, como nuevo rey Felipe V de España. Hay que decir que Luis le ofreció dejar a un lado la voluntad de Carlos II y cumplir con los términos del Segundo Tratado de Partición, siempre y cuando Leopoldo aceptase que Francia se quedase con la Italia española. Sin embargo, el emperador rechazó esta oferta. Con una determinación impropia de él, ordenó al príncipe Eugenio y al pequeño ejército de la monarquía sobre el terreno de los Alpes que iniciasen operaciones ofensivas contra Milán. Dada la decisión de Leopoldo de combatir, Luis XIV decidió aceptar la herencia indivisa en lugar de atenerse al Segundo Tratado de Partición, ya que ofrecía mejores perspectivas luchar contra Leopoldo teniendo a España de su lado.

Leopoldo creía fervientemente en la justicia de su reclamación de la herencia española de los Habsburgo. No obstante, su decisión

aparentemente imprudente de luchar contra Francia y España partía principalmente de su negativa a permitir que Italia cayese bajo el control borbónico tras dos siglos de hegemonía de los Habsburgo. Compartieron su juicio no solo sus ministros, sino también los sucesivos monarcas y estadistas de los Habsburgo durante el siguiente medio siglo. Así como la política extranjera de los Habsburgo se había concentrado primero en Alemania y luego en Hungría durante el siglo XVII , volvió entonces a centrar su atención en el oeste, en la herencia española y especialmente en la península italiana.

LA GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA

Con todo y como en tiempos pasados, las perspectivas de éxito del emperador dependían en gran medida de su capacidad para conseguir apoyos nacionales y extranjeros. Las provincias de los *Erblande* expresaron su apoyo votando un aumento del cincuenta por ciento en la Contribución; asumieron incluso aproximadamente la mitad de la deuda de la monarquía (unos cuarenta millones de florines), lo que permitió a la *Hofkammer* imponer nuevas y extensas obligaciones. Una serie de ataques franceses contra Alemania también contribuyó a garantizar la lealtad de los príncipes imperiales. Incluso antes de enterarse de la muerte de Carlos II, Leopoldo había asegurado un gran contingente militar de Brandeburgo-Prusia prometiendo reconocer a su elector como rey de Prusia.

Sin embargo, si pretendía vencer en la guerra de sucesión española, necesitaba volver a congregar la Gran Alianza que luchó contra Luis XIV en la guerra de los Nueve Años. Al principio, las potencias marítimas aceptaron de mala gana la legitimidad de una sucesión borbónica en España, especialmente porque había sido Leopoldo, y no Luis XIV, quien se había negado a cumplir lo dispuesto en el Segundo Tratado de Partición. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que la arrogancia de Luis XIV reavivase el miedo a la hegemonía francesa. A principios de 1701 envió tropas francesas al norte de Italia y a los Países Bajos españoles. Entre otras cosas, expulsaron sin contemplaciones a los holandeses de varias «fortalezas de barrera» que el Tratado de Rijswijk les había permitido guarnecer a lo largo de la frontera franco-belga. En agosto concluyó un tratado comercial con Felipe V que amenazaba con excluir a la flota angloholandesa de la América española.

Cuando el depuesto rey Estuardo Jacobo II murió un mes después en su exilio de Versalles, Luis XIV declaró formalmente a su hijo de trece años rey con el nombre de Jacobo III. Más allá de estas provocaciones, los ingleses y los holandeses fueron incitados a adoptar medidas por las dos rápidas victorias obtenidas por el príncipe Eugenio ante los franceses en Chiari y Carpi en la primavera y el verano de 1701. Aunque ninguna de las dos batallas logró aliviar el control de Luis XIV sobre Italia, ambas reafirmaron el papel tradicional de la monarquía como un instrumento útil para mantener el equilibrio de poder contra Estados más poderosos y agresivos como la Francia del Rey Sol. El 12 de septiembre de 1701, los diplomáticos de Guillermo III en La Haya renovaron la alianza angloholandesa con el emperador.



Mapa 3: El imperio de Carlos VI.

Los recursos financieros de las potencias marítimas elevaron inmediatamente el nivel de la coalición aliada. Los tratados firmados con varios príncipes imperiales para obtener recursos añadieron un gran número de tropas alemanas al ejército angloholandés de cien mil hombres que se estaba formando en los Países Bajos. En 1703, una combinación de incentivos territoriales y financieros permitió igualmente a los diplomáticos ingleses ahuyentar a Portugal y Saboya de las alianzas que habían concluido recientemente con Luis XIV. Si algo fluyó más que el dinero fue el temor universal a la hegemonía francesa, que llevó a cada uno de

los miembros de la Gran Alianza a defender las reclamaciones de los Habsburgo sobre la herencia española. Los holandeses insistieron en el control de los Habsburgo sobre Bélgica, para que no sirviera de conducto para la futura agresión francesa. Tanto ellos como los ingleses visualizaron el control de los Habsburgo del imperio colonial español como la mejor garantía para seguir accediendo a los mercados estadounidenses. Si el duque Víctor Amadeo de Saboya y el rey Pedro de Portugal cambiaron de bando en la guerra fue en gran parte porque se sintieron amenazados por las perspectivas de la hegemonía borbónica en sus respectivas penínsulas. Mientras que Saboya buscaba repartirse Milán con los Habsburgo, Portugal hizo de la sucesión del archiduque Carlos al trono español una condición previa para unirse a la Gran Alianza. Y el deseo de los príncipes alemanes de una frontera occidental más fuerte sugería que la monarquía podría volver a adquirir algunos territorios adicionales de los Habsburgo a lo largo del Rin que Francia había confiscado en el último medio siglo.

Durante la década siguiente, esta formidable constelación fue capaz de invadir el territorio borbón en hasta media docena de frentes al mismo tiempo (véase Mapa 3). Sin embargo, una serie de acontecimientos inesperados más cerca de casa estuvo a punto de resultar en la derrota de la monarquía al comienzo de la guerra. El primer revés importante ocurrió durante el verano de 1702, cuando el elector Maximiliano Emanuel se pasó al enemigo. Durante el siglo pasado, ningún de los grandes vasallos imperiales había estado tan vinculado a los Habsburgo como los Wittelsbach bávaros. Su estrecha asociación se basaba en una constante coincidencia de intereses, incluidas sus rivalidades paralelas con los Wittelsbach calvinistas del Palatinado, el temor a Suecia durante la guerra de los Treinta Años, su delicada situación como los únicos dos electores católicos laicos del imperio durante las crisis electorales de 1619 y 1654-1658, y su común proximidad al peligro que representaban los turcos en 1683. Sin embargo, esos intereses habían divergido desde la muerte de Carlos II. Tras haber dedicado más de cuarenta mil hombres y veinte millones de florines a las guerras turcas, Maximiliano Emanuel aspiraba a ser recompensado con una corona real como las recientemente conseguidas por los electores rivales de Sajonia y Brandeburgo. Leopoldo había considerado seriamente cumplir con las expectativas de Maximiliano Emanuel sobre el intercambio de Baviera por los Países

Bajos españoles, donde Maximiliano podría ser coronado rey. Pero con la desagradable sorpresa de la última voluntad de Carlos II, Bélgica dejó de ser algo que el emperador pudiera ofrecer. Aunque Leopoldo hiciese tratos con Maximiliano Emanuel, el elector no tardó en recurrir a Luis XIV, quien estaba en una mejor posición para ofrecer la perspectiva de una corona real, junto con considerables adquisiciones territoriales en las tierras austriacas y otras partes de Alemania.

La crisis de 1703

La fuga de Maximiliano Emanuel al bando contrario contribuyó a que 1703 fuese uno de los años más desastrosos de la historia austriaca. Comenzó con una invasión franco-bávara de varios territorios alemanes vecinos, y también de la Alta Austria. Con el único ejército de la monarquía sobre el terreno varado en el norte de Italia, las unidades de la milicia provincial eran el único e insuficiente obstáculo para una invasión de los *Erblande* . Durante el verano, Maximiliano Emanuel se apoderó de gran parte del Tirol; solo un levantamiento de los campesinos y burgueses del condado obligó al elector a retirarse e impidió que se encontrase con el ejército francés en Italia. El emperador necesitaba desesperadamente reunir otro ejército para enfrentar la amenaza bávara. Sin embargo, dadas las deficiencias en el sistema fiscal de la monarquía, no había dinero para fundarlo. A pesar de los recientes aumentos en las Contribuciones de los *Erblande* y de los altos impuestos que se recaudaron en Hungría, los ingresos totales del gobierno cubrían todavía bastante menos de la mitad del total de los gastos. El gobierno ya estaba pidiendo prestado mucho a sus aliados, a los aristócratas ricos y a los funcionarios estatales de todos los rangos. Sus principales acreedores eran proveedores judíos como Samuel Oppenheimer, quien entregó suministros militares por valor de once millones de florines a crédito durante los primeros dos años de la guerra. Pero Oppenheimer murió en mayo de 1703, y una auditoría de su patrimonio en bancarrota expuso la incapacidad de la *Hofkammer* para pagar ni siquiera la mitad de lo que le debían.

En otoño, la doble amenaza planteada por Baviera y la bancarrota del gobierno se vio agravada por una gran rebelión en Hungría. Entre sus causas, una letanía demasiado familiar en la historia de las relaciones austrohúngaras. Las provocaciones más importantes

fueron la duplicación de los impuestos y el plan militar presentado por Kollonitsch. La tensión también persistió por los intentos intermitentes de algunos elementos del clero y algunos magnates de convertir a la mayoría no católica del reino, que ahora incluía a casi un millón de transilvanos. Aunque los magnates del país eran católicos romanos, se dividían en dos facciones: infiltrados *labanc* , muchos de los cuales se beneficiaron del patrocinio de la corte hasta el punto de perder el contacto con sus compatriotas húngaros, y una mayoría que permaneció en sus propiedades, donde desarrollaron un profundo resentimiento por la suspensión efectiva de la constitución del reino por parte de un gobierno que no había convocado la Dieta desde 1687, excluyéndolos así de la formulación de políticas y favoreciendo a los alemanes y a otros extranjeros a través de sus programas de *Commissio Neo Acquistica* y de reasentamiento. El descontento también se disparó en Transilvania, donde las élites gobernantes magiares, sículas y alemanas se resintieron tanto por la eliminación del autogobierno como porque se multiplicasen por diez los impuestos establecidos por el *Diplomum Leopoldinum* .

Su líder natural era el príncipe Francisco II Rákóczi, de veintisiete años. Como hijo del príncipe Jorge II de Transilvania, nieto materno de Peter Zrinyi y ahijado de Emérico Thököly, Rákóczi tenía el pedigrí de un jefe *kuruc* . Había huido recientemente a Polonia después de ser arrestado por conspirar contra el dominio de los Habsburgo cuando los recién sublevados campesinos húngaros abandonaron sus tierras para marchar hacia el frente bávaro. Posteriormente se unió a una revuelta que acababa de estallar entre los campesinos en gran parte rutenos de sus propias propiedades en el noreste de Hungría. Rákóczi asumió de inmediato el liderazgo de la rebelión, que rápidamente se extendió hacia el sur desde las montañas de la Alta Hungría hasta la llanura central, donde constantemente ganó apoyos entre prácticamente todos los segmentos de la población. En un año, el *kuruc* controlaba la mayor parte del reino central y Transilvania, donde una Dieta paralela terminó eligiéndolo como su príncipe.

Tras entrar en la guerra con el objetivo de hacerse con Italia y el resto de la herencia española, Leopoldo pasó a enfrentarse a la perspectiva de una aplastante derrota militar, seguida de pérdidas significativas en territorios y en autoridad tanto en Alemania como en Hungría. La magnitud de la crisis lo convenció finalmente de que

debía tomar medidas correctivas. Sin embargo, gran parte de lo que se logró entonces no se debió al emperador y a su círculo íntimo, sino a la pujanza del partido reformista que estaba presionando para que realizase una purga inmediata. Dirigido por el hijo mayor de Leopoldo, José, incluía en sus filas una serie de funcionarios menores, con el apoyo de muchos de los generales, diplomáticos, vasallos alemanes y aliados extranjeros del emperador. En junio de 1703, la llamada «corte joven» logró convencer al emperador para que remplazase a los incompetentes presidentes del *Hofkriegsrat* y la *Hofkammer* con dos de los protegidos de José, el príncipe Eugenio de Saboya y el vicepresidente de la *Hofkammer* , Gundaker Starhemberg.

Los cambios ministeriales tuvieron poco efecto inmediato en las finanzas de la monarquía, que fueron devastadas por la pérdida de prácticamente todos los ingresos provenientes de Hungría. Como el gobierno no pudo financiar más de una cuarta parte de sus necesidades, Starhemberg continuó dependiendo en gran medida de los préstamos. Sin embargo, la purga alentó a los acreedores a ofrecer cantidades extraordinarias. Mientras que el nuevo presidente de la *Hofkammer* daba ejemplo con un anticipo de setenta y cinco mil florines, su generosidad quedó eclipsada por otros aristócratas y funcionarios públicos como los condes de Bohemia Sternberg (trescientos mil florines), Przehorsowsky (cuatrocientos mil florines) y Czernin, quien anticipó 1,2 millones de florines, concediendo así el préstamo privado más grande en la historia de la monarquía. Mientras tanto, las potencias marítimas prestaban más de tres millones y medio, incluyendo un préstamo holandés de medio millón de florines avalado con la garantía del elector palatino Juan Guillermo y el margrave Luis Guillermo de Baden.

La guerra cambia de signo

Esta «corte joven» tuvo un impacto inmediato en la conducción de la guerra en el oeste. A principios de 1704 ideó y obtuvo la aprobación de Leopoldo para un audaz plan de concentración de las fuerzas aliadas contra Baviera. El duque de Marlborough hizo suya de inmediato la estrategia, ya que había llegado por su parte al convencimiento de que debía conceder la máxima prioridad a la liberación de Alemania de la amenaza bávara. Su famosa marcha hacia el sur de Alemania y su unión con un ejército imperial

comandado por el príncipe Eugenio condujo a la derrota de las fuerzas franco-bávaras en la batalla de Blenheim (agosto de 1704) y a su expulsión inmediata de Alemania.

Blenheim fue una gran victoria. Más importante aún, fue el primero de una serie de notables triunfos que hicieron que los siguientes quince años fuesen los más ilustres de la historia militar austriaca. Como lo había hecho en el pasado, la monarquía se benefició del apoyo de sus aliados en la coalición antiborbónica, especialmente de los ingleses, cuyo favor quedó patente en la colaboración y las relaciones cada vez más estrechas entre Marlborough y Eugenio. No fue menos importante el liderazgo de José I, quien se convirtió en emperador tras la muerte de Leopoldo en mayo de 1705. José era probablemente a sus veintisiete años el más atípico de entre los primeros Habsburgo modernos. A diferencia de prácticamente todos sus parientes austriacos y españoles, era un hombre guapo en cuya cara no había rastro de la mandíbula y el labio inferior sobresalientes de los Habsburgo, rasgos prominentes en su padre. Las diferencias entre José y su estirpe fueron más allá de lo estético. También era diferente a la mayoría de sus antepasados en su secularismo. Todos los emperadores de los Habsburgo desde el siglo XVI habían tenido tutores jesuitas durante la infancia y al alcanzar la edad adulta se convirtieron en ávidos campeones de la Contrarreforma. Por el contrario, entre los tutores y amigos de la infancia de José hubo varios enemigos de los jesuitas, y también hombres de origen protestante. Entre ellos, el lord chambelán, el príncipe Salm, él mismo antiguo luterano, y el clérigo a quien Salm confió su instrucción religiosa, Franz Ferdinand von Rummel. Aunque José era un católico devoto, mostró su hostilidad frente a los jesuitas en varias ocasiones, entre ellas una vez en que un sacerdote jesuita fue defenestrado después de aparecer junto a su cama disfrazado de fantasma para instar al despido de Rummel. José y varios de sus ministros estaban también mucho más dispuestos a tolerar a las minorías religiosas y eran igualmente sensibles a las ideas seculares, racionales y científicas que comenzaban entonces a surgir con la Ilustración.

José tampoco mostraba la austeridad moral y la diligencia que caracterizaron a muchos de los Habsburgo. A diferencia de su padre, que había sido escrupulosamente fiel durante cuarenta años de matrimonio, José era conocido por sus fiestas regadas de alcohol

y por sus escarceos tanto con mujeres nobles como con sirvientas. Aunque estaba decidido a cumplir con sus obligaciones como emperador, a menudo delegaba asuntos de Estado a sus ministros, mientras dedicaba gran parte de su tiempo libre a entretenimientos diversos. Su deseo de gloria militar lo llevó a participar en los exitosos asedios del ejército imperial de la fortaleza francesa de Landau en 1702 y 1704. En una época en que los monarcas seguían el curso de las cacerías en compañía de numerosos asistentes completamente a salvo tras un parapeto, a José le encantaba participar en agotadoras expediciones de caza en las que perseguía animales salvajes en pequeñas embarcaciones, montando a caballo y a pie sin la protección de sus guardaespaldas. Incluso cuando asistía a reuniones con sus ministros, se divertía a menudo dibujando escenas de caza y militares, cuando no bocetos de hombres colgados de horcas y cabezas clavadas en picas. José I solo era un típico Habsburgo en cuanto a su amor y talento para los idiomas y las artes escénicas; componía música y era un consumado flautista y violinista.

Si las diversas actividades de José nunca interfirieron con el seguimiento de la guerra fue porque supo liderar y apoyarse en los ministros talentosos y enérgicos que pasaron a remplazar a las viejas mediocridades del régimen de Leopoldo. Estos, por lo demás, sabían exactamente lo que se esperaba de ellos. Desde la purga de junio de 1703 hasta el final de su propio reinado, José y sus asesores identificaron y priorizaron sus objetivos de guerra y trataron de alcanzarlos con obstinada perseverancia. Si inicialmente se centraron en Alemania, fue porque se dieron cuenta de que el ejército franco-bávaro representaba una amenaza aún más inmediata para la seguridad de la monarquía que la revuelta húngara o el ejército francés en Italia.

La victoria en Blenheim fortaleció aún más los lazos entre *Kaiser* y *Reich* . Nadie estaba más orgulloso de su identidad alemana que el propio José. De joven había forjado amistades cercanas con muchos de los príncipes imperiales. Tras su sucesión revitalizó la oficina imperial valiéndose enérgicamente de sus prerrogativas, a menudo en colaboración con los otros miembros del Colegio Electoral. En 1706 colocó a Maximiliano Emanuel bajo interdicción imperial. Como castigo, José devolvió el Alto Palatinado al elector palatino y colocó a Baviera bajo la administración imperial. También reorganizó de inmediato el Consejo Áulico, al que recurrió

repetidamente para implementar sus políticas en el *Reich* . Las expresiones públicas de patriotismo alemán de José y su resurrección del poder imperial han llevado a algunos historiadores alemanes a exagerar el compromiso del joven emperador con el imperio. Por genuinos que fuesen estos sentimientos hacia Alemania y su oficina imperial, José los subordinó invariablemente a la búsqueda de intereses netamente austriacos. Para gran angustia de su vicecanciller imperial, Friedrich Karl von Schönborn, también privó de funciones a la cancillería imperial y al tribunal de la cámara, trasladándolas a su propia cancillería austriaca y al Consejo Áulico. La lección de las políticas alemanas de José es que los Habsburgo seguían haciendo uso de las instituciones imperiales para servir a los intereses austriacos, aunque en esta ocasión bajo un soberano más poderoso y enérgico.

Cuando Alemania quedó libre de fuerzas extranjeras, José cambió el foco del esfuerzo bélico a otros teatros. La conquista de Italia se convirtió nuevamente en el objetivo principal, como lo había sido a la muerte de Carlos el Hechizado. José comprometió no solo sus propios recursos (limitados) para este fin, sino que llegó a desviar ingresos y tropas imperiales. Los fuertes impuestos y el reclutamiento forzoso que autorizó en la Baviera ocupada llevaron a un breve levantamiento campesino a finales de año. Gracias en gran parte a la intervención personal del duque de Marlborough, José obtuvo también importantes contribuciones de las potencias marítimas, que prácticamente duplicaron el tamaño del ejército del príncipe Eugenio al proporcionarle veintiocho mil efectivos alemanes. También anticiparon casi tres millones de florines en préstamos, de los cuales cuatrocientos mil eran parte de la fortuna personal de la reina Ana. Estos hercúleos esfuerzos permitieron finalmente al príncipe Eugenio tomar la ofensiva en el verano de 1706. La brillante marcha que ejecutó para ayudar a Víctor Amadeo de Saboya tenía reminiscencias del empuje de Marlborough en el sur de Alemania dos años antes. La victoria resultante de la fuerza austro-saboyana en Turín fue el equivalente estratégico de Blenheim, ya que dejó al enemigo sin un ejército sobre el terreno para proteger las guarniciones aisladas que permanecían en la península. Para acelerar el logro de su objetivo inmediato, José autorizó al príncipe Eugenio a firmar una tregua en marzo de 1707, en virtud de la cual los franceses pudieron retirar sus veintitrés mil efectivos restantes del norte de Italia. La evacuación le permitió

completar la conquista de la península con el envío de un ejército de diez mil hombres a Nápoles dos meses más tarde.

Los triunfos de José tuvieron su precio. Al permitir que los franceses liberasen sus guarniciones y al comprometer a muchas de sus propias fuerzas para la conquista de Nápoles, José reordenó treinta mil hombres en el equilibrio de fuerzas disponibles para el servicio en otras partes del sur de Europa. Como resultado, un intento aliado de conquistar la base naval de Tolón fracasó y el principal ejército angloholandés-portugués en España fue arrollado y destruido en la batalla de Almansa (abril de 1707). Además, la retirada del emperador de tantas tropas austriacas e imperiales del imperio permitió también a los franceses recuperar temporalmente y saquear gran parte del sur de Alemania durante el verano de 1707. Más aterradora si cabe fue la ocupación simultánea de Sajonia por parte de un gran ejército sueco bajo el mando del rey Carlos XII. Afortunadamente, la invasión iba dirigida no contra la Gran Alianza, sino contra Augusto II, que se había unido a Rusia para atacar a Suecia en la llamada gran guerra del Norte (1700–1720). En cualquier caso, la reaparición del viejo enemigo sueco del emperador a lo largo de la frontera bohemia vino a abundar en su impotencia fuera de la península italiana. Tras haber contribuido tan decisivamente a las victoriosas campañas de Blenheim y Turín, las potencias marítimas estaban comprensiblemente furiosas porque el emperador hubiese perseguido egoístamente su trofeo italiano. Sin embargo, este resentimiento no podía ocultar el hecho de que estas dos campañas relámpago habían sometido a Baviera a la ocupación austriaca y a toda la península italiana a un siglo y medio de hegemonía de los Habsburgo. José tampoco perdió tiempo en explotar su ventaja. Usando el Consejo Áulico como su herramienta principal, hizo valer de inmediato las antiguas reclamaciones de soberanía del imperio en el norte de Italia. Durante el resto de la guerra, el ejército austriaco recaudó un promedio de casi cinco millones de florines anuales en impuestos imperiales y derechos de acuartelamiento. Además, en 1708, una sentencia del Consejo Áulico colocó al profrancés duque de Mantua bajo interdicción imperial, lo que permitió a José fusionar el estratégico ducado con Milán.

La victoria en Italia también permitió al emperador dedicar más atención a terminar con la rebelión Rákóczi. Tanto él como sus ministros esperaban al principio lograr la paz negociando. Incluso

antes de su sucesión, José había intentado aplacar al *kuruc* anunciando la oferta de su padre de otorgarle el control del reino y la promesa gobernar en estricta conformidad con la constitución. Sin embargo, a pesar de que Rákóczi y sus lugartenientes no tenían nada en contra de José, estaban decididos a lograr garantías estructurales que no hiciesen depender las libertades de Hungría de la buena voluntad de los soberanos individuales. El líder rebelde exigió inicialmente la restauración de la corona electiva, el *ius resistendi* y una Transilvania independiente gobernada por el propio Rákóczi. En realidad, Rákóczi estaba dispuesto a arriesgarse por Transilvania, recuperando así la misión histórica a la que se sentía destinado: ser el garante de las libertades del reino. Pero cuando las dos partes se encontraron bajo la mediación angloholandesa durante 1706, las conversaciones fracasaron por la negativa de José a renunciar al control del principado.

Fracasadas las negociaciones, José se vio obligado a dedicar el resto de su reinado a recuperar Hungría por la fuerza. Fue una tarea formidable, especialmente en las primeras etapas de la revuelta, cuando la mayor parte del ejército austriaco luchaba en otros lugares y las fuerzas *kuruc* aglutinaban hasta diez mil hombres. La reciente victoria de su padre contra los turcos, sin embargo, le proporcionaba gran cantidad de ventajas. La reconquista y reasentamiento de la frontera sur de Hungría con colonos no magiares le permitió seguir una estrategia de *divide et impera* que se volvería muy popular con los Habsburgo posteriores. Los terratenientes croatas y la Frontera Militar proporcionaron tropas, al igual que las comunidades inmigrantes católicas y autónomas alemanas de la Raška serbia que se habían asentado recientemente en el extremo sur de la llanura húngara. En general, estos «rascianos» y los *Grenzer* serbios proporcionaron casi la mitad de la fuerza y demostraron ser más móviles y menos costosos que los regulares austriacos y los auxiliares daneses que lucharon junto a ellos. Mientras tanto, tras apoyar inicialmente a Rákóczi, la mayor parte de las poblaciones no magiares de Transilvania permanecieron leales, o fueron al menos indiferentes a sus llamamientos. Los *kuruc* también estaban frustrados por el aislamiento de Hungría ahora que la destrucción de los turcos y la conquista de Transilvania les habían privado de sus aliados tradicionales. Aunque Rákóczi hizo acercamientos a Polonia, Suecia, Rusia e incluso al sultán, tan solo Francia estaba dispuesta a enviar ayuda de cualquier tipo. Y hasta

en ese caso, los modestos subsidios y los dos mil soldados que Luis envió eran a todas luces insuficientes. La fuerza *kuruc* de campesinos y bandidos tal vez fuese experta en tácticas de guerrilla, pero su incapacidad para asediar puntos fuertes bien defendidos permitió a los austriacos conservar el control de los condados occidentales del reino central, los centros urbanos de Transilvania y una serie de fortalezas clave. Con la llegada de las fuerzas de ejército austriacas quedó a las claras su impotencia en una guerra convencional, así como la propia incompetencia de Rákóczi como comandante en el campo de batalla.

El colapso de la rebelión se vio acelerado por conflictos internos entre los propios partidarios de Rákóczi. Desde el principio, el príncipe había atraído a un gran número de combatientes eximiéndolos de todas las obligaciones fiscales y señoriales. También se había ganado a gran parte de la mayoría no católica del país prometiendo restaurar la libertad religiosa, junto con los lugares de culto que Leopoldo había confiscado. Sin embargo, Rákóczi nunca estuvo en condiciones de cumplir estos compromisos. La mayoría de las provincias ignoró las exenciones, mientras que las comunidades y los magnates católicos bloquearon a menudo la restauración de las iglesias protestantes. Finalmente, los fuertes impuestos que estaban obligados a recaudar para pagar la insurrección socavaron el apoyo de quienes habían sido incitados a la revuelta por los propios gravámenes de guerra implantados por Leopoldo. Aquí también entró en juego la nobleza para minar el tirón popular de Rákóczi, al negarse a asumir la parte que le correspondía de la carga impositiva. De hecho, a muchos les importaba menos lograr la victoria sobre los Habsburgo que preservar sus propiedades en áreas que estaban bajo el control *kuruc* .

Al final, fue la determinación del príncipe de obtener un mayor apoyo financiero y militar extranjero lo que lo llevó a la ruina. En abril de 1707, Rákóczi asumió formalmente el trono de Transilvania con la expectativa de que los príncipes extranjeros estarían más dispuestos a tratar con un igual. Dos meses después, organizó una Dieta húngara en Ónod para deponer a José y los Habsburgo, con la intención de usar su corona para atraer a algún aliado extranjero. Las esperanzas de Rákóczi de obtener asistencia externa no se cumplieron, y su ruptura con los Habsburgo pesó mucho sobre sus compatriotas, cansados de la guerra; muchos de ellos preferían la

paz y la reconciliación a la prolongación de la rebelión. Tras la Dieta de Ónod, fueron muchos los dispuestos a aceptar a José, quien alentó sus esperanzas comprometiéndose a cumplir con todas las promesas y leyes que Leopoldo había violado.

Tras la destrucción de las fuerzas *kuruc* en Trentschin (agosto de 1708), el ejército austriaco comenzó el largo proceso de asediar y recuperar los puntos fuertes que permanecían en poder de los rebeldes. Cuando finalmente se restableció la paz en abril de 1711, fue en los términos dictados por José. Aunque ofreció una amnistía general y se comprometió una vez más a cumplir con el acuerdo constitucional y religioso de 1687, la Paz de Szatmár que sus generales concluyeron con el general *kuruc* Sándor Károlyi no ofrecía ninguna de las garantías que los rebeldes habían exigido. En lugar de plegarse al tratado o aceptar la oferta de amnistía, Rákóczi optó por pasar el resto de su vida en el exilio. La rebelión que lleva su nombre duró ocho años, lo que la convirtió en la insurrección civil más larga en la historia de la monarquía. Durante ese tiempo, el régimen de los Habsburgo hubo de invertir enormes sumas y aproximadamente la mitad de su ejército de cien mil hombres en el «laberinto» húngaro. Este compromiso supuso un considerable lastre para los esfuerzos militares de la monarquía en otros lugares, y afectó también a la buena voluntad de las potencias marítimas, que simpatizaban con la revuelta por llevar aparejada una lucha por el gobierno constitucional y la libertad religiosa protestante. Con todo, el restablecimiento de la autoridad real sobre toda Hungría fue al menos tan crucial para el futuro de la monarquía como la preservación de sus fronteras alemana e italiana.

Lo que claramente era menos crucial era el resto de la herencia española. Sin embargo, hacia 1708 José estaba de nuevo en condiciones de concentrarse en el equilibrio de los objetivos de guerra de la monarquía. Su decisión de transferir al príncipe Eugenio a los Países Bajos produjo de inmediato otra victoria decisiva en Oudenarde (julio de 1908) y la conquista aliada de todo el territorio de los Países Bajos españoles. Un mes después, una flota angloholandesa se apoderó de Cerdeña en nombre del archiduque. El emperador también envió sus primeras tropas austriacas a la península ibérica, aunque solo después de que las potencias marítimas acordasen sufragar todos sus gastos. José envió tropas incluso a los Estados Pontificios a finales de 1708, en un intento —que tuvo éxito— de obligar al papa Clemente XI a reconocer a su

hermano como rey de España. A pesar de estos esfuerzos, la conquista de España demostró estar más allá de los recursos de los aliados. Excepto en Cataluña, los españoles apoyaron firmemente a Felipe V contra la sucesión de los Habsburgo que los portugueses y las potencias marítimas protestantes les imponían.

Los acuerdos de paz

Lo que no pudieron ganar en el campo de batalla, los aliados casi lo obtuvieron en la mesa de negociaciones. En las primeras conversaciones de paz formales celebradas en La Haya en abril-mayo de 1709, Luis XIV aceptó tentativamente su reclamación de la sucesión española al completo, así como gran parte de Alsacia, pero cambió de opinión en el último segundo. La costosa victoria obtenida por Marlborough y Eugenio en Malplaquet (11 de septiembre) persuadió a los aliados de que debían escuchar sus demandas. Cuando se reanudaron las conversaciones en Gertruydenberg en marzo siguiente, no insistieron en la cesión de Alsacia. Las Provincias Unidas estaban incluso dispuestas a dejar que Felipe V conservase Sicilia, que todavía estaba en manos borbónicas; fue solo cuando sus negociadores insistieron en que Luis XIV usase su propio ejército para expulsar a su nieto de España que las conversaciones colapsaron.

Las vacilaciones de los holandeses en Gertruydenberg fueron un desagradable recordatorio de que cada miembro de la coalición aliada estaba motivado por diferentes objetivos de guerra. Los británicos estaban decididos a colocar al archiduque Carlos en el trono español, desde donde este podía garantizar su acceso a la América española. El emperador y sus ministros estaban al menos tan interesados en fortalecer su dominio sobre Italia con la adquisición de Sicilia como en obtener España y su imperio de ultramar. Por el contrario, las Provincias Unidas ya habían logrado su objetivo principal de guerra con la conquista de los Países Bajos españoles, donde intentaron extender y fortalecer su línea de «fortalezas de barrera» contra la futura agresión francesa. No tenía mucho sentido que continuasen la guerra por el bien de sus aliados, especialmente porque la sucesión de derrotas francesas era una señal de que Luis XIV ya no era una amenaza para el equilibrio de poder.

Los holandeses fueron finalmente comprados con la promesa de que podrían establecer una barrera muy amplia en Bélgica. Fueron

sin embargo los británicos quienes demostraron ser el eslabón más débil, el lugar por el que terminó rompiéndose la Gran Alianza. El final llegó de repente con la aplastante victoria de los opositores Tories en las elecciones parlamentarias de 1710. Los conservadores Tories supieron explotar la insatisfacción del público con la guerra a raíz de la sangrienta batalla de Malplaquet, y también aprovecharon la percepción generalizada de que los austriacos y los holandeses estaban usando Gran Bretaña para sus propios fines. El nuevo gobierno conservador inició inmediatamente conversaciones secretas con Luis XIV con la intención de dejar a Felipe V en posesión de España y su imperio de ultramar. Al enterarse de las conversaciones anglo-francesas, uno de los ministros de José predijo con tristeza: «Creo que si la guerra dura mucho más nuestros ataques nos infligirán más daño que a nuestros enemigos». Nueve días después, la repentina muerte del emperador por la viruela garantizó el cumplimiento de esta premonición. Aunque los ministros de José pudieron mantener su muerte en secreto para que los rebeldes húngaros no supiesen de ella hasta después de la Paz de Szatmár, no pudieron evitar que se acelerase la ruptura de la Gran Alianza. Como José no tenía hijos, le sucedió el archiduque Carlos, que regresó de España. Si Carlos se hubiese hecho también con el imperio español, habría gobernado un imperio incluso mayor que el de Carlos V. Aunque el gobierno conservador había decidido una paz separada varios meses antes, la sucesión de Carlos y la amenaza entonces planteada al equilibrio del poder les dio un argumento convincente con el cual convencer al resto de los aliados para que hiciesen lo mismo.

Los aliados de Carlos apoyaron sin problemas su elección como emperador Carlos VI (1711-1740), pero a continuación iniciaron conversaciones de paz separadas con Francia. En abril de 1713, todos los miembros de la Gran Alianza, excepto la monarquía de los Habsburgo y el Sacro Imperio Romano, concluyeron la paz con Luis XIV en Utrecht. Aunque el tratado reconocía las conquistas de la monarquía en la península italiana más Cerdeña, confirmaba el control de Felipe V sobre España y su imperio de ultramar, así como la completa rehabilitación de Maximiliano Emanuel. Incluso que Carlos se hiciese con los Países Bajos españoles dependía de su voluntad de otorgar concesiones comerciales y una barrera de protección más grande a los holandeses. En un acto final de rencor contra su antiguo aliado, los británicos amarraron Sicilia (junto con

su correspondiente título real) para su nuevo cliente italiano, Víctor Amadeo de Saboya. El nuevo emperador se negó al principio a firmar el tratado de paz, pero pronto se dio cuenta de que carecía de sentido continuar la lucha sin las potencias marítimas. Con el ejército francés invadiendo una vez más el suelo alemán, ordenó al príncipe Eugenio que cerrase un acuerdo de paz con Luis XIV sobre la base de la Paz de Utrecht. La monarquía no obtuvo ganancias adicionales en el Tratado de Rastatt (marzo de 1714); del mismo modo, el Sacro Imperio Romano, en cuyo nombre se celebró un segundo tratado en Baden (septiembre de 1714), no adquirió nada más allá de las fronteras establecidas por la Paz de Rijswijk. Un año más tarde, Carlos adquiría finalmente los Países Bajos españoles al concluir un «tratado de barrera» con los holandeses en Amberes (15 de noviembre de 1715).

Para entonces, Luis XIV había muerto y le había sucedido su bisnieto de cinco años, Luis XV (1715-1774). No obstante, ni los tratados recientes con Francia ni la muerte del Rey Sol trajeron la paz. Tanto Carlos VI como su archirrival Felipe V no estaban aún dispuestos a tolerar la partición española que había sido reconocida por todas las demás potencias europeas. Después de ocho años en la península, Carlos no podía aceptar la pérdida de España, especialmente de Cataluña, cuya gente había defendido su causa, aunque él los hubiese abandonado forzado por los británicos tras la muerte de su hermano. Por su parte, Felipe V no se había reconciliado con la pérdida del imperio europeo de España. Su resolución contó con el refuerzo de su segunda esposa, la obstinada Isabel Farnesio de Parma, quien estaba decidida a asegurar una herencia italiana para su hijo recién nacido, don Carlos.

Por el momento, Carlos y Felipe apenas eran una amenaza el uno para el otro, ya que no podían lanzar un ataque a través del Mediterráneo occidental sin sus antiguos aliados. Sin embargo, la situación era distinta en los Balcanes. A finales de 1714, los turcos invadieron las posesiones de Venecia en el Peloponeso y Dalmacia. Aunque no hicieron ningún movimiento inmediato hacia Hungría, la experiencia pasada sugería que atacarían allí una vez que Venecia hubiese sido aplastada. En lugar de esperar, el emperador y sus asesores decidieron entrar en la guerra mientras Venecia todavía estaba en pie y podía ser una aliada. En la guerra turca resultante (1716–1718), Carlos experimentó por primera vez la gloria militar de la que habían disfrutado su padre y su hermano. El

príncipe Eugenio destruyó rápidamente un ejército turco muy superior en Peterwardein (5 de agosto de 1716), dejando que los cuerpos no enterrados del gran visir y treinta mil de sus hombres se pudriesen al sol en pleno verano. Poco después, las fuerzas austriacas entraron en el Banat de Temesvár de Hungría por primera vez en 165 años. El verano siguiente, Eugenio asedió la fortaleza clave de Belgrado, que se le rindió una semana después de que aniquilase a un ejército de ayuda turco frente a los muros de la ciudad (16 de agosto de 1717). Con la paz de Passarowitz (21 de julio de 1718), la monarquía adquiría las últimas piezas de la Hungría otomana en el Banat y el extremo sudeste de Sirmia, así como la mitad norte de Serbia y la «Pequeña» Valaquia occidental.

La guerra turca de 1716–1718 fue el último conflicto durante casi un siglo en que la monarquía resultaría claramente vencedora. De hecho, aunque Carlos VI tenía un aliado nominal en Venecia y contaba con la asistencia de unos pocos miles de auxiliares alemanes y subsidios papales, fue la única guerra que se libró entre 1526 y 1849 en la que la monarquía logró algún tipo de victoria sin contar con una significativa ayuda externa. Los acontecimientos que se desarrollaron en el Mediterráneo occidental demostraron ser más fieles a la norma. En 1717, Felipe V e Isabel Farnesio habían logrado construir una flota capaz de apoyar un contraataque en Italia. En agosto transfirió las fuerzas españolas a Cerdeña, que cayó en dos meses. Un año después, un segundo desembarco les valió hacerse con gran parte de la Sicilia del nuevo rey de Saboya. Con el príncipe Eugenio atascado en los Balcanes y sin una flota propia, Carlos volvía a depender de las potencias marítimas.

Afortunadamente, tanto los Habsburgo como el nuevo régimen francés estaban ansiosos por establecer una paz europea estable. Carlos dio su brazo a torcer y acordó rápidamente la paz en los Balcanes para unirse a ellos en la llamada Cuádruple Alianza contra España. Por el Tratado de Londres (2 de agosto de 1718), Carlos reconocía a regañadientes a Felipe V como rey de España, así como el derecho del hijo de Isabel Farnesio a suceder a los gobernantes sin hijos de Parma y Toscana. A cambio, los aliados lo ayudaron a persuadir a Víctor Amadeo para que les cediese Sicilia a cambio del mucho menos valioso reino isleño de Cerdeña. Entretanto, la Cuádruple Alianza se desembarazó sin más de la amenaza española. El almirante británico Byng hundió la flota española apenas ocho días después de la conclusión de la alianza, y a continuación

transportó a las fuerzas austriacas y las de Saboya a Sicilia y Cerdeña. Aunque los austriacos apenas progresaron en la recuperación de Sicilia, un ejército francés cruzó los Pirineos y rápidamente obligó a Felipe V y su reina a llegar a un acuerdo.

MANIFESTACIONES DE GRANDEZA : EL GRAN BARROCO

Aunque Carlos VI se había negado a firmar la Paz de Utrecht, los seis tratados en los que figuraron su firma durante los primeros siete años de su reinado otorgaron a la monarquía una seguridad sin precedentes. Mientras que Szatmár y Passarowitz confirmaron la hegemonía de la monarquía en el norte de los Balcanes, los compromisos en Rastatt, Baden, Amberes y Londres colmaron sus necesidades estratégicas en occidente. Las adquisiciones italianas de Milán, Mantua y los puertos estratégicos de los Presidios de Toscana en el norte, así como los de Nápoles y Sicilia en el sur, hicieron que la monarquía en su flanco sudeste fuese tan segura como lo había sido antes de la muerte de Carlos el Hechizado. Aunque Maximiliano Emanuel, tras sufrir su castigo, había sido restaurado en Baviera, su supervivencia fue más que compensada por la continua solidaridad de los otros príncipes alemanes contra sus enemigos comunes. Es cierto que el emperador no había logrado quedarse con ninguna parte de España, un fracaso que nunca llegó a aceptar del todo. Sin embargo, las prioridades establecidas por José habían determinado tanto el alcance como los límites de la expansión de la monarquía, de acuerdo con sus verdaderas necesidades estratégicas. Con las recientes conquistas de los Balcanes, una barrera natural continua de montañas y ríos cerraba todos los territorios centrales de la monarquía, excepto Silesia y los enclaves de Suabia. Además, por primera vez en su historia, ninguna de las cuatro fronteras de los *Erblande* con Hungría, Italia, Alemania y Polonia se enfrentaba a una amenaza significativa. Aunque un nuevo y poderoso enemigo estaba destinado a aparecer en las fronteras de la monarquía después de la muerte de Carlos, el impulso de la política exterior de los Habsburgo durante el resto del siglo se centró más en mantener estas zonas de amortiguación que en defender el núcleo de la monarquía de los enemigos extranjeros. De hecho, la pesadilla histórica de la invasión simultánea tanto desde el este como desde el oeste no se materializaría nuevamente hasta 1915.

Al mismo tiempo, las nuevas conquistas de la monarquía le

proporcionaron más que seguridad. Con la adquisición del sur de los Países Bajos, Italia y los Balcanes, Carlos VI gobernó esencialmente un segundo imperio de los Habsburgo que era casi tan extenso como el patrimonio europeo de Carlos V y más grande que cualquier otro Estado en la historia de la monarquía austriaca. Entre los contemporáneos de Carlos, solo el zar de Rusia gobernaba un territorio más vasto. Gracias a la incorporación de casi dos millones de súbditos de los Países Bajos y otros cinco millones en Italia, la monarquía abarcaba una población de más de diecisiete millones de personas; solo el rey de Francia podía presumir de tener más súbditos, y eso solo descontando a los millones de alemanes gobernados por los vasallos imperiales de Carlos [2] . Además, aunque el sur de Italia y las nuevas zonas de los Balcanes añadían poco a la economía de la monarquía, Lombardía y los Países Bajos austriacos sí fortalecieron considerablemente su base comercial e industrial.

Incluso antes del advenimiento de la paz, la corte de Habsburgo, el clero y la nobleza ya habían comenzado a celebrar estos triunfos con el que quizás fue el mayor auge de la construcción en la historia de la monarquía. La primera de estas remesas de magníficos palacios, iglesias, monasterios y una variedad de monumentos del alto barroco austriaco data de la última década del siglo XVII , cuando el país se estaba recuperando de las guerras turcas. El nombramiento de Leopoldo del joven arquitecto Johann Bernard Fischer von Erlach (1656–1723) para servir a su hijo José fue uno de los hitos de este periodo. Fischer se esforzó en emular al rival francés de Leopoldo empleando el motivo del sol de Luis XIV en los arcos triunfales que preparó para José en 1691, tras su coronación como rey romano, y nuevamente en 1699, después de su boda con Guillermina Amalia de Brunswick-Lüneburg. El mismo concepto se manifiesta en un gran fresco en Klosterneuburg, en el que el pintor Daniel Gran retrató a José como dios sol Habsburgo. Además, sus grandiosos planes para el palacio de José en Schönbrunn representaban una respuesta directa a Versalles.

Sin embargo, aunque la competencia con Luis XIV motivó a José y sus artistas, fue su celebración del triunfante liderazgo de la dinastía en una Alemania reunificada lo que dominó su pensamiento. Todos los tipos de edificios públicos y privados estaban adornados con el distintivo amarillo brillante del escudo de armas alemán. También se construyeron a una escala mucho mayor

que se ajustaba al rango imperial de la dinastía. El inicio de la construcción en Schönbrunn en 1694 también inspiró a la aristocracia para que construyese sus propios palacios descomunales con jardines artificiales extravagantes y numerosas dependencias. Al mismo tiempo, los triunfos militares y religiosos de la dinastía fueron dramatizados por los vistosos motivos de sus pintores y escultores, cuya obra solía incluir innumerables legiones de querubines trompeteros, infieles pisoteados, cráneos con casco y variadas banderas de guerra, espadas y cañones.

En todo caso, José dudaba aún menos que su padre en desviar los escasos fondos de guerra para las festividades de la corte y las artes. En su reinado de seis años, construyó un nuevo teatro de ópera, dos teatros, una academia de bellas artes, la cancillería de la corte de Bohemia y el barrio residencial vienés que aún lleva su nombre. Triplicó el plantel de sus músicos hasta los trescientos efectivos, y llegó a gastarse en una ocasión treinta mil florines en una cabalgata navideña. El mecenazgo de José en tiempos de guerra dice mucho del énfasis que la dinastía barroca puso en la exhibición de su poderío. No obstante, el emperador no podía gastar lo que no tenía. La mayoría de sus artesanos, así como el propio Fischer, no recibieron pago alguno hasta un decenio después de su muerte. Aunque los patrones privados adinerados podían permitirse emprender diversos proyectos durante la guerra, él no pudo completar el suyo para el palacio de Schönbrunn, que hubo de terminarse con drástica reducciones respecto a sus planes iniciales. Fue solo al llegar la paz cuando la mayor disponibilidad de fondos permitió que Carlos VI se uniese a la Iglesia y la aristocracia para superar a todos sus predecesores en cuanto al número, escala y pretenciosidad de sus proyectos.

Aunque aún pueden hallarse rastros de la nostalgia de Carlos por España, el estilo imperial, o *Kaiserstil* , fue un paso más allá en su pretenciosidad respecto a lo visto con José I. Pero el mecenazgo de Carlos no fue un reflejo ni del secularismo de su hermano ni de su germanofilia, sino más bien la celebración de los lazos entre su dinastía y la Iglesia. Gastó muy poco en la construcción del palacio. Es cierto que añadió un nuevo tramo al *Hofburg* y renovó el *Stallburg* anexo, que albergaba los caballos Lippizaner de la famosa escuela de equitación española, y también construyó un enorme establo imperial fuera de los muros de la ciudad. Sin embargo, su residencia en la ciudad seguía siendo lamentablemente pequeña y

simple en comparación con las de otros monarcas. Aunque Carlos solía pasar el verano en la residencia de su país en Laxenburg y los meses de otoño a las afueras de las murallas de la ciudad en Favorita, ambas residencias eran comparables en tamaño y grandeza a la de un aristócrata.

Entretanto, dio Schönbrunn a la viuda de José en lugar de reanudar la construcción que había resultado interrumpida por la guerra. Los proyectos más famosos del emperador fueron de naturaleza religiosa. Resucitó la devoción de sus predecesores del siglo XVII por la Virgen María. Ya en 1706 le había atribuido la liberación de Barcelona de un asedio franco-español y había planeado erigir un obelisco en su nombre. Visitó y renovó Mariazell poco después de su regreso de la península. Además, las numerosas columnas religiosas que encargó la monarquía incluyeron una gran cantidad de columnas marianas (*Mariensäule*), así como multitud de monumentos en agradecimiento por el final de una epidemia nacional en 1713. Carlos conmemoró la liberación de Viena con la construcción de la monumental Karlskirche (1716–1739). Tomando el nombre de su santo patrón, san Carlos Borromeo, la iglesia estaba enmarcada por dos enormes columnas independientes que han sido interpretadas de diversas maneras: como una representación de las columnas españolas de Hércules, como columnas triunfales romanas o incluso como minaretes turcos. En todo caso, están inscritas de arriba a abajo con símbolos religiosos y engalanadas con la corona imperial. El dualismo confesional y dinástico del patrocinio del emperador también se reflejó en las enormes sumas que gastó para convertir el gran monasterio de Klosterneuburg en un Escorial austriaco.

El patrocinio del emperador fue motivado por la combinación habitual de devoción religiosa, propaganda dinástica y autoensalzamiento sin tapujos. Sin embargo, también fue influenciado por el énfasis que la enseñanza de los cameralistas contemporáneos puso en el bienestar público. Si las iglesias y los monumentos religiosos atendían las necesidades espirituales de sus súbditos, Carlos también se ocupó del cuidado de su salud mediante la construcción de hospitales y hogares de veteranos, y de su educación financiando la *Ritterakademien* y la encantadora biblioteca de la corte proyectada por Fischer, cuya fachada llevaba una inscripción en latín que la dedica al *publico comodo* . Incluso los gastos menos directamente utilitarios en la corte y los establos

privados del emperador recibieron el respaldo de hombres como Schröder, porque este entendía que era un modo de recircular fondos (una suerte de fertilizante) que ayudaba a hacer crecer la economía.

Las motivaciones del clero y la aristocracia fueron más transparentes. Durante el reinado de Carlos celebraron el triunfo de la Contrarreforma reconstruyendo o renovando cientos de iglesias en toda la monarquía. Entre 1706 y 1724, una gran cantidad de mecenas nobles y religiosos erigieron 24 de las 28 estatuas que hoy bordean el Puente de Carlos en Praga. En Hungría, el obispo de Eger y Vác construyó él solo exactamente noventa y nueve. Mientras el emperador gastaba espléndidamente en Klosterneuburg, las abades austriacos de Admont, Göttweig, Kremsmünster, Melk y St. Florian renovaban y ampliaban sus propios monasterios. Como siempre, la Compañía de Jesús fue más activa entre las poblaciones protestantes de la monarquía. Regó el campo en la Hungría posterior a Szatmár de santuarios marianos, declarando de esa forma que la constitución del reino estaba bajo la protección personal de la Virgen. En Silesia, continuó multiplicando el número de colegios e iglesias jesuitas, así como el tamaño de su nueva universidad en Breslavia.

El historiador de arte Hans Sedlmayr se refiere al «pomposo autobombo» de muchos aristócratas que gastaron generosamente en la construcción de palacios cuando José y Carlos reinaban. Por supuesto, algunos fueron más importantes que otros. Los hermanos Habsburgo compartieron fácilmente su botín con sus ministros, generales y favoritos de la corte. En los últimos años de su reinado, José repartió los dominios bávaros de Maximiliano Emanuel y una serie de propiedades húngaras confiscadas. El legado húngaro del príncipe Eugenio fue valorado en trescientos mil florines, el del brillante canciller bohemio, el conde Wratislaw, en cuatrocientos mil. La familia de su favorito, el príncipe Lamberg, recibió doscientos cincuenta mil florines a pesar de que sus servicios equivalían a poco más que atender a los establos imperiales y procurarle mujeres. A su muerte, José dejó un legado de medio millón de florines para su última amante, Marianne Pálffy, exactamente diez veces la pensión anual que le dejó a su propia madre. Como en todo lo demás, su hermano menor fue menos espectacular, pero no menos generoso, ya que solía compensar a sus ministros y favoritos con sueldos anuales de entre cuarenta y ciento

veinte mil florines.

El favor del emperador garantizó que estos mismos hombres encargasen algunos de los mayores palacios privados del alto barroco austriaco. El gigantesco palacio Trautson de Fischer era una residencia urbana adecuada para el antiguo ministro en jefe de los emperadores. Tanto el vicecanciller imperial Schönborn como el príncipe Eugenio emplearon a otro gran maestro, Johann Lukas von Hildebrandt (1663-1745), para sus palacios. El presidente de *Hofkriegsrat* construyó dos: una residencia de invierno al interior de las murallas de la ciudad y el famoso Belvedere, que dominaba Viena desde el sudeste. Con su maravilloso sentido de la proporción y la pintoresca explanada del jardín, el Belvedere eclipsó al resto de palacios de la ciudad antigua, que ya era demasiado estrecha para permitir que los arquitectos siguiesen planeando edificios o para que los observadores pudiesen disfrutar del efecto visual de sus creaciones. En cualquier caso, los aristócratas más ricos construían grandes edificaciones no solo como demostración de estatus, sino para crear una mayor distancia entre ellos y el personal del hogar. Por lo demás, la limitación en el espacio urbano llevó al desarrollo a varios rasgos arquitectónicos distintivamente vieneses, entre ellos la colocación de tiendas en la planta baja de muchos palacios, y la construcción de casas de cuatro pisos con escaleras característicamente curvadas. Con hasta ochenta mil personas hacinadas en los miles de edificios residenciales existentes al interior de los muros de Viena, se hizo incluso necesario que los aristócratas admitiesen a los caballeros que pagaban la renta como residentes en los palacios de sus ciudades. En 1730, quienes operaban en la corte poseían más de la mitad de todas las viviendas de Viena.

Como regla general, los palacios más pequeños de la ciudad eran menos costosos que los de las afueras, generalmente más grandes. Sin embargo, ninguna de las doscientas cuarenta residencias aristocráticas que habían surgido en Viena y sus alrededores en 1730 era precisamente barata. Incluso una pequeña casa de lujo con una modesta escalera y sin salón ceremonial podía costar entre setenta y ochenta mil florines. Semejantes gastos no representaban ningún problema para los aristócratas más ricos. El palatino húngaro Pál Esterházy ganaba hasta setecientos mil florines cada año gracias a sus ingentes propiedades. Aunque el príncipe Hans Adam Liechtenstein, apodado «el rico», recaudase solo la mitad de

esa cantidad, le bastaba no solo para construir palacios, sino también para comprar el pequeño principado que todavía lleva su apellido [3] . Hasta el príncipe Eugenio pudo completar los ingresos de sus dominios, relativamente finitos, de cien mil florines, con otros trescientos mil provenientes de varias haciendas estatales. Sin embargo, el alto costo de sostener el prestigio sobrepasó en última instancia a muchos nobles menos dotados y los obligó a vender sus palacios a medio terminar. Este nivel de extravagancia no quedó circunscrito a Viena ni a la nobleza. Solo en la Alta Austria, no menos de cinco monasterios se declararon en quiebra y se vieron obligados a cerrar.

Por supuesto, estos dispendios tenían sus compensaciones. Aunque todos empleaban mano de obra *robot* cuando era posible, los mecenas de la corona, los nobles y la Iglesia también retuvieron —y finalmente pagaron— a miles de artesanos expertos. El Belvedere de Hildebrandt empleó a mil trescientos trabajadores a tiempo completo. Durante cuarenta y siete años, la gran abadía de Melk contrató a un centenar de artesanos, algunos de los cuales pasaron toda su vida en el proyecto. En 1730, Viena empleaba a cientos de maestros artesanos, incluidos 243 reputados maestros orfebres, y era, junto a Roma, París y Venecia, uno de los grandes centros de las artes. La influencia del barroco del norte de Italia se evidenció en buena parte de sus obras. No por casualidad había nacido Hildebrandt en Italia, mientras que Fischer había estudiado con Bernini durante dieciséis años antes de llegar a Viena. Sin embargo, la posición central de la monarquía le había dado siempre la posibilidad de adoptar y luego adaptar las ideas y la cultura de los territorios vecinos. Así como los misioneros italianos encabezaron la primera ola de la Contrarreforma, siendo remplazados en años posteriores por sacerdotes nativos, los artistas locales se situaron a la cabeza de una nueva generación de maestros barrocos que comenzó después de 1700. Aunque un gran número de artistas alemanes continuó encontrando empleo en los *Erblande* , los austriacos nativos remplazaron a los italianos como la presencia dominante en toda la monarquía. Un gran contingente de tiroleses se situó a la vanguardia de los artistas nativos para llevar el estilo barroco austriaco a la Alemania católica, así como a Sajonia y Polonia.

El barroco austriaco era menos autosuficiente en las artes escénicas y las letras. Los compositores e intérpretes italianos aún

dominaban la música y el teatro, tanto en la corte como en las haciendas de mecenas aristocráticos como el conde Franz Anton Sporck, que contrató para el primer teatro de ópera de Praga una legión de compositores, músicos y cantantes venecianos. La única excepción notable fueron las actuaciones vernáculas ante audiencias populares, ya fuese en el nuevo Theater am Kärntnertor (1712) de Viena o en la campiña, donde los evangelizadores jesuitas competían con compañías itinerantes con sus propias representaciones didácticas. El dominio italiano en la poesía fue más evidente en Viena, donde Carlos VI empleó primero a Apostolo Zeno y después a Pietro Metastasio como sus poetas de la corte. Incluso la lejana Transilvania experimentó un renacimiento cultural latino con el fin del dominio otomano y la determinación de la Iglesia de reconstruir literalmente el catolicismo desde sus cimientos. Excepto por las historias providenciales y las apologías escritas por los jesuitas, la literatura contaba con pocos hijos nativos que escribiesen en lengua vernácula. En 1716, la esposa del plenipotenciario británico, Lady Mary Wortley Montagu, observó incluso que el único escritor que había conocido durante su prolongada estancia en Viena era un francés empleado por el príncipe Eugenio. Dos decenios después, el prominente historiador italiano Pietro Giannone afirmó que nunca se había molestado en aprender alemán durante sus once años en la capital de los Habsburgo porque toda su élite educada hablaba francés o italiano.

Así como la corte ejerció una influencia decisiva sobre las artes y las letras, también ayudó a moldear otros aspectos de la cultura de las élites, especialmente en Viena. A diferencia de Praga o Linz, la capital nunca había pretendido ser un centro industrial, comercial o financiero. Además, las purgas de la Contrarreforma y las pérdidas infligidas por el asedio de 1683 habían frenado aún más el crecimiento de una burguesía adinerada. Aunque la población y la economía de la ciudad se habían recuperado de estos contratiempos, debía su prosperidad únicamente al patrocinio del emperador y su corte. Como resultado, el servicio gubernamental —el servicio a las necesidades del gobierno— fagocitó las energías de los emprendedores plebeyos. Las conexiones en la corte y un título noble u oficial adecuado se volvieron más importantes que la profesión o la riqueza, aunque solo fuese porque en definitiva determinaban ambas cosas. No es de extrañar que las familias burguesas ricas emulasen a la nobleza de la corte construyendo

casas palaciegas. El atractivo de los valores aristocráticos puede haber contribuido a una mayor homogeneidad social y autoaceptación, pero contribuyó bien poco a la evolución de una burguesía urbana más productiva.

TRAS LA FACHADA : EL GOBIERNO Y LA ECONOMÍA

Durante el reinado de Carlos VI, los mecenas de la aristocracia, el clero y la corte aclamaron los triunfos de la monarquía como algo que la confirmaba como una potencia de primer rango. Sin embargo, acechando tras la glamurosa fachada barroca había una realidad que prácticamente no había cambiado desde los días de Leopoldo I. La monarquía era más que nunca una sociedad colectiva a la que se le daba mucho mejor mostrar riqueza que crearla. Todavía estaba gobernada por un sistema administrativo inadecuado y un ejército en correspondencia débil que era incapaz de derrotar a cualquier potencia occidental importante sin la intercesión de poderosos aliados.

La monarquía había tomado un buen impulso bajo el enérgico e innovador José I. No solo se deshizo de la mayoría de los ministros de su padre, sino que también racionalizó el tamaño de los órganos clave en los que se formulaban las políticas, como la Conferencia Privada y el Consejo Privado. El nuevo emperador y sus ministros también estaban mucho más comprometidos con la agenda de reformas de los cameralistas. Trabajando en conjunto con Starhemberg, José agilizó rápidamente la administración regional al reducir el exceso de personal y subordinar las oficinas administrativas independientes de Graz e Innsbruck al gobierno central. En 1706 fundó el Banco de la Ciudad de Viena. Aparentemente administrado por el gobierno municipal de la capital, el Banco de la Ciudad era dirigido en secreto por una Diputación Ministerial del Banco encabezada por Starhemberg, bajo cuya tutela asumió una quinta parte de los sesenta millones de florines a los que ascendería la deuda que la *Hofkammer* acumularía en los siguientes cinco años. José también estaba dispuesto a implementar algunos de los proyectos propuestos por el nuevo secretario de la *Hofkammer* , el cameralista austriaco Schierendorff. Fiel al dogma cameralista, Schierendorff abogaba no solo por el desarrollo mercantil y la eficiencia administrativa, sino también por alcanzar una mayor productividad agrícola mejorando el nivel de vida de aquellos campesinos que «sudan bajo el yugo servil de la

servidumbre». Con el fin de reducir sus impuestos y aumentar los ingresos generales del Estado, José intentó remplazar las Contribuciones, tan desiguales e irregulares, que eran votadas por los Estados, por un «impuesto universal» que podría aplicarse de manera uniforme en todos los *Erblande* . También puso a las provincias a investigar formas para que los campesinos fuesen liberados del servicio *robot* . Cerca del final de su reinado, José conmutó el servicio *robot* en sus propios dominios en los antiguos ducados Piast de Liegnitz, Brzeg y Wohlau.

Los ingresos «ordinarios» de los cameralistas aumentaron más del doble en el reinado de José, yéndose hasta los 8,5 millones de florines [4] . Sin embargo, las provincias le impidieron llevar a cabo algunas de las propuestas más revolucionarias de Schierendorff. Los regímenes de Austria Interior y Tirol retrasaron la subordinación de sus oficinas administrativas en Graz e Innsbruck y postergaron la introducción de un impuesto universal especial negándose a promulgar los nuevos catastros que este requería. La oposición de las diversas provincias bohemias también disuadió al gobierno de extender el proyecto piloto de cancelación del servicio *robot* a las tierras de los particulares, a pesar de que había aumentado drásticamente el rendimiento de los cultivos en Liegnitz, Brzeg y Wohlau. Pese a la energía y determinación de José, no se distinguía de sus predecesores en su deseo de trabajar codo con codo con los terratenientes de la monarquía, especialmente en tiempos de guerra. Era una postura que tenía ventajas comprobadas. La aristocracia había ayudado al gobierno a financiar la guerra con sustanciales préstamos, especialmente durante el período crítico anterior a Blenheim. También los próceres de la ciudad de Viena habían asumido cargas imponentes a través del Banco de la Ciudad. Al aumentar la Contribución en otro sesenta por ciento poco después de la sucesión de José, las provincias de los *Erblande* habían triplicado estos impuestos de guerra «extraordinarios» en una sola generación hasta más de ocho millones de florines. En Bohemia propiamente dicha, los nobles habían acordado incluso pagar la mayor parte de los 1,3 millones de florines de la Contribución ellos mismos. Sin embargo, los niveles de la Contribución disminuyeron en realidad ligeramente después de 1706, en parte debido a que las provincias veían menos urgente hacer tales sacrificios, pero también porque el propio José era profundamente consciente del costo que estaba imponiendo a sus súbditos, particularmente en los territorios

de la corona en Bohemia [5] .

La crisis sucesoria

Como mínimo, los cambios estructurales permanentes en las finanzas de la monarquía tendrían que esperar hasta el final de la guerra. En 1720 había llegado ese momento. Por primera vez en su historia, la monarquía estaba libre de amenazas externas inmediatas a su seguridad que pudiesen impedir la implantación de las reformas internas. Los siguientes trece años fueron, de hecho, el período más largo de paz ininterrumpida de Europa entre los siglos XV y XX . Por lo tanto, Carlos VI contó con amplias oportunidades para reformar su gobierno y construir su economía sin temor a alterar los pilares colectivos que apoyaban a la monarquía. Pero la prematura muerte de José comprometió severamente estas perspectivas, por dos motivos. Para empezar, creó una nueva crisis de sucesión. Aunque Leopoldo I había producido dieciséis hijos con la asistencia de sus tres esposas, José y Carlos fueron los únicos dos de los cinco varones que sobrevivieron a la infancia. José y Guillermina Amalia habían tenido tres hijos dentro de los primeros cuatro años de matrimonio, pero su único hijo no vivió para ver su primer cumpleaños. Poco tiempo después, el emperador, ya en su declive, transmitió a su esposa una infección venérea recurrente cuyos síntomas sugieren poderosamente que se trataba de gonorrea o herpes simplex. Como resultado, dejaron de tener relaciones sexuales durante al menos los siguientes cuatro años, si no hasta su muerte.

En adelante, la responsabilidad de prolongar la dinastía recaería en el hermano de José. Carlos y su esposa, Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel, tuvieron un hijo en 1716, que también murió a los pocos meses. Durante los siguientes ocho años, las plegarias de Carlos a la Virgen tuvieron por respuesta el nacimiento de María Teresa (1717), María Ana (1718) y María Amalia (1724). En la década de 1720, Carlos perdió interés por su esposa, a quien los médicos habían prescrito una dieta rica en «fertilidad», una dieta que la volvió tan obesa que apenas podía pararse y le resultaba imposible entrar y salir de una silla sin la ayuda de un dispositivo especialmente construido para ello. Su creciente preferencia por su amante española y por otras muchas jovencitas comprometió aún más las posibilidades de proporcionar un heredero masculino. Lamentablemente, durante los últimos años del reinado crecieron

los rumores sobre la esperanza de Carlos en que su esposa lo precediera en la muerte, permitiéndole volver a casarse y engendrar así un varón (véase Tabla genealógica en la página 16).

El emperador Leopoldo ya había tenido en cuenta la posibilidad de una sucesión femenina en septiembre de 1703, cuando concluyó el *pactum mutuae successionis* con sus dos hijos en la víspera de la partida de Carlos a España. Los tres hombres acordaron que Carlos y sus herederos varones gobernarían España y su imperio, mientras que José heredaría los dominios austriacos de su padre. Si José o Carlos no lograban aportar un hijo, la línea masculina que sobreviviese se haría con la sucesión en ambos reinos de los Habsburgo. La descendencia femenina también podría acceder a la sucesión tras la extinción de ambas líneas masculinas. Finalmente, el pacto también decretaba la unidad e indivisibilidad de los territorios austro-bohemios-húngaros.

No hubo apenas expresiones de amor fraternal al fijarse el acuerdo hereditario de los Habsburgo. José obligó a Carlos a ceder el ducado estratégico de Milán como condición previa para adherirse al pacto de sucesión. Aunque luego renunció a su reclamación sobre el resto del imperio español a favor de Carlos y sus herederos varones, José al parecer insistió en que sus dos hijas, María Josefa y María Amalia, «en todas partes y siempre tendrían prioridad» sobre cualquier propuesta femenina que Carlos pudiese aducir. Cualesquiera que hayan sido las intenciones de José, perdieron toda su fuerza a su muerte. Aunque la Pragmática Sanción que Carlos emitió en la corte en abril de 1713 confirmaba la disposición del pacto para una sucesión femenina y hacía hincapié en la indivisibilidad de la monarquía, situaba implícitamente a las dos hijas de su hermano detrás después de cualquier hijo que él pudiese tener, independientemente de su sexo. La Pragmática Sanción fue un documento verdaderamente revolucionario. Los testamentos anteriores, como el *pactum mutuae successionis* , también habían prohibido la partición de la monarquía y permitido una sucesión femenina; sin embargo, habían permanecido en gran medida en el terreno de lo hipotético. Al enunciar públicamente estos principios por primera vez, la Pragmática Sanción requirió entonces su aceptación formal por parte de los Estados del reino. Esto era particularmente importante en Hungría, cuya Dieta todavía tenía derecho a elegir a su rey en caso de que la dinastía no lograse proporcionar un heredero legítimo. Desde un punto de vista

práctico, Carlos también quería obtener el reconocimiento extranjero de la Pragmática Sanción, para que no se tratase con el mismo desprecio que la voluntad de Carlos el Hechizado.

Sus denodados esfuerzos para asegurar su aceptación en el país y en el extranjero han sido criticados por muchos estudiosos, que a menudo citan el consejo del príncipe Eugenio de que una tesorería boyante y un ejército bien equipado le hubiesen servido mejor que las firmas de los otros monarcas. Aunque la Pragmática Sanción sentó públicamente las bases de un indivisible *Gesamtstaat* Habsburgo, por más que fuese constitucionalmente diverso, no sustituía a los cambios administrativos y fiscales que podrían haber permitido que el sucesor de Carlos defendiese su herencia. Los historiadores afirman con cierta justificación que la obsesión del emperador con la Pragmática Sanción lo apartó de perseguir reformas domésticas muy necesarias. El hecho es que el último Habsburgo tuvo una treintena de años para preparar a la monarquía para su muerte, tiempo más que suficiente para ocuparse de la construcción del Estado. Si la imprudente vida sexual y la muerte prematura de José comprometieron el futuro de la monarquía no fue solo por provocar la crisis de sucesión, sino también por situar a Carlos VI en el trono.

Administración y finanzas en el reinado de Carlos VI

Dado el prominente papel desempeñado por Carlos VI y las pretensiones barrocas que inspiró, no es sorprendente que varios historiadores eminentes se hayan planteado convertirse en su primer biógrafo moderno. Por desgracia, ulteriores pesquisas persuadieron a todos de dedicarse a otros asuntos. Seguramente los contemporáneos no se hicieron en ningún momento las mismas ilusiones. Era de una mediocridad desesperante: un hombre bastante reservado e imperturbable que había heredado la flema y la indecisión de su padre, pero no su inteligencia y su meticulosidad. Cuando hablaba, murmuraba tan rápido que «ni el más hábil de los magos podía entenderlo». Su letra era tan ilegible que pasaron dos siglos antes de que alguien pudiese descifrar su diario. Cuando el historiador Oswald Redlich lo logró finalmente, lo que encontró fue una mente superficial y trivial que apenas estaba a la altura de los desafíos que enfrentaba la monarquía.

La tarea fue innecesariamente complicada por la nostalgia de Carlos por España, una obsesión que fue mucho más allá de su

patrocinio de las artes. Insistió en mantener el título real español mucho después de haber abandonado la península. Su blasón permaneció en el escudo imperial hasta el final de su reinado. Incluso a su muerte, los adornos de su sarcófago nos recuerdan su anhelo español mediante la representación de una rara victoria que obtuvo sobre Felipe V en Zaragoza. Por infundada que fuese la vanidad de Carlos, lo cierto es que tuvo un efecto real en la organización de la monarquía. En lugar de verse a sí mismo como el soberano de una monarquía enormemente ampliada, alimentó la ilusión de ser el rey legítimo de los Estados de los Habsburgo austriacos y españoles. A su regreso de la península, estableció una burocracia paralela en Viena para sus dominios españoles, llenándola con más de mil exiliados ibéricos e italianos que lo habían servido durante la guerra. Carlos negó incluso la transferencia anterior de Milán de su hermano al gobierno austriaco, situando a Milán bajo la jurisdicción de una nueva cancillería italiana que subordinó a un Consejo de España totalmente independiente. En lugar de recibir órdenes de la Conferencia Privada, el Consejo de España reportaba directamente al emperador, con el catalán marqués de Rialp y el conde napolitano Rocco Stella disfrutando de un acceso inmediato al emperador. Hay que decir que el marqués de Rialp se esforzó en trabajar con sus colegas austriacos. Sin embargo, estos no podían ocultar sus celos y su desconfianza hacia hombres como Stella, a quien apodaron el «halcón nocturno» por sus visitas secretas y nocturnas a los aposentos de Carlos. Tampoco podían soportar la preferencia del emperador por cenar y socializar con los exiliados, o los cuatrocientos cincuenta mil florines en salario y pensiones que estos recibían anualmente de la corona.

Por desgracia, los ministros austriacos no se bastaron para compensar la falta de interés y visión de Carlos. A diferencia de su hermano, este se negaba a delegar su autoridad, con el resultado de que a menudo sus ministros tenían que esperar unas instrucciones y un apoyo que llegaba tarde o no llegaba. Tampoco es que estuviesen totalmente exentos de responsabilidad por la confusión ministerial resultante. Prácticamente todos los mejores ministros de José habían muerto o renunciado a los pocos años de la sucesión de Carlos. Los que se quedaron estaban profundamente divididos por los conflictos existentes en sus propias filas. Los más destacados entre quienes se quedaron fueron Gundaker Starhemberg y el

príncipe Eugenio, cuyas hazañas marciales lo ayudaron a convertirse en la figura más influyente de la corte durante los primeros años del reinado. Sin embargo, el mayor genio militar de la historia de Austria demostró ser un abúlico presidente del *Hofkriegsrat* . Al igual que el resto del ministerio, trabajaba solo unas pocas horas al día, dedicando la mayor parte de su tiempo a jugar a las cartas y a otras actividades sociales. Incluso cuando lograba centrarse en los asuntos que reclamaban su atención, gastaba mucha más energía en defender su reputación y su posición en las intrigas de la corte que en mejorar el sistema militar de la monarquía o en formar a un comandante de campo competente que lo sucediera.

Por el contrario, Gundaker Starhemberg era un ministro mucho menos político y más diligente, que solo necesitaba la confianza de su soberano para continuar los proyectos de reforma iniciados por José I. Ya había alertado a Carlos sobre las graves dificultades fiscales de la monarquía inmediatamente después de su sucesión, y había obtenido de él un mandato para redactar un plan integral para la restructuración de las finanzas estatales. No obstante, al final el emperador simplemente siguió los pasos de muchos de los gobernantes de la monarquía, es decir, hizo algunos ajustes en el bizantino sistema administrativo al comienzo de su reinado y posteriormente hizo poco más. Creó, por ejemplo, una comisión para descargar la abultada deuda estatal y apoyó a Starhemberg en la introducción de mejores métodos de contabilidad en todos los niveles de la administración fiscal. Sin embargo, lejos de alentar los proyectos más ambiciosos de Starhemberg, Carlos permitió que la camarilla española lo convirtiese en chivo expiatorio de los crónicos problemas fiscales de la monarquía. Starhemberg terminó renunciando a la presidencia de la *Hofkammer* en 1715, luego de la creación de la llamada *Universal Bankalität* , un vehículo de inversión estatal-privada que desafiaba su control sobre la *Hofkammer* y el Banco de la Ciudad de Viena. Permaneció como jefe de la Diputación del Banco Ministerial y tuvo la satisfacción de presenciar un año después el colapso de la *Bankalität* bajo el peso de la guerra turca. En todo caso, cualquier posibilidad de restructurar el aparato fiscal de la monarquía se desvaneció con su salida de la *Hofkammer* .

Mientras que el emperador mostraba poco interés en cambiar el sistema administrativo de la monarquía, estaba firmemente

comprometido con conservar su estructura constitucional. Como habían hecho otros Habsburgo en el pasado, intentó gobernar por consenso con las élites privilegiadas de la monarquía, en lugar de a través de la coerción forzada por el poder burocrático. Incluso antes de su regreso de España, expresó su determinación de adherirse estrechamente a las constituciones tradicionales de todos sus dominios. Establecer el Consejo de España era también una forma de expresar que no estaba dispuesto a proseguir con los modestos esfuerzos de sus predecesores para integrar y centralizar el gobierno. Tampoco mostró ningún interés en la sugerencia de Schierendorff de que reuniera una Dieta de todas las tierras de los Habsburgo con el doble propósito de adoptar el impuesto universal y ratificar la Pragmática Sanción. Su decisión significó la muerte del impuesto especial universal y la estructura tributaria uniforme que este representaba. Además, en su búsqueda de reconocimiento para la Pragmática Sanción, negoció por separado con cada uno de los territorios de la corona, afianzando así la noción de un *Gesamtstaat* Habsburgo constitucionalmente diverso. Desde su sucesión hasta su muerte, la monarquía fue la única entre las grandes potencias que tuvo gobiernos locales completamente funcionales en todas los territorios de la corona.

Hay que decir, en defensa de Carlos, que tanto Hungría como varios de sus dominios españoles habrían resistido fuertemente cualquier movimiento hacia el absolutismo real. No obstante, al no lograr integrar a ninguno de ellos, dejó pasar la oportunidad de aumentar considerablemente los ingresos estatales. En vez de eso, se contentó con utilizar Nápoles para financiar sinecuras para sus exiliados españoles e italianos, entre ellas una inaudita sucesión de doce virreyes, mientras no hacía nada para desarrollar su infraestructura comercial o agrícola. La administración y la economía de Nápoles y Sicilia estaban tan mal gestionadas que los dos reinos drenaban sin cesar recursos del tesoro. Tampoco contribuyeron a las arcas de la monarquía los Países Bajos austriacos. Se necesitaba un tercio de sus ingresos anuales para rembolsar a los holandeses los gastos operativos de las ocho fortalezas de barrera que mantenían a lo largo de la frontera francesa; lo que quedaba apenas era suficiente para sufragar los costos de su propia defensa y administración y la extravagante corte virreinal que la hermana de Carlos mantenía en Bruselas. Por lo tanto, a pesar del enorme aumento de la extensión y de la población

de la monarquía, fueros los *Erblande* los que siguieron proporcionando la mayor parte de sus impuestos. Dada la insignificante contribución anual pagada por los territorios austriacos —un millón de florines cada uno de los archiducados y Austria Interior, y a menudo nada del Tirol o de Austria Exterior—, la carga recayó principalmente en Bohemia.

Con todo, en ningún lugar tuvo resultados más positivos la confianza de la corona en la cooperación mutua. Carlos continuó la práctica de sus predecesores de recompensar la lealtad del reino extendiendo gradualmente sus privilegios. Como hizo José antes que él, Carlos permitió que las provincias bohemias y moravas revisasen partes de la *Verneuerte Landesordnung* . Las actividades de sus Dietas también se expandieron hasta el punto en que se reunían casi en sesión continua a finales del reinado. A cambio, los gobiernos locales de Bohemia y Moravia no decepcionaron a Carlos. Más allá de borrar de la *Verneuerte Landesordnung* las referencias a la revuelta de Bohemia, su única innovación sustancial fue expandir el poder del rey sobre las tierras de la Iglesia, los tribunales y los impuestos. La Dieta bohemia también adoptó fácilmente la solicitud de Carlos de un «Receso Decenal» (1715) que lo obligaba a proporcionar una Contribución fija sin la necesidad de negociaciones anuales, a pesar de que la concesión comprometía uno de sus derechos restantes más cruciales. Lo que es más importante: proporcionaron por lo general los mismos seis millones de florines de la Contribución que habían votado en el apogeo de la guerra de sucesión española.

El espíritu de compromiso también fue muy evidente en Hungría. Ambas partes habían aprendido de la revuelta Rákóczi. Aunque la corte continuó viendo a los húngaros como rebeldes empedernidos, Carlos mantuvo la paz observando los acuerdos constitucionales de Pressburg (1687) y Szatmár (1711). También sancionó una reducción inmediata del cincuenta por ciento en los impuestos tras la Paz de Szatmár. La nación magiar no estaba menos dispuesta a evitar la confrontación con una dinastía que había luchado y ganado tres guerras importantes en Hungría en poco más de una generación. En ninguna parte el espíritu de compromiso y cooperación fue más evidente que en la Dieta del reino. En 1715 abandonó dos siglos de oposición a la presencia de tropas «extranjeras» en suelo húngaro al reconocer la necesidad de un ejército permanente fuerte, dos tercios del cual estaría compuesto

por soldados no nativos. Para mantener a los militares, aceptó entonces la necesidad de votar una Contribución regular, que alcanzó los dos millones y medio de florines hacia 1728. La Dieta también aceptó el nombramiento de funcionarios extranjeros cuando afirmó el derecho del rey a naturalizar a los súbditos no magiares. Al final del reinado de Carlos casi el treinta por ciento de los magnates del reino eran aristócratas nacidos en el extranjero con nombres como Auersperg, Liechtenstein, Lobkovic, Schönborn y Schwarzenberg. Pocos de estos hombres se involucraron de veras en los asuntos del reino. Entre los que lo hicieron, el cardenal primado alemán Sachsen-Zeitz, quien representó a la nobleza magiar con tanta fuerza en su calidad de presidente de la mesa baja de la Dieta que un delegado se jactó de que «no podría haberlo hecho mejor ni siendo descendente del mismísimo Atila». Las administraciones más altas del reino, en cualquier caso, ya estaban subordinadas al gobierno de Viena. La cancillería húngara hizo poco más que acelerar la política determinada por ministros no magiares en la Conferencia Privada. Aunque el reino continuó manteniendo una tesorería separada en Pressburg, los asuntos financieros y militares habían pasado a estar a cargo de la *Hofkammer* y el *Hofkriegsrat* en exclusiva. Incluso las asambleas del condado, que permanecieron activas en el campo, estaban cada vez más dominadas por los magnates *labanc* .

La aceptación de la aristocracia del dominio de los Habsburgo también se evidenció en el modo en que abrazaron el barroco austriaco. Había pasado medio siglo desde que el magnate *labanc* y más tarde palatino Pál Esterházy construyese el primer palacio barroco del reino en Eisenstadt. Con todo, aunque muchas estructuras construidas por la Iglesia empleaban diseños barrocos, sus compatriotas habían expresado su confianza e independencia de Viena al continuar construyendo sus propios palacios en el estilo renacentista. Ahora competían entre sí en la contratación de maestros austriacos como Hildebrandt, el pintor de frescos Maulbertsch y el destacado escultor Georg Raphael Donner.

Los progresos de la corona fueron mucho más allá de asegurarse la lealtad de la aristocracia magiar. Mientras que la nobleza estaba densamente concentrada en la Alta Hungría, era prácticamente inexistente en otros lugares. De hecho, en 1720 las pérdidas demográficas de los últimos dos siglos y la constante entrada de inmigrantes alemanes y balcánicos habían reducido a los magiares

étnicos a menos de la mitad de la población de Hungría. Su presencia era si cabe menor en las áreas recientemente arrebatadas al dominio turco. Carlos aprovechó estas peculiaridades demográficas para mantener la mitad sur de Hungría y Croacia fuera de la jurisdicción de sus correspondientes Dietas. A pesar de las promesas que tanto él como sus predecesores habían hecho a los gobiernos locales de ambos reinos, Carlos accedió a los llamamientos de los *Grenzer* para que mantuviese las zonas militares fronterizas existentes (junto con su libertad religiosa y personal) a pesar de que algunas de ellos ya no colindaban con territorio otomano. Sus responsabilidades militares también se expandieron a través de la frontera sur del reino cuando el Banat también se colocó bajo su dominio militar directo, al igual que las conquistas más allá de Hungría, en el norte de Serbia y la Pequeña Valaquia. Uno de los efectos de la expansión de la frontera fue un desproporcionado aumento en la cantidad de tierra cultivable a disposición, que permitía transformar el flujo constante de inmigrantes en soldados-colonos. Como resultado, el número de *Grenzer* se cuadruplicó en tamaño hasta los veinticinco mil efectivos en 1724, llegando a los cuarenta y cinco mil al final del reinado.

Que la corona apreciase esta creciente población no magiar de Hungría no libró a aquella de su inexorable tendencia a consolidar el control sobre todos sus súbditos. Justo cuando José y Carlos se empeñaban en tomar el control de la Frontera Militar croata del corrupto y negligente régimen de Austria Interior, dejaron la oficina del vicevoivoda vacante cuando Monasterlija murió en una batalla (1706). De igual modo que rechazaron las demandas de la Dieta croata para controlar la Frontera Militar, ignoraron las demandas húngaras para la reintegración de Transilvania. En deferencia a las sensibilidades populares, Carlos se abstuvo de asumir el título principesco hasta la muerte de Miguel II Apafi en 1713. Posteriormente, ignoró su Dieta y su cancillería, gobernando el país en su lugar a través de su gobernador militar y del *Hofkriegsrat* de Viena. Al separar y gobernar estas áreas directamente, el gobierno central pudo extraer más ingresos de la periferia sur de Hungría.

Por supuesto, a ojos de Carlos, la recompensa final por su estrecha cooperación con los Estados fue su rápida y unánime ratificación de la Pragmática Sanción. En otros países, tal revisión en la sucesión habría planteado problemas y riesgos formidables. La sucesión de Hannover en Gran Bretaña había sido cuestionada recientemente

por conspiraciones y revueltas jacobitas. El testamento póstumo de Luis XIV había sido invalidado por el Parlamento de París solo unos días después de su muerte. La voluntad de Carlos el Hechizado había sido rechazada por sus súbditos aragoneses. Y en Rusia, varios monarcas tuvieron que lidiar con un desfile aparentemente interminable de falsos zares y revueltas muy reales de su propia guardia de palacio. Sin embargo, en la monarquía de los Habsburgo, las deliberaciones sobre la Pragmática Sanción se caracterizaron sobre todo por la lealtad y la consideración hacia los deseos del último Habsburgo varón. Las diversas provincias de los *Erblande* aceptaron rápida y unánimemente la Pragmática Sanción, a pesar de que la Dieta bohemia tenía serias reservas sobre la precedencia que las hijas de Carlos tenían y el Tirol se había negado a admitir una unión permanente con los otros dominios de los Habsburgo. Croacia declaró su disposición a aceptar la sucesión femenina de los Habsburgo en marzo de 1712, todo un año antes de que Carlos emitiese la Pragmática Sanción. Un decenio más tarde, la mesa baja de la Dieta húngara llegó al extremo de evitar que el cardenal Sachsen-Zeitz presidiera sus deliberaciones, porque temía que su estrecha asociación anterior con el difunto José I lo inclinase a oponerse a la precedencia que la Pragmática Sanción otorgaba a las propias hijas de Carlos.

Las élites de la monarquía premiaron la deferencia de Carlos con una lealtad que ejemplificó el príncipe austriaco Adam Franz Schwarzenberg, quien, cuando Carlos le disparó fatalmente en un accidente de caza cerca de Praga, pronunció las últimas palabras que correspondían: «Siempre fue mi deber dar mi vida por mi soberano». Como regla, sin embargo, fueron otros los que hicieron los sacrificios y las élites privilegiadas las que más se beneficiaron. En la Hungría posterior a Szatmár, la nobleza leal persuadió a Carlos para que no se excediese en su amnistía a los rebeldes, para así poder mantener la tierra que se había confiscado a los nobles *kuruc* . También lo convenció de remplazar la impopular *Commissio Neo Acquistica* (que su hermano había abolido en 1709) con un nuevo cuerpo dirigido por funcionarios nativos cuyas decisiones beneficiaron aún más el crecimiento de los latifundios aristocráticos. Incluso la concesión por primera vez de la Dieta de una Contribución regular en 1715 fue una victoria de la nobleza, que obligó a la corona a reconocer su exención impositiva, de larga historia. La nobleza de los *Erblande* se manifestó aproximadamente

en la misma línea. Aunque los hacendados bohemios habían acordado pagar impuestos sustanciales durante la guerra reciente contra Luis XIV, habían trasladado la mayor parte de los aumentos en la Contribución al campesinado, que vio su participación quintuplicada bajo los últimos tres Habsburgo masculinos, hasta los cuarenta florines por cabeza. La nobleza de Austria Interior fue aún más lejos, hasta trasladar toda su pequeña parte de la Contribución al campesinado hacia 1728.

El campesinado también pagó la simbiosis entre la corona y la aristocracia a través de la continuación de las obligaciones señoriales. En Hungría, la corona permitió que la Dieta promulgase una legislación integral para detener la huida de los campesinos. También consintió en la conservación de grandes cantidades de trashumantes previamente libres, tal vez porque muchos habían luchado en el bando de Rákóczi y ya no eran necesarios para combatir a los turcos. En su descargo, digamos que Carlos respondió a los disturbios agrarios en Bohemia emitiendo patentes sobre el servicio *robot* en 1717 y 1738, patentes que prohibieron ciertos abusos y facilitaron el acceso del campesinado a una justicia real. Sin embargo, ninguna de estas patentes resultó más efectiva que las emitidas por su padre.

Carlos fue un poco menos complaciente con el mayor terrateniente de la monarquía, la Iglesia católica romana. Durante más de un siglo, la institución clerical había demostrado su lealtad a los Habsburgo haciendo grandes contribuciones voluntarias durante la guerra, incluidos 1,2 millones de florines durante el conflicto turco más reciente. En 1716, el papa accedió a la solicitud del emperador de un impuesto especial sobre el clero para mantener las fortificaciones en Hungría. Sin embargo, Schierendorff y otros cameralistas habían argumentado durante mucho tiempo que la productividad económica de la monarquía y los ingresos fiscales habían sufrido mermas a causa de la persecución religiosa, y también llamaron la atención sobre la enorme cantidad de tierra exenta de impuestos que la Iglesia católica mantenía en estado improductivo. De hecho, varias órdenes monásticas poseían la mitad de Carniola y casi la misma proporción de Moravia. El emperador hizo algunos intentos superficiales en los *Erblande* para desalentar la acumulación de riqueza de la Iglesia. Sin embargo, no hizo nada en Nápoles, Sicilia, ni en los Países Bajos austriacos, donde la mitad de toda la tierra cultivable estaba en manos de una

multitud de fundaciones eclesiásticas.

Su postura frente a la hegemonía cultural de la iglesia fue más problemática. Aunque Carlos no era tan laico como su hermano, el ambiente en Viena había cambiado considerablemente durante su ausencia de ocho años en España. En vivo contraste con la corte de Leopoldo que había dejado en 1703, el grupo de asesores que heredó de José I era mucho más secular y anticlerical. Su perspectiva reflejaba no solo los valores de la Ilustración temprana, sino también las nuevas corrientes confesionales que fluían de los territorios recientemente adquiridos en los Países Bajos, Lombardía y otras partes del norte de Italia.

Lo primero que salió a la superficie fue la enseñanza del obispo flamenco Cornelius Jansen (1585–1638), cuyos ataques contra el poder secular del papado y el enfoque excesivo de la Contrarreforma en los rituales y las manifestaciones externas de piedad le habían valido la enemistad duradera de los jesuitas. Tanto el príncipe Salm como Guillermina Amalia habían adoptado el jansenismo durante sus años formativos, por vivir cerca de los Países Bajos. Se ganaron la comprensión de otras dos figuras de la corte cercanas a José: el príncipe Eugenio, cuyas hazañas en el campo de batalla en Flandes y el posterior nombramiento como gobernador de los Países Bajos austriacos lo habían expuesto al credo jansenista; y Rummel, cuya instalación como obispo de Viena en 1706 no solo selló su triunfo sobre sus enemigos jesuitas, sino que comenzó una sucesión ininterrumpida de prelados de un siglo (1706-1803) que fueron jansenistas, antijesuitas, o ambas cosas. De inmediato, se produjo un cambio musical en la corte, que pasó de los temas sagrados favorecidos por Leopoldo a cantatas invariablemente seculares encargadas por José y su consorte.

Aunque Carlos no compartía el interés naciente de su hermano en reformar el sistema educativo de la monarquía, hizo un esfuerzo por reducir el papel de la Iglesia en el gobierno al nombrar a personas laicas para las comisiones de censura y al transferir la responsabilidad principal en la ayuda a los favorecidos de los clérigos a la policía. Reanudó la persecución de los herejes que acometió su padre, en especial de los protestantes previamente no detectados, contra quienes dirigió una serie de leyes. Pero sus tácticas eran menos draconianas, lo que reflejaba las posiciones más tolerantes de los hombres que lo rodeaban y su propia necesidad de asegurar el apoyo a la Pragmática Sanción de los príncipes

protestantes de Alemania. También culpaba al clero de no aventurarse en áreas montañosas remotas donde vivían muchos «cripto-protestantes», y creía que la coerción en este punto era menos efectiva que la persuasión a través de la instrucción religiosa y la lectura. Con ese fin, el emperador pidió «la aplicación medida de la clemencia» al tiempo que proporcionaba a los no convertidos una mejor instrucción, más amable, nuevos catecismos e incluso algo de dinero. En un guiño a los cameralistas, prohibió la expulsión de los mejor pagados a otros países, cualquiera que fuese su fe. Justo después de la infame expulsión de veinte mil protestantes ordenada por el arzobispo de Salzburgo en 1732, expresó su preocupación por la persistencia de focos de protestantismo en los territorios austriacos contiguos al reasentar a la fuerza a mil habitantes de Carintia y la Alta Austria en Transilvania. Mientras tanto, reclutaba a la fuerza a los agitadores protestantes más problemáticos incorporándolos al ejército que servía en Italia.

Cuando Carlos sancionó tácticas más severas contra los no católicos, a menudo fue a instancias de las provincias. Después de haber hecho tanto durante el siglo pasado para convertir al catolicismo a las clases privilegiadas de la monarquía, se sintió obligado a prestar atención a sus llamamientos contra la tolerancia. Incluso José I se había negado repetidamente a restaurar a los protestantes de la Baja Silesia todas las libertades prometidas por la paz de Westfalia, porque no quería perturbar a las propiedades predominantemente católicas del ducado. Solo la ocupación de Carlos XII de la vecina Sajonia y la posterior amenaza de intervenir en su nombre lo persuadieron finalmente para que cediese. No obstante, incluso entonces José I se apresuró a consolar a las provincias «enfurecidas y humilladas» prohibiendo a los conversos católicos de la Baja Silesia que volviesen a adoptar el protestantismo. Tras la muerte del patriarca ortodoxo Arsenije III en 1706, José cedió a la jerarquía católica de la monarquía rebajando el rango de sus sucesores a arzobispo y metropolitano. Del mismo modo, Carlos VI no logró resolver los conflictos religiosos supurantes de Hungría, en gran medida debido a la oposición de los magnates católicos de la Dieta, cuyos ataques a veces moderaba para ganar concesiones en la Dieta por parte de la nobleza calvinista. Setenta iglesias protestantes más fueron clausuradas durante el reinado de Carlos. La *Carolina Resolutio* que promulgó en

1731 limitó la libertad religiosa total a los pocos condados que estaban bajo el dominio de los Habsburgo cuando se convocó la Dieta de Sopron cincuenta años antes. De otra parte, hizo una distinción entre el culto público y el privado, permitiendo a los protestantes celebrar servicios privados para los miembros de su familia inmediata, aunque obligándolos a celebrar todas las fiestas católicas. También retomó el trato de los antiguos príncipes de Transilvania a los calvinistas nombrando exclusivamente católicos romanos y griegos para cargos gubernamentales.

Por primera vez, la población ortodoxa de la Frontera Militar también recibió presiones para convertirse. El mayoritariamente serbio *Grenzer* siempre había valorado la protección de la corona contra la probable persecución religiosa y el escarnio que sufrirían a manos de las provincias húngaras y croatas. Tanto José I como Carlos VI habían confirmado rápidamente sus privilegios y autonomía a cambio de su valioso apoyo militar contra los *kuruc* y los turcos. En 1708, José eximió al *Grenzer* de usar los nuevos uniformes blanquecinos que dieron su aspecto estándar a los soldados austriacos hasta 1867. Ese mismo año también le dio permiso al metropolitano para convocar el primer congreso nacional en el monasterio Krušedol de Sirmia y (desde 1713) en la cercana Karlovci (Karlowitz). Pero la corona siempre consideró que estos arreglos eran acuerdos temporales que podrían ser derogados una vez que su tierra natal de los Balcanes fuese liberada del dominio otomano. La derrota de los turcos, de hecho, eliminó esta necesidad para al menos algunos de los distritos más antiguos de la Frontera Militar, particularmente los que se extendían a lo largo de los ríos Tisza y Mureş. Aunque la corona tenía la intención de aferrarse a ellos por las tropas y la influencia política que le brindaban en la Gran Hungría, vio menos utilidad en continuar honrando los privilegios de todos los serbios. A los pocos meses de la Paz de Passarowitz, Carlos accedió a la presión de las provincias de Croacia y Austria Interior, permitiendo que los misioneros jesuitas y los funcionarios de Austria Interior procurasen la conversión de los sacerdotes, obispos y monasterios ortodoxos de la Frontera Militar. Por desgracia, sus medidas de reconversión espiritual incluyeron golpear a varios sacerdotes y matar al prior de un monasterio. En 1727 también rescindió los poderes seculares que el *Privilegium* había otorgado al metropolitano, aun cuando confirmase el control total del clérigo sobre la vida espiritual y

cultural de los serbios. Más al este, el *Grenzer* serbio cerca de Arad se amotinó contra una combinación de proselitismo católico, colonización extranjera y la derogación de sus privilegios fiscales por parte de la corona. Al final, ni la persecución de los serbios ortodoxos de la Frontera Militar ni el estancamiento de los trashumantes fronterizos de Hungría condujeron a una insurrección a gran escala. Sin embargo, estos hechos sí muestran la influencia dominante de las provincias, así como la capacidad de represión que tenía la dinastía cuando la ausencia de amenazas extranjeras le daba manga ancha para ocuparse de sus propios súbditos.

Iniciativas económicas y desarrollo

El trato especial que Carlos dispensó a la nobleza terrateniente y la Iglesia católica no estuvo exenta de consecuencias económicas negativas, especialmente en el campo, donde en general fue renuente a implantar la mayoría de las reformas agrarias recomendadas por hombres como Schierendorff. La persistencia de los clérigos en dejar sin uso las tierras y la persecución religiosa siguió costándole a la economía tierras y súbditos productivos, de igual modo que las grandes exacciones de los terratenientes privaron a los campesinos del tiempo, los fondos y los incentivos que necesitaban para aumentar su productividad.

Sin embargo, el panorama económico mejoró en general tanto por la paz continuada como por las propias iniciativas de Carlos. En contraste con el campesinado y las minorías religiosas, la pequeña burguesía de la monarquía fue el único elemento no privilegiado en la sociedad de los Habsburgo que claramente pudo contar con la atención de Carlos VI. Es cierto que no fue el primer Habsburgo en mostrar interés en estimular la economía. Pero, a diferencia de sus predecesores, Carlos pudo combinar su compromiso con la expansión industrial y comercial durante un período prolongado de paz. Es verdad que no necesitó que lo empujasen demasiado a ello: tras el tiempo pasado en España siendo poco más que un títere británico, Carlos había llegado a apreciar el poder que una fuerte economía comercial otorgaba a países como Inglaterra y las Provincias Unidas. Fue durante su reinado cuando los escritos de hombres como Becher, Schröder y Hörnigk finalmente ganaron una aceptación amplia; el texto *Österreich über Alles* de Hörnigk pasó por dieciséis ediciones y fue empleado en la instrucción de las tres hijas de Carlos. Schierendorff también encontró al emperador más

dispuesto a dar salida a sus proyectos mercantiles antes que a sus otras propuestas. No es sorprendente que muchas de las iniciativas económicas del emperador se desarrollasen pocos años después de su sucesión. Sin embargo, a diferencia de las reformas administrativas que el imperio tanto necesitaba, en las que rápidamente perdió interés, Carlos nunca cedió en sus esfuerzos por desarrollar nuevas empresas industriales y comerciales hasta el punto de inspeccionarlas personalmente e incluso invertir su propio dinero en ellas.

En la mayoría de los casos, el emperador simplemente aceleró la introducción de estrategias mercantiles convencionales que ya habían sido adoptadas en otras partes de Europa. Aunque su hermano había restablecido recientemente una Comisión de Comercio en Viena, fue él quien creó otras en centros regionales como Praga y Breslavia con el fin de crear un entorno favorable para las nuevas empresas industriales. A sugerencia de Schierendorff, añadió una oficina de comercio y manufactura en 1718 para que coordinase sus proyectos mercantiles. En respuesta a décadas de agitación que se remontaban al reinado de Leopoldo, el gobierno también comenzó a utilizar los aranceles como un vehículo para alentar la fabricación nacional de productos terminados, en lugar de simplemente para aumentar los ingresos. Después de 1728, las importaciones competidoras fueron gravadas a tasas tan altas como el cien por ciento. En 1735, la derogación del impuesto especial sobre los bienes nativos (pero no extranjeros) daba una ventaja adicional a la producción nacional. Dos años más tarde, una ley arancelaria más exhaustiva redujo drásticamente los derechos de exportación, al tiempo que conservó importantes impuestos sobre las importaciones. Carlos también intensificó los esfuerzos de sus predecesores para eliminar el desconcertante efecto de los gremios en la competencia atacando su monopolio sobre varios oficios y su derecho a fijar precios. Finalmente, una reforma de la moneda (1716) y el establecimiento de un puesto estatal (1722) contribuyeron a crear un medio más favorable para la expansión industrial y comercial.

Como en otros países, el gobierno intentó crear nuevas industrias que pudieran promover las exportaciones o reducir la dependencia de la monarquía de los bienes importados. Los emperadores Leopoldo y José ya habían otorgado concesiones a más de una docena de tales fábricas en la primera década del siglo, produciendo

desde cera, aceite para lámparas, vidrio y varios textiles hasta espejos, seda e incluso hilos de oro y plata. Varios de los establecidos durante el reinado de Carlos hicieron productos exóticos de lujo como porcelana, tapices y tabaco. Sin embargo, el gobierno fue el más activo y exitoso en promover la expansión de las industrias existentes, como los textiles, el vidrio y el hierro. En 1730, Viena no tenía más que siete fábricas textiles. Bohemia y Moravia añadieron el mismo número durante la década anterior para la producción de productos de lana, seda y algodón.

Aunque el gobierno promovió agresivamente la creación de varias empresas industriales, en realidad era propietaria de muy pocas, y tampoco solía operar en ellas. Las excepciones fueron los centros para pobres del Estado, que continuaron creciendo en número con la incorporación de instalaciones en Olmütz (Olomouc) (1702), Innsbruck (1725), Graz (1735) y Praga (1737). Por otro lado, el gobierno atrajo a empresarios privados ofreciendo una serie de incentivos que podían incluir el pago de subsidios, exención de impuestos y competencia externa, o incluso completa libertad religiosa. Ningún grupo era más importante que la aristocracia, especialmente los ricos nobles bohemios y moravos que ya habían establecido negocios patrimoniales y disponían de una oferta inmediata de mano de obra servil. Sin embargo, también era necesario atraer a inversores extranjeros, empresarios y artesanos, para que aportasen las técnicas y tecnologías comerciales avanzadas necesarias. Así, la industria del hierro de Austria Interior contribuyó a mantener su recuperación de la depresión del siglo pasado mediante la importación de hornos más eficientes. Puede que las revolucionarias máquinas de vapor que ayudaron a drenar las minas de cobre de la Alta Hungría fuesen instaladas por el hijo de Fischer von Erlach, Joseph Emanuel, pero fueron inventadas por el ingeniero británico Thomas Newcomen. Además, las minas mismas permanecieron en gran parte en manos de agentes holandeses. Tampoco la industria de la porcelana de los *Erblande* habría sido competitiva sin contratar empresarios y artesanos clave de Trier y del famoso centro de fabricación sajón de Meissen. El crecimiento y la gestión de la industria textil artesanal de la Gran Bohemia fueron cuidadosamente alimentados por factores británicos que se establecieron allí durante la primera mitad del siglo. Uno de esos agentes logró aumentar el número de telares en la ciudad de Rumburg (Rumburk) de unos treinta a quinientos ochenta entre

1713 y 1724. Además, las exportaciones textiles de la región permanecieron en gran parte en manos de intermediarios alemanes e ingleses. Gracias a su aportación, las ventas de textiles llegaron más allá de Alemania, hasta Gran Bretaña y España, así como a sus colonias americanas.

De hecho, la promoción de las exportaciones de ultramar se convirtió en uno de los principales objetivos del emperador, especialmente en la década posterior a la conclusión de la guerra turca. Hizo más que cualquier Habsburgo anterior para crear nuevas y mejores arterias comerciales que pudiesen alimentar el comercio exterior. Al igual que su padre, expandió los canales comerciales de la monarquía construyendo canales y dragando ríos. Pero también dedicó grandes sumas a un impresionante programa de construcción de carreteras que tocó prácticamente todas las provincias de la monarquía. Carlos intentó abrir tres nuevas vías para el comercio. Al sudeste, el bajo Danubio se convirtió en un conducto para las exportaciones al imperio otomano. Seis días después de la Paz de Passarowitz concluyó un tratado comercial con los turcos que permitía a ambos países navegar libremente por el río y, más allá de eso, acceder a los mercados interiores de cada uno. La *Hofkammer* fue uno de los primeros beneficiarios cuando su introducción de la tecnología austriaca en las minas de cobre del norte de Serbia escaló rápidamente la producción hasta las ochenta mil toneladas de mineral, la mayoría de los cuales se vendía posteriormente río abajo a los antiguos propietarios de las minas. Sin embargo, fueron los turcos los que al final se beneficiaron más del tratado, debido a su renuencia a importar bienes extranjeros, a excepción de los proporcionados por los franceses. Mientras tanto, una Babel de intermediarios otomanos, judíos, armenios, valacos, griegos, serbios y otros eslavos ortodoxos aprovecharon la infraestructura comercial prácticamente inexistente de Hungría para establecerse allí con el fin de exportar productos turcos a la monarquía. Tan dominante era la presencia ortodoxa que la palabra *görög* o «griego» se convirtió en un término magiar común para «comerciante».

Carlos tuvo mucho más éxito en sus esfuerzos por desarrollar una segunda ola exportadora a través del Mediterráneo. Había allanado —literalmente— el camino durante la década de 1720 construyendo una compleja red de carreteras. Una atravesaba el paso del Brennero hacia el norte de Italia, otra el paso de Semmering que lleva hasta Trieste y el litoral adriático. También gastó tres millones

de florines en la construcción de una *Via Carolina* para mejorar el acceso de Hungría a Fiume. Las dos ciudades de Istria recabaron la atención de Carlos. En 1719, hizo ambos puertos libres con la esperanza de alentar a los comerciantes de los *Erblande* a eludir las altas tarifas prusianas que dominaban la ruta comercial hacia el norte a lo largo de los ríos Elba y Óder. Incluso otorgó plena libertad religiosa a los trabajadores cualificados, que se reubicaron en todas partes, a pesar de las continuas protestas de las localidades católicas del litoral. Muchos encontraron empleo en una nueva empresa oriental que creó ese mismo año. La compañía pronto se convirtió en una empresa importante con numerosas operaciones industriales, incluida una fábrica textil en Viena y otra en Linz que finalmente empleó a doce mil hiladoras y tejedoras. A pesar de su rentabilidad inicial, la Compañía Oriental se declaró en quiebra en 1734. Los puertos del Adriático también resultaban demasiado distantes para atraer exportaciones de las tierras bohemias. Sin embargo, los esfuerzos del emperador no fueron en vano. Durante siglos, Venecia había impuesto el monopolio del comercio del Adriático que limitaba a las poblaciones costeras de Istria y Croacia a dedicarse a poco más que la pesca y la piratería. Bajo el reinado de Carlos VI, la monarquía no solo compitió con la república isleña, sino que pronto la superó como el principal poder comercial del Adriático. Mientras tanto, el litoral croata utilizó sus bosques para convertirse en centro de construcción naval y exportación de madera. Las carreteras que construyó Carlos también aumentaron enormemente el volumen del comercio entre las provincias del Adriático y el resto de los territorios austriacos.

Carlos centró su tercera aventura en el extranjero en los Países Bajos austriacos. La economía belga se había visto perjudicada por la despiadada competencia holandesa. Durante los últimos ciento cincuenta años, los holandeses utilizaron su control del estuario de Scheldt para bloquear su puerto principal de Amberes. Más recientemente, ellos y los británicos habían conseguido concesiones comerciales de largo alcance recogidas en el Tratado de Barrera de 1715. No obstante, aquí había un territorio de la corona con la infraestructura humana y de capital necesarios para apoyar la audaz visión del emperador. De hecho, los mercaderes del principal puerto de Ostende ya se habían establecido a lo largo de la costa de Coromandel, en la India, desde donde esperaban desafiar el monopolio angloholandés en el Lejano Oriente. En 1723, Carlos les

ofreció protección imperial contra las amenazas holandesas mediante la constitución y financiación de la compañía India Oriental, también llamada la Compañía Ostende. La primera aventura colonial en la historia de la monarquía fue un éxito inmediato, pagando a sus accionistas un dividendo del ciento cuarenta por ciento después de solo cuatro expediciones. Inmediatamente expandió sus operaciones en la India, mientras lanzaba nuevas operaciones en el norte de África y China. En 1730, las ganancias de la compañía habían igualado los seis millones de florines originalmente invertidos por los accionistas.

De acuerdo con las estrategias contemporáneas de la economía política, el gobierno centró sus iniciativas comerciales en encontrar nuevos mercados para aquellos dominios con una base industrial existente, como los territorios bohemios, los dos archiducados y Bélgica. Entretanto, adoptó un enfoque bastante diferente respecto a la Gran Hungría, que quedó encuadrada como un área agrícola que proporcionaría al resto de la monarquía alimentos y materias primas variadas. En consecuencia, no intentó prácticamente desarrollar una infraestructura industrial o comercial allí. Los magnates emprendedores intentaron llenar el vacío. Dirigida por Sándor Károlyi, la Dieta de 1715 formó una comisión para investigar estrategias para el desarrollo mercantil, incluida la creación de industrias para refinar los textiles en bruto, el cuero y los minerales que producía el reino. Pero la ausencia de apoyo de Viena excluyó cualquier posibilidad de éxito. Károlyi finalmente creó su propia compañía privada para llevar a cabo sus planes, que incluían la construcción de la primera fábrica de lana de Hungría en 1722, al igual que otros magnates como el caudillo croata János Pálffy y una variedad de miembros de la familia Esterházy. Sin embargo, todos estos proyectos se habían derrumbado a mediados de siglo. El reino siguió siendo una zona agraria. Hasta sus pueblos estaban habitados principalmente por campesinos que buscaban seguridad detrás de sus muros, siendo sus artesanos solo del diez al veinte por ciento de su población. Aunque era físicamente seguro para ellos reasentarse en el campo después de 1711, hacerlo los expuso a la persecución, que había caído bajo el dominio otomano pero que ahora se reintroducía tras un paréntesis de dos siglos.

Podría excusarse a Carlos y sus ministros por no prever algo más para el futuro de Hungría. La revuelta Rákóczi había agravado la destrucción provocada por dos siglos de guerra y rebelión. Puede

que hasta ochenta y cinco mil *kuruc* muriesen en la contienda; la hambruna y una devastadora plaga que estalló en 1708 pudieron haberse llevado a cuatrocientos mil civiles más, de la misma manera que un nuevo levantamiento en Transilvania (1717–1720) costó otras ciento cincuenta mil vidas allí. Afortunadamente, el prolongado período de estabilidad que trajo la paz de Szatmá permitió que el reino comenzase a recuperarse notablemente de una era de guerra y devastación que había comenzado doscientos años antes. El gobierno ayudó a la reactivación de su economía agraria a través de un ambicioso programa de colonización campesina. Si bien se centró en los distritos fronterizos que gobernaba directamente, los ministros y otros terratenientes leales trabajaron para repoblar la llanura central en las tierras que habían recibido de la *Commissio Neo Acquistica* . Atrajeron a decenas de miles de colonos con promesas de tierras y de exención de impuestos, prometiéndoles igualmente libertad personal y religiosa. Como siempre, los colonos alemanes de los *Erblande* y el imperio fueron favorecidos, al igual que los serbios por su lealtad y su destreza marcial. Sin embargo, también siguió una redistribución significativa de la propia población del reino a causa de la llegada de magiares, eslovacos y rutenos de las partes más densamente habitadas de la Alta Hungría, así como un número prodigioso de siervos rumanos de la cercana Transilvania. Un flujo constante de serbios de los Balcanes, de rumanos y búlgaros, se estableció igualmente en el sur de Hungría, al igual que un puñado de franceses, italianos, catalanes e incluso cosacos rusos. Merece la pena destacar la gran cantidad de artesanos y comerciantes otomanos que echaron raíces en Novi Sad, Pančevo, Temesvár y Zrenjanin; el gobernador de Belgrado, el duque Carlos Alejandro de Württemberg, también los animó a establecerse fuera de los muros de la ciudad, mientras ampliaba el espacio interior con nuevas construcciones y un gran contingente de alemanes. En el apogeo de la colonización, solo en el Banat se hablaban diecisiete idiomas diferentes, un popurrí de nacionalidades que tendría inquietantes implicaciones en el futuro. Entonces, sin embargo, la colonización del Banat fue un éxito sin paliativos, impulsado en parte por la tolerancia manifestada hacia sus ochenta y cinco mil habitantes ortodoxos en un momento en que a los protestantes, judíos y magiares de cualquier religión se les negaba la entrada. Una señal de la prosperidad en ciernes fue que se cuadruplicó la Contribución

del Banat en 1730. Con el apoyo de los agentes de la *Hofkammer* , los colonos alemanes lideraron el camino para drenar pantanos, desbrozar bosques y emplear nuevas técnicas e introducir nuevos cultivos como el maíz, el tabaco y la patata. La llanura húngara reanudó las exportaciones de cereales, mientras que el Banat y los confines orientales de Eslavonia también convirtieron sus tramos abiertos en producción ganadera a gran escala.

Es difícil juzgar con precisión lo exitosas que fueron las políticas económicas de Carlos VI, al menos en términos inmediatos. Sus iniciativas beneficiaron a la bien establecida industria textil. La producción de lana aumentó dramáticamente en Bohemia (sesenta por ciento) y Silesia (cien por cien) y Alta Austria; ya en 1725, la fábrica de artículos de lana de Linz se había convertido en una de las más grandes de Europa, con una fuerza laboral de cuatro mil cuatrocientas personas. Algunos proyectos nuevos, como la fábrica de porcelana de Meissen, las nuevas arterias comerciales, los puertos del Adriático y la colonización de Hungría arrojaron beneficios inmediatos sobre la inversión del gobierno. Otras empresas siguieron dependiendo de la asistencia del gobierno o fracasaron por completo. Se estima que una tasa de crecimiento del treinta al cincuenta por ciento en los pueblos de Austria entre 1660 y 1730 es una señal positiva, aunque no concluyente, dado la probable huida de los campesinos del campo; ciertamente, el tremendo aumento de la población de Viena y sus alrededores, hasta ciento diez mil nuevos residentes al comienzo del reinado y ciento sesenta mil al final de este, se debió más al patrocinio de la corte que a la expansión comercial-industrial. Al menos Carlos contribuyó a establecer una infraestructura mercantil, un primer paso discreto pero necesario en la evolución de la monarquía hasta convertirse en una potencia económica formidable.

Menos aplauso merecen sus intentos poco entusiastas para resolver los crónicos problemas fiscales y administrativos del gobierno. El ingreso estatal total se había más que duplicado a casi veinte millones de florines durante la guerra de sucesión española. Sin embargo, solo hubo un ligero aumento en los ingresos camerales o extraordinarios bajo Carlos VI, a pesar de que la monarquía casi había duplicado su tamaño. En vez de eso, el emperador hizo buen uso del Banco de la Ciudad de Viena, que había asumido la mayoría de los cien millones de florines de deuda gubernamental al final de su reinado. Aunque proporcionaron pocos ingresos, los Países Bajos

austriacos también ayudaron a cerrar la brecha prestándole más de diez millones de florines durante la década de 1730. Sin embargo, el resto tuvo que ser financiado por préstamos extranjeros, las provincias de la Baja Austria y sus propios ministros y proveedores judíos, tal como había ocurrido con sus predecesores. De hecho, los setenta y ocho millones de florines que los judíos de la corte prestaron a la *Hofkammer* durante el medio siglo transcurrido entre 1698 y 1739 han llevado a Ernst Wangermann a sugerir que la monarquía les debía tanto a ellos como al talento militar del príncipe Eugenio.

MANIFESTACIONES DE FLAQUEZA : DERROTA Y DESENCANTO

Las debilidades internas de la monarquía eran algo menos críticas ahora que su zona de seguridad se extendía mucho más allá de su centro. Las amenazas que sobrevivieron se dirigían principalmente a sus puestos remotos distantes en los Países Bajos, Italia y los Balcanes, en lugar de a su núcleo. No obstante, si bien la monarquía había mejorado su seguridad, había perdido prácticamente a todos sus aliados tradicionales. Con sus nuevas adquisiciones y las pretensiones que estas inspiraron, había dejado de ser útil como instrumento contra la agresión francesa o turca. La nueva Francia que había surgido bajo Luis XV era, de hecho, más cooperativa y menos amenazante para el equilibrio de poder europeo. Al canciller francés, el cardenal Fleury (1726-1743), le gustaba señalar que Francia era un «poder saciado» que no tenía interés en las guerras de conquista. En lugar de apuntalar la monarquía contra Francia, países como Gran Bretaña se inclinaban entonces a cultivar Estados más pequeños como Cerdeña y Prusia como contrapeso a cualquier potencia más grande, incluida la monarquía de los Habsburgo.

Carlos aún podía contar con un fuerte apoyo dentro del imperio, especialmente de aquellas provincias pequeñas y medianas que confiaban en él para protegerse de sus vecinos más grandes. Las victorias más recientes del príncipe Eugenio habían mejorado aún más el extendido sentimiento de solidaridad austro-alemán. Fueron los auxiliares alemanes que regresaron de los Balcanes quienes compusieron y cantaron por primera vez el famoso *Prinz-Eugen Lied* , mientras que el duque Carlos Alejandro nombraba a todos y cada uno de sus cinco hijos en honor al generalísimo austriaco. Con la hábil asistencia del vicecanciller imperial Schönborn, Carlos VI explotó su prestigio al continuar el audaz juego de las prerrogativas

imperiales de su hermano.

Pero incluso en Alemania, la creciente amenaza francesa al imperio alentó entonces a los vasallos más poderosos de Carlos a centrarse más en sus propios objetivos dinásticos individuales. En el norte, la elevación de Prusia a la categoría de reino (1701) y la sucesión de Hannover en Gran Bretaña (1714) hicieron a los dos electores protestantes mucho más ambiciosos y menos dependientes del emperador; en 1719, se aprovecharon del vacío creado por la reciente conversión de la dinastía sajona blandiendo una lista de 432 quejas ante el emperador y los príncipes católicos del imperio. Mientras tanto, Carlos perturbaba a los católicos electores de Sajonia y Baviera con sus provisiones para la sucesión austriaca. La Pragmática Sanción había relegado las reclamaciones de las dos hijas adolescentes de José I, María Josefa y María Amalia, especialmente después del nacimiento de María Teresa (1717) y María Ana (1718). En cualquier caso, tanto Augusto II como Maximiliano Emanuel buscaron ansiosamente la mano de las sobrinas de Carlos para sus herederos varones, tanto por la tierna edad de sus propias hijas como por la precedencia que el anterior *pactum mutuae successionis* había otorgado a las archiduquesas josefinas. Los dos electores tampoco estaban solos en su fe en la «mayor legitimidad» del pacto. Al revisar ese documento, la Conferencia Privada instó al emperador a que no casase a ninguna de sus sobrinas con «dos príncipes alemanes cuyas pretensiones pueden un día hundir a este país en una larga y desafortunada guerra». Sin embargo, Carlos ignoró su consejo. Se contentó con una renuncia de cincuenta y nueve páginas que Augusto II, el príncipe heredero sajón Federico Augusto y María Josefa juraron con motivo de su boda en 1719; Maximiliano Emanuel, el príncipe heredero bávaro Carlos Alberto y María Amalia repitieron el mismo procedimiento en el momento de sus nupcias en 1722. El reciente destino de las renuncias debería haber dado cierto resuello al emperador, que esperaba que los dos matrimonios fortaleciesen sus lazos con ambos electores. En vez de eso, inmediatamente incitaron a Sajonia y Baviera a concluir una serie de alianzas entre sí y con Francia que tenían como objetivo hacer valer sus reclamaciones sobre la sucesión austriaca. En 1725, Maximiliano Emanuel también había concluido un pacto familiar que contaba con el apoyo de los electores Wittelsbach de Trier, Colonia y el Palatinado. Cuando la anciana María Josefa y su esposo sajón produjeron el primero de

sus catorce hijos, Maximiliano Emanuel mantuvo vivas sus esperanzas de un legado de los Habsburgo para la joven María Amalia; preparó para ello una copia «auténtica y original» de un pacto de matrimonio austro-bávaro del siglo XVI que supuestamente otorgaba la mayor parte de los *Erblande* a Baviera tras la extinción de la línea masculina de la dinastía.

Veinte años atrás la mitad de Europa se hubiese apresurado a apoyar la Pragmática Sanción como una necesidad absoluta para la preservación del equilibrio de poder. Pero entonces Carlos VI se vio obligado a presionar fuertemente para que las grandes potencias lo aceptasen. Desafortunadamente, su obstinada negativa a entregar sus títulos españoles o confirmar una sucesión farnesia en Parma y Toscana molestó no solo a Felipe V, sino también a Gran Bretaña y Francia. En 1721, los tres países habían concluido una Triple Alianza para forzar al emperador a cumplir con su parte.

En mayo de 1725, Carlos terminó temporalmente el aislamiento de la monarquía acordando una alianza extraordinaria con su adversario español. A cambio de cumplir con la agenda dinástica de Felipe V, el emperador aseguró dos cosas que le importaban de veras: el reconocimiento de la Pragmática Sanción y las concesiones comerciales para la Compañía Ostende en Sudamérica. El llamado Primer Tratado de Viena despertó tantas sospechas entre las otras grandes potencias que rápidamente dividió a Europa en dos bandos hostiles. A finales de 1726, la Liga de Herrenhausen (Francia, Gran Bretaña y las Provincias Unidas) estaba al borde de la guerra con España y Austria. Carlos fortaleció su posición un tanto cerrando alianzas separadas con Rusia y Prusia. También consiguió que España le prometiese fondos a cambio de la promesa de casar a sus hijas con los hijos de Felipe V y la incontenible Isabel Farnesio. La perspectiva de que su antiguo enemigo borbónico triunfase en Viena no parece haber preocupado a Carlos, especialmente porque todos esos hijos involucrados todavía estaban lejos de la pubertad. Sin embargo, sí lo sacudió el estallido de las primeras hostilidades entre España y Gran Bretaña, junto con la concentración de las fuerzas de la Liga en Europa central. Ante estos acontecimientos, Carlos tuvo la sensatez de darse cuenta de que la monarquía carecía de la fuerza financiera y militar necesarias para ganar una guerra semejante. Durante 1727 intentó aplacar a las potencias marítimas suspendiendo las operaciones de la Compañía Ostende. Su posterior negativa a lanzar operaciones militares o concluir un acuerdo

formal de matrimonio llevó finalmente a Felipe V a abandonar su inconveniente alianza con el emperador.

El Tratado anglo-español de Sevilla (noviembre de 1729) aisló a Carlos una vez más y lo obligó a capitular ante sus demandas. En el Segundo Tratado de Viena (marzo de 1731) aceptó la sucesión del hijo mayor de Felipe y Isabel, Don Carlos, en Parma y Toscana. También aplacó a las potencias marítimas abandonando la Compañía Ostende por completo. A cambio de estas concesiones, el emperador consiguió que ingleses y holandeses reconociesen la Pragmática Sanción. Como elector de Hannover, Jorge II también respaldó el testamento de Carlos cuando el Colegio Electoral lo ratificó por seis votos a tres a principios de 1732. Carlos interpretó esta vuelta a las buenas relaciones con las potencias marítimas como un retorno al «sistema antiguo» por el cual la monarquía de los Habsburgo y el imperio alemán habían logrado grandes victorias a principios de siglo. De hecho, en su intento de que los electores reconociesen la Pragmática Sanción les recordó la necesidad de permanecer unidos contra la histórica amenaza francesa. La discusión ya no tenía ningún peso para Sajonia o para los Wittelsbach de Baviera y el Palatinado, todos los cuales habían aceptado los subsidios franceses y votaron en contra. Las potencias marítimas tampoco estaban demasiado por la labor. Mientras Carlos percibía el Segundo Tratado de Viena como una alianza, para las potencias no era más que un medio para lograr un acuerdo estable que las dejase con las manos libres para perseguir sus espléndidas empresas comerciales en el extranjero.

Desafortunadamente, los planes del emperador para la sucesión hicieron la guerra inevitable. Cerrada la alianza matrimonial española, decidió casar a la presunta heredera de los Habsburgo, María Teresa, con Francisco Esteban de Lorena. El emparejamiento constituía una recompensa adecuada para un vasallo imperial leal y un joven príncipe cuya naturaleza tolerante atraía a Carlos VI. Sin embargo, el cardenal Fleury advirtió a Viena que Francia no iba a tolerar un enlace que fusionaría a la vecina Lorena con los dominios de los Habsburgo. Incluso las potencias marítimas le hicieron saber que los intereses de la estabilidad europea las inclinarían a apoyar la anexión francesa del ducado en caso de un matrimonio entre los Habsburgo y Lorena. En 1732, Luis XV y Felipe V rubricaron un pacto familiar con la intención de apoderarse del ducado, junto con las posesiones italianas de Carlos.

Ya se estaban movilizando para un ataque cuando la muerte de Augusto II en febrero de 1733 les proporcionó un pretexto ideal. El emperador y sus aliados rusos y prusianos se opusieron inicialmente al intento de Federico Augusto de suceder a su padre como rey de Polonia. Sin embargo, el nuevo elector sajón se ganó a Carlos prometiendo una vez más renunciar a los derechos de su esposa a la sucesión austriaca en favor de María Teresa. En septiembre, la elección de la Dieta polaca del suegro de Luis XV, Stanislaus Leszczynski, le dio al emperador una razón estratégica para apoyar al candidato sajón. Dirigidos por el talentoso secretario de Estado de la cancillería austriaca, Johann Christoph von Bartenstein, varios de los asesores de Carlos le advirtieron de que la intervención en Polonia provocaría una respuesta francesa en Alemania e Italia. Sin embargo, el emperador consideraba la posibilidad de un rey polaco profrancés como una amenaza mayor para la monarquía que la posibilidad de sufrir represalias en otros lugares, especialmente porque seguía creyendo que las potencias marítimas acudirían finalmente en su ayuda. También sabía que no apoyar a los rusos en Polonia podría costarle su ayuda en caso de guerra con Francia.

El emperador no tuvo que esperar mucho para darse cuenta de su objetivo o sus consecuencias. La invasión rusa de Polonia pronto permitió que el elector sajón sucediese a su padre como el rey Augusto III (1734–1763). En un inútil esfuerzo por evitar represalias francesas, Carlos VI limitó la participación austriaca a una demostración de fuerza militar en la vecina Silesia. En octubre las fuerzas francesas ya habían invadido Lorena. Durante el año siguiente se apoderaron de la fortaleza imperial clave en Philippsburg y se unieron a los ejércitos español y sardo para atosigar a las guarniciones austriacas en la Italia de los Habsburgo. Mientras tanto, para consternación de Carlos, Francia conservó la neutralidad angloholandesa prometiendo no invadir Bélgica, el único territorio de la corona que las potencias marítimas estaban decididas a mantener en sus manos.

No es difícil explicar la derrota de la monarquía en la guerra de sucesión de Polonia (1733–1738). A excepción de Alemania y Rusia, el emperador combatió solo. Es cierto que Rusia estaba emergiendo como un aliado comprometido y poderoso. Sin embargo, le preocupaba Polonia y estaba demasiado lejos para ayudar a su aliado de los Habsburgo en occidente en tanto la guerra no concluyese. Cuando trece mil auxiliares rusos marcharon hacia el

Rin en 1735, fue la población civil local y no el enemigo francés quien entró en pánico. Mientras tanto, el esfuerzo militar típicamente modesto del imperio se vio más minado si cabe por los príncipes de Wittelsbach, quienes retuvieron a sus contingentes del ejército imperial a la espera de la satisfacción de Carlos de su agenda dinástica. Carlos tampoco recibió el apoyo suficiente de sus propias provincias, que proporcionaron mucho menos dinero del que habían aportado a principios de siglo o durante la reciente «guerra fría» con la Liga de Herrenhausen. Los generales de la monarquía demostraron ser incapaces de superar la abrumadora superioridad numérica de sus enemigos. Aunque se plantase en el campo de batalla frente los franceses en Philippsburg, el príncipe Eugenio, de setenta y un años, era mental y físicamente una mera sombra de lo que había sido; su muerte en 1736 no sorprendió a nadie. Al exgobernador militar del Banat, el conde Mercy, no le fue mucho mejor como comandante de las fuerzas austriacas en Italia. A pesar de haber sido reforzado por las primeras formaciones de *Grenzer* que luchaban fuera de Europa central, recibió un golpe que lo dejó casi sordo y ciego, y luego fue asesinado en la batalla en un intento pleno de coraje, pero infructuoso, de salvar Milán del enemigo.

Dado el colapso del ejército y la incapacidad de la *Hofkammer* para financiar otra campaña, el emperador se vio obligado a cerrar una paz preliminar con sus enemigos después de solo dos años de hostilidades. Con todo, fue capaz de obtener unas condiciones sorprendentemente ventajosas. La Paz de Viena (30 de octubre de 1735) fue un preludio de lo que luego harían diplomáticos del gabinete como Clemens von Metternich, que utilizaron el dinasticismo, la legitimidad y la compensación para lograr una paz estable. Al tiempo que confirmaba la sucesión sajona en Polonia, el tratado compensaba a Stanislaus Leszczynski con Lorena, que luego pasaría por su hija a Francia tras su muerte. En Italia, la monarquía entregó Nápoles, Sicilia y los puertos estratégicos de los Presidios de Toscana a Don Carlos, así como una porción occidental de Milán a Cerdeña. A cambio, el príncipe español cedió Parma a Carlos VI y la Toscana a Francisco Esteban. Finalmente, Francia se unió a sus aliados para reconocer la Pragmática Sanción. Tal acuerdo complació a todos en Viena, excepto al futuro yerno de Carlos, que se mostró reacio a renunciar a Lorena. Fue Bartenstein quien finalmente consiguió que lo aceptase, aunque no sin antes

presentarle el *quid pro quo* en toda su crudeza: «¡Sin renuncia, no hay archiduquesa!». Al final, pasaron tres años antes de que las nupcias de los Habsburgo-Lorena (febrero de 1736) y la muerte del gran duque sin hijos Gian Gastone de Toscana permitiesen a los firmantes firmar un Tratado formal de Viena (noviembre de 1738) que implementase todos los intercambios territoriales previstos por la paz preliminar.

Por entonces, la monarquía ya estaba a punto de perder otro conflicto. Dadas el estado desesperado de sus finanzas, sus líderes tenían poco interés en combatir otra guerra de los Balcanes contra el imperio otomano. Fue su aliado ruso el que forzó una confrontación por una disputa fronteriza a lo largo de las remotas costas del mar Caspio. Al final, el emperador y sus ministros decidieron unirse a Rusia simplemente porque temían perder al único aliado importante que les quedaba, particularmente después de su reciente marcha en su ayuda en el Rin. En la guerra turca de 1737-1739 estaba implicado el elenco habitual de beligerantes: aparte de Rusia, la monarquía recibió la asistencia de tropas de varios Estados alemanes, y también grandes sumas recaudadas por el *Reichstag* y el Papado. Los serbios otomanos también se rebelaron arrastrados por su patriarca Arsenije IV Jovanović (1725–37), a quien Carlos prometió hacer obispo de Belgrado. Una vez más, las *Türkenglocken* («campanas de los turcos») sonaron en todos los *Erblande* cada mañana, llamando a la gente a rezar por la victoria y recordándoles los horrores de los conflictos pasados contra el Infiel. Las provincias ofrecieron pronto el apoyo moral y monetario que se esperaba de ellas; contaban con que fuera una guerra rápida y fácil. Pero se sucedieron hasta cinco comandantes incompetentes que lograron prolongar las hostilidades durante tres campañas, durante las cuales no pudieron proteger al Banat de las devastadoras incursiones tártaras y abandonaron constantemente el territorio a pesar de ganar una parte justa de las batallas que libraron. El principal negociador de paz austriaco, Reinhard Wilhelm, conde de Neipperg, agravó sus errores con la firma de la desastrosa Paz de Belgrado (septiembre de 1739). Además de reconocer la reciente recuperación de los turcos del norte de Serbia y la Pequeña Valaquia, el tratado obligó al ejército austriaco a entregar la fortaleza virtualmente inexpugnable de Belgrado. Una vez más, la pérdida de Belgrado fue acompañada por un segundo éxodo serbio, aunque menor, esta vez dirigido por Arsenije IV, quien se mudó a

Karlovci, donde se le permitió retener el título de patriarca hasta su muerte en 1748. Al mismo tiempo, miles de búlgaros que habían emigrado recientemente a la Pequeña Valaquia y Serbia se mudaron más al norte a Transilvania y Banat.

La gente de Viena reaccionó a las noticias del tratado con disturbios y demandas por la cabeza de Neipperg. La última derrota fue, de hecho, mucho más impactante que los recientes contratiempos contra las potencias borbónicas. Después de todo, esta vez la monarquía había tenido aliados. Los rusos no solo habían obligado a los turcos a dividir sus fuerzas, sino que habían conquistado la cercana Moldavia justo cuando Neipperg estaba negociando la rendición de Belgrado. Además, los hombres y el dinero proporcionados por los príncipes alemanes y el papa finalmente representaron la mitad del propio ejército de 45 000 hombres del emperador. Sin embargo, había un par de paralelismos con la guerra de sucesión polaca que justificaban el sentido de *déjà vu* de la corte. Una vez más, la monarquía había sido pobremente servida por sus comandantes militares. El gobierno se apresuró a castigarlos por no repetir los triunfos en los Balcanes del príncipe Eugenio, a pesar de que el gran general fue el responsable del fracaso del *Hofkriegsrat* a la hora de encontrar a un sucesor adecuado. Por supuesto, un ejército más nutrido sobre el terreno habría compensado la ausencia de un genio militar. Sin embargo, tras los desembolsos iniciales y las decepciones de la campaña de 1737, las provincias habían perdido gran parte de su entusiasmo por la guerra. Mientras se preparaba para la última campaña de su reinado, Carlos se vio obligado a reducir el tamaño del ejército después de que rechazasen sus solicitudes de más dinero y suministros. Otro paralelismo menos evidente fue la medida en que el gobierno había sido arrastrado a una guerra no deseada por culpa de la agresividad de su aliado ruso. Ciertamente, el emperador necesitaba retener a sus aliados, pero no a costa de crear enemigos y guerras que no podía ganar.

Es cierto que el Banat había sido devastado por los tártaros, un consiguiente brote de peste y la huida de prácticamente todos sus colonos alemanes. Pero habla bien de la nueva seguridad de la monarquía que las campañas recientes y las pérdidas territoriales que siguieron se produjesen lejos de su centro. En todo caso, el Tratado de Viena había fortalecido la posición de la monarquía en Polonia y Lombardía a expensas de puestos avanzados menos

defendibles en Lorena y el sur de Italia. Aunque la pérdida de Serbia y Belgrado tendría grandes ramificaciones en el siglo XX , ninguna de las cesiones realizadas en la Paz de Belgrado puso en peligro la frontera de Hungría con el imperio otomano. Las recientes derrotas causaron mucho más daño por exponer la profunda debilidad militar de la monarquía. Constatar esto tuvo un efecto desmoralizador en la corte, que supuso que los adversarios extranjeros podrían entonces verse tentados a disputar la inminente sucesión de María Teresa. La aceptación internacional casi universal de la Pragmática Sanción servía de poco sin la capacidad de defenderla por la fuerza. Justo antes de su muerte, el príncipe Eugenio había instado al emperador a neutralizar la oposición bávara prometiendo a María Teresa con el hijo del elector Carlos Alberto. Pero la antipatía de Carlos hacia su problemático vasallo y el apego de su hija a Francisco Esteban hicieron imposible ese movimiento.

De entre todos los primeros Habsburgo modernos, puede que Carlos VI fuese de los que menos contribuyó al desarrollo de la monarquía. Con esto no quiere decirse que careciesen de valor estratégico y económico sus adquisiciones territoriales, especialmente a la luz de sus esfuerzos para establecer una infraestructura comercial e industrial. Tampoco debemos restar importancia al papel que desempeñó su mecenazgo de las artes para realzar el orgullo y la identificación de sus súbditos con una gran potencia unificada por los Habsburgo. No obstante, al final el *Kaiserstil* demostró ser tan superficial como las numerosas garantías extranjeras y nacionales otorgadas a la Pragmática Sanción. Aunque su célebre testamento proclamaba la indivisibilidad de la monarquía, el último Habsburgo varón hizo poco por fortalecerla mediante reformas constitucionales, administrativas o militares. Tampoco trató de pagar la deuda estatal, que se había cuadruplicado desde 1700, alcanzando los 101 millones de florines. En su defensa, digamos que Carlos VI tuvo una motivación menos inmediata para atender estos problemas: a diferencia de prácticamente todos sus predecesores, su reino nunca enfrentó una crisis de supervivencia que exigiese una acción drástica. Por supuesto, debería haber anticipado la lucha por la sucesión que esperaba tras su propia desaparición. En vez de eso, la posición aparentemente segura de la monarquía llevó tanto al rey como sus ministros a tomarse una especie de absurdas vacaciones al abrigo de

una falsa sensación de seguridad y grandeza. Por lo tanto, dejó pasar una rara oportunidad cuando la monarquía estaba en posición de propiciar la reconstrucción interna, estando como estaba libre de la amenaza de invasión extranjera.

La derrota a manos de los franceses y los turcos llamó la atención sobre estas deficiencias en un momento en que era demasiado tarde para tomar medidas correctivas. Apenas un año después, Carlos VI contrajo un fuerte resfriado mientras cazaba en la frontera austrohúngara. A la primera señal de recuperación, se atiborró zampándose una prodigiosa olla de champiñones, guisada en su aceite de oliva catalán favorito. O bien los hongos estaban en mal estado o simplemente fueron demasiados para su aparato digestivo. Aunque sus asistentes lo llevaron a toda prisa de regreso a Viena, expiró en su villa Favorita el 29 de octubre de 1740. En el más adecuado de los finales, la última palabra que formaron sus labios fue «Barcelona».

[1] Se entendía que Francia intercambiaría Milán con el duque de Lorena, redondeando así las recientes adquisiciones alemanas orientales de Francia y al mismo tiempo reduciendo cualquier amenaza estratégica para los territorios de la corona austriaca. [2] Es difícil obtener un recuento exacto de la población de la monarquía o del área de sus territorios. En términos generales, la población se desglosó de la siguiente manera: Gran Bohemia y Hungría, 4 millones cada una; Austria, 2,5 millones; Lombardía (Milán y Mantua), un millón; Nápoles, 3 millones; Sicilia, 1,2 millones; Holanda, 1,7 millones; norte de Serbia y Pequeña Valaquia, unas 150 000 personas en total. El área que cubrían los territorios de la monarquía sumaba algo más de 750 000 kilómetros cuadrados, o alrededor del noventa por ciento del tamaño de la herencia europea de Carlos V. [3] En 1719, tras la muerte de Hans Adam, Carlos VI creó formalmente para su gran chambelán, Florian Anton Liechtenstein, el que sigue siendo el único principado que sobrevive del Sacro Imperio Romano. [4] Mientras que se consideraba que la Contribución era un ingreso «extraordinario» expresamente destinado a los militares, los ingresos «ordinarios», provenientes de impuestos indirectos, los territorios de la corona, peajes, etc., generalmente sufragaban gastos no militares. [5] La carga impositiva de los *Erblande* generalmente se distribuía de la siguiente manera: Gran Bohemia, 66 % (Bohemia 33 %, Silesia 22 %, Moravia 11 %), territorios austriacos 34 % (Austria Interior 17 %, Baja Austria, 11 %, Alta Austria 6 %); Tirol y el resto de Austria solo hicieron contribuciones intermitentes.

5.
El desafío prusiano: guerra y reforma del gobierno (1740-1763)

UNA DE LAS PARADOJAS DEL REINADO DE CARLOS VI fue que, junto al gran esfuerzo que hizo para garantizar el reconocimiento de los derechos de María Teresa al trono, no hizo prácticamente nada para prepararla para los increíbles desafíos a los que iba a enfrentarse. Su educación jesuita estuvo totalmente desprovista de instrucción en el arte de gobernar. Su padre incluso la había excluido (pero no a su esposo, Francisco Esteban) de los consejos de Estado. Mientras que ella no tenía experiencia en el gobierno, los ministros que heredó de su padre tenían demasiada: a los 67, 69, 70, 71 y 77 años, los cinco miembros permanentes de la Conferencia Privada promediaban más de tres veces los 23 años de María Teresa. El estado de las finanzas estatales no era menos decrépito. La última guerra de Carlos VI obligó a la *Hofkammer* a empeñar casi la mitad de sus ingresos anuales de diez millones de florines, con el resultado de que parte de la Contribución tuvo que ser desviada del servicio militar al pago de la deuda. La crisis fiscal fue tan grave que apenas la mitad del ejército de la monarquía, supuestamente ciento sesenta mil hombres, estaba realmente armado, y la mitad de ellos eran *Grenzer* apostados en la frontera sur de la monarquía. Con solo 87 000 florines disponibles en efectivo y una deuda estatal de 103 millones, la archiduquesa no estaba en disposición de librar una guerra importante.

Las consecuencias fueron las esperadas. Con la muerte del emperador, el elector Carlos Alberto no perdió un instante en presentar la reclamación fraudulenta de Bavaria ante los *Erblande* . Sin embargo, no estaba en condiciones de actuar sin la ayuda externa de países más poderosos que ya habían reconocido la Pragmática Sanción. Aunque el cardenal Fleury apoyó inmediatamente la candidatura de Carlos Alberto para la elección al trono imperial, tenía toda la intención de respetar la sucesión de María Teresa a todos los dominios de los Habsburgo, hasta el punto

de rechazar la llamada del partido de guerra francés a la destrucción final de la monarquía. Sorprendentemente, fue el nuevo rey de Prusia quien empezó a maquinar una guerra de partición (véase Mapa 4). Aunque no desafió la sucesión de María Teresa, Federico II (1740–1786) se comprometió a defenderla de todos sus enemigos a cambio de la Baja Silesia. La joven reina y sus ministros se dieron cuenta de que la oferta de protección del rey era poco menos que una extorsión, ya que implicaba que él mismo atacaría a la monarquía si ella rechazaba su oferta.

Federico no tardó en presentar su reclamación de la Baja Silesia como una compensación justa por la confiscación de los Habsburgo de Jägerndorf (1621) y Liegnitz, Brzeg y Wohlau (1675). Sin embargo, sus acciones estaban firmemente arraigadas en la historia reciente y en la *Realpolitik* . Las relaciones austroprusianas se habían ido deteriorando constantemente desde principios de siglo, después de que el emperador Leopoldo se diese cuenta demasiado tarde de que conseguir una corona real había aumentado las ambiciones de los Hohenzollern, en lugar de saciarlas. Con la ayuda de su vicecanciller imperial, Friedrich Karl von Schönborn, José I y Carlos VI habían transformado la desilusión de su padre en una política integral de oposición a una mayor expansión prusiana dentro de Alemania. El insulto final se produjo justo antes de la muerte de Carlos VI y su homólogo prusiano, Federico Guillermo I (1713-1740), cuando el emperador rompió un compromiso de muchos años para apoyar la reclamación legítima de Prusia sobre el próspero ducado suizo de Jülich-Berg. Federico Guillermo saludó supuestamente esta traición señalando a su hijo Federico, mientras exclamaba: «¡Aquí está el hombre que me vengará!».

Federico, de veintiocho años, estaba ciertamente más dispuesto a desplegar el formidable ejército y los fondos bélicos que su padre le había dejado. En contraste con la timidez y la lealtad mostrada por su padre hacia el *Kaiser* y el *Reich* , Federico fue un brillante oportunista que combinó el afán de gloria en su juventud con la constatación de que los Habsburgo eran el principal obstáculo para la continua expansión de Prusia. Tampoco pasó por alto las recientes manifestaciones de incompetencia militar de la monarquía, ni el alejamiento que entonces mantenía con las potencias marítimas. El nuevo gobierno en Viena también era consciente de su vulnerabilidad. Aunque tenía algunos hombres armados más que Prusia, casi todos estaban estacionados lejos de

Silesia, habiéndose comprometido a defender Hungría de los turcos, Italia de los españoles y los Países Bajos de los franceses. Por esta razón, varios de los asesores de María Teresa se unieron a Francisco Esteban para aconsejarle que llegase a un acuerdo con Prusia. Al final, sin embargo, la archiduquesa se sintió tan repelida por el crudo intento de chantaje de Federico que rechazó sus ofrecimientos.

La guerra de sucesión austriaca

El 16 de diciembre de 1740, Federico condujo su ejército para que cruzase la frontera silesiana, apenas defendida. A principios de enero ya se había hecho con Breslavia y prácticamente toda Silesia. En Viena, María Teresa reunió un ejército para recuperar el ducado en primavera. Habla bien a las claras de la falta de preparación de los militares que se viese obligada a confiárselo al malhadado conde Neipperg, recientemente indultado y rehabilitado por su papel en la rendición de Belgrado. Neipperg se desempeñó mejor en la fatídica batalla de Mollwitz (10 de abril de 1741), en la que sus fuerzas, inferiores en número, estuvieron tan cerca de derrotar a Federico que el rey huyó del campo de batalla a caballo. Una victoria, seguida de la expulsión de Federico de Silesia, podría haber evitado nuevos intentos de impugnar la integridad de los territorios de los Habsburgo. En cambio, la derrota por tan estrecho margen en Mollwitz abrió las compuertas para una guerra de partición. A finales de mayo, Francia y España concluyeron el Tratado de Nymphenburg con Baviera, mediante el cual se comprometieron no solo a apoyar la candidatura de Carlos Alberto para el trono imperial, sino también su reclamación de la mayor parte de los *Erblande* . Por sus esfuerzos, Francia y España se quedarían con Bélgica y Lombardía, quitándole a María Teresa todo menos Hungría y Austria Interior. A mediados de junio, Prusia completó la coalición adhiriéndose al tratado.



Mapa 4: La monarquía en 1792.

Una vez más, un vasallo alemán ambicioso ponía en jaque la existencia de la monarquía. Dos veces en el pasado, en Montaña Blanca y Blenheim, la monarquía había enfrentado el desafío con la asistencia oportuna de aliados extranjeros y elementos leales de su propia élite gobernante. Pero las condiciones eran diferentes en 1740, por dos motivos. Uno, los aliados de la monarquía estaban menos convencidos de su utilidad como gran potencia. Mientras que su supervivencia había sido considerada crucial por las otras potencias católicas en 1620 y por la coalición antifrancesa en 1704, nadie temía por el equilibrio de poder en 1740. Por lo tanto, los electores alemanes aceptaron fácilmente los subsidios franceses y acordaron apoyar a Carlos Alberto para acceder al puesto de emperador. Además de prometer a Viena un raquítico subsidio de trescientas mil libras, los británicos optaron por permanecer neutrales, porque el ministerio de Walpole quería centrarse en la expansión en el extranjero y porque Jorge II era reacio a poner en peligro la seguridad de Hannover tomando las armas contra su antiguo aliado prusiano. La decisión británica descartó cualquier posibilidad de intervención holandesa. De hecho, ambos países estaban bastante dispuestos a aceptar una Prusia fortalecida, especialmente si surgía como un útil contrapeso protestante a Francia. En segundo lugar, el triunfo de Prusia en Mollwitz y la coalición de Nymphenburg persuadieron a la mayoría de los antiguos aliados de la monarquía de que María Teresa y su monarquía estaban solos. La única excepción era Rusia, que ofrecía una asistencia militar sustancial, aunque luego fue desviada en julio de 1741 por un ataque de inspiración francesa desde Suecia. De

hecho, las noticias sobre el Tratado de Nymphenburg y el desvío de Rusia llevaron a Augusto III de Sajonia-Polonia a cambiar de bando y unirse a la próxima partición. A pesar de haber concluido una alianza con Viena en abril, repudió entonces la Pragmática Sanción y se unió a la coalición de Nymphenburg a cambio de la promesa de Moravia.

La misma falta de compromiso y confianza también era evidente entre los propios súbditos de María Teresa. Hay que decir que Carlos VI fue también en parte responsable de ello. Al excluir a María Teresa de los asuntos gubernamentales y de la mayoría de las ceremonias públicas, la había convertido en una figura oscura para sus propios súbditos, quienes no se sentían entonces demasiado obligados a apoyarla. También quedaban algunas dudas sobre su legitimidad, especialmente en Bohemia, donde muchos nobles continuaron viendo la línea josefina como más legítima y al alemán Carlos Alberto como un consorte más apropiado que el francoparlante Francisco Esteban. Tampoco ayudaba a la archiduquesa que su marido fuese tan insípido e impopular, ni que hubiese demostrado ser un *generalissimus* mediocre en la desafortunada guerra turca, ni que la pareja fuese incapaz de engendrar un heredero varón durante los primeros cinco años de su matrimonio. Además, al igual que los antiguos aliados de la monarquía, muchos de sus súbditos no estaban dispuestos a apoyarla mientras su causa pareciese perdida. Incluso entre los asesores de su padre, solo su secretario de la Conferencia Privada, Bartenstein, y Gundaker Starhemberg, de setenta y siete años, permanecieron firmemente leales, mientras que el resto se contentó con esperar y prepararse para una posible sucesión de la casa de Wittelsbach.

Esas perspectivas crecieron durante el verano de 1741, ya que las fuerzas de la coalición progresaron rápidamente en los *Erblande* . En octubre, un ejército franco-bávaro se había apoderado de la Alta Austria, cuyos representantes locales se reunieron rápidamente en Linz para jurar lealtad a Carlos Alberto. Dos meses después, ese ejército se unió a las fuerzas sajonas para tomar Praga, donde casi la mitad de la nobleza bohemia se reunió para rendir homenaje a su nuevo rey Wittelsbach. La viuda de José I, Guillermina Amalia, que consideraba inminente el triunfo de Carlos Alberto, instó a su yerno a que dejase intacto el campo austriaco, con este argumento: «Es una ventaja para usted que este país no se arruine». Si el comienzo

del invierno salvó temporalmente a Viena de la ocupación, no pudo hacer nada para evitar que Carlos Alberto rompiese tres siglos de control de la corona imperial por parte de los Habsburgo. Una clara señal del aislamiento de María Teresa fue que la votación del Colegio Electoral del 24 de enero fue unánime, e incluso Jorge II emitió el voto de Hannover por el nuevo Emperador Wittelsbach Carlos VII (1742–1745).

Pero el aire estaba cambiando. Cualquier explicación de la recuperación milagrosa de la monarquía debe comenzar hablando de María Teresa. Sin estar preparada para el puesto al que había sido empujada, la archiduquesa de los Habsburgo fue bendecida con varios rasgos de carácter decisivos que le servirían durante su reinado de cuarenta años. Poseía un gran sentido común, en particular la capacidad de identificar aquellos problemas que afectaban a la monarquía, y sabía encontrar soluciones prácticas para ellos, incluso cuando contradecían sus propios valores personales, más bien tradicionales. Si su pragmatismo ayudó a salvar a la monarquía, fue su sentido de la justicia lo que la convirtió en la más querida de los primeros Habsburgo modernos; su ecuanimidad, su ética y la empatía por los desafortunados desarmaron incluso a adversarios como Federico II. También tenía un olfato casi infalible para el talento, y fue capaz de promover y seguir el consejo de hombres como Bartenstein, al tiempo que apartaba cuidadosamente de las responsabilidades políticas a las personas menos talentosas, incluido su propio y muy querido esposo. Finalmente, María Teresa estaba más que dispuesta a explotar su posición como mujer para manipular a los hombres poderosos que la rodeaban. Su habilidad para salirse con la suya, mostrando alternativamente su encanto, su vulnerabilidad, sus lágrimas o su ira, era un arma más de su formidable arsenal de astucia y valor.

La acosada archiduquesa recibió buenas noticias en marzo de 1741, con el nacimiento de su primer hijo (después de tres hijas). Viena aclamó el nacimiento del futuro José II con una semana de tumultuosas celebraciones populares. Una pancarta declaró audazmente: «El enemigo ha perdido su oportunidad, porque Austria ha vuelto a ponerse los pantalones». Es cierto que la provisión de un heredero masculino fortaleció de alguna manera el apoyo popular para la sucesión de los Habsburgo-Lorena, pero eso había demostrado tener pocas consecuencias para evitar la

conquista de gran parte de los *Erblande* . En su desesperación, María Teresa buscó alivio en dos fuentes poco probables. Primero, se volvió hacia Hungría. La decisión no se tomó a la ligera, dada la tradicional sospecha del gobierno de la lealtad del reino. Los magiares también tenían sus quejas. Después de haber observado cuidadosamente las leyes del país durante los primeros veinte años de su reinado, Carlos VI no había convocado una Dieta desde 1729 y había permitido que el cargo palatino quedase vacante desde 1731. Tampoco su posterior nombramiento de Francisco Esteban para el puesto extraconstitucional de virrey ayudó a ninguno de los dos a aumentar su popularidad en el reino. Sin embargo, tras sobrevivir a una Dieta de coronación algo polémica durante junio, María Teresa convocó entonces la Dieta en Pressburg con la intención de buscar su ayuda. Nada quedó al azar. Llevaba con ella el mismo crucifijo que Fernando II había venerado durante las horas más oscuras de la insurrección bohemia. No menos importantes fueron las concesiones que hizo durante varias semanas de dura negociación. Al final, la nación magiar no decepcionó a su joven reina. Antes de apurar el mes de octubre se comprometió a reunir un ejército de sesenta y cinco mil soldados que al juntarse con las tropas reunidas por Croacia y directamente por la corona en Transilvania, el Banat y la Frontera Militar, aumentarían la contribución de Hungría hasta los cien mil hombres.

Al comprometerse con su apoyo, los nobles magiares reunidos desenvainaron sus espadas y prometieron ofrecer «vida y sangre» por su reina en uno de los últimos y más dramáticos recursos al reclutamiento feudal en Europa. La historia completa es un poco menos glamurosa. La declaración de la Dieta llegó tras varias semanas de duras negociaciones y concesiones reales, entre ellas la confirmación de la exención «eterna» de la nobleza de los impuestos y la reintegración de las tierras del sur administradas por separado al resto del reino al finalizar la contienda. A pesar de toda su gallardía, la nobleza magiar no reclutó finalmente más que treinta mil hombres, una fuerza más pequeña y que tardaron más en movilizar que los cuarenta y cinco mil *Grenzer* y otras tropas reclutadas a lo largo de la periferia sur del reino. Sin embargo, la declaración de apoyo de Hungría fue un factor decisivo en cuanto a la confianza en las opciones de victoria de María Teresa, especialmente en los *Erblande* . También fue un giro copernicano en la actitud de la nobleza magiar hacia la monarquía. Antes de 1740,

su perspectiva había estado dominada por su humillante subordinación a los territorios «alemanes» de la dinastía. La crisis de 1741 recordó a Hungría que también se beneficiaba de pertenecer a ese Estado más grande y poderoso que los *Erblande* contribuían a conformar y, por lo tanto, que también le interesaba su preservación. Al enviar las fuerzas húngaras, lideradas por resueltos magnates magiares, fuera del reino por primera vez, la nación húngara respaldaba la noción de un *Gesamtstaat* de los Habsburgo como nunca lo había hecho.

No menos importante que la intervención de Hungría fue la aparente retirada de Prusia de la coalición de Nymphenburg. Una vez se había hecho con Silesia, Federico ya no tenía interés en incitar la expansión de sus rivales bávaros y sajones o agitar los fantasmas de la hegemonía francesa. Sin embargo, nunca habría llegado a un acuerdo con María Teresa si no hubiese estado convencido de que ella era capaz de evitar una partición total de la que ciertamente hubiese querido sacar tajada. Un año antes, el sentido del honor de María Teresa le había impedido acceder a la demanda de Federico II de cederle la Baja Silesia. En la convención secreta de Klein-Schnellendorf (9 de octubre de 1741), la conveniencia la obligó tanto a cederla a Federico como a permitir que sus fuerzas instalasen sus cuarteles de invierno en la Alta Silesia para que Federico pudiese concentrar sus fuerzas contra Carlos VII. La convención fue un error, uno de los muchos cometidos por los estadistas que confiaron en la palabra de Federico. Un día después de que los franceses capturasen Praga (26 de noviembre), reanudó las hostilidades, inspirado por la creencia de que María Teresa estaba, de hecho, condenada a la derrota y a la partición. Rápidamente marchó hacia el norte de Moravia, apoderándose de la ciudad clave de Olmütz. Pero sus sobreexpuestas líneas de suministro quedaron tan devastadas por las milicias locales y los húsares húngaros que se vio obligado a regresar a Silesia y retirarse para el invierno.

Por el contrario, María Teresa no estaba dispuesta a suspender las hostilidades hasta el deshielo de primavera. Con Federico de vuelta a su cueva en Silesia, dirigió su atención a su némesis de Wittelsbach. Durante el mes de enero, el recién nombrado mariscal de campo Khevenhüller dirigió una fuerza mixta del frente de Silesia, Hungría e Italia para recuperar la Alta Austria; Linz cayó el 23 de enero, un día antes de que Carlos Alberto fuese elegido

emperador. Khevenhüller tomó la capital bávara de Múnich el 12 de febrero, justo cuando estaba siendo coronado como el emperador Carlos VII en Frankfurt. En este punto, María Teresa volvió su atención a la recuperación de Bohemia. Se inclinó ante la necesidad y aceptó el 11 de junio una tregua británica que dejó a Prusia en control de casi todo el ducado, así como el condado bohemio de Glatz. Cuando se firmó un tratado formal en Berlín el 28 de julio, la monarquía retuvo solo tres condados de la Alta Silesia: Teschen, Troppau e, irónicamente, Jägerndorf. Sin embargo, la paz permitió que María Teresa reanudase la ofensiva en Bohemia, especialmente tras la retirada de Sajonia de la guerra el 17 de septiembre. A finales de año había expulsado a los «auxiliares» franceses de Baviera de Bohemia. Su coronación como reina de Bohemia en Praga en mayo de 1743 confirmaba que había recuperado la lealtad del reino y su importante Contribución.

Al reconquistar todos los territorios a excepción de Silesia, María Teresa eliminaba cualquier duda sobre su sucesión o la supervivencia de la monarquía como una gran potencia. A principios de 1742 ya había restablecido las condiciones bajo las cuales la monarquía podría atraer nuevamente a sus antiguos aliados. En el pasado, eso dependió no solo de que su imperio fuese demasiado débil para amenazar el equilibrio de poder, sino también de que fuese lo suficientemente fuerte como para servir como un aliado efectivo para mantenerlo. Ese feliz punto medio ya se había logrado. En febrero, Cerdeña acordó cooperar en la defensa del norte de Italia frente a una inminente invasión de Francia, España y Nápoles. Junto con el ejército de Cerdeña y la flota británica del Mediterráneo, las fuerzas austriacas pudieron, al menos inicialmente, controlar el avance de las potencias borbónicas. Mientras que Cerdeña demostró ser un factor importante en la península, la intervención tardía de Gran Bretaña fue decisiva en todas partes. El ministerio de Walpole había caído en febrero de 1742, en gran parte debido a la presión popular para unirse a la guerra contra Francia. A principios de 1743, Jorge II y su nuevo primer ministro, Lord Carteret, habían partido al continente para unirse a lo que finalmente se convirtió en un ejército angloholandés-austriaco que recordaba a los ejércitos de coalición que lucharon en su momento contra Luis XIV. La victoria del llamado Ejército Pragmático en Dettingen (27 de junio) —la última batalla en la que combatió un rey británico— completó

prácticamente la expulsión de los franceses de Alemania.

No menos crucial fue la reaparición de la ayuda financiera británica. Combinado con los recursos propios de la monarquía, el sustancial importe recibido, cinco millones de libras, restableció rápidamente el poderío militar que había disfrutado a principios de siglo. En el verano de 1744, las fuerzas austriacas habían salido a la ofensiva invadiendo Nápoles y Alsacia. La creciente fortuna de María Teresa llevó a Federico II a atacarla una vez más, invadiendo en esta ocasión Bohemia y apoderándose de Praga. Sin embargo, esta vez María Teresa pudo repeler la invasión, aunque al precio de retirar sus fuerzas de Alsacia.

Otra oportunidad se abrió con la repentina muerte del Emperador Wittelsbach Carlos VII a principios de 1745. Su hijo de diecisiete años concluyó rápidamente un tratado de paz en Füssen por el cual aceptaba la Pragmática Sanción y se comprometía a apoyar a la consorte de María Teresa en la próxima elección imperial, a cambio de la restauración de Baviera. A pesar de la resistencia esperada de Prusia, Francisco Esteban fue debidamente elegido por el colegio electoral el 13 de septiembre. María Teresa se dio cuenta de la importancia de la corona imperial para un hombre que, pese a ser gran duque de Toscana, no tenía autoridad dentro de los dominios de los Habsburgo. De ahí que se asegurase de que fuese el gran protagonista de la ceremonia de coronación, primero negándose a ser coronada formalmente como emperatriz, y luego limitándose a observar su procesión desde un balcón mientras se abría paso por las calles de Frankfurt.

Con la sucesión de Francisco Esteban como Emperador Francisco I (1745–65), la casa de los Habsburgo recuperó el control del trono imperial, aunque a través de su sustituto de Lorena. Solo quedaba el asunto de Silesia. Sin embargo, Federico evitó su recuperación por tres veces derrotando al hermano igualmente incompetente del emperador, Carlos de Lorena, cuando dirigió un ejército austro-sajón al ducado de Hohenfriedberg (4 de junio), Soor (30 de septiembre) y Kesselsdorf (14 de diciembre). Luego de la toma de Federico de Dresde, María Teresa accedió a la presión británica y concluyó un tratado de paz formal en la capital sajona el día de Navidad. Al confirmar los términos del anterior Tratado de Berlín, la Paz de Dresde puso fin a las hostilidades en Alemania.

Durante el resto de la guerra, María Teresa persiguió las mismas prioridades estratégicas que su tío, José I, había adoptado cuarenta

años antes al centrarse principalmente en Italia, mientras confiaba la defensa de Bélgica a las potencias marítimas. Esto no evitó que perdiese Parma debido a un tardío contraataque español. Los británicos también la obligaron a ceder el oeste de Lombardía a Cerdeña como compensación por su ayuda contra las potencias borbónicas. El ejército combinado angloholandés-austriaco tampoco pudo evitar que el brillante mariscal francés de Saxe conquistase los Países Bajos austriacos e incluso las provincias más al sur de las Provincias Unidas. La única buena noticia vino de Rusia, que envió un ejército de treinta y siete mil hombres a Alemania que ayudó a presionar a Luis XV para que pusiera fin a las hostilidades. En sus negociaciones separadas con los franceses, los británicos se aseguraron de que la monarquía retuviese Bélgica compensando a Francia con los territorios incautados por sus fuerzas en el Nuevo Mundo. Pero el Tratado de Aix-la-Chapelle (18 de octubre de 1748) también confirmó la posesión de Silesia por parte de Prusia y, lo que es menos significativo, la cesión de Parma al segundo hijo de Isabel Farnesio, Felipe.

Contemplada desde la perspectiva de 1741, la paz era buena para María Teresa. La monarquía había sobrevivido, con ella a la cabeza, y su esposo había mantenido la corona imperial bajo el control de la dinastía. Aunque la emperatriz atribuyó el «milagro de la casa de Austria» a la intervención de las deidades protectoras de los Habsburgo, su éxito se debió en realidad a una combinación de factores más mundana. Ciertamente, su propia determinación y habilidad política fueron importantes. Pero también lo fue la asistencia habitual, aunque en gran medida voluntaria, de las provincias de la monarquía y los aliados extranjeros. Por muy tarde que llegase el apoyo nacional e internacional, llegó finalmente, una vez que María Teresa demostró que era capaz de preservar la monarquía como un instrumento para servir a sus propios intereses. De hecho, aunque es fácil elogiar la contribución distintiva de María Teresa a la supervivencia de la monarquía, los éxitos de sus predecesores al capear crisis similares sugieren que un individuo menos notable podría haber logrado resultados comparables de haber mostrado algo de pragmatismo y determinación.

Pero aún tenía que pagarse un precio por la continua dependencia de la dinastía de la política de consenso. En sus dominios, María Teresa aceptó cumplir los deseos de los húngaros, aunque a regañadientes. También consideró prudente ser indulgente con los

volubles nobles bohemios y de la Alta Austria que la habían abandonado. Sin duda, unos y otros habían actuado por conveniencia e interés propio: la elección entre los candidatos de Habsburgo y Wittelsbach dependió por lo general de si las propiedades de un noble individual o las oficinas del gobierno estaban en manos de María Teresa o en las de Carlos Alberto. Aunque inicialmente ordenó la expulsión de los judíos de Praga por adelantar dinero a su rival Wittelsbach y acoger con beneplácito la breve ocupación prusiana de 1744, ignoró de inmediato los delitos de los nobles porque necesitaba su apoyo.

El costo del soporte angloholandés fue aún mayor. En sucesivas negociaciones, se vio obligada a entregar casi toda Silesia, gran parte de Lombardía, e incluso la ocupada Baviera a cambio de mantener el flujo de fondos británicos. Tuvo incluso que dejar morir un plan austro-sardo para intercambiar Toscana por Baviera, porque temía que conllevase la reentrada de Prusia en la guerra. La postura de Gran Bretaña era comprensible, teniendo en cuenta sus propios intereses. Le venía muy bien poner su granito de arena para que brotasen Estados de tamaño medio como Prusia y Cerdeña que sirviesen de contrapeso en el siempre cambiante equilibrio de poder. Para obtener sus subsidios, su aliado de los Habsburgo tendría que luchar contra el enemigo francés y nadie más. A la emperatriz le constaba esta divergencia entre los intereses austriacos y británicos; tanto es así que protestó por la expulsión de los diplomáticos de las conversaciones de paz entre ingleses y franceses diciendo: «Mis enemigos van a ofrecerme mejores términos que mis amigos». Al final, se negó a firmar el Tratado de Aix-la-Chapelle. Para la emperatriz, tanto ese tratado como la anterior Paz de Dresde no eran más que acuerdos provisionales que estaba decidida a malograr.

La Primera Reforma de María Teresa I (1749-1756)

Es fácil entender su resolución. Durante los últimos quince años (1733–1748) tres guerras perdidas le habían costado a la monarquía la mayor parte de las conquistas de las décadas iniciales del siglo. Lo que conservó (Bélgica, el Banat y la mayor parte de Lombardía) aportaba menos ingresos que Silesia, cuyos más de un millón de habitantes habían sido los más productivos y severamente gravados de todos los territorios de los Habsburgo. Es cierto que los recursos financieros nunca habían estado en el corazón del éxito de la

monarquía. Uno recuerda el lamento del príncipe Eugenio en un momento durante la guerra de sucesión española, cuando dijo que «si la supervivencia de la monarquía dependiese de su capacidad para recaudar cincuenta mil florines de inmediato, entonces sería imposible salvarla». Por supuesto, ya había superado una y otra vez tales crisis recibiendo inyecciones de fondos de última hora de sus aliados, de las provincias y de los aristócratas leales. Sin embargo, los acontecimientos recientes habían demostrado que, en ausencia de una amenaza genuina para el equilibrio de poder, la monarquía ya no podía contar con la intercesión de aliados tradicionales como las potencias marítimas y los príncipes alemanes.

La pérdida fue especialmente nefasta en el Sacro Imperio Romano, donde Federico II estaba ahora en posición de bloquear el ejercicio de la autoridad imperial. Tenemos una medida de la repentina aparición de Prusia como contrapeso al liderazgo de los Habsburgo en la incapacidad de Francisco Esteban para inducir al *Reichstag* a declarar la guerra a Francia después de su elección en 1745. A pesar de haber fortalecido sus lazos dentro del imperio durante el medio siglo anterior, la monarquía volvió entonces a retirarse, gradualmente y a regañadientes, de los asuntos alemanes. De hecho, con la pérdida de Silesia, los germanohablantes comprendían entonces poco más de un tercio de los dieciséis millones de personas de la monarquía, un cambio demográfico preñado de consecuencias durante el siglo siguiente.

De mayor importancia inmediata fue el impacto estratégico de la pérdida de Silesia. Hasta entonces, poderosos enemigos como Francia, Suecia y la España borbónica se habían visto obligados a luchar contra la monarquía desde una distancia considerable. Aunque el imperio otomano compartía una larga frontera con la monarquía, su área de preparación militar cerca de Constantinopla estaba todavía a dos meses de la frontera húngara. Durante una generación, la monarquía había disfrutado de un glacis especialmente amplio de vecinos débiles y benignos que le proporcionaban tiempo para reaccionar ante cualquier amenaza militar extranjera. No era muy diferente de lo que le ocurría a Gran Bretaña con su Canal de la Mancha; el gobierno central contaba con el tiempo necesario para llegar a un consenso con su élite gobernante y sus aliados extranjeros antes de ir a la guerra. Entonces, de un solo golpe, Federico II rompió esas defensas y colocó a sus ejércitos a una corta distancia de lo que quedaba de los

ricos territorios de la corona en Bohemia.

Para sobrevivir, la monarquía necesitaría un gobierno central más asertivo y eficiente, capaz de recaudar fondos y tropas suficientes para defenderse sin tener que depender del apoyo voluntario nacional o extranjero. Las decrépitas mediocridades que conformaron el primer gabinete de María Teresa difícilmente serían quienes lograsen semejante reforma. Afortunadamente, la mayoría de ellas ya habían muerto al finalizar la guerra. Entre los que sobrevivieron, solo el joven secretario de la Conferencia Privada, Bartenstein, fue decisivo para convencer a la emperatriz de la necesidad de emprender cambios. La suya nunca fue una relación cordial. El converso católico del *Vorlande* de Suabia era demasiado «quisquilloso, preciso y pedante» para inspirar calidez personal. La emperatriz tampoco estaba muy dispuesta a pasar por alto sus orígenes comunes y el papel que había desempeñado en la renuncia anterior de su esposo al ducado de Lorena. Pero las consideraciones personales no le impidieron buscar su consejo. Si Bartenstein convenció a María Teresa de reformar la administración de la monarquía, fue un nuevo ministro, el conde Friedrich Wilhelm von Haugwitz, quien ideó el plan realmente. Haugwitz también era un converso católico que inicialmente había huido de su Silesia natal tras la invasión prusiana. Feo, rudo e insípido, era sin embargo un trabajador perspicaz, eficiente e incansable que ya había llamado la atención en 1743, cuando consiguió duplicar los ingresos de la corona un año después de haber sido nombrado gobernador de los tres condados de Silesia aún bajo el control de los Habsburgo.

Con la ayuda de estos dos hombres, María Teresa lanzó entonces la primera de una serie de reformas administrativas y constitucionales integrales sin parangón en la historia de la monarquía. Al igual que todos sus predecesores, comenzó reformulando la administración central. Ninguna de las más altas instancias de la monarquía quedó intacta. Ya en 1742, una nueva cancillería estatal (*Staatskanzlei*) se hizo cargo de la formulación y puesta en marcha de la política exterior de la Conferencia Privada y de las cancillerías rivales del imperio y Austria. Cuatro años después, el *Hofkriegsrat* cedió todo control sobre el suministro militar al Comisariado General de la Guerra, que se convirtió en un ministerio totalmente independiente e igualitario. De hecho, la eliminación total de las oficinas de guerra de Austria Interior y Tirol en 1744 aseguró al Comisariado General de la Guerra una mayor

autoridad de la que había disfrutado el *Hofkriegsrat* . La medida más dramática se produjo en 1749, cuando la emperatriz confió los asuntos de los *Erblande* al nuevo Directorio de Administración y Finanzas (*Directorium in Publicis et Cameralibus*) encabezado por Haugwitz. En la práctica, el Directorio era poco más que órgano matriz para una poderosa Diputación de la Corte (*Hofdeputation*), enseguida renombrada como la Conferencia Interna (*Conferenz in Internis*), y un Poder Judicial Supremo (*Oberste Justizstelle*). Junto con la cancillería de Estado, venían a sustituir a entidades anteriormente preponderantes como la Conferencia Privada, la *Hofkammer* y las cancillerías austriacas y bohemias, a las que virtualmente condenaron al olvido.

Aunque estos cambios administrativos tal vez hiciesen que el gobierno central fuese más eficiente, no podían esperar mejorar la posición de la monarquía como una gran potencia sin aumentar los ingresos estatales y las fuerzas militares que la sustentaban. A finales de 1747, Haugwitz presentó un plan para aumentar el ejército a más de doscientos mil hombres, que se distribuirían de la siguiente manera:

108 000 *Erblande*
25 000 Hungría
24 000 Frontera Militar
25 000 Lombardía
22 000 Países Bajos austriacos

Su expectativa de que los *Erblande* aportarían más de la mitad de los efectivos era consistente con las percepciones y políticas de sus predecesores. Lo radicalmente diferente eran los medios planteados para aumentar los ingresos. Tomó como modelo Silesia, que había protestado por el peso de los impuestos reales solo tres días antes de la muerte de Carlos VI, pero que pagaba por entonces el doble a Federico II. A diferencia del nuevo régimen prusiano en Silesia, Haugwitz no propuso abolir el derecho de las provincias a aprobar impuestos o participar en su recaudación. Sin embargo, esperaba que duplicaran la Contribución y que se comprometiesen durante diez años, como lo había hecho Bohemia en el Receso Decenal de 1715. En lugar de trasladar todo el aumento al campesinado, el propio patrimonio de los nobles tendría ahora que soportar al menos parte de la carga. Hasta ahora, solo la nobleza bohemia había aceptado semejante impuesto, y solo como una medida

temporal en tiempo de guerra durante el reinado de José I. De hecho, aunque el clero siempre había ofrecido sumas considerables en tiempos de guerra, ahora también estaba obligado a pagar anualmente una parte de la Contribución. Finalmente, una vez que las provincias hubiesen recaudado los impuestos, los entregarían inmediatamente a los administradores de la corona para una custodia más segura.

Al inspirar la reforma fiscal más dramática en la historia de Austria, Silesia continuó sirviendo como fuente de ideas nuevas e innovadoras, a pesar de que en su mayor parte ya no era parte de la monarquía. Pero la propuesta de Haugwitz no quedó sin respuesta. El canciller bohemio, el conde Friedrich Harrach, lideró a la mayoría de los ministros que se oponía a una innovación tan radical. Sin embargo, la emperatriz reconoció sin ambages la necesidad de tal reforma. Tras responder a sus objeciones, ridiculizó su conservadurismo poco realista al predecir que, «en cincuenta años, nadie creerá que estos fueron los ministerios que yo sola creé». Cuando Harrach se negó a presentar la propuesta a las provincias bohemias, María Teresa envió a Haugwitz en su lugar; Harrach dimitió poco después.

Sin embargo, la cuestión seguía siendo si las propias provincias darían su consentimiento. Haugwitz le había asegurado a la emperatriz que cumplirían, aunque solo fuese para no terminar como Silesia, conquistadas por los prusianos y sometidas al absolutismo. Esa había sido sin duda su experiencia durante su breve mandato como gobernador de Silesia. Esta fue una de las primeras razones por las cuales el gobierno se acercó a las provincias bohemias; otra fue que se dio cuenta de que Bohemia estaba ansiosa por reafirmar su lealtad a la dinastía desde hacía mucho tiempo, después de sus escarceos amorosos con Carlos Alberto al principio de la guerra. Al final, tanto los territorios de Bohemia como los archiducados austriacos se plegaron grácilmente a las solicitudes del gobierno.

Austria Interior y el Tirol demostraron ser más resistentes, adoptando una actitud que se avenía a su pasado independiente y a su relativa lejanía de la amenaza prusiana. Carniola y Estiria se negaron a comprometerse con un Receso Decenal, pero aceptaron realizar incrementos impositivos en trienios, que posteriormente renovarían regularmente. Tras haber duplicado su Contribución durante la guerra pasada, Estiria pronto pagó 1,1 millones de

florines anualmente, lo cual suponía cuadruplicar su Contribución bajo Carlos VI. Solo Carintia rechazó directamente el plan de Haugwitz, a pesar de las repetidas demandas de María Teresa para que cumpliera «voluntariamente»; después de 1750, simplemente impuso y recaudó la parte de la Contribución correspondiente al ducado sin molestarse en consultar a los gobiernos locales. María Teresa esperaba algo menos del Tirol, que, sin embargo, acordó pagar una Contribución anual regular por primera vez en su historia. También consintió en su separación de los territorios de Suabia de su jurisdicción, por lo que sus impuestos pasaron a fluir directamente a Viena, en lugar de pasar por Innsbruck.

Finalmente, aunque la corona nunca cuestionó directamente el derecho de las provincias a recaudar la Contribución, Haugwitz estableció un sistema de diputaciones de la corona (1748) para monitorear su asignación y recaudación local en los *Erblande* . En tres años, el gobierno esencialmente había cooptado a los propios agentes de las provincias, subordinándolos primero a las diputaciones, y asumiendo después la responsabilidad de sus salarios.

No es de extrañar que la emperatriz y Haugwitz estuviesen menos dispuestos a desafiar los privilegios existentes y las instituciones corporativas fuera de los *Erblande* , donde la relación de colaboración entre la corona y el país estaba menos establecida. La emperatriz descartó los delirios de su padre de un reino español separado, primero al renombrar el Consejo de España como el *Consiglio d'Italia* , luego al subordinarlo junto al Consejo de los Países Bajos a la nueva cancillería de Estado. Por lo demás, no hizo nada para infringir la autonomía de sus súbditos italianos y flamencos. Tampoco intentó subvertir ninguna de las instituciones gubernamentales de Hungría. A pesar de haber emasculado las cancillerías austriaca, bohemia e imperial, dejó intactas a sus homólogas húngaras y transilvanas, a pesar de que estas últimas eran tan insignificantes que atendían sus asuntos en una taberna vienesa.

La continua dependencia del gobierno de sus territorios austriacos y bohemios aumentó la carga fiscal ya desigual entre los territorios alemanes y húngaros de la monarquía. Es cierto que Hungría era mucho más pobre que el resto de los otros dominios de María Teresa. Sin embargo, a mediados de siglo, un período prolongado de paz y colonización había aumentado su población a más de 6

millones, haciéndola mucho más poblada que los territorios austriacos (3,9 millones) o lo que quedaba de la Gran Bohemia (3,1 millones). Incluso cuando se contaban las tropas provenientes de la Frontera Militar, se esperaba que la gran Hungría proporcionase menos de la mitad de los reclutas que los *Erblande* . El agudo realismo de María Teresa y su genuina gratitud por la ayuda crucial que Hungría había prestado en la reciente guerra la indujeron a aceptar esta disparidad. Así pues, evitó las tácticas coercitivas y extraconstitucionales del pasado en favor de una relación basada en una mayor confianza y colaboración. Pacientemente soportó una Dieta tras otra en la que sus súbditos magiares presentaron y debatieron vociferantemente cientos de gravámenes, mientras recortaban sus propias solicitudes de modestos aumentos de impuestos. Incluso después de aceptar la mitad del aumento solicitado, los 3,2 millones de florines aprobados por la Dieta de 1751 implicaban una tasa impositiva per cápita de menos de la mitad que la impuesta en los *Erblande* .

De algún modo, la emperatriz se las compuso para compensar la insignificancia de la Dieta en el conjunto de la parte sur del reino que era administrada directamente por el ejército. En Transilvania, su gobernador militar completó el proceso de emascular la Dieta de ese principado al menos una década antes de celebrar su última reunión en 1761. En 1764, la Contribución anual del principado de 1 365 000 florines estaba entre las más altas recolectadas en cualquier parte de la monarquía. Puede que los cambios más importantes se produjesen en la Frontera Militar. Aquí el avance se midió no tanto en dinero como en la cantidad y calidad de las tropas proporcionadas. De hecho, la capacidad de reclutar en tiempos de guerra hasta cuarenta y cinco mil *Grenzer* indujo a la emperatriz a retrasar la implementación de su promesa anterior de restaurar los distritos del sur del reino al control de la Dieta. Aunque devolvió la mayor parte de la Frontera Militar de Tisza-Mureş a las provincias en 1750, volcó sus energías en mejorar y expandir todo el sistema en otros lugares. Aunque los *Grenzer* habían mejorado su reputación como luchadores feroces, el suministro y el pago inconsistentes de las provincias de Austria Interior los habían reducido a veces a una chusma indisciplinada. El gobierno central resolvió el problema de financiación ese mismo año, asumiendo la responsabilidad total de suministrar, pagar y mantener la Frontera Militar.

También se enfrentó a la reputación que tenían los *Grenzer* y otras formaciones acostumbradas a luchar contra los turcos de saquear y dedicarse al pillaje. Es cierto que esta brutalidad tenía sus ventajas militares, porque las ciudades a menudo se rendían dócilmente y abrían sus puertas para escapar de los horrores de un saqueo. Sin embargo, su falta de disciplina en el campo de batalla había resultado en ocasiones costosa. Por ejemplo, el intento de recuperar Nápoles en 1744 se fue a pique en Veltri, porque la fuerza de ataque *Grenzer* renunció a capturar al rey borbónico para dedicarse a saquear y emborracharse. Un año después, los panduros croatas del barón von Trenck abandonaron el campo de batalla en Soor para caer sobre el campamento de Federico II, donde torturaron a sus sirvientes, se apoderaron del tesoro del rey e incluso huyeron con su amado galgo. Con disgusto, un comandante austriaco se refirió a los *Grenzer* como «nuestros asiáticos», mientras que un homólogo húngaro los denunció llamándolos «animales furiosos, no hombres». Aunque las unidades *Grenzer* conservaban sus uniformes distintivos y su estatus como tropas móviles, «ligeras», se incorporaron entonces completamente al ejército regular y a su estructura de mando alemana. Incluso los panduros de Trenck quedaron sometidos a la estricta disciplina militar del ejército regular, mientras que el propio barón era arrojado a la prisión. La sustitución de comandantes nativos por oficiales del ejército regular pronto completó su integración con el resto del ejército austriaco. El gobierno también extendió formalmente la frontera militar ochocientos kilómetros hacia el este a lo largo de toda la frontera entre los Habsburgo y los otomanos mediante la creación de nuevos distritos en Banat (1742) y Transilvania (1762–1764). Esta expansión no solo incrementó aún más el número de *Grenzer* , sino que también transformó lo que había sido principalmente un ejército serbio y croata en una fuerza verdaderamente multiétnica que incluía alemanes transilvanos, sículos y rumanos.

Estas innovaciones no llegaron sin oposición. Aparte de las inútiles protestas de las provincias de Austria Interior, los propios *Grenzer* , en gran medida ortodoxos, se opusieron inicialmente al nombramiento de oficiales católicos alemanes, temiendo que fuese el principio de la pérdida de sus privilegios religiosos y de otro tipo. Varios miles de familias *Grenzer* del distrito disuelto de Tisza-Mureş se terminaron yendo a la Ucrania rusa. Sin embargo, la gran mayoría se quedaron y fueron reubicados en otros lugares a lo largo

de la extensa Frontera Militar, donde permanecieron a salvo de los impuestos y la servidumbre. Sus temores se disiparon aún más cuando María Teresa respondió a las llamadas del Patriarca Arsenije IV y la Dieta serbia creando una comisión especial de la corte «Iliria» (1745) que se ocupó de los intereses de todas las comunidades serbias ortodoxas en Hungría y Croacia. En términos prácticos, esto significaba que los derechos confesionales originalmente extendidos a los descendientes de la Primera Migración Serbia se aplicarían entonces no solo a los serbios *Grenzer,* sino a todos los eslavos ortodoxos que habían emigrado o habían sido asimilados en la reconquista. Los serbios de los Habsburgo ya no eran habitantes temporales de la monarquía, sino un componente valioso y protegido de una sociedad cada vez más multiétnica. Como era de esperar, los derechos extraterritoriales de la comisión levantaron airadas protestas de las provincias húngaras y croatas. La nueva Frontera Militar de Transilvania tampoco contó con la aceptación de los nobles locales y los campesinos libres, incluidos varios cientos de sículos que fueron asesinados en 1764 en un vano intento de evitar su creación. Con todo, la Frontera Militar, el Banat y Transilvania constituían los pocos lugares de la monarquía donde los Habsburgo podían gobernar como monarcas absolutos.

Por el contrario, las expectativas de María Teresa eran probablemente más bajas en Milán y los Países Bajos, principalmente porque ambos dominios financiaban regularmente sus propios gastos administrativos y militares con un mínimo de acritud. También agradecía los cuantiosos préstamos que los comerciantes belgas y milaneses ofrecían regularmente al gobierno central. Además, ambos territorios aportaban modestos aumentos en los ingresos sin la necesidad de introducir cambios constitucionales importantes como los llevados a cabo en los *Erblande* . Gran parte de la esta importante contribución belga provenía del raro éxito austriaco en la Paz de Aix-la-Chapelle, en la que los holandeses acordaron renunciar a la tasa anual de un millón y medio que habían recaudado para el mantenimiento de sus fortalezas de barrera. Mientras tanto, los ingresos de Milán también aumentaron inmediatamente después de la guerra, luego de la primera restructuración administrativa y fiscal significativa desde el Renacimiento, que incluyó un nuevo catastro completado en 1755.

Los frutos del proyecto de Haugwitz fueron inmediatos y muy

llamativos. En 1754, el enviado veneciano informaba de que el ingreso total de la corona se había duplicado, pasando de veinte a cuarenta millones de florines en la última década. A pesar de perder la mayor parte de Silesia, la Contribución aumentó en la Gran Bohemia de 6 a 7,4 millones de florines en 1763, mientras que Austria aumentó más del doble, de 2 a 5,1 millones. Aunque los *Erblande* estuvieron un poco por debajo al inicio en su aportación de la cuota que les asignó Haugwitz de 108 000 efectivos, el aumento y la recaudación más eficiente de impuestos y tropas en toda la monarquía elevó sin embargo el ejército a unos 180 000 en 1756. Por necesidad, el crecimiento militar fue paralelo a un aumento igualmente muy llamativo en el ejército de funcionarios civiles que ahora administraba el Estado de los Habsburgo. Solo en los territorios centrales, la burocracia casi se duplicó, pasando de seis mil (1740) a diez mil funcionarios (1762); dos decenios después, se acercaría a los veinte mil.

No solo crecieron en tamaño el ejército y los servicios civiles, también evolucionó su capacidad y su aspecto. Siguiendo la estela de Prusia, muchos de los Estados alemanes habían tomado medidas para profesionalizar sus cuerpos militares y civiles. Por el contrario, el ejército de Habsburgo y el cuerpo de oficiales habían cambiado poco desde los días de Montecuccoli. Cada regimiento era entrenado y equipado de manera diferente por su comandante. Los propios oficiales todavía eran nombrados y promovidos a cambio de favores o directamente comprados, en vez de por sus méritos. Las deficiencias en el cuerpo de oficiales eran palmarias en los estamentos superiores, donde Francisco Esteban y su hermano, Carlos de Lorena, habían asumido recientemente lugares en la larga fila de desventurados comandantes en jefe que tenían a la muerte del príncipe Eugenio. A partir de 1748, el nuevo presidente del *Hofkriegsrat* , el mariscal de campo Daun, se dedicó a mejorar y sistematizar el entrenamiento y el equipo del ejército siguiendo el ejemplo de Prusia. La reforma del servicio civil comenzó al mismo tiempo por la insistencia de Haugwitz, quien aseguró a la emperatriz que, si la intervención divina había salvado a la monarquía en el pasado, había sido en compensación por lo que ya habían perdido sus incompetentes ministros y burócratas. A partir de entonces, los funcionarios civiles fueron evaluados por sus méritos y obtuvieron mejores retribuciones, incluido un sistema integral de pensiones que durante mucho tiempo había sido común

entre sus homólogos alemanes.

Al igual que el régimen de María Teresa estaba empeñado en profesionalizar los servicios militares y civiles, también estaba decidido a hacer que toda la elite gobernante adoptase una perspectiva más secular. Esta ruptura dramática con la cultura de la Contrarreforma fue en parte motivada por un deseo de una mayor autonomía del papado y el resto de las instituciones eclesiásticas. Sin embargo, surgió principalmente del reconocimiento tardío de que la estrecha adhesión de la monarquía a los valores de la Contrarreforma había retrasado la evolución del tipo de cultura política racional que había convertido a Prusia en una amenaza tan imponente.

Aunque la emperatriz respaldaba sinceramente la secularización como una necesidad práctica, el ímpetu para la reforma cultural vino de otra parte. Igual que durante la Contrarreforma había ingresado en la monarquía desde Italia, la reforma secular vino entonces del gran reformador católico de la península, Lodovico Antonio Muratori (1672–1750). Con una estrategia similar a la del régimen de María Teresa, Muratori se había inspirado en el deseo de contrarrestar el atraso económico y cultural de su país restringiendo la autoridad y la influencia de la Iglesia a los asuntos espirituales. Aborrecía la pérdida de productividad causada tanto por la gran cantidad de días festivos de índole religiosa como por la excesiva devoción de las cofradías religiosas y las ceremonias públicas. También culpaba de la prevalencia de la ignorancia y la superstición a los métodos escolásticos de los jesuitas, que dependían en gran medida del latín y de la poco práctica memorización del conocimiento. A mediados de siglo, la defensa de Muratori del conocimiento y la razón humana, así como de las teorías alemanas de la ley natural había calado en muchos de los principales miembros de la Iglesia de la monarquía, especialmente en los sucesivos arzobispos de Viena, Johann Joseph Trautson (1751-177) y el jansenista Christoph Anton Migazzi (1757–1803). Ambos estaban ansiosos por ayudar al gobierno a reducir el poder del papado y sus paladines jesuitas. Otros reformadores vieneses tenían una agenda más radical. La mitad de los seis ministros de la cancillería de Estado habían sido educados en universidades protestantes alemanas, donde una generación de futuros funcionarios fue instruida en las doctrinas racionalistas de Christian Wolff. Por su parte, el médico personal de la emperatriz, el

influyente Gerhard van Swieten, quería introducir un régimen cultural aún más secular similar al de su Flandes natal.

Cualquiera que fuese su agenda, los hombres alrededor de María Teresa centraron la mayor parte de sus esfuerzos en los jesuitas. No perdieron el tiempo en poner fin al monopolio de la Sociedad sobre la censura, que duraba ya un siglo. Un año después de la sucesión comenzaron a trasladar la responsabilidad de las obras no religiosas de las facultades jesuitas a funcionarios civiles. A finales de la década, habían despojado a la Universidad Jesuita de Viena de su autoridad sobre la producción y venta de libros dentro de la ciudad. En 1751, la censura estaba formalmente en manos de una nueva Comisión de Censura (*Zensurkommission*) dirigida por van Swieten. En lugar de aristócratas o altos funcionarios del gobierno, la comisión estuvo dominada por algunos de los pensadores más innovadores de Europa central, incluido el cameralista protestante alemán J. H. G. von Justi (1720–71) y el teórico político Karl von Martini (1726–1800). Aunque la comisión incluía inicialmente a dos jesuitas, responsables de las obras religiosas y filosóficas, su competencia se redujo progresivamente, hasta que en 1759 fueron expulsados por la insistencia del arzobispo Migazzi. Al mismo tiempo, el arzobispo también indujo a la Comisión de Censura a prohibir todas las publicaciones jesuitas. No obstante, la Comisión alentó a ciertos escritores jesuitas a continuar publicando de forma independiente, privando a sus superiores de cualquier control editorial sobre su trabajo.

El régimen de María Teresa también inició el proceso de arrebatar el control del sistema educativo de la monarquía a los jesuitas y otras órdenes religiosas. La primera etapa, que consumió la primera mitad del reinado, se centró solo en las necesidades educativas y profesionales de las clases nobles y profesionales. Dirigido por van Swieten, el gobierno rápidamente tomó el control del plan de estudios de la Universidad de Viena, estableciendo nuevas facultades de historia, geografía, ciencias, educación cívica y derecho natural. También reformó varias disciplinas existentes. Van Swieten revisó personalmente la facultad de medicina en 1749, después de descubrir que un gran número de estudiantes de medicina se matriculaban en universidades extranjeras para recibir la capacitación adecuada. En 1753, los planes de estudio de filosofía, teología y derecho también se habían restructurado para reflejar la influencia de los teóricos alemanes de derecho natural

como Christian Wolff. Mientras tanto, se introdujeron cambios curriculares paralelos en las otras universidades de Erblande en Praga, Graz, Innsbruck y Friburgo. No menos importante fue la preparación de la infancia de la élite de la monarquía, especialmente aquellos destinados a servir en el gobierno. Aunque el gobierno aún no tenía los recursos para desafiar el control jesuita de la educación por debajo del nivel universitario, sí estableció varias escuelas preparatorias. El más famoso fue el Theresianum (1746), una academia para futuros funcionarios que se encontraba en el antiguo palacio de Favorita. También se estableció una escuela militar en Wiener Neustadt en 1751 y una Academia Oriental que se dedicó desde 1754 a entrenar a diplomáticos para servir en los Balcanes. Significativamente, tanto para el Theresianum como para la Academia Oriental se contrató principalmente a profesores jesuitas, aunque pronto se convirtieron en un foro para una nueva generación de reformadores educativos.

Por su propia naturaleza, las primeras iniciativas culturales de María Teresa no arrojaron resultados tan inmediatos como los producidos por las reformas fiscales de Haugwitz. Fueron más bien una inversión a largo plazo en el futuro de la monarquía. Hasta cierto punto, podría decirse lo mismo de las políticas mercantiles que siguió durante las primeras tres décadas de su reinado. Después de la guerra, redobló los esfuerzos de su padre para fortalecer la base económica que alimentaba los impuestos y las tropas de la monarquía. Sobre todo, intensificó los esfuerzos para hacer que la economía fuese más independiente de los exportadores extranjeros; no obstante, la competencia incluía entonces la antigua provincia de Silesia. Su pérdida había privado de repente al resto de los territorios bohemios de su principal salida doméstica para el acabado de textiles en bruto, como el lino sin blanquear. El gobierno esperaba que los territorios de Bohemia pudiesen cubrir ese hueco, evitando así una dependencia inoportuna de Prusia, y también era una forma de arruinar la economía de Silesia al privarla de sus proveedores bohemios. Como era de esperar, el auge resultante de la fabricación de posguerra tuvo lugar principalmente en tierras bohemias, con la Alta Austria en segundo lugar. Como en el pasado, el Estado dependía de empresarios e inversores privados, principalmente aristocráticos, excepto cuando las quiebras lo obligaban a intervenir. También continuó otorgando subsidios y reduciendo las restricciones de los gremios, especialmente cuando

obstaculizaban el crecimiento de las industrias de exportación. En un esfuerzo por fomentar la nueva tecnología, el gobierno importó expertos extranjeros y otorgó premios por utilizar los métodos más recientes, al tiempo que penalizaba a los empresarios que se enfrentaban a su empleo. Además de la construcción de fábricas, el gobierno también se esforzó por proteger las industrias nuevas y existentes de la Silesia prusiana y otros competidores extranjeros erigiendo barreras arancelarias más altas en Bohemia (1751), Hungría (1754) y Austria (1755). También redirigió el flujo de comercio hacia el sur a través del Adriático y los Balcanes, a expensas de la antigua ruta del norte que pasaba por Silesia. Como parte de esta estrategia, fundó y fomentó nuevas empresas comerciales, incluida una empresa Trieste-Fiume, con la ayuda de inversores de los Países Bajos austriacos e Italia.

Las siguientes dos décadas arrojaron algunos resultados impresionantes, especialmente en aquellas industrias artesanales que dominaban el paisaje protoindustrial de Bohemia. Por ejemplo, la empresa de Nova Kdyne, fundada en 1769 y dirigida por la ciudad, no solo empleaba a trescientos trabajadores en sus instalaciones, sino también a mil quinientos hiladores y tejedores domésticos. Había igualmente establecimientos de fabricación importantes que empleaban métodos de producción avanzados, como la fábrica textil en Horní Litvínov, donde cada uno de los cuatrocientos trabajadores realizaba solo un paso en un proceso de producción de lana de cuarenta y cinco etapas. Según el historiador Herman Freudenberger, la ciudad morava de Brno se convirtió en «el Manchester de Europa central» tras el establecimiento de una gran fábrica de lana fina en 1764. Al sur, la Compañía Trieste-Fiume también florecía. Gracias a un monopolio para refinar el azúcar extranjero (1755), pronto empezó a operar una refinería que empleaba a setecientos trabajadores. De hecho, el esfuerzo general del gobierno para redirigir sus rutas comerciales lejos de Prusia fue recompensado por un crecimiento impresionante en el negocio de ambos puertos del Adriático.

Como en ocasiones anteriores, la estrategia industrial del gobierno se desentendió de Hungría, que todavía era considerada meramente un productor de alimentos básicos y un mercado cautivo para los productos terminados de los *Erblande* . Un nuevo Directorio Comercial Universal que supervisaba las operaciones mercantiles llegó incluso a redefinir sus competencias para excluir los asuntos

húngaros solo a los tres años de su establecimiento en 1746. La única excepción notable a este sesgo fue la promoción de la minería en las montañas Bihar de Transilvania, que había remplazado entonces a Silesia como la provincia más rica en minerales de la monarquía. Por lo demás, el régimen de María Teresa limitó sus esfuerzos a promover la agricultura, especialmente mediante el envío de una segunda ola (en última instancia, mucho más exitosa) de cuarenta y tres mil colonos alemanes al sur de Hungría.

Los límites de la Reforma

En 1756, María Teresa ya se había ganado un lugar de honor en la historia de Austria. En menos de un decenio, había duplicado prácticamente los ingresos estatales, había restructurado el sistema administrativo y militar y había iniciado el proceso de confiarlo a una élite profesional más competente. Otra de sus contribuciones fue la solución que dio a la crisis de sucesión que había estado a punto de destruir la monarquía. Su matrimonio con Francisco Esteban fue, sin duda, el más exitoso emparejamiento conyugal en la historia de la dinastía. Juntos tuvieron dieciséis hijos durante sus primeros diecinueve años de matrimonio (1737-1756), un período durante el cual la emperatriz estuvo embarazada dos de cada tres veces; hasta el propio Hofburg parecía una guardería. Solo el inicio de la menopausia puso fin al desfile constante de nuevos archiduques y archiduquesas.

Sin embargo, con la notable excepción de su descendencia, el último gobernante barroco de Austria contribuyó muy poco al desarrollo de una monarquía que era conceptualmente nueva. Es cierto que muchas de sus primeras iniciativas representaron un avance en la aplicación del gobierno de las ciencias camerales, que se extendieron entonces más allá de las estrategias mercantiles diseñadas para promover el crecimiento económico para asumir dimensiones administrativas y culturales más radicales. Sin embargo, la historiadora Grete Klingenstein ha demostrado que las ideas detrás de muchas de sus reformas ya habían surgido durante el reinado de su padre. Lo que María Teresa aportó fue esa energía y determinación superiores que transformaron esas ideas en acción, junto con un flexible pragmatismo que le llevó a saber siempre con exactitud cuándo y dónde impulsar el cambio. Por supuesto, como muchos de sus predecesores (excepto su padre), su ímpetu fue fruto de la desesperación. Es esto no fue muy diferente de Martín Lutero,

Winston Churchill o Abraham Lincoln; se vio empujada a la grandeza por una crisis de supervivencia. Sin Federico II para confrontarla, María Teresa habría hecho probablemente mucho menos para cambiar el equilibrio monárquico existente, alterando mucho menos las fuerzas políticas internas o su orientación cultural.

Por dramáticos que fuesen sus resultados, la Primera Reforma no fue revolucionaria en cuanto a las tácticas empleadas. Aunque el gobierno central se había vuelto mucho más asertivo y eficiente, continuó buscando el consentimiento y la cooperación de las provincias de la monarquía, siempre que fue posible. En términos generales, las clases dominantes respondieron, tanto por una apreciación compartida de la amenaza prusiana como por un deseo de retener el favor de la dinastía, junto con el patrocinio que esta aportaba. Donde no fue posible un consenso, como en Hungría, fue María Teresa quien cedió, afianzando aún más el doble rasero que ya existía entre el país magiar y los *Erblande* . Solo en Carintia y los distritos militarizados del sur de Hungría demostró su capacidad para hacer que los métodos del absolutismo funcionasen. Hubo, por supuesto, algunas quejas por parte de las provincias, funcionarios corporativos desplazados, miembros de la Iglesia e incluso campesinos y habitantes de las ciudades que se resintieron a la reducción de las fiestas religiosas. El ministro británico Keith consideró que la crítica popular a sus reformas clericales era tan intensa que «no sería tolerada en el gobierno más libre de Europa». En determinado momento, una multitud enojada expresó su disgusto arrojando piedras y excrementos a la residencia de Haugwitz. Sin embargo, tales manifestaciones de descontento palidecían en comparación con las vistas en Francia, España o Brandeburgo-Prusia, donde la fuerza militar tuvo que ser empleada en diversas etapas del proceso de centralización. Al final, María Teresa conservó la confianza, la lealtad y la colaboración de las élites gobernantes y sus cuerpos corporativos porque buscó su cooperación, en lugar de su sujeción.

Otra razón de la debilidad de la oposición recibida fue que la emperatriz seguía una agenda limitada que se ajustaba a su propio conservadurismo. A pesar de su profundidad y su éxito, sus estrategias mercantiles se desviaron poco de las empleadas por su padre; todavía no estaba expuesta, o al menos no simpatizaba, con las ideas de libre mercado que ya habían comenzado a surgir en

otras partes de Europa. Del mismo modo, el modo en que secularizó la censura y la educación de élite tenía detrás razones de Estado, no las ideas de la Ilustración que inspiraron a algunos de sus asesores; lejos de oponerse a la censura misma, ella y sus ministros fortalecieron en realidad el sistema extenso, pero característicamente ineficaz que había existido bajo Carlos VI. Para ella, la palabra escrita era principalmente un instrumento de control social y no una vía para instruir al público. De ahí que la Comisión de Censura examinase los libros de texto para asegurarse de que difundieran los valores morales y religiosos apropiados. Incluso se negó a crear una academia de ciencias porque temía que pudiera promover la herejía. Las recientes reformas curriculares tampoco la convencieron de permitir que los protestantes recibieran títulos en ninguna de las universidades de la monarquía.

De hecho, María Teresa estaba decidida a utilizar todos los medios disponibles para imponer sus estándares bastante rígidos de moralidad cristiana y ortodoxia religiosa. Creó, por ejemplo, una «comisión de castidad» para frenar la prostitución; insistió incluso en negar promociones a oficiales del ejército que visitaban burdeles, a pesar de la réplica del presidente del *Hofkriegsrat* , que le dijo que él aún sería un soldado raso si la prohibición hubiese estado vigente al comienzo de su carrera. La decisión de la emperatriz de expulsar a los judíos de Praga (y más tarde a todos los de Bohemia) fue un ejemplo temprano, aunque no aislado, de su intolerancia religiosa. Aunque al final conmutó su sentencia por una postura más constructiva (multándoles), solo lo hizo después de que las provincias de Bohemia la persuadieran de que su expulsión podría devastar la economía del reino. Su antisemitismo también quedó patente en la fuerte reducción del recurso del gobierno a los prestamistas judíos. Esta exclusión la obligó a recurrir a acreedores extranjeros, en gran parte protestantes; aparentemente, los consideraba como el menor de los dos males.

De hecho, poco después de la conclusión de la paz, reanudó los esfuerzos de su predecesor para erradicar los focos restantes del protestantismo en los territorios austriacos. En una escena que recuerda a las anteriores Comisiones de Reforma, estableció una Comisión de Religiones en marzo de 1752 que imponía onerosas multas a cualquier persona a la que se descubriese en posesión de libros protestantes; finalmente, estableció Casas de Conversión (*Konversionshäuser*), a las que debían asistir todos, excepto los

protestantes de mayor edad, para ser reeducados por sacerdotes católicos. Tres meses después, un *Transmigrationpatent* ordenó la reubicación forzosa de protestantes recalcitrantes en Transilvania. El consiguiente traslado fue tan mal gestionado que una cuarta parte de los 2 664 protestantes, en su mayoría originarios de la Alta Austria, murieron en el tránsito.

María Teresa no solo se adhería a los valores de la Contrarreforma, también fue una defensora comprometida de la sociedad feudal. Aunque se sintió obligada a reorganizar el servicio militar y civil según un sistema de méritos, lo hizo de mala gana, prefiriendo en cambio basar el nombramiento y la promoción de los funcionarios únicamente en el rango de clase. No tenía tales limitaciones en el campo, donde inicialmente no hizo nada para detener la brecha cada vez mayor entre la aristocracia terrateniente y la pequeña nobleza. En Bohemia, la aristocracia continuó expandiendo su control de la tierra; a mediados de siglo había comprado tantas familias de la nobleza que solo quedaban cien de las seiscientas que habían existido en 1620. En Hungría, la Dieta llegó a hacer una distinción legal entre la nobleza propietaria y sin tierra, con los nobles más pobres perdiendo su exención de impuestos, escaños en asambleas del condado y derechos de posesión. Tampoco había ninguna razón para que la emperatriz obstaculizase la transformación de siglos de duración del paisaje bohemio y húngaro en grandes latifundios, dirigida por un pequeño grupo de aristócratas. Aunque solo fuese porque le resultaba mucho más fácil conseguir el apoyo de unos pocos aristócratas poderosos otorgando favores reales que controlar una masa de nobles de inferior rango inseguros y difíciles de manejar.

Es cierto que el régimen de María Teresa demostró ser algo más sensible al destino de los campesinos de los *Erblande* , aunque solo fuese porque suscribió con más decisión la tesis cameralista de la *Bauernschutz* , cuyo fin era preservar la mayor fuente de ingresos imponibles provenientes de la tierra. De ahí que los recientes incrementos de la Contribución fuesen divididos equitativamente entre la tierra rústica poseída por los campesinos y los ingresos hasta ahora no explotados de los dominios de los nobles. Las nuevas patentes prohibieron a la nobleza recurrir a su pasada costumbre de trasladar su parte de la Contribución de la tierra dominical a la rústica (1748), o la de incorporar parcelas campesinas a su territorio (1751). Para evitar que lo hiciesen, el gobierno encargó

sofisticados estudios de tierras que distinguían entre ambos tipos. Para asegurar que cada hogar campesino mantuviese lo que juzgaba como estándar mínimo de vida, calibró cuidadosamente las evaluaciones impositivas para cada parcela de tierra rústica de acuerdo con el tamaño, el tipo (arable, pastos, jardines, viñedos, bosques, incluso estanques) y la proximidad al mercado. Sabemos de esta inclinación cameralista a la precisión en sus mediciones porque la tierra cultivable se clasificó en hasta nueve categorías diferentes, de acuerdo con su fertilidad. En 1753, el nuevo compromiso del gobierno con el *Bauernschutz* también lo impulsó a comenzar a inventariar los servicios *robot* que se estaban prestando.

Sin embargo, después de haber inducido a los nobles de los *Erblande* a asumir aproximadamente una cuarta parte de la nueva Contribución, María Teresa seguía sin estar dispuesta a tentar a la suerte confrontándolos directamente porque seguían abusando del campesinado. Cuando una comisión real le informó de que los nobles seguían cambiando los impuestos, confiscando tierras rústicas y aumentando las obligaciones señoriales, simplemente volvió a emitir nuevos edictos igualmente imposibles de aplicar. Más tarde, en 1756, terminó con el esperpento disolviendo la propia comisión. Sin embargo, el hecho es que ni la mayor contribución de Haugwitz ni la continua opresión señorial causaron grandes levantamientos campesinos en los *Erblande* durante los tres primeros decenios del reinado de María Teresa. Como demostraron las revueltas campesinas en el sur de Hungría (1753), Eslavonia (1755) y Transilvania (1751, 1759), aún se encontraba uno con las peores formas de explotación feudal en las tierras de San Esteban.

La Revolución diplomática y la guerra de los Siete Años

Lo mucho o poco que emprendiese María Teresa durante el primer período de reforma estuvo determinado no tanto por las nociones ilustradas de libertad humana, igualdad o justicia, sino por su percepción de lo que sería necesario hacer para recuperar Silesia. Apenas inició sus reformas, comenzó a pensar en retomar su enfrentamiento con Federico II. Durante la primavera de 1749 convocó la Conferencia Privada para estudiar cuál sería el probable equilibrio de fuerzas en la siguiente guerra con Prusia. Podía estar segura del apoyo de la zarina Isabel II (1741–1762), con la que había concluido una alianza defensiva en 1746 porque también ella temía al «usurpador» prusiano y no estaba dispuesta a aceptarlo

como un actor del mismo nivel en el escenario de Europa del este. No podía decirse lo mismo de las potencias marítimas. Después de su humillación en la última guerra, lo más probable era que los holandeses permaneciesen neutrales en cualquier conflicto futuro. Mientras tanto, la Conferencia reconocía que los británicos no estarían dispuestos a apoyar la recuperación de Silesia, especialmente si esto les apartaba del cumplimiento de su propio objetivo de someter a Francia.

Naturalmente, nada de esto era nuevo. Durante el último medio siglo, su aliado británico había limitado las adquisiciones territoriales de la monarquía en Rijswijk (1697), Karlowitz (1699) y Utrecht (1713), no la había asistido en la guerra de sucesión polaca (1733–1738), y recientemente la habían obligado a renunciar a valiosos territorios en Silesia, Milán y la Baviera ocupada. Sin embargo, de los siete hombres presentes, solo el miembro más joven y nuevo de la Conferencia estaba a favor de prescindir de la alianza británica. Después de haber sido el principal negociador austriaco en Aix-la-Chapelle, el brillante conde Wenzel Anton von Kaunitz, de treinta y siete años, había sido testigo de la acción de la «pérfida Albión». La emperatriz respaldaba a Kaunitz, sin duda con la expectativa de que sus reformas internas le permitirían prescindir de los subsidios que anteriormente habían mantenido a la monarquía cautiva de los intereses británicos.

Pero había un segundo problema. Aunque María Teresa estaba dispuesta a prescindir de su aliado británico, ni ella ni sus ministros pensaban que la monarquía pudiese recuperar Silesia mientras hacía la guerra con Francia y Prusia. Como buen oriundo de Lorena, Francisco Esteban instó a su esposa a olvidarse de Silesia y a reconciliarse con Prusia con el propósito de atacar a Francia. En cambio, la emperatriz apoyó la propuesta de Kaunitz de buscar un acercamiento con Francia. Kaunitz estaba, de hecho, abogando por una revolución largamente esperada en la gran estrategia de los Habsburgo, un giro que la llevase a abandonar los viejos campos de batalla de Italia y los Países Bajos para concentrarse en la amenaza más inminente, la que Prusia representaba. Como muchas de las innovaciones de María Teresa, sus predecesores habían contemplado una alianza austro-francesa con la idea de disminuir la amenaza francesa al equilibrio de poder. Los ministros de José I fueron los primeros en abordar la idea en 1710, poco después de descubrir la inminente deserción de Gran Bretaña en la guerra de

sucesión española. Durante su breve alianza con España, Carlos VI había alentado a Madrid a reclutar a Francia para un pacto Habsburgo-Borbón contra las potencias protestantes. La propia emperatriz había reflexionado sobre esa perspectiva en conversaciones secretas con los franceses en 1745, en un momento en que los británicos la obligaron a abandonar Silesia y Baviera. Sin embargo, fue María Teresa quien transformó estas nociones abstractas en acciones concretas enviando a Kaunitz a París en el verano de 1750.

Aunque Kaunitz se había ganado a la emperatriz, aún tenía que convencer a los franceses de que los dos países ya no eran enemigos. Francia también se enfrentaba a una nueva realidad. Ya no estaba rodeada por los Habsburgo y sus clientes, como lo había estado en los dos siglos anteriores. Además, Federico II acababa de destruir la posibilidad de un granítico pacto Habsburgo-Alemán que temía desde el siglo XVI . Gran Bretaña era el verdadero enemigo y el campo de batalla estaba en el extranjero, no en Europa central. Sin embargo, la necesidad de una revocación de las alianzas era menos urgente para Luis XV, cuyos ministros hacían oídos sordos a las propuestas de Kaunitz. Con su habitual persistencia, María Teresa continuó alentando a Kaunitz hasta el punto de llamarlo a Viena y ponerlo a los mandos de la política exterior con el nuevo título de canciller estatal (*Staatskanzler*). Al final, fueron su antiguo aliado británico y su nuevo enemigo prusiano quienes empujaron a Francia a sus brazos. Tras el estallido de las hostilidades entre las fuerzas francesas y británicas en América, Jorge II firmó la Convención de Westminster con Federico II (16 de enero de 1756). A cambio de ayudar a proteger Hannover del ataque francés, Prusia obtuvo garantías británicas de que no financiaría un ataque austriaco contra Silesia. Federico había eliminado efectivamente cualquier posibilidad restante de ayuda británica para recuperar Silesia, pero también había enfurecido a su aliado francés, que no había olvidado sus numerosas traiciones durante la última guerra. Impulsados por la ira y la paranoia, los ministros de Luis XV estaban entonces preparados para llevar a cabo la Revolución Diplomática que Kaunitz ardientemente anhelaba. Rápidamente concluyeron el Primer Tratado de Versalles (1 de mayo de 1756), una alianza defensiva por la cual ambos países prometieron permanecer neutrales en caso de que el otro se involucrase en una guerra y proporcionar veinticuatro mil soldados para defenderlo del

ataque de un tercero.

Habiendo asegurado la neutralidad francesa en términos tan extraordinariamente favorables, la emperatriz se preparó entonces para unirse a Rusia para atacar Prusia en la primavera de 1757. Al mismo tiempo, diplomáticos franceses, rusos y austriacos intentaron reclutar a Suecia, Sajonia-Polonia y otros Estados alemanes para la expansión de la coalición antiprusiana. A medida que se acercaba la fecha límite, María Teresa comenzó a tomar medidas discretas para colocar a su ejército en pie de guerra. Sin embargo, su aliada rusa fue menos prudente en la movilización de sus fuerzas. Sospechando la inminencia de un ataque, Federico II acusó a María Teresa de haber concluido una alianza ofensiva contra él y le exigió garantías de que no lo atacaría en un futuro cercano. Incapaz de mentir, respondió tímida y también sinceramente que no había concluido una alianza ofensiva contra Prusia. El rey prusiano llegó a la conclusión obvia y dijo a sus asesores que «si la emperatriz está embarazada de guerra, entonces seré yo quien haga las veces de partera». En lugar de esperar el ataque, atacaría primero.

El 29 de agosto de 1756, Federico II comenzó la guerra de los Siete Años invadiendo Sajonia. Sus principales objetivos eran asustar a Rusia para que permaneciese neutral y castigar a Sajonia, la cual supuso erróneamente que se había unido a la coalición antiprusiana. Su ataque a un país neutral prácticamente indefenso multiplicó enormemente el número de sus enemigos y la superioridad moral que los movía. En el primer aniversario de la Revolución Diplomática, Austria y Francia celebraron un Segundo Tratado de Versalles (1 de mayo de 1757), una alianza ofensiva en la que Francia prometió ciento veintinueve mil soldados y doce millones de libras cada año hasta que Silesia se recuperase. A cambio de esta generosidad, María Teresa acordó que se repartirían los Países Bajos austriacos entre Luis XV y su yerno, el duque Felipe de Parma, quien luego devolvería Parma a Austria. Una alianza ofensiva con la zarina Isabel consiguió enrolar ochenta mil soldados rusos más; Rusia también recibiría una compensación territorial por sus esfuerzos: Polonia cedería Curlandia a cambio de adquirir Prusia Oriental. La invasión de Federico a Sajonia aseguró que sería puesto bajo interdicción imperial por romper la paz con Alemania, la *Reichsfriede* . Durante los siguientes siete años, el imperio proporcionó ocho millones de florines en impuestos y financió un ejército imperial de cuarenta mil hombres para hacer cumplir la

Execution de la Dieta de Ratisbona contra Federico. Con la ayuda de Francia, incluso el viejo adversario sueco de la monarquía se unió a la lucha con la esperanza de adquirir la Pomerania prusiana. Contra esta abrumadora variedad de enemigos, Federico solo podía contar con el dinero británico y con auxiliares de algunos Estados protestantes como Hannover y Hesse-Cassel. Con toda seguridad, Kaunitz había hecho bien su trabajo.

Y lo mismo puede decirse de Haugwitz. Gracias a sus reformas de entreguerras, los súbditos de María Teresa apoyaban entonces a un enorme ejército que llegó al cuarto de millón de hombres en 1760. Para entonces, la carga tributaria se había vuelto lo suficientemente intensa como para que circulasen historias verídicas sobre nobles arruinados y campesinos desesperados en todos los *Erblande* . Aunque Hungría pagó solo el diecisiete por ciento de los impuestos recaudados en los territorios centrales de la monarquía, los contingentes de la Frontera Militar expandida más que duplicaron la contribución militar anual del reino a entre setenta y setenta y cinco mil hombres. Mientras tanto, los Países Bajos austriacos proporcionaban treinta millones en efectivo y veintiséis a crédito a un soberano que los había entregado en secreto al gobierno borbónico. En 1762, el gobierno recurrió incluso a imprimir doce millones de florines en papel moneda, la primera de estas emisiones en la historia de Austria. Después de sacrificios como estos, los súbditos de María Teresa seguramente debieron haber apreciado que su país se había convertido finalmente en una gran potencia.

Con medio millón de hombres en armas, la gran alianza de Kaunitz debería haber podido lograr lo que ahora se había convertido en el objetivo final de la emperatriz de reducir Brandeburgo-Prusia a su antiguo rango de un Estado alemán del montón. Que Federico II escapase al destino del «Rey de un invierno» [1] tras la batalla de Montaña Blanca y al de Maximiliano Emanuel tras la de Blenheim es en parte atribuible a su despiadado oportunismo y a su enorme genio militar. Aunque había juzgado mal el papel de Sajonia en las maquinaciones prebélicas de Kaunitz, se benefició enormemente de la protección que le ofrecían sus propios dominios, así como de los cincuenta millones de florines que recaudó entre su pueblo. Después de su conquista en el otoño de 1756, incluso incorporó sus tropas (excepto los oficiales) al ejército prusiano. Operando desde una base geográfica compacta formada por Brandeburgo, Sajonia y Silesia, contaba con la ventaja

de las líneas defensivas interiores. Por el contrario, los ejércitos austriaco, imperial, francés, sueco y ruso estaban literalmente dispersos por los cuatro puntos cardinales. Las montañas de los Sudetes del norte de Bohemia también representaban un obstáculo formidable para cualquier caída austriaca sobre Silesia, mientras que Francia y particularmente Rusia se veían obstaculizadas por su relativa lejanía de Prusia.

Los socios de la coalición de la monarquía tampoco estaban particularmente motivados. A pesar del genio de Kaunitz para reclutar aliados, a los miembros de la coalición los unía meramente su común antipatía por Federico II. La monarquía de los Habsburgo era el único país importante con un interés tangible en la desaparición de Prusia. Los objetivos de Francia estaban principalmente en el extranjero y solo remotamente en Hannover, cuya conquista podría proporcionarle una moneda de cambio en las negociaciones de paz. Una vez que los franceses reconocieron esto, negociaron un Tercer Tratado de Versalles (marzo de 1759) que redujo sus compromisos a unos considerables cien mil soldados y seis millones de libras en subsidios. Sin embargo, una serie ininterrumpida de victorias británicas en el extranjero los dejó con pocos incentivos para seguir luchando. Es cierto que la zarina Isabel era una aliada devota, más allá incluso de la defensa de cualquier interés nacional de Rusia. Pero al poco comenzó una tortuosa batalla contra el cáncer que a todas luces conduciría a la sucesión del duque alemán Pedro de Holstein-Gottorp, que admiraba sin tapujos al rey prusiano. A medida que el final se acercaba, sus generales y ministros se esforzaban en protegerse de la ira de su sucesor. Finalmente, a excepción de Sajonia, los príncipes alemanes y Suecia habían probado suerte contra Prusia porque habían visto la oportunidad de ganar influencia o territorio estando en el lado ganador. Ninguno de ellos estaba especialmente interesado en una guerra larga e incierta en la que tendrían que soportar una parte significativa de la carga.

Dados estos parámetros, los propios comandantes de María Teresa deberían haber sostenido operaciones ofensivas inmediatas e implacables contra Prusia. Incluso en ausencia de victorias en el campo de batalla, las fuerzas de Federico, inferiores en número, podrían verse abrumadas por el mero desgaste. No obstante, aunque el renovado ejército austriaco estaba a la altura del desafío, sus generales fallaron una vez más. El comandante en jefe, el mariscal

de campo Daun, era un consumado maestro de la guerra defensiva que había salvado a Bohemia en 1757 al aplastar al ejército de Federico en la batalla de Kolin (18 de junio). Sin embargo, desde el principio de la guerra, se adhirió a las tácticas del siglo XVI , que hacían hincapié en las maniobras y desaconsejaban arriesgar el principal ejército de un país en una batalla a campo abierto. Aunque una pequeña fuerza de húsares húngaros y tropas de la Frontera Militar ocuparon Berlín durante el mes de octubre, Daun no logró aprovechar su ventaja después de Kolin. En dos meses, Federico pudo recuperarse y hacer retroceder a los invasores imperiales de Sajonia en Rossbach (5 de noviembre) y el empuje austriaco hacia Silesia en Leuthen (5 de diciembre). La siguiente campaña trajo algunas victorias aliadas más cuando Daun derrotó a Federico nuevamente en Hochkirch en Sajonia (14 de octubre de 1758), los suecos invadieron Pomerania y los rusos ocuparon permanentemente toda Prusia Oriental. Sin embargo, Silesia y casi toda Sajonia estaban todavía en manos prusianas. Un año después, la gran victoria ruso-austriaca en Kunersdorf (13 de agosto de 1759) le costó a Federico su principal ejército y casi le cuesta la vida; una caja de rapé de plata en el bolsillo de su abrigo absorbió el impacto de una bala que de otro modo habría resultado fatal. Pero cuando Daun no pudo ayudar a los victoriosos rusos a que propinasen el golpe de gracia, retiraron sus propias fuerzas con disgusto, acusando a Daun de obligarlos a combatir a solas.

Por supuesto, María Teresa fue en parte responsable de no sustituir a Daun en un momento en que la monarquía necesitaba un comandante militar más agresivo. Más tarde atribuyó su indecisión a su «persistente lealtad» hacia un hombre devoto y competente que le había servido bien en el pasado. Aunque las demandas y las amenazas de sus aliados franceses y rusos pronto la obligaron a dar mayor libertad a otros comandantes, como el brillante —aunque de baja cuna— Gideon von Laudon, nunca pudo sacar a Daun del campo de batalla. Por supuesto, ni siquiera el carácter pusilánime de este pudo evitar que el cerco se cerrase cada vez más alrededor de Federico. Los siguientes dos años fueron testigos de la recuperación parcial de Sajonia y Silesia, incluidas sus capitales de Dresde y Breslavia. Berlín fue nuevamente sometida a una breve ocupación, mientras los rusos y los suecos completaban la campaña de 1761 ocupando toda Pomerania.

Pero ya era tarde. La alianza antiprusiana se derrumbó a

principios de 1762 con la muerte de la zarina Isabel II. El nuevo zar Pedro III concluyó de inmediato la paz con Prusia, y tomó luego medidas para reingresar al conflicto como aliado de Federico. Afortunadamente para María Teresa, Pedro fue derrocado y asesinado en julio en un golpe de palacio inspirado por su esposa, Catalina. Sin embargo, la nueva emperatriz Catalina II (1762-1796) dejó claro que Rusia permanecería neutral. La deserción de Rusia ya había expulsado a Suecia de la guerra. Las aplastantes derrotas de Francia en Canadá y la India la obligaron a seguir su ejemplo. Cuando concluyó la paz con Gran Bretaña en el Tratado de París (3 de febrero de 1763), María Teresa había perdido a su último aliado importante.

Ya no había perspectivas de continuar la guerra. El ejército austriaco había evacuado Silesia en otoño. El país en sí estaba completamente agotado tras siete años de lucha incesante, en la que los súbditos de la emperatriz habían aportado la asombrosa cifra de 243 millones de florines en efectivo y préstamos, la mayoría de los cuales fueron recaudados por las provincias de Bohemia (74 millones) y Baja Austria (42 millones). Al firmar la paz con Prusia en el pabellón de caza sajón en Hubertusburg (15 de febrero de 1763), María Teresa se vio obligada a reconocer el *statu quo ante bellum* . La única concesión que ganó fue la promesa de Federico de votar por su hijo José en las próximas elecciones imperiales. La monarquía no había librado nunca una guerra con tantas ventajas y con tanto que ganar, y a la vez asumiendo tan pocos riesgos. Sus generales incluso habían ganado la mayoría de las batallas: solo tres de las ocho en las que se enfrentaron al propio Federico, pero los otros cuatro combates principales entablados contra otros comandantes prusianos. Quizás era apropiado que un Estado que tan hábil se había mostrado en la defensa contra la agresión terminase siendo un agresor tan incompetente.

[1] Sobrenombre de Federico V del Palatinado, breve rey de Bohemia (N. del t.)

6.
Descubriendo al pueblo: el triunfo del cameralismo y el despotismo ilustrado (1765-1792)

SI LA MONARQUÍA HUBIERA GANADO la guerra de los Siete Años y hubiese recuperado gran parte o la totalidad de Silesia, tanto los contemporáneos como los historiadores podrían haber señalado varios factores de su éxito: la Revolución Diplomática de Kaunitz había forjado una coalición aparentemente invencible contra Prusia; la dramática restructuración de los impuestos y la administración de Haugwitz había propiciado un enorme aumento en el tamaño del ejército; finalmente, a pesar de las deficiencias de Daun como comandante de campo, su liderazgo en la modernización de las fuerzas armadas había mejorado en gran medida la calidad y el equipamiento de las tropas. En cambio, el fracaso llevó a un nuevo análisis por parte de la emperatriz y sus ministros en el que escudriñaron cuidadosamente el sistema que habían creado. La reconquista de Silesia ya no era su objetivo inmediato; los repetidos reveses en el campo de batalla habían persuadido finalmente a María Teresa de que tenía que aceptar su pérdida. El objetivo pasó a ser la seguridad de la monarquía contra la amenaza casi segura de una renovada agresión prusiana.

Una de las fuentes de preocupación inmediata era la deuda estatal, que se había más que duplicado durante los últimos quince años, pasando de 124 a 285 millones de florines. En la primera mitad del siglo, la ayuda financiera angloholandesa había permitido a la *Hofkammer* evitar la bancarrota. Aunque los subsidios franceses no eran tan abundantes ni se cobraban tan puntualmente, todavía eran considerables y llevaban aparejados menos condiciones. De hecho, mientras que los británicos habían interrumpido abruptamente toda ayuda a Prusia como punto crítico en el conflicto, Versalles seguía tomando buenas medidas a su debido tiempo después de la conclusión de la paz. Sin embargo, la mediocre actuación de Francia durante la guerra y, en última instancia, la paz separada que firmaron revivió amargos recuerdos de la dependencia de la

monarquía de aliados poco fiables y de los subsidios que estos le proporcionaban.

La Segunda Reforma de María Teresa I

Administración y finanzas

Como muchos de sus predecesores, la emperatriz comenzó emprendiendo una nueva ronda de reformas administrativas. Si Haugwitz había sido el autor del primer período de reforma, el testigo lo retomó el *Staatskanzler* Kaunitz, que salió de su posición en la política exterior para restructurar gran parte de lo que Haugwitz había creado. Incluso antes del final de la guerra ya había surgido un consenso dentro del ministerio en cuanto a que los intentos del presidente del Directorio de crear un sistema administrativo más racional no habían logrado eliminar la confusión que durante mucho tiempo había caracterizado al gobierno central de los Habsburgo. Argumentando que la monarquía todavía no tenía un cuerpo central único para la formulación de políticas, Kaunitz pidió la creación de una Cancillería Unida que abarcase los tres territorios centrales de la monarquía, junto con un Consejo de Estado (*Staatsrat*) para formular la política interior para todas las regiones de los Habsburgo. Al mismo tiempo, recomendó que las finanzas se dividiesen en no menos de tres oficinas: una *Hofkammer* revitalizada, una Diputación de Crédito y una Oficina de Contabilidad (*Hofrechnungskammer*). En lugar de esperar el final de las hostilidades, la emperatriz implementó el sistema de Kaunitz en 1761. Tanto el Directorio como la Conferencia Interna fueron abolidos; de las creaciones de Haugwitz solo sobrevivió el Poder Judicial Supremo, que se consolidó y se hizo totalmente independiente.

La implementación de las reformas de Kaunitz hizo que este se convirtiese de facto en el primer ministro de la monarquía. Para María Teresa fue otro largo pero fructífero matrimonio de conveniencia. Al igual que Bartenstein, Haugwitz y muchos de los sirvientes más talentosos de los Habsburgo, Kaunitz no era una personalidad atractiva. Era un hipocondríaco irascible, de reputación sexual promiscua, tan horrorizado por el aire fresco que insistía en ser llevado a las audiencias en un palanquín herméticamente cerrado. También era un comprometido defensor

de las ideas de la Ilustración que la emperatriz temía y despreciaba. Sin embargo, lo puso al mando de casi todos los asuntos estatales relevantes. No solo permaneció a cargo de la política exterior como canciller estatal, sino que también dirigió la política interior como presidente del recién creado Consejo de Estado. De hecho, adujo con éxito que ningún otro miembro del Consejo debería dirigir ningún otro órgano administrativo, ya que eso fomentaría la miopía administrativa y promovería los celos intramuros entre los jefes de gabinete. La única excepción iba a ser el propio Kaunitz, cuyo control continuo de la cancillería estatal permitiría al gobierno coordinar la política interior con el logro de los objetivos de la política exterior. Kaunitz también señaló que, dado que la cancillería del Estado disfrutaba de la máxima jurisdicción sobre los territorios de la corona «extranjeros» en la periferia de la monarquía en Italia y los Países Bajos, estaba mejor dispuesto para representarlos en el Consejo de Estado.

Uno de los objetivos del segundo período de reforma fue inducir a Lombardía y Bélgica a asumir una mayor parte de la carga impositiva de la monarquía. Kaunitz logró un éxito considerable en ambos casos, estableciendo hábilmente una relación cercana y cooperativa con sus élites gobernantes basada en el respeto por su entidad constitucional propia. Bajo su tutela, ambos territorios pagaron a Viena mucho más en impuestos de lo que recibieron. Pero el mayor éxito de Kaunitz se debió a la Revolución Diplomática que había forjado una década antes, que eliminó la línea divisoria a través de la cual innumerables ejércitos de los Habsburgo y los borbones se habían enfrentado en el pasado. Si los siguientes cuarenta años de tranquilidad ininterrumpida ayudaron a Lombardía, propiciaron una verdadera edad de oro en Bélgica, que se convirtió en la primera economía continental en experimentar un «despegue» industrial incluso aunque la aplicación de técnicas agrícolas angloholandesas ayudase a sus granjas a generar los cultivos más productivos de Europa.

Aunque la dieta de Hungría persistió en limitar los aumentos de impuestos en los condados que representaba, Viena siguió avanzando por la periferia sur del reino. Ya no tenía que andarse con tantos miramientos con el recién nombrado «gran principado» de Transilvania, cuya cancillería reportaba directamente a Kaunitz. El gobierno central tampoco perdió la oportunidad de mostrar músculo en la Frontera Militar, que inmediatamente se sometió a

una nueva restructuración administrativa y militar diseñada para aprovechar el sólido desempeño de sus soldados durante la guerra de los Siete Años. A los *Grenzer* también se les encomendó una misión completamente nueva, aunque con un pedigrí bien antiguo. En 1710, José I había establecido un «cordón sanitario» temporal entre Austria Interior y Hungría para protegerse contra la propagación de la epidemia de viruela que lo mató un año después. En 1737, su hermano había confiado a las unidades *Grenzer* la aplicación de un cordón sanitario permanente a lo largo de la frontera otomana de Hungría, que tuvo que retrasar por el estallido de los sucesivos conflictos contra los turcos y los prusianos. Sin embargo, el cordón se estableció finalmente en 1770 mediante la construcción de una cadena continua de casi dos mil fortines de madera (*Tschardarken*) que quedaron a tiro de mosquete a lo largo de toda la Frontera Militar (mil ochocientos kilómetros). Con esta innovación, los *Grenzer* no solo estaban protegiendo a la monarquía contra los rebeldes nacionales y los incidentes extranjeros, sino también a la propia Europa contra enfermedades terribles como la peste y la viruela.

Viena también apretó su control sobre la amplia población serbia del reino satisfaciendo sus necesidades especiales a cambio de la deferencia mostrada por sus líderes ortodoxos. Por lo tanto, la rediseñada Diputación de la Corte Iliria (1747) continuó sirviendo como un vehículo efectivo para controlar las poblaciones serbias de la Gran Hungría, reafirmando y protegiendo sus privilegios religiosos contra una presión casi continua de la Iglesia católica y la nobleza del reino. En 1768, Kaunitz bloqueó el nombramiento de un inspector general católico húngaro para la Frontera Militar. Al año siguiente, el joven rey José II comenzó una extensa gira que incluyó inspeccionar los monasterios ortodoxos de Sirmia y asistir a la liturgia de una iglesia en Arad. A partir de 1769, la Diputación promovió incluso reuniones periódicas del Congreso de la Iglesia de Iliria, aunque solo después de abastecer a un tercio de sus miembros con veinticinco soldados de la Frontera Militar. Durante casi un siglo (1783-1871) a los metropolitanos de Karlovci se les dio incluso el control sobre los nombramientos clericales para las comunidades rumanas ortodoxas del reino. Aunque a veces nombraban a serbios, también fomentaron la ilustre carrera de Adreiu Șaguna desde su educación en el instituto teológico serbio de Vršac hasta su consagración en Karlovci como obispo de Transilvania en 1848.

José II llegó a autorizar al metropolitano a que consagrase a un obispo al frente de la Iglesia ortodoxa en la otomana Montenegro. Con el tiempo, la jerarquía ortodoxa de Karlovci devolvió el favor plegándose a los deseos de la corona en materia de Estado. Eliminó toda mención a los zares rusos de la liturgia, aprobó una patente de 1770 que limitaba aún más los privilegios seculares que Leopoldo I había otorgado por primera vez al patriarca ortodoxo en 1690, y requirió a todos los clérigos que jurasen lealtad al emperador en 1774. Tres años más tarde aceptaron mansamente la subordinación de la diputación a la cancillería húngara, aunque el nuevo director Ferenc Koller demostró ser un ávido defensor de la comunidad serbia del reino.

No es sorprendente que el segundo período de reforma tuviese menos impacto en Hungría. Cuando se reunió en 1764, la Dieta rechazó las competencias de la Cancillería Unida y las del consejo de Estado. Aunque este último persistió en deliberar en secreto sobre los asuntos del reino, la emperatriz acordó a regañadientes conservar una cancillería húngara por separado, junto con una «cancillería austriaca y bohemia unida». Como lo había hecho en el pasado, el tesoro húngaro permaneció subordinado a la *Hofkammer* , aunque la Dieta consideró oficialmente la relación como una «correspondencia» en lugar de una dependencia. Pero los fondos que administró se mantuvieron por debajo de lo deseado, especialmente después de que acordasen una Contribución de tan solo 3,9 millones de florines. María Teresa siempre había mantenido la esperanza de que su inquebrantable benevolencia llevaría a Hungría a aceptar una unión institucional más estrecha y a asumir una parte justa de la Contribución. Tras la Dieta de 1764, terminó por rendirse.

Aunque el nuevo sistema administrativo estaba ya en funcionamiento en 1766, el gobierno continuó haciendo ajustes hasta el final del reinado, motivados por la incómoda sensación de que ni la confusión ni la ineficiencia habían sido eliminadas por completo. Sin embargo, el sistema de Kaunitz demostró ser más duradero que el de Haugwitz. También contribuyó a perpetuar el aumento constante de los ingresos del Estado, que aumentaron de 35 millones de florines en 1763 a 50 millones al final del reinado. La tesorería produjo los primeros dos presupuestos equilibrados en la historia de la monarquía en 1775 y 1777. Aunque la deuda estatal también continuó aumentando, el crecimiento de los

ingresos finalmente hizo que el gobierno dependiese mucho menos de los acreedores y que fuese realmente independiente de los subsidios extranjeros.

El gobierno y el pueblo

La última restructuración de la administración central fue un primer paso necesario en la Segunda Reforma de María Teresa I. Con todo, las reformas más dramáticas y revolucionarias implicaron una redefinición fundamental de la relación del gobierno con el pueblo que gobernaba. Después de abandonar al campesinado, la burguesía y los no católicos hace más de un siglo, el gobierno los redescubrió entonces y atendió sus necesidades en una serie de iniciativas nacionales que incluyeron no solo a los *Erblande* sino también a Hungría. Una vez más, este cambio radical vino motivado por la política de poder, específicamente por la conciencia del régimen de María Teresa de que la seguridad del Estado frente a Prusia y otros países dependía de su capacidad para promover y reunir los recursos de la monarquía mejor que en el pasado. A partir de Fernando II, sus predecesores habían empleado y favorecido a la nobleza y la Iglesia católica como sus instrumentos principales para la construcción del Estado, primando a la aristocracia y los jesuitas, pero ciertamente en detrimento de los elementos menos privilegiados de la sociedad.

Durante el siglo pasado, autores cameralistas como Schröder y Schierendorff habían señalado cómo este elitismo limitaba el poder militar de la monarquía al perjudicar la productividad y la riqueza imponible que esta creaba. Sin embargo, hubo que esperar a la pérdida de Silesia para que la emperatriz se convenciese de que la reforma social era necesaria para que la monarquía sobreviviese y compitiera en el áspero ámbito de la política de las grandes potencias. Dirigida por el protestante alemán J. H. G. Justi (1717–1771) y el converso nacido judío Joseph von Sonnenfels (1733–1817), la generación de cameralistas austriacos de entonces llevó a la monarquía el mensaje de que la productividad de una sociedad y su base impositiva crecen en proporción directa al tamaño, nivel de vida, salud y felicidad de su pueblo. Además, dedicaron especial atención a la agricultura y el campesinado, dado el papel central que desempeñaban para sufragar la Contribución.

A mediados de su reinado, María Teresa ya estaba totalmente comprometida con «mantener al campesinado, como la clase más

numerosa de súbditos y los cimientos y la mayor fortaleza del Estado». Hasta cierto punto su mayor preocupación y la de sus ministros por los elementos menos privilegiados de la sociedad fue causada por consideraciones adicionales. Una fue la verdadera simpatía de María Teresa por el sufrimiento de sus súbditos. Durante los últimos quince años de su reinado, la emperatriz estuvo algo menos interesada en los asuntos internacionales y más dedicada a servir a su pueblo. El resultado insatisfactorio de la guerra ayudó a moverla en esa dirección. Lo mismo ocurrió con la repentina muerte de Francisco Esteban en agosto de 1765. Estaba tan devastada por la pérdida que no hizo una aparición pública durante ocho meses, tiempo durante el cual expresó su dolor calculando la cantidad de horas que estuvieron casados (exactamente 385 744), regalando todas sus joyas y optando por vestir de negro durante el resto de su vida. Como una viuda de mediana edad que ya había sobrevivido a la mayoría de sus contemporáneos de la corte, María Teresa estaba preparada para delegar el poder a los hombres que la rodeaban y menos dispuesta a resistirse a sus propuestas.

De ahí que otro de los factores que pasó especialmente al primer plano fuese la defensa de las ideas de la Ilustración por parte de sus asesores. Las muertes de Haugwitz (1765), Daun (1766) y Bartenstein (1767) habían abierto la puerta a un grupo de asesores más jóvenes y liberales, liderados por Kaunitz. La mentalidad del nuevo canciller estatal se formó en gran parte por la decisión de sus padres de enviarlo a la universidad protestante de Leipzig, donde se empapó de las enseñanzas de Christian Wolff, antes incluso de convertirse en un ávido lector de los filósofos franceses. Como ha demostrado Franz Szabo, cada faceta de su formulación de políticas recibió el influjo de los valores de la Ilustración que defendía, como la libertad y la igualdad de los seres humanos; de ahí que creyese que la tributación no solo debía recaudarse de manera eficiente, sino que debía ser lo suficientemente equitativa como para evitar una disminución en los niveles de vida. Como resultado, su compromiso de defender a la monarquía contra la agresión prusiana se vio atenuado por la necesidad de evitar que el enorme presupuesto militar impidiese el crecimiento económico; en cambio, argumentó que una economía bien administrada que fomentase el trabajo libre y el comercio generarían recompensas que eclipsarían «incluso las conquistas más espectaculares» que los militares

pudiesen conseguir. Además, su defensa de la agenda de los filósofos se extendió mucho más allá del logro de objetivos tácticos económicos y políticos para lograr la «ilustración pública [...] más amplia posible por el bien de la humanidad». Otra voz influyente en la política económica fue el joven Karl von Zinzendorf. A diferencia de Justi, Zinzendorf se convirtió al catolicismo después de que Kaunitz y la emperatriz lo atrajesen de Sajonia en 1764. Inicialmente se le encomendó viajar por toda Europa para estudiar otros sistemas económicos en busca de nuevas ideas. Sus múltiples estancias en Londres y París lo pusieron en contacto con sus pensadores de cabecera (incluido ese criollo inglés, Benjamin Franklin). Regresó a Viena fascinado por la emergente doctrina del *laissez-faire* de los fisiócratas franceses; cuando *La riqueza de las naciones* de Adam Smith apareció por primera vez en alemán, él y Kaunitz leyeron la obra juntos.

La repentina desaparición de Francisco Esteban también sacó a la palestra al hijo y heredero de la emperatriz, el recién elegido emperador José II (1765–90). Como tantos monarcas de su generación, José II no solo fue un cameralista comprometido, sino que también recibió la influencia de las ideas de la Ilustración. De joven ya había recibido instrucción en las obras de las figuras ilustradas más moderadas de Europa central, como Pufendorf, Muratori y Wolff. Sin embargo, la emperatriz no pudo protegerlo de las ideas anglo-francesas más radicales sobre la libertad y la igualdad humanas que circulaban en el ministerio y la aristocracia de la corte. De hecho, el igualitarismo de José incluía no solo una genuina empatía por las masas sufrientes, sino el anhelo de lograr algún día humillar a la aristocracia que las dominaba. Su madre tampoco podía evitar que compartiera la admiración de sus contemporáneos por el «rey filósofo» más importante de Europa, su némesis Federico II, cuya aclamación internacional anhelaba emular.

Por supuesto, el cameralismo no era incompatible con la Ilustración, especialmente con la versión centroeuropea (*Aufklärung*). Ambos exaltaban las ventajas de una sociedad secular, racional y educada, y abogaban por dejar que la «mano invisible» del mercado propiciase el progreso del bienestar material. Es cierto que los cameralistas como Justi se esforzaron por alcanzar «la felicidad del Estado», mientras que los filósofos se centraron en las personas. Sin embargo, los dos coincidieron la mayoría de las veces,

especialmente porque el cameralismo consideraba a los sujetos de un monarca como el elemento más importante del Estado. Por esta razón, la emperatriz tenía una buena relación de trabajo con sus asesores, más allá de algunas diferencias filosóficas abstractas. Las ideas tampoco estaban en el centro de los conflictos de la emperatriz con su hijo, especialmente porque la mayoría de sus proyectos coincidían con su propia agenda cameralista.

José II no era una réplica exacta de su padre. Por el lado positivo, era muy inteligente, con un buen ojo que le permitía rastrear cualquier problema rápidamente hasta su origen. Esta percepción, más su energía ilimitada, convirtió a José en un ávido defensor de ideas atrevidas e innovadoras. Sin embargo, fue su conciencia de estas fortalezas lo que también hizo de él una persona extraordinariamente dominante, persistente e impaciente que disfrutaba ridiculizando a quienes no alababan sus dones o compartían sus ideas. Y lo que es más importante, su determinación compulsiva de llevar a cabo el cambio tan rápida y minuciosamente como fuese posible chocaba con la inclinación de su madre hacia la moderación y el compromiso.

Tampoco era probable que José esperase pacientemente su turno en la sucesión. No tenía familia propia para desviar su atención. Su primer y verdaderamente feliz matrimonio con Isabel de Borbón-Parma terminó después de solo tres años con su muerte por viruela (1763); ninguno de sus hijos sobrevivió a la infancia. Un segundo matrimonio arreglado con una princesa bávara sin pretensiones sacó lo peor de su talento para ridiculizar a los menos afortunados que él. Le recordaba continuamente sus defectos y llegó a negarse a engendrar un heredero de ella, insistiendo en que «intentaría tener hijos si pudiera poner la punta de mi dedo en la parte más pequeña de su cuerpo que no esté cubierta de forúnculos»; llegó incluso a tapiar el balcón que conectaba sus apartamentos. Tras enviudar de nuevo a causa de la viruela en 1767, decidió permanecer soltero, satisfaciendo su necesidad de compañía femenina mediante relaciones platónicas con gentiles, aunque reticentes damas [1] , y acuerdos más íntimos con prostitutas vienesas. Mientras tanto, dejó la perpetuación de la dinastía en manos de su hermano menor, Leopoldo, quien aceptó el desafío engendrando dieciséis hijos, incluidos doce archiduques.

Después de la muerte de su esposo, la emperatriz anunció que ella y José gobernarían conjuntamente en una corregencia, aunque en la

práctica María Teresa tuvo la última palabra en prácticamente todas las áreas. Hubo algunas excepciones. Como emperador, José dirigía los asuntos alemanes. Su madre también complació su petición como emperador de ocuparse de los asuntos militares. José aprovechó la oportunidad, trabajando en estrecha colaboración con el presidente del *Hofkriegsrat* Daun y su sucesor, el mariscal de campo Lacy, para introducir diversas innovaciones constructivas, incluida la introducción de inspectores generales, nuevos manuales de entrenamiento y maniobras y una organización más racional de las unidades militares. En 1772, él y Lacy habían instituido el plan de Daun para un sistema de reclutamiento de estilo prusiano que dividía el reino en distritos de reclutamiento que permitirían al ejército asumir el control directo del reclutamiento de las provincias. Finalmente, como primogénito de su padre, José heredó y administró una considerable herencia financiera. De hecho, aunque Francisco Esteban había demostrado ser un estadista obtuso y en general incompetente, siempre había sido un hombre de negocios de considerable perspicacia, llegando a amasar una fortuna personal por valor de 31 millones de florines. Fue en reconocimiento de su talento fiscal que la emperatriz le había confiado a su esposo la gestión de la enorme deuda estatal, que él rápidamente consolidó, reduciendo los intereses de los bonos del gobierno del seis al cinco por ciento. José fue un digno sucesor de su padre. Inmediatamente comprometió casi 20 millones de su fortuna a cancelar algunas de las obligaciones estatales, que más tarde se cubrieron con un bono público, mientras usaba el resto para reducir los intereses del saldo a solo el cuatro por ciento. Gracias a la intervención de José, el ahorro en intereses de la deuda ascendió a tres millones de florines anuales.

Más allá de estas áreas claramente definidas, había una constante fricción entre la conservadora y discreta María Teresa y su testarudo hijo. María Teresa cedió a menudo en cuestiones relativamente menores, pero rara vez lo hizo en cuestiones importantes a menos que José fuese apoyado por Kaunitz u otros ministros. Aceptó ajustar el estilo de vida de la corte a las inclinaciones igualitarias de José. El rígido protocolo de la corte de Borgoña se eliminó porque José odiaba su formalidad y sentía que los costosos mantos españoles estaban más allá de los medios de las personas menos ricas. El juego y la caza también estaban prohibidos como puros despilfarros y manifestaciones del privilegio de clase.

En 1772, dos de los parques más famosos de Viena, el Prater y el Augarten, se abrieron por primera vez al público. Por otro lado, la emperatriz se mantuvo firme contra la demanda de mayor alcance de su hijo para poner fin a todas las exenciones fiscales. Del mismo modo, acordó agilizar aún más la administración central aboliendo la cancillería transilvana, esencialmente superflua (1774), pero se negó a considerar su exigencia políticamente peligrosa de que Hungría, Lombardía y los Países Bajos austriacos estuvieran formalmente subordinados al Consejo de Estado.

José superaba sus frustraciones dedicando un cuarto de su tiempo como corregente a numerosos viajes de investigación a prácticamente todos los rincones de la monarquía (recorrió unos cincuenta mil kilómetros). A menudo viajaba de incógnito bajo el nombre de «conde Falkenstein», para poder hacerse una mejor idea de cómo vivían y qué pensaban sus súbditos acerca de su gobierno. Su simpatía por la gente común no era ningún secreto. Cuando se descubría su identidad, invariablemente se encontraba con miles de peticiones. En al menos dos ocasiones mostró su apoyo a la agricultura y a los campesinos que la ejercían arando personalmente los campos. Este gesto se convirtió rápidamente en una leyenda entre los habitantes locales, quienes marcaron ansiosamente el lugar, presumiblemente recordando a todos los asistentes que el emperador José II había estado allí. Aunque la emperatriz celebraba sus ausencias de Viena, José regresaba invariablemente a casa armado con un conocimiento de primera mano que aumentaba su credibilidad e influencia, en las que solía apoyarse para obligarla a iniciar más reformas. También servían para incitar a la emperatriz a asumir una agenda doméstica más progresista que sirviese como una transición entre el absolutismo aristocrático más tradicional de los Habsburgo de la Primera Reforma y la forma bastante extrema de absolutismo ilustrado que siguió a la corregencia.

Esta Segunda Reforma ideada por la emperatriz y sus asesores fue potenciada por una burocracia que era mucho más numerosa y poderosa que al comienzo del reinado, al menos en los *Erblande* . El típico funcionario local también estaba mucho más preocupado por las necesidades de sus conciudadanos, gracias en gran parte a la restructuración anterior de la educación de élite de María Teresa, que fue en paralelo a la de la mayoría de las instituciones alemanas en cuanto al énfasis en las ciencias camerales y a abrazar la

Ilustración. De hecho, el período de cuatro años de Justi dando conferencias a futuros funcionarios en el *Theresianum* lo incitaron a publicar los primeros y más influyentes libros de texto de Europa central sobre economía política después de 1754, el año en que dejó Viena. Ocho años más tarde, Sonnenfels se convirtió en el primer profesor de ciencias camerales de la Universidad de Viena, una posición que utilizó durante medio siglo para formar a las futuras generaciones de funcionarios austriacos. En 1776, las ciencias camerales se convirtieron legalmente en materia de estudio obligatoria para todos los aspirantes al servicio civil. La aculturación de los burócratas de la monarquía no se limitó a los territorios centrales. La perspectiva cosmopolita del patriciado urbano de Milán espoleó a Kaunitz para nutrir su gobierno con un notable grupo de reformadores italianos, incluidos Cesare Beccaria y Pietro Verri. Bajo su dirección, Lombardía pronto se convirtió en un campo de pruebas para algunas de las iniciativas nacionales más audaces de María Teresa.

Reforma agraria

Al igual que los reformadores en otras partes de Europa, el régimen de María Teresa tendió a iniciar cambios solo después de darse cuenta de problemas específicos, a menudo a partir de la información que recibieron de funcionarios locales conscientes. El primer intento importante de reforma social se produjo a principios de 1767, en respuesta a casi dos años de creciente descontento agrario en las tierras húngaras, donde más del noventa y cinco por ciento del campesinado estaba sometido a servidumbre. Como de costumbre, el origen del problema estaba en la tolerancia de las autoridades locales al abuso generalizado de las leyes existentes, especialmente a lo largo de la relativamente populosa frontera occidental del reino. Los peores excesos tenían que ver con el servicio *robot* , que todavía estaba oficialmente establecido en solo 52 días por año para los campesinos que trabajaban en una parcela estándar (o 104 días si no empleaban animales de tiro). Como la mayoría de los campesinos poseían tierras más pequeñas que esta parcela estándar, se suponía que debían realizar proporcionalmente menos servicios, mientras que los campesinos sin tierras se limitaban a tan solo trece días de trabajo por año. En realidad, los propietarios habían estado exigiendo niveles excesivos de *robot* de todos sus siervos desde poco antes del inicio del dominio de los

Habsburgo. Tras nombrar una comisión para investigar los abusos, la emperatriz promulgó una nueva patente *robot* para Hungría en enero de 1767. El *urbarium* (era el nombre que la ley sobre los *robot* recibía en Hungría) se basó básicamente en el promulgado para Eslavonia en 1756, el año después de la mayor revuelta campesina en tiempos recientes. Prohibía a los terratenientes agregar tierras a expensas de sus campesinos, al tiempo que limitaba las obligaciones de los campesinos a los cincuenta días por parcela estándar, además de las tarifas y diezmos habituales. Como había hecho muchas veces en los *Erblande* , el gobierno se esforzó en fortalecer la aplicación de estas normas mediante el registro de los campesinos y sus obligaciones, y deslindando una vez más las tierras rústicas de las dominicales.

Es probable que este intento de María Teresa de aliviar el sufrimiento del campesinado húngaro viniese motivado principalmente por consideraciones humanitarias, aunque solo fuese porque el reino central era el único dominio de los Habsburgo donde el poder de la Dieta sobre la economía habría evitado que la Contribución aumentase significativamente, incluso en el caso de aumentar la riqueza o la productividad de la población. En cualquier caso, este primer intento serio de *Bauernschutz* en Hungría tuvo poco impacto inmediato en los campesinos para los que estaba diseñado: a causa de la escasez y la relativa impotencia de los funcionarios reales en la región, pasaron ocho largos años antes de que el gobierno pudiese implementar completamente el *urbarium* , que fue con posterioridad ampliamente ignorado por los terratenientes más díscolos y las asambleas de condado dominadas por los nobles.

No obstante, la aplicación de estas leyes fue un problema mucho menor en otras partes de la monarquía. Tras ocuparse de las condiciones en el centro de Hungría, la emperatriz dirigió rápidamente su atención al resto de las tierras centrales de la monarquía. En noviembre de 1769, emitió un *urbarium* para Transilvania, en gran parte en respuesta a los informes de José en los que constataba que en el gran principado había «aldeas enteras» de siervos que huían a territorio turco para escapar de sus terratenientes magiares. De hecho, el *urbarium* contribuyó a reducir el servicio *robot* de cuatro o más días a un promedio —todavía considerable— de tres días por semana (156 días al año). En 1771, el gobierno también emitió un nuevo patente *robot* para la Silesia

austriaca después de una extensa investigación de tres años realizada por funcionarios de la corona local que había determinado que los abusos eran aún peores que los vistos en Hungría.

El gobierno estaba ansioso por promulgar una patente similar para el resto de los territorios bohemios. La devastadora hambruna centroeuropea de 1770–1772 puso de manifiesto la necesidad de actuar; murió de hambre un cuarto de millón de campesinos bohemios mientras sus propietarios acumulaban enormes ganancias exportando grano a Prusia y Sajonia. Además de la sensación de urgencia, hubo un informe militar que culpaba a la opresión señorial de la mala condición física de los reclutas del ejército. Sin embargo, las intensas presiones e influencias de los terratenientes lograron dividir al ministerio y retrasar la implementación hasta 1774. Para entonces, María Teresa estaba tan frustrada y desesperada por aliviar las condiciones de los campesinos que terminó por proponer que se aboliese la servidumbre por completo. Si un paso tan dramático no encontró eco entre sus asesores fue porque temían que reduciría los ingresos estatales al socavar la capacidad de la nobleza bohemia para pagar impuestos. En cambio, José la convenció de aceptar la contrapropuesta de los terratenientes, en virtud de la cual los campesinos negociarían contratos individuales con ellos; el gobierno impondría las condiciones solo si las dos partes no lograban llegar a un acuerdo. Aunque la consiguiente patente de abril de 1774 parecía alumbrar un compromiso equitativo, no contemplaba el desequilibrio de poder de negociación que los propietarios disfrutaban frente a sus siervos. Tampoco cumplía con las crecientes expectativas del campesinado bohemio, que se alzó en una revuelta masiva en la primavera siguiente.

Los campesinos, desarmados, fueron rápidamente dispersados por un ejército de campo de cuarenta mil hombres. Sin embargo, ante esta segunda oportunidad la emperatriz abordó sus necesidades en la patente *robot* de agosto de 1775, que establecía once niveles graduados de servicio *robot* , suponiendo el más alto de los niveles tres días por semana. Aunque solo estaba destinado a Bohemia, pronto se emitió una patente prácticamente idéntica en Moravia. La emperatriz tampoco se detuvo ahí. En los próximos dos años, repitió el experimento de conmutación que en su día emprendiese José I en sus dominios de Silesia al patrocinar un proyecto piloto en dos de las provincias bohemias para remplazar el servicio *robot* con

trabajadores libres.

A la emperatriz la movían algo más que consideraciones humanitarias. Funcionarios estatales como el director del proyecto, Franz Anton Raab, argumentaban que el servicio laboral obligatorio «violaba las leyes de la naturaleza». También se dieron cuenta de que los campesinos libres tendrían el incentivo de trabajar más duro y de manera más eficiente, produciendo así una mayor riqueza imponible para ellos, sus provincias y el Estado. De hecho, el llamado Sistema Raab liberó a los campesinos tanto de su sujeción personal a su arrendador como de la necesidad de realizar servicios *robot* en los dominios de aquellos. Estas tierras pasarían a dividirse entre los campesinos, que podrían cultivarlas como trabajadores libres a cambio de pagar rentas proporcionales al tamaño de sus propiedades. Como incentivo adicional, los campesinos acordaron arrendamientos a largo plazo o con cláusula hereditaria en las tierras que trabajaban. El proyecto piloto fue un éxito incontestable; Raab reportó un aumento inmediato del cincuenta por ciento en la producción de ambas provincias. A principios de 1777, la emperatriz se sintió lo suficientemente segura como para extender el Sistema Raab a otras provincias de la corona.

El gobierno estaba algo menos alarmado respecto a los territorios austriacos, que eran más ricos que los bohemios, oprimidos por las obligaciones señoriales. Los campesinos austriacos no estaban esclavizados como en los demás territorios centrales. El servicio *robot* también era menos amplio. Los terratenientes de la Baja Austria eran menos propensos a exceder el límite habitual de dos días de servicio por semana, antes incluso de que los límites fuesen confirmados por la patente de 1772. Por lo demás, los servicios laborales eran insignificantes en la Alta Austria (catorce días por año) e inexistentes en el Tirol y los *Vorlande* occidentales. Austria Interior era la excepción; los servicios laborales estaban oficialmente establecidos en nada menos que cuatro días por semana, y hasta seis días durante la cosecha. Fue solo a finales de 1778, después de seis años de difíciles negociaciones, cuando todas las provincias de Austria Interior, excepto una, acordaron reducir el servicio *robot* a un promedio de tres días por semana (156 días por año). Incluso entonces Carniola resistió. Después de que Croacia recibiese su *urbarium* en 1780, Carniola fue el único territorio de la corona de los Habsburgo sin su patente *robot* . Cuando se emitió finalmente en 1782, concedió a Carniola un límite de cuatro días

por semana (208 días por año), el más alto de la monarquía.

El régimen de María Teresa nunca contempló seriamente eliminar por completo los servicios laborales, aunque solo fuese porque no estaba dispuesto a privar a los terratenientes de sus derechos de propiedad sin compensación. Sin embargo, al reducir el servicio *robot* , retrocedió un siglo y medio hasta una situación previa a los abusos ilegales de la nobleza. Las nuevas patentes abordaron otros abusos de antaño. Por ejemplo, muchos campesinos recuperaron el derecho de comprar y comercializar bienes sin estar cautivos de los negocios señoriales. Algunos también volvieron a adquirir tierras rústicas que los terratenientes habían incautado. Por supuesto, la clave para mejorar su posición frente a los terratenientes fue a menudo una mejor aplicación de las leyes existentes en lugar de la implementación de otras nuevas. Reinando María Teresa, los señores fueron sometidos a un escrutinio nunca visto por parte de funcionarios de la corona, que vigilaron cómo exigían servicios laborales, administraban justicia patrimonial o se conducían en otras empresas señoriales.

La emperatriz patrocinó también varias iniciativas nuevas a partir de la importancia que otorgaban las ciencias camerales al desarrollo de una población numerosa y laboriosa [2] . Así, ordenó a los funcionarios locales que vigiasen a las muchachas embarazadas para que no hubiese abandonos o infanticidios. También ofreció incentivos matrimoniales, excepto a los vagabundos desempleados, a quienes una patente de marzo de 1766 les prohibió expresamente casarse. Por temor a que los recién casados olvidasen su obligación de trabajar, otro edicto acortó las celebraciones nupciales de los tres días habituales a uno solo. Este nuevo énfasis de inspiración cameralista en la fertilidad personal y la industria llevó inevitablemente al régimen a imponer varias restricciones a la Iglesia católica. Quien los impulsó fue Kaunitz —que era ferozmente anticlerical—, quien ya había introducido varios edictos en Lombardía que la emperatriz acordó extender al resto de la monarquía durante 1771-1772. A instancias suyas, el gobierno aumentó a veinticinco años la edad en que un individuo podía hacer votos monásticos. También puso un límite a la cantidad de monjes permitidos en un solo monasterio, bajando en ocasiones frente al nivel corriente. Incluso prohibió cualquier aumento en las miles de hermandades religiosas, o cofradías, que organizaban diversas actividades devocionales para sus miembros. Al mismo

tiempo, se desanimó a los laicos a que desviasen tiempo del trabajo a la devoción reduciendo aún más el número de fiestas religiosas y peregrinaciones. La Diputación de la Corte Iliria también trabajó en estrecha colaboración con la jerarquía de la Iglesia serbia para reducir gradualmente el número de días festivos religiosos ortodoxos desde nada menos que 130 a solo 18.

La educación pública

María Teresa trabajó diligentemente para elevar el nivel de vida de la gente común de la monarquía, en gran parte porque creía que había una relación directa y causal entre el nivel de vida de los campesinos, la productividad y los ingresos estatales. Inicialmente estaba menos convencida de la necesidad de educar a las masas. Aunque estableció una Comisión de Educación de la Corte (*Studienhofkommission*) para los *Erblande* en 1760, no le dedicó mucha atención durante su primera década. Entretanto, confió el sistema escolar húngaro al arzobispo de Esztergom, para quien la reforma educativa significaba poco más que cerrar algunas academias protestantes. Hubo que esperar a 1769 para que la reforma educativa alzase el vuelo; fue entonces cuando el obispo de Passau informó que sus feligreses austriacos no solo eran lamentablemente ignorantes, sino que además había entre ellos un número significativo de criptoprotestantes. La visión recurrente de un gran número de herejes en los *Erblande* ponía a la emperatriz casi tan nerviosa como un ejército prusiano invasor.

También le dio a la Comisión de Educación una excusa para seguir su propia agenda de educación pública. La comisión, que se llamaba a sí misma el «Partido de la Ilustración» (y a sus adversarios los «Hombres de la Oscuridad»), estaba dominada por mentes progresistas como Swieten, Martini y Sonnenfels. Uno de sus miembros más nuevos fue Johann Anton von Pergen, un protegido de Kaunitz en el *Staatsrat* y la *Staatskanzlei* que recientemente había asumido la dirección de la Academia Oriental. En agosto de 1770, Pergen presentó un extenso memorando a la emperatriz en el que pedía una reforma exhaustiva del sistema educativo de la monarquía. Lo más radical fue su propuesta de que los maestros laicos remplazasen inmediatamente a todos los jesuitas y otros clérigos antes de que estos pudieran infligir más daño cultural en las generaciones futuras. Aunque Swieten convenció a la emperatriz para que considerase la propuesta de Pergen, la rechazó finalmente

porque habría requerido la importación de un gran número de maestros protestantes de Alemania. Incluso aquellos que simpatizaban con la propuesta de Pergen, como Swieten y el emperador José II, reconocieron que una purga tan masiva de las escuelas estaba mucho más allá de los recursos financieros y culturales de la monarquía. Sin embargo, tres años más tarde, el papa Clemente XIV forzó a la monarquía a emprender esta tarea al disolver la Compañía de Jesús. La disolución se produjo en respuesta a la presión de las potencias borbónicas y Portugal, a quienes importunaba la intromisión de los jesuitas en sus asuntos nacionales. No obstante, el movimiento dejó momentáneamente a los *Gymnasien* y otras escuelas secundarias de la monarquía sin maestros o administradores. Afortunadamente, también puso en manos del gobierno central la ingente riqueza de los jesuitas, que podría entonces usarse para sufragar los costes de un nuevo sistema educativo administrado por el Estado.

En 1773, el régimen de María Teresa tenía ya una idea cabal de cuál debería ser la misión y los métodos de las escuelas públicas. Una vez más, la monarquía miró a las tierras vecinas para procurarse sustento cultural, adoptando esta vez el sistema de enseñanza pietista empleado en la Silesia prusiana. Para los pietistas, tanto la escolarización como la alfabetización eran instrumentos de control social. Entendían que las personas obedecerían más fácilmente a la autoridad si lo hacían por íntima convicción en lugar de por temor al castigo. Por supuesto, el liderazgo político y religioso de la monarquía apenas tenía experiencia en el uso de los medios para moldear la cultura popular. Desde la Contrarreforma había logrado inculcar sus valores en la gente no solo a través de la coerción, sino a través de diversas formas de propaganda. Dado el analfabetismo de las masas, hasta ahora había empleado medios visuales, como exhibiciones devocionales (procesiones religiosas, reliquias, arte y arquitectura) y las obras didácticas representadas por los jesuitas. Sin embargo, como James Van Horn Melton ha señalado, el gobierno estaba entonces preparado para usar la educación pública obligatoria «para reconstituir la cultura popular sobre una base más alfabetizada».

La reforma escolar proyectada incluía una larga agenda cultural. María Teresa y los líderes clericales como el arzobispo Migazzi estaban ansiosos por utilizar la alfabetización masiva para reforzar la ortodoxia católica. Su preocupación paralela por la moral

cristiana era compartida por otros, como Sonnenfels, que había prohibido las comedias populares de Viena después de convertirse en censor teatral en 1770. Mientras tanto, el ministerio estaba principalmente interesado en mejorar la productividad de las personas fortaleciendo su sentido de responsabilidad social. Una vez más, siguió el ejemplo de los pietistas alemanes, quienes consideraban el cumplimiento de las obligaciones de uno con la sociedad y el Estado como un «imperativo moral» susceptible de ser asumido gracias a una mayor autodisciplina y una ética de trabajo más fuerte. De hecho, algunos funcionarios esperaban incluso remplazar la mentalidad de subsistencia del típico campesino con la motivación del lucro, que lo llevaría a trabajar más allá de los niveles necesarios para sobrevivir. Todos apreciaban igualmente las ventajas vocacionales que ofrecía la educación. Finalmente, valoraban la instrucción como una herramienta para prevenir la desobediencia civil, aunque la amenaza de la insurrección popular no era lo que más les preocupaba.

Estos objetivos se plasmaron en dos ordenanzas generales de la escuela que se emitieron para los *Erblande* (1774) y Hungría (1777). Su autor fue el obispo silesiano de Sagan, Ignaz Felbiger, quien ya había introducido métodos pietistas en las escuelas católicas de su diócesis y a quien Federico II le había concedido permiso para reformar el sistema escolar de su adversario de los Habsburgo. Las ordenanzas establecieron un sistema de tres niveles. Una escuela primaria obligatoria, o *Trivialschule* , ofrecería a todos una instrucción básica. En el campo, se haría hincapié en enseñar a los niños campesinos religión, moralidad y habilidades profesionales; solo las escuelas primarias urbanas enfatizarían los conocimientos básicos (lectura, escritura y aritmética). Después de eso, una escuela secundaria, o *Hauptschule* , ofrecería a todos los niños burgueses en cada capital del distrito la opción de elegir entre formación profesional y preparación académica avanzada. En lo más alto del sistema se encontraba el *Gymnasium* , que seguía siendo una escuela preparatoria de élite para la universidad.

Las ordenanzas impusieron un grado de uniformidad sin precedentes en las escuelas públicas. Todos los instructores debían recibir formación y certificarse en una escuela normal especialmente dedicada (*Normalschule*); se estableció una en la capital de cada territorio de la corona de los Habsburgo. Cada escuela normal preparó igualmente a los maestros para que

impartiesen un serie de asignaturas estandarizadas en sus instalaciones, siguiendo métodos de enseñanza y libros de texto comunes. El plan de estudios incluía varias innovaciones pietistas. Por ejemplo, se esperaba que los maestros pidiesen a los estudiantes que usasen la razón y el juicio para comprender el material, en lugar de memorizarlo. Como no se podía esperar que todos los estudiantes progresaran a la misma velocidad, se los dividía en grupos de acuerdo con su competencia. También se esperaba que los maestros empleasen relojes de arena en el aula para inculcar a sus alumnos una sensación de tiempo y ritmo.

Las ordenanzas generales de la escuela se toparon con una considerable resistencia fuera de la élite gobernante. A los padres campesinos les molestaba enviar a sus hijos a las escuelas en lugar de a los campos para trabajar. Muchos clérigos de nivel básico sospechaban que el plan de estudios y los métodos de enseñanza de los pietistas harían a la gente impía. Las comunidades protestantes de Hungría se negaron directamente a adoptar la ordenanza en sus escuelas porque sus líderes temían que un plan de estudios estandarizado pudiera usarse en última instancia para socavar su fe. Sin embargo, la reforma escolar de María Teresa resultó exitoso casi sin excepciones. Aunque la escasez inicial de maestros laicos requirió recurrir a antiguos jesuitas y a otros clérigos, el número y el porcentaje de maestros seculares aumentó rápidamente a medida que pasó por las escuelas normales un flujo constante de graduados. En 1780, la combinación de nuevos maestros y el patrimonio de los jesuitas había contribuido al establecimiento de medio millar de nuevas escuelas en los *Erblande* . Los avances fueron todavía más espectaculares en los territorios húngaros, donde la mitad de las comunidades del país no tenían escuelas y solo una cuarta parte de todos los niños asistía a clase. Los avances más impresionantes se produjeron en áreas relativamente atrasadas como el Banat, que todavía estaba reconstruyendo su población e infraestructura después de la última guerra turca. En general, al final del reinado de María Teresa, la monarquía contaba con más de seis mil escuelas y doscientos mil estudiantes. Para entonces había superado a su modelo prusiano tanto en la disponibilidad como en la calidad de la educación pública.

La reforma educativa logró tal vez su mayor impacto en los serbios que habían emigrado desde tierras otomanas a territorios de los Habsburgo. No solo habían llegado a Hungría y Croacia-Eslavonia

sin ninguna infraestructura educativa secular, sino que sus escuelas religiosas habían dependido durante décadas de unos pocos libros de texto en cirílico importados de Rusia. El cambio comenzó con la elección del metropolitano Pavle Nenadović (1749-1768), un serbio nacido en la corona de los Habsburgo cuya familia burguesa lo había enviado a las escuelas alemanas y latinas de Buda. Inmediatamente estableció escuelas en Karlovci que promovieron una educación amplia y secular tanto para el clero como para los laicos, que cada vez tenían más opciones de movilidad social. Poco después de su muerte, la Diputación fundó la primera prensa cirílica de la monarquía (1770) que produjo libros de texto, documentos públicos y una serie de obras de autores serbios que introdujeron a las clases medias serbias y rumanas emergentes en la cultura de la Ilustración. La implementación del *Schulordnung* de Felbiger hizo el resto. Con el apoyo entusiasta de los sucesivos patriarcas, el número de escuelas en el Banat se disparó en la década siguiente a 452 en un momento en que los protestantes no tenían ninguna.

Los resultados fueron menos espectaculares para los aproximadamente cien mil romaníes del reino, que ni siquiera fueron admitidos en las escuelas hasta 1773. Es cierto que la decisión de María Teresa de incluirlos tuvo menos que ver con la reforma educativa que con las políticas cameralistas iniciadas bajo Carlos VI para que se estableciesen y pudieran ser empleados ganando un sueldo, para que pagaran impuestos y pudiesen ser reclutados en el ejército. En 1782, tal vez la mitad de los romaníes del reino habían sido registrados, a pesar de que apenas mil estaban matriculados en escuelas.

Fuentes de conflicto: religión, ley y ejército

Los esfuerzos de María Teresa para proteger y educar al campesinado procedieron con un mínimo de conflicto en el seno del gobierno dada la coincidencia de intereses entre ella, su hijo y sus ministros. Sin embargo, se logró mucho menos en aquellos asuntos donde el conservadurismo de la emperatriz impidió un consenso dentro del gobierno. Una de esas áreas fue la tolerancia religiosa. Gracias a hombres como Kaunitz y José II, se dio cuenta de que la intolerancia perjudicaba a la economía a través de la emigración y otorgaba a países extranjeros como la Prusia protestante y la Rusia ortodoxa una influencia indeseable entre sus súbditos. Como resultado, tanto la emperatriz como las autoridades de las

provincias hicieron la vista gorda ante los hombres de negocio protestantes y sus adláteres en lugares como los Países Bajos austriacos, Trieste e incluso Viena, donde residían hasta dos mil de ellos en 1761. Al igual que sus predecesores, aceptó tácitamente el hecho de que aproximadamente una sexta parte de los soldados del ejército eran protestantes. En 1778 permitió finalmente que el primer protestante recibiese un título en la Universidad de Viena. Había hecho su concesión más llamativa un año antes, al descubrir una comunidad de diez mil protestantes en el norte de Moravia. Bajo la amenaza de su hijo de que abdicaría a menos que les concediera la tolerancia religiosa absoluta, aceptó finalmente el compromiso que le solicitó Kaunitz y les permitió seguir con sus cultos en privado. Las repercusiones se limitaron a la expulsión de algunos cabecillas y al establecimiento de un nuevo obispado y cuarenta iglesias católicas. Por desgracia, desterró a otras cuarenta y tres personas de cuatro familias protestantes en 1780, después de que expresasen su gratitud celebrando abiertamente el cumpleaños de la emperatriz oficiando un servicio protestante.

A pesar de estas concesiones a la «tolerancia discreta», la emperatriz siguió aborreciendo firmemente la tolerancia religiosa. Seguía considerándola un catalizador para la desunión, y le decía a su hijo que «no es amigo de la humanidad quien permite que cada cual tenga sus propios pensamientos». De hecho, dio a las comunidades protestantes más pequeñas y menos importantes de los *Erblande* el mismo trato rudo que habían recibido a comienzos de su reinado. En los *Erblande* , los malvados herejes varones fueron sometidos a trabajos forzados, reclutados en el ejército o expulsados a Transilvania, que seguía siendo el único territorio de la corona donde las minorías religiosas podían practicar la religión libremente. Dentro de la propia Hungría, las ciudades luteranas se vieron a veces obligadas a elegir a los magistrados católicos y a cumplir con los festivos católicos. Incluso mientras llevaba a cabo su revolucionario programa de educación, la emperatriz bloqueó los fondos para las escuelas latinas calvinistas, forzando así a muchos de ellos a recibir donaciones privadas suecas, holandesas y británicas.

El beneficio económico tampoco fue suficiente para detener la persecución de los judíos por parte de la emperatriz. Con el apoyo de la Dieta croata, rechazó rápidamente las peticiones de su hijo y sus ministros para permitir que los comerciantes judíos

desarrollasen el comercio local en la Frontera Militar. También ordenó que los judíos de Viena fuesen confinados en un gueto, como sus correligionarios en las otras ciudades de la monarquía. Cinco años de intensivas presiones y la resistencia pasiva de sus propios ministros salvaron a la comunidad de la reubicación. No obstante, incluso entonces la emperatriz rechazó su petición de relajar las restricciones existentes con su célebre réplica: «No conozco una plaga más grande que esta raza, cuyas maquinaciones, usura y el modo en que acumulan dinero están llevando a mis súbditos a la mendicidad».

María Teresa y sus ministros tampoco estuvieron de acuerdo con emprender un programa de reforma legal. En 1766, estableció una comisión para codificar el cúmulo de edictos y regulaciones que comprendían el sistema de leyes de la monarquía. Sin embargo, estaba más interesada en simplificar el código existente que en hacerlo más humano. Es sorprendente que se negase a eliminar la tortura, considerando la enorme influencia que su ministro milanés, Cesare Beccaria, había tenido en otros gobiernos, luego de la publicación de su tratado *De los delitos y las penas* (1764). En 1767, la emperatriz se sintió obligada a suspender los trabajos de la *Nemesis Theresiana* , después de que Kaunitz se hubiese opuesto a los procedimientos explícitos e ilustrados del código por los cuales los convictos podían ser empalados, quebrados en la rueda o quemados vivos. Durante la década siguiente, su hijo dirigió a Sonnenfels, Martini y Kaunitz en un decidido esfuerzo de hacer presión para que se eliminase la tortura. La emperatriz finalmente acordó abolirla en 1776, aunque el código penal aún no estaba completo en el momento de su muerte.

Una tercera fuente de conflicto en la que la emperatriz fue una simple espectadora estuvo en los continuos esfuerzos de emprender una reforma militar. Mientras que muchas de las innovaciones fueron bienvenidas como adaptaciones de modelos prusianos, Kaunitz protestó porque el reclutamiento militar constituía una intrusión peligrosa en la vida civil, una forma de esclavitud que era «incompatible con la felicidad de la humanidad». Dada la primacía de José en los asuntos militares, el apoyo de Lacy y la opinión de que Prusia proponía una amenaza considerable para la monarquía, Kaunitz tenía pocas posibilidades de prevalecer. El reclutamiento se introdujo debidamente en gran parte de los *Erblande* en 1769 y, después de un censo, se hizo cumplir gradualmente en otras partes

de los territorios centrales, excepto en el Tirol. Para disipar el temor de Kaunitz de que los ciudadanos productivos quedasen atrapados en el reclutamiento, José eximió debidamente a los empleados remunerados, dejando expuestas a las levas solo a las «personas indigentes, desempleadas y otras personas que no sirven para nada, en particular los empleados domésticos y los barberos». Tras la finalización del proyecto en 1781, más del sesenta por ciento de las filas fueron ocupadas por los súbditos de José que fueron licenciados regularmente durante el tiempo de paz, mientras que la mayoría del cuarenta por ciento restante eran reclutas del imperio. Era una fuerza que había que tomarse en serio, sobre todo el rey prusiano, que los consideraba «prusianos con uniformes blancos».

La política exterior durante la Corregencia

Al igual que la reforma interior, la política exterior de los Habsburgo durante la corregencia fue una muestra de las agendas en gran medida paralelas, pero a veces conflictivas de la emperatriz, su hijo y Kaunitz. Siempre oportunista, el *Staatskanzler* estaba por lo general al acecho de nuevas adquisiciones territoriales, siempre y cuando pudieran lograrse sin incurrir en una guerra de grandes proporciones. Como su madre, a José II lo movía en gran medida el miedo a Federico II, y particularmente la perspectiva de un ataque combinado prusiano-turco contra la monarquía. Con todo, su agenda para mejorar la seguridad de la monarquía incluía no solo la reforma interior sino también la expansión territorial. Como resultado, José y Kaunitz siguieron muchas veces una política exterior oportunista que estaba abierta a adquisiciones territoriales susceptibles de obtenerse a bajo precio. La emperatriz no se oponía necesariamente a sus actividades u objetivos, pero era la menos motivada, especialmente cuando se partían de una agresión no provocada. En cualquier caso, ninguno de los tres imaginó el conflicto armado como una extensión deseable o necesaria de la diplomacia.

Una de las razones para esta postura era la escasez de aliados comprometidos. Aunque Francia todavía estaba vinculada por una alianza defensiva, su atención se centró casi exclusivamente en su rivalidad en el extranjero con Gran Bretaña, más que en los asuntos continentales. Mientras tanto, la monarquía había perdido la tradicional constelación de países que la habían ayudado militarmente durante el siglo pasado. La Revolución Diplomática no

solo había terminado con la alianza angloholandesa, también había socavado la credibilidad de la monarquía como defensora del equilibrio de poder. La posterior muerte de la zarina Isabel también había puesto fin a la antigua alianza rusa y, con ella, a la posibilidad de arrinconar a Prusia en un futuro conflicto. Finalmente, la emergencia de Prusia como una potencia virtualmente similar a la monarquía en Alemania había eliminado la corona imperial como instrumento de la *Realpolitik* de los Habsburgo. Al aliarse con Francia y continuar persiguiendo a sus súbditos no católicos, María Teresa contribuyó realmente a que las perspectivas de liderazgo de Prusia entre los príncipes protestantes de Alemania mejorasen. Esto se trasladó a la relación con Alemania de los corregentes. Aunque todavía se consideraban alemanes, ya no se identificaban con el *Reich* como una entidad política nacional. De hecho, ninguno visitó el imperio ni utilizó sus instituciones centrales, excepto como puntos de tránsito hacia otros objetivos más vitales.

Es cierto que la Segunda Reforma de María Teresa había liberado por fin a la monarquía de la dependencia de sus aliados extranjeros. En el próximo conflicto demostraría que la monarquía se acercaba rápidamente a un contingente militar de más de trescientos mil hombres en tiempos de guerra. Sin embargo, cuando se combinó con la enorme deuda estatal, el costo de movilizar a dicho ejército lo convirtió en una opción financiera prohibitiva, a emplear únicamente como último recurso. Por lo tanto, siguió siendo más adecuado como elemento disuasorio de la invasión que como instrumento para la agresión. A pesar del miedo residual de José a Prusia y los turcos, la monarquía estaba esencialmente a salvo de la invasión extranjera. La agenda centroeuropea de Federico II siguió centrada en defender su anterior conquista de Silesia, no en extenderla más profundamente en la monarquía. Mientras tanto, el constante declive del poder militar del imperio otomano y la influencia francesa en Constantinopla convirtieron a los turcos en una amenaza menor que en cualquier otro momento de la historia de la monarquía; en cambio, el interés era simplemente mantener las posesiones otomanas como Moldavia y Valaquia como un amortiguador frente a Rusia, mientras se minimizaba la influencia rusa entre población ortodoxa de los Balcanes. La alianza francesa también otorgaba a las posesiones de los Habsburgo más occidentales en los Países Bajos, el suroeste de Alemania e Italia una

garantía contra eventuales ataques. Además, María Teresa fortaleció rápidamente su seguridad cerrando cinco alianzas matrimoniales con los poderes borbónicos: aseguró infantas españolas para José (1760) y su segundo hijo, Leopoldo, después de su sucesión como gran duque de Toscana (1765); también casó a tres de sus hijas con Fernando IV de Nápoles (1768), Fernando de Parma (1769) y el futuro Luis XVI de Francia (1770). En 1771, la emperatriz fortaleció aún más la posición de la dinastía en Italia al casar a su tercer hijo mayor, Fernando, con la heredera del duque de Módena; cuando el hijo de Fernando ascendió a duque en 1814, fue la primera vez en casi tres siglos que un Habsburgo austriaco heredaba una corona extranjera. Mientras tanto, las frecuentes conferencias familiares y la voluminosa correspondencia semanal de María Teresa con cada uno de sus sustitutos dinásticos aseguraron que la monarquía disfrutaría de una influencia considerable en cualquier lugar donde un Habsburgo o un Borbón se sentase en el trono.

Con las fronteras occidentales y meridionales de la monarquía aseguradas de este modo, la política exterior durante la corregencia se centró en mantener o mejorar el equilibrio de poder hacia el norte y el este frente a su adversario prusiano y su antiguo aliado ruso. Desde la victoria de Pedro el Grande sobre los suecos en Poltava (1709), los políticos de la monarquía se dieron cuenta de que la expansión rusa podría eclipsar algún día las amenazas suecas y turca, en franco retroceso. Solo el afán de Rusia por cooperar en los asuntos turcos y polacos había mitigado esos temores. La situación había cambiado con la muerte de Isabel II. Los heroicos triunfos y conquistas del rey prusiano habían capturado la imaginación de muchos príncipes alemanes (especialmente protestantes), como el desgraciado Pedro III y su esposa, nacida en Alemania. También inspiraron al joven José II, que se unió a Federico en su afán de competir por el favor de Catalina. Por desgracia, la zarina no solo aceptó la emergencia de Prusia como una tercera gran potencia en Europa del este, sino que decidió explotar la rivalidad austroprusiana para lograr sus propios y agresivos designios. Apenas un año después del final de la guerra, indujo a Federico II a apoyar la elección de su amante Stanislaus Poniatowski como rey de Polonia. En 1767, la progresiva injerencia de Catalina en los asuntos del reino condujo a una guerra civil en Polonia, seguida un año después por una declaración de guerra turca.

Viena veía por entonces a Rusia como un cañón incontrolado capaz de destruir sus bastiones protectores en Polonia y los Balcanes. Con los ejércitos de Catalina adentrándose en territorio turco, José y Kaunitz llegaron a considerar la idea de formar una coalición austroprusiana-otomana sin precedentes contra ella. Se reunieron con Federico II en un intento inútil de presentar un frente unido contra la expansión rusa. A instancias de ambos, María Teresa llegó a un acuerdo con los turcos en 1771, mediante el cual se comprometió a limitar las ganancias territoriales rusas a cambio del regreso de la Pequeña Valaquia al dominio de los Habsburgo. Para superar la oposición austriaca, Catalina finalmente aceptó la propuesta de Federico II de que Rusia satisficiese sus propias ambiciones territoriales, al menos en parte a expensas de Polonia; para contrarrestar las incursiones rusas allí, Prusia y Austria también serían compensados con territorio polaco.

El sentido de justicia de María Teresa la llevó inicialmente a rechazar un plan que victimizaría a los polacos, totalmente inocentes. Sin embargo, el destino de Europa del este estaba entonces en manos de tres grandes potencias, y las dos que resultasen ser más agresivas siempre tendrían la voz cantante. No hay duda de que Paul Schroeder tiene razón cuando dice que era un juego que la monarquía estaba obligada a jugar, pero que siempre perdía. Solo después de quedar claro que Federico y Catalina iban a dividir Polonia con o sin participación austriaca, María Teresa se avino a aceptar una compensación territorial. Incluso entonces trató en vano de presionar a Federico para que cediese parte de Silesia, a la que sentía que la monarquía todavía tenía derecho legalmente. La emperatriz protestó ante sus ministros diciendo que la inminente partición era una «violación de todos los estándares de santidad y justicia», y a continuación le dijo a su hijo que le había quitado diez años de vida. La idea de despojar a los polacos la llevó hasta las lágrimas. Sin embargo, en palabras de Federico II, «cuanto más lloraba, más tomaba». La partición no solo ayudó a limitar la marcha de Rusia hacia los Balcanes, sino que también recompensó a la monarquía con Galitzia, que fue posiblemente el premio territorial más valioso de la Primera Partición de Polonia (1772). Con 2,6 millones de personas, Galitzia suponía una población mayor que las adquisiciones combinadas de Prusia y Rusia. Tampoco fue la única ganancia territorial de la monarquía. Después de la paz ruso-turca de Küchük-Kainarji (1774), José II hizo cumplir

la reclamación de la monarquía de una indemnización de los turcos. En lugar de anexionarse la Pequeña Valaquia, eligió Bucovina, un pequeño territorio estratégico que mejoraba la comunicación entre Hungría y el recientemente ungido reino de los Habsburgo de Galitzia y Lodomeria (véase Mapa 4 en el capítulo 5).

Es cierto que ninguno de los territorios era una Silesia eslava. Aunque poseyesen minerales valiosos y ricas tierras de cultivo, ambos estaban extremadamente atrasados. Además, la riqueza de Galitzia estaba firmemente en manos de una nobleza opresiva que hacía mucho tiempo se había apoderado de todos los dominios y minas de la corona polaca, y también había elevado el servicio *robot* a unos aplastantes cinco días por semana. A pesar de las mayorías católica romana o griega, tanto Galitzia como Bucovina contenían considerables poblaciones ortodoxas. Para horror de la emperatriz, los 225 000 judíos de Galitzia, en su mayoría empobrecidos, duplicaron con creces la población judía de la monarquía; incluso José señaló que la capital de Lemberg (Leópolis) era una «nueva Jerusalén» cuya comunidad judía de 14 000 miembros era el doble del tamaño de Praga y más grande que toda la población judía de las tierras austriacas. Sin embargo, los dos nuevos territorios de la corona representaban las primeras ganancias territoriales netas de la monarquía desde hacía medio siglo y constituían una valiosa zona de seguridad contra los avances hacia el oeste de Rusia. Con la promulgación de una nueva patente *robot* (1774) y el envío de un gran número de funcionarios principalmente de habla checa, Galitzia fue introduciendo gradualmente los beneficios del Estado burocrático de Europa central.

Habiendo mantenido con éxito el equilibrio de poder en el Este, José y Kaunitz pronto se atrevieron a fortalecer la posición de la monarquía frente a Prusia en Alemania. La ocasión fue la muerte del elector bávaro sin hijos Maximiliano III José el 30 de diciembre de 1777. Su primo y sucesor, el elector Palatino Carlos Teodoro (1742-1799) tenía pocas ganas de trasladar su corte de Mannheim a Múnich, especialmente porque tampoco él tenía hijos legítimos a los que pudiera legar Baviera. Incluso antes de la muerte de Maximiliano, Carlos Teodoro había ofrecido cambiar su posible herencia por los Países Bajos austriacos, mucho más cercanos. Los Habsburgo también habían contemplado previamente las ventajas estratégicas de adquirir Baviera, especialmente después de su ocupación por las tropas austriacas durante las guerras de sucesión

española y austriaca. Al final de la guerra de los Siete Años, Kaunitz había propuesto un intercambio bávaro-belga como una forma de compensar el fracaso de la monarquía en su proyecto de recuperar Silesia. Con la muerte de Maximiliano, José argumentó que podía apoderarse de Baviera de inmediato sin compensar a Carlos Teodoro en los Países Bajos. Aunque le incomodase el proyecto, la emperatriz decidió que el plan de Kaunitz para un intercambio formal sería mucho menos controvertido y que era más probable que triunfase sin una guerra. El 16 de enero, las primeras tropas austriacas entraron en el electorado, inmediatamente después de la conclusión del canciller de un acuerdo provisional con Carlos Teodoro.

Una vez más, la monarquía mantuvo a Baviera a su alcance, esta vez con la aprobación de su gobernante legítimo y la probabilidad de que se convirtiera en una parte integral de la monarquía de los Habsburgo. Desafortunadamente, el exceso de confianza de Kaunitz y José ahora los condujo a una serie de errores. Primero, Kaunitz rechazó las razonables demandas prusianas para ser compensada con la eventual adquisición de los ducados Hohenzollern de Ansbach y Bayreuth; y después se negó a tomar en serio las amenazas de intervención armada de Federico II, incluso después de que el rey hubiese ordenado una movilización general. Mientras tanto, José perturbaba a sus nuevos súbditos con su arrogancia, y lo mismo hizo con Carlos Teodoro, al negarse a ceder más de parte de los Países Bajos. En junio de 1778, Federico había decidido intervenir aparentemente como el campeón del próximo heredero de Wittelsbach, el duque Carlos de Zweibrücken. Como tantas veces había hecho en el pasado, hizo su parte adentrándose en tierras bohemias al frente de un ejército prusiano. Esta vez, María Teresa le estaba esperando. A pesar de haberlo ensayado durante meses de maniobras, no logró abrirse paso ante el ejército austriaco movilizado de 160 000 hombres, dirigido de manera competente por Lacy, Laudon y el propio José. Incapaz de penetrar en la llanura bohemia, Federico se vio obligado a invernar sus fuerzas en las montañas de los Sudetes, donde los problemas de suministro pronto redujeron a ambos lados a combatir sobre patatales congelados.

A estas alturas, sin embargo, María Teresa estaba ansiosa por terminar la llamada «guerra de la patata». Aceptó de inmediato una oferta franco-rusa de mediación y acordó los términos de paz sin siquiera consultar a su hijo. En el Tratado de Teschen (13 de mayo

de 1779) renunció a toda Baviera, excepto en la ribera derecha del valle del río Eno; reconoció incluso la eventual sucesión de Federico en Ansbach y Bayreuth, una concesión que habría permitido a la monarquía conservar toda Baviera de haberla otorgado un año antes. Sea como fuere, la emperatriz dio por acordada la paz celebrando un servicio de acción de gracias en la Catedral de San Esteban de Viena. Ciertamente no estaba celebrando la adquisición del *Innviertel* (distrito del Eno) cuyos cien mil habitantes y medio millón de florines en ingresos anuales difícilmente compensarían los cien millones de florines que la guerra había costado.

No es difícil entender la decisión de María Teresa de renunciar a Baviera. Como en 1763, ni ella ni Kaunitz querían combatir con Federico II a solas. En todo caso, la monarquía estaba más aislada ahora de lo que lo había estado al final de la guerra de los Siete Años. Aunque las otras grandes potencias eran oficialmente neutrales, ninguna quería ver cómo la monarquía expandía sus fronteras. Rusia consideró unirse a Prusia e incluso Francia trabajó en secreto contra su aliado austriaco, a pesar de sus declaraciones públicas de apoyo. La mayoría de los Estados alemanes también se opusieron; Sajonia llegó al extremo de ayudar a Prusia militarmente. Con todo, también es posible que la emperatriz hubiese tenido éxito en su largo empeño de restituir el equilibrio de poder en Alemania. En las últimas cuatro décadas, la emperatriz había construido minuciosamente la monarquía hasta el punto en que tal cosa podía conseguirse haciendo la guerra por su cuenta. A pesar de la abrumadora carga financiera que impuso a la *Hofkammer* , el *Hofkriegsrat* fue capaz de aumentar el ejército al nivel previamente impensable de 378.000 hombres para la campaña de 1779. Y, como ocurrió con el ejército de Prusia durante las guerras de Silesia, solo necesitaba conservar lo que ya poseía.

José II y el despotismo ilustrado (1780-1790)

El Tratado de Teschen era la más reciente, pero también fue la última humillación que José sufrió a manos de su madre. Su muerte, acaecida dieciocho meses después, lo dejó solo al frente de la monarquía. La gran cantidad de pruebas que recoge Derek Beales en su definitiva biografía establece sin lugar a dudas que José II fue un monarca ilustrado consagrado en cuerpo y alma a la monarquía y a su pueblo. Durante los siguientes nueve años puso su sello en él con un aluvión sin precedentes de iniciativas nacionales, muchas de

las cuales había concebido durante la corregencia. María Teresa, también una gran reformadora, había promulgado por su cuenta alrededor de un centenar de edictos durante la corregencia; José II pasó a producir unos setecientos al año, casi dos por día. Hasta cierto punto, este torbellino de actividad surgió de la frustración acumulada del emperador tras quince años como corregente; muchas de estas reformas se ocuparon, de hecho, de los problemas residuales que la emperatriz se había negado a enfrentar. Varias fueron también un reflejo de su deseo de introducir las ideas de la Ilustración. Sobre todo, abrazó el concepto utilitario introducido por Beccaria de que el objetivo principal del gobierno es asegurar el bienestar y la felicidad del «mayor número posible» de personas de su pueblo. Sin embargo, José II no era tanto un «aprendiz de brujo de los filósofos franceses» como un hombre de Estado empeñado en emplear las estrategias a menudo paralelas de los cameralistas alemanes. Fiel a su pedigrí centroeuropeo, estaba convencido no solo de que el Estado tenía la responsabilidad de ayudar a la gente, sino además de que la gente tenía la obligación recíproca de servir al Estado.

Hubo algo que distinguió a José II de sus predecesores: una obsesión compulsiva que exigía minuciosidad hasta rozar la perfección. Los Habsburgo anteriores habían recurrido con frecuencia a las medias tintas, y solo cuando creían que la supervivencia de la monarquía estaba en juego se lanzaban de lleno. Por el contrario, José rara vez distinguía entre lo que era absolutamente necesario y lo que constituía un ideal al que aspirar. Su agresividad iba mucho más allá del pálido consenso político que hasta ahora había caracterizado la relación entre la dinastía y el resto de la élite gobernante: la nobleza y la Iglesia podían acordar hacer sacrificios que fuesen cruciales para la supervivencia de la monarquía, pero no arrimaban el hombro si se trataba simplemente de hacerlo más fuerte, próspero o equitativo. Hay que decir que José solía consultar a sus ministros y funcionarios provinciales antes de iniciar reformas importantes, haciendo a menudo las veces de moderador. Pero no le inquietaba la ausencia de consenso. Tampoco lo disuadía ninguno de los poderes constitucionales en liza, a los que llegado el caso daba de lado como meros instrumentos de los privilegiados.

En todo caso, la oposición conservadora despertó otro rasgo distintivo en José, a saber, su rencorosa tendencia a humillar a

cualquiera que no estuviera de acuerdo con él. La hostilidad gratuita que a menudo añadía a sus comentarios y directivas también contrastaba fuertemente con las mesuradas respuestas de los gobernantes que le precedieron. La extraordinaria estabilidad doméstica y el poderoso ejército que José había heredado de su madre le permitieron darse el lujo de prescindir de la «clemencia austriaca» de regímenes anteriores, más débiles. No menos importante fue la alianza que José firmó con Catalina II en mayo de 1781, solo cinco meses después de su sucesión como gobernante único. Inmediatamente después, visitó a Luis XVI en París para reparar la brecha que había abierto el conflicto bávaro. Fortificado en el oeste por Francia, en el este por Rusia, y en casa por administradores y militares de primer nivel, José tenía muchas razones para sentirse invulnerable a la oposición tanto en el país como en el extranjero.

Las primeras reformas

Además de visitar París, José pasó gran parte de 1781 en una gira por sus dominios, en la que incluyó un primer viaje a los Países Bajos austriacos. Sin embargo, sus viajes no lo disuadieron de iniciar una serie de reformas importantes durante su primer año de gobierno. No perdió tiempo en aliviar las restricciones a la libertad de expresión. En febrero redujo drásticamente la censura literaria. Las publicaciones aún podían prohibirse si blasfemaban contra la religión católica, alentaban la subversión contra el gobierno o promovían la superstición o la inmoralidad. Pero al centralizar la censura en manos del hijo de Gerhard van Swieten, Gottfried (1733–1803), el emperador garantizó un grado incomparable de libertad intelectual. De hecho, Swieten, educado en el *Theresianum* , era un antiguo agente literario de Berlín que compartía y alimentaba el gusto bien desarrollado de Kaunitz por la literatura erótica y los filósofos franceses prominentes como Voltaire. A pesar del torrente de nuevas publicaciones, su comisión redujo rápidamente el número de títulos prohibidos de más de cuatro mil a unos novecientos al año. Ante la insistencia de José, permitió incluso la crítica personal hacia el propio emperador, incluido un soterrado ataque que se tituló «El simio que tenía cuarenta y dos años». Se dice que José justificó su publicación con el contraargumento de que estaba dispuesto a permitir que cualquiera *dijese* lo que quisiera, siempre y cuando él mismo fuera libre de

hacer lo que quisiera.

José estaba también dispuesto a expandir la tolerancia a las principales minorías religiosas de la monarquía. En mayo, amplió las oportunidades educativas y profesionales para los judíos. En octubre comenzó a emitir patentes para cada uno de sus dominios con los que también eliminaba toda una serie de otras restricciones humillantes. En particular, los judíos ya no se verían obligados a usar vestimentas distintivas (o a tener barba), quedarse en casa los domingos por la mañana o pagar el infame *Leibmaut* , un impuesto que solo se aplicaba a los judíos y al ganado. Octubre también fue testigo de la proclamación de José del Edicto de Tolerancia para sus súbditos protestantes y ortodoxos. Se les permitió el culto privado en todos los emplazamientos de la monarquía, y también construir iglesias y escuelas parroquiales en comunidades de al menos cien familias. Ambas minorías cristianas pudieron igualmente comprar y vender tierras, asistir a una universidad, unirse a un gremio o acceder al servicio civil.

José había dado un gran paso para dar a sus súbditos un mayor grado de libertad literaria y religiosa que en cualquier otro lugar de la Europa católica. Sin embargo, encontró oposición en prácticamente todos los niveles de la sociedad. El Edicto de Tolerancia fue tan impopular entre los católicos romanos que los funcionarios provinciales retiraron sus propios nombres de los documentos publicados. Mientras tanto, los cristianos de todas las convicciones ridiculizaron a José llamándolo «emperador de los judíos». A pesar de su anterior apoyo a la reforma educativa y clerical, el arzobispo Migazzi denunció los edictos, mientras que muchos clérigos y funcionarios civiles menores intentaron sabotearlos a nivel local. A principios de 1782, el papa Pío VI expresó su preocupación al visitar Viena y reunirse con José y Kaunitz. José demostró ser un anfitrión amable e hizo algunas concesiones menores sobre la tolerancia religiosa. Sin embargo, se mostró menos flexible en otros asuntos. Justo antes de la visita del papa, había comenzado a suprimir todas las órdenes monásticas contemplativas, preservando solo aquellas fundaciones que realizaban tareas útiles como la agricultura, la enseñanza y el trabajo de caridad. En los siguientes cinco años se apoderó de 738 de las 2 047 abadías de la monarquía, incluido el cincuenta y cinco por ciento de las de los *Erblande* y un asombroso setenta y cinco por ciento de las de Hungría; 27 000 de un total de 65 000 monjes y

monjas tuvieron que elegir forzosamente entre una carrera más productiva o la jubilación con una pensión del gobierno. Los amplios ingresos se confiaron a un Fondo Religioso que asumió la responsabilidad de las actividades educativas, médicas y de caridad de la Iglesia. El emperador liquidó buena parte de las cinco mil quinientas hermandades religiosas que se estima existían en 1783, dividiendo su riqueza en partes iguales entre la Comisión de Educación de Swieten y un Instituto para los Pobres de reciente creación.

Al suprimir las cofradías y un tercio de los monasterios de la monarquía, José continuaba simplemente con la política de su madre de transferir las actividades religiosas no productivas y la riqueza de la Iglesia a fines económicos más útiles. Mucho más original y radical fue la decisión de José de afirmar su control sobre la propia jerarquía de la Iglesia, con la intención de guiar su uso de la enseñanza y las actividades pastorales. Al emperador lo movía en gran medida un sincero deseo de mejorar la calidad de la instrucción religiosa, tal vez con el objetivo de contrarrestar el atractivo del protestantismo. En cualquier caso, lo que se conoce como «josefismo» fue un paso inevitable en el proceso de construcción del Estado. Durante la Contrarreforma, los Habsburgo habían otorgado a la Iglesia manga ancha en el uso de los medios de comunicación, porque su trabajo reforzaba su impulso por una sociedad culturalmente uniforme y políticamente leal. Un siglo después, las demandas más rigurosas de construcción del Estado requerían una sociedad más racional y secular. Dado que era poco probable que la Iglesia aceptase tal cambio de dirección, el control estatal se hizo necesario para continuar recurriendo a la Iglesia como instrumento de control social.

El control estatal comenzó en la parte superior de la jerarquía de la Iglesia. A partir de 1781, todos los obispos debieron prestar juramento de fidelidad a la corona; los que residían fuera de la monarquía fueron privados de cualquier jurisdicción diocesana dentro de sus fronteras. Al papa se le prohibió emitir bulas o incluso comunicarse con los miembros de la Iglesia de la monarquía sin presentar primero todos los documentos para su aprobación previa. Incluso perdió el control sobre los monasterios restantes, que pasaron a estar bajo la autoridad del obispo más cercano. El josefismo también se extendió al nivel local, hasta el punto de definir, y en general mejorar, el contacto entre sacerdotes y

feligreses. A partir de 1782, los límites de la parroquia se rediseñaron radicalmente para colocar a las personas lo más cerca posible de la iglesia disponible más cercana. Usando el patrimonio incautado a los monasterios, el Estado asumió la responsabilidad de pagar los salarios de los clérigos. Aunque el alto clero sufrió una leve reducción en sus principescos salarios, a los sacerdotes comunes se les pagó mucho mejor y con mayor regularidad.

También accedieron a una mejor educación. En marzo de 1783, José decretó que todos los novicios recibirían seis años de instrucción en uno de los seis seminarios generales creados exprofeso. Para estar seguros, el riguroso plan de estudios hacía hincapié en la religión y la moral, pero también intentaba combatir la superstición enseñando matemáticas, ciencias naturales e historia, y ofrecía incluso cursos prácticos sobre técnicas agrícolas y de enseñanza. Cuando las presiones presupuestarias y de inscripción obligaron a José a acortar el currículo a solo cuatro años, fue la instrucción teológica en dogma, controversia y la Biblia lo que se recortó. El compromiso de José con la secularización se extendió más allá de la instrucción religiosa, llegando hasta el sacramento del matrimonio, que pasó a ser un asunto civil que podía abordarse sin los servicios de un clérigo; incluso los motivos del divorcio se ampliaron para incluir la impotencia, el adulterio, la condena penal y la deserción.

La profesionalización del clero fue en realidad precedida por una reforma paralela del poder judicial. Una patente de septiembre de 1781 requería que todos los jueces y abogados recibieran una amplia formación legal y que pasasen rigurosos exámenes de calificación. Los jueces también recibieron salarios mucho más altos, reduciendo así la tentación de aceptar sobornos. En 1786, José había completado la transición a un sistema judicial moderno mediante la emisión de un nuevo código penal para los *Erblande* . El llamado Código Civil General (*Allgemeines Gesetzbuch*) confirmó por primera vez el concepto ilustrado de igualdad ante la ley; en la práctica, los delincuentes de la nobleza tuvieron que afrontar sanciones más severas debido a que su riqueza y educación les daba menos excusas para violar la ley. El nuevo código también eliminó los vestigios bárbaros de la *Nemesis Theresiana* . Los sospechosos ya no podían ser torturados, ni siquiera amenazados con castigos físicos. Aunque los azotes y el marcado todavía se empleaban en circunstancias excepcionales, el castigo de los convictos se limitaba

por lo general al encarcelamiento. De manera similar, se conservó la pena capital por su valor disuasorio, pero se contempló solo para los crímenes más horrendos. De ahí que solo fuese ejecutado un convicto en los territorios austriacos durante el reinado de José, mientras que el emperador remplazó a un juez húngaro que persistía en ejecutar criminales.

Las reformas judiciales prestaron especial atención a los campesinos, una vez confirmado el papel indispensable que desempeñaban en la producción de riqueza imponible. Una patente del 1 de septiembre de 1781 les otorgó asistencia legal gratuita en cualquier litigio contra sus señores; por el contrario, los propietarios tenían que asumir sus propios gastos, así como los costos de la asistencia legal si el campesino ganaba el caso. El establecimiento de normas profesionales tuvo el efecto adicional de excluir al señor de la presidencia de la corte señorial, excepto en los raros casos en que tenía las credenciales adecuadas. Incluso cuando decidían en contra del campesino, la patente de 1781 prohibía a los tribunales señoriales imponer multas o penas de cárcel por más de ocho días sin revisión por parte de los funcionarios de la corona.

La legislación campesina más importante llegó exactamente dos meses después, en forma de dos patentes emitidas el 1 de noviembre de 1781. Una fue la llamada Patente de Emancipación, que abolió la servidumbre en los territorios bohemios. Básicamente, otorgó a los campesinos de Bohemia los mismos derechos que ya disfrutaban sus compatriotas en los archiducados austriacos: pudieron entonces abandonar la casa señorial, comprar y vender tierras, casarse o comenzar un nuevo comercio simplemente notificándoselo a su arrendador. La extensión de la patente a Austria Interior y Galitzia (abril-julio de 1782) dejó a Hungría como el único territorio de la corona de los Habsburgo donde todavía existía la servidumbre. El mismo día en que emancipó a los campesinos de Bohemia, José emitió una Patente de Compra de Tierras que otorgó a los campesinos de la monarquía el derecho a asegurar la posesión hereditaria de la tierra que trabajaban. Muchos campesinos, de hecho, ya habían comprado esta seguridad de su arrendador, pero eran desalojados de todos modos. La patente no solo reafirmó las posesiones de tales campesinos «compradores», sino que también otorgó a cualquiera el derecho de comprar por un precio modesto. De ahí en adelante, los propietarios podrían desalojar solo a aquellos campesinos que estuviesen gravemente

endeudados, y solo tras obtener el permiso de los funcionarios de la corona.

Con las patentes de 1781, José dio un paso decisivo hacia el establecimiento de la libertad económica y la seguridad de los campesinos de la monarquía. Sin embargo, fueron solo los primeros pasos del programa agrario del emperador. Con el éxito del Sistema Raab, era solo cuestión de tiempo antes de que José se moviera en contra del servicio *robot* fuera de las tierras de dominio de la corona. Ese momento llegó con el Directiva de Regulación de marzo de 1783. Los campesinos de la monarquía tuvieron entonces la opción de conmutar su servicio laboral en los campos por el pago al propietario de una suma regular en efectivo o en cosechas. Habiendo perdido su fuerza laboral cautiva, a los propietarios se les ordenó entonces distribuir sus dominios entre sus campesinos arrendatarios, quienes podían trabajar a cambio de un salario negociado libremente. Aunque los campesinos todavía realizaban otras formas de servicio obligatorio relativamente menores, la Directiva de 1783 eliminó el trabajo de campo obligatorio en todos los dominios, excepto Galitzia. Aunque José optó por no confrontar a sus nobles polacos en este asunto, un año después emitió una nueva patente que redujo el servicio *robot* en Galitzia de cinco a tres días por semana.

La eliminación del *robot* de campo fue una tarea problemática. A nadie sorprendió que algunos propietarios protestasen porque las tarifas de conmutación eran demasiado bajas. Al mismo tiempo, sin embargo, muchos campesinos dejaron de realizar de la noche a la mañana otras formas de servicio obligatorio, convencidos como estaban de que José también las eliminaría pronto. También se produjeron problemas en la administración de la reforma. Para consternación de los campesinos, el sucesor de Raab, el conde Johann Paul von Hoyer, respondió a la presión de la nobleza otorgando términos menos favorables que los vigentes en los dominios de la corona. Consecuentemente, aumentó las tarifas de conmutación, redujo la duración de los contratos a solo tres o seis años y restringió el acceso de los campesinos a los edificios y equipos agrícolas que se encontraban en los antiguos dominios. José remplazó finalmente a Hoyer en febrero de 1785, en respuesta al creciente descontento de los campesinos y a la insistencia de sus propios ministros y funcionarios locales.

Para entonces, sin embargo, había surgido una crisis adicional en

Transilvania. En octubre de 1784, hasta treinta mil campesinos rumanos se rebelaron. Plantearon las demandas habituales: la abolición de la servidumbre, una reducción de las cargas señoriales y la redistribución de los dominios entre los campesinos. Sin embargo, aunque mataron a cientos de nobles, los campesinos apenas atacaron a la corona. Su líder, Vasile Nicula Horia, ya había visitado Viena tres veces, y allí había percibido la genuina preocupación y el compromiso de José por el bienestar de los campesinos. De ahí que tanto él como sus seguidores creyesen realmente que simplemente estaban cumpliendo las instrucciones del emperador contra la nobleza. José tampoco estaba ansioso por emplear la fuerza. Al igual que María Teresa había hecho en 1775, intentó resolver los asuntos con un mínimo de violencia, hasta el punto de que los sacerdotes ortodoxos acompañaban a sus tropas mientras marchaban por el campo. Una vez que Horia se dio cuenta de su error, disolvió sus fuerzas. Eso no lo salvó a él ni a los otros cabecillas, a quienes José ordenó quebrar en la rueda, para luego descuartizarlos. No obstante, el emperador nombró una comisión especial para investigar las quejas del campesinado. El 22 de agosto de 1785, un nuevo *urbarium* atendió sus necesidades aboliendo la servidumbre en todos los territorios húngaros de la corona.

El colapso de la política de consensos

Es justo decir que los primeros años del reinado de José habían sido un *tour de force* . No solo había logrado mucho, sino que había obtenido el apoyo de la gran mayoría de sus súbditos. Los elementos no privilegiados de la monarquía tenían todas las razones para estar de acuerdo con Sonnenfels, quien felizmente informó a sus alumnos de que todos los súbditos de José eran ahora «ciudadanos». El emperador también había conseguido cautivar a la élite intelectual de los funcionarios académicos y civiles de la monarquía, independientemente de su rango social. Por supuesto, no todos estaban contentos con todo lo que había hecho. La tolerancia religiosa y el establecimiento de una Iglesia estatal se llevaron por delante a muchos clérigos y laicos católicos, mientras que la eliminación de la servidumbre y el servicio *robot* en el campo preocupaban a la nobleza terrateniente. Sus intrusiones a veces extrañas en la vida privada de las personas molestaban a casi todos. Junto al revolucionario gesto de hacer que las prostitutas se sometiesen a exámenes médicos para detectar infecciones venéreas,

también prohibió a los nobles de menos de veinte años viajar al extranjero, para que no adoptasen malos hábitos, o peor, ideas subversivas. Quiso ampliar la equidad al más allá impidiendo que las familias desconsoladas erigiesen criptas, lápidas o que incluso identificasen con placas sobre las tumbas los nombres de sus seres queridos, aunque con ello dificultase que los dolientes las encontrasen. Para impedir la deforestación de los bosques de Europa y ahorrarles a los pobres el costo de los ataúdes, los difuntos debían descansar en bolsas de tela (si bien presumiblemente vestidos). Con la vista puesta en sus descendientes, prohibió a las mujeres usar corsés, para que no restringiesen su fertilidad. Y para equipar mejor a los fieles para la salvación, exigió a los sacerdotes que impartiesen la liturgia en el idioma local, ante la preferencia generalizada por el latín tradicional. Con todo, la consiguiente crítica pública y la resistencia pasiva solo alentaron al emperador a intensificar su incesante pretensión de erigir un Estado más perfecto.

Puede que los súbditos de José aceptasen de mala gana tales recortes en su autonomía personal, pero su autonomía regional era harina de otro costal. Desde la revuelta de Rákóczi (1703-1711), cada intento de reforma administrativa se había quedado a las puertas de amenazar la autonomía regional y la diversidad de los distintos territorios de los Habsburgo. En ninguna parte había sido esto más cierto que en Hungría. A pesar de la negativa de la nobleza magiar a plegarse a sus solicitudes fiscales, María Teresa había hecho todo lo posible para desarmar su persistente desconfianza complaciendo su ego personal y su orgullo nacional. Durante la última mitad de su reinado, nombró a varios magnates para altos cargos militares, diplomáticos y judiciales, al tiempo que creaba una Guardia Real Húngara (1760) y la Orden de San Esteban (1764) con el único propósito de honrar a ciertos nobles magiares. Apeló a las sensibilidades políticas de la Dieta colocando tanto a los funcionarios de Croacia como a la Diputación de la Corte Iliria (1777) bajo control húngaro, devolviendo el Banat (1778) y cediendo el puerto libre de Fiume (1779) de Austria Interior. Esta política de «violencia dulce» creó sin duda un potencial de buena voluntad, como lo demuestra el creciente número de élites magiares que buscaron empleo en el gobierno e inscribieron a sus hijos en el *Theresianum* .

José hizo más cosas para mejorar su reputación en Hungría:

reincorporó Transilvania a Hungría y transfirió la capital real de Pressburg a Buda en 1784. Pero ambos movimientos buscaban sencillamente la eficiencia administrativa, al igual que la fusión anterior de Bucovina con Galitzia y la ruptura de Silesia con Moravia. A continuación, José emprendió reformas administrativas y agrarias radicales que casi destruyeron el consenso y la confianza mutua que hasta entonces habían existido en el seno de la élite gobernante de la monarquía. En 1784 anunció que el alemán sería el idioma oficial para todos los asuntos del gobierno en los territorios centrales de la monarquía. Dio a los funcionarios públicos hasta tres años para aprender el idioma o perder sus trabajos. Para facilitar la transición, el alemán se convirtió en el idioma principal de instrucción tanto en la educación secundaria como en la universitaria, así como en los seminarios generales recién creados. Al mismo tiempo, comenzó a diseñar distritos administrativos completamente nuevos fuera de los *Erblande* . Una vez más, la eficiencia fue un factor, pero aún más importante fue su deseo de eludir a las autoridades provinciales que habían usado durante mucho tiempo su posición para bloquear las iniciativas nacionales de la corona. Primero se dirigió a Transilvania, donde los privilegiados terratenientes sajones habían resistido con éxito su intento de extender la igualdad civil al campesinado ortodoxo rumano. En julio de 1784 abolió el estatus especial de las tres nacionalidades privilegiadas de Transilvania y los condados que los representaban en la Dieta, y luego nombró a los primeros rumanos ortodoxos para el *gubernium* . En su lugar, creó nuevos distritos administrativos con fronteras que atravesaban las fronteras étnicas existentes. Un año después, remplazó a todos los condados de Croacia y Hungría central, junto con los funcionarios electos que los dirigían. En su lugar, creó diez distritos administrativos más o menos iguales, cada uno encabezado por un comisario designado por la realeza. Tampoco cedió José competencias a los cuerpos parlamentarios del reino. Aunque su madre ya había reducido la Dieta croata a poco más que un cuerpo ceremonial, la disolvió por completo en 1785. Entretanto, no convocó nunca la Dieta húngara, a pesar de los llamamientos de la nobleza magiar a convocar una Dieta de coronación y la confirmación de sus libertades constitucionales.

A Milán y los Países Bajos austriacos les esperaba un destino similar. Ya había una cierta simetría entre los dos territorios:

Kaunitz dirigió a ambos desde Viena a través de dos enviados especialmente designados, encerrando efectivamente a sus gobernadores de los Habsburgo en Bruselas: el hermano menor del emperador, el archiduque Fernando en Milán, y su hermana, la archiduquesa Marie Christine y su esposo. En 1786, el emperador llevó sus pretensiones de uniformidad hasta el siguiente nivel aboliendo el consejo de Estado y el senado de Milán, junto con sus numerosos privilegios municipales. En su lugar, creó una administración lombarda unificada para Milán y Mantua. A la cabeza se encontraba el todopoderoso consejo de gobierno de José que dirigía ocho distritos administrativos de nueva creación, cada uno de los cuales estaba a cargo de un comisario designado por la corona. José completó su golpe administrativo en enero de 1787 al remplazar las provincias históricas de los Países Bajos con un sistema de nueve distritos, cada uno de los cuales estaba encabezado por un intendente y subdividido en unidades más pequeñas dirigidas por comisarios reales. También privó a las provincias y municipios de su extenso poder legislativo, mientras los obligaba a registrar todos los edictos imperiales. Estas medidas tuvieron el efecto saludable de acercar a los hermanos de José: Fernando y María Cristina comenzaron una correspondencia febril en la que expresaron sus miedos y enojos comunes, incorporando posteriormente a su simpático hermano Leopoldo en Florencia. Pero la aplicación concurrente del Edicto de Tolerancia y de las patentes religiosas asociados a los Países Bajos austriacos causó indignación entre su población católica profundamente conservadora. La campaña de conformidad de José también incluyó la extensión del servicio militar obligatorio tanto a los Países Bajos como al Tirol, a pesar de la exención histórica del servicio militar de este último territorio. Mirando al futuro, presionó a su presunto heredero para que aceptase la absorción de Toscana en la monarquía tan pronto como uno de ellos muriese.

Los intentos de José de remplazar las instituciones tradicionales con un régimen más centralizado y uniforme depararon la oposición inmediata de las élites regionales, a las que no gustaban estas eficiencias administrativas que reducían en gran medida el número de funcionarios gubernamentales pagados, junto con los poderes formidables que portaban. Además, también lo tenían por un déspota extranjero que actuaba arbitrariamente sin ni siquiera consultar a sus propios funcionarios. Ya en 1785, Pietro Verri había

protestado por el desdén de José por la identidad distintiva de Milán retirándose del servicio público. Más al norte, los funcionarios del Tirol presionaban para que se restableciese la exención tradicional del condado del servicio militar obligatorio. Fieles a su larga tradición de lealtad incondicional a la dinastía, el patriciado milanés y el régimen tirolés se contentaron con expresiones de preocupación más bien tibias.

Los Países Bajos austriacos estaban bastante menos comedidos. En 1787, una alianza heterogénea de clérigos, nobles y burgueses había organizado una muestra masiva de desobediencia civil. Los líderes de la Iglesia condenaron públicamente el Edicto de Tolerancia, mientras que sus estudiantes se manifestaron en contra de la introducción de seminarios generales estatales. Los terratenientes de Brabante se negaron repetidamente a pagar impuestos. Los panfletistas compararon a José con inveterados tiranos como Atila y Nerón, así como con su antiguo enemigo, el duque de Alba. Los representantes de José accedieron inicialmente a las demandas de los contendientes, hasta que el envío de refuerzos les permitió restaurar el orden y retirar todas las concesiones que habían hecho. Sin embargo, muchos líderes de la oposición se refugiaron simplemente en las vecinas Provincias Unidas y el obispado de Lieja, y allí comenzaron a organizar una insurrección armada.

El emperador reaccionó a los primeros informes sobre estos problemas con una mezcla de incredulidad y determinación. No podía entender cómo sus sujetos podían oponerse a las reformas que se concibieron expresamente para beneficiarles. En el centro de su incomprensión estaba su incapacidad para apreciar cómo las personas podían preferir las formas tradicionales sobre lo que era más racional y útil. No estaba dispuesto a tolerar un comportamiento tan irracional. A finales de 1787, la revuelta belga lo indujo a reimponer la censura política en toda la monarquía. Al poco tiempo, el verdugo público estaba quemando libros en la plaza principal de Bruselas.

Mientras que la restructuración administrativa privó a la nobleza de su poder político, las nuevas iniciativas agrarias del emperador amenazaron seriamente su bienestar económico. Los fisiócratas habían argumentado durante mucho tiempo que, dado que la agricultura era la única fuente de riqueza de la nación, los gobiernos deberían basar todos sus ingresos en un impuesto único y uniformemente evaluado sobre las tierras agrícolas. José había

resuelto hacer exactamente eso. En 1784 ordenó un nuevo catastro de todas las tierras cultivables de la monarquía, con la intención de convertirlo en la base de futuros impuestos. La conmutación anterior del servicio *robot* había reducido la necesidad de distinguir entre tierra rústica y dominical, especialmente porque la intención de José era gravar ambas al mismo ritmo. Sin embargo, el nuevo catastro resultó ser una tarea enormemente difícil y lenta. Aunque compensó la falta de agrimensores experimentados empleando ingenieros del ejército e incluso campesinos, el trabajo se prolongó hasta el final de la década.

Para entonces, José había emitido otro edicto aún más audaz. El Reglamento Tributario y Agrario del 10 de febrero de 1789 decretó que, con la implementación del nuevo catastro, los campesinos que cultivaban sus propias tierras «rústicas» no pagarían más de un treinta por ciento de sus ingresos en impuestos, de los que el doce por ciento iría a parar al Estado y un dieciocho a los propietarios, la Iglesia y la comunidad. Esto supuso una ganancia sustancial e inesperada para quienes estaban cubiertos por el edicto, ya que el campesino típico dedicaba más del setenta por ciento de sus cultivos a los impuestos. También representaba un sacrificio significativo para quienes habían vivido previamente de ellos. Aunque hasta ahora el campesinado de los *Erblande* había pagado el cuarenta y dos por ciento de sus ingresos en impuestos estatales, José esperaba compensar la mayor parte del déficit imponiendo impuestos sobre las parcelas que no habían sido registradas anteriormente y recaudando mayores gravámenes fuera de los territorios hereditarios. En los territorios bohemios y húngaros (solo el veinte por ciento en Bohemia propiamente dicha), muchos propietarios sintieron que José extendería el Reglamento a sus propios dominios. De ocurrir tal cosa, sus ingresos se reducirían a la mitad.

De hecho, el Reglamento representaba una desviación significativa respecto a iniciativas anteriores. Al igual que su madre y tantos monarcas ilustrados en otros lugares, José se había esforzado hasta entonces en proteger a todos sus súbditos de los efectos nocivos de sus reformas, incluidos grupos privilegiados como la nobleza, el clero y los laicos católicos. Incluso tras abolir la servidumbre y conmutar el servicio *robot* , José había esperado que los terratenientes fuesen ampliamente compensados por la mayor productividad de un campesinado más libre y próspero. Pero

entonces varios de sus ministros se opusieron al Reglamento, porque expropiaba los derechos de propiedad de los terratenientes sin ofrecer ningún tipo de compensación a cambio. Uno de los principales críticos de entre el personal de confianza de José fue Karl von Zinzendorf, ahora presidente de la Comisión del Tribunal de Regulación Fiscal, quien fue el responsable de diseñar el nuevo esquema impositivo. El incisivo memorando que presentó en febrero de 1788 no solo hablaba de los derechos de propiedad del arrendador, sino que acusaba al emperador de actuar demasiado apresuradamente en la implementación del proyecto antes de que se pudieran resolver varios problemas que lo aquejaban. José depuso inmediatamente a Zinzendorf, pero el canciller austrobohemio Chotek continuó la lucha hasta el 5 de febrero de 1789, fecha en la que renunció antes de firmar el Reglamento. Con su proclamación, la escena cambió de Viena a los territorios de la corona. La protesta fue más fuerte en Galitzia, Hungría e incluso en Bohemia, donde la nobleza era la que más perdía por el tope impuesto a las tarifas señoriales. La actitud de muchos campesinos, que retuvieron todos los pagos de impuestos durante meses —convencidos de que habría otras reducciones en breve—, tampoco fue de ayuda. El emperador acordó retrasar finalmente la implementación de la regulación hasta finales de 1790, en parte porque el nuevo catastro probablemente no se completaría mucho antes.

Por supuesto, hubo más puntos de discordia en Hungría, el único país de la corona donde tanto la reforma fiscal como la autonomía política eran cuestiones de peso. Los magiares también fueron el único grupo étnico dentro de las tierras centrales que se opuso seriamente a la imposición del alemán como el idioma oficial de administración. Aunque aceptaron el argumento de José de que el latín era una lengua muerta, insistieron entonces en que fuera remplazado por el magiar, en lugar de por el alemán. Al juntarse a la abolición de las instituciones gubernamentales tradicionales del reino, acusaron a José de lanzar un programa sistemático de germanización que finalmente los destruiría como nación. Al final, la nobleza magiar revivió a toda prisa las asambleas del condado con el fin de unirse a Bélgica en una rebelión armada contra el dominio de los Habsburgo.

Por sí mismos, ni la revuelta belga ni la incipiente conspiración magiar representaban una amenaza insuperable, especialmente dado el imponente tamaño del ejército austriaco. Como en el

pasado, solo la intervención extranjera en su nombre podría amenazar la integridad constitucional y territorial de la monarquía. Sin embargo, la política exterior agresiva de José también lo había expuesto a una intervención externa. Al igual que con su política interior, el emperador dio sus primeros pasos en falso a mediados del reinado. Hacia finales de 1784 intentó eliminar los derechos extraterritoriales restantes que los holandeses disfrutaban en los Países Bajos austriacos. Se aseguró fácilmente de que retiraban las fortalezas de barrera, que se habían convertido en un anacronismo a raíz de la alianza austro-francesa. Sin embargo, los holandeses se mantuvieron firmes cuando amenazó con la guerra si no terminaban su bloqueo de doscientos años del estuario del Escalda y el otrora gran puerto de Amberes. Por el Tratado de Fontainbleau (noviembre de 1785), los holandeses le pagarían a José una indemnización de diez millones de florines, aunque el Escalda permanecería cerrado.

Al no haber podido liberar el salvavidas comercial de Bélgica, José hizo un segundo intento de cambiar los Países Bajos austriacos por Baviera. Durante 1785 volvió a alistar en su bando al elector Carlos Teodoro prometiéndole todo el territorio excepto Luxemburgo, que ofreció a Francia a cambio de su apoyo diplomático. Además, José se comprometió a elevar al elector al rango soberano de rey de Borgoña, un título que esperaba que también le ganase el apoyo del problemático presunto heredero de Carlos Teodoro, el duque Carlos Augusto de Zweibrücken. Sin embargo, todo el proyecto se vino abajo cuando José incumplió su promesa de entregar Luxemburgo a los franceses, quienes rápidamente retiraron su apoyo e informaron a Prusia del proyecto. Federico utilizó luego esta nueva evidencia para convencer a los principales príncipes alemanes de que José representaba una amenaza para la integridad territorial del imperio. Para julio de 1785 se había unido a Hannover y Sajonia en una Liga de Príncipes (*Fürstenbund*) dedicada a proteger a los Estados alemanes contra los designios del emperador. En un año la liga aglutinó hasta dieciocho miembros, incluidos Zweibrücken y el arzobispo católico de Maguncia.

Con estos dos proyectos, José había adquirido la reputación poco envidiable de ser el típico expansionista, y además ineficaz. Como resultado, Prusia no solo estaba motivada para oponerse a todos los movimientos de José, sino que podía estar segura de contar con todos los aliados que creyesen que era necesario y posible frustrar

sus planes de expansión. Para desgracia de José, ahora era percibido como un agresor incluso en los Balcanes, donde no tenía intenciones agresivas. Es cierto que José había buscado la alianza rusa principalmente para separarla de Prusia, al igual que Kaunitz había hecho con Francia en 1756. Sin embargo, también lo había visto como un vehículo para moderar la expansión de Catalina II en los Balcanes, preservando así el imperio otomano como amortiguador entre ellos. No era una tarea sencilla. Cuando Catalina anexó repentinamente Crimea en 1783, dejó de lado la sugerencia de Catalina y Kaunitz de hacerse con los principados danubianos de Valaquia y Moldavia para no provocar un gran conflicto con el sultán. En vez de eso, envió tropas a la frontera otomana para obligar al sultán a permanecer en paz. De ahí su conmoción en agosto de 1787 cuando el sultán declaró inesperadamente la guerra a Rusia. En 1737, la monarquía se vio obligada a unirse a su aliado ruso en un conflicto no deseado en los Balcanes, a pesar de los disturbios domésticos generalizados que había de afrontar en sus propios dominios.

Aunque Federico II había muerto recientemente, su sucesor Federico Guillermo II (1786–1797) hizo todo lo que estaba en su poder para convertir el conflicto en una pesadilla. Primero indujo a Suecia a invadir Finlandia, evitando así que el principal ejército de campo ruso ayudara a las fuerzas austriacas en los Balcanes. Con más de doscientos mil del ejército de trescientos cincuenta mil hombres de la monarquía a su disposición, el mariscal de campo Lacy tenía las herramientas para enfrentarse en solitario a los turcos. Sin embargo, como Daun antes que él, Lacy era un buen administrador, pero un comandante irresoluto. Durante 1788, su incapacidad para evitar que los turcos invadieran el Banat llevó a José a asumir el mando personal del ejército. Puede que el emperador contara con ganarse el epíteto «el Grande» que las conquistas militares habían otorgado a Federico y Catalina. En vez de eso, el pantanoso terreno del bajo Danubio inmovilizó al ejército con disentería, tifus y malaria, mientras arruinaba la salud del emperador. En su estado debilitado, José pronto contrajo tuberculosis, y eso lo obligó a regresar a Viena.

Su partida dejó al ejército en manos del talentoso mariscal de campo Laudon. En el transcurso de 1789, Laudon capturó Serbia, incluido Belgrado, mientras una fuerza separada ocupaba la mayor parte de Moldavia. Al mismo tiempo, un ejército ruso-austriaco bajo

el mando del mariscal Suvorov conquistó Valaquia y su capital, Bucarest. El avance aliado fue tan rápido que Kaunitz presionó entonces a José para que contemplase la posibilidad de repartirse los Balcanes con Rusia, aunque eso significase remplazar a los turcos con un vecino mucho más poderoso. No tenían de qué preocuparse. Con el ejército austriaco varado en los Balcanes, Federico Guillermo aprovechó la oportunidad para colocar a su adversario de los Habsburgo en un aprieto. A principios de 1790 cerró una alianza ofensiva con el sultán; con el deshielo de primavera, un ejército prusiano invadiría Bohemia. Antes incluso de cerrar esta alianza, envió dinero y agentes provocadores para ocasionar revueltas en Hungría y los Países Bajos; hasta envió tropas prusianas a Lieja, tratando de introducir una cuña entre Bélgica y Luxemburgo. Con la confianza del apoyo prusiano, muchos nobles magiares comenzaron a exigir una Dieta para destronar a los Habsburgo; Federico Guillermo sugirió remplazarlos con el duque proprusiano de Sajonia-Weimar.

A pesar de que sus ejércitos avanzasen por los Balcanes, José se mantuvo a la defensiva en casa. En mayo de 1789 impuso a todas las publicaciones periódicas el deber de limitar el número y la influencia de sus críticos. Dos meses más tarde cerró un periódico vienés que había sido particularmente hostil con su gestión. José también dio considerable libertad al laborioso conde Pergen, que no solo había fundado recientemente la policía secreta, sino que se distinguió por espiar a ciudadanos privados y pasarle informes semanales sobre el estado de la opinión pública. Sin embargo, incluso cuando Pergen y Kaunitz lo presionaron para que retirase algunas de sus patentes más impopulares, José implementó medidas adicionales en los Países Bajos austriacos, incluida la revocación de la *Joyeuse Entrée* , la carta magna que recogía los derechos y privilegios que habían disfrutado durante los últimos cuatro siglos. En octubre, los exiliados belgas reingresaron a los Países Bajos austriacos a la cabeza de un pequeño ejército. Unidos a la gente del pueblo que arrojaba piedras y a los campesinos que empuñaban horcas, solo necesitaron dos meses para expulsar a todas las fuerzas austriacas de la mitad occidental del país. Aunque Luxemburgo permaneció bajo el control de los Habsburgo, el resto de las provincias declaró entonces su independencia bajo la denominación de *États belgiques unis* (31 de enero de 1790).

La avalancha de acontecimientos en Bélgica y Hungría, así como el

progresivo declive de su salud, inclinaron a José a reconsiderar su curso. A su hermano y heredero, Leopoldo, le confesó: «Soy desafortunado en todo lo que emprendo [...] ya no me atrevo a tener una opinión y ponerla en práctica». Comenzó con bastante modestia al anunciar que convocaría la Dieta húngara para escuchar sus quejas y ser coronado formalmente; entretanto, prometió adherirse a la constitución del reino. Sin embargo, tras enterarse del inminente ataque prusiano, la retirada de José se convirtió en una derrota. A finales de enero revocó sus reformas administrativas, terminando así su cruzada para convertir la monarquía en un Estado burocrático altamente centralizado. También restauró la Dieta croata y ordenó que la corona de San Esteban regresase a Buda después de una ausencia de dos siglos y medio. Mientras tanto, para evitar una guerra en dos frentes, decidió buscar un acuerdo con el sultán y el rey de Prusia. Tres semanas después, la muerte privó a José de la oportunidad de hacer más enmiendas. Desde su lecho de muerte compuso su propio epitafio: «Aquí yace José II, que fracasó en todo lo que emprendió».

LEOPOLDO II (1790-1792)

El «emperador revolucionario» dejó a su sucesor al frente de una tarea monumental. Bélgica ya había cortado todos los lazos con la monarquía, y Hungría amenazaba con hacer lo mismo. También hubo disturbios considerables en los territorios hereditarios, principalmente a causa de los mayores impuestos y precios ocasionados por la guerra turca. Con la mayor parte del ejército varado en los Balcanes, había pocas posibilidades de frustrar los ataques prusianos o las insurrecciones domésticas que estos habían contribuido a incitar. La monarquía tampoco podía esperar ayuda de sus aliados rusos y franceses. Con dos guerras propias en Finlandia y los Balcanes, Catalina II no estaba en condiciones de enviar fuerzas adicionales a Alemania. Mientras tanto, Luis XVI había quedado totalmente inmovilizado por el estallido de la Revolución francesa durante el verano anterior. Como María Teresa medio siglo antes, el sucesor de José necesitaba moverse rápida y hábilmente para mantener intacta su herencia.

Una vez más, no obstante, a la monarquía la salvó la capacidad de sus gobernantes para adaptarse a las situaciones que heredaron. Al igual que su difunto hermano, Leopoldo era un hijo de la Ilustración. Durante su reinado de veinticinco años como Gran

Duque de la Toscana, Pedro Leopoldo (1765-1790), había establecido un historial envidiable como reformador ilustrado. Sin embargo, se parecía más a su madre en su disposición a alcanzar compromisos y someterse al control constitucional de su autoridad real. Y lo que es más importante: Leopoldo era un negociador experto, con un sinuoso talento para jugar a dos bandas. Deshizo enseguida el daño causado por las iniciativas más controvertidas de José. Abolió la Comisión del Tribunal de Regulación Fiscal (22 de marzo), eliminando así el límite del treinta por ciento sobre los impuestos campesinos antes de que pudiera implementarse. También devolvió la responsabilidad de imponer y recaudar impuestos a las provincias. Una semana después derogó el servicio militar obligatorio en el Tirol. Además, aplacó a los conservadores tiroleses y a los católicos de otros lugares eliminando los seminarios generales y restituyendo algunos monasterios. En mayo, Leopoldo hizo su concesión más importante al otorgar a los terratenientes el derecho a rechazar la conmutación de los servicios *robot* ; propietarios y campesinos tendrían que negociar (o rechazar) contratos de mutuo acuerdo, sin la participación de funcionarios del gobierno. Aunque Leopoldo instó a los nobles a tratar bien a sus súbditos, el decreto garantizaba que volverían a disfrutar de una ventaja al tratar con sus campesinos. Excepto por la continuación de la asistencia legal gratuita, la corona se retiró entonces del asunto de proteger activamente a los campesinos, retrocediendo a una postura más pasiva de «arbitraje» de aquellas disputas que reclamasen su atención.

Por supuesto, la reincorporación del servicio *robot* se enfrentó a las protestas silenciosas de los funcionarios ilustrados y a la breve resistencia de algunos campesinos. La retirada estratégica de Leopoldo, sin embargo, tranquilizó rápidamente a los elementos conservadores y tradicionales de la monarquía. La calma resultante también le dio más espacio para maniobrar en sus negociaciones con Federico Guillermo II de Prusia. Durante el mes de marzo, Leopoldo había informado al rey de su disposición a renunciar a las ganancias territoriales en los Balcanes. En julio, sus diplomáticos habían obtenido en Reichenbach una promesa prusiana de no atacar a la monarquía o fomentar la rebelión entre sus súbditos. La convención también facilitó la elección de Leopoldo como emperador del Sacro Imperio Romano dos meses más tarde. A cambio de estas concesiones, Leopoldo se vio obligado a concluir la

paz con los turcos sobre la base del *statu quo ante bellum* . Aunque las conversaciones de paz se prolongaron durante casi un año, el resultante Tratado de Sistova (agosto de 1791) devolvió todas las conquistas de Laudon, excepto la ciudad de Orsova del río Danubio y una franja de terreno montañoso de setecientos kilómetros cuadrados a lo largo de la frontera bosnio-croata.

La convención de Reichenbach y la inminente paz con el imperio otomano dejaron al emperador libre para confrontar a sus rebeldes súbditos húngaros y belgas. También pudo fortalecer aún más su mando explotando hábilmente las tensiones en cada país. Cuando convocó la Dieta húngara en septiembre, no tuvo problemas para reformar la alianza tradicional de la dinastía con los magnates, cuyos privilegios estaban siendo desafiados por la nobleza, más numerosa. Rápidamente convocó Dietas de coronación en Pressburg y Praga. También reincorporó a las tres naciones privilegiadas de Transilvania, lo cual consternó a la nueva mayoría rumana del principado; no obstante, se aseguró el apoyo de los serbios convocando a su Consejo Nacional de la Iglesia y admitiendo a los primeros clérigos y nobles ortodoxos en la Dieta húngara. En su mayor golpe, Leopoldo persuadió a las provincias croatas para que se fusionasen con la Dieta húngara, una medida que aumentó la influencia de ambas partes en sus deliberaciones. Cuando se suspendió la Dieta, había concedido poco más que la restauración de la relación constitucional que existía a la muerte de María Teresa. Además, nombrando a su hijo Alejandro para ocupar el puesto vacante de palatino, Leopoldo no solo aplacó a la Dieta, sino que se aseguró de la lealtad del funcionario más alto del reino. No tuvo menos éxito en los Países Bajos, donde el clero y la nobleza del país se habían enfrentado con elementos más democráticos inspirados por la Revolución francesa. Al explotar esta grieta y repudiar los decretos de José, Leopoldo pudo restablecer su autoridad a finales de 1790, solo doce meses después de la declaración de independencia de las provincias.

En menos de un año, Leopoldo había rescatado a la monarquía del fantasma de otra lucha por su subsistencia. Hubo que pagar un alto precio por ello. Atrás quedaron el límite de impuestos del treinta por ciento para los campesinos, la conmutación de los servicios *robot* , los seminarios generales y el reclutamiento militar en el Tirol y Bélgica. Las perspectivas de un extenso imperio balcánico también se habían esfumado. Sin embargo, gracias a su hábil manejo de la

crisis, el nuevo emperador también había salvado gran parte del legado de su hermano. Los campesinos eran entonces personalmente libres; el clero estaba más comprometido a servir las necesidades de sus feligreses; las minorías religiosas disfrutaban de una mayor tolerancia; el sistema educativo y la censura se habían secularizado; la ley se había vuelto más justa y humana. Además, la intervención de Leopoldo propició que la estatura de José alcanzase proporciones míticas entre las generaciones futuras de funcionarios civiles, intelectuales, campesinos y minorías nacionales y religiosas perseguidas.

Tampoco se durmió Leopoldo en los laureles. Una vez que se restableció el orden, reintrodujo una serie de innovaciones ilustradas. Se aliviaron la mayoría de las restricciones de José sobre la libertad de expresión, incluido el deber de limitar las críticas de los periódicos. También ordenó al conde Pergen que liberase al puñado de opositores políticos que la policía había detenido y le advirtió que había que asegurar un proceso justo para todos los acusados de criticar o conspirar contra el gobierno. Cuando Pergen dimitió en señal de protesta, Leopoldo lo remplazó con Sonnenfels, quien rápidamente amplió las responsabilidades de la policía en cuanto al suministro de servicios sociales, mientras reanudaba la larga tarea de codificación legal.

Leopoldo también se ocupó activamente de los elementos desfavorecidos de la monarquía. Hizo importantes propuestas a los protestantes y serbios de Hungría, para quienes creó brevemente una cancillería iliria (1791–1792). También promovió un aumento de la representación burguesa en las Dietas bohemia, estiria y húngara. Incluso planeó reanudar el proceso para conmutar los servicios *robot* en dominios de los nobles tan pronto como su posición se volviese lo suficientemente segura. Al igual que su hermano, Leopoldo se dio cuenta de que cada una de estas innovaciones enfurecería esa entente de nobles y católicos que comprendía la mayor parte de la élite gobernante de la monarquía; a diferencia de su hermano, tenía la habilidad política de movilizar a la mayoría no privilegiada del país para fortalecer su mando en cualquier confrontación futura con aquellos.

La monarquía de los Habsburgo y el final del Antiguo Régimen

En solo dos años, Leopoldo II había preservado la mayor parte del legado de José, al tiempo que evitaba la perspectiva, muy real, de

tener que afrontar una rebelión interna y una invasión extranjera. Tras escapar a la catástrofe, la monarquía y su pueblo estaban en una posición mucho más fuerte de lo que lo habían estado en el pasado. Aparte de los logros políticos del último medio siglo, habían adquirido otros atributos propios de los principales Estados y sociedades de Europa occidental.

La economía había crecido considerablemente, gracias en gran medida a las políticas del gobierno. Así como las numerosas reformas de los *urbarium* habían ayudado a aumentar la productividad agrícola, las iniciativas mercantiles, más convencionales, habían tenido un impacto positivo en la manufactura y el comercio. La red de transporte de la monarquía había mejorado constantemente, ya que María Teresa y su hijo continuaron con el compromiso de Carlos VI de dragar ríos y construir nuevas carreteras. También fortalecieron las industrias nativas al aumentar continuamente las barreras contra las importaciones extranjeras, especialmente con un arancel de 1764 impuesto a los bienes de Silesia y a la ristra de prohibitivos aranceles establecidos por José en 1784. La economía nacional también se benefició de la adopción simultánea de estrategias mercantiles más liberales que reflejaban la creciente influencia de José, Kaunitz y otros ministros durante la última década de la corregencia. Su éxito más sonoro llegó en 1775, cuando María Teresa eliminó todos los peajes internos en los territorios hereditarios, excepto el Tirol (que todavía dependía del comercio de tránsito entre Italia y Alemania). Sin embargo, la emperatriz logró una unión comercial más estrecha con los Países Bajos austriacos en 1777, aunque solo tras nueve años de negociaciones. Cuando José integró Galitzia en la unión aduanera en 1784, creó una de las zonas de libre comercio más grandes de Europa.

La unión aduanera tampoco fue el único paso del gobierno hacia la libertad de empresa. En 1776 contempló eliminar virtualmente todos los privilegios del gremio. Aunque la emperatriz todavía era reacia a hacer un movimiento tan dramático, José II terminó sus privilegios exclusivos nada más producirse su sucesión. Abolió incluso algunos gremios y revirtió sus propiedades al uso público. La emperatriz y su hijo espolearon también a las nuevas industrias de la monarquía para que compitiesen en un mercado libre, con un mínimo de asistencia financiera del gobierno. Los subsidios comerciales se redujeron de un máximo de un millón de florines en

1770 a solo doscientos cincuenta mil en 1786. Aunque ambos monarcas todavía eximían a las nuevas empresas de los impuestos durante sus inicios, José tan solo les ofrecía exenciones de impuestos menores a partir de entonces; también se negó a hacerse cargo de las empresas que tenían problemas. Un rincón de la monarquía que no necesitaba asistencia comercial era Bélgica. Mientras sus industrias florecieron, la entrada de Francia y las Provincias Unidas en la guerra de Independencia de los Estados Unidos en 1778 dio a sus puertos neutrales un impulso tras el que estaban las fantasías barrocas de Carlos VI. En 1780, el tráfico de barcos de Ostende había aumentado de un barco por día a ocho, una recompensa que José II intentó perpetuar convirtiendo a la ciudad en un puerto libre (1781) y concluyendo un tratado comercial con los Estados Unidos (1783).

Parece que esta combinación ecléctica de proteccionismo y *laissez-faire* benefició a las empresas industriales de la monarquía. En Bohemia y Moravia, el número de trabajadores involucrados en la fabricación casi se duplicó hasta los setecientos cincuenta mil en los quince años posteriores a la creación de la unión aduanera; una de cada seis personas que seguía en Bohemia trabajaba entonces al menos a tiempo parcial para una empresa industrial. El crecimiento fue aún más rápido en la Baja Austria, que quintuplicó su fuerza de trabajo industrial hasta cerca de cien mil personas en las primeras dos décadas tras la guerra de los Siete Años. Aunque los *Erblande* fueron unos de los principales productores de hierro del continente y también exportaron productos de vidrio, porcelana y papel, la mayor parte del crecimiento en la fabricación se concentró todavía en la industria textil. De hecho, el número de fábricas textiles bohemias y moravas casi se cuadruplicó, pasando de veinticuatro a noventa y cinco, durante los reinados de José II y Leopoldo II. Con más de diez mil trabajadores, Linz poseía una de las fábricas de lana más grandes e importantes del continente. Baja Austria se había convertido en un importante productor de algodón; en 1790, una fábrica en Schwechat, fundada originalmente por Carlos VI, empleaba a 3306 trabajadores. Incluso el pueblo tirolés de Imst podía presumir de que una sola de sus corporaciones empleaba a siete mil trabajadores del algodón y la lana.

Como de costumbre, Hungría seguía siendo la excepción a la regla. Después de la guerra de los Siete Años, María Teresa rechazó el consejo de algunos de sus asesores liberales, quienes la instaron a

promover nuevas industrias allí, siempre y cuando no compitiesen directamente con las de los *Erblande* . Justificó su posición argumentando que el desarrollo industrial solo beneficiaría a los mismos aristócratas que habían tumbado su petición de una Contribución sustancialmente más alta en la Dieta de 1764. Por lo tanto, excluyó el reino del Consejo Comercial de la Corte que se había fundado en 1762. También se negó a mantener una unión aduanera con las otros territorios centrales, argumentando que los aranceles de importación y exportación eran la única forma en que podía obligar legalmente a los húngaros a soportar una parte más equitativa de los impuestos de la monarquía. Tampoco tenía ningún sentido fiscal permitir que los húngaros, sometidos a pocos gravámenes, desarrollasen industrias con ventajas competitivas sobre los productores austriacos que proporcionaban a la *Hofkammer* ingresos vitales. Los propios fabricantes de los territorios hereditarios eran, de hecho, los principales beneficiarios. La unión aduanera de 1775 no solo protegió a sus industrias de la competencia húngara, sino que también redujo el arancel de sus exportaciones húngaras a un máximo del cinco por ciento; al mismo tiempo, los prohibitivos aranceles de exportación privaron a los productores de cereales, vino y ganado del reino de sus mercados tradicionales en Venecia, Polonia, Sajonia y Silesia Prusiana, obligándolos así a entregar sus alimentos a los *Erblande* . Como concesión, le dio al reino una plataforma libre para las importaciones en el Mediterráneo al ceder Fiume a Hungría. No obstante, en 1790, el ochenta y siete por ciento de las exportaciones húngaras y el ochenta y cinco por ciento de sus importaciones se realizaron desde los territorios de la corona en Austria y Bohemia.

Por el contrario, los *Erblande* tenían acceso a considerables puntos de venta extranjeros para sus productos. La expansión fue especialmente notable en el sur, lo que hizo realidad el sueño de Carlos VI de fraguar un comercio de exportación marítimo. En 1769, la monarquía tenía no menos de veinticinco consulados que desarrollaban relaciones comerciales en todo el mundo mediterráneo, incluidos quince en el imperio turco. Las relaciones con los dominios otomanos se duplicaron de 1771 a 1788, y llegaron a representar alrededor del veinte por ciento del comercio exterior. Incluso se animó a las tierras de la corona húngaras a comerciar con los otomanos, ya fuese a través del Danubio o a través de Fiume, que se había convertido en un puerto libre tras su

cesión a Hungría en 1779. Por supuesto, el comercio del Adriático se mantuvo centrado en Trieste, que contaba con veinte mil personas y cincuenta compañías fabricantes en 1786; un tercio de las exportaciones de la monarquía pasaba por el puerto. Tal vez las más notables fueron las empresas comerciales de la monarquía en el Océano Índico. Aunque desprovista de su carta imperial, la Compañía Ostende revivió por obra de sus inversores privados. Gracias en gran parte a sus esfuerzos, en 1763 había una docena de buques mercantes de los Habsburgo navegando por las Indias Orientales. Durante los siguientes dos decenios, otras empresas establecieron puestos de avanzada en Mozambique, la Costa Malabar de la India y las Islas Nicobar.

La constante expansión económica había venido acompañada de un aumento correspondiente de la población, especialmente en los pueblos de la monarquía. Gracias en gran parte al crecimiento combinado de la industria y el gobierno, el quince por ciento de los nueve millones de personas de los *Erblande* vivían entonces en centros urbanos. Viena misma albergaba a más de doscientas mil personas, casi trescientas mil contando sus suburbios. Mientras tanto, los ochenta mil habitantes de Praga tenían el doble del tamaño que cualquier otra ciudad en los territorios centrales de la monarquía, aunque muy por debajo de los 112 000 (1774) de Bruselas y los 131 000 (1790) de Milán.

La industrialización estimuló un crecimiento aún mayor de la población en el campo, donde había menos competencia por parte de los gremios y una amplia oferta de mano de obra. La manufactura rural tuvo el mayor impacto demográfico en los campesinos pobres, que pudieron entonces mantener a familias más grandes con los salarios que ganaban. El trabajo artesanal también permitió a sus hijos formar una familia a una edad más temprana, acelerando aún más el crecimiento de la población. Tampoco debemos pasar por alto el efecto positivo de la patente bohemia *robot* de 1775, que dejó a disposición del aldeano más tiempo de trabajo al reducir su servicio de trabajo a la mitad. De hecho, los efectos combinados de las empresas rurales y la reforma de los *urbarium* explican por qué la población de Bohemia aumentó en un cincuenta por ciento en la segunda mitad del siglo, en comparación con el diez por ciento en los territorios austriacos.

El imparable resurgimiento demográfico de Hungría exige una explicación diferente. Obviamente, ocho décadas de paz habían

permitido al reino recuperarse de los niveles de población anormalmente bajos que alcanzados en 1711. Lo que sorprendió a todos después del censo de 1787 fue que casi se había triplicado en tamaño, hasta los 9,7 millones de habitantes, aproximadamente el doble de lo que se estimaba; con 6,5 millones, Hungría propiamente dicha era por entonces el territorio de la corona más poblado de toda la monarquía. Sus ciudades, como las de Transilvania, habían triplicado su tamaño, tanto por el restablecimiento de una clase artesanal, como porque muchos campesinos continuaron viviendo en sus ciudades reales (442 000) o en las ciudades de mercado (1,6 millones). Tampoco vino mal que la corona hubiese promovido constantemente el crecimiento de ciudades reales, a las que podía gravar más libremente. Como resultado, Hungría pasó a ser el único dominio de los Habsburgo con seis ciudades de más de veinte mil habitantes. Pressburg aún ocupaba el primer lugar con treinta mil, pero la transferencia del gobierno central de José II a Buda en 1784 había impulsado a las ciudades gemelas de Buda y Pest a alcanzar una población combinada de cincuenta mil habitantes. La capital transilvana de Hermannstadt (Sibiu), que había sido la ciudad más grande de Hungría en 1700, ocupaba ahora el noveno puesto. Sin embargo, como en los *Erblande* , la mayor parte del crecimiento real se produjo en el campo, que todavía albergaba el setenta y cinco por ciento de la población. En 1792, la afluencia de medio siglo de medio millón de colonos y un número igual de inmigrantes balcánicos reclamó u repobló las fronteras sur y este del reino. Con un millón y medio de habitantes, Transilvania casi había duplicado su tamaño desde 1711. Mientras tanto, los distritos centro-sur regados por el Tisza, el Sava y el Bajo Danubio se habían multiplicado por diez en el mismo período, hasta totalizar más de setecientas mil personas, gracias en parte a dos olas más de colonos traídos por José II y Leopoldo II. El propio Banat se había multiplicado por veinte desde 1718, hasta aproximadamente cuatrocientas mil personas. En el extremo sur del reino, la serpenteante Frontera Militar había pasado de ser una estéril tierra de nadie a ser el hogar de casi un millón de personas, incluidos cien mil soldados.

Con veintiséis millones de personas y una extensión de cuatrocientos mil kilómetros cuadrados, la monarquía estaba entonces casi tan poblada como Francia y era más grande que cualquier otro país, excepto Rusia [3] . Es cierto que el crecimiento

de la población puede ser una bendición y un castigo a menos que esté acompañado de aumentos paralelos en el suministro de alimentos. De hecho, el aumento de un siglo había reducido los niveles de nutrición en áreas densamente pobladas. En Viena, los precios del pan habían aumentado en un tercio entre 1730 y 1780, mientras el consumo de carne disminuía sustancialmente. Los registros de reclutamiento del ejército sugieren incluso que la altura promedio de los súbditos de Bohemia y la Baja Austria se redujo en cinco centímetros en el transcurso de su reinado. Para entonces, sin embargo, el efecto acumulado de las políticas internas del gobierno había ayudado a superar la crisis de subsistencia y asegurar un mayor crecimiento de la fuerza laboral industrial. Las mejores condiciones de trabajo ayudaron a los campesinos a cultivar más alimentos, al igual que las mejoradas calzadas facilitaron su entrega a los centros urbanos. Mientras tanto, la eliminación por parte de José II de los privilegios de la servidumbre y de la mayoría de los gremios aseguraba un flujo continuo de mano de obra para los trabajos manufactureros.

Como lo había hecho en el pasado, la riqueza y la prosperidad se trasladaron a la escena cultural. María Teresa y sus hijos desempeñaron un papel importante, aunque limitado, en el apoyo de las artes y las letras. Aunque la emperatriz finalmente completó Schönbrunn y patrocinó la ópera y el ballet de la corte, en realidad redujo en un cuarto las extravagancias teatrales y de otro tipo de sus predecesores barrocos. Optó por no emplear a Johann Sebastian Bach porque era protestante y sugirió que retener al díscolo Wolfgang Amadeus Mozart sería «improductivo» y «degradante» para el servicio civil. En cambio, la corte sirvió como hogar para otros compositores importantes, aunque ciertamente menos talentosos. El *Hofkapellmeister* Antonio Salieri (1750-1825) se convirtió en uno de los compositores de ópera cómica más populares de Europa. Aunque inicialmente se adaptó a las formas operísticas italianas y a los libretos de Metastasio, el compositor de la corte Christoph Willibad Gluck (1714-1787) pronto transformó el medio haciéndolo más teatral e introduciendo elementos de vodevil francés. Por su parte, el prolífico hijo de la bordadora de la corte de María Teresa, Karl Ditters von Dittersdorf (1739-1799), dejó su huella introduciendo el desenfadado *Singspiel* en la escena europea.

Incluso antes de la muerte de la emperatriz, Viena había remplazado a la corte del elector Carlos Teodoro en Mannheim

como el centro europeo de la música sinfónica. El triunfo del estilo clásico de Viena se hizo más evidente con la adopción por el mundo de la música de las sinfonías de cuatro movimientos escritas en forma sonata. También fue decisivo conseguir atraer a Wolfgang Amadeus Mozart (1756–1791), después de haber sido literalmente despedido por el arzobispo de Salzburgo. Al llegar en 1781, se convirtió en el compositor de la corte de José II tras la muerte de Gluck en 1787. El joven Ludwig van Beethoven llegó de Bonn cinco años más tarde; se hizo con un puesto en la orquesta de la corte. Es cierto que la dinastía tenía mucha menos experiencia o interés en promover la literatura, considerada un vehículo menos efectivo para mejorar su prestigio. Sin embargo, hay que reconocerle a José II su cuota de mérito en los logros de Joseph von Sonnenfels, cuyos esfuerzos patrocinados por el Estado para mejorar la prosa alemana contribuyeron al desarrollo del idioma moderno. Aunque Sonnenfels nunca alcanzó la prominencia de escritores alemanes como Lessing y Goethe, se convirtió en el abanderado indiscutible de la *Aufklärung* o Ilustración austriaca. Lo mismo se diría más tarde del joven polímata nacido en el Banat, Dositej Obradović, cuya contribución al racionalismo ilustrado lo convertiría en el padre de la literatura serbia moderna.

A pesar de estos logros, el mecenazgo privado siguió siendo la clave para descubrir y desarrollar la expresión artística en la monarquía. Así, Gluck, nacido en Baviera, había comenzado su carrera musical al servicio del bohemio Lobkovic, a quien su padre había servido como guardabosques; tanto él como Dittersdorf fueron luego presentados a los círculos de la corte gracias a la influencia del príncipe de Sajonia-Hilburghausen. Además de propiciar estas valiosas presentaciones, los príncipes Lobkovic y Lichnowsky proporcionaron a Beethoven alojamiento gratuito y fondos con los que empezar. Hasta finales de siglo, la mayoría de los conciertos se realizaban en los salones de los aristócratas residentes en la ciudad como el príncipe Lichnowsky (y, más tarde, el diplomático ruso, el príncipe Rasumofsky), que los organizaba semanalmente. Tampoco estaba sola la aristocracia en su labor de mecenazgo. Durante el reinado de José II, muchos de los nobles sin título de la ciudad, plebeyos adinerados y funcionarios del gobierno como Gottfried van Swieten ofrecieron conciertos en sus hogares. A instancias de Swieten, un grupo de dos docenas de mecenas musicales formaron un Consorcio de Caballeros Asociados

(*Gesellschaft der Associierten Cavaliere*) que patrocinó numerosos conciertos, incluido un oratorio realizado cada invierno por miembros de la orquesta y el coro de la corte.

La contribución de la monarquía a las artes, por supuesto, no se limitó a Viena. Solo en Hungría, el largo reinado de María Teresa fue testigo de la construcción de doscientos palacios nobles, la mayoría de ellos en los nuevos estilos clásico y rococó. Fue en los nuevos y enormes palacios de la familia Esterházy en Fertöd y Eisenstadt donde el *Kapellmeister* Franz Joseph Haydn (1732–1809) compuso e interpretó la mayor parte de sus obras. Solo tras treinta años a su servicio (1761–1791) y dos giras de conciertos posteriores en Londres, se convirtió en una figura dominante en los círculos musicales de Viena. Las actuaciones triunfales de Haydn en Londres subrayan un importante paso evolutivo en la historia de la monarquía: mientras que tradicionalmente había adoptado los sistemas religiosos, políticos, mercantiles y filosóficos de otras sociedades, se convirtió entonces en uno de los protagonistas del patrimonio cultural europeo. Es cierto que las artes visuales del alto barroco austriaco se habían extendido a la Europa central católica, pero la música de Gluck, Salieri, Haydn y Mozart se estaba ejecutando en toda Europa. Haydn fue el primer compositor austriaco en ganarse la vida en el mercado libre, no solo con su docena de «Sinfonías de Londres» (93-104), sino también con las once anteriores (82-92) encargadas para el público parisino, y su obra *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz* para la catedral de Cádiz en España.

Además, los artistas de la monarquía eran apreciados no solo por el público extranjero, sino también por un segmento cada vez más amplio de su propia población. En ninguna parte fue esto más evidente que en Hungría, donde los prósperos nobles, que previamente habían rechazado el estilo de vida opulento de los magnates como una amenaza extranjera para la cultura de su nación, habían pasado a imitarlos —a ellos y a la aristocracia bohemia— en la construcción de palacios, que completaban con teatros y conjuntos musicales. Las ciudades más ricas del reino fundaron también sus propias orquestas y teatros en idioma alemán que ofrecían la primera alternativa elevada a las representaciones crudamente improvisadas, tan populares entre las masas. Entretanto, Mozart pronto se distinguió al ganar (y gastar rápidamente) considerables ingresos no solo por el patrocinio de la

corte y la aristocracia, sino también por los conciertos de suscripción pública para las clases medias de Viena; de hecho, rechazó una generosa oferta (tres mil florines anuales) del rey prusiano en 1789, y una invitación para seguir a Haydn a Londres en 1790, porque ya había aceptado convertirse en el próximo *Kapellmeister* de la Catedral de San Esteban (dos mil florines anuales) y esperaba más encargos del emperador. Aunque la muerte interrumpió su carrera, su viuda sin duda vivió cómodamente de los ingresos que le reportó su ópera *La Clemenza di Tito* , que se realizó para la coronación bohemia de Leopoldo II, y de las regalías de *La flauta mágica* , que fue un estruendoso éxito en Alemania en los años posteriores a su muerte.

Tampoco fueron los compositores los únicos beneficiarios del patrocinio de los Habsburgo. Gracias en parte al advenimiento de la educación pública y la eliminación de la censura por parte de José II, el número de imprentas se había triplicado en las últimas tres décadas, lo que a su vez ayudó a aumentar el número de periódicos y clubes de lectura. Hay incluso alguna evidencia de que el crecimiento de la alfabetización masiva pudo crear una audiencia entre los elementos más prósperos del campesinado. Y, con jóvenes genios creativos como Beethoven y Grillparzer ya en Viena, lo mejor estaba por venir.

Era evidente que el discurso político y filosófico también había cambiado con la fundación de decenas de logias masónicas que servían como lugar de reunión para administradores civiles, académicos y militares con mentalidad reformista, así como para nobles, burgueses y clérigos privados. En los territorios austriacos, hasta el ochenta por ciento de los altos funcionarios públicos eran masones. En 1780, Hungría contaba con treinta logias, con unos novecientos miembros. El más notable de ellos fue el marido masón de la archiduquesa María Cristina, el príncipe Alberto de Sajonia-Teschen, que protegió las logias de Pressburg de la persecución de los Habsburgo durante el servicio anterior de la pareja como gobernadores de Hungría (1765–81); por su parte, el gobernador militar protestante de Transilvania, Samuel von Bruckenthal (1777-1787), condujo personalmente a sajones y rumanos por igual a su logia en Hermannstadt. A diferencia de ellos y de otros gobernantes de Europa central, José II no recibió amablemente a los masones, ya que los consideraba una posible fuente de oposición interna. Sin embargo, su propio padre había sido miembro de una

logia toda su vida, mientras que su hermana mayor, la archiduquesa Mariana (1740-1789), de quien se decía que también era masona, apoyó generosamente los experimentos en la logia de Klagenfurt. En 1785, la exposición de la llamada conspiración de los *Illuminati* en la vecina Baviera llevó a José a poner límites a las actividades masónicas.

Por lo demás, las políticas para el reino de José gozaron de un amplio apoyo, tanto dentro de las logias como por parte de la intelectualidad en general. La mayoría pertenecía a algunos de los dos siguientes grupos. El primero compartía la fe de Sonnenfels en el absolutismo populista del Estado burocrático altamente disciplinado que José auspiciaba, hasta el punto de desafiar las constituciones feudales de los territorios de la corona. Aunque apoyaba los objetivos del emperador, un segundo grupo sentía que su reticencia a prestar atención o tolerar controles institucionales sobre su poder había llevado a la monarquía al borde del despotismo. Uno de sus portavoces fue Joseph Richter, cuyo diario satírico, el *Eipeldauer Briefe* , hacía comentarios informados al tiempo que críticos sobre sus métodos y políticas. Es evidente que Richter hablaba en nombre de un amplio y transversal sector influyente de la élite gobernante, de ahí los fondos que recibió de la policía secreta de Pergen tras la sucesión de Leopoldo II. Si bien ambos grupos apoyaban en esencia al gobierno, estaban flanqueados por elementos más hostiles: un gran número de nobles conservadores y clérigos que nunca habían aceptado el absolutismo ilustrado, especialmente en Hungría, Bélgica y Galitzia, así como un pequeño número de republicanos que pretendían eliminar la monarquía por completo. Sin embargo, no hay duda de que cincuenta años de burocratización, educación secular y reforma populista habían remodelado la mayor parte de la élite gobernante de la monarquía a su propia imagen.

Por supuesto, la monarquía misma no era un Estado completamente uniforme. A pesar de los intentos de José II de proceder a una centralización administrativa, todavía comprendía no menos de siete entidades políticas discretas, incluidos los Países Bajos y Lombardía —territorios no contiguos—, y Galitzia y Bucovina, en gran medida asimilados. En cierto modo, las demandas tácticas de la construcción del Estado habían alentado al gobierno central a crear una diversidad aún mayor. La «estrategia del sur» seguida durante el siglo pasado había creado esencialmente

dos Hungrías: los condados del norte, con mentalidad independiente que buscaban la Dieta para ejercer su liderazgo, frente a un sur más sumiso y estrictamente controlado, representado por el sistema de la Frontera Militar (que se extendía a lo largo de millar y medio de kilómetros), Transilvania, Croacia, y la relación extraterritorial especial con los serbios de la monarquía, que seguían siendo el único grupo étnico-cultural de los Habsburgo con su propia asamblea representativa. Sin embargo, juntos, estos territorios cada vez más poblados de San Esteban se estaban ganando un lugar en la mesa al contribuir con una cuarta parte de los ingresos estatales.

Más recientemente, el creciente énfasis en la alfabetización como instrumento de control social había impulsado a María Teresa y sus sucesores a promover las diversas «lenguas campesinas» de la monarquía en las escuelas, universidades, medios impresos y negociados gubernamentales. La promoción por parte del gobierno de las lenguas vernáculas ayudó a allanar el camino para que brotasen varios «despertares nacionales», especialmente entre los magiares y los checos. Es cierto que estos movimientos operaron principalmente en un plano estético que no socavaba su lealtad a la dinastía y al Estado que esta había creado. No obstante, este llamativo fortalecimiento de la diversidad política y cultural retrasó la evolución de una identidad única entre los pueblos de la monarquía, excepto en lo tocante a su lealtad común a la dinastía. A pesar de que los diplomáticos y académicos extranjeros se referían cada vez más a este conjunto dinástico como «Austria» o a que empleasen el adjetivo «austriaco», los propios sujetos de los Habsburgo todavía restringían estos términos a las dos archiducados danubianos o, al menos, a los territorios de habla alemana de la dinastía; de lo contrario, siguieron identificándose por el dominio específico en el que habían nacido.

Sin embargo, la monarquía estaba al mismo tiempo sentando gradualmente las bases de un «alma colectiva» que trascendería diferentes regiones y grupos lingüísticos. Después de siglos de segundas generaciones y herencias divididas, la Pragmática Sanción había creado finalmente una sola entidad soberana. El abrupto final de la hegemonía de la dinastía en el Sacro Imperio Romano había ayudado a María Teresa, sus hijos y sus súbditos alemanes a distinguir entre sus raíces alemanas y su lealtad para separarse de la comunidad común de los Habsburgo. El establecimiento burocrático y militar masivo que crearon para defenderlo sirvió como un

poderoso vehículo para integrar a los otros grupos étnicos de la monarquía, incluida la nación magiar, que había comenzado a enviar sus fuerzas a los conflictos que luchaban mucho más allá de sus propias fronteras, y a proporcionar a María Teresa y sus hijos once mariscales de campo, incluido el veterano presidente del *Hofkriegsrat* , András von Hadik (1774–90). Éva Balázs ha atestiguado la lealtad de los funcionarios reales húngaros, especialmente en la esquina noroeste del reino, la más cercana a Viena, donde se fusionaron con sus homólogos austriacos y bohemios más numerosos. De hecho, el servicio civil moderno de los Habsburgo, que se había forjado durante la Primera Reforma de María Teresa había crecido de 905 (1763) a 1.626 en el primer año de su hijo como gobernante único. Durante su reinado, superó en realidad el tamaño del en su día reverenciado gobierno central francés, y terminó superando en número a la propia corte del emperador en 1796. Fue durante esta etapa de su desarrollo cuando una combinación de la recia inclinación de José II y el plan de estudios universitario de Sonnenfels creó el ejército multinacional de profesionales que lideraría a la monarquía a través de los desafíos del próximo siglo. Que los funcionarios civiles de la monarquía, los comandantes militares, los comerciantes y las publicaciones de asuntos públicos se comunicasen en alemán no preocupaba en demasía a los otros grupos lingüísticos, que aceptaban la utilidad de este idioma como instrumento de comunicación y movilidad social. La evolución de una cultura de élite común que se apoyó fuertemente en el alemán no impidió el desarrollo paralelo de otras culturas nacionales. De ahí que la monarquía barroca, que había sido forjada por una alianza de corona, Iglesia y aristocracia, fuese entonces apoyada por una circunscripción mucho más amplia que incluía una élite educada, una burocracia profesional y un establecimiento militar imponente que literalmente hablaba el mismo idioma.

Habiendo resistido las turbulencias causadas por la oposición a José II, la monarquía de los Habsburgo tenía ante sí menos problemas por resolver que en cualquier otro momento, ya fuese en el pasado o en el futuro. Como resultado, estaba bien preparada para enfrentar los formidables desafíos militares, económicos y culturales de la generación siguiente. Gracias a la infraestructura industrial de los *Erblande* , Lombardía y Bélgica, era económicamente comparable a los otros Estados importantes del

continente y estaba preparada para entrar en la revolución industrial. Su élite intelectual se había unido a la corriente principal de Europa occidental por primera vez desde el advenimiento de la Contrarreforma. Sus sistemas de educación y justicia eran modelos para el resto del continente. Aunque su sistema político y administrativo todavía no se acercaba al ideal previsto por José II, era mucho más eficiente, honesto y receptivo que la mayoría de los otros gobiernos europeos. También se había convertido en un poderoso vehículo para recaudar grandes cantidades de ingresos. Los 87,5 millones de florines que se vertieron en las arcas de la *Hofkammer* en 1788 eran casi el doble de lo recaudado por su rival prusiano y casi el mismo importe que los doce millones de libras recaudados por el tesoro británico en el apogeo de la guerra de Independencia de los Estados Unidos. Aunque Luis XVI contaba con unos ingresos directos más cuantiosos que su cuñado de los Habsburgo, el emperador tenía mucho más dinero a su disposición a través de la deuda que la quebrada Francia. Si el gobierno todavía estaba sumido en la deuda, ya no se debía a un sistema de administración incompetente, sino más bien al talento del *Hofkriegsrat* para llevar el tamaño del ejército más allá de la capacidad de pago de la *Hofkammer* . Después de haber alcanzado una fuerza de casi medio millón de efectivos en tiempos de guerra durante la crisis de 1790, contaba entonces con el ejército permanente más grande que Europa había visto [4] . En relación con los otros Estados y sociedades del continente, la monarquía de los Habsburgo no era ni débil, ni atrasada, ni estaba en declive. Pero, de nuevo, el mundo a su alrededor estaba a punto de cambiar.

[1] Rebecca Gates-Coon relata cómo una de las cinco mujeres aristocráticas en la camarilla de José igualaba la espera de su próxima invitación con la muerte, y explica que «el momento llegaría infaliblemente, pero la fecha real seguía siendo desconocida y seguramente sería una sorpresa desagradable». [2] Un desglose aproximado de la población (en millones): mayor Hungría, 9,7 (Hungría propia 6,5, Croacia, 0,7, Transilvania, 1,5, Frontera Militar, 1); Bohemia mayor, 4,5; territorios austriacos, 4,3; Galitzia y Bucovina, 3,4; Países Bajos, 2,4; Lombardía, 1,5. [3] Un desglose aproximado de la población (en millones): Hungría, 9,7 (Hungría central, 6,5, Croacia, 0,7, Transilvania, 1,5, la Frontera Militar, 1); Bohemia, 4,5; Austria, 4,3; Galitzia y Bucovina, 3,4; Bélgica, 2,4; Lombardía, 1,5. [4] Esta estimación más reciente es de Michael Hochedlinger. Los números tabulados anteriormente por P. G. M. Dickson sugieren quizás 410 000 (315 000 tropas de primera línea, 75 000 *Grenzer* y 20 000 artilleros, ingenieros y otras unidades especiales). Su nivel de entreguerras de 300 000 (1791) también fue considerablemente más alto que los aparatos militares en tiempos de paz de Prusia (195 000), Rusia (224 000) y Francia (182 000).

7.
La era de la revolución (1789-1815)

DURANTE MUCHO TIEMPO NOS HEMOS acostumbrado a considerar la Revolución francesa como uno de los grandes eventos en la civilización occidental, un momento decisivo en el desarrollo de la democracia mundial que anunció la muerte de la monarquía. Hoy, muchos eruditos la tienen tanto por una bendición como por un castigo, en Francia y también en el continente en su conjunto. Pero fue algo peor que eso. Lejos de anunciar el fin de la monarquía, dio nueva vida a las fuerzas conservadoras, a las que permitió culpar a la Ilustración por el desafortunado legado de terror doméstico y agresión internacional que la Revolución trajo. La Revolución francesa fue una catástrofe para la monarquía, no porque fuese ideológicamente hostil al Estado de los Habsburgo, sino porque desató fuerzas agresivas enormemente poderosas que llevaron a gran parte de la élite gobernante de la monarquía a abandonar los valores de la Ilustración, que quedaron entonces vinculados al enemigo francés, y que por lo tanto había que evitar en favor de la tranquilizadora seguridad de un orden feudal anticuado.

EL CREPÚSCULO DEL ANTIGUO RÉGIMEN (1789-1794)

Por supuesto, la agitación política interna del último año de José y los dos únicos de Leopoldo habían coincidido estrechamente con el estallido de la Revolución francesa. Sin embargo, los eventos en Francia prácticamente no tuvieron impacto en la gestión del gobierno de sus propias crisis domésticas. Ninguno de los dos emperadores vio la Revolución como una amenaza directa. No esperaban que se extendiera a los territorios centrales de la monarquía, porque las fuentes de oposición en los dos países provenían de direcciones diametralmente opuestas: mientras que la revuelta belga y la conspiración húngara articularon la oposición de la élite privilegiada al populismo de José II y la racionalización secular de las instituciones tradicionales, la nación francesa se vio impulsada por la necesidad de una forma de gobierno más justa y

eficiente. Al vencer una retirada apresurada de sus innovaciones más controvertidas, José y su hermano trataban simplemente de aplacar a la tradicional élite gobernante de la monarquía, no evitar una revolución popular comparable a la de Francia.

Hasta cierto punto, tanto los emperadores como muchos de sus funcionarios académicos y civiles dieron la bienvenida a la Revolución como un respaldo a sus propias políticas internas. José II se dio cuenta rápidamente de que ya había instituido la mayor parte de la legislación de la Asamblea Nacional en sus propios reinos, aunque no estuviese del todo contento por la recepción que habían recibido sus reformas. Leopoldo II interpretó el colapso de la autoridad de Luis XVI como una reafirmación de sus propios principios constitucionales y una «advertencia urgente a todos los soberanos para que tratasen a sus súbditos con más consideración». Los dos emperadores expresaron su desprecio por los emigrados que huyeron de Francia después de la toma de la Bastilla: José expulsándolos de los Países Bajos austriacos, Leopoldo ignorando sus incesantes súplicas de apoyo contra el nuevo gobierno francés.

Lo que concernía a ambos hombres en cuanto a la Revolución era la medida en que afectaba la posición internacional de la monarquía. Aunque se consolaron con la predicción de Kaunitz de que Francia sería incapaz en lo sucesivo de actuar agresivamente hacia sus vecinos, también temían que tampoco estuviese en condiciones de cumplir con sus compromisos. En realidad, la alianza de los Habsburgo y los borbones nunca había sido popular en Francia, por ser un recuerdo de su humillación en la guerra de los Siete Años, el posterior despojo de sus aliados polacos y turcos, y el desventurado matrimonio de Luis XVI con la hermana de los emperadores, María Antonieta. En cualquier caso, Leopoldo instó entonces a la pareja real a trabajar con la Asamblea Nacional y aceptar su borrador de una nueva constitución, sabiendo que la reconciliación con la nación sería la mejor manera de salvarlos a ellos y a la alianza de la ruina. Sin embargo, Luis y María Antonieta ignoraron su consejo y lo perdieron todo en su vana fuga a Varennes en junio de 1791.

La desaparición de la alianza austro-francesa minó severamente la posición de la monarquía en Europa del este. Ya había obligado a Leopoldo a renunciar a las conquistas balcánicas de Laudon en Reichenbach y Sistova. Aunque los tratados habían sacado a la monarquía de cualquier peligro inminente, Leopoldo sabía que

Francia ya no estaba disponible como contrapeso al expansionismo prusiano o ruso. Las intenciones de Catalina en los Balcanes seguían siendo motivo de preocupación, especialmente porque seguía en guerra con los turcos. Mientras tanto, el peligro más inmediato provenía de Prusia, que estaba empeñada en anexar otra parte de Polonia. Como era su costumbre, Leopoldo intentó preservar esa integridad territorial negociando a dos bandas. Una vez más, demostró su afición por la política populista apoyando los esfuerzos continuos de los patriotas polacos para fortalecer la constitución del reino. Pero también cultivó vínculos más estrechos con Prusia, con la esperanza de obtener su apoyo para proteger a Polonia contra Rusia, y a la familia real borbónica contra la Asamblea Nacional.

El resultado fue la célebre Declaración de Pillnitz (27 de agosto), en la que Leopoldo y Federico Guillermo II anunciaron que estaban dispuestos a actuar en concierto con los monarcas borbónicos para restaurar a la fuerza la posición de Luis XVI como rey. No hay duda de que Berlín valoró la proclamación como un pretexto útil para anexar territorio francés. El emperador y sus ministros también confiaban en que cualquier guerra con Francia podría ganarse rápidamente. Sin embargo, la jugada de Leopoldo no era más que un farol, y esperaba que las duras negociaciones mantuviesen a Prusia preocupada en occidente y protegiesen a la realeza francesa influyendo en el comportamiento de la Asamblea Nacional. También sabía que la renuencia de Gran Bretaña a unirse a un concierto europeo convertía la proclamación en letra muerta. Su decisión de reducir el ejército austriaco en veinticinco mil hombres también sugiere que no quería ni esperaba la guerra. De hecho, las noticias de la tardía aceptación de la constitución francesa por parte de Luis XVI (13 de septiembre) provocaron que el país intentase remplazar su amenaza de intervención con un llamado a un «Concierto de Observación» por parte de las grandes potencias; la opción estimulaba a Kaunitz, que contaba todavía con revivir la alianza austro-francesa que había alumbrado en el pasado. Desafortunadamente, los motivos de Leopoldo no eran tan evidentes para la nueva Asamblea Legislativa, más radical, que siguió a la promulgación de la constitución francesa. Pronto surgió en apoyo a la guerra un partido que explotó una serie de disputas manejables y la amenaza vacía de invasión para unir al país tras esa idea. El 20 de abril, la Asamblea Legislativa declaró la guerra al emperador.

En el último momento, Leopoldo se anticipó el estallido de las

hostilidades concluyendo una alianza formal con Prusia el 7 de febrero. Con todo, nunca tuvo que asumir las consecuencias de su confrontación con la Francia revolucionaria. Murió repentinamente el 1 de marzo de 1792 a manos de sus médicos, que lo habían sometido a repetidas sangrías por una enfermedad respiratoria. Tampoco Kaunitz, de ochenta años, que fue enseguida depuesto por los defensores de una alianza prusiana contra Francia. En cambio, la pesada tarea recayó sobre el hijo y sucesor de Leopoldo, de veinticuatro años, Francisco II (1792-1835).

El nuevo soberano no carecía de fortalezas. Era un hombre culto, virtuoso y razonablemente inteligente, cuya naturaleza afable y sin pretensiones le valió el afecto inmediato y duradero de sus súbditos. También era extremadamente concienzudo. Al igual que José II, se había preparado para su eventual sucesión viajando en numerosas ocasiones por todos sus futuros dominios. Cuando estuvo en Viena, pasó poco tiempo y gastó poco dinero en extravagancias cortesanas, eligiendo en su lugar un austero régimen diario que incluía largas horas frente a su escritorio. Sin embargo, el joven soberano carecía de la autoconfianza que aporta la experiencia. En consecuencia, no realizó cambios inmediatos en el curso de actuación, ni en los asuntos exteriores ni en los nacionales.

La renuncia de Kaunitz dejó la política exterior en manos de Philip Cobenzl y Anton Spielmann, ambos ávidos defensores de la alianza prusiana. Sin embargo, su permanencia en el *Staatskanzlei* sería breve y desastrosa. Prusia siguió siendo tan depredadora y poco de fiar como lo había sido bajo Federico el Grande. Mientras que los objetivos bélicos de Francisco se limitaban a restaurar a Luis XVI y asegurar la aprobación prusiana para un intercambio belga-bávaro, Prusia tenía la intención de ser compensada por su intervención con nuevas adquisiciones, ya fuese en Renania o en Polonia. Aunque Catalina II se unió a la alianza, dedicó enseguida sus fuerzas a invadir Polonia, en lugar de a la guerra contra Francia. Como resultado, la monarquía contó en el oeste con la sola asistencia de unos pocos miles de emigrados, seis mil auxiliares de Hesse y cuarenta mil prusianos a las órdenes del viejo duque de Brunswick.

Los aliados esperaban que semejante fuerza fuese más que suficiente para marchar sobre París. Pero el torpe manifiesto firmado por Brunswick (25 de julio), en el que amenazaba con una «venganza inolvidable» si los franceses ofrecían resistencia o maltrataban a la familia real hizo que la nación francesa se uniese

aún más contra sus enemigos. Sus primeras víctimas fueron Luis XVI y María Antonieta, encarcelados tras los disturbios liderados por los jacobinos el 10 de agosto. Luego le llegó el turno a Brunswick, cuyas fuerzas, mal preparadas, fueron rechazadas por el ejército francés en Valmy (20 de septiembre). La Convención Nacional celebró la noticia un día después dando por concluida formalmente la monarquía. Sus fuerzas pasaron entonces a la ofensiva y se apoderaron de gran parte de Renania durante octubre y de las tierras neerlandesas austriacas un mes después. Las noticias que llegaban del este no eran mejores. Después de que se le negase el botín de Francia, Prusia se unió rápidamente a Rusia para descuartizar Polonia. La oposición de Viena a la Segunda Partición (23 de enero de 1793) no tuvo ningún efecto, excepto el de excluir al imperio de las conversaciones sobre el reparto.

Tras reconocer que la alianza prusiana había sido un fiasco, Francisco eliminó a Cobenzl y Spielmann por la vía habitual, transfiriéndolos a otros puestos. Durante los siguientes ocho años, el barón Johann Amadeus Franz von Thugut asumió el difícil trabajo de enfrentarse a la Francia revolucionaria, y a los prusianos y los rusos, que eran igual de agresivos. Este diplomático de carrera, extremadamente laborioso y sin sentido del humor, se había percatado enseguida del gran potencial militar de la Francia revolucionaria, así como de lo inadecuada que era Prusia como socio para oponerse a aquella. Afortunadamente, los franceses facilitaron que Thugut encontrase aliados más apropiados: su ocupación de Bélgica y Renania despertó rápidamente a las potencias marítimas y a los Estados alemanes; mientras tanto, la ejecución de Luis XVI (21 de enero de 1793) fue un gran acicate para las cabezas coronadas de Europa. A fines de marzo, la monarquía formaba parte de una formidable coalición que recordaba a la Gran Alianza contra Luis XIV: aparte de Gran Bretaña, las Provincias Unidas, la monarquía de los Habsburgo y el Sacro Imperio Romano, incluía Estados clientes británicos como Portugal, Cerdeña, y numerosos príncipes alemanes que habían firmado tratados para aportar tropas, así como las restantes monarquías borbónicas de España, Nápoles y Parma. Y lo que era más importante: a diferencia de Prusia y Rusia, la llamada Primera Coalición (1793-1797) compartía por lo general el deseo de la monarquía de los Habsburgo de mantener el *statu quo* conservando las fronteras y los gobiernos legítimos. Así, mientras Prusia y Rusia

dedicaban la primavera de 1793 a devorar la mitad de Polonia, las fuerzas de la Coalición recuperaban rápidamente los Países Bajos austriacos y la mayor parte de Renania de los franceses.

Las primeras políticas interiores de Francisco fueron también una aparente muestra de continuidad. En un entorno político más estable, el joven emperador habría sostenido sin duda la agenda ilustrada de sus predecesores inmediatos. Al igual que ellos, criticó la explotación de la nobleza por parte del campesinado como miope e inhumana. Apenas un mes después de empezar a reinar, decidió llevar a cabo el proyecto de su padre para reanudar la conmutación de los servicios *robot* . A principios de 1793, las fincas de la Baja Austria llegaron a acusar al gobierno de mostrar «tendencias jacobinas» debido a su renuencia a abandonar algunas de las reformas agrarias de José II. De hecho, un elemento que no había cambiado era el ejército de funcionarios civiles que estaba destinado a mantener su perspectiva josefina hasta bien entrado el siglo siguiente.

Sin embargo, los hombres que rodeaban a Francisco eran más conservadores y menos capaces de pensar de manera innovadora que los ministros anteriores. Dirigidos por su tutor de la infancia, el conde Colloredo-Waldsee, dudaban de la difícil y tortuosa estrategia de Leopoldo, que consistía en apelar simultáneamente a los elementos privilegiados y no privilegiados de la monarquía. Sobre todo, temían que continuar con las políticas populistas de sus predecesores elevase las expectativas de las masas y la oposición de las provincias. Evitar la renovación del caos doméstico mientras la monarquía estaba en guerra tenía sentido; también conducía a una agenda conservadora más unilateral que sumaba apoyos entre las clases privilegiadas para la lucha contra Francia. En el último minuto los asesores de Francisco lo disuadieron de emitir la orden de conmutación de los *robot* , que siguió siendo voluntaria; como resultado, el servicio de trabajo obligatorio regresó a los territorios de los Habsburgo, ya que los propietarios dejaron que los contratos de conmutación existentes expirasen y después no los renovaron. El emperador también abandonó los planes de su padre para una representación más amplia de los pueblos y su campesinado en las diversas Dietas. A cambio de obtener más ayuda de la Dieta húngara, sacrificó la cancillería iliria y los privilegios recientemente otorgados a los protestantes del gobierno. Incluso la jerarquía eclesiástica recibió una concesión valiosa con la abolición de la

comisión supervisora del régimen para asuntos eclesiásticos.

Por desafortunada que podamos juzgar la retirada de Francisco, tuvo el efecto deseado de mantener el orden interno y conseguir el apoyo de las provincias para el esfuerzo de guerra. En Hungría, tanto los nobles «ilustrados» como los nobles feudales se unieron al resto de las élites de la monarquía para apoyar al gobierno, especialmente después de que la Revolución francesa entrase en su fase radical. La decapitación de Luis XVI y, nueve meses después, la de María Antonieta, horrorizó a todos los segmentos de la población. Aunque las guerras del siguiente decenio no fueron populares, causaron pocos disturbios o protestas populares en el campo, aunque solo fuese porque las cosechas eran muy buenas y los precios de los cereales eran altos. Cuando el pueblo criticaba al gobierno sus iras se dirigían sobre todo al «barón de la guerra», Thugut, en vez de al emperador, cuya popularidad permaneció intacta.

La renuencia de Francisco a lanzar reformas adicionales hizo que unas pocas docenas de nobles y funcionarios ilustrados aspirasen a una revolución republicana. Sin embargo, los jacobinos austriacos no estaban bien organizados ni unidos por una sola agenda. A pesar de las sospechas de los oficiales de policía y algunos historiadores marxistas, la mayoría no eran jacobinos en absoluto, sino simplemente josefinianos frustrados. Una figura destacada, el húngaro Ignaz von Martinovics, sí pretendió instaurar una república, pero una dominada por la nobleza en la que el campesinado aún pagaría sus cuotas feudales. Por lo demás, cualquier expectativa de una revolución popular era totalmente irrealista. Llegado el verano de 1794, habían hecho poco más que cantar la Marsellesa y bailar alrededor de los «árboles de la libertad» que se habían plantado en ciudades como Graz y Viena.

El emperador tomó algunas precauciones contra la propagación de la revolución. A principios de 1793, prohibió todas las sociedades secretas y las publicaciones francesas, al tiempo que imponía límites estrictos a todos los ciudadanos franceses. No solo volvió a contratar a Pergen, sino que sancionó el juicio secreto y mantuvo el encarcelamiento de al menos cuatro personas por hacer comentarios políticamente perjudiciales. Otras personas fueron detenidas por períodos más cortos, entre ellas el famoso hipnotizador Franz Anton Mesmer, quien finalmente fue deportado por defender la revolución (aunque no a los jacobinos) en una conversación con su casera

vienesa. Sin embargo, durante los primeros años de su reinado, ni Francisco ni sus ministros estaban particularmente alarmados por los informes policiales de estas actividades. Se resistieron a las solicitudes más extremas de Pergen, que incluían la expulsión definitiva de franceses y otros extranjeros indeseables, la eliminación de funcionarios públicos y profesores universitarios que simpatizaban con los ideales de la revolución, y tener la autoridad necesaria para negar un proceso judicial a cualquier persona sospechosa de haber desarrollado actividades de traición. Por el contrario, los tribunales civiles siguieron por lo general la iniciativa del gobierno y se negaron a condenar a las personas por expresar puntos de vista revolucionarios o profranceses.

El punto de inflexión llegó durante el verano de 1794, después de que un teniente del ejército austriaco, Franz Hebenstreit, le contase borracho a un agente de policía que existía un complot para derrocar a la monarquía. También salió a la luz que Hebenstreit había desarrollado una pieza de artillería móvil que sus cómplices habían pasado de contrabando a Francia para ser usada contra la caballería austriaca. La invención no era exactamente el equivalente tecnológico de un misil de crucero, pues consistía en un cañón de pistola estándar, adornado con picas y montado sobre las ruedas de un carrito de bebé. Por más infantiles que fuesen los planes de Hebenstreit, constituían un delito de traición. Muchas de las cuarenta y cinco personas que fueron arrestadas con él eran culpables de poco más que una retórica incendiaria. Pero también eso se interpretó entonces como traición, por estar la monarquía en guerra con la Francia republicana. Mientras que Hebenstreit y otros tres soldados fueron juzgados por tribunales militares, Francisco ordenó que los restantes acusados accediesen al debido proceso en una serie de juicios públicos. Los resultantes juicios jacobinos arrojaron un saldo de cuarenta condenas; Martinovics, Hebenstreit y otros siete fueron posteriormente ejecutados, mientras que el resto de los acusados fue condenado a largas penas de prisión.

El fracaso de las coaliciones (1793-1805)

La voluntad del gobierno de castigar a sus disidentes tan severamente fue un reflejo del estallido de la histeria de guerra y la paranoia. La monarquía estaba entrando en un período de doce años durante el cual lideró no menos de tres coaliciones antifrancesas, todas las cuales terminaron en derrota. La mayor

parte del éxito de Francia se debió a que recurrió a un reclutamiento en masa (agosto de 1793), lo cual le otorgó una superioridad numérica abrumadora en el campo de batalla. A finales de 1794, sus ejércitos ciudadanos no solo habían retomado Renania y los Países Bajos austriacos, sino que habían conquistado incluso las Provincias Unidas. Uno por uno, los aliados de la monarquía comenzaron a llegar a un acuerdo con los franceses. Aunque Prusia contribuyó brevemente con algunas fuerzas a la Coalición, pronto concluyó una paz separada (marzo de 1795) a cambio de la promesa de Francia de compensarlo por sus pérdidas de Renania. En un año, la mayoría de los aliados alemanes del emperador también lo habían abandonado a cambio de promesas similares de los franceses. Las noticias que llegaban del Mediterráneo no eran mejores; los éxitos de Francia obligaron a la capitulación tanto de España (junio de 1795) como de Cerdeña (abril de 1796). La única otra gran potencia terrestre que quedaba en la Coalición era por entonces Rusia, que se había unido recientemente a la monarquía y Prusia para consumar la Tercera Partición de Polonia. Sin embargo, su lejanía y la sucesión de un nuevo zar le impedían comprometer sus fuerzas en occidente.

A pesar de su falta de aliados poderosos, el ejército austriaco luchó con éxito en 1796, especialmente en Alemania, donde el hermano del emperador, el archiduque Carlos, obtuvo una serie de brillantes victorias. Pero la Primera Coalición colapsó finalmente un año después, luego de la conquista de Napoleón Bonaparte de todo el norte de Italia. El 17 de octubre, el emperador aceptó los términos de paz que Bonaparte le ofreció en el Tratado de Campo Formio. Reconoció la dramática expansión de Francia al Rin, así como la creación de la República títere de Batavia en el norte de los Países Bajos y la llamada República Cisalpina en el norte de Italia. Aunque se vio obligado a entregar Bélgica y la mayor parte de Lombardía, la monarquía fue compensada con la mayor parte de la antigua república de Venecia (véase Mapa 5). Antes de entregar Venecia a Francisco, las fuerzas de Bonaparte la despojaron de todo lo útil, incluidas sus valiosísimas colecciones de manuscritos, sus obras de arte, los caballos de bronce que coronaban la Catedral de San Marcos e incluso las góndolas de sus canales.

Campo Formio resultó poco más que una tregua. El gobierno francés sentía que Bonaparte había tratado a la monarquía con demasiada indulgencia. De hecho, de combinarse con su nueva

provincia polaca de Galitzia Occidental, la adquisición de Venecia había aumentado incluso el tamaño de la monarquía. Había personas en Viena que estaban convencidas de que la pérdida de sus territorios periféricos belgas e italianos fortalecería en realidad la monarquía al racionalizarla. Sin embargo, las pérdidas más devastadoras estaban más allá de sus fronteras. La adición de más de un millón de súbditos polacos apenas valía la frontera de mil quinientos kilómetros que la monarquía pasó a compartir con Prusia y Rusia. Venecia tampoco era una compensación adecuada para el final de tres siglos de hegemonía de los Habsburgo en la península. Lo peor de todo era que la conquista del Rin por parte de Francia suponía un golpe mortal para el poder imperial en Alemania. A cambio de desertar de la Coalición, Prusia y otros Estados alemanes fueron entonces compensados por sus pérdidas de Renania con la promesa de territorios en otras partes del *Reich* . Eso solo podía significar la absorción de esos principados eclesiásticos y laicos más pequeños que tradicionalmente habían sido los vasallos más leales de los emperadores. Al mismo tiempo, Estados más grandes como Prusia, Baviera y Württemberg estaban ahora en deuda con Francia, y no con el emperador. En solo cinco años, la monarquía había perdido tres de sus cuatro zonas de seguridad en el extranjero.



Mapa 5: El imperio austríaco en 1812.

No es difícil apreciar el afán de Thugut de evitar las disposiciones de Campo Formio. Incluso antes de que se pudiese resolver su implementación final, las nuevas agresiones francesas contra la neutral Suiza, los Estados Pontificios y el imperio otomano le permitieron armar una Segunda Coalición (1799–1801) que incluía a Gran Bretaña y Rusia. Al principio, la victoria del almirante

Nelson en la bahía de Aboukir y los triunfos austro-rusos en Italia llegaron a hacer pensar a los aliados que podrían marchar sobre París. Sin embargo, la Coalición se derrumbó cuando el zar Pablo (1796–1801) se enfrentó a austriacos y británicos por disentir de su estrategia. En 1800, las dos derrotas en Marengo (4 de junio) y Hohenlinden (2 de diciembre) descartaron efectivamente cualquier posibilidad de revisar la situación establecida en Campo Formio.

Con el ejército francés avanzando hacia Viena, el emperador aceptó finalmente lo inevitable. Aunque se aferró a Venecia, el Tratado de Lunéville (9 de febrero de 1801) puso el resto de la Italia peninsular y Renania bajo control francés. A modo de compensación, la monarquía recibió los obispados de Passau, Brixen y Trento, mientras que los príncipes de los Habsburgo desplazados de Toscana y Módena fueron compensados con Salzburgo y parte de la Suabia austriaca. Dos años después, una comisión imperial formalizó la eliminación de los Estados eclesiásticos del imperio, la mayoría de sus principados laicos más pequeños, y todas menos seis de sus cuarenta y ocho ciudades libres. Como nuevo jefe de Estado de Francia, Bonaparte se atrajo a los príncipes de Württemberg, Baden y Hesse-Cassel obligando a Francisco a hacerlos electores imperiales; aunque Francisco también convirtió a Salzburgo en un electorado, el imperio recién configurado contaba entonces con solo cuatro príncipes católicos entre sus nueve electores. Sin embargo, esta primera mayoría electoral protestante nunca fue motivo de preocupación en Viena. El Sacro Imperio Romano se acercaba a su desaparición.

La derrota de la Segunda Coalición significó el final de la carrera de Thugut. La tarea de tratar con el dictador militar de Francia recayó entonces en Colloredo y Ludwig Cobenzl. No pasó mucho tiempo antes de que Bonaparte despertase en ellos la misma aprensión que había inspirado a Thugut. En mayo de 1804 se coronó a sí mismo Napoleón I, emperador de los franceses. Se abría con ello la posibilidad de que la eventual disolución del Sacro Imperio Romano colocase a Francisco detrás de Napoleón y del zar ruso en rango principesco. Francisco respondió el 11 de agosto declarándose a sí mismo «emperador hereditario de Austria», con lo que se refería a todos los dominios restantes de los Habsburgo. Casi tres siglos después de su creación, la comunidad danubiana quedaba finalmente bajo una sola corona. Lo que más preocupaba a los ministros del emperador era que Napoleón crease cada vez más

Estados títeres en Alemania, Italia y España. Temiendo que el nuevo imperio austriaco pudiera ser el próximo, Cobenzl concluyó un pacto defensivo con Rusia a finales de 1804.

Aunque pretendía ser un elemento disuasorio, la alianza hizo en realidad que la guerra fuese inevitable, al provocar a Napoleón y alentar al zar a presionar para que se reanudasen las hostilidades. La decisión de Napoleón de ungirse rey de Italia (mayo de 1805) llevó al emperador y a sus ministros al límite. Una vez más, los estadistas de la monarquía se habían dejado arrastrar a un conflicto no deseado, y finalmente fracasado, por la necesidad de aferrarse a su aliado ruso, siempre más agresivo. Gran Bretaña pronto se unió a ellos aportando la combinación habitual de subsidios y poderío marítimo. Pero Cobenzl sufrió un revés clave cuando no pudo convencer a Prusia de arriesgarse a una guerra contra Francia. De hecho, si la Tercera Coalición (1805–1807) difería de sus dos predecesoras, era porque prácticamente todos los Estados alemanes restantes estaban entonces firmemente aliados con su benefactor francés.

El resultado fue el esperado. El general austriaco Mack no cumplió su promesa de «triunfar o morir» luchando contra los franceses cuando su ejército de sesenta mil hombres fue capturado por Napoleón en Ulm (20 de octubre de 1805). Aunque Nelson destruyó la flota franco-española en Trafalgar solo un día después, ni los barcos británicos ni la promesa de asistencia rusa fueron de mucha ayuda. El 12 de noviembre, Napoleón entró en Viena, el primer enemigo extranjero que lo hacía desde Matías Corvino, trescientos veinte años antes. Francisco aún tenía una oportunidad para ganar la guerra. El ejército ruso bajo el mando del general Kutuzov había llegado recientemente a Bohemia; una segunda fuerza al mando del hermano del emperador, el archiduque Carlos, también estaba de camino desde Italia. Ambos ejércitos de campo eran más grandes que las propias fuerzas de Napoleón. Sin embargo, en su afán por derrotar al francés, Francisco y el zar ruso Alejandro ordenaron a Kutuzov atacar a Napoleón sin esperar a que llegase el ejército del archiduque. El posterior enfrentamiento de los tres emperadores, la celebérrima batalla de Austerlitz (2 de diciembre), fue quizás la victoria más brillante y decisiva de Napoleón.

Francisco acordó de inmediato un armisticio, seguido de una paz separada en Pressburg (26 de diciembre). Esta vez Napoleón fue mucho menos indulgente. Aunque la monarquía adquirió Salzburgo,

perdió Venecia (a Italia), el resto de sus tierras de Suabia (que fueron a parar a Wurtemberg), y el Tirol, Vorarlberg y los obispados recientemente adquiridos de Passau, Brixen y Trento (para Baviera). También quedó obligada a pagar una indemnización de cuarenta millones de libras. Napoleón barajó incluso obligar a Francisco a abdicar en favor del archiduque Carlos, pero abandonó la idea cuando supo que al archiduque no le interesaba la oferta. No obstante, Francisco se vio obligado a reconocer a Baviera, Württemberg y Baden como estados totalmente soberanos. El 12 de julio de 1806, Napoleón dio finalmente el golpe de gracia al Sacro Imperio Romano uniendo sus satélites alemanes en una nueva Confederación del Rin (*Rheinbund*). En respuesta a la presión de Napoleón y sus clientes alemanes, Francisco disolvió formalmente el Sacro Imperio Romano cuatro semanas más tarde, mil seis años después de que lo crease Carlomagno. Sin embargo, el último acto de la tragedia alemana quedó reservado a la neutral Prusia, a quien Napoleón recurrió repentinamente antes de que Rusia pudiese acudir en su ayuda. La participación de Prusia en la llamada Cuarta Coalición fue asombrosamente breve. Después de una sola tarde en los campos de batalla de Jena y Äuerstädt (14 de octubre de 1806), Napoleón pudo quitarle la mitad de su territorio y someter el resto a un ejército de ocupación francés.

Francisco aún podía gozar de la oscura satisfacción de contemplar el destino de Prusia. Si la Revolución francesa y Napoleón habían matado al Sacro Imperio Romano, había sido Prusia la que lo había condenado a la destrucción socavando el liderazgo del emperador. Junto con Rusia, también era la principal responsable de la quiebra del equilibrio de poder europeo por parte de Francia. Aunque todas las grandes potencias habían tardado en darse cuenta de lo peligrosa y poderosa que se había vuelto Francia, Prusia se había dejado arrastrar repetidamente a la neutralidad por las perspectivas de adquirir territorios polacos y alemanes. Solo Gran Bretaña había compartido la determinación del emperador de detener a Francia y había expresado ese compromiso entregando considerables sumas a la monarquía y a otros miembros de la coalición. Pero el control francés de los Países Bajos y la cooptación de sus Estados clientes alemanes impidieron que los británicos tuviesen un ejército propio. Por lo tanto, en contraste con las guerras que había librado contra Luis XIV, el ejército austriaco se había visto obligado a soportar la peor parte de las operaciones militares. Esto no habría planteado

ningún problema si hubiera estado luchando contra un ejército mercenario más convencional. Tenía varios comandantes competentes. El archiduque Carlos tenía un talento especial para la táctica militar; detuvo a los franceses en el Rin durante los dos primeros conflictos y los derrotó en Italia durante el tercero. Además, sus tropas estaban bien entrenadas y equipadas. Sin embargo, ninguna fuerza convencional podría prevalecer sola contra los ejércitos ciudadanos más grandes y agresivos de Francia, al menos mientras sus comandantes se adhiriesen a las tácticas tradicionales de preservar a sus hombres y sus líneas de suministro.

La monarquía durante la era revolucionaria

Aunque la derrota de las tres coaliciones había infligido considerables pérdidas territoriales y estratégicas a la monarquía, la mayor víctima fue la cultura política ilustrada que había surgido durante la última generación. Doce años de desastres militares no solo habían obligado al gobierno a suspender las controvertidas innovaciones domésticas que pudiesen estimular la oposición de su élite gobernante tradicional o las crecientes expectativas entre la gente común. También habían creado un vínculo en la mente de Francisco entre las ideas de la Ilustración y los males demostrables de la Revolución francesa. Como resultado, cualquiera que abogase por un retorno al absolutismo populista se exponía a ser etiquetado como masón o simpatizante jacobino, incluso si su intención era fortalecer la monarquía contra Francia.

Esta no era la primera vez que una amenaza a la seguridad de la monarquía forzaba una catarsis importante en su cultura política. Dos siglos antes, el peligro de un conflicto interno había convencido a hombres como Fernando II de poner fin a la tolerancia religiosa y abrazar la Contrarreforma como instrumento de control social. Más recientemente, la aparición repentina de la amenaza prusiana inspiró a María Teresa y José II a deshacerse del Estado feudal en favor de un Estado burocrático fuertemente centralizado. La reacción de Francisco no fue un rechazo absoluto de la Ilustración, aunque solo fuese porque muchos de sus ministros y la mayoría de los funcionarios civiles compartían la mentalidad liberal de sus predecesores. Al igual que el propio Francisco, seguían anhelando una mayor justicia social, aunque tuviesen que sacrificarla por la necesidad más inmediata de seguridad interna y externa. No obstante, el deseo de justicia social siempre ha sido un rasgo

recesivo en los gobiernos obsesionados con su propia supervivencia.

Otra víctima de la reacción de Francisco fue la libertad intelectual. El emperador ya había revivido la censura poco después del inicio de las hostilidades. Se había prohibido a los periódicos informar sobre eventos en Francia o imprimir cualquier cosa que pudiese alumbrar a los revolucionarios en una luz favorable. Las salas de lectura y las bibliotecas circulantes habían sido cerradas. Incluso las revistas literarias fueron prohibidas para evitar que tratasen sobre libros prohibidos. La policía también redobló sus esfuerzos para evitar la formación de organizaciones que pudieran conspirar contra el gobierno. Las logias masónicas de la monarquía fueron suprimidas, al igual que todas las sociedades eruditas, excepto aquellas dedicadas a promover la agricultura. Incluso los conjuntos musicales de más de dos instrumentistas requirieron la aprobación previa de la policía antes de poder tocar. Tras la derrota de la Segunda Coalición, todos los empleados estatales, incluso los miembros de la familia real, se vieron obligados a jurar que no pertenecían a una sociedad secreta. Los ministros y familiares de Francisco tampoco estaban a salvo del ejército de informadores policiales que se infiltraban en cada estrato de la sociedad. Al mismo tiempo, la censura se extendió a prácticamente todo lo escrito, incluidas incluso las inscripciones en abanicos, juguetes y cajas de rapé. En 1803, una «comisión de censura» había comenzado a revisar todos los libros que habían sido aprobados entre 1780 y la restauración de la censura en 1792. Unos dos mil quinientos fueron posteriormente prohibidos. Incluso se prohibió a las personas heredar las bibliotecas de parientes muertos hasta que la policía las revisase.

Hay que reconocer que Francisco nunca permitió que su miedo a la revolución afectase a su respeto por la ley. Utilizó la policía de Pergen principalmente para recopilar información sobre la opinión pública y evitar posibles conspiraciones, en lugar de para encarcelar a opositores políticos. Ante su insistencia, a la policía no se le permitió usar cartas interceptadas como evidencia contra sus autores o destinatarios. De hecho, las condenas fueron pocas y las sentencias bastante claras. Sin embargo, cabe preguntarse si era necesaria alguna acción en absoluto. A pesar de la aprensión generalizada en los niveles más altos del gobierno, la monarquía no estaba en peligro inminente de sucumbir a una revolución jacobina. Cuando se retiró en 1804, incluso Pergen estaba convencido de que

la amenaza de la revolución había pasado hace mucho tiempo. Lamentablemente, también se detuvo gran parte del crecimiento intelectual que la generación anterior había iniciado. De los muchos periódicos políticos de Viena, solo el *Wiener Zeitung* sobrevivió al cambio de siglo, y encima quedó en poder del gobierno en 1805. Mientras tanto, la censura ayudó a reducir el número de periódicos húngaros de dieciocho (1792) a solo cuatro (1805).

El único punto brillante fue la música, no solo porque el estilo clásico enfatizaba la simetría estética sobre la pasión o la política, sino también porque los grandes compositores de la monarquía ya habían sido ensalzados por su élite gobernante, que los hizo suyos. Cuando Haydn regresó de su segunda gira triunfal de Londres en 1797, el excensor jefe van Swieten le encargó que compusiera un himno para igualar el atractivo patriótico de *God Save the King* de Inglaterra y la Marsellesa de Francia; el llamado Himno del Emperador (*Gott erhalte den Kaiser*) que salió de su pluma fue aceptado como himno nacional de la monarquía hasta 1918, cuando Alemania aplicó la misma melodía a la letra de *Deutschland über Alles* (1922–38), y luego a la actual *Deutschlandlied* —más políticamente correcta— en 1952. Swieten le encargó que escribiera dos oratorios en el estilo de Haendel para el Consorcio de Caballeros Asociados. Después de que ambos colaborasen en la orquestación de *La creación* (1798), Swieten escribió el libreto para *Las estaciones* (1801) en el que Haydn tenía la tarea de componer dos coros entusiastas que ensalzasen las virtudes cameralistas del «buen orden» (*Ordnung*) y la «laboriosidad» (*Fleiss*). El gran maestro se resistió al principio, pero cumplió finalmente. Como devoto temprano del absolutismo ilustrado que era, el joven Beethoven no necesitó ser empujado a componer una Oda a José II y una cantata que saludase la sucesión de su hermano en 1792, incluso antes de su llegada a Viena. Aunque comenzó a componer marchas militares en Viena para las campañas contra los franceses, la reacción de Francisco lo desilusionó, redirigiendo su atención durante los siguientes diez años al mensaje de la Revolución francesa y su profeta corso.

En medio del rechazo de los líderes austriacos y la supresión de las ideas francesas, un concepto en el que mantuvieron su total confianza fue el Estado burocrático racionalmente organizado y eficientemente administrado. Aunque todos conocían el genio de Napoleón y la superioridad de los ejércitos ciudadanos de Francia,

los hombres que rodeaban a Francisco creían que la victoria aún podía lograrse con el familiar recurso a la reforma administrativa. En su incesante anhelo de propiciar cambios, Colloredo y Cobenzl contaron con la crucial asistencia de los ocho hermanos menores de Francisco. Eran varios los archiduques que superaban en talento a Francisco. Su sangre real también les otorgaba el lujo de criticar las deficiencias del emperador. Algunos de ellos se opusieron a su negativa a revivir las reformas populares de José, como la conmutación de los *robot* o el Reglamento Fiscal y Agrario de 1789. Pero la mayoría de sus críticas se centraron en sus fracasos como administrador. En sus primeros quince años como emperador, Francisco había emitido veinticuatro grandes volúmenes de ordenanzas, entre ellas el tan esperado Código Penal de Sonnenfels en 1803. Sin embargo, sus arduos hábitos de trabajo habían reducido el espacio del gobierno, convirtiéndolo en un cuello de botella. No solo se negaba a delegar decisiones a sus subordinados; solía acaparar incluso los asuntos más triviales. Con hasta dos mil informes apilados en su escritorio, pasaban a veces años antes de que algunos asuntos fuesen abordados.

Lejos de dar la bienvenida a sus puntos de vista, Francisco desconfiaba de sus hermanos hasta el punto de espiarlos. También decepcionó sus expectativas de ser incluidos en los niveles más altos en los que se decidían las políticas. La única excepción fue el archiduque Carlos. Aunque Francisco sospechaba erróneamente que Carlos aún podría querer remplazarlo como emperador, los éxitos del archiduque en el campo de batalla le permitieron forzar algunas innovaciones. En 1802 convenció a Francisco de combinar asuntos exteriores, domésticos y militares en un solo Ministerio de Estado y Conferencia. Al establecer un cuerpo conjunto de formulación de políticas, el archiduque y sus partidarios esperaban obtener la misma visión general de los asuntos de la monarquía que disfrutaba el emperador. En cambio, el *Staatskonferenzministerium* resultó demasiado engorroso y finalmente se vio obligado a renunciar a supervisar los asuntos exteriores. El archiduque tuvo algo más de éxito en su calidad de director del venerable *Hofkriegsrat* . La tarea era de proporciones hercúleas. Al asumir el control en 1801, se encontró con una montaña de 154 000 facturas impagadas y 33 000 peticiones de pensiones y suministros sin respuesta. También descubrió que se necesitaban no menos de cuarenta y ocho funcionarios distintos para procesar un solo documento, un ritual

que logró reducir a la mitad. Un año después, también había reducido el período de reclutamiento de solo diez a catorce años, pues el sistema había devenido inhumano y había dejado a la monarquía en manos de un ejército de viejos.

El problema más difícil de resolver que enfrentaba la monarquía no era administrativo, sino financiero. El asombroso coste de combatir contra la Francia revolucionaria había aumentado los gastos anuales hasta aproximadamente el doble del ingreso estatal promedio de 75 millones de florines. Durante la primera década de Francisco como emperador, la *Hofkammer* se vio obligada a financiar un déficit de más de 400 millones de florines. La mitad del déficit se sumó a la deuda estatal, que pasó de 417 a 613 millones entre 1793 y 1801. El resto se logró imprimiendo más de 200 millones en papel moneda. El resultado fue la inflación, que los franceses agravaron al inundar la monarquía con millones adicionales en billetes falsos. Aunque el gobierno utilizó el breve período de paz para canjear algunos de los billetes, la Tercera Coalición trajo una nueva espiral en los precios; para 1805 el coste de la vida casi se había triplicado en solo cuatro años.

Las personas que vivían de ingresos fijos, como los pensionistas y los empleados del gobierno, fueron los más afectados por la inflación en tiempos de guerra. Un informe policial estimó que solo uno de cada cinco pequeños funcionarios podía permitirse comprar carne para sus familias. Sin embargo, la espiral de precios demostró ser una bendición para la mayoría campesina de la monarquía, especialmente para aquellos que debían dinero o habían conmutado el servicio *robot* por pagos en efectivo. Junto con sus propietarios, también se beneficiaron del aumento de los precios de los cereales, que se cuadruplicaron entre 1799 y 1806. La inflación se mantuvo en lo alto en parte por los masivos requerimientos del ejército austriaco, que proporcionaba entonces un estímulo importante tanto para la agricultura como para la industria. Como fuente principal de alimentos del ejército, Hungría experimentó el mayor auge agrario de su historia. Croacia utilizó la demanda de uniformes para convertirse en un productor de lana merina, tanto para consumo militar nacional como extranjero. De hecho, el valor general de las exportaciones de la monarquía aumentó en dos tercios entre 1790 y 1804. La mayor parte del crecimiento provino de los territorios hereditarios, que continuaron la expansión industrial iniciada en la década de 1780. Después de 1800 su

industria textil, bien establecida, creció a una tasa anual del cinco por ciento. Seis años más tarde, el bloqueo continental de Napoleón contra Gran Bretaña le dio el empujón que le faltaba al crear un enorme mercado cautivo para los productos industriales de los *Erblande* .

STADION Y METTERNICH (1805-1815)

A pesar de sus derrotas militares y la reciente pérdida de tres millones de personas en el Tratado de Pressburg, el imperio austriaco seguía siendo una gran potencia económica y militar. Hasta la campaña de 1805, sus tierras ni siquiera habían sido ocupadas por tropas extranjeras. Además, con la posible excepción del oeste de Galitzia, los súbditos del emperador permanecieron firmemente leales. Nada de esto se perdió con el nuevo canciller, el conde Philip Stadion. Como todos los estadistas austriacos del último medio siglo, Stadion abogaba por una reforma administrativa adicional. Pero también creía que Francisco solamente podía derrotar a Napoleón si obtenía apoyo de todos los segmentos de la población. Esperaba lograr esto reviviendo el doble juego que en su día empleó Leopoldo II: el gobierno tranquilizaría a la élite gobernante reafirmando sus instituciones y privilegios tradicionales, pero también daría juego a las masas integrándolas en la estructura de poder del imperio. Francisco apoyó una serie de cambios administrativos retomando el Consejo de Estado, delegando cierta autoridad a sus hermanos y colocando al talentoso José O’Donnell (mitad irlandés, mitad gallego) a los mandos de las finanzas estatales. Pero, en contraste con la Prusia del barón Stein, limitó su apelación al apoyo popular a gestos públicos sin sentido. Así, prometió tolerar una vida intelectual más libre y habló sobre la gran «fuerza interior» que vendría de la cooperación de todos los elementos de la sociedad. Sin embargo, se negó a reducir el poder policial o aumentar la autonomía local.

No pasó mucho tiempo antes de que las noticias del extranjero llevasen a Francisco a reconsiderar el atractivo popular de la agenda de Stadion. La decisión mal considerada de Napoleón de invadir Portugal (noviembre de 1807) y colocar a su hermano en el trono español (mayo de 1808) le recordó a Francisco los riesgos de coexistir con la Francia napoleónica. En palabras del archiduque Carlos: «Ya no puede haber duda alguna sobre lo que Napoleón quiere: ¡lo quiere todo!». Además, la consiguiente revuelta española

contra la ocupación francesa apuntó a que Austria podría liderar una guerra popular de liberación en Europa central. Finalmente, el embajador austriaco en París, el conde Metternich, informó que la última agresión de Napoleón le había atraído opositores en los niveles más altos del gobierno francés. Con Stadion, los archiduques y su propia esposa clamando por la acción, Francisco se preparó para la guerra.

En mayo de 1808, el emperador aprobó planes para movilizar el apoyo popular para una guerra de liberación, al menos entre las gentes de los territorios hereditarios. Los propagandistas austriacos difundieron con avidez la exitosa resistencia española a Napoleón. Las revistas patrióticas movilizaron el apoyo público alabando los logros del cameralista Estado austriaco. Un artículo en el recientemente establecido *Vaterländische Blätter* ensalzó la «cultura, el bienestar, la paz y la seguridad públicas, la instrucción pública, la vida religiosa, las artes y las ciencias, el comercio, la industria y la agricultura, la artesanía y la ayuda a los pobres de la monarquía». Otros mencionaron la regla de la ley y la movilidad social que podían lograrse mediante el ennoblecimiento y la igualdad de acceso a las carreras en la administración, el ejército y la Iglesia. Para crear un sentido de identidad nacional, el gobierno comenzó a enfatizar una historia común, no solo en las revistas sino también en las escuelas públicas y en varios museos históricos fundados en las principales ciudades. Francisco y su esposa salieron incluso a conseguir más alistamientos militares recorriendo los *Erblande* en medio de demostraciones patrióticas de apoyo. A instancias del archiduque liberal Juan, el ejército acomodó a sus soldados ciudadanos en una nueva milicia nacional, o *Landwehr* , que esperaba tomaría la forma de una identidad nacional única al fusionar todos los elementos sociales en una sola fuerza de combate. Stadion articuló su diseño confiando la organización de unidades individuales a la nobleza provincial, mientras dividía el comando general entre varios de los archiduques. Tras alistarse, los voluntarios se motivaban aún más escuchando las canciones de guerra patrióticas que habían sido traducidas del alemán a cada una de las lenguas eslavas de los territorios hereditarios. La campaña de Stadion generó entusiasmo en los *Erblande* . Un gran número de hombres se unió al *Landwehr* , incluidos muchos estudiantes y otros que estaban exentos del servicio militar.

A pesar de su atractivo para todos los grupos lingüísticos de los

territorios hereditarios, el gobierno hizo un esfuerzo especial para inspirar el sentimiento nacional alemán contra los franceses. Stadion empleó a publicistas alemanes en el exilio, como Friedrich von Gentz y Friedrich Schlegel, para obtener el apoyo necesario no solo en los *Erblande* sino en toda Alemania. Pronto se les unió Beethoven, que había regresado al lado de la monarquía después de que Napoleón derrocase a la República francesa (1804) hasta el punto de tachar el nombre «Bonaparte» de la portada de su extraordinaria tercera sinfonía. Tras la derrota en Austerlitz, se arriesgó incluso a desatar la ira de su mecenas, el príncipe Lichnowsky, abandonando el castillo de su patrón por negarse a actuar ante un grupo de oficiales franceses. Beethoven trasladó su entusiasmo al patriotismo austro-alemán auspiciado por Stadion componiendo una serie de marchas para el ejército imperial, incluida la deliciosa *Marcha de la milicia bohemia* [1] (1809). Mientras tanto, el archiduque Juan desempeñó un papel importante al fomentar una insurrección popular en el Tirol contra el dominio bávaro. Por el contrario, el gobierno fue más circunspecto acerca de alentar el apoyo popular del resto del imperio austriaco. No hubo ningún intento de extender el *Landwehr* a Galitzia o Galitzia Occidental, pues Napoleón era inmensamente popular entre los polacos. Francisco tampoco estaba especialmente ansioso por convocar la Dieta húngara. Cuando la convocó en Pressburg, rechazó rápidamente la idea de extender el *Landwehr* a Hungría, pero lo sorprendió el ofrecimiento de sesenta mil soldados por un período de tres años, un aumento del cincuenta por ciento sobre los niveles anteriores. Sin embargo, una vez más, las expresiones de apoyo de la Dieta demostraron ser más grandiosas que su aportación real, que nunca excedió una quinta parte de las fuerzas prometidas.

A pesar de la escasa contribución de Hungría, el imperio aún podía desplegar un ejército de trescientos mil hombres, un logro nada desdeñable para la monarquía tres veces derrotada. El imperio francés y sus numerosos satélites tenían el doble de ese número de tropas a su disposición. Sin embargo, el partido que quería la guerra esperaba que Napoleón quedase atado de pies y manos en la península ibérica, donde los británicos habían desembarcado fuerzas en apoyo de los guerrilleros españoles. También podría contar con la promesa de Gran Bretaña de un segundo desvío en los Países Bajos, junto con un subsidio de cinco millones de libras. En

octubre, la promesa de Prusia de unir fuerzas había reforzado las esperanzas de Stadion de una guerra de liberación en Europa central, durante la cual los auxiliares alemanes e italianos de Napoleón desertarían o lucharían sin entusiasmo. A su regreso de París, el embajador Metternich sugirió incluso que Rusia se uniría a la nueva coalición, o que el sentimiento antibélico en Francia podría obligar a Napoleón a llegar a un acuerdo.

Cuando llegó la primavera, las perspectivas de esta Quinta Coalición se habían derrumbado. Napoleón no solo había dispersado a las fuerzas españolas y británicas, sino que había regresado a París, donde rápidamente reprimió a los opositores a su gobierno; entretanto, Rusia se mantuvo neutral, mientras Prusia se desdecía de su anterior promesa de ayuda militar. Fiel a su legado Habsburgo, el campesinado tirolés se alzó con éxito contra su nuevo señor supremo bávaro. Pero otros levantamientos menos serios en diversas partes de Alemania fueron rápidamente reprimidos por los príncipes clientes de Napoleón. En lugar de encabezar una Quinta Coalición formidable, el ejército austriaco fue obligado a enfrentarse a Napoleón y sus auxiliares alemanes e italianos por sí solo.

Cualquier posibilidad que Austria tuviese de derrotar a Napoleón estaba condenada por las tácticas perseguidas por el archiduque Carlos. A diferencia del resto de sus hermanos, Carlos se había opuesto a la guerra porque se había dado cuenta de que una derrota más podría significar el fin de la monarquía. Este miedo fue el que lo llevó a seguir una estrategia defensiva durante toda la campaña, y esto le impidió alcanzar una victoria decisiva. Aunque el *Landwehr* luchó bien en los compases iniciales de la guerra, sus unidades pronto quedaron desmoralizadas por el progreso del enemigo. De hecho, la caída de Viena (13 de mayo de 1809) remplazó rápidamente el entusiasmo popular por la guerra con el alivio de que pronto se alcanzaría la paz. Un observador informó que el entusiasmo con el que las mujeres de la ciudad se apresuraron a acoger a los soldados franceses «hizo que Viena se pareciese a Sodoma y Gomorra». La victoria del archiduque Carlos en Aspern (21 de mayo), la primera derrota en el campo de batalla de Napoleón, hizo poco por cambiar las perspectivas del imperio, principalmente porque el archiduque no estaba dispuesto a arriesgar sus fuerzas persiguiendo al enemigo. Cuando Napoleón se recuperó con una correosa victoria en Wagram (6 de julio), el

archiduque se apresuró a firmar un armisticio mientras su ejército aún estaba intacto.

Por más que el derrotismo de Carlos enfureciese a su hermano, las noticias del fiasco británico en Flushing dejaron a Francisco sin otra alternativa que concluir otra paz desfavorable. Después de haber perdido cuatro guerras contra la Francia revolucionaria, el emperador consideró seriamente abdicar como un medio para alcanzar términos de paz más favorables. De hecho, el negociador francés Champagny insinuó que dividir los territorios de Austria, Bohemia y Hungría entre tres archiduques podría proporcionar la mejor garantía para la paz. Sin embargo, Napoleón nunca consideró dividir la monarquía de los Habsburgo, y mucho menos disolverla por completo. El mismo hombre que había destruido el Reich de los mil años, destronado a los príncipes de Alemania, Italia y España y creado innumerables entidades de nuevo cuño, compartía la sabiduría convencional de aquellos que le precedieron en cuanto a que la monarquía era una necesidad europea. Su ministro de Asuntos Exteriores, Talleyrand, le había aconsejado al día siguiente de Austerlitz: «Su Majestad puede ahora eliminar la monarquía austriaca o restablecerla. [Pero] este conglomerado de Estados debe permanecer unido. Es absolutamente indispensable para el futuro bienestar del mundo civilizado».

El Tratado de Schönbrunn (14 de octubre de 1809) reflejó el juicio de Napoleón de que Austria debía ser severamente castigada, y al tiempo conservada como potencia europea. Se quedó con toda su línea costera anexionando Croacia al oeste del río Sava y toda Austria Interior a excepción de Estiria y el este de Carintia. También recompensó a sus aliados cediendo Salzburgo y el distrito del Eno a Baviera, y el oeste de Galitzia al ducado polaco de Varsovia; hasta Rusia recibió el pequeño distrito de Tarnopol como recompensa por haberse mantenido neutral. El hecho de que Napoleón decidiese no dar toda Galitzia a los polacos o establecer una Hungría independiente sugiere que tenía la intención de que Austria sirviese de contrapeso a Rusia. Sin embargo, degradó aún más su capacidad de hacer la guerra contra él al cobrar una indemnización de ochenta y cinco millones de francos y limitar su ejército a ciento cincuenta mil hombres.

La derrota también trajo la caída del partido que quería la guerra. Aunque Stadion y el archiduque Carlos renunciaron voluntariamente, Francisco dio un paso más, prohibiendo a su

generalissimus participar en todos los asuntos públicos. Si los otros archiduques se salvaron de la humillación, también perdieron la mayor parte de su influencia sobre los asuntos estatales. Durante el siguiente cuarto de siglo, Francisco no dejó dudas sobre quién tenía el control y qué esperaba de los hombres que le servían. Su determinación no se relajó con el sucesor de Stadion, el conde Clemens Wenzel von Metternich. Contrariamente a su reputación como un acérrimo reaccionario, Metternich fue en gran medida un producto de la Ilustración. Hijo de un francmasón, tenía una perspectiva notablemente secular y era un defensor convencido del absolutismo ilustrado. Uno de sus asociados afirmó que su lema favorito era «todo para el pueblo, nada por medio del pueblo», una fórmula que prefería ejecutar al tiempo que respetaba las instituciones históricamente distintas y diversas. Pero Metternich también sabía cuál era su sitio. Aunque no compartía el rechazo de Francisco por la Ilustración y las reformas populistas que había inspirado, se daba cuenta de que el emperador cambiaría a los ministros antes que sus políticas. Habiendo subido cuidadosamente a la cima de la carrera profesional, no tenía intención de causar su propia caída por perder la sintonía con la agenda doméstica de Francisco.

La misión de Metternich como canciller estaba clarísima. El último tratado de paz había reducido el imperio en otros tres millones y medio de súbditos y había dejado las finanzas estatales en ruinas. Además de unos setecientos millones de florines de deuda y de tener que afrontar la última indemnización, la *Hofkammer* había tenido que soportar una devastadora ocupación militar de seis meses. El crecimiento del papel moneda, sextuplicado hasta los 1437 millones de florines, había reducido los billetes a solo una doceava parte de su valor nominal. Incapaz de obtener crédito privado, el gobierno se vio obligado a declararse en bancarrota por primera vez en 1811. Para ahorrar dinero, el ejército tuvo que reducirse muy por debajo del máximo de ciento cincuenta mil efectivos establecido por el tratado de paz. De ser derrotada la Francia, otro país tendría que asumir el liderazgo y los riesgos que este conlleva.

La necesidad de evitar ofender a Napoleón era tan grande que Austria se limitó a comportarse como un satélite más del Estado francés. La estrategia de supervivencia de Metternich era evitar hacer algo que soliviantase a Napoleón, con la esperanza de que la

monarquía lo sobreviviera para así formar a continuación una nueva coalición contra un enemigo menor. El *Landwehr* se disolvió a petición francesa. Metternich instó incluso a Francisco a que ofreciese a Napoleón la mano de la archiduquesa María Luisa, de dieciocho años; la boda tuvo lugar en abril de 1810, a pesar de que tanto su padre como su hija lo detestaban. Un año después, Metternich suprimió los informes de los periódicos austriacos de reveses franceses en España para evitar demostraciones públicas de apoyo a sus enemigos. Poco después, disuadió a Francisco de concluir la que habría sido otra alianza defensiva potencialmente fatal con Rusia. En vez de eso, negoció la primera alianza de Austria con la Francia revolucionaria en marzo de 1812. Cuando la *Grande Armée* invadió Rusia tres meses después, fue apoyada por un cuerpo independiente de treinta mil austriacos a las órdenes del príncipe Karl Philip Schwarzenberg.

Schwarzenberg fue elegido como comandante porque tenía la experiencia diplomática y las habilidades interpersonales que serían necesarias para llevar a cabo la estrategia de Metternich: ganarse la buena voluntad francesa participando en la campaña, pero manteniendo viva la opción de unirse posteriormente a una coalición antifrancesa evitando enfrentamientos directos con los rusos. Para el verano siguiente, la destrucción de la *Grande Armée* por el invierno ruso había dado lugar a la formación de una Sexta Coalición (1813-1815); compuesta por Rusia, Prusia, Suecia, Gran Bretaña, España y Portugal, fue la primera alianza en la que Austria luchó sin ser quien la fundase. Aunque Schwarzenberg ya había concluido un alto el fuego con el zar en enero, Metternich procedió con extrema cautela. Austria no podía arriesgarse a provocar un ataque francés antes de que sus propias fuerzas pudieran movilizarse. De modo que, cuando descubrió que el archiduque Juan estaba organizando otro levantamiento tirolés, hizo que lo internasen y que arrestaran a sus cómplices. Incluso se ofreció a mediar en un acuerdo de paz entre los beligerantes que habría preservado la frontera francesa del Rin. Solo después de que Napoleón rechazase estos términos, y de que los aliados aceptasen los objetivos de guerra de Austria, el emperador declaró la guerra a Francia (12 de agosto).

Napoleón había predicho que el emperador solo podría poner sobre el campo de batalla setenta y cinco mil soldados en su contra. De hecho, el ejército austriaco que tomó el campo en el otoño de

1813 no estaba bien entrenado ni equipado. Muchos soldados carecían de calzado, mosquetes o uniformes; algunos incluso marcharon al frente en ropa interior. Pero también contaba con 568 000 hombres, aproximadamente la misma fuerza que sus aliados combinados. Como resultado de su contribución y de la influencia que Metternich había ganado durante las negociaciones, Francisco pudo rechazar la oferta del zar Alejandro para liderar la campaña y asegurar el nombramiento de Schwarzenberg como comandante supremo. Si el príncipe era el mejor hombre para manejar los egos descomunales del zar ruso, el rey prusiano, el príncipe heredero sueco y sus generales, su joven jefe de gabinete Joseph Radetzky fue el genio estratégico detrás de la campaña de 1813. Como ha demostrado Alan Sked, Radetzky se opuso al plan de los otros generales de armar un único «ejército de Jerjes», de difícil manejo, en favor de tres formaciones móviles que convergerían en la llanura sajona. Fue allí donde los aliados ganaron la decisiva «batalla de las Naciones» de cuatro días en las afueras de Leipzig (16-19 de octubre). Finalmente abandonado por los príncipes alemanes, Napoleón quedó condenado por la ventaja de cuatro a uno que tenían las fuerzas aliadas. La primavera siguiente trajo la marcha sobre París que todos llevaban esperando veinte años. El 31 de marzo de 1814, la ciudad cayó ante un invasor extranjero por primera vez en más de trece siglos. La abdicación de Napoleón siguió once días después. Viena celebró la noticia con las notas de *Germania* , cantata con la que Beethoven traicionó tanto sus propios orígenes alemanes como la identidad residual de aquellos en los *Erblande* que todavía visualizaban un hogar común en el antiguo *Reich* .

Beethoven ayudaría a establecer el tono para el Congreso de Viena con otra rimbombante cantata, *El momento glorioso* (*Der glorreiche Augenblick*), interpretada por la orquesta más grande que empleó en su carrera. En realidad, gran parte del guion del Congreso ya había sido escrito dos años antes por Metternich. A diferencia de Woodrow Wilson en 1917, había tenido la lucidez de esperar para dar el salto decisivo de Austria a la contienda hasta el momento en que sus pretendientes se comprometieron secretamente a una agenda eurocéntrica como las que solían auspiciar los Habsburgo. Su tono ya se había hecho evidente durante la marcha final hacia París, cuando los aliados emitieron una proclamación que aseguraba a la nación francesa que sus fronteras de posguerra

seguirían siendo más grandes de lo que nunca habían sido bajo el reinado de los borbones. Si el mensaje fue notablemente diferente del infame Manifiesto de Brunswick de 1792, fue porque Metternich había obligado a Prusia y Rusia a anteponer la consecución de un acuerdo equitativo y un equilibrio estable de poder a las conquistas territoriales. Esto implicaba no solo conservar a la Francia vencida como una gran potencia, sino evitar que Rusia la remplazase como amenaza para la seguridad europea. Cuando la gran conferencia de paz se reunió en Viena, restauró la mayoría de los países y las fronteras internacionales que habían existido antes de las guerras. Hubo excepciones inevitables: Polonia, una de las primeras víctimas de las guerras revolucionarias, no pudo ser reconstituida porque habría tenido que hacerse a expensas de los aliados victoriosos. La única diferencia fue que Rusia recibió la mayoría de los territorios que se habían repartido entre Prusia y Austria en 1795. Prusia obtuvo gran parte de Renania y el norte de Sajonia como compensación. De hecho, ambos países emergieron del Congreso considerablemente más grandes de lo que habían sido en 1792 (véase Mapa 6).

Por el contrario, el imperio austriaco en 1815 era solo un poco más grande y estaba algo más poblado que al estallar las guerras revolucionarias. Esto se debió en parte a las coaliciones y derrotas anteriores que había sufrido mientras Prusia y Rusia se expandían en el este. De hecho, Austria había luchado contra la Francia revolucionaria durante ciento ocho meses, aproximadamente el doble que cualquiera de ellos. Otra razón fue que sus objetivos eran más estratégicos que territoriales. Durante gran parte del siglo pasado, sus líderes habían trabajado para consolidar los dominios remotos adquiridos durante la guerra de sucesión española. Metternich lo logró en esta ocasión haciendo que la monarquía fuese totalmente contigua por primera vez en su historia. Aunque los territorios centrales de la monarquía reasumieron su configuración prerrevolucionaria, abandonaron los lejanos Países Bajos y entregaron sus antiguas, pero dispersas tierras en Suabia a Venecia, y los principados-obispados adyacentes de Salzburgo, Brixen y Trento. Además de su preocupación por el equilibrio de poder, Metternich también abordó el antiguo interés de la monarquía en mantener la seguridad regional más allá de sus fronteras: en Italia no solo gobernó directamente el nuevo reino de Lombardía-Venecia, sino que se benefició de la restauración de los

ducados de Módena y Toscana a los Habsburgo, e igualmente de los ducados de los borbones españoles, esencialmente inocuos. A pesar de que Prusia seguía siendo un virtual igual en Alemania, el emperador todavía era su cabeza visible como presidente de la recién formada Confederación Alemana.



Mapa 6: El imperio austríaco en 1815.

Cualesquiera que fuesen sus deficiencias y compensaciones, todos los participantes en el Congreso se beneficiaron de un acuerdo de paz que se mantuvo prácticamente intacto durante un siglo. En la mejor tradición de los estadistas Habsburgo, Metternich reforzó rápidamente el orden internacional restaurado con un sistema de alianzas que llegó a incluir a todas las grandes potencias europeas. Si la Alianza Cuádruple era diferente de las coaliciones pasadas, era porque estaba dirigida principalmente contra la amenaza de la revolución doméstica, en lugar de ir contra la agresión extranjera. De ahí la mayoría de las críticas vertidas sobre Metternich: mientras que pocos historiadores han disputado su genio diplomático, la mayoría lo ha criticado por haber intentado restablecer el Antiguo Régimen sin tener en cuenta las nuevas corrientes que habían comenzado a transformar el mundo europeo. En realidad, el imperio austriaco hubiera estado mucho mejor si hubiese restaurado la situación de los territorios de los Habsburgo en vísperas de la Revolución francesa. Una combinación de ideas cameralistas e ilustradas había convencido a una generación de monarcas, ministros y burócratas comunes de que la reforma populista no solo era justa, sino la más correcta en la práctica. El programa resultante de reforma interior se había ganado la gratitud del campesinado y varias minorías religiosas y étnicas; también

había sumado a la causa a gran parte de la nobleza y la burguesía a través de la educación y el empleo gubernamental en el Estado burocrático en constante expansión. Su patrocinio conjunto de las artes y su participación en clubes de lectura, logias masónicas y sociedad de salón atestiguaban que habían recabado más importancia desde el Estado, en lugar de ser desplazados por él.

El joven emperador Francisco nunca comprendió la amplitud de este consenso nacional emergente y el patriotismo que engendró. Ni siquiera la gran fortaleza demostrada por la monarquía durante las guerras revolucionarias logró convencerlo de que era improbable que se diese una subversión revolucionaria en sus propios dominios. A pesar de las múltiples derrotas militares y el propio miedo de Francisco al jacobinismo, la cultura política progresista de las generaciones prerrevolucionarias sobrevivió en el conde Stadion y en muchos de los archiduques, en la multitud de burócratas sin rostro y en las legiones de voluntarios del *Landwehr* . Solo la derrota de 1809 y el advenimiento del Sistema Metternich pusieron fin a cualquier posibilidad de que regresase la combinación de política populista y corporativismo con la nobleza de Leopoldo II.

[1] Conocida como *Marcha Yorkscher* , por el nombre del general prusiano Yorck (N. del t.)

8.
¿Declive o desmembramiento?

FRANCISCO SEGURAMENTE MERECE TODAS las críticas que ha recibido. Pero también merece ser evaluado en un contexto histórico más amplio que distinga entre los logros de la primera mitad y la inercia de la segunda mitad de su reinado. Casi sin excepción, los primeros Habsburgo modernos habían logrado sus mayores éxitos en el proceso de abordar las principales crisis de seguridad que habían heredado de sus predecesores. Y la mayoría de las veces, esas crisis llegaron por culpa de adversarios extranjeros. La motivación de los emperadores para restructurar y reorientar la monarquía vino menos por inspiración divina que a causa de los sucesivos guantes que les arrojaron, sucesivamente, el «Rey de un invierno», Gustavo Adolfo y el cardenal Richelieu. Las conquistas territoriales masivas de Leopoldo I y sus hijos se debieron más a los errores de cálculo de Kara Mustafá y Luis XIV que al genio táctico del príncipe Eugenio. Y fue el despiadado Federico «el Grande» quien obligó a María Teresa y sus hijos a abandonar el mundo barroco por el racionalismo secular de los cameralistas y los filósofos; si la «gran emperatriz» fue única al lanzar un segundo período de reforma en la última mitad de su reinado, fue porque no logró eliminar la amenaza prusiana en las guerras de Silesia.

En 1815, Francisco también había salvado a la monarquía de un enemigo formidable. Apenas cinco años después de la llegada de Metternich al ministerio, la monarquía no solo había vencido a Napoleón, sino que había pasado a disfrutar de un nivel de seguridad más alto que en cualquier otro momento desde el reinado de Carlos VI. Hacia el sur, era la indiscutible potencia hegemónica tanto en Italia como en los Balcanes, donde sus antiguos adversarios borbones y otomanos habían pasado a buscarlo por su propia seguridad. Al norte, Prusia y Rusia estaban más cerca y eran más poderosas que nunca, pero la pesadilla napoleónica les había infundido un saludable aprecio por las fronteras seguras, basadas en el derecho internacional y la cooperación, mientras que el miedo a

Francia había inspirado medio siglo de deferencia por parte de los Hohenzollern hacia al liderazgo de los Habsburgo en Alemania.

No es coincidencia que los últimos dos decenios del reinado de Francisco I se pareciesen un poco a los de Carlos VI. En lugar de reanudar el proceso de construcción del Estado, ambos gobernantes se centraron en fortalecer la legitimidad de la dinastía; Carlos, asegurando la aceptación extranjera y nacional de la Pragmática Sanción; Francisco, aplicando diligentemente la censura, respaldada por un sistema de congresos internacionales. Mientras tanto, la capital imperial celebraba el último triunfo sobre Francia con un nuevo aumento de la población y una oleada de mecenazgo que impulsó otra era dorada de las bellas artes y las artes escénicas; si se dieron diferencias entre el Alto Barroco y el Biedermeier, estas consistieron esencialmente en que el mundo privado del mecenazgo aristocrático pasó a coexistir con las masivas audiencias de los conciertos públicos, que atestiguaban una economía en alza y la pujanza de las clases medias. De hecho, había mucha más sustancia en la Austria de Francisco que en la delicada fachada del segundo imperio de los Habsburgo de Carlos VI. Más allá de la evitable crisis de 1848, Austria no enfrentó una sola lucha vital durante el largo siglo entre el nombramiento de Metternich y la muerte del emperador Francisco José (1848-1916).

Y ese era el problema. La ausencia de una amenaza extranjera creíble acababa con el único incentivo que había informado y activado constantemente las políticas interiores de los antepasados de Francisco. Por lo tanto, fue en el momento de su mayor triunfo cuando el imperio austriaco comenzó un «declive» de un siglo que finalmente condujo a su derrota y disolución en 1918. En realidad, fue más un proceso de disgregación, durante el cual la monarquía renunció uno tras otro a los cinco atributos distintivos que le habían conferido una razón de ser única en los inicios de la era moderna.

El papel de la dinastía

El complejo y peligroso mundo de la política de Europa central había exigido hasta entonces una vigilancia casi constante de los Habsburgo austriacos. Aunque de entre los primeros gobernantes modernos no todos eran excepcionalmente inteligentes, enérgicos o talentosos, lograron adaptarse a una variedad constante de desafíos imponentes diseñando soluciones que a veces eran audaces y siempre prácticas. Los tres Habsburgo del siglo XIX no

proporcionaron ese liderazgo, principalmente porque la ausencia de amenazas internas o externas les decía que no hacían falta más innovaciones. En lugar de aceptar las nuevas corrientes y acontecimientos, los afrontaron con aprensión o sospecha. La promoción de la industria perdió fuelle, mientras la reforma agraria se detenía por completo; la urbanización, la alfabetización y niveles de vida aún más altos pasaron a ser vistos más como amenazas potenciales que como oportunidades disponibles. Cerca del final de su vida, Francisco, estaba tan confiado en la seguridad de la monarquía que perpetuó el Estado al insistir en la sucesión natural de su hijo Fernando I (1835-1848), mentalmente incompetente. Solo el fracaso total de Fernando para evitar o limitar las revoluciones de 1848 forzó un cambio con su abdicación en favor de su sobrino. Al principio, el joven Francisco José tardó en reconocer la dirección en que se movía el mundo europeo; posteriormente, tomó decisiones que tal vez prolongasen la existencia de la monarquía, pero sin resolver suficientemente los desafíos planteados por una nueva era de la política de masas.

¿CONFLICTO O CONSENSO ?

Ya en el siglo XVI , los Habsburgo ya lo habían aprendido todo acerca de las ventajas de la política consensuada, ya fuese con posibles aliados extranjeros, sus vasallos alemanes o las provincias de la monarquía; colaborar con ellos les aportaba solidez y legitimidad; ignorándolos se arriesgaban al aislamiento diplomático o la rebelión armada. De ahí que un decenio después de su sucesión, Fernando II ya hubiese sentado las bases para la «triarquía» de la aristocracia, la Iglesia y la corona que apuntaló el gobierno de los Habsburgo hasta mediados del siglo siguiente. Hasta cuando María Teresa se sintió obligada a restructurar la monarquía, se aseguró de obtener el consentimiento de mala gana de las élites aristocráticas y clericales de los *Erblande* , que entendieron que la alternativa más probable era la eficiencia militar más despiadada de la Prusia protestante; Al mismo tiempo, se abstuvo sabiamente de implementar reformas importantes en aquellos territorios periféricos donde eran menos bienvenidas. Por el contrario, gobernantes como Leopoldo I y José II, que violaron la base contractual del absolutismo de los Habsburgo, se vieron obligados a volver sobre sus pasos frente a formidables revueltas en Hungría o Bélgica.

Con el estallido de las guerras revolucionarias, el absolutismo de Francisco fue inicialmente aceptado porque representaba la mejor defensa contra las amenazas más convincentes del jacobinismo y el imperialismo francés. Sin embargo, el Sistema Metternich despertó un profundo resentimiento en todos los segmentos de la élite educada de la monarquía, incluidos no solo los clérigos conservadores y los nobles feudales, sino una generación de funcionarios civiles a quienes Sonnenfels había enseñado a abrazar el absolutismo de corte popular de los emperadores José II y Leopoldo II. No obstante, Francisco acertó al juzgar que el imperio austriaco podía gobernarse sin consenso, porque ya no había una amenaza creíble de intervención extranjera, ni siquiera desde Prusia. Su legado autocrático se extendió mucho más allá del régimen provisional de Fernando I a una década de «neoabsolutismo» bajo Francisco José. Cuando las vergonzosas derrotas militares llevaron finalmente a Francisco José a probar con «un pequeño parlamentarismo», no lo hizo buscando un amplio consenso político, sino participando en una política divisiva de grupos de interés que sacrificaba el interés general en favor de obtener mayorías justas que funcionasen en un parlamento profundamente dividido. De esta manera, la democracia se manifestó como conflicto y caos, más que como consenso y cooperación.

El problema de la diversidad

Seguramente los primeros Habsburgo modernos habrían preferido una comunidad más homogénea y unificada. Su paso al frente como grandes defensores de la Contrarreforma fue diseñado, después de todo, para lograr la uniformidad religiosa coaccionando a los protestantes para que se hiciesen católicos, para que los ortodoxos se convirtiesen en unitarios y que los judíos se encerrasen en sus guetos. También trabajaron obstinadamente para centralizar y consolidar la administración de un patrimonio no contiguo de muchos reinos, cada uno de los cuales tenía sus propias leyes y privilegios. En ocasiones, intentaron incluso minimizar la diversidad geográfica de la monarquía, ya fuese absorbiendo enclaves en Silesia y Alta Hungría, agregando restos territoriales como el distrito del Eno y Bucovina, o intercambiando provincias remotas como Cerdeña, los enclaves de Suabia y Bélgica por otras más contiguas. Pero los primeros Habsburgo modernos nunca

consideraron la diversidad lingüística o étnica de la monarquía como una amenaza a su integridad. Al contrario, estaban muy dispuestos a emplear la fuerza militar para adquirir incluso más dominios étnicamente diversos en Italia, los Países Bajos, el norte de los Balcanes o el sur de Polonia. Tampoco dudaron en colonizar las tierras despobladas del sur de Hungría con un patrón irregular de colonos de todo el continente. No tenían de qué preocuparse. Además del éxodo masivo de las comunidades musulmanas otomanas de Hungría, las nuevas poblaciones adquiridas aceptaron su lugar en la comunidad de los Habsburgo, junto con las oleadas de colonos que se convirtieron en sus vecinos. No había rivalidades «antiguas», aunque hubiese sangre que derramar. Por lo tanto, en tiempos de guerra, los *Grenzer* croatas y serbios lucharon codo con codo en la guerra de guerrillas por delante de las unidades regulares de infantería alemana y checa cuyos flancos estaban protegidos a su vez por escuadrones de húsares húngaros. Incluso cuando se rebelaron contra el emperador, sus súbditos actuaron impulsados por la oposición a los deberes feudales, la persecución religiosa o los privilegios corporativos perdidos, no por la animosidad entre ellos.

La pronta aceptación de la diversidad fortaleció a la monarquía al permitir que se expandiera mucho más allá de su núcleo medieval alemán. Por supuesto, al duplicar su tamaño y cuadruplicar su población, la proporción de alemanes disminuyó de casi el sesenta por ciento en 1618 a menos del treinta por ciento dos siglos después. Pero la monarquía se adaptó a esta demografía cambiante. Desde el principio, los medios de control social, ya fuese la literatura devocional de la Contrarreforma o los libros escolares seculares de la Ilustración, se difundieron en una multitud de lenguas indígenas. La libertad de elegir ayudó a evitar que el idioma se convirtiese en una fuente de conflicto entre los grupos étnicos; entretanto, el alemán afianzó aún más su posición como el medio más común de comunicación interétnica, no porque fuese requerido por el Estado, sino porque servía al interés propio de la movilidad social. Cuando José II emitió su ordenanza para prohibir el lenguaje impolítico para los funcionarios públicos, se decidió por el alemán simplemente porque se hablaba más ampliamente entre las clases educadas. Ya en 1809, los llamamientos populares patrióticos de Stadion contra la Francia napoleónica se publicaron en muchos de los idiomas de la monarquía, de ahí que se jactase

ante el emperador al respecto: «¡Hemos creado una nación!».

Aunque su optimismo estaba fuera de lugar, la diversidad étnica no se convirtió en un problema hasta que Francisco I y sus sucesores lo propiciaron malinterpretando el lenguaje como la única fuente de identidad nacional. Puede que estuviesen demasiado cerca de la vorágine del nacionalismo para reconocer que una «idea nacional» podría forjarse a partir de una identidad cultural y territorial compartida, en lugar de únicamente a partir de un lenguaje común. Al no darse cuenta de esto, renunciaron a la oportunidad de construir una identidad transétnica «austriaca» común para sus pueblos, confiando en cambio en la lealtad al emperador mismo, y en cierta fe residual en las originales raíces alemanas de la dinastía. Una de las consecuencias de ese miedo a la diversidad étnica fue que lastró la capacidad de la monarquía para reanudar su marcha histórica hacia los Balcanes. Durante la mayor parte de los dos siglos, los Hohenzollern se adhirieron al dictamen de que un país que deja de expandirse debe contraerse. Sin embargo, ya en 1804, Francisco rechazó la primera de las dos propuestas de los serbios otomanos para situarse bajo el dominio de los Habsburgo. Posteriormente dirigió a sus comandantes a lo largo de la Frontera Militar a fin de preservar la frágil estabilidad del imperio turco. La decisión resultó ser un desliz fatídico, porque los Balcanes otomanos pasaron de ser una avenida para una fácil expansión a convertirse finalmente en el instrumento letal de la desaparición de la monarquía de los Habsburgo.

La monarquía de los Habsburgo y Alemania

Los Habsburgo del siglo XIX aún habrían estado interesados en hacerse con más población alemana, dados los genuinos lazos históricos entre ellos y el papel indispensable que desempeñó el idioma alemán para mantener unida a la monarquía. Por desgracia, Prusia no solo había excluido esa opción durante las guerras de Silesia, sino que en 1866 los expulsó sin ceremonias junto a los *Erblande* de Alemania. Es cierto que la afiliación con Alemania había distraído a menudo a la dinastía del proceso de construcción del Estado dentro de sus propios dominios; también había obligado a Viena a elegir entre oriente y occidente, ya que reclutaba aliados o asignaba los propios recursos militares finitos de la monarquía. Pero se trataba de un dilema positivo entre las oportunidades en liza. La expulsión de Alemania privó a la monarquía de valiosos

aliados en occidente en un momento en que se enfrentaba a crecientes amenazas en otros lugares. Finalmente, sus diplomáticos decidieron que no podrían prescindir del apoyo alemán, concluyendo una Alianza Dual (1879) con su antiguo adversario prusiano y el nuevo imperio alemán que había formado en 1871. Pero el centro de gravedad en la alianza tradicional austro-alemana había cambiado: de Viena, donde había estado durante el período moderno temprano, a Berlín, que emprendió su propia trayectoria, con consecuencias fatales para ambos imperios.

La diplomacia y la formación de la monarquía

Fue con la Alianza Dual que la monarquía de los Habsburgo perdió el último de esos cinco rasgos distintivos que lo hicieron tan único, y exitoso, en los inicios de la era moderna. Sobrevivió durante otro siglo, a pesar de las revoluciones de 1848 y las grandes derrotas en 1859 y 1866, principalmente porque mantuvo la vista fija en sus súbditos y en otras grandes potencias. De hecho, la monarquía resistió cada una de las grandes crisis del período moderno temprano no solo por las victorias obtenidas en el campo de batalla, sino porque tanto sus gentes como sus vecinos estaban interesados en su supervivencia; incluso en la derrota, las acciones de hombres como Federico el Grande en 1742, Napoleón en 1809, Nicolás I en 1849 y Bismarck en 1866 sugieren que sus rivales también lo consideraron una necesidad europea. Incluso el fatal abrazo prusiano de 1879 vino motivado por la comprensión de Bismarck de que la supervivencia de la monarquía iba en interés de Alemania, tanto como zona de seguridad como cliente. Por supuesto, fue esta perversión de las anteriores relaciones con Alemania la que condenó a la monarquía. En 1918, la dependencia de la inminente hegemonía alemana de Europa contradecía flagrantemente su papel de contrapeso principal en la política de equilibrio de poder. En pocas palabras, ya había muchos entre los suyos y sus adversarios extranjeros que no veían la monarquía del Danubio como una solución indispensable para los problemas de Europa central.

La democracia y la disolución

Quizá deberían haber pensado de un modo distinto. El último cuarto de siglo ha generado un torrente ininterrumpido de nuevas monografías que han exaltado las muchas virtudes del imperio de

los Habsburgo. Si bien reconocen sus deficiencias, Pieter Judson y Steven Beller han subrayado recientemente su aparición como una monarquía constitucional liberal con una sociedad civil vibrante, una burocracia profesional y un poder judicial imparcial que realmente sostuvieron el desarrollo sin restricciones de múltiples movimientos nacionales. Una cosa que nadie se ha atrevido a destacar es el papel fundamental que desempeñó el proceso de democratización en la desestabilización y la deslegitimación final de la monarquía. En pocas palabras, el imperio multinacional no fracasó porque su liderazgo rechazase el liberalismo y el nacionalismo, sino que fue desestabilizado por el entorno permisivo que el emperador creó para sus fuerzas destructivas. Si bien podemos estar de acuerdo con Beller en que Francisco José no era el mejor hombre para conducir lúcidamente a la monarquía dadas las turbulencias imperantes, el hecho es que nadie antes se había visto obligado a luchar con las dificultades que el proceso democrático plantea para las sociedades multiculturales, y mucho menos multilingües. De hecho, la monarquía fue el primer país importante en enfrentar el desafío que la política de masas supone para las sociedades multiculturales en un momento en que nadie tenía una hoja de ruta para lidiar con la tiranía de la mayoría, la explosión de los movimientos étnicos, la demagogia racista o la dinámica electoral que sitúa el interés propio de los candidatos y de los partidos políticos por delante del bien común. Ni tampoco suelen apreciar plenamente las democracias de los Estados nación como Gran Bretaña, Francia, Alemania o Estados Unidos los altos intereses involucrados en el censo y las listas de votación de los grupos étnicamente mixtos. El renuente modo en que Francisco José se avino a un sufragio más amplio y, en última instancia, universal, fijó las líneas de batalla en una guerra que nunca se había librado, sobre todo en la capital imperial, donde el oportunismo político provocó una calamitosa oleada de antisemitismo que destruyó la visión de José II y la convicción de Theodor Herzl de que la monarquía podía proporcionar a los judíos un hogar en una sociedad multicultural. Es seguro que los judíos fueron las principales víctimas; pero en modo alguno las únicas.

Ni el proceso de disgregación ni el caos y la impostura que acompañaron a la democratización convirtieron a Austria-Hungría en un estado fallido. Pero espolearon a sus adversarios para que lo considerasen un deslavazado anacronismo, al igual que inspiraron

contramedidas imprudentes por parte de sus propios responsables políticos. Sí, lejos de resolver los nuevos desafíos planteados por la era revolucionaria, su partición en 1918 aceleró los procesos de disgregación y política de masas iliberales que habían comenzado un siglo antes. Los Habsburgo de Europa central pasaron de ser el punto de apoyo indispensable en el equilibrio de poder continental que habían sido durante la primera modernidad a suponer un vacío de poder que invitó a la expansión de potencias vecinas como la Italia fascista, la Alemania nazi y la Unión Soviética; hoy, la reticente hegemonía de Estados Unidos y la Unión Europea habla de la destrucción de ese delicado equilibrio de poder, no solo en las relaciones internacionales sino también en las relaciones intranacionales entre los pueblos de la región. De hecho, al crear una serie de «Estados sucesores» de menor tamaño, cada uno de ellos dominado por una sola nacionalidad, los acuerdos de paz de 1919 sacrificaron la política consensuada a la tiranía de la mayoría étnica, que a menudo sirvió a los fines de los demagogos nacionalistas durante el período de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial. Luego vino una generación de totalitarismo comunista, que simplemente suspendió la persecución de las minorías nacionales hasta la emergencia de cínicos oportunistas como Nicolae Ceauşescu en Rumania y Slobodan Milošević en Serbia.

Inevitablemente, el conflicto nacional condujo a una «limpieza étnica» que destruyó la diversidad que había sido el atributo más distintivo de la monarquía de los Habsburgo. Al final del siglo XX , aproximadamente 12 millones de civiles habían sido ejecutados o expulsados de sus hogares en lo que alguna vez fue la Europa central de los Habsburgo. Los judíos de los Habsburgo, a quienes José II había emancipado, se encontraban entre las primeras y más conocidas víctimas, comprendiendo casi la mitad de las aproximadamente seis millones de víctimas del Holocausto. Luego vino la salvaje expulsión de la posguerra de cinco millones de alemanes cuyos antepasados se habían establecido en la Gran Bohemia en la Edad Media y en la llanura húngara durante el siglo XVIII . Menos brutales fueron las «transferencias de población» forzadas de un millón de polacos y rutenos de Galitzia para acomodar la expansión de la Unión Soviética hacia el oeste en Europa central. Una generación después, la agonía del comunismo provocó cambios adicionales en la demografía étnica de lo que

había sido la frontera sur de la monarquía de los Habsburgo. A partir de la década de 1980, las austeras realidades de la Rumanía de Ceaușescu impulsaron el reasentamiento voluntario, pero casi total, de setecientos mil suabos y sajones del Banat y Transilvania a Alemania; menos voluntaria fue la concurrente huida de la persecución de varios cientos de miles de sus vecinos magiares y sículos. En la década siguiente, el colapso de Yugoslavia obligó a algunos millones más a abandonar sus hogares, incluidos al menos doscientos mil descendientes serbios de los soldados colonos que se habían establecido a lo largo de las fronteras de Croacia, Eslavonia y Dalmacia durante los primeros tiempos modernos.

Sin embargo, los turbulentos cambios políticos y demográficos del siglo pasado han borrado muchas de las características distintivas que habían evolucionado durante medio milenio. No obstante, gran parte de ese legado permanece. El residuo de la Contrarreforma sigue siendo muy evidente tanto en las fastuosas iglesias barrocas que definen hasta dónde llegaron los dominios de los Habsburgo como en los millones de católicos romanos y griegos que franquean sus puertas. Los triunfos posteriores del cameralismo y la Ilustración se manifiestan en niveles más altos de prosperidad, educación, tolerancia, profesionalidad y respeto por el Estado de derecho. También se pueden ver en las ciudades simétricamente diseñadas del Banat, Voivodina y Eslavonia. Hasta el día de hoy, estas contribuciones inspiran un orgullo consciente a lo largo de lo que una vez fueron las fronteras meridional y oriental en la era moderna de la monarquía, cuyos habitantes trazan líneas divisorias culturales entre ellos y sus vecinos «balcánicos» y «europeos del este». Y está también, por supuesto, la herencia musical que iniciaron los grandes compositores del estilo clásico vienés del siglo XVIII , interpretados por orquestas, directores y virtuosos de primer nivel. El legado de la monarquía de los Habsburgo a principios de la era moderna persiste de todas estas formas, en medio de los calamitosos eventos de los tiempos modernos.

BIBLIOGRAFÍA

EN EL CUARTO DE SIGLO TRANSCURRIDO desde la primera edición de este libro, han aparecido muchos estudios consagrados a las primeras monarquías modernas, especialmente en lengua inglesa. La presente guía actualizada para quien quiera profundizar en la temática de este libro no pretende ser una bibliografía exhaustiva; hace hincapié en los últimos títulos, al tiempo que enumera publicaciones académicas clásicas en lengua alemana que ya se nombraban en la primera edición y siguen siendo esenciales para el tema que tratamos.

1. GENERAL

R. J. W. EVANS, *The Making of the Habsburg Monarchy 1550–1700: An Interpretation* (Oxford, 1979) es indispensable para entender la alianza entre la corona, la aristocracia y la Iglesia durante la Contrarreforma y la peculiaridad de la cultura de los Habsburgo. La obra en dos volúmenes *Cambridge History of the Habsburg Monarchy 1526–1790* (Cambridge, pendiente de edición) ofrece una narración tanto cronológica como temática urdida por varias docenas de prestigiosos expertos. El texto de Thomas WINKELBAUER, *Ständefreiheit und Fürstenmacht: Länder und Untertanen des Hauses Habsburg im konfessionellen Zeitalter, 1522–1699* (Viena, 2003), junto a Petr MAT’A y Thomas WINKELBAUER, eds., *Die Habsburgermonarchie 1620 bis 1740: Leistungen und Grenzen des Absolutismusparadigmas* (Mainz, 2006) cubren los periodos anteriores, mientras Ernst WANGERMANN, *The Austrian Achievement 1700–1800* (Londres, 1973) provee un estudio de amena lectura sobre el siglo siguiente, principalmente desde una perspectiva sociocultural. El libro de Robert A. KANN y Zdenek DAVID, *The Peoples of the Eastern Habsburg Lands, 1526–1918* (Seattle, 1984) es un estudio cuidadosamente compilado que presta una atención individualizada a cada nacionalidad de las tierras ligadas a los Habsburgo, a excepción de los alemanes y los italianos. El de Michael HOCHEDLINGER, *Austria’s Wars of Emergence: War, State and*

Society in the Habsburg Monarchy, 1683–1797 (Nueva York, 2003) proporciona una historia y un análisis completo del ejército de los Habsburgo preferible al accesible pero simplista y tendencioso libro de Richard BASSETT , *For God and Kaiser: The Austrian Imperial Army, 1619–1918* (New Haven, 2015). Para la historia social, véase Ernst BRUCKMÜLLER , *Sozialgeschichte Österreichs* (2.ª ed.: Viena, 2001).

Las obras de Eduard WINTER , *Frühaufklärung* (Berlín, 1966) y *Barock, Absolutismus und Aufklärung in der Donaumonarchie* (Viena, 1971) tratan los desarrollos intelectuales en los territorios austriacos, bohemios y húngaros. Tanto la obra de Andrew WHEATCROFT , *The Habsburgs: Embodying Empire* (Londres, 1995) como la de Anton SCHINDLING y Walter ZIEGLER , eds., *Die Kaiser der Neuzeit, 1519–1918* (Múnich, 1990) proporcionan apuntes biográficos sobre cada emperador de los Habsburgo. Charles INGRAO , ed., *The State and Society in Early Modern Austria* (West Lafayette, IN, 1994) examina varios aspectos de la historia religiosa, cultural, económica, social y diplomática entre mediados de los siglos XVI y XVIII .

SACRO IMPERIO ROMANO. Aunque la obra en dos volúmenes de Joachim WHALEY , *Germany and the Holy Roman Empire* (Oxford, 2012), y la de Peter H. WILSON , *The Holy Roman Empire: A Thousand Years of History* (South Pole, 2016) son los estudios más completos y acabados, hay varios relatos más breves, señaladamente el que hace Peter H. WILSON , *The Holy Roman Empire,1495–1806* (2.ª ed.: Nueva York, 2011), el de Michael HUGHES , *Early Modern Germany, 1472–1806* (Filadelfia, 1992), y las tres colecciones de R. J. W. EVANS y Peter H. WILSON , eds., *The Holy Roman Empire,1495–1806: A European Perspective* (Leiden,2012), R. J. W. EVANS , Michael SCHAICH y Peter H. WILSON , eds., *The Holy Roman Empire, 1495–1806* (Londres y Oxford, 2011), y Heinz DUCHHARDT y Matthias SCHNETTGER , eds., *Reichständische Libertät und habsburgisches Kaisertum* (Mainz, 1999).

INSTITUCIONES COLECTIVAS. Cada vez hay mayor interés en las élites gobernantes y en las instituciones colectivas, lo cual queda reflejado en la cantidad de estudios recientes sobre los Estados de los Habsburgo. El tratamiento más completo está en Gerhard AMMERER , et al., eds., *Bündnispartner und Konkurrenten der Landesfürsten? Die Stände in der Habsburgermonarchie* (Viena, 2007). Para el periodo anterior, véase R. J. W. EVANS y Trevor THOMAS ,

eds., *Crown, Church and Estates: Central European Politics in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Londres, 1991), que incluye varios artículos relevantes de académicos de primer nivel. Dietrich GERHARDT , ed., *Ständische Vertretungen in Europa im 17 und 18. Jahrhundert* (Gotinga, 1974) incluye un excelente artículo de György Bonis sobre los Estados húngaros en el siglo XVIII . Sobre las provincias austriacas, véase Herbert HASSINGER , "Die Landstände der österr. Länder…im 16. und 18. Jht.", *Jahrbuch des Vereins für Landeskunde von Niederösterreich und Wien, 2* (1964); Christine MÜLLER , *The Styrian Estates in Transition, 1740–1848* (Nueva York, 1987); Franz QUARTHAL , *Landstände und landständisches Steuerwesen in Schwäbisch Österreich* (Stuttgart, 1980), y Eila HASSENPFLUG - ELZHOLZ , *Böhmen und die böhmischen Stände in der Zeit des beginnenden Zentralismus* (Viena, 1982) que proporciona un análisis completo del siglo XVIII . William GODSEY , *The Sinews of Habsburg Power: Lower Austria in a Fiscal-Military State 1650–1820* (Oxford, 2018) aporta un revelador caso de estudio del extenso apoyo financiero de las provincias más cercanas a Viena.

DESARROLLOS ECONÓMICOS. No existe una historia que abarque la economía de todos los dominios de los Habsburgo. Para el siglo XVII hay varias partes de la monarquía que han sido cubiertas por Antoni MACZAK , et al., *East Central Europe in Transition from the Fourteenth to the Seventeenth Century* (Cambridge,1985), y por John R. LAMPE y Marvin R. JACKSON , *Balkan Economic History, 1550–1950: From Imperial Borderlands to Developing Nations* (Bloomington, 1982). El reinado de Carlos VI lo trata Herman FREUDENBERGER , "Economic Progress during the Reign of Charles VI", en Jürgen SCHNEIDER , ed., *Wirtschaftskräfte in der europäischen Expansion: Festschrift für Hermann Kellenbenz* (Bamberg, 1978). Varios académicos han examinado los comienzos de la industrialización, sobre todo John KOMLOS , *Nutrition and Economic Development in the Eighteenth-Century Habsburg Monarchy* (Princeton, 1990) y "Institutional Change under Pressure: Enlightened Government Policy in the Eighteenth-Century Habsburg Monarchy", *Journal of European Economic History* , 15 (1986); el capítulo que abre el libro de David GOOD , *The Economic Rise of the Habsburg Empire 1750–1914* (Londres y Berkeley, 1984); y el texto de Herman FREUDENBERGER , "An Industrial Momentum in the Habsburg Monarchy", *Journal of Economic History* , 12 (1983); también "The Woolen Goods Industry of the Habsburg Monarchy in the

Eighteenth Century", *ibid.* , 20 (1960). Freudenberger también ha contribuido a nuestro conocimiento del territorio bohemio, tan importante, en *The Industrialization of a Central European City: Brno and the Fine Woollen Industryin the Eighteenth Century* (Edington,1977), y en "Industrialization in Bohemia and Moravia in the Eighteenth Century", *Journal of Central European Affairs* , 19 (1960), como lo ha hecho Arnost KLIMA en "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Bohemia", *Past & Present* , 85 (1979), "Industrial Development in Bohemia, 1648–1781", *ibid* ., 11 (1957), "Industrial Growth and Entrepreneurship in the Early Stages of Industrialization in the Czech Lands", *Journal of European Economic History* , 6 (1977) y "The Role of Rural Domestic Industry in Bohemia in the Eighteenth Century", *Economic History Review* , 2nd Series, 27 (1974). Para saber sobre los desarrollos comerciales a lo largo de la periferia al sur de Hungría, véase Traian STOIANOVICH , "The Conquering Balkan Orthodox Merchant", *Journal of Economic History* , 20 (1960) y varios capítulos de Charles INGRAO , Nikola SAMARDŽIĆ , & Jovan PEŠALJ , eds., *The Peace of Passarowitz, 1718* (West Lafayette, 2011), obra en la que jóvenes académicos serbios, croatas y turcos tratan asuntos económicos y demográficos.

II. REINOS INDIVIDUALES

Los reinos húngaros han recibido una considerable atención durante las décadas recientes. Los estudios generales más actualizados están en Miklós MOLNÁR , *A Concise History of Hungary* (Cambridge, 2001) y en Peter HANÁK y Tibor FRANK , eds., *A History of Hungary* (Bloomington, 1990). Siguieron a estas obras aríCulos en *Hungarian Studies Review* , 28 (2001) por Géza PÁLFFY , "The Impact of Ottoman Rule in Hungary" y János BARTA , "Habsburg Rule in Hungary in the Eighteenth Century", que proporcionan datos más actualizados. Para el periodo anterior temenos también el artículo de Balázs SZELÉNYI , "The Dynamics of Urban Development: Towns in 16th and 17th century Hungary", *The American Historical Review* , 109 (2004). El siglo XVIII está particularmente bien cubierto por el clásico de Henrik MARCZALI , *Hungary in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1910, reimpreso en 1971) y por el libro de Domokos KOSÁRY , *Culture and Society in Eighteenth-Century Hungary* (Budapest, 1987). El texto de Gábor VERMES , *Hungarian Culture and Politics in the Habsburg Monarchy, 1711–1848* (Budapest, 2014) trata sobre la alta cultura en el dramático marco de la Dieta de Hungría,

mientras que la obra de Rebecca GATES- COON , *The Landed Estates of the Esterházy Princes* (Bloomington, 1994) aporta un maravilloso caso de estudio sobre la vida entre las distintas clases en los latifundios del gran magnate. R. J. W. EVANS , *Austria, Hungary and the Habsburgs: Central Europe c. 1683–1867* comprende una amplia selección de dieciséis artículos, entre los nuevos y los previamente publicados.

Aunque el libro de Stefan PASCU , *A History of Transylvania* (Detroit, 1982) contiene información útil, el mejor tratamiento en un solo volumen del principado corresponde de largo a Gábor BARTA , et al., *History of Transylvania* (Budapest, 1994). A pesar de su título, el libro de Keith HITCHINS , *The Rumanian National Movement in Transylvania, 1780–1849* (Cambridge, MA, 1969) incluye una excelente documentación sobre el siglo XVIII . El estudio de Stanko GULDESCU , *The Croatian-Slavonian Kingdom 1526–1792* (La Haya, 1970) es muy agradable de leer, aunque resulte algo sesgado. Los libros de Gunther E. ROTHENBERG , *The Austrian Military Border in Croatia 1522–1747* (Urbana, 1960) y *The Military Border in Croatia 1740–1881* (Chicago, 1966) siguen siendo las obras definitivas sobre esa fascinante institución, completadas recientemente por el artículo de Charles INGRAO y Jovan PEŠALJ "The Transitional Empire", *Journal of Hungarian Studies* , 27(2013),275–88, y el de Géza PÁLFFY , "The Origins and Development of the Border Defense System against the Ottoman Empire in Hungary up to the Early Eighteenth Century", en Géza DAVID , Géza PÁLFFY y Pál FODOR , eds., *Ottomans, Hungarians and Habsburgs in Central Europe: The Military Confines in the Era of Ottoman Conquest* (Leiden, 2000). Los primeros capítulos del libro de Howard LUPOVICH , *Jews at the Crossroads: Tradition and Accommodation during the Golden Age of the Hungarian Nobility, 1729–1878* (Budapest, 2007) arrojan luz sobre los judíos húngaros.

Los territorios bohemios de la corona han recibido bastante menos atención en lengua inglesa hasta la fecha. Los relatos mejor acabados en general son los de Jaroslav PÁNEK y Oldrich TUMA , eds., *A History of the Czech Lands* (2.ª ed.: Praga, 2018), Hugh AGNEW , *The Czechs and the Lands of the Bohemian Crown* (Stanford, 2004), y Derek SAYERS , *The Coasts of Bohemia: A Czech History* (Princeton, 1998); cada uno de ellos cuenta con varios capítulos sobre la Modernidad temprana. Los libros de Karl BOSL , *Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder* (Stuttgart, 1974) y Ludwig

PETRY , Josef MENZEL y Winfried IRGANG , *Die Geschichte Schlesiens, 2:Die Habsburgerzeit 1526–1740* (Sigmaringen, 1988) aportan un tratamiento completo de estos asuntos. Las últimas dos décadas han sido testigo de una explosión de trabajos académicos sobre las relaciones entre terratenientes y campesinos en la gran Bohemia, especialmente por parte de académicos checos que han publicado trabajos en alemán. Para los lectores ingleses, véase Edgar MELTON , "A Population Structure, the Market Economy and the Transformation of Gutsherrschaft in East Central Europe, 1650–1800", *German History* , 3 (1998), Markus CERMAN , *Villagers and Lords in Eastern Europe, 1300–1800* (Basingstoke y Nueva York, 2012), y Markus CERMAN y Herbert KNITTLER , "Town and Country in the Austrian and Czech Lands, 1450–1800", en S. R. EPSTEIN , ed., *Town and Country in Europe, 1300–1800* (Cambridge, 2001).

La profusión de títulos en lengua alemana incluye la obra de Markus CERMAN y Herman ZEITLHOFER , eds., *Soziale Strukturen in Böhmen: Ein regionaler Vergleich von Wirtschaft und Gesellschaften in Gutsherrschaften, 16.-19. Jahrhundet* (Viena, 2002); Markus CERMAN y Robert LUFT , eds., *Untertanen, Herrschaft und Staat in Böhmen und im "Alten Reich": Sozialgeschichtliche Studien zur Frühen Neuzeit* (Múnich, 2005); Thomas WINKELBAUER , "Grundherrschaft, Sozialdisziplinierung, und Konfessionalisierung in Böhmen, Mähren und Österrreich unter den Enns im 16. und 17. Jht.", en Joachim BAHLCKE y Arno STROHMEYER , eds., *Konfessionalisierung in Ostmitteleuropa: Wirkungen des religiösen Wandels des 16. und 17. Jahrhundert in Staat, Gesellschaft und Kultur* (Stuttgart, 1999), Eduard MAUR , *Gutherrschaft und 'zweite Leibeigenschaft' in Böhmen* (Múnich, 2001), y "Die wirtschaftliche, soziale und demographische Entwicklung Böhmens 1648–1740", en Walter LEITSCH y Stanislaw TRAWKOWSKI , eds., *Polen und Österreich im 17. Jahrhundert* (Viena, 1999).

Aunque no hay un trabajo general que recoja lo ocurrido en los territorios austriacos de la corona, la capital de los Habsburgo y su corte están bien representados en Ilse BAREA , *Viena: Legend and Reality* (Londres, 1966) y en la obra enciclopédica de varios volúmenes *Wien: Geschichte einer Stadt* , que incluye el texto de Karl VOCELKA y Anita TRANINGER , eds., *Die frühneuzeitliche Residenz (16. bis 18. Jht.)* (Viena, 2000); John SPIELMAN , *The City and the Crown* (West Lafayette, 1993) examina la íntima relación entre la corte y su enclave urbano; el mismo autor analiza las dinámicas de este

esquema de mecenazgo en "Status as Commodity: the Habsburg Economy of Privilege", que forma parte de la antes mencionada colección *State & Society in Early Modern Austria* . La obra de B. M. BUCHMANN , *Hof-Regierung-Stadtverwaltung: Wien als Sitz der österreichischen Zentralverwaltung von den Anfängen bis zum Untergang der Monarchie* (Viena, 2002) aborda la ciudad como puente de mando del gobierno central de la monarquía, mientras que Jeroen Duindam compara dos capitales en *Viena and Versailles: The Courts of Europe's Dynastic Rivals, 1550–1780* (Cambridge, 2003).

Para los dominios italianos tenemos la obra de Stuart WOLFF , *A History of Italy, 1700–1860: The Social Constraints of Political Change* (Londres, 1979), que dedica cierta atención a las élites dirigentes y culturales de Lombardía y la Toscana; para una cobertura más amplia véase Heinrich BENEDIKT , *Kaiseradler über dem Apennin: die Österreicher in Italien 1700 bis 1866* (Viena, 1964) y Adam WANDRUSZKA , *Österreich und Italien im 18. Jahrhundert* (Múnich, 1963). Hay un breve estudio sobre los Países Bajos austriacos de C. BRUNEEL , "The Spanish and Austrian Netherlands, 1585–1780", en J. C. H. BLOM & E. LAMBERTS , eds., *History of the Low Countries* (1998) y estudios con la amplitud de un libro en Heinrich BENEDIKT , *Als Belgien österreichisch war* (Viena, 1965) y Herv HASQUIN , ed., *La Belgique autrichienne, 1713–1794* (Bruselas, 1987).

III. LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS , 1618-1648

La obra de Geoffrey PARKER , *Europe in Crisis, 1598–1650* (Ithaca, NY, 1979) presenta una perspectiva razonablemente amplia y puesta al día de la escena europea, incluida la «crisis general». En cuanto a la propia guerra, está su *Thirty Years' War* (Nueva York, 1984) y la imponente obra de Peter Wilson *The Thirty Years War: Europe's Tragedy* (Cambridge, MA, 2011). Para un relato más austrocéntrico tenemos el texto de Robert BIRELEY *Ferdinand II: Counter-Reformation Emperor, 1578–1637* (Cambridge, 2014) y *Religion and Politics in the Age of the Counter-Reformation: Emperor Ferdinand II, William Lamormaini, S.J., and the Formation of Imperial Policy* (Chapel Hill, 1981), que estudia la interacción entre el emperador y su confesor jesuita en el año 1635. Tras tres siglos sin prestarle atención, contamos ahora con dos nuevas biografías de su hijo y sucesor de Mark HENGERER , *Making Peace in an Age of War: Ferdinand III* (West Lafayette, 2019) y Lothar HÖBELT , *Ferdinand III. (1608–1657): Friedenskaiser wider Willen* (Graz, 2008).

La antes mencionada obra de Evans y Thomas, *Crown, Church and Estates* , incluye varios estudios de la monarquía durante la guerra de los Treinta Años, entre ellos el provocativo artículo de Robert BIRELEY , “Ferdinand II: Founder of the Habsburg Monarchy”. El de Karin MAC HARDY , “The Rise of Absolutism and Noble Rebellion in Early Modern Habsburg Austria, 1570–1620”, *Journal of Comparative History* , 34 (1992), se concentra en la evolución de la alianza entre la corona, la nobleza y la Iglesia en la Baja Austria. Para saber más sobre el ejército de los Habsburo, véase John MEARS , “The Thirty Years’ War, the ‘General Crisis’ and the Origins of a Standing Army in the Habsburg Monarchy”, *Central European History* , 21 (1988). Gary NICHOLS , “The Economic Impact of the Thirty Years’ War in Habsburg Austria”, *East European Quarterly* , 23 (1989) aborda brevemente los efectos del conflicto. El libro de Hermann REBEL , *Peasant Classes: The Bureaucratization of Property and Family Relations under Early Habsburg Absolutism, 1511–1636* (Princeton, 1983) presenta un innovador estudio de las familias campesinas durante el alzamiento de 1626.

CONTRARREFORMA. El reciente interés en el proceso de «confesionalización» que siguió a la Paz de Augsburgo ha dado lugar a numerosos estudios sobre la Contrarreforma.

Howard LOUTHAN , Gary COHEN y Franz SZABO , eds., *Diversity and Dissent: Negotiating Religious Difference in Central Europe, 1500–1800* , contiene varios capítulos pertinentes, incluido uno que firma Regina PÖRTNER , “Heresy and Literacy in the 18thCentury Habsburg Monarchy”. Sobre Bohemia tenemos el libro de Howard LOUTHAN , *Converting Bohemia: Force and Persuasion in the Catholic Reformation* (Cambridge, 2009), que examina con gran detalle el proceso de cofesionalización tal y como transcurre allí. La traducción anotada de William Bowman del clásico de Anna CORETH , *Pietas Austriaca* (West Lafayette, 2004) se concentra en la cultura de la corte de los Habsburgo y en el esquema de representación que había detrás, como lo hace la primera mitad del texto de R. A. KANN , *Study in Austrian Intellectual History* (Nueva York, 1973), que traza un retrato del prominente predicador de la corte, Abraham a Sancta Clara.

El artículo de Charles INGRAO y Andrew THOMAS , “Piety and Patronage: The Empresses-Consort of the High Baroque”, *German History* , 20 (2002) examina tanto la piedad pública como el papel desempeñado por las mujeres en las cortes de Leopoldo I, José I y

Carlos VI. La obra de Regina PÖRTNER , *The Counter-Reformation in Central Europe: Styria, 1580–1630* (Oxford, 2001) llega hasta un siglo más tarde de lo que indica su título, hasta 1740, como lo hace su artículo "Policing the Subject: Confessional Absolutism and Communal Autonomy in Eighteenth-Century Austria", *Austrian History Yearbook* , 40 (2009). El libro de Michael PAMMER , *Glaubensanfall und wahre Andacht: Barokreligiösität, Reformkatholicismus und Laizismus in Oberösterreich, 1700–1820* (Múnich, 1994) cubre la Alta Austria, mientras que el de Egidio IVETIĆ y Drago ROKSANDIĆ , eds., *Tolerance and Intolerance in the Triplex Confinum* (Padua, 2007) cubre la frontera sur del interior de Austria con Croacia y la Dalmacia veneciana.

El paisaje multiconfesional de Transilvania recibe parte de la atención que merece en la obra de Graeme MURDOCK , *Calvinism on the Frontier, 1600–1660: International Calvinism and the Reformed Church in Hungary and Transylvania* (Oxford, 2000) y en el artículo "Responses to Habsburg Persecution of Protestants in Seventeenth-Century Hungary", *Austrian History Yearbook* , 40 (2009); el principado queda también adecuadamente recogido en el artículo de Bálint KESERŰ , "Shaping Protestant Networks in Habsburg Transylvania: the Beginnings (1686–1699)", en Gábor ALMÁSI , Szymon BRZEZIŃSKI e Ildikó HORN , eds., *A Divided Hungary in Europe, 2: Diplomacy, Information Flow and Cultural Exchange 1541–1699* (Cambridge, MA, 2014) y en dos monografías de Paul Shore , *Jesuits and the Politics of Religious Pluralism in Eighteenth-Century Transylvania: Culture, Politics and Religion, 1693–1773* (Aldershot, UK, 2007) y *Narratives of Adversity: Jesuits on the Eastern Peripheries of the Habsburg Realms (1640–1773)* (Budapest and Nueva York, 2012).

IV. LA MONARQUÍA BARROCA , 1648-1740

El estudio de John SPIELMAN , *Leopold I of Austria* (New Brunswick, 1977) sigue siendo de gran utilidad, mientras que el de Maria GOLOUBEVA , *The Glorification of Emperor Leopold I in Image, Spectacle and Text* (Mainz, 2000) aborda el inteligente arte de la autorrepresentación. Sobre el reinado de José I, véase Charles INGRAO , *In Quest and Crisis: Emperor Joseph I and the Habsburg Monarchy* (West Lafayette, 1979). Para la primera mitad del reinado de Carlos VI tenemos la obra de John STOYE , "Emperor Charles VI: The Early Years of the Reign", *Royal Historical Society Transactions* ,

12 (1962). En cuanto al impacto del famoso testamento de Carlos VI, véase Charles INGRAO , "The Pragmatic Sanction and the Theresian Succession: A Reevaluation", en William MC GILL , ed., *The Habsburg Dominions under Maria Theresa* (Washington, PA, 1980), reimpreso en *Etudes danubiennes* , 9 (1993).

MINISTROS Y CONSEJEROS. La obra de Henry F. SCHWARZ , *The Imperial Privy Council in the Seventeenth Century* (Cambridge, MA, 1943) aporta una mirada bastante amplia, aunque algo seca de este asunto; la de Stefan SIENELL , *Die geheime Konferenz unter Kaiser Leopold I.: Personelle Strukturen und Methoden zur politischen Entscheidungsfindung am Wiener Hof* (Lang, 2001) va de algún modo más allá al examinar el papel de Leopoldo en las deliberaciones. Sobre los asesores económicos de Leopoldo, tenemos el texto de John SPIELMAN y S. J. MILLER , *Cristóbal de Rojas y Spinola* , American Philosophical Society Transactions, 52 (Filadelfia, 1962) y el de Louise SOMMER , *Die österreichischen Kameralisten in dogmengeschichtlicher Darstellungen* (Viena, 1925, reimpreso en 1967); también el retrato de Pamela H. SMITH sobre Becher como cortesano en *The Business of Alchemy: Science and Culture in the Holy Roman Empire* (Princeton, 1997).

El libro de Derek MC KAY , *Prince Eugene of Savoy* (Londres, 1977), es un excelente sustituto de la definitiva obra de Max Braubach en cinco volúmenes, *Prinz Eugen von Savoyen* (Múnich, 1963); la crítica moderada vertida en su texto se complementa bien con el de Filip Šimetin ŠEGVIĆ y Tomislav BRANĐOLICA , "The Age of Heroes in Historiography: The Example of Prince Eugene of Savoy", *Austrian History Yearbook* , 44 (2013), 211–33. El libro de Nicholas HENDERSON , *Prince Eugen of Savoy* (Nueva York, 1964) es práctico, pero no tiene tanta autoridad. Para otros ministros clave tenemos el texto de Hugo HANTSCH , *Reichsvizekanzler Friedrich Karl Graf von Schönborn* (1674–1746) (Augsburg,1929); el artículo de J. HRAZKY , "Johann Christoph Bartenstein", *Mitteilungen des österreichischen Staatsarchivs* [*MÖSA*], 11 (1958); y el libro de Brigitte HOLL , *Hofkammerpräsident Gundaker Thomas Graf Starhemberg und die österreichische Finanzpolitik der Barockzeit* (1703–1715) (Viena, 1976). El de Andreas PEČAR , Die Ökonomie der Ehre: Der höfische Adelam Kaiserhof Karls VI (1711-1740) (Darmstadt, 2003) es un maravilloso estudio sobre el poder y el mecenazgo.

HUNGRÍA Y LOS TURCOS. El enfrentamiento entre los Habsburgo y

los otomanos sigue atrayendo el interés de los académicos como Ivan PARVEV , *Habsburgs and Ottomans between Viena and Belgrade 1683-1789* (Nueva York, 1995) y Géza DAVID y Pál Fodor , eds., *Ottomans, Hungarians and Habsburgs: The Military Confines in the Era of Ottoman Conquest* (Leiden y Boston, 2000). La gran estrategia de ambos contendientes se examina en Charles INGRAO y Yasir YILMAZ , "Habsburg vs. Ottoman: Motives and Priorities", en Plamen MITEV , Ivan PARVEV y Maria BARAMOVA , eds., *Empires and Peninsulas: Southeastern Europe between Carlowitz and the Peace of Adrianople, 1699–1829* (Sofia, 2010). Sobre el sitio de Viena tenemos la obra definitiva de Thomas BARKER , *Double Eagle and Crescent* (Albany, 1967), y la muy amena de Andrew WHEATCROFT , *The Enemy at the Gate: Habsburgs, Ottomans, and the Battle for Europe* (Nueva York, 2008); también el libro de John STOYE , *The Siege of Viena* (Nueva York, 1965). La obra de Ladislas BARON HENGELMÜLLER , *Hungary's Fight for National Existence* (Londres, 1913) es un relato muy bien escrito, aunque algo chovinista de la primera mitad de la Revuelta de Rákóczi; el de Orest SUBTELNY , *Domination of Eastern Europe* (Gloucester, 1986) sitúa el levantamiento en su contexto en Europa del este, mientras que el artículo de Charles INGRAO , "Guerrilla Warfare in Early Modern Europe: the Kuruc War (1703–1711)", en Gunther E. ROTHENBERG y Béla KIRÁLY , eds., *War and Society in East Central Europe, 2* (Nueva York,1982) la analiza desde una perspectiva militar.

Acta Historica , 22 (1976), 27 (1981), 33 (1987) contiene numerosos artículos especializados en inglés, alemán o francés sobre la historia, social, política y económica del reinado. La continuación del conflicto austro-turco bajo el reinado de Carlos VI queda cubierto por el trabajo un tanto periodístico de Lavender CASSELS , *The Struggle for the Ottoman Empire 1717–1740* (Londres, 1966) y por el más académico pero atractivo de Karl ROIDER , *The Reluctant Ally: Austria's Policy in the Austro-Turkish War, 1737–1739* (Baton Rouge, 1972). La imagen cambiante de los «terribles turcos» se recoge en la obra de Paula FICHTNER , *Terror and Toleration: the Habsburg Empire Confronts Islam, 1526–1850* (Chicago, 2008). Tampoco han pasado desapercibidas las vicisitudes internas de la gran Hungría. La estabilización posterior a la Guerra es el tema que trata Brian HODSON en "The Development of Habsburg Policy in Hungary and the Einrichtungswerk of Cardinal Kollonich, 1683–90", *Austrian History Yearbook* , 38 (2007) y en Timothy OLIN ,

“Cultivating an Orderly Society: Physical and Mental Landscapes on the Habsburg’s Southern Frontiers”, *The Austrian History Yearbook* , 48 (2017). La obra de Charles INGRAO , Nikola SAMARDŽIĆ y Jovan PEŠALJ , eds., *Passarowitz, 1718* (West Lafayette, 2011) cubre no solo las incidencias diplomáticas, sino varios estudios sobre los desarrollos posbélicos económicos y demográficos por parte de académicos serbios, croatas y turcos. Por su parte, el libro István TÓTH , *Literacy and Written Culture in Early Modern Central Europe* , examina primordialmente las fuentes húngaras.

POLÍTICA IMPERIAL Y EXTERIOR. El artículo de Charles INGRAO , “Habsburg Strategy and Geopolitics during the Eighteenth Century”, que está en Gunther E. ROTHENBERG y Béla Király , eds., *War and Society in East Central Europe, II* (Nueva York, 1982) visualiza las más amplias estructuras y asuntos estratégicos que contribuyeron a predeterminar la política exterior a lo largo del siglo. Por su parte, A. Wess MITCHELL aplica su perspectiva desde cuatro puntos en *The Grand Strategy of the Habsburg Empire* (Princeton, 2018). El libro de Michael HUGHES , *Law and Politics in Eighteenth-Century Germany: The Imperial Aulic Council in the Reign of Charles VI* (Woodbridge, NH, 1988) analiza no solo cómo funcionó el *Reichshofrat* , sino también cómo sus juicios quedaron afectados por el emperador alemán y la política exterior. El artículo de William O’REILLY , “The Lost Chances of the House of Habsburg”, *Austrian History Yearbook* , 40 (2009), ofrece una revisión crítica de la política exterior del emperador, como la obra de Franz PESENDORFER , *Österreich – Großmacht im Mittelmeer? Das Königreich Neapel-Sizilien unter Kaiser Karl VI. 1707/20-1734/35* (Viena/Graz/Weimar, 1998), que examina su frívolo régimen en las llamadas Dos Sicilias. Sobre la tormentosa relación de Carlos VI con las Potencias Marítimas, tenemos el texto de Jeremy BLACK , “When `Natural Allies’ fall out: AngloAustrian relations, 1725–1740”, *MÖSA* , 36 (1983), mientras que el libro de John L. SUTTON , *The King’s Honor and the King’s Cardinal: The War of the Polish Succession* (Lexington, KY, 1980) explica su humillante derrota a manos de las potencias borbónicas con un estilo muy ameno.

CULTURA BARROCA. Hay varios estudios sobe la arquitectura, entre ellos el de Hellmut LORENZ , *Johann Bernhard Fischer von Erlach* (Zürich, 1992) y su caso de estudio “The Imperial Hofburg” en la arriba mencionada obra de INGRAO , *State and Society* . El libro

de Herbert KARNER y Werner TELESKO , eds., *Die Jesuiten in Wien: zur Kulturgeschichte…im 17. und 18. Jahrhundert* (Viena, 2003) examina el enorme impacto de la Compañía de Jesús en el paisaje urbano de Viena, mientras que el texto de Gary COHEN y Franz SZABO , eds., *Embodiments of Power: Building Baroque Cities in Europe* (Nueva York, 2008) va más allá de la residencia imperial, dedicando capítulos a seis capitales de los territorios imperiales. La música barroca es el tema de tres nuevas obras: Lawrence BENNETT , *The Italian Cantata in Viena* (Bloomington, 2013), Robert G. RAWSON , *Bohemian Baroque: Czech Musical Culture and Style, 1600–1750* (Rochester, NY, 2013), y Franz SZABO , "The Cultural Transformation of the Habsburg Monarchy in the Age of Metastasio, 1730–1780", en *Studies in Music* , 16 (1997).

V. REFORMA Y DESPOTISMO ILUSTRADO

Aunque no hay nada en ningún idioma ni remotamente comparable con la monumental obra en diez volúmenes de Alfred von ARNETH , *Geschichte Maria Theresia's* (Viena, 1863–76, reimpreso en Osnabrück, 1971), el libro de Barbara STOLLBERG- RILINGER , *Maria Theresia: Die Kaiserin in ihrer Zeit: Eine Biographie* (Múnich, 2018) contiene el mejor tratamiento moderno de este asunto; en inglés tenemos las siguientes biografías útiles: Edward CRANKSHAW , *Maria Theresa* (Londres, 1969), William MC GILL , *Maria Theresa* (Nueva York, 1972), y C.A. MACARTNEY , *Maria Theresa and the House of Austria* (Londres, 1969). Sobre el consorte de la gran emperatriz, véase Georg SCHREIBER , *Franz I. Stephen: An der Seite einer grossen Frau* (Graz, Viena y Colonia, 1986).

La tormentosa relación que María Teresa mantuvo con su hijo y su heredero es una de las contribuciones de la extraordinaria obra en dos volúmenes de Derek BEALES , *Joseph II: I: In the Shadow of Maria Theresa* (Cambridge, 1987), y *II: Against the World* (Cambridge, 2012); la obra *Enlightenment and Reform in Eighteenth Century Europe* (Nueva York, 2005) es una recopilación de su obra que incluye una serie de capítulos sobre el josefismo. Para un análisis más breve, pero igualmente valioso, véase T. C. W. BLANNING , *Joseph II* (Nueva York, 1994). El texto de Paul BERNARD , *Joseph II* (Nueva York, 1968), y el ligero volume de BLANNING *Joseph II and Enlightened Absolutism* (Londres, 1970), son bastante prácticos. Sobre los primeros días de Leopoldo II como gran duque de la Toscana, véase Eric COCHRANE , *Florence in the Forgotten Centuries, 1527–1800*

(Chicago, 1973); por otra parte, solo hay otras dos biografías en alemán, la de Adam WANDRUSZKA , *Leopold II* , 2 vols. (Viena, 1963–5) y la más reciente pero menos académica de Helga PEHEM , *Leopold II: Herrscher mit weiser Hand* (Viena, Graz y Colonia,1987). La obra de R. G. Plaschka y Grete Klingenstein, eds., *Österreich im Europa der Aufklärung* (Viena, 1985) es una magnífica colección en dos volúmenes que tiene aportaciones para todos los gustos entre sus cincuenta y seis capítulos.

MINISTROS Y CONSEJEROS. La obra maestra de Franz Szabo, *Kaunitz and Enlightened Absolutism, 1753–1780* (Cambridge, 1994) cubre las acciones y pensamientos del gran canciller en la época de la Segunda Reforma de María Teresa I, que también pueden verse en "Cameralism, Josephinism, and Enlightenment: The Dynamic of Reform in the Habsburg Monarchy, 1740–92", *Austrian History Yearbook* , 49 (2018), donde hace un balance de los elementos que constituyeron este periodo. El libro de Paul BERNARD , *From the Enlightenment to the Police State: The Public Life of Johann Anton Pergen* (Urbana, 1991) es un studio soberbio del fundador de la policía secreta austriaca. Sobre los dos van Swieten, tenemos el libro de Frank BRECHKA , *Gerhard van Swieten and his World 1700–1772* (La Haya, 1970) y el de Ernst WANGERMANN , *Aufklärung und staatsbürgerliche Erziehung: Gottfried van Swieten als Reformator des österreichischen Unterrichtswesens 1781–1791* (Múnich, 1978). La segunda parte del mencionado ensayo de R. A. KANN , *Study in Austrian Intellectual History* , se concentra en Joseph von Sonnenfels, lo mismo que el de Simon KARSTENS , *Lehrer – Schriftsteller – Staatsreformer: Die Karriere des Joseph von Sonnenfels* (1733–1817) (Viena, 2011), y el artículo de Olga KHAVANOVA , "Joseph von Sonnenfels's Courses and the Making of the Habsburg Bureaucracy", *Austrian History Yearbook* , 48 (2017). El de Grete KLINGENSTEIN , "Between Mercantilism and Physiocracy" en la obra antes mencionada de INGRAO , *State & Society* , da cuenta del pedigrí teórico de grandes economistas políticos como Justi, Sonnenfels y Karl von Zinzendorf. Las mujeres que rodearon a José II son el tema del libro de Rebecca GATES- COON , *The Charmed Circle: Joseph II and the "Five Princesses" 1765–1790* (West Lafayette, 2015).

GUERRA Y DIPLOMACIA. Los textos de Reed BROWNING , *The War of the Austrian Succession* (Nueva York, 1993) y el más breve de M.S. ANDERSON , *The War of the Austrian Succession* (Nueva York, 1995)

son más completos que los venerables casos de studio sobre las relaciones anglo-austriacas recogidos en Richard LODGE , *Studies in Eighteenth Century Diplomacy 1740–1748* (Londres, 1930). El de Max BRAUBACH , *Versailles und Wien von Ludwig XIV bis Kaunitz* (Bonn, 1952), sigue siendo el major relato sobre los orígenes y la realización de la Revolución diplomática. La obra de Both Hamish SCOTT , *The Emergence of the Eastern Powers* (Cambridge, 2001) y las primeras doscientas páginas del texto de Paul SCHROEDER , *The Transformation of European Politics 1763–1848* (Oxford, 1996), aportan un riguroso relato del peligroso nuevo mundo al este en el que se adentró la monarquía tras la guerra de los Siete Años. Sobre las primeras dos particiones de Polonia, véase Herbert KAPLAN , *The First Partition of Poland* (Nueva York, 1972) y Robert H. LORD , *The Second Partition of Poland* (Cambridge, MA, 1915, reimpreso en Nueva York, 1969). La obra de Karl ROIDER , *Austria's Eastern Question* (Princeton, 1982) es particularmente valiosa para entender los intentos de equilibrar la expansión rusa y el declive otomano bajo el reinado de María Teresa y sus hijos, como lo es la de Harald HEPPNER , *Österreich und die Donaufürstentümer (1774–1812)* (Graz, 1984). El libro de Paul BERNARD , *Joseph II and Bavaria* (La Haya, 1965) se ocupa de los repetidos intentos de José II de absorber el estratégico electorado de Wittelsbach. En cuanto a sus relaciones con los británicos, véase el artículo de Jeremy Black, "British Policy towards Austria, 1780–1793", *MÖSA* , 42 (1992). Los libros de Christopher DUFFY , *The Army of Maria Theresa* (Vancouver, 1977) y *The Wild Goose and the Eagle: A Life of Marshal von Browne, 1705–1757* (Londres, 1964) son dos estudios que se leen con mucho agrado y tratan sobre la institución del ejército de María Teresa I.

POLÍTICA FISCAL, LEGAL Y SOCIAL. La obra de P.G.M. DICKSON , *Finance and Government under Maria Theresia 1740–1780* (Oxford, 1987) consta de dos volúmenes y es una acercamiento monumental que contiene información a un gran nivel de detalle. El libro de Henry E. STRAKOSCH , *State Absolutism and the Rule of Law: The Struggle for the Codification of Civil Law in Austria 1753–1811* (Sydney, 1967) se ocupa de la reforma legal, mientras que el de Paul BERNARD , *The Limits of Enlightenment: Joseph II and the Law* (Urbana, 1979) se ocupa de cómo José II se entrometió en ella. El major studio de la reforma agraria en los distintos reinos lo tenemos en el libro de Edith LINK , *The Emancipation of the Austrian Peasant 1740–1798* (Nueva York, 1949, reimpreso en 1974); el texto de

William WRIGHT , *Serf, Seigneur and Sovereign: Agrarian Reform in Eighteenth-Century Bohemia* (Minneapolis, 1966); y el artículo de Béla KIRÁLY , “Maria Theresa’s Hungarian Serf Reforms”, que está en la mencionada obra de William MC GILL , ed., *The Habsburg Dominions under Maria Theresa* . Sobre la política económica de los Habsburgo, véase Helen LIEBEL- WECKOWICZ , “Free Trade and Protectionism under Maria Theresa and Joseph II”, *Canadian Journal of History* , 14 (1979). David M. CROWE , “From Persecution to Pragmatism: the Habsburg Roma in the 18th C.”, *Austrian History Yearbook* , 37 (2006) bosqueja las políticas pragmáticas de María Teresa y José II.

RELIGIÓN, EDICIÓN Y CULTURA. El libro de Grete KLINGENSTEIN , *Staatsverwaltung und kirchliche Autorität im 18. Jahrhundert: Das Problem der Zensurinder theresianischen Reform* (Múnich, 1970) aborda la secularización de la censura, aunque sugiere alguna continuidad entre los reinos de Carlos VI y María Teresa. El libro de James Van Horn MELTON , *Absolutism and the Eighteenth-Century Origins of Compulsory Schooling in Prussia and Austria* (Cambridge, 1988) es un provocativo y bien escrito análisis comparativo de la reforma educativa. El de Paul BERNARD , *Jesuits and Jacobins: Enlightenment and Enlightened Despotism in Austria* (Urbana, 1971) recoge los Más allá de la ya mencionada colección de Beales, *Enlightenment and Reform* , virtualmente todas las obras del josefismo están en alemán, y entre ellas cabe destacar la de Elisabeth KOVACS , *Katholische Aufklärung und Josephinismus* (Múnich, 1979); y la de Eduard WINTER , *Der Josephinismus: die Geschichte des österreichischen Reformkatholizismus 1740–1848* (Berlín, 1962).

Sobré José y la Iglesia ortodoxa, tenemos el artículo de Marija PETROVIĆ , “Austrian Enlightenment in the Orthodox Way”, en la colección de Harald HEPPNER y Eva POSCH , eds., *Encounters in Europe’s Southeast: Habsburgs and the Orthodox World in the Eighteenth and Nineteenth Centuries* (Bochum, 2012). Los textos de Joseph KARNIEL , *Die Toleranzpolitik Kaiser Josephs II.* (Gerlingen, 1986) y Lois Dubin, *The Port Jews of Habsburg Trieste: Absolutist Politics and Enlightenment Culture* (Stanford, 1999) son especialmente valiosos en cuanto al análisis de las políticas de José II respecto a los judíos, y también los primeros capítulos del libro de William MC CAGG , *A History of the Habsburg Jews, 1670–1918* (Bloomington, 1989).

En cuanto a las actitudes contemporáneas y las reacciones a la política del gobierno, también está la obra de Charles O'BRIEN , *Ideas of Religious Toleration at the Time of Joseph II* , American Philosophical Society *Transactions* , 59 (Filadelfia, 1969). Para un estudio sobre la música y su mecenazgo, tenemos los libros de Peter GAY , *Mozart* (Nueva York, 1999), Jens Peter LARSEN , *Haydn* (Nueva York y Londres, 1997), Giorgio PESTELLI , *The Age of Mozart and Beethoven* (Cambridge, 1984) y Mary S. MURROW , *Concert Life in Haydn's Viena* (Stuyvesant, NY, 1989).

REINOS INDIVIDUALES. Hay varios estudios informativos regionales sobre los reinados de José II y Leopoldo II. La obra de Antal SZÁNTAY , *Regionalpolitik im alten Europa: Die Verwaltungsreformen Josephs II. In Ungarn, in der Lombardei und in den österreichischen Niederlanden, 1785–1790* (Budapest, 2005) se ocupa de tres de ellos. Sobre lo ocurrido en tierras austriacas, tenemos el libro de Miriam LEVY , *Governance and Grievance: Habsburg Policy and Italian Tyrol in the Eighteenth Century* (West Lafayette, 1988), que se ocupa de la confusión durante el reinado de Leopoldo II, el de Eva FABER , *Litorale Austriaco: Das österreichische und kroatische Küstenland 1700–1780* (Trondheim, 1995) examina los desarrollos administrativos, mientras el artículo de Andrej Sušjan y Stanislav Južnić, "The Carniolan Society for Agriculture and Useful Arts 1767–87", *Austrian History Yearbook* , 49 (2018), estudia la interacción entre cameralismo y fisiocracia.

Las obras más notables sobre la gran Hungría son las de Éva BALÁZS , *Hungary and the Habsburgs: An Experiment in Enlightened Absolutism, 1765–1800* (Budapest, 1997) y la de Béla KIRÁLY , *Hungary in the Late Eighteenth Century* (Nueva York, 1969). Véase también el artículo de Balázs SZELÉNYI , "Enlightenment from Below: German-Hungarian Patriots in Eighteenth-Century Hungary", *Austrian History Yearbook* , 34 (2003), y el de George BARANY , "Hoping against Hope: The Enlightened Age in Hungary", *Austrian History Yearbook* , 76 (1971). Nuestro conocimiento del nivel sur del reino ha recibido el impulse de varios estudiosos eslavos del sur, como Nikola PETROVIĆ , *Die Schiffahrt und die Wirtschaft im mittleren Donauraum in der Zeit des Merkantilismus* (Belgrado y Novi-Sad, 1982) y de una generación más joven que ha hecho su aparición en dos volúmenes: la antes menciona colección de PLASCHKA y KLINGENSTEIN , *Österreich im Europa der Aufklärung* , contribuye con cuatro artículos de Virginia PASKALEVA , "Die Wirtsschaftspolitik

Maria Theresias und die Balkanvölker", Snežka PANOVA , "Zu Fragen über die Rolle Österreich-Ungarns im wirtschftlichen Prozess des Heranreifens der Balkanvölker (17.-18. Jahrhundert)", Antal HEGEDÜ , "Joseph II. und die Refeudalisierung des Banats" y Strahinja KOSTIĆ , "Kulturorientierung und Volksschule der Serben in der Donaumonarchie zur Zeit Maria Theresias". Por su parte, la colección antes mencionada de Heppner y Posch, *Encounters in Europe's Southeast* , incluye diecisiete artículos sobre los Habsburgo eslavos del sur, entre ellos los de Vladimir SIMIĆ , "'Gnädige Kaiser' und 'treuer Untertan': Dynastic Patriotism and Orthodox Subjects in the Eighteenth-Century Habsburg Monarchy" y Wladimir FISCHER , "Dositej Obradović and the Ambivalence of Enlightenment".

El texto de FISCHER *Dositej Obradović als bürgerlicher Kulturheld: Zur Formierung eines serbischen bürgerlichen Selbstbildes durch literarische Kommunikation 1783–1845* (Frankfurt, 2007) y su artículo "The Role of Dositej Obradović in the Construction of Serbian Identities (1811–1911)" en *Spaces of Identity* , 3 (2001) culminan su trabajo sobre el padre de la Ilustración serbia. El libro de Robert J. Kerner, *Bohemia in the Eighteenth Century* (Nueva York, 1932, reimpreso en 1969) sigue siendo una fuente útil sobre la Ilustración en aquella zona. Otra obra más reciente de Ivo CERMAN , Rita KRUEGER y Susan REYNOLDS , eds., *The Enlightenment in Bohemia: Religion, Morality and Multiculturalism* (Oxford, 2011), ha contribuido a nuestro conocimiento sobre esta sofisticada aristocracia, como lo ha hecho la monografía de KRUEGER *Czech, German, and Noble: Status and National Identity in Habsburg Bohemia* (Oxford, 2009) y la de CERMAN *Habsburgischer Adel und Aufklärung: Bildungsverhalten des Wiener Hofadels im 18. Jahrhundert* (Stuttgart, 2010). Véase también el artículo de Krueger "Mediating Progress in the Provinces: Central Authority, Local Elites, and Agrarian Societies in Bohemia and Moravia", *Austrian History Yearbook* , 35 (2004) y el de CERMAN "The Aristocratic Achievement: Aristocratic Writers and Philosophers in Bohemia", *Austrian History Yearbook* , 48 (2017), que forma parte de foro sobre la Ilustración en las tierras de los Habsburgo.

En cuanto a los Países Bajos austriacos, véase Walter DAVIS , *Joseph II: An Imperial Reformer for the Austrian Netherlands* (La Haya, 1974); y Janet L. POLASKY , *Revolution in Bruselas, 1787–1793* (Bruselas y Hannover, NH, 1987). Hay un breve estudio sobre Galitzia en los primeros capítulos de la obra de Larry WOLFF , *The Idea of Galicia:*

History and Fantasy in Habsburg Political Culture (Stanford, 2004).

VI. AUSTRIA EN LA ERA REVOLUCIONARIA , 1792-1815

Hay que destacar el texto de John DEAK , *Forging a Multinational State* (Stanford, 2015), el de Pieter M. JUDSON , *The Habsburg Empire: a New History* (Cambridge, MA, 2016), y especialmente el más antiguo de C. A. Macartney, *The Habsburg Empire 1790–1918* (Nueva York y Londres, 1968); todo ellos comienzan en los primeros estadios de la Era revolucionaria. No hay estudio moderno alguno sobre Francisco II/I en inglés, a excepción del de William C. LANGSAM , *Francis the Good: The Education of an Emperor, 1768–1792* (Nueva York, 1949). Sí hay, no obstante, varios buenos libros sobre las personas que estaban a su alrededor, siendo el más notable de ellos el antes mencionado de Paul BERNARD sobre la biografía de Pergen; también hay que mencionar el de Karl ROIDER , *Baron Thugut and Austria's Response to the French Revolution* (Princeton, 1987); el de Gunther E. ROTHENBERG , *Napoleon's Great Adversaries: The Archduke Charles and the Austrian Army, 1792–1814* (Bloomington, 1982); el de Hellmuth RÖSSLER , *Graf Johann Philipp Stadion: Napoleons deutscher Gegenspieler,2 vols.* (Viena y Múnich, 1966); el artículo de William C. LANGSAM , "Count Stadion and the Archduke Charles", *Journal of Central European Affairs* , 6 (1946); y el libro de Alan SKED , *Radetzky: Imperial Victory and Military Genius* (Londres, 2011).

Sobre Metternich vale la pena sumergirse en los primeros capítulos del provocativo análisis de Alan SKED en *Metternich and Austria: An Evaluation* (Londres y Nueva York, 2008); Wolfram SIEMANN , *Metternich: Strategie und Visonär* (Múnich, 2016); Enno KRAEHE , *Metternich's German Policy,2 vols.* (Princeton, 1963–83); y Henry KISSINGER , *A World Restored: Metternich, Castlereagh, and the Problems of Peace 1812–22* ; (Boston, 1973). Hay varios aspectos de la recepción por parte de la monarquía de la Revolución francesa que están bien tratados en Ernst WANGERMANN , *From Joseph II to the Jacobin Trials* , 2.ª ed. (Londres, 1969); T. C. W. BLANNING , *The Origins of the French Revolutionary Wars* (Londres y Nueva York, 1986); Kinley BRAUER y William Wright , eds., *Austria in the Age of the French Revolution* (Minneapolis, 1991); F. Gunther EYCK , *Loyal Rebels: Andreas Hofer and the Tyrolean Uprising of 1809* (Lanham, MD, 1986); William C. LANGSAM , *The Napoleonic Wars and German Nationalism in Austria* (Nueva York, 1930); Frida KNIGHT , *Beethoven*

and the Age of Revolution (Londres, 1973) y los primeros capítulos del texto de David B. DENNIS , *Beethoven in German Politics, 1870–1989* (New Haven, 1996).

CHARLES W. INGRAO es profesor emérito de Historia en Purdue University, y visitante en numerosas universidades (Brown, Cambridge, Chicago, Indiana, Washington, y en varias de Chipre y Nueva Zelanda). Especialista en Historia contemporánea de los Balcanes, ha colaborado como editor del *Austrian History Yearbook* desde 1997 hasta 2006.



La primera vuelta al mundo

Comellas García-Lera , José Luis

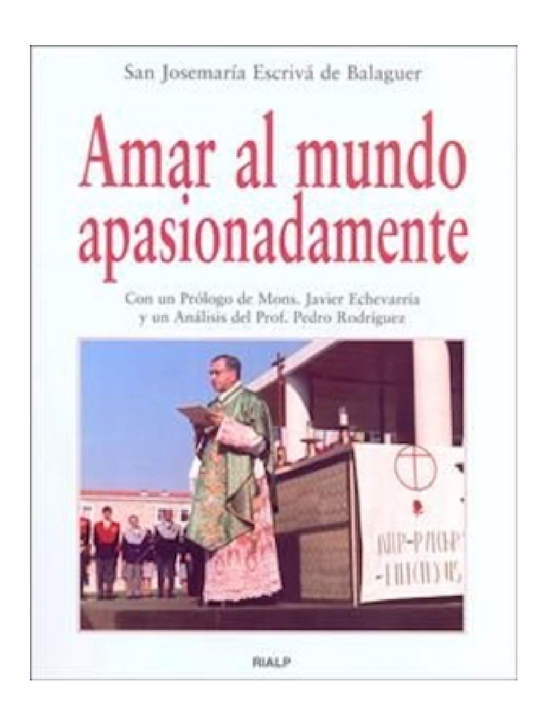
9788432141720

224 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

El viaje de Magallanes-Elcano, hace ya quinientos años, es una de las más emocionantes aventuras de la historia. Sus protagonistas viven al límite, dispuestos a superar dificultades sin precedentes con tal de culminar su hazaña: dar la vuelta al mundo. Para enriquecer el relato, el autor utiliza sus conocimientos de navegación, oceanografía, astronomía, meteorología y climatología para exponer las asombrosas

circunstancias de uno de los viajes más difíciles de la historia: una "aventura histórica", porque todo lo que se narra corresponde a hechos reales y sobrepasa a cualquier relato de ficción.



Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

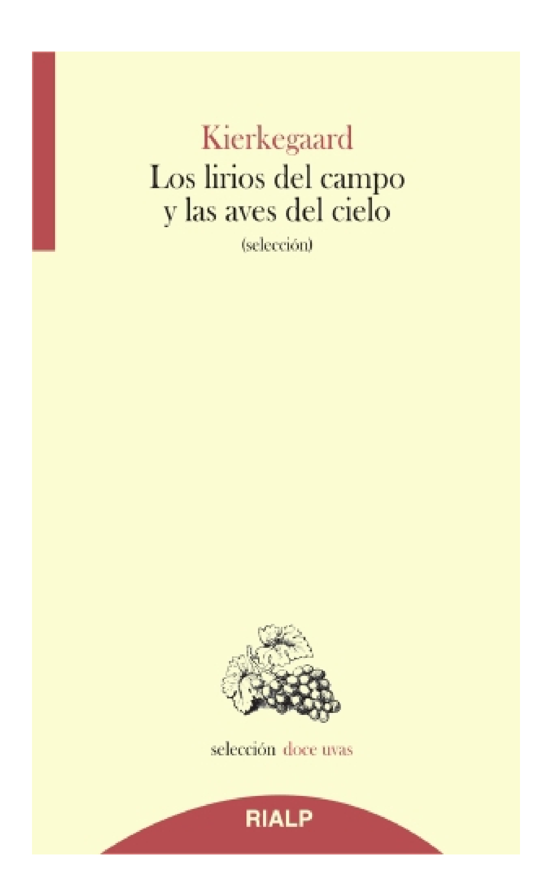
9788432141812

80 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. E n esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que

iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.



Los lirios del campo y las aves del cielo

Kierkegaard, Soren

9788432144219

80 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Selección Doce Uvas ofrece doce pequeños grandes libros cada año. Nace de las numerosas sugerencias de decenas de intelectuales que han propuesto títulos de lectura indispensable.

Los discursos aquí seleccionados proceden de la época más madura del autor. En ellos hace referencia al Sermón de la Montaña donde, a

propósito de los lirios y las aves, Jesús habla del servicio a Dios y la confianza en Él. Sin la ironía y el espíritu combativo de sus otros escritos, que firmaba bajo seudónimo, el autor aborda aquí los principales conceptos existenciales.



Pensadoras para el siglo XXI

López Casanova, Iván

9788432149108

192 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Convivir con los que no piensan como yo, y convivir "bien", según el autor, requiere unas gotas de filosofía.

Reflexionar para que la educación no fracase cuando los jóvenes llegan a la adolescencia también parece tarea urgente. Las propuestas educativas y morales de la sociedad contemporánea colisionan entre sí, con contenidos distantes.

Podemos encontrar una buena tabla de náufragos en las aportaciones de

varias mujeres, de mente bien diversa, pero portadoras de un mensaje valioso, balsámico y coherente.



En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 P�ginas

C�mpralo y empieza a leer

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su

título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.